

James Potter

Y LA Maldición
DEL GUARDIÁN



G. NORMAN LIPPERT

BASADO EN LOS PERSONAJES Y CARÁCTERES CREADOS POR J.K. ROWLING

JAMES POTTER

Y LA MALDICIÓN DEL GUARDIÁN



George Norman Lippert

Traducido al español por LLL



Basado en los personajes y caracteres creados por J.K. Rowling

James Potter y la maldición del Guardián (la “Obra”) es un fanfiction de la serie de Harry Potter no creado por el autor original de la historia, J.K. Rowling, ni bajo sus auspicios. En aquellos casos en los que las marcas registradas de la serie (los “Derechos de Autor”) son usadas en la Obra, tal uso es fortuito y no con propósitos de indicación de fuente. Este tipo de marcas comerciales son y seguirán siendo propiedad de la Sra. Rowling y sus agentes. Por la presente, el autor renuncia a cualquier interés de dichos Derechos de Propiedad. La obra creada por G. Norman Lippert © 2008, traducida por el equipo de LLL © 2008.

Querido lector:

Este libro es una secuela de otra historia llamada “James Potter y la Encrucijada de los Mayores”. Aunque esta historia puede sostenerse por sí misma con un poco de ayuda imaginativa del lector, se apreciaría mucho mejor como parte de la saga. Puedes encontrar el primer libro en www.elderscrossing.com.

¡Gracias por leerlo!

GNL

Un verano de cambios lleva a James Sirius Potter de regreso a Hogwarts, Escuela de Magia y Hechicería, con una nueva perspectiva. Confiado en que ha dejado bien atrás las aventuras del año pasado, James se prepara para el desafío más prosaico de su carrera estudiantil, superar la prueba para entrar al equipo de quidditch, y mantener vigilados a su hermano Albus y su prima Rose.

Sin embargo, el nuevo año trae nuevas aventuras, comenzando con algunas dudas que cada vez se hacen más alarmantes acerca del nuevo director, Merlinus Ambrosius, cuyo largo viaje fuera del tiempo puede haber atraído la atención de una horrible entidad conocida legendariamente como «el Guardián».

Decidido a probar la confiabilidad de Merlín, James se encuentra a sí mismo sumergido en una telaraña de intrigas, engaños y secretos que cada vez se hace más profunda y se remonta hacia atrás en el tiempo, hasta la época de los fundadores.

Bajo la amenaza del Guardián, que está preparando a su profetizado anfitrión humano para un definitivo reino de ruina y destrucción, James, Rose y Ralph forjan inesperadas alianzas en un último esfuerzo desesperado para detenerlo antes de que sea demasiado tarde.

Sin embargo, al final, todas las esperanzas señalan a Merlín, y James debe enfrentar la muy real posibilidad de que todo lo que sabe acerca del nuevo director es, de hecho, una fachada cuidadosamente erigida.



TABLA DE CONTENIDO

Prólogo

1. Finales y principios
2. El borley
3. La selección
4. La prueba del cordón dorado
5. Albus y la escoba
6. El Rey de los Gatos
7. Amsera Certh
8. La audición
9. La dama del lago
10. La Piedra Faro
11. El Círculo de Nueve
12. Cuestión de confianza
13. Navidades en Hogwarts
14. Artis Decerto
15. La salida a Hogsmeade
16. Confrontaciones inesperadas
17. El linaje
18. El Triunvirato
19. El sacrificio
20. El largo viaje a casa
- NOTA DEL AUTOR

Para Greer

Una Rose con otro nombre



Prólogo

La lluvia caía en grandes sábanas, golpeando el pavimento con fuerza suficiente como para levantar una sucia y pesada neblina. Un hombrecillo permanecía de pie en la esquina, bajo la única farola que funcionaba, y estudiaba la calle. Edificios abandonados de apartamentos se alineaban a un lado, oscuros y amenazadores, como dinosaurios muertos. El otro lado estaba dominado por una igualmente deprimente fábrica tras una verja de alambre. En la verja, los carteles de advertencia chirriaban y traqueteaban con el viento. Había un coche aparcado en la calle, con pinta de llevar allí desde hacía tanto como para haberse convertido ya en parte del ecosistema local. El hombrecillo movió los pies, su cabeza calva relucía por la lluvia. Miró hacia atrás, hacia las agitadas calles de las que acababa de llegar, y soltó un carraspeo. Se sacó el puño del bolsillo del abrigo y lo sostuvo en alto hacia la luz. Cuando abrió la mano, en ella había un pequeño y maltratado trozo de pergamino. Leyó las palabras por décima vez. Letras de tinta azul deletreaban el nombre de la calle y nada más. El hombre sacudió la cabeza, molesto.

Estaba a punto de estrujar el pergamino en el puño de nuevo cuando las palabras desaparecieron bajo la lluvia que caía. El hombrecito parpadeó, mirando fijamente al

espacio que habían dejado. Lentamente, más palabras se escribieron en el papel, como garabateadas por un lápiz invisible: una dirección.

El hombrecillo frunció el ceño hacia el pergamino, y volvió a metérselo en el bolsillo. Mirando de reojo, localizó un número sobre la puerta del apartamento abandonado más cercano. Suspiró y se apartó del brillo amarillento de la farola, caminando por la cuneta sin importarle que estuviera inundada.

Como sabría la mayor parte de la gente que supiera como mirar, el hombrecillo no era un hombre en absoluto. Era un duende. Su nombre era Forge y odiaba aventurarse en el mundo de los humanos. No es que nadie hubiera notado nunca nada inusual en su tamaño o en sus extraños rasgos. Llevaba botas con tacones de cuatro pulgadas y un encantamiento *visum-ineptio* que hacía que la gente le viera como un amable ancianito con una severa inclinación de la espalda. Simplemente no le gustaban los humanos. Eran sucios, ineficaces, y desordenados. A Forge le gustaba que su mundo fuera igual que su trabajo: pulcro, organizado, y constantemente revisado para limpiarlo de pasos innecesarios. No es que Forge llegara al punto de desear la desaparición de la humanidad; simplemente se alegraba de que tuvieran su propio mundo especial en el que vivir, y que raramente él tuviera que acudir a este, como una especie de zoo.

Casi había decidido no acudir esta noche. Algo no le cuadraba en esta cita. Considerando las habilidades únicas de Forge, no era inusual no conocer el nombre de un cliente, pero estaba acostumbrado a un cierto decoro, no solo una nota y un número. Forge sabía lo que significaba el número, sin embargo. Era el pago ofrecido por sus servicios, y bastante sorprendente además. Lo suficiente como para que Forge dejara su trabajo, y buscara la misteriosa dirección en esta vasta extensión del decrepito y antiestético mundo humano, incluso a pesar de su aprensión. Después de todo, Forge era un duende.

Dejó de andar y estudió el número del apartamento que había junto a él. Miró fijamente al otro lado de la calle, frunciendo el ceño. La verja de la fábrica terminaba de repente antes de llegar al siguiente bloque. En su lugar había un solar vacío, ahogado por malas hierbas, basura empujada por el viento y botellas rotas. Un camión abandonado se apoyaba ladeado contra la esquina, enterrado entre barro y altas hierbas. El cartel de madera que había en el centro del solar estaba medio caído. *Futuro Hogar de Condominios y Complejos Recreativos Chimera*, se leía en letras desvaídas. Forge sacó de nuevo el puño del bolsillo y lo abrió. La dirección había desaparecido del pergamino. Tres nuevas palabras se habían escrito.

Date la vuelta.

Dejó caer el puño a un lado. Miró al solar vacío, mordiéndose los labios. ¿Se le estaba advirtiendo que volviera por donde había venido? Parte de él así lo esperaba, pero lo dudaba. Lentamente, se dio la vuelta en el punto en el que estaba, de pie en el centro de la calle desierta, levantando la mirada hacia la oscura masa del edificio de apartamentos. Una ventana rota le devolvió la mirada, como el ojo de una calavera. El viento soplabía,

alzando las cortinas de la ventana rota, haciéndolas revolotear. Forge suspiró y bajó de nuevo la mirada al pergamo.

Camina. Hacia atrás.

—Bueno —masculló Forge para sí mismo—, ya que estamos en el baile, bailemos.

Comenzó a andar hacia atrás, alzando las botas cuidadosamente para evitar tropezar con el bordillo o con las pilas de basura putrefacta. Se subió cuidadosamente a la acera y continuó, tanteando en busca de la cama de malas hierbas del suelo del solar vacío. La acera parecía más amplia de lo que había esperado. A cada paso que daba hacia atrás encontraba sólida y lisa piedra. Forge miró hacia abajo. Había gastadas y cuidadosamente colocadas losetas de piedra bajo sus botas en vez del áspero cemento de la acera. Levantó la mirada de nuevo y tomó un silbante aliento. Dos formas monstruosas miraban hacia él. Eran gárgolas, cada una posada en lo alto de un pilar de piedra. La lluvia golpeaba y corría por sus horribles caras. Entre los pilares había una alta verja de hierro forjado. Mientras Forge observaba, esta se cerró con un vibrante y resonante crujido, encerrándolo dentro. Se giró al instante, con el corazón palpitante, y vio que el hierro forjado formaba una valla alrededor del solar. Era de seis pies de alto y terminaba en picos amenazadores. El solar ya no estaba lleno de basura. Había un césped, cuidadosamente recortado, cada brizna de hierba misteriosamente afilada y exactamente de la misma longitud que sus compañeras. La lluvia formaba gotas sobre la hierba como cristal. Donde antes había estado el camión abandonado había ahora un largo carro negro, inmaculadamente brillante y cubierto por un artesonado gótic. No había yuntas para caballos en el carro. Forge se estremeció, y después levantó la mirada hacia el centro del solar.

En lugar del cartel inclinado había una casa. No era enorme, pero sí extraña e inusitadamente alta. Sus ventanas y contraventanas parecían tener veinte pies de alto y el techo que la cubría casi parecía proyectarse hacia afuera, como un buitre al acecho. Unos pilares enmarcaban la puerta principal, que estaba pintada de negro y tenía un gigantesco llamador en el centro. Forge tragó saliva, se arrastró hacia adelante, y se aproximó a la puerta.

Cuando subió los escalones, a Forge no le sorprendió ver que el llamador de latón de la puerta había sido tallado para asemejar a una serpiente enroscada con relucientes ojos color esmeralda. No le sorprendió verla volver a la vida al aproximarse. La cabeza se separó de su cuerpo enroscado de latón y sacó una lengua dorada.

—Llevassss el pergamo —siseó la serpiente.

—Ya lo creo. Abre la puerta antes de que pille algo mortal por estar bajo esta lluvia.

—Muesssstranoss.

—No he recorrido todo este camino para discutir con un pedazo de metalurgia encantado. Abre la maldita puerta y di a tu amo que he llegado.

La cabeza de la serpiente se alzó muy ligeramente, quedando en posición de mirar a Forge desde arriba. Los ojos brillaron con una luz verde y la lengua revoloteó.

—Muesssstanoosssss el pergamo.

Forge levantó la mirada hacia la cabeza de la serpiente. Esta se balanceó ligeramente, azotando el aire con su lengua. Forge había crecido con un padre herrero y sabía cómo se hacían los ornamentos encantados. Aún así, había algo en la ondeante cabeza de latón y el siseo de la lengua dorada que le preocupaba. Embutió la mano en el bolsillo de su abrigo y recuperó el pergamo.

—Aquí está. ¿Ves? —dijo, intentando eliminar el temor de su voz—. Ahora abre la puerta.

La serpiente se estiró hacia el pergamo que había en la mano de Forge. Se alzó, y después escupió una ráfaga de llamas verdes. Forge apartó la mano de un tirón, chillando mientras la llama consumía el pergamo en medio del aire. Los ojos de la serpiente brillaron aún más y se desenroscó todavía más de la puerta, inclinándose hacia la cara de Forge. Forge no había creído que fuera posible, pero la escultura parecía sonreírle.

—Proccccede —dijo esta. La puerta se desatrancó y se abrió pesadamente.

Forge entró lentamente, mirando alrededor. Se encontraba en un largo vestíbulo, cubierto por una rica y bastante raída alfombra roja. Había gruesas puertas a ambos lados, lacadas hasta quedar convertidas en brillantes espejos negros. Todas estaban cerradas excepto la del final. Llegaban voces de detrás de ella, resonando tanto que Forge no podía entenderlas del todo. Abría ya la boca para anunciarlo cuando la puerta de repente se cerró de golpe tras él, sobresaltándole. Miró atrás, con los ojos muy abiertos, y entonces escuchó de nuevo. Las voces todavía estaban hablando. Los amos de la casa debían haber oido el golpe de la puerta, por lo tanto debían saber que había llegado. El agua goteó firmemente por el ruedo del abrigo de Forge mientras éste avanzada calladamente por el vestíbulo, hacia la puerta abierta y las voces.

Más allá de la puerta había otra habitación oscura. Había un banco a un lado y un gran espejo de marco ornamentado en el otro. Otra puerta abierta mostraba la esquina de una tercera habitación. Forge pensó que parecía una biblioteca. La luz del fuego titilaba sobre las paredes y las sombras se movían. Las voces se habían hecho más claras.

—Está muy oscuro —dijo la voz áspera de una mujer—. Estamos demasiado lejos, mi señor. Es imposible estar seguro.

—Será mejor que no diga eso —replicó la voz de un hombre— "Imposible" es una palabra tan... *definitiva*. Quizás no le importe matizar un poco más, madame.

—Sí —dijo rápidamente la mujer—. Un error, mi señor. Déjeme mirar de nuevo.

Hubo un movimiento, como si alguien se estuviera removiendo en una silla grande, y una voz de hombre diferente habló impacientemente.

—Solo dinos lo que ves, mujer. Nosotros decidiremos qué es.

La mujer gimió, no se sabía si de miedo o concentración.

—Hay tres figuras... pequeñas. Son... no, no son pequeñas. Son jóvenes. Uno es más alto, otro tiene el pelo rojizo. Están... hay una commoción. Lucha.

Forge escuchaba, sin saber qué se suponía que debía hacer. Examinó la antecámara, más oscura que la biblioteca y vio un perchero para abrigos junto a la siguiente puerta. Se quitó el suyo y lo colgó allí. El agua goteaba de él hasta el suelo de madera. Al parecer tendría que esperar hasta que la entrevista en curso hubiera terminado. Se aproximó al banco pero no se sentó en él. En el espejo, frente al asiento, Forge podía ver un reflejo de la biblioteca más allá de la puerta. Tres grandes sillas estaban de cara al fuego. Forge solo podía ver sus respaldos.

—Hay otra figura. —La voz de la mujer sonaba ronca —. Delgada y alta. Un espectro, si puedo fiarme de mis facultades psíquicas. Los chicos están luchando con ella. Veo... veo una nube de ascuas descendiendo. Me temo que estoy perdiendo la visión...

—Déjame mirar —pidió una voz impaciente.

—Tranquilo, Gregor. La Adivinación no es tu punto fuerte —dijo sedosamente la primera voz—. Deja que la mujer ejercite sus talentos.

En el espejo, Forge vio una mano moviéndose sobre el brazo de una de las sillas. Era muy blanca y llevaba un gran anillo negro. La sombra de la mujer se movió sobre la pared de la biblioteca. Forge reconoció la postura encorvada y el sombrero de una vieja. Estaba inclinada sobre su bola de cristal.

—No —jadeó la vieja, ahora perdida en su tarea—. Esta no es la niebla de la distancia ni ningún maleficio de confusión. Esto es otra cosa. Algo está descendiendo sobre el lugar. Algo que está... tomando forma.

Se hizo un tenso silencio. Forge lo sintió, y supo que los dos hombres estaban escuchando muy atentamente.

—La lucha ha terminado... —dijo la vieja con una voz cantarina, ya completamente inmersa en su adivinación—. Hay un fantasma ahora también.... está ayudando al espectro... o quizás sea todo lo contrario. Hay mucho conflicto en el Vacío. Pero la niebla ha descendido. Está tomando forma... la forma de un... un...

De repente la vieja jadeó. Forge vio como su sombra retrocedía tambaleante, apretándose las manos sobre la cabeza. Hubo un estrépito y el choque de algo al caer.

—¡Sigue mirando! —gritó la voz impaciente de Gregor—. ¡Mira y cuéntame, o ayúdame...!

—Basta —dijo la voz del otro hombre, casi juguetona. Había una sonrisa en ella—. Gregor, deja a la pobre mujer en paz. Obviamente ha visto algo que la ha trastornado mucho.

La vieja estaba jadeando, y entonces, extraña y horriblemente, habló otra voz. Era muy fina, alta, fría, pero absurda. Forge no pudo oír las palabras exactas, pero parecía alegre, en cierto modo. Los pocos pelos que quedaban en la nuca de Forge se pusieron de punta.

—¿Qué has visto? —exigió Gregor, ignorando a la voz fina y refunfuñona—. ¿Qué es?

—No abrumemos a la pobre mujer —dijo la primera voz—. Ha cumplido con su cometido bastante bien. Nos ocuparemos de que reciba el pago acordado. Gracias,

madame.

—Había un hombre —jadeaba la vieja, con voz temblorosa—. Pero entonces...

—Sí, gracias —dijo la voz del hombre tranquilizadoramente—. Creo que ya hemos oído suficiente. Gregor, quizás seas tan amable de mostrar a nuestra invitada...

—Horrible —cayó de rodillas, y después sollozó con vehemencia. Forge observaba la sombra hundida de la vieja, y entonces otra sombra, la de un hombre gordo, se adelantó, proporcionándole apoyo.

—Sí —dijo la primera voz, descartándola—. Era horrible, ese hombre. Gracias.

—¡No! —gritó la bruja. Forge vio su sombra avanzar, apartarse de la sombra de Gregor—. ¡No el hombre! Él ya era bastante horrible, pero *entonces*...

Hubo una pausa en la que pareció que la vieja se derrumbaría de nuevo. La mano blanca en el brazo de la silla se alzó ligeramente. El anillo negro brilló intermitentemente a la luz del fuego.

—¿Y entonces?

La vieja se estremeció.

—Algo más. Algo... *llegó a través...* era...

No parecía capaz de continuar. La mano blanca en el brazo de la silla permaneció inmóvil, fija en un gesto que casi parecía una bendición. La luz del fuego chasqueaba y titilaba. La horrible voz de ultratumba zumbó y farfulló quedamente para sí misma.

—Humo —dijo la vieja finalmente. La voz se había alzado, casi en un falsete. Parecía una niña—. Fuego negro. Cenizas y... y... ojos... y nada. *Una nada viva*.

Se produjo una pausa, y entonces la mano blanca se cerró en un puño relajado.

—Bueno —dijo la voz del primer hombre casualmente—, eso cambia un poco las cosas. Quizás debería recibir su pago aquí y ahora, madame. Esta noche. Lemuel, por favor escolta a nuestra invitada a... hum... algún otro sitio, ¿no? Encontrarás un lugar apropiado para pagarle, estoy seguro.

Las sombras se movieron. Una hasta ahora invisible figura se alzó y condujo a la vieja lejos del fuego. Forge sintió un pánico repentino creyendo que entrarían en la antecámara y le descubrirían, y entonces recordó que se suponía que debía estar allí. Le estaban esperando. Se preguntó a toda prisa si no era demasiado tarde para echarse atrás. Con dinero o sin él, este parecía un mal grupo con el que estar involucrado. Para alivio de Forge, Lemuel condujo a la vieja a través de otra puerta en la parte de atrás de la biblioteca. Lemuel se movía como un sirviente bien entrenado, aunque bastante más viejo de lo que Forge había esperado. La vieja parecía atontada mientras caminaba, sus ojos grises sin expresión. Ninguno de los dos reparó en lo más mínimo en Forge.

—Entonces ya está —dijo Gregor mientras la puerta de atrás de la biblioteca se cerraba—. Merlinus ha vuelto. Tu plan se ha completado.

—El plan está lejos de haberse completado, pero sí, hasta ahora todo ha procedido tal y como esperaba. Delacroix será eliminada. El chico Potter habrá quedado mortificado al saber que fue una herramienta para lograr nuestros objetivos. Y Merlinus Ambrosius

anda suelto por el mundo de nuevo. Pero, Gregor, deberías poner cuidado en llamarlo *mi* plan. Ya sabes quién planeó todo esto. No aceptaré el crédito por el trabajo del Señor Tenebroso.

Gregor ignoró la reprimenda.

—¿Cómo podemos estar seguros de que Merlín será uno de los nuestros?

—No podemos. La lealtad de Merlín nunca perteneció a nadie excepto a él mismo. Por eso el Señor Tenebroso nunca estuvo interesado en semejante alianza mientras vivió. El propio Merlín nunca fue el premio a conseguir, como ya sabes.

Forge oyó a Gregor removarse de nuevo en su asiento.

—No todo el mundo cree en esas historias —dijo tranquilamente.

—Solo los tontos dudan de la existencia del Otro Mundo. Incluso los muggles creen en el cielo y el infierno. Todo lo que nos debe importar es que el Señor Tenebroso creía en ello. Si él no hubiera caído, nunca habríamos recurrido a esto. Pero incluso él vio la validez de tener un seguro a prueba de fallos.

—Sí —replicó Gregor—. A prueba de fallos. *El linaje*.

—No —dijo la primera voz quedamente—. El linaje aún no es perfecto. No sabe quién es. Su poder no ha sido descubierto, está dividido y embotado. El linaje aún no ha sido afilado por el guante de la muerte, como el Señor Tenebroso, su creador. Debe ser... refinado.

—¿Y eso será obra de ese que procede del Otro Mundo?

—Entre otras cosas.

Gregor suspiró teatralmente.

—Incluso así, la fe es escasa. Muchos están en Azkaban. Muchos más aún, muertos. El perro, Fletcher, está bajo custodia del Ministerio. La maldición lengua-atada le silencia, y su identidad aún no ha sido descubierta, pero si nuestra conspiración se desmorona, se harán las conexiones pertinentes. Potter le reconocerá de sus días con la Orden. Encontrarán una forma de comunicarse con él. Sacarhina y Recreatant serán los primeros incriminados, pero tú serás el siguiente. Después de todo, estabas allí con ellos en la caverna del Trono. Tú mismo ejecutaste la maldición. Fletcher te traicionará.

—Fletcher no tiene nada que el Ministerio pueda utilizar contra nosotros —tranquilizó la voz sedosa—. Como todos los gobiernos débiles, están demasiado enamorados de sus ideales de justicia para resultar efectivos contra un enemigo verdaderamente astuto. Potter nos vigilará, cuando y donde pueda, pero eso es todo. Déjale. Él cree que la batalla se ha acabado. Vio al Señor Tenebroso sucumbir bajo su propia mano taimada. ¿Y te sorprende, amigo? Tal vez fuera lo mejor. Después de todo, la semilla debe morir para que la flor florezca. Quizás lo mejor fuera que nuestro Señor sucumbiera ante el cobarde Harry Potter. Él y sus aliados se han regodeado durante años en una falsa sensación de seguridad. Creen que nosotros, como ellos, somos unos cobardes, que no nos volveremos a alzar con la venganza en nuestros corazones, más fuertes que nunca. Y no olvidemos la leyenda, Gregor. Puede que de hecho seamos

herramientas en la mano de nuestro más glorioso antepasado. Puede que nuestra misión sea cerrar el círculo de una antigua venganza; un círculo que empezó hace alrededor de mil años. Amigo mío, me atrevo a sugerir que el plan que se puso en movimiento tras la muerte del Señor Tenebroso puede ser incluso más grande de lo que originalmente fue su intención. Dado lo que hemos descubierto, estoy seguro de que él estaría de acuerdo conmigo.

La sombra de Gregor se inclinó hacia adelante.

—¿Estás seguro, amigo mío?

—Llámalo una conjetura con cierta base. Después de todo, yo estaba entre sus más cercanos y leales siervos. Sabes igual que yo las... dificultades que hemos afrontado. Hasta ahora.

Hubo un tintineo cuando Gregor extendió la mano en busca de su vaso de vino.

—Tal vez no debieras decir más delante de nuestro invitado.

—Ah, sí —replicó la voz sedosa—. Que insufriblemente grosero por mi parte hablar como si no estuviera aquí. Señor Forge, únase a nosotros, ¿quiere?

Forge saltó. Había estado tan inmerso en la conversación que se había olvidado de que estaban esperándole. Atravesó la habitación entrando en la biblioteca. La luz del fuego iluminó los bordes de las sillas de cuero.

—Sí, gracias, señor Forge —dijo frívolamente la voz sedosa. La mano blanca le hizo señas. Mientras lo hacía, dos de las tres sillas comenzaron a girarse. Giraron silenciosamente, como si estuvieran montadas sobre ejes, y Forge vio que en realidad flotaban ligeramente separadas del suelo—. Dígame, mi buen amigo duende, ¿ha oído hablar alguna vez del *Transitus Nihilum*?

—No, señor —dijo Forge instantáneamente, sintiéndose aliviado de que su voz no traicionara su nerviosismo—. Solo soy un simple comerciante duende. No sé mucho de esas cosas. De hecho, estoy dispuesto a apostar a que olvidaré cada palabra de lo que se ha dicho aquí en cuanto esté a cincuenta pies de esta casa.

Las sillas dejaron de girar y Forge vio a los hombres sentados en ellas. El de la izquierda tenía un largo cabello rubio, casi blanco, enmarcando una cara apuesta, bastante ajada por la edad. Sonreía apaciblemente, como invitando a Forge a compartir una broma. El de la derecha, Gregor, era más gordo y de mejillas sonrosadas, con una expresión de extrema indulgencia que desmentía una cómoda y ociosa vida de sangre limpia.

—No tema, amigo mío —dijo el hombre pálido—. Precisamos sus servicios mucho más que su sangre. Permitame iluminarle. El *Transitus Nihilum* es el un lugar de cruce. El Vacío entre nuestro mundo y el siguiente. Dígame, cree en el más allá, ¿verdad?

—Creeré en lo que me pida que crea si eso hace que salga por su puerta en menos de dos piezas, mi señor.

El hombre rió.

—Esto es lo que me encanta de los duendes, Gregor. Son más sinceros que nadie. —Se

giró otra vez hacia Forge—. Te daré algo más en lo que pensar, mi nuevo amigo. Nuestros antiguos ancestros creían que había más en nuestro mundo de lo que podemos ver y sentir con nuestros sentidos. Creían que había entidades invisibles, seres más grandes que nosotros, más poderosos, inmortales e inhumanos. Existen no solo en el más allá, sino en la nada que hay en medio. Tenían palabras para describirlos. No te importunaré con nombres, pero había cientos de ellos. Y hubo un ser en particular que atrajo el interés de los hombres más ambiciosos. Algunas veces se le llamaba el Guardián, o el Ser de Humo y Ceniza. No entraba en nuestro mundo, por lo que sabemos. Habitaba en el Vacío; que es el mundo opuesto exacto al nuestro, por tanto ni sospecha de nuestra existencia, ni de la existencia de nada más. Está atado por su propia ignorancia con respecto a nosotros. Y esto, pensará usted, es buena cosa, ¿verdad, señor Forge?

El duende se removió, mirando fijamente a los brillantes ojos del hombre. Asintió con la cabeza.

—Sí, por supuesto que sí. Porque una criatura con una inhumanidad tan poco adulterada, un poder tan irreflexivo, si descendiera sobre nosotros, no sería nada menos que el Destructor, ¿no? Por tanto, es buena cosa que esté ahí fuera... y nosotros aquí. Los niños pequeños se van a dormir cada noche entendiendo la verdad que encierra esta afirmación: hay cosas malas acechando por el mundo, sí; pero no son las peores. Esa no nos conoce. Y aún así... —El hombre apartó la mirada un momento, entrecerrando los ojos—. ¿Y si algo le hiciera ser consciente de nosotros? Después de todo, nos movemos entrando y saliendo todo el rato por ese lugar de cruce, ¿verdad? Cuando morimos, pasamos a través de él. Cuando efectuamos cierto tipo de magia, cuando desaparecemos, ¿no nos deslizamos también por el Vacío? Afortunadamente, el Guardián vive fuera del tiempo, así que no nota nuestra diminuta existencia atada al paso de ese tiempo. ¿Pero y si forzáramos un poco las reglas? ¿Y si uno de nosotros, uno particularmente poderoso, saliera del tiempo y entrara en el Vacío? ¿Y si uno de nosotros permaneciera allí lo suficiente como para que el Guardián reparara en él?

El duende no había estado prestando mucha atención, ya que estaba más preocupado por hacer lo que fuera que tenía que hacerse y salir vivo de la casa, pero de repente recordó las palabras de la vieja: Fuego negro. Cenizas... ojos... y nada. Una nada viva.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Forge quedamente.

—¿Yo? —replicó el hombre pálido, alzando las cejas—. Nada. Solo estoy pasando el rato. Gregor aquí presente tiende a creer en historias fantásticas como esta. Le divierten.

Gregor gruñó y puso los ojos en blanco. La horrible y gimoteante voz llegó de nuevo. Parecía provenir de la silla que todavía estaba de cara al fuego. Forge sintió la piel del cuero cabelludo tensarse. La voz parecía invitar a la locura. Le daba escalofríos.

—Pero vayamos a los negocios —continuó el hombre pálido—. Señor Forge, requerimos de sus servicios. Tenemos entendido que es usted algo así como un experto en, hum, restauración. ¿Sería eso preciso?

Forge se agitó.

—Solo soy un simple comerciante duende, señor...

—Es un maestro restaurador —dijo de repente el hombre pálido, con voz tan fría como un trozo de hielo—. Dígame que sí. Odiaría pensar que le he traído aquí en vano.

—S... sí, señor —respondió Forge rápidamente, intentando no temblar.

—Excelente —replicó jovialmente el hombre pálido, reclinándose cómodamente hacia atrás en su silla—. Y tengo entendido que esa habilidad suya se extiende a la restauración de retratos. ¿Sería eso también correcto? No me mienta, señor Forge. Yo lo sabría.

Forge tragó saliva y miró fijamente a Gregor. El hombre parecía no estar prestando atención. Miraba ociosamente al vino de su vaso mientras lo removía.

—Yo... sí —dijo Forge—. Eso lleva más tiempo, por supuesto. No es una simple cuestión de reemplazar la pintura. Se deben determinar las pociones correctas para cada color... los trozos menos importantes han de ser rascados y reutilizados para conseguir los componentes adecuados... es muy delicado, pero he logrado un cierto nivel de éxito.

—Fascinante —dijo el hombre pálido, sus ojos azules perforaban al duende.

Está loco, pensó Forge. Completamente loco. Me pregunta si el otro lo sabe. Me pregunta si ambos están locos, pero de modos distintos.

El hombre pálido se puso en pie.

—Tenemos un trabajo para usted, señor Forge. Será bastante difícil, me temo, pero sospecho que un duende con sus obvias habilidades lo considerará un desafío a su altura. Es una reliquia familiar de valor incalculable, como verá. Durante mucho tiempo la creí perdida. Curioso, verdad, cómo las cosas tienden a aparecer cuando más las necesitas. Ha sido horrendamente dañada por, hum, vándalos. Pero si hay algo que crea usted que puede hacer para ayudar le estaremos eternamente... agradecidos.

La voz fina farfullaba de nuevo cuando el hombre pálido comenzó a girar la silla de en medio. De repente, Forge deseó no ver en absoluto lo que había en ella. Deseó huir, o al menos apartar la mirada. Sabía que si lo hacía, probablemente le matarían. Observó y escuchó, y cuando la silla se giró por fin, la voz finalmente se hizo inteligible.

—¡Mostradme ante éeeeel! —jadeó con su fea, diminuta y rota voz—. ¡Mostradmeeee!

—Y comenzó a reír con la risa alta, aguda y rota de un hombre concienzudamente loco, con una risa fragmentada y retorcida.

El retrato no era grande. Estaba casi absolutamente destruido. Solo quedaban unas pocas trizas y jirones: la comisura de la boca; dos dedos de una delgada y pálida mano; un solo ojo reluciente y rojo. Había sido desgarrado. El reverso del marco mostraba docenas de cuchilladas profundas y pinchazos.

—¡Haced que me repaaaaareeeee! —gritó el retrato con su fina voz de insecto—.

¡Hazlo Luciuussss! ¡Haz que me repareeeee....!

—Será un placer para él, mi señor —sonrió el hombre pálido, levantando la mirada hacia Forge, con los ojos húmedos, refulgentes.

—¿M... mi señor? —dijo Gregor, como sorprendido al oír al diezmado retrato hablar tan claramente—. ¡Aún sigue aquí! ¡Pero creíamos...!

—¡Eso no imporrrrrta! —chilló el retrato de Voldemort—. ¡El Guardián está en camino! ¡El legado de nuestro antepasado está al alcance de la mano! ¡Veeeeenganza!

Gregor parecía desesperadamente perdido ante este súbito giro de los acontecimientos.

—¿Pero... pero cómo le encontraremos, mi señor?

—Noooo lo hareeeemos... —siseó el retrato. El sonido de su voz rota agitó un jirón del lienzo. Forge temía la visión de esta horrible cosa, temía lo que le iban a pedir que hiciera. Pero lo que más temía era lo que esa cosa iba a decir a continuación.

La pintura suspiró profundamente y dijo, en una exhalación:

—Él nos encontrará a nosotros...



Capítulo 1

Finales y principios

—¡Vamos, James! —gritó Albus, saltando impacientemente—. Déjame probar. ¡Nadie va a contarlo!

—Sabes que no puedo, escreguto —replicó James tranquilamente, pasando una pierna sobre su Centella—. Eres menor. Tendrás que aprender en la escuela, como todo el mundo. —Dio una patada, inclinándose hacia adelante para que la escoba se lanzara sobre el césped.

—¡Solo quieres que quede como un tonto sobre una escoba como tú en *tu* primer año! —bramó Albus, corriendo tras su hermano—. ¡No funcionará! ¡Voy a ser brillante! ¡Te daré cien vueltas, espera y verás!

James sonrió mientras el viento le azotaba el cabello. Tiró hacia arriba y viró, girando de vuelta hacia Albus. Albus se detuvo, y se agachó cuando James pasó volando, alborotando el cabello de su hermano menor.

James abrazó su escoba y ascendió formando un remolino hasta alcanzar la bóveda azul del cielo. Abajo, la Madriguera giraba perezosamente, lanzando su sombra sobre el

huerto y los campos cercanos. James tomó un profundo aliento de aire veloz, y después bajó su escoba, conduciéndola a una súbita y bien practicada parada. Sabía que no debía pavonearse delante de su hermano, pero estaba bastante orgulloso de sus crecientes habilidades. Su padre había estado practicando con él durante el verano, y James había llegado a sentirse cautelosamente confiado en que después de todo entraría en el equipo de su casa este año.

—Por fin, Potter —gritó Ted, colocándose junto a James sobre su vieja, pero bien conservada, Nimbus 2000—. Un tres contra tres es bastante duro, incluso con jugadores experimentados. Tendrás que jugar de golpeador *y* buscador. Mantén un ojo sobre Angelina. Te hará creer que es delicada como una flor hasta que te estampe contra un árbol. George juega de golpeador y guardián también, así que estará bastante ocupado, pero su bludger de largo alcance te encontrará si no vigilas. Pero a la que tienes que mantener vigilada es a...

Algo rojo y verde pasó rugiendo entre Ted y James, obligándoles a caer en direcciones opuestas. James aferró su escoba y se dio la vuelta, estirando el cuello para mirar. Ginny giró hasta detenerse y sobrevoló gentilmente sobre él, sonriendo, con las mejillas sonrojadas y el cabello echado hacia atrás como una pulcra cola de caballo. Llevaba puesta su túnica de las Arpias de Holyhead.

—¿Qué te parece, James? ¡Aún me sirve!

James oyó un silbido apreciativo tras él. Miró y vio a su padre sonriendo a Ginny, tirando de su escoba para colocarse en posición a tres metros de distancia.

—¡Papá! ¡Mamá! —reprochó James, conteniendo una sonrisa—. ¡Dejadlo! ¡Me estáis avergonzando!

Ginny se sopló un mechón de cabello vagabundo de la cara.

—Vigila tu espalda, mi amor. Puede que sea tu madre, pero eso no significa que no te acribole para conseguir la snitch. —Le sonrió, y después hizo girar su escoba y salió zumbando hacia el lado opuesto del campo.

—No habla en serio —dijo James, volviéndose hacia Ted.

—Será mejor que no —respondió Ted, observando a Ginny emprender el vuelo—. He jugado contra ella antes, y tiendo a pensar que tu única esperanza es que no golpee detrás de la cabeza con una bludger a su propio hijo.

—Eres de gran ayuda —dijo James, pero Ted ya estaba retrasándose para colocarse en formación.

—¡Derriba a James de su escoba, mamá! —chilló Albus desde abajo. James miró y le vio de pie al borde del huerto. Cerca, Lily, Rose y Hugo estaban sentados en una enorme manta de tartán, sonriendo y guiñando los ojos hacia arriba contra la luz del sol. Los gemelos de Charlie, Harold y Jules, estaban sentados sobre el viejo roble nudoso que se alzaba junto al granero.

Rose dio un codazo a Lily.

—¡A por ellos, tía Ginny! ¡Derríbalos! ¡Siempre puedes tener otro hijo! ¡Uno con

mejores modales y pies menos apestosos!

—¡Te he oído! —gritó James hacia abajo.

—Eso espero —dijo Rose remilgadamente, poniéndose los puños en las caderas y sonriendo coquetamente. Lily soltó una risita.

—Ya basta, Rose —la amonestó tía Hermione desde una tumbona junto al huerto.

—Jugaría en tu equipo, Harry, si pudiera —gritó Ron desde la tumbona que había junto a la de ella—. Pero tres contra tres, es la tradición. Tal vez alguien se haga suficiente daño como para dejar de jugar y podré sustituirlle, ¿eh?

Hermione hizo una mueca y le frunció el ceño.

—¿Qué? Un tío puede tener esperanzas, ¿no? —protestó Ron. Volviendo a mirar a Harry—. ¡Parece que tendremos que llevar a cabo un torneo en toda regla el año que viene!

Harry asintió.

—Ninguno de nosotros bromeaba cuando decíamos que queríamos tener suficientes hijos como para formar un equipo de quidditch, ¿eh? —gritó en respuesta.

Charlie estaba de pie en el centro del huerto, bajo los jugadores. Tenía un pie sobre el viejo y maltratado baúl de quidditch de la familia. Sostenía una quaffle, amarillenta por la edad y las manchas de hierba, en la mano derecha.

—¡El partido anual de quidditch de la familia Weasley está a punto de comenzar! —rugió, sonriendo—. Quiero ver un partido en serio. Quiero ver bastantes trastadas, montones de trampas, y un buen cupo de juego sucio. Cualquier jugador que no esté sangrando al final del partido será declarado inadecuado para seguir siendo un Weasley y tendrá que conformarse con ser un Potter. ¿Entendido?

—¡Lanza la quaffle o súbete a la escoba, pecoso! —chilló Harry, provocando una ronda de risas y maullidos. Charlie mostró una sonrisa ladeada.

—¡Bola! —gritó, lanzando la quaffle y levantando el pie del baúl de quidditch. La tapa se abrió de golpe y las pelotas remontaron el vuelo.

James tragó saliva, aferró su escoba, y se abalanzó hacia la refriega.

Técnicamente, este no era el primer partido de quidditch de James. Había jugado varios partidos a lo largo del verano con quienquiera que estuviera alrededor. Concedido, la mayor parte de ellos habían sido dos contra dos, algunas veces utilizando jugadores fantasmas, que Ted había proporcionado de una pequeña caja que había comprado en la tienda de George. Aparentemente, era un producto en fase de prueba de Sortilegios Weasley. Cuando la diminuta caja de madera se abría, liberaba cuatro boggarts, todos los cuales habían sido especialmente maldecidos para tomar las formas de famosos jugadores de quidditch muertos. Parecían extremadamente convincentes, aunque fueran un poco transparentes. El problema era que los boggarts no tenían la más ligera idea de cómo jugar al quidditch; así pues, a pesar de su impresionante apariencia, tendían a flotar simplemente al azar sobre el campo, con los brazos en el aire, emitiendo sonidos fantasmales. Además, las bludgers volaban a través de ellos.

—Aún así —había concluido George— añaden cierto efecto a un partido falto del número correcto de jugadores, ¿no?

Ninguno de los partidos en los que James había tomado parte ese verano se podía comparar a este, sin embargo. No solo por la tendencia de los Weasleys a ser ferozmente competitivos, sino porque todos los jugadores se conocían unos a otros inquietantemente bien. Esto algunas veces era una ventaja, como cuando George se agachaba bajo una bludger y lanzaba la quaffle sobre su cabeza, sabiendo que Angelina estaría directamente bajo él para batearla hacia la meta. También era a veces un temido inconveniente, como cuando Ginny predecía la maniobra favorita de Ted y le arrancaba la quaffle del brazo en el mismo momento en que él se abalanzaba para marcar. A pesar del fervor del partido, había bastantes risas y buen ánimo por ambas partes. James sabía que probablemente él tendría muy poca influencia sobre el resultado del partido. Estaba principalmente preocupado por permanecer sobre su escoba y no dejar que su propia madre le hiciera quedar como un completo tonto delante de Rose y el resto. Para su gran placer, sin embargo, se las arregló para proporcionar unos pocos golpes de suerte a su equipo, enviando la vieja bludger alocadamente en medio de la refriega e incluso desviando a alguna ocasionalmente de su curso. Una de ellas rebotó en la cola de la escoba de George, haciéndole girar momentáneamente a lo loco. Cuando se recobró, lanzó una mirada a James y le dirigió una enorme y dentuda sonrisa.

—¡Mirad a James! —gritó a los demás jugadores—. ¡Dando un toque de advertencia a la vieja guardia! La siguiente será a mi cabeza, ¿eh, James? ¡Buen tiro! —Y volvió a zambullirse en la melé.

Ron no podía evitar saltar arriba y abajo por el borde del campo, gritando instrucciones y advertencias a través de las manos ahuecadas.

—¡Formación dragón! —bramaba furiosamente—. ¡Formación dragón, George al ala! ¡La izquierda de Harry está débil desde ese golpe con Angelina! ¡No tienen defensa contra eso! ¡Ginny, estás derivando a la derecha! ¡Arregla tu cola! ¡Tu cola! ¡Oh, baja aquí y dame tu escoba!

Justo a su lado, Albus le igualaba grito por grito, algunas veces empujando a su tío a un lado con ambas manos.

—¡Planean una maniobra Waterloo, papá! ¡Sube y corta por el centro! ¡Ted! ¡Mamá se ha detenido a arreglar la cola de su escoba! ¡Está expuesta! ¡Olvida que es una chica y mándala con una bludger de vuelta a la Edad de Piedra!

Hermione se había movido a la manta para sentarse con Fleur. Las dos ignoraban descaradamente el partido, perdidas en su propia animada conversación.

Y entonces, justo cuando el sol comenzaba a teñirse de rojo, James captó un destello dorado titilando cerca del quinto piso de la casa. Miró alrededor, abriendo la boca para gritar al buscador, y entonces recordó que él jugaba de buscador. Su corazón comenzó a martillear y se lanzó hacia adelante, tocando con la barbillas el mango de su escoba. Salió disparado, esquivando a Angelina y a una bludger que giraba alocadamente. Las

paredes desvencijadas de la casa se balanceaban delante, sus ventanas reflejaban dagas de roja luz solar hacia él, medio cegándole. Ahí estaba otra vez, el destello dorado, atravesando un grupo de ramas de abedul hacia la esquina. James se inclinó, y la Centella respondió con un control perfecto, inclinándose abajo y a la derecha, dirigiéndose hacia la snitch. James se estiró hacia adelante, casi colgando del extremo de su escoba, e intentó alcanzar la gastada bola dorada.

De repente la snitch osciló hacia arriba, justo fuera del alcance de James. Fue tras ella, maldiciendo ruidosamente, y luego tuvo que agachar la cabeza cuando pasó a través de las ramas de los abedules. Le arañaron, pero apenas lo notó. Se inclinaba tanto que casi se cayó de su escoba, deslizándose hasta el extremo y estirando la cabeza hacia atrás en busca de la snitch. El sol poniente deslumbró sus ojos. James los entrecerró y vio la diminuta forma dorada de la snitch. Colgaba en medio del aire cerca de la esquina de la casa, zumbando como un abejorro. Una sombra más oscura apareció tras ella, bloqueando el sol. Era Ginny. Vio la snitch y después a James. Sonrió, y se inclinó sobre su escoba, saliendo disparada hacia adelante.

—¡Oh, no, no lo harás! —gruñó James. Se abalanzó, obligándose a mantener los ojos en la snitch y no comprobar para ver dónde estaba su madre. La snitch pareció presentir la persecución. Zigzagueó sobre el campo, esquivando a los jugadores. James se abrazó a su escoba, instándola a ir incluso más rápido, y de repente recordó que la Centella estaba equipada con la rudimentaria capacidad de leer la mente de su dueño. La escoba saltó hacia adelante, más rápido de lo que James había ido nunca sobre ella. Se zambulló por debajo de Ted y su padre, quien había advertido el destello de la snitch pasando zumbando junto a ellos. James los oyó animarle ruidosamente. Una sombra cayó sobre el extremo de su escoba y James no pudo evitar mirar hacia arriba. Ginny estaba directamente sobre él, abalanzándose hacia la snitch, con la túnica ondeando a su espalda. James hizo lo primero que se le ocurrió. De repente, viró alocadamente a la izquierda, *lejos* de la snitch, todavía estirándose hacia adelante como si fuera a agarrarla. Instantáneamente, se corrigió y se lanzó hacia adelante en su escoba. ¡Había funcionado! Sintió el movimiento sobre él cuando Ginny fintó a la izquierda, creyendo que James había visto a la snitch desviarse a un lado. ¡Había estado observándole a él en vez de a la propia snitch! La snitch no se alejó de él esta vez. Se estiró hacia adelante, rozándola con los dedos mientras volaba, y entonces cerró la mano sobre ella. Las alas zumbaron contra su palma por un momento antes de quedarse inmóviles. El partido había acabado.

James se giró sobre su escoba exultante, sujetando la snitch sobre la cabeza. Lejos bajo él, Harry y Ted alzaban las manos en el aire. Estaban gritándole algo. Un segundo después, James comprendió que no lo estaban celebrando. Estaban haciéndole señales. James no había detenido su escoba. Se dio la vuelta para ver a donde iba justo cuando el nudoso manzano del fondo del campo gravitaba hacia él. Perdió el aliento de golpe cuando una rama le barrió de su escoba. Se produjo una enfermiza sensación de

ingravidez, y después se estrelló contra el suelo.

—Ooh —gimió. Se aproximaban pasos a la carrera y un momento después su madre estaba arrodillada sobre él.

—¡James! ¡Dime que estás bien! —exigió. Lily se asomó junto a ella, con los ojos muy abiertos.

—Eh, todo el mundo, está bien —dijo Ted mientras aterrizaba cerca, riendo—. Solo ha caído de dos metros. Además, todas esas manzanas podridas amortiguaron su caída.

James se sentó y sintió el pegajoso amasijo de una docena de manzanas fermentadas aplastadas en su espalda. Gimió y sacudió la cabeza, salpicando pegotes de pulpa de manzana con el cabello.

—¡Puaj! —gritó Lily, escupiendo—. ¡Avisa la próxima vez que hagas eso, idiota!

De repente, James recordó la snitch. Bajó la mirada a su mano, y después se la mostró a su madre. Una enorme sonrisa adornaba su cara.

Ginny le sonrió socarronamente en respuesta.

—Bien hecho, hijo. Pero no esperes engañarme dos veces.

—¿Ganamos entonces? —preguntó James mientras Ginny le daba la mano y le ponía en pie.

—Oigo a Albus y a tu tío discutir al respecto incluso mientras hablamos, pero supongo que sí.

A poca distancia, James escuchó a Ron y Albus discutiendo acaloradamente el tanteo final.

—Excelente captura, James —dijo Harry a su hijo, sacudiendo manzana podrida de la parte de atrás de la camisa de James mientras volvían a la casa.

—Sí —estuvo de acuerdo Ted alegremente—, un uso genial del viejo amago y finta. Estaba seguro de que tu madre iba a darte una paliza, pero te has lucido de veras, ¿no?

—Ya te digo —dijo George agriamente, girándose y caminando hacia atrás para poder mirar fijamente hacia Ginny, con la escoba colgando sobre su hombro—. De hecho, si no recuerdo mal, creo que fue un miembro de esta misma familia quien *inventó* esa maniobra.

Ginny miró inocentemente a su hermano.

—No tengo la más ligera idea de lo que quieres decir, George.

—¿No? ¡Hum! Bueno, si recuerdo bien... y lo hago... los comentaristas de las Arpias solían llamarla el “Amago Ginevra”. Curioso, que caigas en una maniobra que lleva tu nombre, ¿no? Muy sospechoso, de hecho.

Ginny simplemente se encogió de hombros y sonrió. George continuó caminando hacia atrás, echando humo hacia ella. Finalmente, Angelina le hizo tropezar.

—James, ¿por qué no vas a reunir a tu hermano y a tus primos para la cena? —dijo Harry, alborotando el cabello de su hijo—. Tu abuelo llegará pronto a casa y queremos estar todos allí para la gran sorpresa.

—Mira lo que has hecho, papá —dijo James, intentando volver a aplastarse el

cabello—. Parezco una vieja foto tuya.

—Esas manzanas podridas son incluso mejor que esa cosa para el cabello que usa Hermione —comentó Ted—. Deberías hablarle de ellas. Ron dice que se gasta más dinero en pociónes muggle para el cabello que en comida.

—¿Qué? —chilló Hermione, empujando a Ron con la cadera—. ¡No será cierto!

James no esperó a escuchar el resto. Lanzó la Centella a su padre y se volvió hacia el sonido de las voces de sus primos.

—Eh, casi es la hora de cenar, chicos —llamó mientras entraba en la sombra del pequeño granero de piedra de la familia Weasley. Como siempre, las puertas estaban abiertas de par en par. El fresco y familiar olor del suelo de tierra y heno dulce le rodeó. Suspiró alegramente.

—¡Buena captura, James! —gritaron los gemelos, Harold y Jules, al unísono cuando James se aproximaba.

—¡Gracias!

—Qué pena que lo echaras a perder poniéndote cariñoso con un manzano —dijo Rose desde donde estaba sentada, dando puntapiés ociosamente—. Que deprimente.

—Eh —dijo James, ignorando los comentarios de Rose—. ¡Ese es el coche de Merlín! ¿Qué está haciendo aquí?

Rose bajó la mirada al capó del coche en el que estaba sentada. El viejo Anglia había sido limpiado meticulosamente y estaba medio repintado, pero un faro todavía colgaba ladeado de su conector.

—No es de Merlín, bobo —regañó Rose—. Es del abuelo. ¿No recuerdas las historias del Ford volador? Tu padre y el mío lo cogieron para un alegre paseo cuando estaban en la escuela. Terminaron perdiéndolo en el Bosque Prohibido. Todo lo que hizo Merlín fue encontrarlo. Cuando descubrió de quién era, arregló las cosas para devolverlo aquí. El abuelo lleva todo el verano volviendo a ponerlo en forma.

—¡Ha estado haciendo algunas modificaciones bastante importantes también! —anunció Hugo, asomando la cabeza por la ventanilla del conductor—. ¡Mirad esto!

Desapareció de nuevo y el coche se meció un poco mientras él y Albus se movían por el asiento delantero.

—Probablemente eso no sea una buena idea... —empezó James, y después saltó hacia atrás cuando un par de alas de madera y lona salieron disparadas de los costados del automóvil, chirriando y traqueteando mientras se desplegaban. Empezaron a aletear arriba y abajo violentamente, haciendo que el coche entero botara y se meciera. Un momento después, chirriaron hasta detenerse.

—¡Menos mal que sabéis como pararlas! —dijo James, con los ojos abiertos de par en par.

—¡No sabemos! —respondió Albus, trajinando con los botones y palancas en el salpicadero del coche—. Se han detenido solas. Parece que no están del todo acabadas aún. Espero que no las hayamos roto. Oye, Hugo, súbete ahí atrás y salta un poco sobre

ellas, ¿quieres?

—¡No, déjanos a nosotros! —gritaron los gemelos, trepando hacia las alas.

—¡No! —gritó James, alzando las manos—. ¡Nadie va a saltar sobre nada! ¡El abuelo os despellejará con una maldición si rompéis sus cosas!

Hugo frunció el ceño, ignorando a James.

—Qué pena que tío Percy y tía Audrey no estén aquí. Lucy es la mecánica. Apuesto a que ella podría hacer que esta cosa despegara.

—Me pregunto por qué necesita las alas de todos modos —comentó Rose—. Creía que volaba por sí mismo.

—El tío Harry lo estampó contra el Sauce Boxeador en Hogwarts, ¿recuerdas? —gritó Hugo—. Siniestro total. Por eso huyó al Bosque.

—Lo has entendido todo mal —dijo Albus—. Tú padre era el que conducía. Si mi padre hubiera estado tras el volante, habrían hecho un aterrizaje perfecto.

—Sí —estuvo de acuerdo Rose—, probablemente atravesando las ventanas del Gran Comedor.

Los gemelos rieron a carcajadas y corrieron alrededor del coche, fingiendo volar y estrellarse. Harold imitaba al Sauce Boxeador, agitándose hacia su hermano, que fingía ser alcanzado y volcar.

—De todos modos —continuó Hugo— todo el mundo sabe lo de los Alma Aleron y sus coches voladores. Apuesto a que el abuelo quería ver si podía hacer que este volara incluso mejor.

James sonrió abiertamente.

—Vamos, chicos. Pronto estaré en casa. Si no entramos, nos perderemos la sorpresa.

—Y el pastel —añadió Rose.

Eso consiguió su atención. Jules y Harold giraron sobre sus talones y pasaron zumbando junto a James, chillando e intentando empujarse el uno al otro fuera del camino. Albus se encogió de hombros y siguió a Hugo por la puerta del conductor del coche. Rose se bajó del capó y se limpió el polvo del trasero con las manos.

—¿El abuelo es bastante peculiar, verdad? —dijo, mirando alrededor, al Ford Anglia y la colección de objetos muggles dispares que llenaban los estantes cercanos. James los había visto cientos de veces, pero siempre había unas pocas cosas nuevas. Siguió a Rose mientras esta se aproximaba a la colección y pasaba la mano ligeramente sobre algunos de los artículos, trazando líneas en el polvo con los dedos. A lo largo del surtido de baterías y abrelatas eléctricos, trozos de cordel y maquinillas para el pelo de la nariz, James vio las nuevas adquisiciones. Había una vieja computadora portátil, un mando de videojuego, y un despertador digital con la forma de un personaje de dibujos animados.

—¿Por qué crees que le encanta tanto todo esto? —preguntó Rose.

—No sé —dijo James—. Creo que es en parte porque creció como mago, no como nosotros. Mi padre se crió con muggles. Tu madre también. Trajeron un poco del mundo muggle con ellos, así que para nosotros no es ningún misterio. Pero para el abuelo, el

mando muggle es tan extraño como serían para nosotros los extraterrestres. Simplemente le encanta averiguar cómo funciona todo, y para qué lo usan.

—¿No podría hacer un curso de Estudios Muggles sin más, hoy en día? —dijo Rose mientras los dos se giraban hacia la puerta—. No tenían clases como esa cuando él era niño.

James se encogió de hombros.

—Supongo. No creo que quiera aprender así, sin embargo. Para él no es esa la cuestión. En realidad no sé cuál cree él que es la cuestión.

Rose inclinó la cabeza a un lado.

—Simplemente le encanta el misterio, ¿no crees?

—Bueno, ¿de qué sirve el misterio si nunca lo resuelves? —James frunció el ceño.

—Eres simplemente un chico, James. En el momento en que se resuelve el misterio, deja de ser un misterio.

—El abuelo es un chico también, ya sabes.

—No, el abuelo es un hombre.

James puso los ojos en blanco.

—¿Qué diferencia hay?

Rose resopló.

—Bueno, un hombre puede coger la snitch y *no* acabar oliendo como una casa de sidra rancia.

James la persiguió el resto del camino hasta la puerta trasera.

Dentro, la abuela Weasley arreglaba frenéticamente los detalles finales mientras la familia se arremolinaba alrededor, principalmente intentando mantenerse fuera de su camino.

—¡Hugo! ¡Dominique! ¡Los dedos fuera de ese pastel ahora mismo! —advirtió cuando pasaba junto a la mesa, con los brazos llenos de platos y cubertería—. Fleur, querida, ¿te importa ayudarme con el pudín? Es el favorito de Arthur y lo quiero justo en medio de la mesa. Oh, ¿cuándo se hizo tan grande esta familia que no podemos comer dentro sin sentarnos unos en los regazos de otros?

—Es todo culpa tuya, mamá —dijo George razonablemente—. No puedes tener siete hijos y no esperar que todos lo veamos como un desafío a tener más.

—No *empieces* —dijo Angelina, haciendo una mueca y lanzándole un brazo alrededor del cuello.

—Sabías en lo que te estabas metiendo cuando te comprometiste conmigo —replicó George frívolamente—. Lo que más me encanta de ti son tus caderas anchas.

Angelina apretó su garra alrededor del cuello de George, arrastrándole hasta la sala, donde todo el mundo se estaba reuniendo.

—¿Cómo fue el partido, James? —preguntó Bill desde su asiento junto a su hijo Louis.

James se encogió de hombros y sonrió.

—Bastante bien. No se mató nadie. Cogí la snitch.

Louis sonrió burlonamente.

—Rose ya nos lo ha contado todo.

James puso los ojos en blanco mientras Bill reía y le palmeaba el hombro.

—¡Oh! ¡Arthur estará aquí de un momento a otro! —se apuró Molly, retorciéndose las manos en el delantal y mirando alrededor, a su familia reunida—. Sé que se me olvida algo. Es tan horriblemente difícil sorprenderle. ¡James! ¡No te has cambiado la camisa! ¡No! ¡No te sientes en el sofá! Es demasiado tarde para hacer algo al respecto, supongo...

—Mamá —la consoló Charlie—, calma. Es una fiesta de cumpleaños, no una campaña militar.

Ella soltó un rápido suspiro, dejando que Charlie le masajeara los hombros durante un momento.

—Todo lo que puedo decir es que menos mal que aceptó ese puesto de consultor en el Ministerio. Al menos le mantiene lejos de la Madriguera unas pocas veces a la semana. De otro modo, nunca le habría sacado de aquí el tiempo suficiente como para preparar algo así. Especialmente desde que ese personaje de Merlín devolvió ese horrible coche... ¡Oh! ¡Eso es lo que olvidaba! ¡Ronald! ¿Te has ocupado...?

—El juego de llaves de tubo —asintió Ron cansinamente—. Recién llegados de la ferretería muggle. Todo envuelto y sobre la mesa junto con los demás regalos. Le encantará, mamá. Cálmate o George y yo tendremos que sacar el whisky de fuego.

—¡Chist! —siseó la madre de James, mirando con fijeza al fuego de la chimenea—. ¡Aquí viene!

Ginny se inclinó hacia adelante, aferrando el brazo de Harry y tirando hacia ella. La habitación se quedó en silencio mientras todo el mundo contenía el aliento, preparando el grito.

Las cenizas del hogar se arremolinaron, y entonces súbitamente estalló una llamarada verde. Llameó, y una figura se materializó en medio de ella, brincando al suelo delante de la reja con un salto bien practicado.

—¡Sorpresa! —gritó todo el mundo, pero la fuerza del grito decayó en la segunda sílaba. El recién llegado no era Arthur Weasley. Se hizo un repentino y torpe silencio mientras todo el mundo miraba a la inesperada forma de Kingsley Shacklebolt.

La cara de Kingsley se mostraba grave. Recorrió con la mirada la habitación, estudiando las caras, hasta que vio a Molly.

—Oh, no —dijo Molly simplemente.

La cara de Kingsley no cambió. Juntos, él y Molly miraron a un lado, hacia el reloj de la familia Weasley.

—¡Oh, no! —dijo de nuevo Molly. Alzó lentamente la mano derecha llevándosela a la boca, con los ojos muy abiertos y brillantes.

Todo el mundo en la habitación miró al reloj mágico, el reloj que mostraba el paradero de todos los miembros de la familia Weasley y su estado. La mayoría de las manecillas de los miembros de la familia señalaba hacia "La Madriguera: Sala". La

manecilla de Arthur Weasley señalaba directamente hacia abajo, hacia dos pequeñas palabras rojas.

Ya no está.



—Arthur Weasley era el más excepcional y honorable de los hombres —decía Kingsley con su calmada y comedida voz—. Con aquellos a los que amaba, era impecablemente gentil, leal, y sabio. Con aquellos que merecieron su ira, fue justo, persistente, y cuando fue necesario, feroz. Pocos de los que crecimos con él habríamos supuesto que este hombre de hablar suave, incluso cómico, se enfrentaría algún día al mayor enemigo de su tiempo. Y aún así lo hizo, firmemente, y con la clase de callado valor que llega sólo tras haber amado bien y ser bien amado a su vez.

James estaba sentado en la segunda fila, entre Albus y Lily. Miraba furiosamente a la cara de Kingsley mientras éste hablaba, concentrándose en las palabras, intentando muy duramente no mirar a la caja de madera pulida que había tras el hombre grande. La tapa estaba abierta, mostrando un interior acolchado y de un blanco nevado. Junto a James, Lily sorbió por la nariz quedamente y se apoyaba contra el hombro de su madre. Albus se sentaba totalmente recto, con la cara blanca y pálida. La diminuta iglesia de Ottery St. Catchpole estaba abarrotada y hacía calor.

—Durante su vida, Arthur —siguió Kingsley— vio cosas grandiosas y horribles. En su familia, encontró el más puro de los deleites, y lo que es más importante, era el tipo de hombre que sabía cómo disfrutarlo. También presenció la más horrible de las pruebas y soportó los mayores sacrificios. Y aún así su corazón fue lo bastante puro como para no amargarse por ello. El odio no tenía cabida en este hombre. El vicio no le conocía. La corrupción no podía doblegarle.

Débilmente, James era consciente de que muchos miembros de la familia y amigos habían venido de lo ancho y largo del mundo para estar presentes. Había visto entrar a Hagrid, e incluso ahora, podía oír al medio-gigante sonándose la nariz una fila por detrás de él. Luna estaba allí junto con su nuevo y flaco enamorado, Rolf Scamander, que con su traje marrón y sus enormes gafas, a James le parecía vagamente una versión humana de uno de esos insectos ingeniosamente disfrazados por la naturaleza para parecer una rama seca. Neville Longbottom estaba presente también, al igual que los Diggory, que vivían cerca en el pueblo. Un sorprendente número de compañeros de trabajo del abuelo en el Ministerio habían venido también, la mayoría directamente de

Londres.

Justo delante de James estaba sentada su abuela. Los hombros de Molly se sacudían, pero no emitía ningún sonido. Junto a ella, Bill la rodeaba con un brazo. Los ojos de Bill brillaban. Fruncía muy ligeramente el ceño mientras Kingsley seguía.

—Hay hombres que dedican sus vidas a la justicia, que estudian y planean, que ocupan grandes cargos. Hay hombres que buscan poder e influencia, que se elevan a posiciones de gran autoridad y toman decisiones trascendentales. Y hay hombres que dedican sus vidas a entrenarse para la guerra, cuyas habilidades con la varita y la espada son legendarias, que son los primeros en la batalla y los últimos en la retirada. Arthur Weasley no era ninguno de esos hombres. Era mejor. Su benevolencia no surgía de la culpa. Su posición no nacía del orgullo. Y su lucha no fue una búsqueda de gloria. Con su corazón firme, era sin esfuerzo lo que la mayoría de nosotros intentamos ser por pura fuerza de voluntad. Era un hombre sin malicia. Un hombre de deber y lealtad. Un hombre con la fuerza de la justicia y el amor. Pero sobre todo, Arthur Weasley... era un padre... un marido... y un amigo.

Por primera vez, Kingsley bajó la mirada. Apretó los labios, y después se quitó las gafas. Todavía mirando hacia abajo, al pequeño podio ante él, concluyó:

—Arthur Weasley era el mejor de su raza. Y le echaremos de menos.

En el silencio que siguió, James luchó por contener las lágrimas. Era todo tan confuso. Cuando al principio entendió lo que estaba ocurriendo esa tarde en la que estaban todos de pie en la sala mirando a la manecilla del abuelo en el reloj Weasley, se había sentido extrañamente embotado. Sabía que debía sentir pena, o furia, o miedo, pero en vez de eso, no sentía nada. Cuando la familia se había deshecho en una conversación confusa... exigencias de explicaciones, expresiones de pena... Harry había llevado a Lily, Albus y James arriba, al dormitorio que con frecuencia compartían.

—¿Entendéis lo que significa esto? —les había preguntado, mirándolos uno a uno a los ojos, con la cara seria y triste. Lily y Albus habían asentido en silencio. James no. Si hubiera entendido lo que le había pasado al abuelo, habría sentido algo, ¿no? Harry los había apretado a los tres en un abrazo, y James pudo sentir la mejilla de su padre en el hombro. La había sentido caliente.

Ahora, mientras James observaba a su abuela y al tío Bill aproximarse al ataúd, apenas podía tantear los bordes de esta repentina y monumental pena. La garganta le dolía de contenerla. Sus ojos ardían y parpadeó una vez más, obligando a las lágrimas a retroceder. Le avergonzaba dejarlas salir, y aún así sentía que estaba mal contenerlas. Estaba desgarrado en medio de las dos opciones.

¿Por qué el abuelo tenía que morir de un ataque al corazón, de todas las cosas posibles? Este era el hombre que se había enfrentado a la serpiente de Voldemort y había sobrevivido para contarlo. ¿Cómo podía un hombre que había luchado contra los villanos más despiadados de todos los tiempos, que había hecho tan terribles sacrificios, haber muerto de forma tan estúpida al final? La injusticia de ello pesaba como una losa

sobre el corazón de James. ¿No se había ganado el abuelo una recompensa por todo eso? ¿No se merecía al menos unos pocos años más para ver crecer a sus nietos? Se iba a perder el primer año de James en el equipo de quidditch de Gryffindor. No asistiría a la boda de su hijo George ni sabría los nombres de los hijos de este. Nunca desenvolvería su juego de llaves de tubo muggle, nunca lo usaría para terminar las alas caseras de su preciado Ford Anglia. Este se quedaría allí en el granero, a medio pintar y con un faro todavía colgando, hasta que se herrumbrara y perdiera cualquiera que fuera el alma que el abuelo le había dado. Nadie más se preocuparía por él. Finalmente, sería remolcado a alguna parte, y eliminado. Enterrado.

Al final del pasillo, Harry se puso en pie, ayudando a Ginny. Lily y Albus se levantaron también, pero James permaneció sentado. Miraba fijamente hacia adelante, con las mejillas ardiendo. Simplemente no podía. Después de un momento, Ginny condujo a Albus y a Lily por el pasillo hacia el ataúd. James sintió a su padre volver a sentarse a su lado. Ninguno intentó hablar con el otro, pero James sintió una mano en la espalda. Le reconfortó un poco. Pero solo un poco.

Unos minutos después, la habitación estaba casi completamente vacía. James parpadeó y miró alrededor. Apenas había notado que todo el mundo había ido saliendo poco a poco, dirigiéndose afuera, al cegador sol veraniego. Harry todavía estaba sentado junto a él. James le miró, estudiando la cara de su padre durante un momento, y después bajó los ojos. Juntos, se levantaron y recorrieron el pasillo.

James nunca antes había estado en un funeral, pero había oído hablar de uno. El del tocayo de Albus, Dumbledore el director, que había significado mucho para su padre. Había oido hablar de cómo, en el funeral de Dumbledore, el fénix Fawkes de repente había remontado el vuelo y la tumba había estallado en llamas durante un breve y glorioso momento. Cuando James se aproximó al ataúd de su abuelo, deseó que ocurriera algo así. James no había conocido a Dumbledore, ¿pero cómo podía ese viejo haber sido más noble que su abuelo? ¿Por qué no ocurría algo igual de glorioso y hermoso para Arthur Weasley? Y aun así, tristemente, James sabía que no pasaría.

Subió los escalones hasta el ataúd y miró dentro. No podría haberlo hecho si su padre no hubiera estado allí con él, con su gran mano sobre los hombros de James. El abuelo tenía el mismo aspecto de siempre, pero diferente. Su cara estaba mal, sin embargo. James no podía especificar exactamente qué era, y entonces lo comprendió: el abuelo estaba simplemente muerto. Eso era todo. De repente, sorprendentemente, un recuerdo saltó a la cabeza de James. En él, vio al abuelo sentado en un taburete fuera del viejo granero de la familia, sujetando a un James mucho más joven sobre su rodilla, mostrándole un aeroplano de juguete. Lo sostenía ante los maravillados ojos del pequeño James y lo hacía volar hacia delante y atrás sobre el banco de trabajo, imitando los ruidos de los motores. James no sabía cuándo había sido, pero lo veía ahora en su memoria: el abuelo estaba haciendo volar el avión hacia atrás, con la cola por delante. Sonreía al pequeño James, guiñando los ojos. "Es como una escoba con cientos de

muggles en ella —dijo, riendo ahogadamente—. ¿Sabes? En realidad nunca he visto a ninguno volar. Espero hacerlo algún día, James, mi niño. De verdad lo espero”.

James cerró los ojos tan fuerte como pudo, pero no sirvió de nada. Dejó escapar un gran sollozo seco y se apoyó contra el borde del ataúd. Harry Potter puso un brazo alrededor de los hombros de su hijo y le abrazó firmemente, meciéndole lentamente mientras lloraba, desesperada e impotentemente, como el niño que todavía era.



—No era realmente su cumpleaños, por supuesto —estaba diciendo Molly a Audrey, la esposa de Percy, mientras estaban de pie al sol en el patio de la Madriguera, con tazas de ponche en las manos—. En realidad nació en febrero. Esta iba a ser su fiesta de setenta y ocho y medio cumpleaños, más o menos. ¡Pero era la única forma de sorprenderle! Por supuesto, debería haber sabido que al final encontraría una forma de reírse el último, que Dios le bendiga. Oh, Audrey.

James se sirvió a sí mismo un vaso de ponche y se alejó de la mesa, no deseaba oír más. Hagrid estaba sentado bastante incómodamente en una de las diminutas sillas de jardín, presionándola contra el suelo.

—Conocí a Arthur cuando él todavía iba a la escuela, sabe —decía Hagrid a Andrómeda Tonks, que estaba sentada a la mesa con él—. Nunca se conoció un alma más amable, sin duda. Siempre dispuesto con una sonrisa y una historia. Y agudo a su propio modo. Agudo como una garra.

James pasó deslizándose tan inadvertidamente como le fue posible. Adoraba a Hagrid, pero se sentía cansado y desgastado por sus lágrimas allá en la iglesia. No creía poder soportar oír más historias sobre su abuelo cuando era joven ahora mismo. Era demasiado triste.

Vio a Rose, Albus y Louis sentados a una de las mesas portátiles al borde del césped y fue a unirse a ellos.

—He oído que la abuela podría vender la Madriguera —dijo Louis cuando James cogió una silla.

—No puede hacer eso —dijo Rose, sorprendida—. Ha sido el hogar de los Weasley desde... desde... bueno, ¡no sé desde cuándo pero desde antes de que nuestros padres nacieran! ¡Es parte de la familia!

Louis se encogió de hombros.

—Papá dice que es demasiado grande para que ella la lleve sola. Quiero decir, el

lugar tiene siete pisos de alto, y eso sin contar el ático y el sótano. Además, requiere mucha magia solo mantenerla erguida. Ahora que los hijos se han mudado, y el abuelo ya no está, es demasiado trabajo para ella sola.

—Simplemente no parece estar bien —insistió Rose, pateando la pata de la mesa. Levantó la mirada, con los ojos muy abiertos—. ¿Y por qué no se muda alguien otra vez con ella? George podría traer aquí a Angelina cuando se casen, ¿no?

James miró al otro lado del patio, hacia el nudo de familia y amigos que se arremolinaban melancólicamente al sol.

—George no puede quedarse en la Madriguera —dijo—. Tiene que llevar las tiendas. Además, Angelina ha aceptado un trabajo de tutora en Hogsmeade. Están buscando un piso para alquilar en la misma calle de la tienda.

—Yo he oído que Ted va a vivir en la parte de arriba —dijo Louis, alegremente—. Quiere intentar entrar en el equipo nacional de quidditch, así que George ha dicho que puede vivir con ellos y trabajar en la tienda mientras entrena.

—No puede ir en serio. —Rose hizo una mueca—. Ted lo hace bien, pero no creo que crea realmente que puede entrar en el equipo nacional.

Louis se encogió de hombros nuevamente.

—Mamá dice que es un error que George le deje vivir con él. Dice que simplemente Ted no sabe qué hacer consigo mismo y que debería apresurarse y encontrar algún trabajo fijo.

—Tu madre cree eso sobre casi todo el mundo —comentó Rose.

—¿Vosotros dos estáis ansiosos por empezar el colegio la semana que viene? —dijo James antes de que Louis pudiera replicar.

—¿El principal ingrediente de la poción de raíz de halflinger es la raíz de halflinger? —dijo Rose, sentándose erguida excitadamente.

James parpadeó.

—Asumo que la respuesta a eso es “sí”.

—El nuevo director ha hecho algunos cambios este año, ¿sabes? —señaló Louis—. Se acabaron los dormitorios compartidos entre diferentes cursos. Horarios de clase mucho más regulados. Nada de clases secundarias hasta tu último curso. Ha arrasado completamente con los cambios hechos por ese tipo que fue director antes de McGonagall. Tyram Wossname.

—En cierto modo me gustó tener a algunos de otro curso en mi dormitorio el año pasado —masculló James.

—Sí, bueno, mamá dice que fueron todas esas ideas reformistas de Tyram las que condujeron al Elemento Progresivo y toda esa basura revisionista sobre Voldemort hasta Hogwarts —dijo Louis sabiamente, alzando las cejas.

James no tenía respuesta para eso. No le sorprendía en lo más mínimo, sin embargo, que Merlín hubiera hecho algunas elecciones muy conscientes para llevar a Hogwarts de vuelta a los estándares y procedimientos previos a una batalla.

—¿En qué casa crees que terminaremos, James? —preguntó Rose—. Papá cree que yo seré una Gryffindor, ¿pero qué se puede esperar de él? Personalmente, espero entrar en Ravenclaw.

—No tengo la más ligera idea de en qué casa seréis seleccionados —dijo James—. El propio Sombrero Seleccionador no parece saberlo hasta que se posa sobre tu cabeza. No me sorprendería que te echara una mirada y te adjudicara once T.I.M.O. al instante.

Rose arregló la servilleta sobre la mesa ante ella.

—Solo porque sea la hija de mi madre, eso no significa que sea una especie de genio antinatural, ¿sabes?

—No —estuvo de acuerdo Louis—. Pero el hecho de que hayas leído la enciclopedia entera de Pociones y Antídotos Mágicos y puedas recordar el número de página exacto del bálsamo Barglenarf... sí.

—¡En realidad no fue así! —insistió Rose, sus mejillas enrojecieron—. Mamá ha estado contando esa historia durante meses y es pura basura. Me compró esa enciclopedia por mi décimo cumpleaños, por los pantalones de Merlín. La única razón de que la leyera es porque quería saber cómo hacer el brebaje de... er...

Louis sonrió cortésmente y alzó las cejas.

—El brebaje de...

—Bueno, no importa —dijo Rose rápidamente, todavía plegando su servilleta—. Pero simplemente no puedo evitar tener memoria para los detalles. Además, era solo una cura para la hiedra venenosa. Y no recordé la página exacta. Solo el capítulo en el que estaba.

—Bueno, eso es diferente entonces —replicó Louis.

—No intentes esa expresión conmigo —dijo Rose, tirándole la servilleta y acertándole en la cara—. Nadie lo hace como la tía Fleur. Ella prácticamente nació con esa mirada en la cara.

—Bueno, yo espero entrar en Hufflepuff —dijo Louis, volviendo a tirar la servilleta a Rose y intentando parecer sereno—. Es la casa conocida principalmente por su diligencia y trabajo duro. Planeo tomarme la escuela muy en serio.

Rose puso los ojos en blanco e imitó mudamente las palabras de Louis. James sonrió.

—¿Y qué hay de ti, Albus? —dijo Louis, codeando al hermano de James.

Albus se recostó hacia atrás y miró alrededor.

—¿Tiene importancia en realidad?

—¿Tiene *importancia* en *realidad*? —repitió Louis incrédulamente—. Es solamente la cuestión más definitiva de tu vida escolar. Quiero decir, ¿y si te seleccionan en la casa equivocada?

—¿Y qué casa sería esa? —preguntó Albus cortésmente.

—Bueno, no sé —respondió Louis, lanzando las manos al aire—. Es diferente para todo el mundo, ¿no?

—Albus Severus Potter —dijo Rose significativamente—. Louis no lo ha cogido aún.

Por mucha diligencia y trabajo duro.

Louis frunció el ceño hacia Rose.

—Capté el nombre completo de Albus hace unos años, gracias.

—Sus iniciales, tonto —dijo Rose remilgadamente—. A.S.P. Asp es el nombre en inglés de un tipo de serpiente.

—¿Y eso qué se supone que significa entonces?

—Albus teme que le acaben enviando con los Slytherins —dijo James, poniendo los ojos en blanco—. Lleva tiempo siendo una especie de broma familiar. El primer Potter que va con las serpientes.

—Oh, cállate, ¿quieres? —dijo Albus hosamente.

—¿Qué? —replicó James—. Es posible, ya sabes. Yo casi conseguí que me enviaran allí.

—Sí, eso es lo que siempre dices —dijo Albus quedamente—. Pero entonces, oh gloria, terminaste en Gryffindor. El primogénito de Harry Potter va a la querida vieja casa de su padre. ¿Quién lo hubiera pensado?

—Es cierto, Al. Pero vamos, los Slytherins no pueden ser tan malos ya —razonó James—. Ralph está allí, y es un buen tipo. Tal vez puedas unir fuerzas con él y dar la vuelta a todas las viejas leyendas Slytherins, ¿eh?

Albus frunció el ceño, inclinándose hacia adelante, y descansando la barbilla en su antebrazo.

—El verde es realmente tu color, Albus —dijo Rose pensativamente—. Va con tus ojos y tu cabello más oscuro.

—Sí —intervino Louis—, y he oído que sus dormitorios tienen sangre de dragón fría y caliente en los grifos.

Albus se levantó de repente y se retiró de la mesa mientras los otros observaban. Rose miró de reojo a Louis, con una ceja arqueada.

—¿Qué? —dijo él a la defensiva—. Es lo mejor que se me ocurrió. Caliente y fría... ya sabéis, dicen que las familias Slytherin cazan dragones. —Puso los ojos en blanco—. No importa, probablemente no lo captaríais.

—No debes creer todo lo que oigas —dijo una voz directamente detrás de ellos. James se giró y miró a la cara de un hombre con la piel pálida y rasgos afilados. Una mujer de cabello oscuro estaba de pie a su lado.

El hombre sonreía tensamente.

—Por favor, perdonad la interrupción. Estaba a punto de preguntar si esta era la casa correcta, pero veo la evidencia aquí mismo, delante de mí. Puedo asumir que estoy hablando con el señor James Potter, ¿correcto?

James asintió con la cabeza, mirando una y otra vez del hombre a la mujer de cabello oscuro. Ambos eran atractivos de una forma bastante fría, y ambos vestían de negro con muy buen gusto. James estuvo repentinamente seguro de que si Zane, su amigo americano, hubiera estado presente, habría hecho algún comentario sobre lo valientes

que eran por aventurarse a la luz del día, o preguntado cómo lograban peinarse tan bien sin poder verse en los espejos. Ni que decir tiene, que estaba bastante contento de que Zane no estuviera presente.

—Tal vez —continuó el hombre—, serías tan amable de conducirme hasta tu padre, James. Mi nombre es...

—¿Draco?

James miró a un lado y vio a su madre aproximándose lentamente. Miraba al recién llegado con una mezcla de incredulidad y precaución.

—Ginny —dijo el hombre. Hubo una larga e incómoda pausa, y entonces la mujer de cabello oscuro habló.

—Lamentamos mucho su pérdida, señora Potter. —Intentó sonreír, pero fue un intento bastante magro.

—¿Sabe Harry que estás...? —preguntó Ginny, todavía mirando al hombre.

—Creo que ahora sí —dijo Draco, alzando la barbilla ligeramente y mirando más allá de Ginny.

Harry se acercó a su esposa y miró al hombre pálido de arriba a abajo.

—Me alegro de verte, Draco.

Draco asintió lentamente, sin cruzar del todo la mirada con Harry.

—Sí, ha pasado bastante tiempo. Cuando oí lo del señor Weasley, pensé que sería... apropiado... venir a ofrecer nuestras condolencias.

James reconoció ahora al hombre pálido, aunque nunca le había visto en persona. Comparó a este hombre adulto con las pocas fotos que había visto del joven Draco Malfoy. Los ojos eran los mismos, así como el cabello rubio platino peinado hacia atrás desde las sienes. Todavía había un trazo de mofa allí también, justo como en la viejas fotos de la escuela, pero mientras miraba, James pensó que ya no parecía particularmente apostado, o siquiera consciente. Simplemente Draco llevaba tanto tiempo mostrando esa expresión que era parte de la topografía de su cara.

Harry estudió a Draco durante un largo momento, y después sonrió. James reconoció la sonrisa cortés de su padre.

—Gracias, Draco. Ginny y yo lo apreciamos. De veras. Esta debe ser tu esposa.

Draco puso un brazo alrededor de la cintura de la mujer.

—Por supuesto, disculpad. Esta es Astoria.

Harry se inclinó y Ginny estrechó ligeramente la mano de la mujer. Sonrió y dijo:

—¿Quieres entrar en la casa a por unas bebidas?

Astoria medio se giró hacia Draco, alzando las cejas.

—Yo tomaré algo de lo que está tomando *él* —dijo Draco, mirando hacia James y mostrando una ligera y ladeada sonrisa—. Gracias, querida.

Ginny abrió el camino entre las mesas y Astoria la siguió, volviendo la mirada una vez hacia Harry y Draco.

—¿Cómo van las cosas en Gringotts, Draco? —preguntó Harry, sin hacer ningún

esfuerzo por conducir al hombre pálido hacia la multitud que se reunía cerca de la casa—. Tenía entendido que los humanos son algo insólitos en las oficinas del banco, y aún así, ahí estás tú, vicepresidente de algo, por lo que he oído. Nos habríamos reído allá en los días de escuela si alguien nos hubiera dicho que terminarías siendo una persona de influencia en el banco mágico de Inglaterra.

—Allá en los días de escuela —dijo Draco quedamente, todavía sin mirar directamente a Harry—, nos habríamos reído si alguien nos hubiera dicho que estaríamos algún día de pie en el mismo patio sin apuntarnos con varitas el uno al otro.

La sonrisa de Harry decayó.

—Sí —admitió en voz baja—. Es cierto.

Hubo una larga pausa. James podía oír el balbuceo de voces amortiguadas más cerca de la casa y el trino de los pájaros en el huerto. Miró hacia Rose, que también estaba observando la escena con absorto interés. Ella alzó las cejas y sacudió la cabeza atentamente.

—¿Sabes? —dijo Draco con un tono de voz diferente, riendo un poco sin humor—, a decir verdad, no hay una sola cosa sobre lo que parece la vida hoy en día que hubiera predicho durante nuestro último año en Hogwarts.

La sonrisa de Harry había desaparecido completamente. Se mantuvo en pie y estudió al hombre pálido con ojos ilegibles.

—A todos se nos enseñan cosas, crecemos —siguió Draco—, y raramente tenemos la audacia de cuestionarlas. Crecemos para tomar la forma con la que nuestras familias nos han definido. El peso de generaciones de creencias nos aplasta, y nos hace a su imagen y semejanza. Y la mayor parte de las veces eso es buena cosa. —Draco finalmente miró a Harry a los ojos, y por primera vez desde su llegada, la burla desapareció de su cara—. La mayor parte de las veces, es realmente buena cosa, Harry. Pero a veces crecemos, el tiempo pasa, y mucho, mucho después de cualquier esperanza de rechazar esas creencias decisivas miramos atrás. Y nos hacemos preguntas.

James miraba de Draco a su padre. La cara de su padre era todavía ilegible. Después de un largo momento, Harry volvió a mirar a la casa y suspiró.

—Mira, Draco, sea lo que sea lo que tengas que decir, sea lo que sea lo que crees que tiene que ocurrir aquí...

Draco sacudió la cabeza.

—No tiene que ocurrir nada aquí. No he venido aquí a pedir tu *perdón*, Harry. Solo vine a decirte a ti y a tu familia que lamento vuestra pérdida. A pesar de lo que puedas creer, sé que Arthur Weasley era un hombre fuerte. Era un hombre honorable. Mi padre no estaría de acuerdo conmigo, pero es como he dicho. Nos hacemos viejos. Algunos miramos atrás, y nos hacemos preguntas.

Harry asintió ligeramente.

—Gracias, Draco.

Draco dio un paso acercándose a Harry.

—Había otra razón para venir aquí hoy. Creo que debería admitírtelo. Vine a probarme algo a mí mismo.

Harry no parpadeó.

—¿Qué esperabas probar?

Draco sonrió un poco, sin apartar la mirada de los ojos de Harry.

—Quería probarme a mí mismo que podía venir y hablar contigo. Y más importante aún, que me escucharías.

Draco extendió la mano derecha. Sin bajar la mirada, Harry se la estrechó lentamente. James apenas podía creer lo que estaba viendo, conociendo la historia de estos dos hombres. Difícilmente podía considerarse una lacrimógena reconciliación, y James tenía la firme impresión de que si Draco creyera que alguien en su familia pudiera considerarlo así, nunca lo habría hecho. Pero era asombroso, no obstante. El apretón de manos terminó en segundos, y menos de cinco minutos después, Draco y Astoria se habían marchado, alejándose en su enorme y negrísimo automóvil. Pero la imagen de ese apretón de manos, en cierto modo atrevido y vulnerable, tenue como una burbuja de jabón, permaneció en la mente de James durante mucho tiempo.



La mayor parte de la familia inmediata se quedó a pasar la noche en la Madriguera, y James sentía una tristeza particular sabiendo que ésta podría ser la última vez que la familia se reuniera en la vieja casa. Una sensación de pérdida y frialdad palpable llenaba las habitaciones a pesar del bullicio de actividad de la noche. Era casi como si todo el mundo estuviera lanzando mentalmente guardapolvos sobre el mobiliario, descolgando los cuadros, y embalando los platos. James sentía una vaga furia sin objetivo al respecto. Ya era bastante malo que el abuelo hubiera muerto. Ahora parecía que la Madriguera estuviera muriendo también. Nada se sentía normal o confortable. Incluso el dormitorio que había compartido con Albus y Lily durante tantos años parecía frío y vacío. Ni una vez se le había pasado por la cabeza que esta habitación podría pertenecer algún día a algún otro, alguien a quien no conociera. Peor aún, ¿y si los nuevos propietarios simplemente derribaban la casa y construían una nueva? ¿Y si eran muggles, que no sabrían como mantener semejante lugar? No podía soportar la idea. Furiosamente, cerró de golpe la puerta y comenzó a ponerse el pijama.

—¡Humm! —masculló Lily, dándose la vuelta en la cama y cubriéndose la cabeza con una almohada.

—No importa —se quejó Albus desde la cama grande de la esquina—. Solo estábamos intentando dormir. Háznoslo saber si te molestamos.

—Lo siento —masculló James, dejándose caer en la cama y quitándose los zapatos de una patada.

Albus se sentó y miró a la puerta de la habitación. James miró de reojo a donde Albus estaba mirando. Lo habían visto miles de veces antes. El interior de la puerta estaba cubierto por tallas desgastadas y palabras arañadas. Esta habitación había pertenecido a mucha gente a lo largo de los años, y la mayoría de ellas habían hecho algún tipo de marca en esa puerta para constante mortificación de la abuela Weasley. Aún así, ella no había hecho ningún esfuerzo por arreglar la puerta, cosa que no habría sido nada difícil para una bruja. James creía saber por qué. En el mismo centro de la puerta, mucho más vieja que el resto de las tallas, había una serie de marcas, del tipo que se utilizaban para marcar los días. Sobre las marcas que eran muy grandes, la misma mano había garabateado “¡Fred y George hasta HOGWARTS y MÁS ALLÁ! ¡Larga vida a Fred y George!”.

—¿Crees que la abuela de verdad venderá la casa? —preguntó James.

Albus no respondió. Después de un momento, se dio la vuelta, mirando a la pared y llevándose la mayor parte de la manta con él.

James se quitó la camisa y se puso el pijama. Se deslizó hasta el suelo y caminó descalzo hasta la puerta del baño para lavarse los dientes.

El baño era compartido, con acceso desde tres dormitorios y el pasillo del tercer piso. Lucy, la hija de Percy, estaba sentada en el borde de la antigua bañera de patas, cepillándose aplicadamente el cabello.

—Hola, James —dijo, levantando la mirada brevemente.

—Hola, Lucy.

—Me alegro de verte. Eché de menos a todo el mundo este verano —dijo Lucy, pasando el cepillo sobre un mechón de su largo cabello negro—. Papi dice que el año que viene podremos pasar más tiempo en casa. Estaba bastante contenta por eso hasta hoy. Es decir, el año que viene...

James asintió.

—Sí.

—¿Te gustó tu primer año en la escuela? —preguntó Lucy, levantando la mirada— ¿Estás ansioso por volver?

James asintió y recogió el vaso que se encontraba a un lado del lavabo. Estaba lleno de los cepillos de dientes de la familia. Hizo una mueca y giró el vaso, intentando encontrar el suyo.

—Yo no puedo esperar a empezar la escuela —dijo Lucy, volviendo a su cepillado—. Papi dice que debería disfrutar de la libertad mientras pueda, pero vivir con él y con mamá en habitaciones de hotel durante semanas no parece libertad. Mami dice que es mejor para nosotras ir con él en todos sus viajes internacionales, así podemos estar todos

juntos como una familia. A ella le gusta todo eso de viajar. Siempre nos está arrastrando a Molly y a mí a alguna cosa histórica u otra, diciéndonos que sonriamos mientras ella nos toma fotos delante de esta estatua o aquella roca que alguna persona famosa de alguna gran batalla puso en pie o algo. Escribo un montón de cartas, pero no mucha gente me responde, o al menos no con tanta frecuencia como a mí me gustaría.

Miró significativamente a James. Él la vio en el espejo mientras se cepillaba los dientes.

—¿Qué le pasa a Albus? —preguntó Lucy, levantándose y dejando el cepillo.

James enjuagó su cepillo de dientes.

—¿Qué quieres decir?

—Estaba terriblemente callado esta noche. No es propio de él.

—Bueno, supongo que todo el mundo está un poco más callado de lo normal —replicó James. Miró de reojo a Lucy y sonrió burlonamente—. Bueno, casi todo el mundo.

Ella le golpeó juguetonamente al pasar a su lado. En la puerta, se detuvo y miró sobre su hombro.

—Probablemente nos hayamos ido cuando te levantes por la mañana —dijo simplemente—. Tenemos que volver a Dinamarca a primera hora, dice papá.

—Oh —dijo James—. Bueno, buen viaje, Lucy. Lamento todo eso. El tío Percy es bastante importante en el Ministerio, según papá. Las cosas no siempre serán así, ¿no?

Lucy sonrió.

—Será distinto el año que viene, ¿verdad? Estaré contigo, Albus, Louis, Rose y Hugo en Hogwarts. ¿A qué será divertido?

James asintió. Había algo bastante inquietante en hablar con la prima Lucy. No era que no la quisiera. En cierto modo, ella le gustaba más que muchos de sus otros primos, particularmente Louis. Sencillamente era diferente. Tenía sentido que así fuera, ya que había sido adoptada por tío Percy y tía Audrey cuando creían que no podrían tener hijos propios. Hablar con Lucy se parecía mucho a hablar con Luna Lovegood, era una cuestión bastante literal. Ella era extremadamente, casi misteriosamente, inteligente, pero a diferencia de la mayoría de la gente, Lucy no bromeaba mucho ni se burlaba. Siempre decía exactamente lo que estaba pensando.

—Escríbeme una carta o dos este año, ¿vale, James? —dijo, con sus ojos negros serios—. Cuéntame cómo es la escuela. Hazme reír. Eres bueno en eso.

James asintió de nuevo.

—Vale, Lucy. Lo haré. Lo prometo.

Gentilmente, Lucy cerró la puerta del dormitorio que compartía con su hermana. James se giraba hacia la puerta de su propio dormitorio cuando un movimiento captó su atención. Se detuvo y miró a un lado, siguiendo el movimiento. Había sido en el pasillo adyacente. La puerta estaba ligeramente entreabierta, pero el pasillo más allá estaba oscuro. Probablemente hubiera alguien fuera esperando a que él terminara. Abrió la

puerta y se asomó.

—He acabado —anunció—. El baño es todo tuyo.

El pasillo estaba vacío. James miró en ambas direcciones. Las escaleras al final del pasillo eran notablemente chirriantes; seguramente hubiera oído a alguien en ellas. Frunció el ceño, y estaba a punto de darse la vuelta cuando el movimiento llegó de nuevo. Titiló en los rayos de luna lanzados por la ventana grande del descansillo. Una sombra danzó por un momento y después se quedó inmóvil.

James salió del baño, manteniendo los ojos en la pálida forma que la ventana proyectaba sobre el suelo y la pared. Ya no podía ver que se había movido. Dio unos pocos pasos hacia el descansillo y sus pisadas rechinaron sobre el entarimado del suelo. Ante el sonido, una sombra saltó en medio del haz de luz de luna. Se escurrió sobre la silueta de la ventana como una especie de lagarto, pero mucho más grande, con demasiadas articulaciones en brazos y piernas. Hubo una sugerencia de una cabeza grande y orejas puntiagudas, y después, de repente, la forma desapareció.

James se detuvo en el pasillo, con el vello de los brazos erizado. La sombra había hecho un sonido al moverse, como hojas muertas sopladas sobre una piedra. Si agudizaba el oído, todavía podía oírla. Un débil correteo llegaba de las escaleras descansillo abajo. Sin pensar, James lo siguió.

Como siempre, las escaleras fueron insoportablemente chirriantes. James había perdido completamente el ruido para cuando alcanzó el primer piso. El reloj de la familia Weasley marcaba el tiempo en la oscuridad de la sala cuando James se arrastró a través de ella, dirigiéndose hacia la cocina. Una vela ardía inconstantemente en un volcán de cera en el antepecho de la ventana. La luz de la luna jugueteaba a través de la habitación, rebotando en docenas de utensilios de cocina y sartenes que colgaban sobre el mostrador. James se detuvo e inclinó la cabeza, escuchando.

El correteo llegó de nuevo, y James lo vio. La diminuta sombra titilaba y saltaba sobre la parte delantera de las alacenas, entrando y saliendo del haz de luna. Parecía correr hacia la despensa. James miró alrededor rápidamente, intentando localizar a la figura que lanzaba la sombra, pero no la pudo encontrar.

La sombra se detuvo en una esquina del techo y pareció bajar la mirada hacia James por un momento. Era una forma diminuta un poco parecida a un elfo doméstico excepto por las proporciones y el inusual número de articulaciones en brazos y piernas. Entonces saltó de nuevo, fuera de las sombras. James se lanzó tras la criatura, presintiendo que la cosa se dirigía a la puerta de atrás. Para sorpresa de James, la puerta de atrás estaba abierta de par en par.

Saltó al exterior, al fresco aire nocturno. Miró frenéticamente alrededor, aguzando el oído en busca del pequeño correteo. No había señal de la diminuta forma.

—Buenas noches, James —dijo una voz a su espalda, y James casi ladró de sorpresa. Se giró y vio a su padre sentado en una pila de madera, con un vaso en la mano. Harry rió.

—Lo siento, hijo. No pretendía sobresaltarte. ¿Qué te tiene tan nervioso?

James miró alrededor de nuevo, con el ceño fruncido.

—Creí... creí haber visto algo.

Harry miró alrededor también.

—Bueno, hay un montón de cosas que ver en esta casa, ya sabes. Está el ghoul del ático, y los gnomos del jardín. Normalmente se quedan fuera de la casa, pero siempre hay algún valiente que entra a hurtadillas de noche y escamotea un nabo o dos. Creen que cosechar el huerto equivale a robarles, así que se hacen con algo de mercancía de vez en cuando.

James se acercó descalzo a la pila de madera y subió junto a su padre.

—¿Qué estás bebiendo? —preguntó, asomándose al vaso de su padre.

Harry rió de nuevo, quedamente.

—La pregunta sería más bien que no estoy bebiendo. Es whisky de fuego. Nunca me ha gustado mucho el sabor de esta cosa, pero una tradición es una tradición.

—¿Qué tradición?

Harry suspiró.

—Es solo una forma de recordar. Un trago para conmemorar a tu abuelo y todo lo que significaba para nosotros. Hice esto con el abuelo y George cuando enterramos a tu tío Fred.

James se quedó en silencio un rato. Miró a través del patio y al oscuro huerto. Justo más allá de la cima de la colina, un pico del granero familiar podía verse a la luz de la luna. Los grillos entonaban su constante canción veraniega.

—Me alegra de que estés aquí fuera conmigo, James —dijo Harry.

James levantó la mirada hacia él.

—¿Por qué no viniste a buscarme entonces?

Los hombros de Harry se alzaron una vez.

—No sabía que quería que estuvieras aquí hasta que apareciste.

James se recostó hacia atrás contra la piedra lisa de los cimientos de la casa. Estaba agradablemente fresca tras la calidez del día. El cielo estaba inusualmente despejado. La banda nebulosa de la Vía Láctea se extendía como un brazo a través del cielo, bajando hacia el resplandor del pueblo más allá del huerto.

—Tu abuelo era como un padre para mí, ¿sabes? —dijo Harry—. Estaba sentado aquí pensando en eso. Solía llamarle así todo el tiempo, por supuesto, pero nunca había pensado realmente en ello. Nunca comprendí lo cierto que era. Supongo que no necesité hacerlo, hasta ahora.

James elevó la mirada hacia la luna.

—Bueno, tendría sentido. Quiero decir, tu propio padre murió cuando eras solo un bebé. Nunca le conociste.

Harry asintió con la cabeza.

—Y mi tío Vernon... bueno, desearía poder decir que hizo lo que pudo por ser un

padre para mí, pero ya has oído suficiente sobre cómo eran las cosas con ellos para saber que eso no es cierto. Honestamente, nunca supe lo que me perdía. Solo sabía que las cosas eran como se suponía que debían ser.

—¿Hasta que te casaste con mamá y te convertiste en un Weasley honorario?

Harry sonrió hacia James y asintió.

—Supongo.

—¿Supones?

La sonrisa desapareció lentamente de la cara de su padre. Apartó la mirada de nuevo, hacia la oscuridad del patio.

—Estuvo Sirius —dijo Harry—. Él fue el primer padre que conocí. Técnicamente, era mi padrino, pero no me importaba. Me pidió que fuera a vivir con él, formar una familia. No funcionó. Terminó huyendo del Ministerio, moviéndose de lugar en lugar, siempre ocultándose. Aún así, hizo lo que pudo. Me compró mi Saeta de Fuego, que todavía es mi escoba favorita.

Harry se detuvo. Subió la mano y se quitó las gafas. James permaneció en silencio.

—Así que estaba aquí sentado pensando en cómo el abuelo es en realidad el tercer padre que he perdido, eso me lleva otra vez al principio. Si te digo la verdad, hijo, estaba aquí sentado sintiendo pena de mí mismo. Sirius fue asesinado antes de que tuviéramos oportunidad de tener siquiera una sola foto familiar para recordarle. Algunas veces, apenas puedo recordar que aspecto tenía, excepto por su póster de busca y captura. Pero el agujero que dejó en mi corazón nunca se ha llenado. Intenté llenarlo con mi viejo director Dumbledore durante un tiempo, pero entonces le mataron también. El abuelo me lo hizo olvidar durante mucho, mucho tiempo, pero ahora, incluso él se ha ido. Es decir, para ser honestos, esto debería ser un poco más fácil para mí. Tengo... tengo práctica. Y aún así, si quieras saber la verdad, creo que tu madre lo está llevando mejor que yo. Estoy furioso, James. Quiero recuperar a la gente que he perdido. No parece justo seguir adelante con el resto. Ahora mismo, estaba sentado aquí pensando en que el abuelo era solo uno de muchos. No quería seguir aceptándolo. ¿Pero qué puedo hacer? No hay forma de traerlos de vuelta, y desecharlo solo conseguiría amargarnos. Estaba pensando en todas esas cosas, ¿y sabes qué ocurrió entonces?

James levantó la mirada de nuevo hacia su padre, con el ceño fruncido.

—¿Qué?

Harry sonrió lentamente.

—Saltaste por esa puerta como el muñeco de una caja sorpresa y me asustaste tanto que casi se me cayó el vaso.

James le devolvió la sonrisa, y después rió.

—Así que cuando me sobresaltaste, solo estaba devolviéndome la risa, ¿eh?

—Quizás —admitió Harry, todavía sonriendo—. Pero comprendí algo en ese momento, y por eso me alegra que hayas venido, que estés sentado aquí conmigo. Recordé que tenía otra oportunidad en la relación padre-hijo, pero desde el otro lado. Os

tengo a ti, a Albus y a Lily. Puedo intentar hacer lo que pueda por daros a los tres lo que tanto he echado de menos en mi vida. ¿Y sabes qué es realmente mágico? Cuando lo hago, consigo un poco a cambio, como un reflejo, de vosotros tres.

James miró fijamente a su padre, frunciendo ligeramente el ceño. Creía entenderlo, pero solo muy sutilmente. Finalmente, bajó la mirada al vaso en las manos de su padre.

—¿Así que vas a beberte eso?

Harry bajó los ojos al vaso de whisky de fuego, y después lo alzó.

—¿Sabes?, hijo —dijo, examinando la luna a través del líquido ámbar—. Creo que es el momento de empezar algunas tradiciones nuevas. ¿No crees? —Sostuvo el vaso un poco más alto, toda la longitud de su brazo.

—Por ti, Arthur —dijo firmemente—. Por el padre que fuiste para todos nosotros, y no menos para mí. Y por ti, Dumbledore, por hacer un formidable esfuerzo al final... y por mi auténtico padre, el primer James, al que nunca conocí pero siempre amé...

James miró al vaso en la mano de su padre cuando Harry se detuvo. Finalmente, con una voz más suave, terminó:

—Y por ti, Sirius Black, dondequiera que estés. Te echo de menos. Os echo de menos a todos.

Casi casualmente, Harry lanzó el whisky de fuego del vaso. Este formó un arco a la luz de la luna, salpicando y centelleando, y se desvaneció en la penumbra del patio. Harry inhaló un profundo aliento y suspiró, estremeciéndose un poco mientras lo dejaba escapar. Se recostó hacia atrás y pasó un brazo alrededor de su hijo. Se quedaron sentados así algún tiempo, observando la luna y escuchando a los grillos en el huerto. Finalmente, James se quedó dormido. Su padre le llevó en brazos a la cama.



Capítulo 2 El borley

—Estarás bien, James —dijo Ginny mientras aparcaba el coche cuidadosamente en un espacio junto al sendero. —Sabes que no dolerá. Tu padre las lleva desde que tenía seis años. Tienes suerte de haber pasado tanto sin necesitarlas.

James echaba humo en el asiento delantero. Detrás de él, Lily se quejaba por décima vez.

—¡Yo también quiero llevar gafas!

Ginny se sopló el cabello de la cara y apagó el motor.

—Lily, si tienes suerte, nunca llevarás nada más que unas simples gafas sol, pero puedes usar de esas siempre que quieras, cariño.

—Yo no *quiero* llevar gafas de sol —Lily puso mala cara—. Quiero gafas de verdad como las de James. ¿Por qué él sí puede tener gafas de verdad?

—Mis ojos no están tan mal —insistió James sin siquiera moverse para salir del

coche—. Puedo leer mis libros de texto sin ningún problema. No veo por qué...

—No están tan mal *aún* —dijo Ginny firmemente—. Son gafas correctoras. Con suerte, evitarán que tu vista empeore. ¿Por qué te estás mostrando tan difícil con esto?

James frunció el ceño.

—Simplemente no quiero llevarlas. Pareceré un maldito capullo idiota.

—No digas esa palabra —dijo Ginny automáticamente—. Además, a tu padre no lo hacen parecer un idiota. Vamos. Lily, tú te quedas aquí con Kreacher y tu merienda, ¿de acuerdo? Te estaré viendo desde la ventana y regreso en unos minutos. Le echarás un ojo, ¿verdad, Kreacher?

En el asiento trasero, Kreacher se retorcía en su sillita infantil azul eléctrico.

—Sería una tarea más fácil si Kreacher no permaneciera encarcelado en este dispositivo de tortura muggle, ama, pero como deseé.

—Ya hemos hablado de esto, Kreacher. De acuerdo con lo que creen ver los muggles cuando te miran, los niños están obligados a viajar en asientos de seguridad. Ya es bastante malo el que insistas no llevar nada más que una servilleta. La gente no está acostumbrada a ver a un niño de ocho años en pañales.

—Es el mejor disfraz burdo que Kreacher pudo conseguir, ama —graznó él taciturnamente—. Kreacher nunca se ha acostumbrado a la sociedad muggle, pero Kreacher hace lo que puede con la poca magia que tiene a su disposición.

Ginny puso los ojos en blanco mientras bajaba del coche.

—Tocad la bocina si necesitáis algo, ¿vale? Tu “poca magia” podrá arreglárselas para lograr eso, estoy bastante segura.

Ginny condujo a James hacia la oficina.

—¿Por qué tenemos que ir a un oculista muggle? —se quejó James quedamente—. ¿No hay oculistas mágicos con, digamos, gafas invisibles? ¿O hechizos que te arreglen mágicamente los ojos?

Ginny sonrió.

—No todo se arregla con magia, James. Un oculista muggle es tan bueno como uno mágico. Ya has estado aquí para tu revisión. No veo a qué tienes tanto miedo.

—No tengo miedo —dijo James disgustado mientras entraban en el vestíbulo de la oficina. Recorrió con la mirada la pequeña sala de espera. Tenía exactamente el mismo aspecto que la última vez que había estado allí, el mismo número de peces en el mugriento acuario y las mismas revistas de la mesita del rincón.

—James Potter —dijo Ginny a la mujer gorda detrás de la mampara de cristal—. Tenemos cita a las dos con el doctor Prendergast.

James se derrumbó en la misma silla donde se había sentado la última vez que había estado allí. Golpeó la delgada alfombra con el talón, rezongando para sí mismo.

Minutos más tarde, el doctor Prendergast emergió sonriendo, flacucho y de mejillas sonrosadas. Llevaba sus propias gafas en un bolsillo de su bata blanca.

—Allá vamos otra vez, James —dijo jovialmente—. Tu madre también puede entrar si

lo desea.

Ginny miró fijamente a James.

—¿Quieres que entre? Puedo ir a por Lily y traerla con nosotros.

James suspiró y se puso de pie.

—No. Adelante, ve a echarle un vistazo. Probablemente Kreacher haya vuelto deleitarla haciéndoselo encima otra vez.

Ginny dirigió una sonrisa al doctor Prendergast y luego lanzó una rápida mirada de advertencia a James.

—Las gafas ya están pagadas, James. Ven al coche una vez termines con el doctor, ¿de acuerdo?

—¿Kreacher es algún tipo de mascota familiar? —preguntó el doctor Prendergast a James mientras le conducía a la consulta.

—Es mi medio hermano —respondió James—. Vive en el sótano. Lo alimentamos con un cubo de cabezas de pescado dos veces por semana.

El doctor Prendergast parpadeó hacia James, su sonrisa se volvió algo más crispada.

—Eso es muy, ejem, divertido, James. ¡Qué imaginación tan interesante!

James se sentó en el borde de la camilla mientras el doctor se ponía sus propias gafas y rebuscaba en una estantería. Sacó una caja y la abrió sobre la mesa.

—Aquí las tenemos —dijo felizmente, extrayendo un par de gafas negras. A James le parecieron tres veces más anchas que su cabeza. Se sintió desanimado.

—Déjame ayudarte a ponértelas y pondremos a prueba la prescripción. No llevará más de un minuto.

Se las mostró a James y luego las deslizó sobre su cara. James cerró los ojos mientras las gafas se asentaban sobre sus orejas. Cuando los abrió de nuevo, el mundo le pareció ligeramente más pequeño y un poco deformado en los bordes. Echó un vistazo alrededor, intentando acostumbrarse a la sensación.

—¡Ya está! —dijo el doctor alegramente—. ¿Cómo que se sienten?

James suspiró de nuevo.

—Bien, supongo. Es un poco raro.

—Eso es perfectamente natural. Te acostumbrarás a ellas con el tiempo.

James ya estaba resuelto a no permitir que eso ocurriera. Tenía intención de llevar esas horribles gafas sólo para que su madre las viera durante los próximos dos días, y luego las metería en su baúl en el mismo momento en que subiera al expreso de Hogwarts. En realidad no las necesitaba de todos modos. Estaba seguro de ello.

El doctor Prendergast sentó a James en un taburete en la esquina de la consulta y le giró hacia la tabla optométrica de la pared opuesta. James se cubrió un ojo mientras leía la tabla con un tono abatido y monótono. El doctor asintió alegramente, quitándose sus propias gafas nuevamente y abriendo las persianas de la pequeña habitación, dejando entrar la luz del sol de la tarde.

—Muy bien, James —dijo, abriendo la puerta de la consulta—. Ya casi está. Déjame

programar tu siguiente cita y podrás irte.

Cuando James se quedó solo en la habitación, se levantó y se acercó al espejo junto a la ventana. Las gafas no le quedaban tan mal después de todo, pensó, pero sí lo suficiente. Las sentía pesadas y toscas en la cara. Frunció el ceño y se las quitó.

En el espejo, algo se movió tras su reflejo. James levantó la mirada y luego se dio la vuelta. La luz solar se derramaba por la habitación. James veía su propia sombra en la pared, proyecta sobre un gran póster que mostraba el diagrama de un globo ocular. Otra sombra pasó corriendo junto a la suya. James la reconoció inmediatamente como la misma forma que había visto unas cuantas noches antes en el pasillo de la Madriguera. Sin pensarlo, buscó la varita en su bolsillo trasero, pero no estaba allí, por supuesto. Aún no se le permitía hacer ningún tipo de magia fuera de la escuela, y su madre le prohibía llevarla consigo cuando salían al mundo muggle.

La misteriosa figura se sacudió pared arriba y saltó. James abrió los ojos, sorprendido y desconcertado, mientras la sombra parecía desprenderse de la pared, alejándose del haz de luz. La figura se hacía ligeramente más oscura en el interior de la habitación, casi invisible. La sombra no estaba siendo *proyectada* por la criatura; de algún modo, la criatura *era* la sombra. Aterrizó en la pequeña mesa junto a la camilla. Para sorpresa de James, comenzó a recoger algunas de las herramientas del doctor Prendergast y a tirarlas por toda la habitación. Estas repiqueteaban y rebocaban contra las paredes. James se metió las gafas en el bolsillo de los pantalones y saltó para atrapar algunos de los instrumentos que volaban por los aires.

—¡Para! —susurró severamente a la pequeña sombra diabólica—. ¿Qué haces? ¡Me meterás en un lío!

James se agachó rápidamente bajo la camilla, recogiendo las herramientas dispersas. Entre tanto, después de haber despejado la mesa, la sombra diabólica saltó sobre el taburete y corrió subiendo por la pared. Llegó a la estantería y se lanzó como un rayo tras una fila de gruesos libros. Uno por uno, los libros empezaron a salir disparados del estante. James arrojó las herramientas sobre la mesa con una mano mientras con la otra se abalanzó para atrapar los primeros libros lanzados. Incapaz de cogerlos todos, James se inclinaba para recogerlos del suelo. Un gran volumen en particular le golpeó en la parte posterior de la cabeza, haciendo soltar los libros que ya había reunido. Airadamente, giró sobre sus talones, buscando a la criatura, con intención de agarrarla si podía. Esta saltó del estante de libros a la pared, agarrando una esquina del póster. El póster se soltó y cayó como una vela, cubriendo la cabeza de James. Forcejeó con él con dificultad y arremetió hacia la criatura. Esta saltó al ventilador de techo y se sentó en una de las paletas que giraban lentamente. Parecía estar mofándose de James.

—¡Es un lugar muggle! —siseó James a la criatura—. ¡Pero yo soy un mago! ¡Ya puedes agradecer a tu suerte el que no haya traído mi varita conmigo!

La criatura retrocedió ante eso, como si lo hubiera entendido. Se dio la vuelta y saltó hacia la ventana. James, todavía parcialmente atrapado bajo el póster caído, se lanzó

sobre la camilla, intentando alcanzar a la criatura. Aterrizó tan fuerte sobre ella, que la movió. Esta rodó sobre sus ruedecitas, cruzando el suelo y golpeando la pared bajo la ventana justo cuando la puerta se abría.

James buscó el rostro del doctor Prendergast, que tenía los ojos abiertos de par en par.

—Mire —dijo James rápidamente, bajando de la camilla—. ¡No sé qué era eso, pero no fui yo! No hice ninguna magia, no derribé todos sus libros, ni arranqué su poster de la pared, ni monté todo este desorden. Todo esto lo hizo un extraño monstruito sombra. Probablemente no crea en los monstruos sombra, y lo entiendo, porque yo ni siquiera sabía que existían hasta ahora, así que está bien, pero probablemente terminemos todos *Desmemorizados*, y eso si que importa, ¿verdad?

La mirada del doctor Prendergast permanecía fija en James. Sus ojos se veían bastante magnificados tras sus gafas. James se detuvo un momento para examinar el estropicio que se había montado en la consulta. Para su gran sorpresa, no había ningún estropicio. Los libros estaban cuidadosamente colocados en sus estanterías. El poster colgaba en la pared, perfectamente intacto. Las diferentes herramientas optométricas estaban pulcramente colocadas sobre un paño en la mesa de la esquina.

—¡Ja, ja, ja! —rió el doctor Prendergast, sonriendo un poco nervioso—. Esto es como la historia de tu hermano comiendo un cubo de cabezas de pescado. Como he dicho antes, señor Potter, tienes una, hmm, imaginación muy interesante. Aquí tienes el recordatorio para tu próxima cita. Creo que tu madre, ejem, te espera fuera.



La mañana del primero de septiembre, James se sentía inusualmente hosco. El tiempo parecía coincidir con su humor, habiéndose vuelto frío y nebuloso, cubriendo la ciudad como un manto húmedo. James miraba fijamente a través de su reflejo en la ventanilla del coche mientras su familia zigzagueaba por la ciudad hacia la estación King's Cross. Había hecho un intento de contar a su madre lo de la misteriosa y extraña sombra que ya había visto dos veces, pero ella estaba irritada y molesta y le había dicho que se guardara las inexplicables criaturas imaginarias para Luna Lovegood, que era la especialista en el tema. James estaba decidido preguntar a Luna la próxima vez que la viera, pero por ahora, prepararse para su regreso a Hogwarts y controlar a su hermano extrañamente intratable, Albus, eran suficiente para mantenerlo ocupado. Pronto, se había sacado la sombra maliciosa de la cabeza.

Las cosas habían empezado mal esa mañana. James, emocionado por volver a la

escuela, tenía su baúl repleto y listo, esperando junto a la puerta de la casa de la familia Potter. Cuando corrió de regreso por las escaleras para recoger a su lechuza, Nobby, Albus estaba todavía sentado en la cama de su habitación, atándose los zapatos. Su baúl estaba abierto junto al escritorio, a medio llenar.

—Vamos, Al —dijo James, dejando la jaula de Nobby sobre el escritorio—. Papá ya está aparcando el coche enfrente. Si no empacamos y salimos a la carretera, llegaremos tarde.

Albus no hizo el menor esfuerzo por darse prisa. Saltó de su cama y salió airado de la habitación. James lo vio marchar, puso los ojos en blanco, y comenzó a amontonar los libros de texto de Albus en su baúl. La nueva lechuza de Albus, que aún no tenía nombre, estaba en su jaula junto a la de Nobby, chasqueando el pico nerviosamente.

—Al menos *vosotras* no tenéis nada que empacar —refunfuñó hacia a las lechuzas—. Ni un hermanito problemático.

—Albus —llamó la voz de Ginny escaleras abajo—, James, ya es hora de irnos.

James agarró las túnicas nuevas de Albus y un puñado de ropa del armario, lo embutió todo en el baúl, y cerró de un portazo la tapa. Si Albus llegaba a Hogwarts sin calzoncillos limpios, era por su propia culpa. James agarró el picaporte y arrastró el baúl hacia la puerta, encontrándose con Albus que regresaba.

—¿Ese es mi baúl? —exigió Albus.

James pasó a su lado tirando del baúl, hasta el pasillo.

—Coge las lechuzas, ¿quieres? Vamos a llegar tarde.

—!Aun no había terminado de empacar!

—Bueno, supongo que ahora ya sí, ¿no? —dijo James, sintiéndose de repente enfadado—. Papá y mamá están esperando. ¿Qué? ¿Has decidido que no quieres ir a la escuela después de todo?

Sin responder, Albus recogió bastante ruidosamente las jaulas de las lechuzas y siguió a James hasta el coche.

Cuando la familia llegaba a la estación King's Cross, James intentó aligerar el ánimo.

—Piensa en ello, Al, esta noche, ya estarás instalado, sentado delante de la chimenea de cabeza de serpiente gigantesca y bebiendo una botellón de cerveza de mantequilla con tus nuevos compañeros serpentinos.

Albus frunció el ceño y abrió la puerta del coche, saliendo a la niebla del aparcamiento. James lo siguió.

—¿Puedo empujar un carrito al menos? —preguntó Lily, mostrando su mejor puchero.

—Lo siento, Lily —dijo Harry, apilando los baúles y las jaulas de las lechuzas sobre dos carros—. Son bastante pesados y tenemos prisa. Pero verás a Hugo en unos minutos. Si todo va bien, la tía Hermione y el tío Ron vendrán con nosotros a comer tan pronto como salga el tren. ¿No te parece divertido?

—No quiero comer —dijo Lily petulantemente.

La familia atravesó las grandes puertas de la estación y se coló entre los viajeros habituales, atrayendo la atención de algunos curiosos que miraban cuando las lechuzas ululaban y agitaban las alas. Lily siguió a sus padres, quejándose de su deseo de ir a Hogwarts con sus hermanos *este* año, en lugar de esperar dos años más.

—He estado en la sala común Slytherin —dijo James a Albus cuando se acercaban a la plataforma—. Ralph me la mostró. Zane incluso ha estado el dormitorio de las chicas. Es algo así como un hotel cinco estrellas de la Edad Media en Transilvania, si sabes qué quiero decir. Te va a encantar.

Albus se volvió para mirar a James.

—¡No señor! ¡No van a ponerme en Slytherin!

—¿Quieres *terminar* ya, James —amonestó Ginny.

—Sólo he dicho que *podrían* ponerlo en Slytherin —dijo James a la defensiva, sonriendo con burla hacia Albus—. ¿Qué tiene eso de malo? Podría estar en Slyth...

Vio la expresión de advertencia de su madre y se calló. Sintiéndose un poco fastidiado, le quitó su carrito, echó un vistazo sobre el hombro a Albus, y luego empujó hacia delante, corriendo hacia la partición. Igual que el año pasado, la partición pareció disolverse. Se lanzó a través de ella y tiró del carrito para detenerse en el andén nueve y tres cuartos. Estaba tan abarrotado como la última vez que había estado allí, aunque la mezcla de niebla y vapor hacía difícil ver a nadie. Saliendo de la densa neblina, James podía oír el silbido y traqueteo del expreso de Hogwarts, y por primera vez en toda la mañana, se sintió un poco mejor. Sin esperar al resto de la familia, empujó su carrito a través de la multitud hacia el sonido del tren.

—¡James! —llamó una voz. James miró alrededor y vio a Lucy de pie junto al tío Percy, que aparentemente estaba perdido en una animada conversación con un hombre que llevaba una capa a rayas. La esposa de Percy, Audrey, estaba cerca, sujetando la mano de la hermana de Lucy y revisando un horario de salidas.

—Hola, Lucy —dijo James, empujando el carrito hasta ella—. No esperaba verte aquí. ¿Qué pasa?

—Estamos de vuelta ya —se encogió de hombros—. Papá recibió una llamada. Algo sucedió en el Ministerio y lo necesitan. Por lo menos estaremos en casa un tiempo. ¿Dónde está Albus?

James gesticuló en la dirección por donde había llegado.

—Albus aún está malhumorado. Ha estado hecho un gruñón desde la Madriguera.

Lucy asintió de forma comprensiva, pero no dijo nada.

—Bueno, mejor subo a bordo mi baúl —dijo James—. Ya llegamos tarde. Nos vemos, Lucy.

—Adiós, James —respondió Lucy, luego añadió—. No pierdas de vista a Albus, ¿vale?

James sintió una pequeña punzada de culpa ante eso. Asintió con la cabeza.

—Claro, Lucy. Soy su hermano mayor.

Lucy sonrió y agitó la mano. James se dio la vuelta y corrió hacia el tren, empujando su carrito. Cuando encontró al mozo, vio a Teddy Lupin moviéndose a través de la niebla con Victoire a su lado, perdidos en una conversación susurrada. Satisfecho tras dejar sus cosas a salvo en el tren, James trotó hasta alcanzarlos.

—¡Eh! ¡Ted, Victoire! —los llamó.

Se detuvieron cerca de la estación, pero Victoire siguió hablando, con su cabeza cerca de la Ted.

—Ya es hora —decía con cara seria—. No quiero pasar el año en la escuela con este secreto entre nosotros.

—No es entre nosotros, Vic —dijo Ted razonablemente—. Sabes que tus padres no están preparados para enterarse de lo nuestro. Tu madre ya cree que soy un vago en ciernes. Dame un tiempo para arreglar las cosas en Hogsmeade. Una vez haya demostrado que voy en serio...

—¿A quién tienes que demostrarlo? —preguntó Victoire, retrocediendo y colocando los puños en las caderas—. ¿A mis padres, o a ti mismo?

Ted puso sus ojos en blanco. Echó un vistazo a James.

—Así es salir con una mujer a cuya familia conoces de toda la vida —dijo—. Me conocen demasiado bien para que mis encantos funcionen con ellos.

—Tus encantos funcionan muy bien —resopló Victoire—. De hecho, si no fuera por tus encantos, ni siquiera *tendríamos* este problema.

—Siento interrumpir —dijo James, alzando las manos con las palmas hacia afuera—. Sólo quería saludar. Me desvaneceré entre la niebla otra vez.

—Espera un momento —dijo Ted, su rostro se volvía cada vez más pensativo—. Tengo una idea.

De repente, agarró a Victoire y la abrazó. Ella se resistió por un momento, pero entonces él la besó, y ella se relajó. Poco a poco, dejó caer la mochila que llevaba y puso los brazos alrededor del cuello de Ted. James dio un paso atrás y miró alrededor nerviosamente.

—Hmm, como decía... —comenzó pero se detuvo cuando Ted levantó un dedo, todavía besando a Victoire. Finalmente, se apartó y miró de reojo a James, sonriendo socarronamente.

—Has visto eso, ¿verdad? —preguntó.

—No creo haber visto *nada* más que eso —respondió James incómodamente.

—Bien. Ahora me harás un favor.

Victoire miró a Ted, con los brazos todavía alrededor de su cuello.

—Teddy, no...

La sonrisa de Ted no titubeó.

—Ve y cuéntales a todos lo que has visto.

—¿Qué? —parpadeó James.

—Cuéntalo. Di que vine a despedir a Victoire, y que nos viste besuqueándonos aquí

en el andén. Di que nos interrumpiste y que te dije que te largaras. Será el chisme más jugoso en el andén esta mañana, y tienes que ser tú el que lo haga circular. Se sabrá que estamos juntos y ni siquiera tendremos que decir ni una palabra —se volvió hacia Victoire—. ¿Contenta?

Ella inclinó la cabeza con arrogancia hacia él, pero sonrió.

—Eres un pícaro —respondió.

Ted se encogió de hombros.

—Simplemente soy bueno encontrando razones para besarte. Entonces, ¿qué te parece, James? ¿Te atreves con la tarea?

James sonrió burlonamente.

—Aprendí a mentir con Zane. Lo haré lo más jugoso posible.

—Excelente —respondió Ted—. Pero que sea también lo más realista posible. —Puso su cara severa y miró a James—. Lárgate ¿quieres? Estoy ocupado.

Con eso, besó a Victoire de nuevo. Ella sonrió y soltó una risita, apartándole juguetonamente. James giró sobre sus talones y trotó de nuevo hacia la multitud. Después de un momento, vio a su familia reunida con el tío Ron y la tía Hermione cerca del tren. Todos volvían la mirada hacia atrás, hacia la estación. James siguió la dirección de sus miradas y vio a Draco Malfoy de pie con su esposa y su hijo cerca de la partición. Draco asintió cortantemente en su dirección, y luego se giró hacia su hijo. El hijo tenía los mismos rasgos afilados y el cabello rubio platino de su padre. Echó un vistazo hacia James, pareciendo reconocerle. Después de un momento, el muchacho apartó la mirada de nuevo, como si estuviera aburrido.

James recordó las novedades que se suponía debía compartir. Corrió hacia su familia, esquivando y zigzagueando a través de la multitud. Cuando se acercaba, oyó al tío Ron decir a Rose con tono mordaz:

—Pero no te hagas *demasiado* amiga suya, Rosie. El abuelo Weasley jamás te perdonaría si te casaras con un sangre limpia.

James se alegró de interrumpir la incómoda pausa que siguió.

—¡Eh! —gritó mientras se acercaba. Rose lo vio primero y sonrió. El resto de la familia se volvió con curiosidad—. Teddy está ahí. Acabo de verlo. ¿Y sabéis qué estaba haciendo? ¡Besuqueándose con Victoire!

Los adultos le miraron bastante inexpresivamente. James alzó las cejas, exasperado ante su falta de respuesta.

—¡*Nuestro* Teddy! ¡*Teddy Lupin*! ¡Estaba besuqueándose con *nuestra* Victoire! ¡*Nuestra* prima! Y le pregunté qué estaba haciendo...

—¿Los has interrumpido? —dijo Ginny incrédulamente—. Eres igual que Ron...

James insistió, comprometido a decir lo que le había indicado Ted.

—¡....y me contestó que había venido a despedirse de ella! ¡Y luego me dijo que me largara! ¡Se *estaban* besuqueando!

Lily dijo en voz alta: —Ay, Sería maravilloso que se casaran.

James puso los ojos en blanco, ignorando el resto de la conversación. Bueno, al menos había tenido éxito en correr la voz. Ted estaría satisfecho. Después de un rato, James oyó a su padre diciendo: —¿Por qué no le proponemos que se quede a vivir con nosotros, y asunto concluido?

—¡Eso! —estuvo de acuerdo James al instante—. ¡A mi no me importaría compartir la habitación con Al. ¡Teddy puede instalarse en mi dormitorio!

—Ni hablar —intervino Harry—. Al y tú compartiréis habitación cuando quiera que la casa sea demolida. —Comprobó su reloj y sonrió—. Son casi las once. Será mejor que subáis al tren.

James abrazó a su madre y su padre, y un minuto más tarde estaba a bordo del tren, dejando el ruido y el vapor tras él. Se metió en el compartimiento más cercano con Rose justo a su espalda. Ella abrió la ventana y se inclinó hacia fuera saludando con la mano. James se unió a ella y echó un vistazo al exterior. Albus estaba todavía en el andén, con su padre agachado junto a él. James recordó a Harry haciendo lo mismo con él el año pasado, y no cabía duda de que Albus y su padre estaban teniendo una conversación muy similar. Ginny vio a James y lo saludó. Lily merodeaba cerca, sujetando laxamente la mano libre de su madre.

Albus se separó de su padre, abrazó a su madre y, a luego se abalanzó hacia el tren. Un momento después, entró en el compartimiento donde estaban James y Rose. Hubo una conmoción tras ellos cuando varios estudiantes más se amontonaron en el interior del compartimento, inclinándose hacia la ventana abierta, charlando excitadamente.

—¿Por qué te miran todos así? —preguntó Albus mientras él y Rose se giraban.

En el andén, Ron se encogió de hombros y gritó:

—No le des importancia. Es a mí a quien miran, porque soy muy famoso.

Albus sonrió y, después se rió un poco. Rose rió entre dientes hacia su padre. Con un fuerte traqueteo y una sacudida, el tren comenzó a moverse. James no pudo evitar notar que su hermano parecía sentirse un poco mejor. Albus sonrió, permitiendo que algo de excitación se mostrara en su cara mientras se despedía. Junto al tren, su padre caminaba, con una mano levantada y una sonrisa nostálgica en el rostro. El tren lentamente ganaba velocidad y James veía a sus padres hacerse más y más pequeños en el andén. Rose se inclinó por la ventana y saludó efusivamente a Ron y Hermione, después se echó hacia atrás con un suspiro, cerrando la ventana.

—Bueno —dijo, dejándose caer en el asiento frente a James—, ¡allá vamos!

James asintió. Albus miró por la ventana hasta que el andén se perdió de vista, y luego se unió a Rose en el asiento. Se recostó hacia atrás y observó por la ventana como Londres comenzaba a pasar.

—¿En qué piensas, Al? —preguntó James, recordando la advertencia de Lucy en el andén—. ¿Esperando con ansias tu primer año?

Albus miró a James durante un largo momento, y luego suspiró profundamente.

—Lo estaría esperando con muchas más ansias si supiera que has metido en mi baúl

algunos calcetines.

James parpadeó, sonrió un poco, y pateó el pie de su hermano.

—De todos modos nunca te los cambias. No creí que necesitaras más que los que ya están en tus pies.

—Qué repugnante —comentó Rose.

Hubo un fuerte golpe en la puerta del compartimiento y los tres levantaron la mirada.

Ralph se asomó, con la cara colorada y risueña.

—Hola a todos. ¿Hay espacio para uno más?



—¿Así que Zane irá este año a Alma Aleron? —preguntó Rose, fingiendo desinterés.

—Sabías que se iría desde que nos visitó con sus padres el pasado julio —dijo Albus.

—Bueno, no estaba *completamente* seguro entonces, ¿no? Dijo que había una oportunidad de que su padre consiguiera que su contrato fuera prolongado.

—No —insistió Albus—. Dijo que incluso si eso sucedía, probablemente él terminaría regresando a los Estados Unidos con su hermana y su madre. Estás loca por él y no puedes evitar pensar que un batir de pestañas tuyo debería haber sido suficiente para que consiguiera escalar montañas y vadear poderosos ríos para estar en Hogwarts contigo este año.

Rose puso los ojos en blanco teatralmente.

—Eso es totalmente ridículo. Apenas le conozco, y por lo poco que *conozco* de él, lo encuentro absolutamente insufrible.

—Lo bastante insufrible como para tratar de hacer la *poción de amor*? —sonrió abiertamente Albus.

Rose giró la cabeza y miró boquiabierta a Albus.

—Yo nunca...

Albus se encogió de hombros, todavía sonriendo.

—Tienes que aprender a proteger tu diario con algo más que el sencillo encantamiento olvido que viene con él. Tú, más que nadie, debes saber lo fácil que es abrirlo con un conjuro.

—¡Qué canalla eres! —gritó Rose, su voz se agudizó tanto que resultaba inaudible—. Si supiera cómo llevar a cabo alguna maldición, ¡te convertiría la cabeza en un malvavisco!

—¿Es así como son siempre las cosas en tu familia? —preguntó Ralph a James,

mascando una varita de regaliz.

—Casi siempre —asintió James—. Menos mal que Louis no nos ha encontrado todavía. Él es quien realmente saca lo peor de Rose.

—¿Esto no es lo peor?

James rebuscó en su bolsa y sacó su varita. Finalmente, ahora que estaba en el tren, se le permitía volver a usarla. Estuvo tentado a entablar un juego de Winkles y Augers con Ralph, pero sabía que Ralph lo derrotaría fácilmente con su varita poco ortodoxa y de punta verde. A James le hubiera gustado creer que las habilidades de Ralph sólo se debían al hecho de que su varita había sido una vez parte del báculo de Merlín, pero era más listo que eso. Ralph tenía talento, y probablemente ni siquiera él mismo conocía los límites de ese talento. Ser derrotado por Ralph en Winkles y Augers era particularmente mortificante porque Ralph tenía la culpa de pedir disculpas por ello.

—Es una pena que Zane no pueda volver con nosotros este año —dijo James—. Será un poco raro estar sin él.

—Bueno, siempre fue un poco raro estar *con* él —dijo Ralph—. Así que quizás una cosa compense la otra. Además, puede que aún así le veamos. Me dijo que Alma Aleron tiene algunos nuevos métodos experimentales de comunicación. Está en el equipo de pruebas.

James asintió.

—Parece que el viejo rector Franklyn ha estado trabajando duro en eso desde que se fue.

—Eso diría yo —estuvo de acuerdo Ralph—. Papá les visitó durante el verano y le llevaron de gira por la escuela y sus terrenos. Todo el campus está contenido en un solo patio rodeado por un muro de piedra en algún antiguo barrio de Filadelfia. Nunca repararías en él aunque pasaras a su lado. ¡Hablando de espacios intrazables! ¡Incluso tienen una Exclusa de Tiempo!

James arrugó la frente.

—¿Qué es una Exclusa de Tiempo?

—Oh, es algo absolutamente genial —se entusiasmó Ralph—. Es la única forma de entrar en la escuela. Es algo así como una exclusa de aire. Ya sabes, cómo cuando los cohetes se conectan a una estación espacial, tienen que mantener estancadas y entrecerradas las cámaras entre ellos.

James alzó las cejas sarcásticamente.

—Oh, sí —dijo Ralph—. Sigo olvidándome de que fuiste criado por magos. Está bien, una exclusa de aire es una especie de cámara cerrada entre dos lugares con atmósferas muy diferentes. Tiene puertas a ambos lados. Cuando entras en la exclusa de aire de tu lado, te llevas la atmósfera contigo. Luego, las puertas se cierran y tu atmósfera es intercambiada por una nueva. Esa es la única forma de que un astronauta pueda estar dentro del entorno respirable de una estación espacial.

La expresión de James no cambió.

—Está bien —dijo Ralph a la defensiva—, crecí viendo películas de ciencia-ficción, ¿qué pasa?. No todos nacimos con una varita de plata en la boca, ¿sabes?

James rió.

—Vamos, Ralphinator. ¿Entonces qué es una Exclusa de Tiempo?

—Bueno, ¡es solo eso! ¡Una exclusa para el tiempo! No solo el campus de Alma Aleron está oculto dentro de algún muro de piedra mágico que hace a su masa parecer más pequeña de lo que es, ¡También está oculta en el tiempo! Tienes que atravesar la Exclusa de Tiempo para intercambiar tu tiempo por cualquier momento que el campus esté ocupando en un día determinado.

—Eso es imposible —intervino Rose, bajando el libro que había estado leyendo—. El viaje en el tiempo no sólo es altamente inestable, sino muy arriesgado. El Ministerio incluso ha declarado ilegal los giratiempos porque demasiadas personas estaban haciendo chanchullos con el flujo temporal, torciendo la historia.

—¿Flujo temporal? —repitió Ralph, parpadeando.

—¿Torciendo? —Albus sonrió burlonamente.

—Cuesta un poco acostumbrarse a Rose —dijo James—. Pero ella es la persona ideal si necesitas una cura para la hiedra venenosa.

—O una poción de amor ocasional —añadió Albus.

—Habría funcionado si hubiera logrado que se la bebiera —señaló Rose remilgadamente—. Y sólo la estaba *probando* con él. Apenas le encontré ligeramente menos odioso que a cualquiera de *vosotros*.

—¿Qué clase de varita conseguiste, Rosie? —preguntó James, cambiando de tema.

—Sólo a mi padre le está permitido llamarme así, *Jameson* —respondió Rose, rebuscando en su mochila.

James sonrió.

—“Jameson” ni siquiera es mi verdadero nombre.

—Sauce —dijo Rose, haciendo delicadamente una floritura con su varita y sosteniéndola en alto—. Veinte centímetros con núcleo de pluma de Pegaso.

—¿Y la tuya, Albus? —preguntó Ralph, metiéndose el último pedazo de varita de regaliz en la boca.

La cara de Albus cambió un poco y se encogió de hombros.

—Es una varita. Veintiún centímetros. De tejo.

Ralph asintió.

—¿Y de qué es el núcleo?

Albus miró de reojo por la ventana, con el rostro oscurecido.

—¿De qué es el núcleo de *tu* varita, Ralph? —preguntó con mordacidad.

Ralph parpadeó. Buscó en su mochila y sacó su varita. James la miró, recordándola muy bien. Tenía casi treinta centímetros de largo y era tan gruesa como un palo de escoba. En el extremo tenía una punta torpemente tallada y pintada de verde lima. Era tan ridícula como había sido siempre, y aún así James sabía, quizás mejor que nadie, lo

que la varita era capaz de hacer en manos Ralph. Había salvado la vida de James al menos una vez.

—Bueno —admitió Ralph—. Solía creer que era un bigote de yeti del Himalaya...

—¿Bigote de yeti?— dijo Albus, inclinándose hacia delante y sonriendo.

—Ya hemos pasado por esto —suspiró Rose—. Nadie sabe lo que hay dentro de la varita de Ralph salvo quizá Merlin. Y definitivamente yo no voy a preguntárselo. Ese hombre me da escalofríos.

James miró a Rose.

—¿De veras? ¿Por qué?

Rose dirigió a James una expresión de desdén exasperado.

—Sólo es el mago más famoso y egoísta de la historia del mundo mágico, ya sabes.

—Sí, supongo, pero no es *malvado*.

—¿No se te ha ocurrido que un mago tan poderoso como Merlin podría ser todavía más temible porque no es malvado, sino simplemente egoísta?

James frunció el ceño incrédulamente.

—¿De dónde diablos sacaste eso? Tus propios padres formaron parte del comité que logró que lo nombraran director.

Rose volvió a meter su varita en la mochila y dejó esta bajo su asiento.

—Digamos que incluso sus más firmes partidarios creen que hay mucho que no sabemos de él.

—¿Como qué? —exigió James.

—Como cosas que no sabemos —repitió Rose con pedantería—. De eso se trata más o menos: cosas que no *sabemos*.

James resopló y se giró, toqueteando su varita.

El cielo fuera de la ventanilla del tren seguía gris pizarra, prometiendo lluvia. Los campos pasaban monótonamente. James decidió ir a ver si podía encontrar a algunos de sus amigos. Se puso en pie y abrió la puerta.

—Eh —dijo Ralph, sin levantar la mirada del periódico sensacionalista que estaba hojeando—, si ves a la señora del carrito, envíala para acá, ¿vale? Me muero de hambre.

James asintió y salió. Estaba a punto de cerrar la puerta de nuevo cuando Albus la atravesó, uniéndose a James en el pasillo.

—¿Por qué no le dijiste a Ralph de qué era el núcleo de tu varita? —preguntó James mientras caminaban.

—No es asunto suyo —contestó Albus, como desafiando a James a responder.

James se encogió de hombros. Después de un momento, Albus suspiró.

—Mira, ya es bastante malo que todos hagan esos chistes con mi nombre. ASP, una especie de serpiente venenosa, ja, ja. Si se sabe que el núcleo de mi varita es fibra de corazón de dragón...

—Yo creo que es genial —dijo James. —Nadie se mete con un dragón.

—A excepción del tío Charlie y Harold y Jules —dijo Albus, permitiéndose una

pequeña sonrisa.

—Sí, pero esos están totalmente chalados. Son casi tan malos como Hagrid cuando se trata de dragones —James se detuvo en el pasillo y miró a Albus—. En realidad no es para tanto, ¿sabes? Me burlé de ti por eso, pero de verdad, fue sólo porque cuando fui seleccionado, realmente consideré...

Un destello pasó a su lado por el pasillo. James lo vio y se dio la vuelta, jadeando.

—¿Qué? —preguntó Albus, echando un vistazo alrededor.

James sacudió la cabeza, estudiando todavía las sombras del pasillo.

—No lo sé. Algo. Creo que lo he visto antes, pero no sé lo que es aún...

—Veo que tu primer año de escuela te ha dejado rebosante de conocimientos —dijo Albus.

James alzó la mano hacia Albus, silenciándolo. La luz del pasillo era acuosa e indirecta, llena de sombras revoloteando mientras el tren pasaba a través de extensiones de bosque, pero James estaba seguro de haber reconocido la figura y el movimiento de la pequeña sombra maliciosa. Tenía intención de encontrarla.

Hubo un ruido repentino y una ráfaga de aire, haciendo saltar a James. Levantó la mirada cuando un hombre grande con el cabello negro muy corto entró al pasillo desde el vagón adyacente. El hombre cerró la puerta de conexión con facilidad, colocándola bruscamente en su lugar.

—Un día glacial el de allá fuera, chicos —bramó, avanzando a zancadas hacia ellos por el pasillo—. ¡Será mejor que vayáis a vuestros compartimentos! No es muy prudente estar deambulando por un tren en movimiento.

—Sólo estábamos, hmm, buscando a nuestros amigos —respondió James.

—Como yo, entonces. —El hombre sonrió burlonamente, pasando a su lado—. Espero que tengáis más suerte que yo ¿eh?

El hombre alto avanzó hasta el final del pasillo y tiró de la puerta, dejando entrar otra ráfaga de aire y ruido del acceso entre vagones. Después de un rato, cerró de golpe la puerta.

—¿Era un profesor? —preguntó Albus, siguiendo al hombre con la mirada.

—Nunca le había visto antes —respondió James, distraído. Había notado que la puerta por donde el hombre había llegado no estaba totalmente cerrada. Se había deslizado ligeramente hacia atrás cuando el hombre la había cerrado de golpe. Un silbido de aire frío se abría paso a través de ella.

La sombra maliciosa aterrizó bruscamente delante de la puerta, examinando la pequeña abertura. James la vio y sus ojos se desorbitaron. La criatura pareció volverse hacia él, como desafiándole a seguirla. La rendija era demasiado estrecha, incluso para la pequeña sombra misteriosa, pero entonces se retorció y se apretujó a través de ella, vertiéndose a través del hueco como si fuera humo.

James saltó hacia ella.

—¿Qué es eso? —dijo Albus, siguiéndolo.

—¿Lo viste? —preguntó James, tratando de mantener el equilibrio sobre el suelo bamboleante.

—¡Sí! Parecía una sombra, ¡pero manteniéndose por sí misma!

James alcanzó la puerta y tiró de ella para abrirla. El aire neblinoso y el ensordecedor golpeteo de las ruedas del tren llenaron el interior del pasillo. El pequeño acceso se sacudía desconcertantemente, pero la criatura estaba allí, brincando en el nicho de entrada que conducía al vagón contiguo. James extendió el brazo hacia ella, pero se deslizó bajo de la puerta, haciéndose tan delgada que prácticamente desapareció.

—¡Vamos! —dijo James, abriendo de un tirón la puerta—. ¡Quiero ver qué es esa cosa! ¡Le debo una paliza!

El siguiente vagón del tren era exactamente igual que el anterior. Los compartimentos a lo largo de toda la parte derecha estaban llenos de estudiantes de Hogwarts, charlando y riendo. James los ignoró mientras perseguía a la criatura por el pasillo. Esta correteaba dentro y fuera de la luz cambiante, brincando por las paredes y saltando por el suelo. James se dio cuenta que aún tenía su varita en la mano. Rápidamente, intentó recordar todos los hechizos que el profesor Franklyn le había enseñado el año pasado en Defensa Contra las Artes Oscuras.

—¡Allí va! —Albus se detuvo, señalando—. ¡Se dirige al compartimiento de la locomotora! No podremos entrar ahí, ¿verdad?

James estaba decidido a seguir la criatura sombra. Corrió hacia delante mientras esta titilaba en la parte iluminada entre la puerta y la pared. James podía ver a través de la pequeña ventana de la puerta. El siguiente vagón no era un vagón de pasajeros, sino el vagón del carbón que alimentaba la máquina. El ruido de la locomotora carmesí era notablemente más alto aquí. Extendió la mano hacia la manilla de la puerta y tiró, pero estaba cerrada.

—¿Estás seguro que esto es buena idea? —dijo Albus cuando James apuntó su varita hacia la puerta.

—¡*Alohomora!* —dijo James en voz alta. Hubo un clic y la puerta se abrió parcialmente. James agarró la manija y tiró de la puerta hacia un lado.

Un aire brumoso y frío, y trozos de hollín volaron hasta el interior del compartimiento. El vagón del carbón era un muro negro metálico al otro lado de una conexión. Por debajo de la gigantesca ensambladura, los tramos de las vías del tren pasaban. La sombra bailaba sobre la ensambladura, manteniendo un equilibrio vertiginoso entre el viento y el ruido variantes.

James la apuntó con su varita.

—¿Qué eres? —le gritó—. ¿Qué haces aquí?

La criatura se inclinó de repente. Cerró sus brazos de múltiples articulaciones alrededor del perno que mantenía unido el engranaje. Comenzó a tirar furiosamente, intentando sacar el perno y desconectar el tren.

—¡Alto! —ordenó James, intentando mantener firme su varita entre el barrido del

viento y de la niebla—. ¡Detente o te aturdiré! ¡Sé cómo hacerlo!

La criatura aumentó su ferocidad, tirando de la clavija salvajemente. James inhaló.

—*Desmaius!* —gritó en el momento exacto en que una gran mano agarraba su muñeca, tirando de ella hacia arriba. El hechizo rebotó en la pared metálica del vagón de carbón y se desvaneció entre el resoplar de la niebla. James se dio la vuelta tan rápido como pudo, con el brazo todavía sostenido en alto por un duro apretón.

—Eso no sería una sabia idea —dijo Merlín con su voz tranquila y retumbante. Estaba de pie justo detrás de James, resplandeciente con su túnica y la barba engrasada, mirando fijamente a la criatura sombra. Liberó la mano de James pero no retrocedió.

James se hizo a un lado mientras el mago avanzaba. Albus estaba de pie cerca, con los ojos muy abiertos.

Merlín habló a la criatura. James no pudo entender las palabras, pero reconoció la lengua que Merlín había utilizado cuando habló con la directora McGonagall en la torre Sylvven, la noche después de su llegada. Se trataba de un lenguaje muy denso, lleno de giros y con montones de consonantes.

La figura dejó de tirar del perno de la conexión y se irguió lentamente, como transfigurada. Entró en el compartimiento, casi por entre los pies de Merlín, y se detuvo, bamboleándose ligueramente cuando el tren se sacudía. Merlín cerró la puerta, bloqueando el viento y el traqueteo de las ruedas. Retrocedió, aún con los ojos fijos en la oscura y misteriosa figura.

—Señor Potter —dijo con calma— ¿Sería tan amable de vigilarme esto durante un momento? Tengo que recuperar algo de mi compartimiento. Me temo que no estaba en absoluto preparado cuando le vi pasar corriendo en persecución del *borley*.

—¿El borley? —dijo James, llevando su mirada lentamente a la criatura bamboleante—. Hmm, sí, claro. ¿Qué tengo que hacer para vigilarlo?

—Absolutamente nada —dijo Merlín—. Lo he puesto en trance, pero las palabras no durarán mucho. No lo pierda de vista si se llegara a despertar de nuevo.

—¿Qué debemos hacer si despierta? —intervino Albus, poniéndose entre Merlín y James.

Merlín le miró.

—Decirme por donde se va —retumbó. Se giró y recorrió a zancadas el pasillo—. ¡Oh!, y muchachos —dijo, volviéndose a mirarlos sobre el hombro— hagáis lo que hagáis, no utilicéis magia en presencia del borley.

Un momento después, la puerta de conexión se abrió y se cerró de golpe cuando Merlín pasó a través de ella.

—¿Qué demonios es un borley? —preguntó Albus, bajando la mirada a la sombra en trance.

—No tengo idea.

—Así que ese era Merlín, ¿no?

James asintió.

—Es bastante difícil de confundir.

A mitad de camino por el pasillo, una puerta de comportamiento se abrió. Ambos Potter observaron como un chico salía al pasillo. El muchacho miró en la dirección que Merlín había tomado, y luego se volvió hacia James y Albus. Su rostro era frío, desinteresado, y muy pálido. James reconoció el hijo de Draco Malfoy.

—¿Haciendo travesuras ya? —comentó el muchacho—. Y por si fuera poco, atrapados por el nuevo director.

—Bueno, no es asunto tuyo de todos modos —dijo James, intentando permanecer delante de la pequeña criatura sombra.

—Os conozco —dijo el chico, sonriendo y entrecerrando los ojos—. Los dos Potter. No puedo recordar vuestros nombres. ¿De qué sirve, en realidad?

—¿Qué quieras? —preguntó James, intentando imbuir algo de autoridad en su voz. Después de todo, estaba en segundo año. No era mucho, pero algo era algo.

—Al principio, quería ver si erais tan espesos como había oído. Se cuenta entre los Slytherins que el mayor de vosotros tiene delirios de ser un gran héroe, como lo fue supuestamente vuestro padre. Pero ahora que os veo no sois más que un par de críos asustados, sólo quiero ver lo que tenéis acorralado ahí —dijo el chico, gesticulando hacia el suelo a los pies de James.

Albus dio un paso adelante.

—Repite, esto no es asunto tuyo. ¿Por qué no te largas, *Scorpius*?

—De hecho, no tengo planeado hacerlo —dijo el chico pálido, aún sonriendo indulgentemente—. Soy del tipo curioso, ya veis. Echemos un vistazo, ¿por qué no?

—Vi a tu padre la semana pasada —dijo James. Se dio cuenta de que aún tenía su varita en la mano.

—Sí —dijo Scorpius, poniendo los ojos en blanco—. En el funeral del viejo ese. Pensó que era lo más noble, supongo. Mi madre no estaba de acuerdo, pero se plegó a las ideas de mi padre como toda buena esposa debe hacer. Personalmente, no vi la necesidad. Es difícil sentirse mal por la muerte de un Weasley cuando hay tantos otros que pueden tomar su lugar.

James sintió algo pasar a su lado y bajó la mirada, seguro de que la sombra se había reanimado. Solo fue consciente de lo que estaba ocurriendo cuando oyó el trompazo que siguió a continuación. Albus se había abalanzado sobre Scorpius, golpeándolo contra la pared del compartimento lo suficientemente fuerte como para hacer que el chico se tambaleara. Se derrumbaron en el suelo en un revoltijo.

—¿Cómo te atreves? ¡Quítame las manos de encima! —gritaba Scorpius, oponiendo resistencia mientras Albus forcejeaba para mantenerlo abajo.

—¡Retíralo! —gritó Albus furiosamente—. ¡Retíralo ahora mismo!

Más puertas se abrieron a lo largo del pasillo. Estudiantes curiosos se reunían, algunos riendo socarronamente y señalando.

—James —dijo Sabrina Hildegarde, una compañera de Gryffindor, mientras se

adentraba en el pasillo—. ¿Qué está pasando? Primero, la puerta de conexión se abre, y ahora...

Se produjo un repentino chasquido y un destello de color rojo. Scorpius se levantó tambaleante, con la cara lívida. Apuntaba su varita salvajemente, pero Albus arremetió contra él.

—¡No! —gritó James—. ¡Albus, para!

Había un furor de voces y figuras clamando mientras Scorpius retrocedía tropezando, intentando esquivar los brazos de Albus. Otro hechizo rebotó en el techo del compartimiento. De repente, James recordó al borley. Se giró, buscándolo, pero la criatura se había ido. Desesperado, escudriñó el pasillo.

—¡Nada de hechizos! —gritó, levantando las manos, pero nadie le hacía caso.

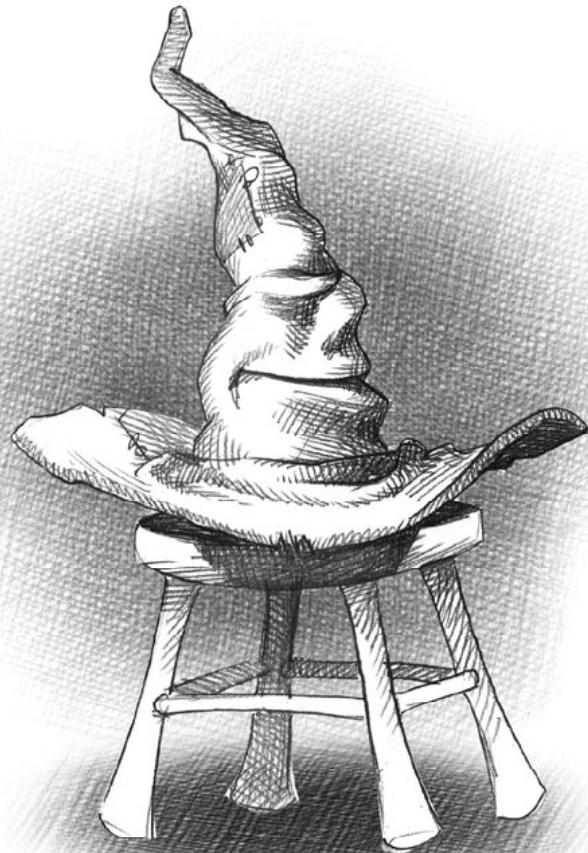
James fue empujado cuando más estudiantes se amontonaron en el estrecho espacio, aglomerándose para ver la pelea. Se giró, buscando a la criatura, y de pronto la vio. El borley saltaba dentro de las sombras de los estudiantes aglomerados. Era mucho mayor de lo que había sido al principio, y parecía bastante más sólido. Saltó al suelo y James oyó un golpe cuando aterrizó. Sin pensarlo, lo apuntó con su varita. El borley lo vio y embistió como para atacar. James desvió la varita y se agachó. La criatura pasó por encima de su cabeza y desapareció entre la muchedumbre que atestaba el pasillo.

—¡Quietos! —retumbó una voz muy alta, y James no tuvo que adivinar a quién pertenecía. Hizo una mueca y se desplomó contra la pared.

La multitud de espectadores se silenció inmediatamente. Un momento después, el pasillo estaba vacío de nuevo mientras los bulliciosos estudiantes se deslizaban rápidamente de vuelta a sus compartimentos, dejando a James, Albus y Scorpius. Albus tenía cogido un puñado de la túnica de Scorpius. Scorpius aún tenía su varita en la mano. Intentó esconderla subrepticiamente en su túnica.

Merlín movió los ojos lentamente.

—Entonces —dijo con su voz baja y retumbante— ¿puede alguno de ustedes decirme en qué dirección se ha ido?



Capítulo 3

La selección

—¡No puede quitar diez puntos a Gryffindor antes de que lleguemos siquiera a la escuela! —insistió James, trotando para mantener el paso a la enorme zancada de Merlín. Albus les seguía, mirando atrás airadamente.

—La deducción de puntos a la casa del infractor es el método de disciplina preferido en Hogwarts, señor Potter —dijo Merlín distraídamente—. Le pedí que vigilara al borley. Y que no permitiera que se utilizara ninguna magia en su presencia. Fracasó en eso, pero al menos me ha señalado la dirección de su huída. No estaría cumpliendo cabalmente con mis deberes como director si no le impartiera alguna forma de disciplina por su completa desatención a mis instrucciones.

—¡Pero fue Scorpius quien hizo magia! —insistió James, saltando delante del director y obligándole a detenerse—. ¡No es culpa mía que sea un imbécil impulsivo! ¡Hice todo lo que pude por detenerle!

Merlín estaba examinando el corredor lentamente.

—¿Realmente hizo *todo* lo que pudo, señor Potter?

James lanzó las manos al aire.

—¡Bueno, supongo que podría haberme sentado encima de Albus para evitar que atacara a ese maldito bocazas!

Merlín asintió con la cabeza, y después bajó la mirada hacia James, concediéndole toda su atención por primera vez.

—Es cierto lo que dicen, señor Potter: provengo de una época muy diferente. Cuando *doy* una orden, no lo hago a la ligera. Le convendría recordar que una *falta* de esfuerzo por llevar a cabo esas órdenes es más lamentable para mí que un *exceso* de esfuerzo. ¿Entiende?

James revisó la frase en su mente, asintiendo ligeramente. Miró fijamente al director y luego negó con la cabeza.

—Quiero decir —replicó Merlín lentamente—, que espero que haga todo lo que esté en su poder para llevar a cabo mis demandas. Si sentarse sobre su hermano podría haber ayudado, la próxima vez, espero que haga exactamente eso. El borley ha escapado, y lo que es más importante, su negligencia le ha permitido ganar poder. No será tan fácil de detener la próxima vez. Y debería ser usted consciente de que, hasta hace unos minutos, era relativamente inofensivo.

El ceño de Merlín bajó y sus brillantes ojos dejaron la cuestión muy clara. James todavía se sentía injustamente acusado, pero asintió en acuerdo.

—¿Qué es? —preguntó Albus—. Eso del borley.

Merlín se dio la vuelta, medio despachando a los chicos.

—Son una especie de fantasmas: criaturas de las sombras. Son seres puramente mágicos, y como tales, se alimentan de magia. Engañan a magos jóvenes y tontos para que utilicen la magia sobre ellos para así poder alimentarse y crecer. Cuando son pequeños, resultan inofensivos. Cuando crecen...

James miró alrededor del compartimento, siguiendo a Merlín.

—¿Qué pasa cuando crecen?

—Creo —dijo Merlín gravemente—, que los llamáis “dementores”.

James y Albus sabían lo que eran los dementores. James se estremeció.

—Creo que vi a este mismo borley hace una semana, en la casa de mis abuelos —comentó James—. Y después de eso, en el oculista. Armó un jaleo horrible, pero pocos minutos después, cuando el médico entró en la habitación, todo el lío se había desvanecido. Todo había vuelto a la normalidad. Creí que me lo había imaginado.

—No se lo imaginó —dijo Merlín, deteniéndose al final del corredor y girándose—. Los borleys provienen de un reino ajeno a la historia. Pueden manipular diminutos tramos de tiempo, agrupándolos como una arruga en una alfombra. Usted vio sus acciones, así que le recordó incluso después de que él saltara hacia atrás en el tiempo y las deshiciera.

Albus arrugó la cara en concentración. Sacudió la cabeza.

—¿Pero por qué haría eso?

—Es un reflejo defensivo —dijo Merlín bruscamente—. Acostumbran a cubrir su rastro. Es algo semejante a la tinta que utiliza el calamar para confundir a su enemigo.

—Desde luego me *confundió* —asintió James.

—Entonces, si no podemos capturarlos utilizando magia —preguntó Albus— ¿cómo haces para atraparlos? ¿Qué haces con ellos después de, hmm, detenerlos? Dijo que tenía que ir a buscar algo. ¿Está en esa bolsa?

—Por favor, volved a vuestro compartimiento, chicos —ordenó Merlín, girándose y abriendo su propio compartimento. Se colgó al hombro la gran bolsa negra—. Llegaremos pronto a la estación. Deberíais poneros vuestras túnicas.

—Sí, pero... —empezó Albus, pero fue silenciado por la puerta del compartimento al cerrarse. Las ventanas estaban empañadas, bloqueando toda vista del interior.

—Bueno, *eso* sí que ha sido educativo —comentó Albus mientras volvían sobre sus pasos a lo largo de los corredores del tren.

James no dijo nada. Se sentía irritado por la forma en que había sido responsabilizado de la escapada del borley. ¿Cómo podía Merlín culparle y permitir que Scorpius se largara sin siquiera una mirada severa? James había estado ansiendo empezar el año escolar parcialmente porque sentía que tenía una especie de entendimiento mutuo con Merlín, el nuevo director. Después de todo, James había sido inadvertidamente el responsable del retorno del famoso mago del distante pasado. Además, habían trabajado juntos al final del curso anterior para frustrar un astuto complot para provocar una guerra entre los mundos muggle y mágico. Y aún así, incluso antes de su llegada a Hogwarts, James parecía haber sacado a la luz el lado malo de Merlín.

Mientras él y Albus volvían a su compartimento, James recordó las palabras que había dicho Rose al principio de su viaje: *un mago tan poderoso como Merlín podría ser todavía más temible porque no es malvado, sino simplemente egoísta*

Por supuesto eso era ridículo, ¿verdad? Merlín no era egoísta, solo diferente. James conocía a Merlín tan bien como cualquiera. Hasta le habían consultado sobre si el famoso mago sería o no un buen director. No era peligroso. Solo provenía de un tiempo muy diferente. El propio Merlín lo había dicho. Venía de una época mucho más seria y severa. No sólo era importante que James recordara ese hecho, era importante que ayudara al resto de los estudiantes a entenderlo también.

Para cuando Albus abrió de un tirón la puerta de su compartimento, había empezado a llover en serio. Las ventanas del tren estaban veteadas y salpicadas por enormes gotas. Ralph estaba dormido en su asiento con su periódico sensacionalista abierto sobre el pecho. Rose estaba enterrada en un libro, apenas notó su regreso. Y James estaba empezando a pensar que este año no sería tan divertido como había creído al principio.



Cuando empezó a desvanecerse el día y la lluvia finalmente amainó, James, Albus y Ralph trajeron sus túnicas de sus carteras. Las de James y Albus estaban lamentablemente arrugadas. Rose alzó los ojos de su libro y chasqueó la lengua hacia ellos.

—¿Vosotros dos no habéis aprendido a doblar vuestra ropa?

—Los chicos no aprenden esas cosas —dijo Albus, intentando alisar la pechera de su túnica con las manos—. Aprendemos cosas geniales. Cosas secretas de chicos de las que ni siquiera se me permite hablarte. Las chicas se conforman con aprender a guardar la ropa para que sus maridos tengan buen aspecto cuando van al trabajo.

—Ni siquiera voy a responder a eso —dijo Rose, sacudiendo la cabeza tristemente—. Solo espero que tu hermana esté aprendiendo mejores lecciones que tú. El hijo de una famosa jugadora de quidditch debería ser más listo.

Ralph arqueó las cejas.

—Creo que conozco un hechizo Antiarrugas. ¿Queréis que lo intente?

—No, gracias, Ralph —dijo James rápidamente—, sin ofender, pero todavía te recuerdo quemando una calva en la cabeza de Victoire el año pasado.

—Eso fue un hechizo de Desarme —dijo Ralph a la defensiva—. Mi varita es un poco sensible a esos. El problema no es conseguir que funcionen, sino evitar que funcionen *demasiado* bien.

—¡Hmm! —dijo Rose con mordacidad—. ¿Me pregunto por qué será?

—Así que realmente le derribaste, ¿eh? —dijo Ralph a Albus, volviendo a un tema anterior.

—Le tumbó sobre el trasero —dijo James, codeando a su hermano—. Estuvo bastante bien aunque me acabara metiendo en problemas.

—Tienes que aprender algo de autocontrol, Albus —dijo Rose, dejando finalmente su libro a un lado—. Puede que él no te guste, pero estás en Hogwarts ahora. No puedes ir por ahí pegando a la gente que dice cosas que no te gustan.

—¿Cosas que no me gustan? —dijo Albus, fulminando a Rose con la mirada—. ¿Te perdiste la parte en la que insultó a nuestro difunto abuelo? ¡Hay algo llamado honor, ¿sabes?! Lo haré de nuevo si hace algo más que mirarme mal.

—No dije que no debieras vengarte, Albus —dijo Rose significativamente—. Solo digo que estamos en Hogwarts ahora. Véngate con *magia*.

—Caracoles —dijo James, riendo un poco nerviosamente—. La manzana realmente cayó lejos del árbol *contigo*, Rosie.

Rose pareció herida.

—Puede que sea hija de mi madre, pero tendré que recordaros que soy una Weasley también.

Albus hizo una mueca.

—Bueno, no puedo hacer nada realmente mágico aún. Además, me proporcionó mucha satisfacción derribarle.

Rose lanzó a James una mirada seria.

—Entonces espero que tengas el trasero en forma. Parece que vas a pasar gran parte de este año sentado sobre tu hermano pequeño.

—Eso es problema suyo de ahora en adelante —dijo James—. Además, Scorpius se lo merecía. Ese estúpido cretino estaba intentando aturdir a Albus. Sus padres han estado enseñándole maldiciones ya. Menos mal que Albus tiene buen alcance.

—Bueno, todo lo que puedo decir es que yo voy a investigar un poco sobre esta criatura, el borley —dijo Rose mientras el tren frenaba, entrando en la estación de Hogsmeade.

Albus alzó las cejas con burlona sorpresa.

—¿Quieres decir que hay una criatura mágica de la que no *sabes* ya?

—A mí me suena a problemas —admitió Ralph—. Si Merlín dice que la cosa se ha vuelto peligrosa, supongo que definitivamente es algo que debemos vigilar.

James cerró la cremallera de su cartera y se la deslizó sobre los hombros.

—Yo solo quiero saber por qué ha estado siguiéndome por ahí. ¿Por qué me escogió?

—Obviamente, creyó que podría engañarte para que utilizaras magia sobre ella —razonó Rose—. Casi funcionó.

—Por *eso* huyó cuando la amenazaste en la consulta del médico —añadió Ralph, arqueando las cejas—. Dijiste que le habías dicho que eras un mago, pero que no tenías la varita contigo. Comprendió que no había razón para armar jaleo si no ibas a acribillarla, así que cubrió sus huellas saltando hacia atrás unos minutos y lo deshizo todo.

—Sí, bueno, ¿no sois todos brillantes? —gruñó James—. Me gustaría ver como os las habréis arreglado vosotros si hubierais estado allí. Además, fueron Scorpius y Albus los que finalmente dejaron que la cosa se diera un pequeño atracón mágico y se volviera espeluznante.

—A mí no me culpes —dijo Albus, todavía intentando presionar las arrugas de su túnica con las manos—. Si hubieras atacado a Scorpius conmigo, podríamos haberle desarmado antes de que pasara nada. Apuesto a que el viejo Merlín habría aprobado *eso*.

Unos minutos después, el tren se sacudió al detenerse. A su alrededor se oyó el sonido de puertas abriéndose, pisadas, charlas y voces excitadas mientras los ocupantes

del tren llenaban los corredores, fluyendo hacia las salidas. James, Albus, Rose y Ralph recogieron sus cosas y se unieron a la multitud.

Cuando salieron al húmedo andén de la estación de Hogsmeade, James captó un vistazo de Hagrid de pie bajo una farola cercana, apenas encajando bajo ella.

—Los de primer año —gritaba con su voz grave y brusca—. ¡Los de primero por aquí! El resto id en busca de los carruajes delante. Si aún no sabéis adonde ir, seguid a los que si saben. Andando, ya.

James aferró la túnica de Albus, deteniéndole.

—Eh —dijo quedamente—. Lo digo en serio. No te preocupes por la selección, hermanito.

—En realidad no lo hago —replicó Albus, encogiéndose de hombros—. Recordé algo que me dijo papá en el andén nueve y tres cuartos.

James parpadeó.

—Bien, bueno. ¿Qué dijo?

—Dijo que el Sombrero Seleccionador tendría en cuenta mis deseos. Dijo que si *realmente* no quería, el Sombrero no me obligaría a ser un Slytherin.

—¿Tú, un Slytherin? —la voz de Scorpius se burló tras ellos. James puso los ojos en blanco. Debería haber sabido que esa pequeña sabandija estaría espiando.

—Déjanos en paz, Scorpius —dijo Albus, apretando los dientes.

—¿O qué? —El chico sonrió—. ¿Vas a arriesgarte a meter a tu hermano en problemas otra vez lanzándote sobre mí? Eso solo funcionará una vez, Potter.

Albus asintió con la cabeza.

—Haré eso y más si no tienes cuidado.

—Por eso nunca serás un Slytherin —dijo Scorpius airadamente, dándose la vuelta y alejándose—. Como viste en el tren, los Slytherins luchan con el cerebro y la varita. Los de tu clase tienen que confiar en la fuerza bruta. ¿Pero qué puedes esperar de un hijo de Harry Potter?

Albus se tensó para abalanzarse sobre Scorpius otra vez, pero James le agarró del hombro.

—No te atrevas a ir a por él otra vez, idiota. Eso es justo lo que quiere que hagas.

—¡Se está metiendo con papá! —siseó Albus.

—Está intentando *provocarte*. Déjalo para luego. Tendrás todo el curso para odiarle.

—Eso es cierto, Potter —dijo Scorpius mientras se alejaba, todavía sonriendo—. Escucha a tu hermano. Sabe lo que pasa cuando te enfrentas a un Slytherin. ¿Te ha contado lo que ocurrió cuando intentó robar la escoba de la capitana del equipo Slytherin de quidditch el año pasado? Un feo asunto, sí. Oí que terminaste bocabajo en el barro.

James soltó el hombro de Albus, con la cara roja de rabia.

—¿Quieres verlo, Malfoy? No tenemos miedo a los Slytherins.

—Entonces eres de verdad tan tonto como pareces —dijo Scorpius, su sonrisa se desvaneció—. Vuelve a haber un Malfoy en la casa Slytherin. *Nosotros* no jugamos a la política. Será mejor que tengáis cuidado. —Fulminó con la mirada a los dos hermanos, después se giró, con la capa aleteando, y desapareció entre la multitud.

—Pequeño bastardo arrogante, ¿no? —dijo Albus. James le miró y sonrió.

—Te veo en el Gran Comedor, Al.

—Sí —replicó Albus, asintiendo hacia los carruajes—. Que te diviertas con los thestrals. No dejes que te asusten demasiado.

—Eras tú el que tenía pesadillas con ellos, no yo —dijo James, poniendo los ojos en blanco—. Como te dije, son invisibles.

Albus simplemente miró a James, con una expresión curiosa en la cara.

—¿Qué? —preguntó James.

—Nada —dijo Albus rápidamente—. Solo estaba pensando en otra cosa que dijo papá en la plataforma, justo antes de que subiera al tren.

James se detuvo y arrugó el ceño.

—¿Qué dijo?

Albus se encogió de hombros.

—Dijo “puede que James se lleve una pequeña sorpresa con los thestrals”.

Con eso, Albus se giró, se colgó su mochila, y caminó hacia Hagrid al final de la plataforma.



No *eran* invisibles; al menos no completamente. James se quedó atrás, sinceramente reñiente a acercarse demasiado a las horribles y semitransparentes criaturas atadas a los carruajes. El más cercano batía lentamente sus alas como de cuero. Se giró para mirarle, con sus grandes ojos vacíos grotescamente saltones.

—Puedes verlos, ¿eh? —preguntó una voz. James levantó la mirada, sobresaltado, y vio la cara recia y las mejillas rojas de su amigo Damien Damascus. Damien también estaba mirando a los thestrals, con la frente ligeramente fruncida—. Yo empecé a verlos al principio de mi cuarto año. Me sorprendió bastante, te diré. Yo creía que los carruajes eran simplemente mágicos, que se propulsaban a sí mismos hasta el castillo. Noah me llevó a un lado y me habló de los thestrals. Él los ve desde su segundo año. Vamos, son inofensivos. En realidad son bastante geniales cuando te acostumbras a ellos.

James lanzó su mochila al interior del carruaje y escaló al asiento de atrás.

—Hola, James —dijo Sabrina cuando se elevaba hasta el asiento delantero. Todavía llevaba una pluma en su cabello rojo ondulado. Esta rebotó con garbo al girarse para mirar sobre el hombro—. ¿De qué iba todo ese drama del tren? Merlin parecía a punto de disparar rayos mortales por los ojos.

James se pasó la mano cansadamente por el cabello.

—No me lo recuerdes. Ya conseguí que le quitaran diez puntos a Gryffindor.

—No es la mejor forma de empezar el año —dijo Petra Morganstern, uniéndose a Sabrina en el asiento delantero—. Ese tipo de cosas pueden hacer que tus compañeros Gryffindors se irriten un poco. Afortunadamente, los de séptimo estamos por encima de semejantes mezquindades.

—Sabrina y yo somos de sexto —señaló Damien—. Y no sé ella, pero yo sigo siendo tan mezquino como siempre. No os he perdonado por hacernos perder la Copa de las Casas el año pasado. Para *Hufflepuff*, quién lo iba a decir.

—Perdona por intentar salvar el mundo —dijo Petra a la ligera, arreglándose la túnica sobre el asiento—. Además, te recuerdo que tú también estuviste implicado en esa aventura.

—Puede ser, pero al contrario que el resto de vosotros, mi implicación nunca fue probada. Por eso nuestro querido ex compañero Ted me nombró chivo expiatorio oficial Gremlin. Las acusaciones simplemente me resbalan.

Sabrina asintió seriamente.

—Me alegra de que hayas encontrado un buen uso a ese pellejo aceitoso tuyo.

Se produjo un súbito tirón y el carruaje rodó hacia adelante. James miró y vio a los thestrals fantasmal trotando, tirando del carruaje. Entrecerró la mirada hacia él, intentando verlo más claramente.

Damien se inclinó y le preguntó en voz baja.

—¿Quién murió?

—¿Qué? —balbució James, girándose para mirar al chico mayor. Bajó su propia voz y preguntó—: ¿Cómo lo sabes?

—Mi tía murió cuando estaba en tercero —replicó Damien—. Fue una estupidez, en realidad. Un accidente de escoba cuando volvía de visitar a mis abuelos. Mamá le advirtió que no volara con una tormenta en camino, pero la tía Aggie siempre se creyó indestructible. Se mantuvo viva en St. Mungo lo suficiente como para que todos llegáramos a verla. Murió mientras yo estaba allí, en la habitación. Cuando volví al año siguiente, vi a los thestrals por primera vez. Creí que me había vuelto loco hasta que Noah me llevó a un lado y me habló de ellos. Dijo que se volvían visibles para cualquiera que hubiera presenciado y aceptado una muerte. ¿Así que, quién murió?

James se recostó en su asiento y tomó un profundo aliento.

—Mi abuelo Weasley —dijo con voz suave—. Tuvo un ataque al corazón.

Damien alzó las cejas.

—¿El viejo Arthur Weasley?

—¿Le conocías?

—Bueno, no en persona —replicó él—, pero era el suegro de tu padre, y afrontémoslo, tu padre es una celebridad. Además, Arthur Weasley se enfrentó a la serpiente de Voldy, ¿no? ¡No estuvo mal para un chupatintas del Ministerio! Mucha gente lo sabe. Dicen que eso prueba que el valor es más importante que la magia cuando llega el momento.

James miró a Damien, sorprendido.

—¿De verdad?

—Claro —dijo Damien—. Quiero decir, la gente que dice eso es también la clase de gente que compra encantamientos crecepelo y lee *El Quisquilloso*, pero sí, eso es lo que dicen.

James volvió a mirar a la forma nebulosa del thestral. Trotaba hacia adelante, tirando fácilmente del carroje a pesar del hecho de que parecía lo bastante flaco como para partirse por la mitad.

—¿Por qué solo es parcialmente visible? —preguntó finalmente James.

—¿Qué? —Damien se inclinó hacia delante—. A mí me parece bastante sólido.

—Puedo ver la calle a través de él —dijo James, estremeciéndose.

—Bueno, como ya he dicho —replicó Damien, recostándose en su asiento mientras el gran castillo se alzaba sobre los árboles cercanos—, los thestrals se vuelven visibles para cualquiera que haya visto y aceptado una muerte. No parece que hayas visto a tu abuelo morir con tus propios ojos como me pasó a mí con mi tía, pero fuera lo que fuera lo que pasó significó lo bastante para ti como para impresionarte igual.

—Estábamos esperando a que volviera a casa —replicó James huecamente—. Estábamos esperando a que volviera por la Red Flu. Alguien lo hizo, pero no era el abuelo. Era el mensajero para decírnos que había muerto.

—Así que pasaste de creer que estaba allí mismo contigo, a saber de su muerte, todo en cuestión de segundos —dijo Damien, asintiendo con la cabeza—. Lo bastante cerca como para proporcionarte una mirada a los thestrals. Pero no creo que eso sea todo lo que hay. Parece que no lo has aceptado del todo aún, ¿no?

James suspiró, sin responder. En vez de eso, contempló la descomunal y monstruosa forma del castillo que surgía delante. Sus innumerables ventanas estaban iluminadas contra la brumosa y nublada noche. James creyó divisar la Torre Gryffindor, donde su cama estaba esperando por él. Era agradable volver incluso si las cosas parecían diferentes. Se había sentido así desde el funeral, sabiendo que el abuelo ya no estaba allí fuera en alguna parte como siempre había estado. No, comprendió James, no había *aceptado* la muerte del abuelo. Aún no. Es más, no quería hacerlo. No parecía justo para el abuelo. Aceptar su muerte le parecía como desentenderse de él.

Durante un momento, James se preguntó si Albus se sentiría igual, y después recordó como Albus había atacado a Scorpius en el pasillo del tren, derribándole y gritando “¡Retíralo! ¡Retíralo ahora mismo!”. Albus no había aceptado la muerte del abuelo

tampoco. Solo que para él era diferente, principalmente porque Albus había encontrado a alguien sobre quien descargar su rabia y su pena. Probablemente no fuera la forma más sana de llevar las cosas, pero a James no se le ocurría otra mejor. Estaba claro, Scorpius hacía que el odiarle fuera bastante fácil para Albus. James había crecido con Albus, y sabía lo apasionado que el chico podía ser. Pensando en eso, James no supo si despreciar a Scorpius o sentir pena por él.



James se maravilló de la capacidad del tiempo para alterar la percepción de uno. Solo un año antes, había entrado en el Gran Comedor por primera vez, lleno de aprensión y preocupación. Ahora se lanzó alegremente a la algarabía de la asamblea de estudiantes, saludando a amigos a los que no había visto en todo el verano y siendo recibido en medio de la saludable gresca de la mesa Gryffindor. Las velas flotantes llenaban el comedor de calidez y luz, formando un excitante contraste contra el gris hosco de las nubes nocturnas que representaba el techo de la habitación. Peeves pasaba al azar entre las velas, soltando pedorretas hacia las diminutas llamas en un esfuerzo por apagarlas, pero éstas simplemente revivían por sí mismas con pequeños *pops* cuando él pasaba. James se sentó a la mesa y agarró un puñado de grageas de todos los sabores de Bertie Bott de un cuenco cercano. Valientemente, se echó una a la boca sin comprobar el color. Un momento después, torció el gesto, sin atreverse a escupir la golosina.

—Deberías ser especialmente cuidadoso con esas, James —gritó un compañero de segundo, Graham Warton—. Fueron donadas gratuitamente por tus colegas Weasleys. Se han asociado con Bertie Bott para toda una nueva línea de sabores novedosos, y están haciendo pruebas de mercado.

—¿Qué es? —dijo James, tragando la horrible gragea y agarrando una jarra de zumo de calabaza.

—A juzgar por el color de tu lengua, yo diría que esa era de lima-limón-judía —dijo Graham, guiñando la mirada estudiósamente—. También hay de menta-chocolate-ardilla y melocotón-pepino-tofe.

—¡Damien acaba de comerse una de carne-riñón-roca! —gritó Noah desde el otro extremo de la mesa, señalando—. ¡Agacharse todo el mundo! ¡Creo que va a explotar!

James no pudo evitar reír mientras Damien luchaba por tragar la gragea. Petra le golpeó duramente en la espalda hasta que Damien la apartó, abalanzándose sobre su copa.

Un silencio ondeó sobre los bulliciosos estudiantes y James levantó la mirada para ver a Merlín aproximarse al enorme podio sobre el estrado del comedor. Vestía una resplandeciente túnica roja con un cuello alto dorado, y James reconoció la versión bastante anticuada de Merlín de una túnica de gala. Las mangas y el cuello de la túnica tenían incrustados adornos entretejidos que relucían con oro y joyas auténticas. La barba del gigantesco hombre centelleaba por el aceite y llevaba con él su báculo, golpeándolo agudamente contra el suelo mientras se aproximaba. Era tan alto que hacía que el podio pareciera pequeño. Se inclinó sobre él ligeramente, sus ojos eran ilegibles mientras recorrían a la silenciosa asamblea.

—Saludos, estudiantes y personal de la Escuela Hogwarts de Magia y Hechicería —dijo lentamente, su voz profunda resonó por todas partes—. Mi nombre es Merlinus Ambrosius, y como puede que ya sepáis por la radio mágica o los periódicos, soy el nuevo director de esta institución. Como tal, espero no volver a oír más de esa inquietante tendencia verbal de esta era de utilizar mi nombre como expresión de asombro. Deberías saber que ni yo *ni* mis pantalones lo encontramos en absoluto divertido.

James sabía que el comentario se habría considerado una broma si Merlín no lo hubiera dicho con tan penetrante gravedad. Miraba a la asamblea de estudiantes, desafiando a cualquiera a intentar aunque fuera una risa ahogada. Aparentemente satisfecho, se enderezó y sonrió apaciguadoramente.

—Muy bien entonces. Como director, sucedo a madame Minerva McGonagall, que, como pueden ver, se ha dignado permanecer en la escuela para ejercer como mi consejera y continuar con sus tareas como profesora de Transformaciones.

Hubo una salva de aplausos, que pareció tomar a Merlín por sorpresa. Parpadeó hacia la multitud, y después sonrió ligeramente, comprendiendo lo que estaba ocurriendo. El aplauso creció hasta una ovación sostenida y Merlín retrocedió apartándose del podio, reconociendo a la anterior directora. Sobre el suelo ante el podio, los de primer año estaban alineados tras el profesor Longbottom. James vio a Albus y Rose, que miraban alrededor a su vez con temor reverencial.

Rose alzó la mirada hacia el estrado justo cuando la recientemente renombrada profesora McGonagall empujaba su silla hacia atrás. Se ponía en pie y alzaba una mano, sonriendo tensamente. En el suelo, Rose codeó a Albus y señaló.

—Gracias —gritó McGonagall sobre el sonido del aplauso, intentando ahogarlo—. Gracias, sois muy amables, pero os conozco demasiado bien como para no saber que al menos algunos están aplaudiendo mi largamente esperada partida por razones propias. Aún así, se aprecia bastante el sentimiento.

La risa sustituyó al aplauso mientras la profesora McGonagall volvía a posarse en su silla. Merlín se aproximó al podio de nuevo.

—Además de encontraros con un nuevo director, aquellos que volvéis este año encontraréis varios cambios más. El menor de ellos no será la instauración de nuestra

nueva profesora de Literatura Mágica, Juliet Revalvier, que es en sí misma una competente escritora, como muchos puede que sepáis. Finalmente, permitidme presentaros a nuestro nuevo profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras, el profesor Kendrick Debellows.

Una oleada de susurros respetuosos llenó el comedor cuando un hombre alto se levantó a medias de su asiento en el estrado. Su sonrisa era enorme y dispuesta, y alzó una mano. James le recordaba del tren. Era el hombre que había pasado junto a él y Albus cuando estaban buscando al borley. James no le había reconocido entonces, ahora lo hizo. Su cabello estaba encaneciendo y lo llevaba severamente corto, pero había ganado un montón de peso en los años transcurridos desde su famosa cruzada como líder de los Harriers, el escuadrón de fuerzas especiales del mundo mágico. Al otro lado de la habitación, en la mesa Slytherin, James vio a Ralph con aspecto asombrado. Su amigo Trenton estaba inclinado sobre él, al parecer explicando quien era Kendrick Debellows. Sobre el suelo bajo el estrado, James vio a Scorpius darse la vuelta, con la cara vagamente disgustada.

—Tengo la colección completa de la figuras de acción Debellows en casa —oyó James susurrar a Noah significativamente—. Las colecciono desde que era niño. Solía azuzarlas contra el gato de Steven hasta que una de ellas casi le hizo un nudo en la cola.

—Veo que muchos estáis familiarizados con el profesor Debellows —comentó Merlin desde el podio—. Confío en que por consiguiente encontréis sus clases interesantes a la vez que desafiantes. Y ahora creo que presenciaremos una de las más antiguas e importantes tradiciones de la escuela: la selección de nuestros estudiantes más recientes para sus Casas. Profesora McGonagall, si nos hace el honor.

Exactamente como el año pasado, un taburete de madera fue colocado sobre el estrado. Sobre él, el gastado y antiguo Sombrero se aposentaba, sin parecer nada más que un trapo polvoriento de un armario olvidado. James sabía que en tiempos de sus padres, y durante siglos antes de eso, el Sombrero había cantado una canción antes de la selección de cada año. El año pasado, sin embargo, no había habido canción. James no había pensado mucho en ello; simplemente había asumido que después de todos esos siglos el Sombrero merecía un descanso ocasional. Ahora, el antiguo Sombrero se removió en su taburete, aparentemente preparando la canción. El pliegue que formaba la boca pareció abrirse, tomar un profundo aliento, y entonces la alta y rítmica voz del sombrero llenó el silencio.

*Mil años y más he resistido en mi puesto
Y observado la marea de los años siempre ir y venir
La justa Hogwarts no se altera a pesar del peso de los años que pasan
Pues Hogwarts sabe que el tiempo da vueltas, mientras ella solo envejece
El alzamiento de villanos coincide, para mantener el correcto equilibrio
Con héroes incipientes, en cuyos ojos la buena justicia resplandece brillantemente*

*En el pasado reciente, el temible Voldemort se alzó atemorizante
Y el destino envió a un héroe, el huérfano Potter, Harry
Y así se desvela el drama eterno de los tiempos
Los jugadores cambian, las localizaciones varían, pero el tema es constante.
La raíz del mal siempre encuentra un nuevo y fértil jardín
Pero el corazón del valor es siempre fuerte para traernos el buen perdón del destino
Y esto, ya veis, nos lleva hasta mí, el Sombrero que hace la selección.
Porque es mi tarea mantener el equilibrio del bien que frustra el mal
Porque yo presencié el amanecer de esta larga batalla que perdura
Y por larga que sea esta vieja y dura lucha, mi esperanza resiste
Veo la semilla que garantiza el papel de cada estudiante
Y los coloco en la casa en la que la semilla crecerá más prudente
En Hufflepuff, la semilla de la lealtad y la diligencia
Para Ravenclaw, el vino del conocimiento crece con sentido común.
El bravo Gryffindor alimenta el valor y el coraje del corazón.
Y Slytherin da a aquellos que aman la ambición un buen comienzo.
Van por tanto a su casa como señal de su vocación.
Pero mucha importancia se da a un indicio de la motivación más profunda
No cometáis un error, no juzguéis a nadie por la casa de su selección.
En vez de eso observar siempre para medir su comportamiento.
Porque el bien puede venir de cualquier casa, a pesar de su estandarte.
Y el mal, también, puede infiltrarse dentro del feudo más fino.
Bajo mi ala ahora ven y siéntate para oír mi declaración.
Pero tranquilo, confía en la inclinación de tu propio corazón.
No importa lo que ocurra mientras estés sentado en esta silla.
El verdadero juicio de tu futuro está en lo que se asienta bajo tu cabello.*

Cuando el Sombrero Seleccionador terminó su canción, el Comedor estalló en un aplauso. James sonrió, estirando el cuello para mirar al otro lado de la habitación hacia Ralph, que sonrió en respuesta un poco tímidamente. Si alguien necesitaba oír la canción más reciente del Sombrero, ese era Ralph, cuya asignación a Slytherin había sido una fuente de constante consternación durante el año anterior. Cuando el aplauso murió, la profesora McGonagall se aproximó al Sombrero, sacando un largo pergamo de su túnica. Lo desenrolló y lo estudió a través de sus diminutos anteojos. Asintió para sí misma, bajó el pergamo, y cogió el Sombrero Seleccionador por la punta.

—Cameron Creevey —anunció ruidosamente—. Por favor, suba al estrado.

Un chico muy pequeño y de aspecto nervioso subió los escalones y trepó sobre el taburete. *No puede ser que yo pareciera tan joven y asustado cuando me senté en ese taburete.* Pensó para sí mismo James, sonriendo. Lo recordaba muy bien: la voz del Sombrero mágico en su cabeza evaluándole, debatiendo en qué casa encajaría mejor. Había sido

una decisión reñida. Momentos antes de subir al estrado, y después de que la directora McGonagall hubiera pronunciado su nombre, la mesa Slytherin había estallado en un aplauso. Una guapa chica de aspecto severo y cabello oscuro llamada Tabitha Violetus Corsica había dirigido el aplauso, y mientras James evocaba el recuerdo, pensó por primera vez que el aplauso Slytherin había sido simplemente una treta, con intención de convencerle de convertirse en un Slytherin. Con lo asustado que había estado, preocupado por la responsabilidad de seguir los pasos de su famoso padre, James casi había caído en ella. Durante un momento fugaz, bajo el ala del Sombrero Seleccionador, James había considerado el ser un Slytherin, y el Sombrero había accedido. Solo en el último segundo había reafirmado James su resolución, probando que tenía que ser un Gryffindor, como su padre antes que él.

—¡Gryffindor! —proclamó el Sombrero Seleccionador. La profesora McGonagall alzó el Sombrero de la cabeza de Creevey mientras la mesa Gryffindor explotaba en algarabías. Cameron Creevey sonrió con patente alivio mientras bajaba corriendo los escalones. Se sentó dispuesto en la parte delantera de la mesa, colocándose entre Damien y uno de séptimo llamado Hugo Paulson.

—Thomas Danforth —llamó la profesora McGonagall, leyendo de su pergamino. Un momento después, la mesa Ravenclaw animó al chico con gafas que sonreía tímidamente, uniéndose a sus nuevos compañeros de casa. Mientras la selección continuaba, James recorrió el comedor con la mirada, divisando todas las caras que conocía. Allí estaba Victoire, sentada esplendorosamente entre sus amigas Hufflepuff de séptimo año. Gennifer Tellus y Horace Birch se susurraban el uno al otro al final de la mesa Ravenclaw, y James recordó a Zane contándole que habían empezado a verse durante el verano. Al otro lado de la habitación, Tabitha Corsica se sentaba sonriendo cortésmente, con las manos pulcramente cruzadas sobre la mesa delante de ella. A su izquierda se sentaba Philia Goyle, cuya cara de ladrillo se mostraba tan inexpresiva como siempre. Tom Squallus se sentaba a la derecha de Tabitha, con el cabello rubio peinado pulcramente y los ojos casi antinaturalmente brillantes y alertas. Casi parecía como si estuvieran tramando algo, pero James se recordó a sí mismo que los Slytherins siempre tenían esa pinta. Probablemente solo esperaban la selección de su nuevo colega...

—Scorpius Malfoy —llamó la profesora McGonagall, bajando el pergamino y mirando a lo que quedaba de la fila de los de primero. El chico izó la comisura de la boca mientras se giraba. Subió los escalones y se sentó con garbo sobre el taburete, balanceando una pierna ante él. El Sombrero lanzó una sombra sobre su cara cuando la profesora McGonagall lo bajó.

Varios segundos pasaron. La habitación se había ido alborotando bastante a medida que los estudiantes mayores se aburrían con la ceremonia, pero quedaron en silencio de nuevo cuando la pausa se extendió. El Sombrero estaba perfectamente inmóvil sobre la cabeza de Scorpius. El propio Scorpius no se movía. James miró alrededor, sorprendido

por el retraso. Todo el mundo sabía que los Malfoy eran Slytherins. A su familia se la conocía por haber estado entre los mayores seguidores de Voldemort. Lucius Malfoy, el abuelo de Scorpius, se decía que seguía escondido por los crímenes que había cometido como mortífago, aunque el padre de James lo había negado. “Solo le gusta creer que es el hombre más buscado del mundo mágico”, había bromeado con Ginny una mañana en el desayuno. “Su peor castigo es vivir en un mundo donde su ídolo ha muerto”. Así pues, no había duda sobre la casa de un Malfoy, ¿no? Ellos casi definían lo que era *ser* un Slytherin. Tal vez algo iba mal con el Sombrero. James codeó a Graham, que le miró y se encogió de hombros con curiosidad.

—¡Gryffindor! —cantó de repente el Sombrero Seleccionado, apuntando su pico al techo.

Un absoluto y atónito silencio llenaba el comedor cuando el Sombrero fue levantado de la cabeza de Scorpius. La barbilla de este cayó y cerró los ojos. Después de un largo momento, se bajó del taburete y se arrastró lentamente escaleras abajo. La mesa Gryffindor permaneció absolutamente en silencio mientras Scorpius se aproximaba. Pasó la delantera de la mesa, donde la mayoría de los recientemente nombrados Gryffindors estaban sentados con los ojos abiertos de par en par. James observó como Scorpius recorría la longitud entera de la mesa, sin alzar la mirada. Cuando alcanzó el final, se detuvo un momento, aparentemente reacio a sentarse realmente. Finalmente, se dejó caer sobre un banco del extremo. Alzó los ojos, y James vio que estos estaban teñidos de rojo. Scorpius fulminó a James con la mirada. Después de un largo momento, apretó los labios y apartó la vista hacia la parte delantera del comedor.

—Albus Potter —llamó McGonagall en medio del silencio. James no pudo evitar mirar de reojo a la mesa Slytherin. Tabitha no se estaba levantando para aplaudir esta vez. Extrañamente, sin embargo, todavía mostraba su sonrisa cortés, al parecer completamente impasible por la selección de Malfoy.

Albus miró por encima del hombro mientras subía los escalones del estrado. James asumió que le miraba a él. Sonrió alentadoramente y asintió con la cabeza. Albus no mostró señal de haberle visto. Se aproximó al taburete y se quedó con la mirada baja por un momento. La profesora McGonagall asintió bruscamente con la cabeza. Albus cuadró los hombros, se giró y se sentó.

No hubo charla insustancial cuando el Sombrero se posó sobre la cabeza de Albus. Cada ojo de la habitación observaba. Todo el mundo sabía que Albus iba a ser un Gryffindor. James solo había bromeado al respecto porque estaba seguro de que no *era* más que una broma. Un Potter nunca sería enviado realmente a Slytherin. Pero mientras pensaban en ello, James recordó la mirada de odio en la cara de Albus cuando Malfoy le había insultado en el andén de Hogsmeade. Albus siempre había sido un chico apasionado. Eso podía ser muy bueno, algo encantador. Pero como James había comenzado a pensar recientemente, también podía ser espeluznante. Demasiado tarde, James comprendió que Albus no se había vuelto para mirarle a él, a James, cuando subía

los escalones para su selección. Se había girado a mirar a Scorpius, para asegurarse de que este estaba observando. Quería asegurarse de que Scorpius no se perdía lo que estaba a punto de ocurrir.

—¡Slytherin! —proclamó el Sombrero ruidosamente. Se produjo un jadeo colectivo y sostenido que llenó el comedor. La profesora McGonagall alzó el Sombrero de la cabeza de Albus, e incluso ella parecía sorprendida por el anuncio.

Albus sonreía alegremente, pero no estaba mirando a la mesa que pertenecía a su nueva casa, que había irrumpido en un aplauso salvaje. Albus estaba mirando al otro extremo de la mesa Gryffindor. James no necesitaba seguir la mirada de su hermano para saber lo que estaba buscando, pero de todos modos lo hizo.

Scorpius Malfoy devolvía la mirada a Albus, con los ojos malévolos, su boca era una línea sombría y blanca de puro odio.



Capítulo 4

La prueba del cordón dorado

Cuando la cena apareció en las mesas y la asamblea comenzó a comer, James no pudo evitar estirar el cuello para ver qué estaba pasando en la mesa Slytherin. Albus estaba sentado junto a Ralph, pero estaba profundamente absorto en una conversación con Trenton Bloch, el mejor amigo Slytherin de Ralph. Mientras James observaba, los dos chicos estallaron en ásperas risas. Incluso Ralph estaba sonriendo y asintiendo con la cabeza mientras roía una pata de pollo.

—¿Te pasa algo en el cuello, James? —preguntó Graham alrededor de un bocado de potaje.

—Solo estaba intentando ver que pasa —dijo James—. ¡Simplemente no está bien! ¡Albus no puede ser un Slytherin!

Rose, sonriendo tras su propia selección en la casa Gryffindor, se inclinó hacia James.

—Sigues diciendo eso, pero si no recuerdo mal, fuiste tú el que le estuviste dando la lata

todo el verano sobre convertirse precisamente en eso.

—Bueno, si, ¡pero no iba en serio!

Graham siguió la mirada de James, espiando a través del comedor hasta la mesa bajo el estandarte verde.

—Parece que está pasándolo bien. Incluso Corsica está hablando con él.

—Bueno —exclamó James estridentemente—, debería, ¿no? También intentó hacerse la simpática *conmigo* el año pasado, hasta que llamó a mi padre mentiroso delante de toda la escuela. Probablemente esté muy complacida de tener a un Potter en Slytherin. ¿Quién sabe con qué clase de propaganda le llenará la cabeza? Ese sería su logro culminante.

—Albus puede cuidarse solo, James —dijo Noah despectivamente—. Además, tú mismo dijiste que casi hiciste que te enviaran a Slytherin el año pasado.

—Debería ir a echarle un ojo —dijo James, moviéndose para levantarse. Damien extendió el brazo y le empujó de vuelta a su asiento.

—Déjale —dijo Damien—. Parece estar haciéndolo bastante bien.

—¡Pero está en *Slytherin*! —chilló James, exasperado—. ¡No *puede* ir a Slytherin! ¡Es un Potter!

—Hablando de *sorpresa* —dijo Rose, bajando la voz—, incluso mientras hablamos, un *Malfoy* está sentado al extremo de la mesa *Gryffindor*.

James casi había olvidado a Scorpius. Se giró, siguiendo la mirada de Rose. Scorpius no estaba comiendo. Los Gryffindors que había a su lado le ignoraban estudiósamente, riendo y bromeando alborotados. Scorpius notó que James le miraba. Entrecerró los ojos y sonrió grotescamente, haciendo una parodia de los que le rodeaban. Después puso los ojos en blanco y se dio la vuelta.

—Eso es lo que realmente me desconcierta —masculló Graham—. ¿Como un escurridizo como *él* termina en Gryffindor?

Rose extendió la mano en busca de otro rollito.

—Tú no sabes lo que hay en su corazón —dijo—. El Sombrero Seleccionador ve quién eres realmente, no lo que tu familia ha visto siempre. Tal vez hay más en Scorpius Malfoy de lo que parece a simple vista.

James sacudió la cabeza.

—Ni hablar. Oí como habló del abuelo. Es horrible. Además, estaba tan orgulloso como un pavo real de su herencia Slytherin.

—Nada de eso hace de él un Slytherin —comentó Rose cuidadosamente.

—Eso es cierto —apoyó Damien—. Ser un cerdo no es necesariamente un billete para Slytherin. Como dijo el Sombrero, los Slytherins son conocidos normalmente por la ambición. Tal vez después de unas cuantas décadas de apoyar al caballo perdedor, los tipos como Malfoy han acabado descubriendo que la pura ambición tiene un precio demasiado alto.

—¿Y eso le hace material para *Gryffindor*? —preguntó Graham disgustado—. Apenas

puedo soportar mirarle. ¿Qué hay de Gryffindor en él?

Nadie tenía respuesta para eso. James no pudo evitar mirar de nuevo de reojo al otro lado de la mesa, donde Scorpius estaba sentado. El chico parecía completamente desinteresado y ajeno, pero James sabía que era una fachada. Había visto la expresión de la cara de Scorpius cuando se había sentado por primera vez a la mesa Gryffindor. James recordó sus propios miedos en la noche de su selección, preocupado de no entrar en Gryffindor, de decepcionar a su familia y no cumplir con las expectativas para el hijo de Harry Potter. ¿Estaba tratando Scorpius con la misma clase de situación a la inversa? James sospechaba que sí, pero que su orgullo no le permitía demostrarlo. Y allí estaba Albus, quien, para completo asombro de James, aparentemente había permitido que el Sombrero Seleccionador le enviara a Slytherin solo para fastidiar a Scorpius.

Sin planearlo, se levantó del banco. Se acercó al extremo de la mesa y se detuvo cerca de Scorpius. El chico pálido fingió no reparar en él.

—Bueno —empezó James, sin estar completamente seguro de qué decir—, parece que vamos a ser compañeros de casa.

Scorpius no miró a James. Parecía estar contemplando más allá de las otras mesas, con los ojos medio cerrados, como si estuviera aburrido.

—Supongo que no empezamos bien, allá en el tren —continuó James. Sentía los ojos del resto de la mesa sobre él, y esperó que esto fuera una buena idea—. Pero ya que vamos a vivir en las mismas habitaciones durante el resto del año, creo que tal vez sería mejor comenzar de nuevo. Bienvenido a Gryffindor, Scorpius.

James extendió la mano, como había visto hacer al padre de Scorpius cuando había hablado con Harry en el funeral. Scorpius todavía estaba mirando fijamente al otro lado del comedor. Lentamente, giró la cabeza, mirando desdeñosamente a la mano extendida de James.

—Bueno, eso ha sido muy dulce, Potter, pero no malgastes tus modales conmigo —dijo Scorpius, dejando que una sonrisa ladeada curvara sus labios—. Puede que tengamos que compartir casa, pero eso no nos convierte en colegas. ¿Crees que tengo el corazón roto por no haber sido seleccionado para Slytherin? Bueno, te equivocas. Estoy perfectamente satisfecho de ser un Gryffindor. De hecho, lo considero una oportunidad de oro. Tengo intención de probaros lo que realmente *significa* ser un Gryffindor. Tras todos estos años de héroes chapuceros y golpes de suerte, yo podría mostrarlos el auténtico aspecto del *valor*.

James comprendió que todavía tenía la mano extendida.

—Sí —replicó, dejando caer la mano a un costado—. Bueno, buena suerte con eso entonces. Que te vaya bien. —Se dio la vuelta, pero Scorpius habló de nuevo, deteniéndole.

—No estoy tan seguro del pequeño Albus como Slytherin, sin embargo —dijo ociosamente—. Al principio, me preocupaba que pudieran comérselo vivo. Pero ahora parece que estaba equivocado. El pequeño Potter podría tener más de Slytherin en él de

lo que yo pensaba. ASP, ciertamente.

James volvió a mirar a Scorpius, que todavía sonreía burlonamente.

—Pensaba que ni siquiera sabías nuestros nombres.

Scorpius se encogió de hombros lánguidamente.

—Supongo que estaba mintiendo —replicó—. Eso fue cuando creía que iba a ser un Slytherin. Ahora que soy un miembro de escarlata y oro, tendré que esforzarme por ser siempre sincero, ¿no?

Asombrosamente, unos cuantos Gryffindor se rieron ahogadamente de eso. Scorpius extendió la mano hasta su copa y la alzó, en un saludo.

—Por los nuevos legados —anunció, alzando sardónicamente una ceja—. *Algo* con lo que puedes estar de acuerdo, ¿no, Potter?



James atrapó finalmente a Albus cuando este abandonaba el Gran Comedor en compañía de sus nuevos compañeros de casa. Albus parecía ser bastante popular entre los Slytherins que se reunían a su alrededor, riendo ásperamente.

—De verdad, no es para tanto —estaba diciendo Albus—. Quiero decir, claro, crecer como el hijo del mago más famoso de todos los tiempos tiene sus ventajas, pero no me consigue ningún privilegio especial aquí en Hogwarts. Especialmente con *vuestra* panda, ¿eh?

Hubo otra ronda de risas. Obviamente, Albus estaba aprovechando bien su sorprendente asignación de casa. James se abrió paso a empujones a través de la multitud y agarró el codo de Albus.

—Eh, calma, hermano mayor —gritó Albus cuando James tiró de él—. Este es mi hermano, James, chicos. Sacó su vena mandona de la familia de mamá. No empecéis la fiesta sin mí, ¿eh?

Albus se volvió hacia James cerca de la base de las escaleras. Arrancó su codo de la garra de James, su cara se mostró molesta.

—¿Qué pasa, James? Quería ver mis nuevas habitaciones.

—¡Slytherin! —siseó James, volviéndose a mirar sobre el hombro hacia la pandilla de estudiantes que esperaban. Tabitha Corsica sonrió burlonamente e inclinó la cabeza en su dirección.

—Sí, Slytherin. —Albus se encogió de hombros—. Como has estado diciendo todo el verano.

James se giró.

—No me vengas con que yo te he convencido de esto, Al. Sabías en lo que te estabas metiendo. Dime la verdad. ¿Lo hiciste solo para fastidiar a Scorpius?

Albus puso los ojos en blanco.

—Déjame en paz, James. ¿Cómo iba a saber yo que Malfoy iba a ser seleccionado en Gryffindor?

—Vi como le mirabas cuando subías los escalones. ¡Querías alardear ante él! Esa es una razón estúpida para ir a Slytherin. ¡Vamos, Al! ¡Esto afecta a toda tu vida escolar! ¡Ahora eres un *Slytherin*!

—Yo no *escogí* esto, ¿sabes? —dijo Albus, bajando la voz y mirando a James a los ojos—. El Sombrero hizo la selección. Para eso está, James.

—Pero papá dijo...

—Sí, bueno, tal vez las cosas han cambiado. O quizás el Sombrero no creyó que deseara lo bastante ser un Gryffindor. Sea como sea, cuando pensé en ello, lo único que me vino a la cabeza fue una visión de mí en la casa de verde y plata. Y la verdad es, que por primera vez, creo que me gustó.

James frunció el ceño.

—Pero llevas todo el verano completamente obsesionado con esto. Quiero decir, vamos, Al, yo no habría insistido tanto si no te hubieras puesto tan frenético.

Albus se encogió de hombros y miró alrededor, recorriendo las escaleras y el vestíbulo de entrada con la mirada.

—Entonces tal vez lo hice para fastidiarte a *ti*, eso te enseñará a no burlarte de mí en ciertas cosas. Puede que vaya y haga eso mismo después de todo, ¿eh?

James hizo una mueca, exasperado.

—No le des más vueltas, James —dijo Albus, palmeando el hombro de James—. Los tiempos cambian, ¿no? La otra cosa que papá me dijo en el andén fue que si acababa siendo un Slytherin, estos se habrían hecho con un nuevo miembro brillante. Tú puedes ser el rey de la casa Gryffindor, ¿vale? Yo pondré en funcionamiento mi magia en Slytherin y tendremos a todo Hogwarts cogido por la cola.

James sacudió la cabeza pero sonrió un poco.

—Eres la pequeña sabandija atrevida de siempre, Al. Casi te creo. ¿Estás seguro de lo que estás haciendo?

—En lo más mínimo —asintió Albus gravemente—. ¿Pero desde cuando eso me ha detenido? Escucha, no les cuentes esto aún a mamá y papá. Quiero decírselo yo mismo, ¿vale?

James hizo una mueca.

—¿Qué te crees que soy, un chivato?

—Bueno, te chivaste lo de Ted y Victoire en la estación esta mañana.

—Ya te dije...

Albus levantó las manos, retrocediendo.

—Eso queda entre tú y tu conciencia, hermano mayor. Será mejor que vuelva con mis nuevos compañeros de casa. Ralph dice que tienen pasteles de escoba dulce y auténticas delicias turcas allí abajo la primera noche. No puedo esperar a disfrutar de esa jarra de cerveza de mantequilla frente a la chimenea en forma de cabeza de serpiente, ¿eh?

James suspiró mientras Albus se reunía con sus nuevos compañeros de casa de camino a las masmorras. Cuando se volvió para subir las escaleras, se encontró con Rose.

—Ralph dice que mantendrá un ojo sobre Albus —dijo Rose tranquilizadora—. Francamente, Slytherin probablemente vaya más con él. Siempre ha sido un poco salvaje, ya sabes.

—Sí, lo sé —estuvo de acuerdo James—. Solo que no esperaba que ocurriera realmente. Se siente raro tener a un Potter en Slytherin.

—¿Estás celoso?

—¿Qué? —exclamó James, mirando de reojo a Rose mientras alcanzaban el rellano—. ¿Por qué demonios iba a estar celoso?

Rose se encogió de hombros sin comprometerse.

—He oído que los Gremlins tiene algo preparado para esta noche.

—¿Cómo sabes eso ya?

—Bueno —replicó Rose con modestia—, fue en parte idea mía. Les gustó tanto que me pidieron que participara. Sin embargo, sinceramente, no habría sido posible sin ti.

James recordó su primera noche del año pasado cuando los Gremlins le habían embrujado hasta hacerle parecer un alienígena verde y le habían convencido de subir a un platillo volador improvisado, para asombro de un granjero muggle local.

—¿Todavía elevando el Wocket?

—No, al parecer jubilaron el Wocket cuando Ted se graduó. Engañar a los muggles no tiene gracia en realidad, y además, no es tan bueno ahora que el director lo ha visto y sabe donde se oculta.

—Sabes un aterrador montón de cosas respecto a esto, Rose.

—Aparentemente, ser una Weasley tiene mucho peso en ciertos círculos —replicó ella alegramente.

Cuando entraron en la sala común, James no pudo evitar sonreír. Un balbuceo familiar de risas y conversación llenaba la habitación como un caldero. El busto de Godric Gryffidor flotaba peligrosamente en lo alto mientras un grupo de alumnos de quinto y sexto jugaban a Winkles y Augers con él. Cameron Creevey ya había llegado y estaba sentado con unos pocos nuevos Gryffindors más en un sofá cerca del crepitante fuego. Cameron reparó en James y sus ojos se abrieron un poco. Codeó a la chica que estaba junto a él.

—Oye, James —Heth Thomas, uno de los golpeadores Gryffindor, le llamó desde el otro lado de la habitación—, ¿vas a presentarte a las pruebas para el equipo de quidditch este año? Estamos haciendo apuestas sobre lo grande que será el agujero que

abrirás en el campo.

—Yo tendría cuidado con eso —replicó James, sonriendo abiertamente—. He estado practicando este verano.

—Bien —intervino Graham—, cuando no estabas siendo derribado de tu escoba por tu padre, por lo que he oído.

Eso fue saludado con aullidos de risa amigable. James hizo una imitación de risa sarcástica también. La verdad es que disfrutaba de las bromas. Ansiaba que llegaran las pruebas. Cuanto más esperaran que repitiera la actuación del año pasado, mejor quedaría.

Noah, Petra, Damien y Sabrina estaban apiñados alrededor de una mesa en la esquina de la alborotada sala común. Damien y Sabrina estaban activamente encorvados sobre una larga hoja de pergamo, con plumas en las manos. Parecían estar discutiendo en tono apagado, señalando trozos del pergamo. Noah y Petra levantaron la mirada y llamaron por señas a James y a Rose.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Noah—. Pero afortunadamente, eso es problema de Damien y Sabrina. Además, ¿qué puede salir mal? Tenemos a un Weasley otra vez en Hogwarts. Todo va bien en el mundo.

—¿Cómo se deletrea “veritas”? —preguntó Sabrina sin levantar la mirada.

—No importa —dijo Damien tensamente—, si *nosotros* no lo sabemos, *nadie* lo sabrá.

—¿Cuál es el plan? —preguntó James, dejándose caer en una silla cercana.

Noah miró a Rose, después otra vez a James.

—Creemos que es mejor que no lo sepas. Por ahora.

—Nos lo agradecerás después, James —estuvo de acuerdo Rose.

—¿Qué? —dijo James, frunciendo el ceño—. ¿Por qué demonios no debería saberlo?

—Confía en nosotros, James —dijo Petra—. Será mucho mejor que puedas reclamar ignorancia honestamente.

—Eso es lo que dijo Ted en el debate del año pasado —gruñó James. Abrió la boca para seguir protestando, pero un súbito cambio en la atmósfera le distrajo. Alguien más había entrado en la sala común. James se volvió para ver quién era.

Scorpius Malfoy trepó torpemente a través del agujero del retrato, consiguiendo que su ropa se quedara enganchada en los ladrillos irregulares. Se enderezó y tiró de su túnica, irritado. Finalmente, se giró y entró en la habitación, con la cara pálida y sombría.

—Arcaico —arrastró las palabras—. Qué perfectamente impredecible. Esperaba que estuviéramos asando malvaviscos en la chimenea y cantando alegramente canciones hasta la medianoche, ¿no? Tal vez alguien podría señalarme la dirección de los dormitorios.

—Por allí —respondió Graham, lanzando un pulgar sobre el hombro—. Por esas escaleras, Malfoy. Te guardaremos un malvavisco.

James observó a Scorpius alzar su cartera y atravesar el salón, pasando entre los

estudiantes repentinamente silenciosos que llenaban la habitación. Hugo Paulson, un enorme alumno de séptimo, estaba tumbado en una silla de respaldo alto con las piernas estiradas ante él, bloqueando el camino de Scorpius. Scorpius se detuvo, esperando a que Hugo se moviera. Hugo fingió no reparar en Malfoy a la primera. Sonrió y movió las piernas. Scorpius puso los ojos en blanco y continuó.

James sabía que debía advertir a Scorpius, pero no pudo obligarse a hacerlo. El resto de los Gryffindors observaron con ojos brillantes y ávidos como el chico pálido fruncía el ceño una vez más sobre su hombro, y después desaparecía en la penumbra de las escaleras.

Llegó al cuarto escalón antes de que sonara la alarma. Los escalones se aplanaron, transformándose en un áspero tobogán de piedra. Scorpius luchó por permanecer sobre la superficie lisa, pero no sirvió de nada. Se deslizó hacia abajo de vuelta a la sala común y se estrelló contra el suelo. Hubo un rugido de risa. Hugo se levantó de un salto, rebuznando ruidosamente, y agarró el hombro de Scorpius, alzándole de un tirón.

—El viejo cambiazo del dormitorio de las chicas. De verdad tendríamos que tener carteles, ¿verdad? Solo ha sido una broma, Malfoy —anunció Hugo, palmeando la espalda del chico—. Teníamos que iniciarte de algún modo, ¿no?

Scorpius recuperó su cartera y lanzó una mirada de fría furia a Graham. Sin una palabra, volvió a cruzar la habitación hacia las escaleras opuestas.

—Eso ha sido mezquino —dijo Rose suavemente después de que Scorpius se hubo marchado.

—Se lo tomó mejor de lo que yo esperaba, en realidad —comentó Noah—. Conociendo a los de su clase, habría pensado que lanzaría a alguien un *Avada Kedavra* solo por rencor.

—Probablemente está lanzando maldiciones *Cruciatus* sobre alguna araña ahora mismo —replicó Graham.

—Dejadlo, todos —dijo Petra—. Sois tan malos como ellos. Debe haber una muy buena razón para que el Sombrero Seleccionador le mandara aquí. Démole la oportunidad de probarlo.

—Era solo una broma, Petra —masculló Graham—. Hugo me jugaba una peor al menos una vez a la semana el año pasado.

Gradualmente, el barboteo de voces volvió a la habitación. Damien y Sabrina volvieron a su extraño y apresurado trabajo. Rose se inclinó hacia James.

—¿Crees que Petra tiene razón? —preguntó quedamente—. ¿Crees que él pertenece realmente a Gryffindor?

James volvió a pensar en el año pasado cuando Ralph había sido seleccionado en Slytherin. James había estado seguro de que se había cometido un error. Ahora, sabiendo más sobre Ralph, veía que el Sombrero podía haber hecho lo mejor después de todo.

Respondió a Rose.

—Hagrid dice que el Sombrero sabe lo que hace. Quiero decir, que no puedes engañar al Sombrero Seleccionador, ¿verdad?

Rose no parecía convencida.

—Alguien engañó al Cáliz de Fuego, en tiempos de tu padre. Todo es posible.

—¿Pero por qué iba a querer él venir a Gryffindor?

Rose se encogió de hombros.

—Solo espero que sea realmente auténtico. Porque si no, las cosas se van a poner muy feas. Especialmente después de esta noche.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó James suspicazmente.

Rose le ignoró.

—¿Por qué no subes y compruebas como está?

—¡Caray, Rose! Primero la prima Lucy me recuerda que debo cuidar a Albus, ¿y ahora tú quieras que haga de niñera a Scorpius-sanguinario-Malfoy?

—Solo hazlo, James. Para cuando vuelvas, apuesto a que Damien y Sabrina habrán acabado y será hora de marcharnos.

—Diantre —dijo James, poniéndose en pie—. Hasta ahora nunca habría supuesto que te gustaban del tipo “chico malo”.

—Él no me *gusta*. —Rose frunció el ceño—. Solo asegúrate de que esté ocupado ahí arriba un rato, ¿vale?

James gruñó para sí mismo mientras cruzaba hasta las escaleras del dormitorio de los chicos.

—Soy solo James. No me aturdas ni nada —gritó hacia arriba mientras subía los escalones. Para su sorpresa, encontró a Scorpius en el dormitorio de los de segundo en vez de en el de los de primero—. ¡Oye! ¡Esa es mi cama!

James se detuvo en la parte superior de la escalera, inmóvil. Scorpius había empujado descuidadamente a un lado el baúl de James y había puesto su propio baúl al pie de la cama. Le dirigió una mirada despectiva mientras desempacaba sus cosas.

—¿De veras? —replicó Scorpius indolentemente—. No he visto tu nombre en ella.

—Es un hecho, como sabes endemoniadamente bien —exclamó James—. ¡Lo tallé justo ahí en el cabecero tan claro como está la nariz en tu pastosa cara blanca!

—¿Dónde? —dijo Scorpius, entrecerrando los ojos hacia el cabecero. Sacó la varita de su túnica y apuntó perezosamente con la muñeca. Un destello de luz púrpura estalló hacia la cabecera de la cama. Cuando desapareció, el nombre de James se había desvanecido, enterrado bajo la fea marca negra de una quemadura—. Yo no lo veo. Tal vez estás un poco confuso.

Scorpius se giró, mirando por la habitación. Señaló de nuevo con su varita, produciendo otro fogonazo de luz púrpura.

—Ahí —dijo, volviéndose otra vez hacia su baúl—. Ahora *esa* cama tiene tu nombre. ¿Contento?

James se acercó a la cama del lado opuesto de la habitación. Brillantes letras púrpuras

estaban talladas a través del cabecero. En una caligrafía gótica, decían “ESTÚPIDO POTTER LLORICA”.

—Mira, no puedes... —empezó James, después se detuvo, inclinándose hacia las letras—. ¿Y cómo has hecho eso? ¡Fue un hechizo no verbal!

—¿Así mejor? —preguntó Scorpius, apuntando la varita una vez más—. *Mobiliarcha*.

El baúl de James cruzó disparado el suelo, apenas evitando sus piernas. Golpeó la cama y se abrió, medio eructando las cosas de James. Scorpius sonrió burlonamente mientras levitaba sus libros fuera de su propio baúl. Los hizo flotar pulcramente hasta el antepecho de la ventana.

James balbuceó.

—Mira, Malfoy, ¡este ni siquiera es tu dormitorio! ¡Eres de primero! ¡No puedes mudarte aquí sin más cuando quieras!

—Parece que el dormitorio de primero está inusualmente lleno este año —replicó Malfoy sin mirar a James—. Mis compañeros de primer año Gryffindors me informaron que tendría que encontrar alojamiento en alguna otra parte. Francamente, no me importa donde me hospede en esta primitiva torre, pero si el que esté aquí te molesta, entonces creo que me quedaré. Si no te gusta, habla con el director. Es colega tuyo, después de todo, ¿no?

—Solo te están dando cuerda, imbécil —exclamó James a la desesperada.

—¿Ya es la hora de las canciones? —preguntó Scorpius mirando finalmente a James y guardando su varita—. ¿O has venido a ver como deshace las maletas un mago?

James giró sobre sus talones y bajó airadamente las escaleras.

—Si lo que tenéis en mente tiene algo que ver con Malfoy —dijo mientras se volvía a dejar caer en la silla cerca de la mesa—, probablemente sea demasiado amable.

—Ese es el espíritu —replicó Damien sin levantar la mirada de su pergamo. James se asomó a él. Podía ver que Damien y Sabrina estaban dibujando algo, pero estaba cubierto de flechas, garabatos geométricos y notas emborronadas.

—Podemos agradecer esto al viejo profesor Cara de Piedra —sonrió Noah—. ¿Quién dijo que la Tecnomancia no tenía aplicaciones prácticas? Vamos, ya es hora.



—Si todavía tuviéramos la capa de tu padre, no necesitaríamos un vigía —explicó Damien razonablemente—. Pero ya que no la tenemos, ese es tu trabajo.

Sabrina saltaba virtualmente de excitación. La pluma de su espeso cabello se

bamboleaba.

—Voy a bajar al rellano —anunció quedamente—. Seguidme tan pronto como podáis. Tengo que hacer la parte escrita.

Damien asintió con la cabeza. Noah, Rose, Petra y Sabrina se lanzaron a bajar las escaleras del final del pasillo.

James suspiró.

—Vale, soy el vigía. ¿Qué se supone que tengo que hacer si viene alguien?

—De acuerdo, esta es tu historia: ibas al baño y te perdiste —replicó Damien—. Finge que te duele el costado por ir corriendo o algo así. Gime mucho, realmente alto. Te oiremos y sabremos que viene alguien.

James estaba consternado.

—¡Eso está mal a muchísimos niveles! ¡Sobre todo por una razón, soy de segundo! ¿Cómo voy a perderme de camino al baño?

—Utiliza tu imaginación —dijo Damien blandamente—. Tal vez tenías tantas ganas que delirabas o algo. Pero asegúrate de gemir realmente alto para que podamos oírte.

James abrió la boca para protestar, pero Damien ya estaba trotando escaleras abajo tan ligeramente como podía. Resignándose a su tarea, James se apoyó contra la pared y vigiló. Todavía no sabía lo que tramaban los Gremlins, pero sabía que tenía algo que ver con la nueva ventana de Heracles. Eso era lo que había querido decir Rose cuando había dicho que no podrían haberlo hecho sin él. Él había roto esa ventana el año pasado, empujando a un intruso muggle a través de ella durante una persecución a medianoche. Filch se había quejado de que no había forma de reemplazar la ventana, y había tenido razón. Afortunadamente, para eso estaba la magia, no era necesario fabricar un duplicado perfecto. La escuela se había hecho simplemente con un tipo de ventana de cristal tintado con el cristal mágicamente impreso. Petra había explicado que la ventana podía ser encantada para que el cristal representara cualquier patrón deseado. Filch, siendo como era bastante tradicional, se había ocupado de que la ventana representara a la vieja ventana Heracles incluso en la grieta del dedo meñique derecho de Heracles.

James decidió echar un vistazo a lo que hacían los Gremlins en la ventana. Cuidadosamente, se enderezó y se puso de puntillas al borde de la escalera. Podía oír a Sabrina y Damien susurrando animadamente, pero no consiguió ver nada. James dio la vuelta para volver a su escondite y se dio de bruces con la barba de Merlín.

—¡Caray! —espetó James, retrocediendo—. ¿Qué está intentando hacer acercándose así a hurtadillas?

La cara de Merlín estaba tan impasible como siempre.

—¿Debo asumir que cumple usted con la tarea de centinela, señor Potter?

James se desinfló.

—¿Lo hacía hasta que me di en plena cara con una barba? ¿Qué es esa cosa que se pone en ella? Huele como eso que utiliza mamá para limpiar los cacharros de la cocina.

—No tema, señor Potter. Aseguraré a cualquiera que pregunte que está usted

positivamente aquejado de problemas intestinales. He venido a pedirle un favor. No tiene que hacerlo, pero si lo hace, consideraré el compensar esos puntos deducidos a su casa.

James se frotó la cara, estremeciéndose, intentando librarse del aceite de la barba de Merlín.

—Sí, claro, ¿qué tiene en mente?

—Necesito que convenza al señor Deedle y a una tercera persona de su elección para ayudar a recuperar algunos artículos para mi oficina. Son esenciales para mi trabajo, pero requiere algo de ayuda el adquirirlos. Podríamos decir que han estado almacenados durante algún tiempo.

—¿Como mil años o así? —replicó James, sintiéndose envalentonado—. No sabía que hubiera guardamuebles de alquiler desde hacía tanto. ¿Cómo sabe que sus cosas todavía están allí?

—Eso es cosa mía, señor Potter, no suya. ¿Puedo contar con su ayuda?

—No parece que nos necesite —masculló James—. ¿Por qué no hace que le ayude alguno de los demás profesores?

—Porque soy un hombre cauteloso —respondió Merlín, sonriendo ligeramente—. Preferiría mantener mi inventario en privado, ya que hay quien podría cuestionar los orígenes de algunas de mis herramientas. Por esto les he escogido específicamente a usted y al señor Deedle. Ustedes dos han probado, tal vez en exceso, que saben cómo guardar un secreto.

—¿Así que podré recuperar diez puntos para Gryffindor si le ayudo a conseguir sus cosas? Parece bastante justo. Supongo que el trato solo sirve si no le contamos nada a nadie, ¿no? —dijo James, levantando la mirada hacia el gran hombre.

Merlín asintió con la cabeza.

—Además, debe escoger a su tercer ayudante cuidadosamente. Saldremos mañana por la tarde. Encuéntrese conmigo en la entrada de la vieja rotonda, y estén preparados para caminar.

Merlín se giró para marcharse, con su gran túnica balanceándose a su alrededor.

—Eh, ¿director? —llamó James, manteniendo la voz baja para no alertar a los Gremlins del descansillo de abajo. Merlín se detuvo y se giró a medias hacia James, arqueando una ceja. James preguntó—. ¿Alguna señal del borley?

Merlín sacudió la cabeza.

—Pero no tema, señor Potter. Tengo buenas razones para creer que no ha acabado con usted. Se dejará ver en su debido momento. Tal vez la próxima vez, estará usted mejor equipado para tratar con él.

Un momento después, el gran hombre había desaparecido, fundiéndose de algún modo con las sombras del pasillo, sus pisadas no hacían ningún ruido en absoluto. Había algo definitivamente espeluznante en el viejo mago. Parecía cargar con una sensación de naturaleza salvaje y aire nocturno, incluso dentro de las paredes de la

escuela. Obviamente, Merlín tenía formas secretas de saber lo que estaba pasando entre estos muros. Después de todo, había sabido exactamente dónde encontrar a James y qué estaba tramando. A James se le ocurrió que probablemente sería todo un desafío pasar inadvertido para Merlín incluso con la Capa Invisible.

Al poco rato, los Gremlins volvieron a subir de puntillas las escaleras. Rose fue la última, y se cubría la boca para ahogar una risita.

Mientras se dirigían de regreso a la sala común Gryffindor, Petra preguntó:

—¿Has visto a alguien, James?

James la miró fijamente, considerándolo. Después de un momento, sacudió la cabeza.

—Nadie a quien valga la pena mencionar.

Fue lo más cercano a la verdad que se le ocurrió.

A la mañana siguiente, cuando bajaba a trompicones las escaleras para desayunar, se vio detenido por una ruidosa multitud apiñada alrededor del rellano. Filch estaba de pie en medio, mirando hacia la ventana. Sus mejillas eran de un rojo vívido y sus cejas trabajaban furiosamente. James podía ver la ventana Heracles claramente desde su posición aventajada a mitad del tramo de escaleras. La imagen de Heracles había desaparecido. En su lugar había una representación bastante buena de Salazar Slytherin. Extrañamente, parecía estar sonriendo estúpidamente y bajando por un camino sinuoso. Iba cogido del brazo con un chico de cabello oscuro alborotado: Albus. Un estandarte flotaba sobre sus cabezas con las palabras “¡HECHOS EL UNO PARA EL OTRO?”. Peor aún, detrás de ellos, yaciendo afligido en medio del camino, había un chico pálido de rasgos afilados y cabello rubio platino. La caricatura de Scorpius tenía un globo de diálogo saliendo de la boca. Se leía “¡VERITAS, SALAZAR! ¡MIRA COMO ME HAS ROTO EL CORAZÓN!”.

—Es una frase de un soneto de amor mágico clásico —dijo Damien con aire satisfecho mientras se acercaba a James—. Probablemente solo lo captará uno de cada diez, pero a mí en cierta forma me atrae.

—Que cerebrito eres, Damien —dijo Sabrina afectuosamente.



El sol presidía una tarde excepcionalmente cálida cuando James se encontró con Ralph cerca del gran arco de la vieja rotonda. Rayos de luz dorada formaban bandas sobre el suelo de mármol y subían parcialmente por los restos de las estatuas de los fundadores originales. Nada excepto sus pies y parte de sus piernas quedaban tras todos

esos años. Los trozos rotos estaban lisos por el desgaste de siglos de manos curiosas.

—Ya viene —dijo James mientras trotaba hasta detenerse cerca de su amigo—. Le lleva un montón estar lista. ¿Qué pasa con las chicas y eso de estar listas?

Ralph se encogió de hombros.

—Fiera Hutchins dice que a las chicas les lleva más tiempo estar listas porque tienen realmente que prepararse. Dice que los chicos simplemente se aplastan el pelo con saliva, se ponen algo de colonia y ya lo llaman estar listos.

—¿Y qué hay de malo en eso? —masculló James.

Rose se aproximó a ellos desde atrás. Se la veía genial y, James tuvo que admitirlo, mucho más preparada de lo que estaba él.

—Te *dije* que iba justo detrás de ti —le amonestó.

—¿Que hay en la bolsa? —preguntó Ralph, señalando con la cabeza a la pequeña cartera que colgaba del hombro de Rose.

—Veamos —dijo Rose, inclinando la cadera—. Mi varita, algo de agua, unas pocas galletas, un encantamiento repelente-de-bichos, un cuchillo de campo, un par de omniculares, un par extra de calcetines y unas gafas de sol. —Miró una y otra vez a Ralph y James—. ¿Qué? ¡Dijiste que viniera preparada para una caminata!

James sacudió la cabeza.

—¿Cómo puedes parecerme *tanto* a tu madre y a tu padre al mismo tiempo?

—Cuestión de suerte, supongo —resopló Rose.

—¿Se supone que teníamos que estar listos para una caminata? —preguntó Ralph, frunciendo el ceño—. ¿Eso es algo así como senderismo?

James se puso en marcha a través del suelo de la rotonda.

—Vamos, Merlín dijo que se encontraría con nosotros en la entrada, y cuando da órdenes, las da en *serio*.

—Ni siquiera tengo zapatos de senderismo *apropiados* —se lamentó Ralph, siguiéndole.

Los tres salieron a la calidez de la tarde. Hubo un tiempo, hacía siglos, en que la entrada de la rotonda había sido la entrada principal al castillo de Hogwarts. Ahora estaba virtualmente en desuso. El pórtico estaba casi siempre abierto, mirando hacia los largos campos de rastrojos y brezos, que terminaban en el Bosque.

—Son escalofriantes —dijo Rose, volviendo la mirada a la penumbra de la rotonda y los restos de las estatuas—. Deben haber sido enormes antes de que se rompieran. ¿Qué les habrá ocurrido?

—¿Las estatuas de los fundadores? —replicó James—. Fueron destruidas. Hace mucho tiempo. En una batalla o algo.

—No lo sabes, ¿verdad? —desafió Rose, alzando las cejas.

James no lo sabía, pero no iba a admitirlo. Fingió buscar a Merlín.

Ralph frunció el ceño pensativamente.

—Me pregunto qué ocurrió con los pedazos. ¿Creéis que todavía están por ahí,

guardados en algún sótano o algo parecido?

—No me sorprendería —estuvo de acuerdo Rose—. Aquí hay espacio suficiente para guardar de todo. Dicen que los propios fundadores están enterrados aquí en alguna parte, aunque nadie sabe dónde. Todos excepto Salazar Slytherin.

Ralph parpadeó hacia ella.

—¿Por qué él no está enterrado aquí?

—Creí que habías dicho que habías leído *Hogwarts: Una Historia*.

Ralph se giró hacia James.

—¿Siempre es así? Si la respuesta es sí, recuérdame no preguntarle nunca nada más.

—No está enterrado aquí —respondió James—, porque tuvo una gran pelea con los demás fundadores y le echaron a patadas de la escuela.

Ralph hizo una mueca.

—Probablemente no quiera saber por qué fue, ¿verdad?

—Estoy seguro de que puedes suponerlo —replicó James—. Menos mal que los tiempos han cambiado, ¿eh?

—Los tiempos nunca cambian —dijo una voz profunda. James levantó la mirada y vio a Merlín subiendo los escalones desde el campo de abajo—. Pero la gente sí. Saludos, amigos míos. ¿Listos para emprender la marcha?

—Si eso quiere decir que si estamos listos para caminar —dijo Ralph tentativamente—, no estoy seguro de estar preparado para responder a eso.

Merlín se giró en los escalones y empezó a descenderlos nuevamente hasta los hierbajos de abajo. James miró a Rose y Ralph, después se encogió de hombros y echó a correr escaleras abajo.

—¿Entonces cómo vamos a llegar allí, director? —llamó Rose—. ¿Traslador? ¿Escoba? ¿Aparición compartida?

—Creí que el señor Potter ya les habría informado —replicó Merlín sin mirar atrás—. Vamos a caminar.

—¿Todo el camino? —dijo Ralph, tropezando inesperadamente con un parche de brezo.

Merlín parecía estar divirtiéndose.

—Se hará más fácil a medida que avancemos, señor Deedle. En mis días... y tengo que admitir que esos días fueron hace mucho tiempo, ciertamente... la gente caminaba virtualmente a todas partes. Es bueno para las brujas y los magos moverse en la naturaleza. Nos recuerda quienes somos.

—Yo sé quien soy —gruñó Ralph—. Soy un tipo con zapatos feos y preferencia por la comida que viene envuelta.

Alcanzaron el borde del Bosque y Merlín entró en él sin interrumpir la zancada. No había camino, pero él parecía saber donde pisaba. Apenas hacía más ruido que el de una pisada o el doblar de un tallo de hierba. James se detuvo un momento en la linde del bosque. Merlín no había desacelerado y James sabía que si no se daba prisa perdería

rápidamente al gran mago en la densidad de los árboles. Se lanzó tras él, intentando igualar las gigantescas zancadas de Merlín tan bien como podía.

—Esperad un minuto —llamó Rose, arrancándose pelotillas espinosas de los vaqueros mientras caminaba—. No todos nosotros podemos comunicarnos como uno con la naturaleza y todo eso.

Mientras progresaban, sin embargo, James notó algo extraño. De algún modo sutil, *parecía* estar conectando con los bosques que le rodeaban. Era como si el Bosque se fundiera con Merlín cuando éste se movía, abriéndose para él y cerrándose otra vez a su paso. Si James, Ralph y Rose se mantenían lo bastante cerca, viajaban a la estela de esa apertura. Las zarzas se apartaban de ellos, las corrientes se aquietaban, secando piedras para que pasaran, e incluso la hierba se aplanaba, suavizando el suelo para sus pies. Ninguna rama les arañaba a pesar de que los bosques eran excesivamente densos. Incluso la enrojecida luz solar parecía preceder su camino a través de las espesas copas de los árboles, trazando un sendero de luz para ellos.

—Oye, James —dijo Ralph quedamente—, ¿cuánto crees que hemos avanzado?

—Solo llevamos media hora o así —replicó James, levantando la mirada al sol—. No podemos haber llegado mucho más lejos de Hogsmeade, dependiendo de qué dirección estemos siguiendo. Es difícil de decir, ¿verdad?

Ralph asintió.

—Sí, lo es. Juro que parece como si lleváramos caminando solo unos pocos minutos y alrededor de una semana al mismo tiempo.

—La mente te engaña —dijo Rose—. Pasa en los viajes largos. La monotonía te puede. Probablemente apenas hayamos perdido de vista el castillo. Si al menos los árboles se espaciaran un poco.

Mientras Rose hablaba, Merlín entró en un haz de luz naranja. James entrecerró los ojos mientras avanzaba, entonces jadeó, deteniéndose y estirando las manos para detener a Ralph y Rose. Estos le golpearon por detrás.

—Oye —replicó Rose, dejando caer su cartera—, ¿cuál es la gran...?

Su voz se desvaneció cuando levantó la mirada. Una puesta de sol cegadoramente hermosa llenaba la vista ante ellos, resplandeciendo con naranjas, rosas y profundos tonos de lavanda, pero eso era solo la mitad. A cinco metros por delante de los pies de James, la tierra pedregosa caía, zambulléndose vertiginosamente hasta una playa rocosa golpeada por el oleaje. Una neblina era llevada por el viento, humedeciendo sus caras y mojando sus pestañas.

—¿Es eso el océano? —preguntó Rose sin aliento—. ¡Es imposible!

Una voz les llamó claramente. James arrancó los ojos de la visión que había bajo ellos y vio a Merlín a cierta distancia. Estaba de pie sobre el estrecho camino que atravesaba la cima del acantilado. Hacía gestos con las manos para que le siguieran. Después de unos pocos momentos de terror, lo hicieron.

El rugido del océano y el azote del viento llenaban sus oídos mientras bordeaban el

acantilado, alcanzando a Merlín. Mientras todavía estaban algo lejos de él, Rose se deslizó junto a James.

Manteniendo la voz baja, dijo:

—James, ¿por qué me pediste a mí que viniera a este viaje?

—Es fácil —replicó James, avanzando tan rápidamente como podía sobre el camino accidentado a lo largo del acantilado—. Tenía que escoger a alguien que pudiera guardar un secreto. Además, sabía que tenías algunas dudas sobre Merlín. Quería que le vieras de cerca y personalmente.

—Tengo que decirte que por ahora, no me siento mucho mejor respecto a él —le confió Rose—. De algún modo, nos ha hecho caminar alrededor de cien kilómetros en media hora. Pero aún así, tengo que preguntar, James: ¿por qué no le pediste a *Albus* que viniera?

James miró a Rose sobre el hombro.

—No sé. Tú fuiste la primera persona en la que pensé.

—Solo es que creo que resulta curioso, eso es todo.

Ralph los había alcanzado.

—¿Y por qué me pediste a *mí* que viniera? —preguntó, jadeando un poco.

—Merlín te solicitó a ti específicamente, Ralph. Dijo que sabía que tú y yo éramos buenos guardando secretos.

Rose frunció el ceño.

—Me gustaría saber de *quién* está protegiendo esos secretos.

—Chist —siseó James mientras se acercaban a Merlín.

Éste se había detenido en la cima de un promontorio pronunciado y rocoso. Cuando los tres treparon para encontrarse con él, comprendieron que estaban en el extremo de una estrecha península. Solo cuando se unieron a Merlín en lo alto vieron que la península se extendía ante ellos, formando un puente natural sobre el oleaje que chocaba muy abajo. La península era apenas más amplia que un camino, con una caída a plomo a ambos lados. En el extremo, conectaba con un enorme monolito escarpado, casi del mismo tamaño y forma que una torre de Hogwarts. La parte alta parecía apenas plana y estaba cubierta de hierba agitada por el viento.

—No vamos a ir por ahí —declaró Ralph rotundamente—. Quiero decir, ¿no vamos a hacerlo, verdad? Eso sería una absoluta locura.

Cuando terminaba de hablar, Merlín avanzó sobre el camino pedregoso.

—Seguidme atentamente, amigos míos. Es menos peligroso de lo que parece, pero no inofensivo. Os cogeré si caéis, pero intentemos evitar esa necesidad.

Afortunadamente, James no temía particularmente a las alturas. Manteniendo los ojos en el hombre grande que recorría a zancadas la estrecha vértebra de tierra, James avanzó siguiéndole.

—Oh, demonios —masculló Ralph tras él, su voz casi se perdió en el azote salado del viento.

En realidad fue bastante excitante, y en cierto modo aterrador y frívolo. El viento cambiaba intranquilamente, tirando de las mangas y perneras de James. Sabía que no debía mirar hacia abajo, y aún así no podía evitar estudiar el camino, buscando los asideros más firmes. Ocasionalmente, James vio indicios de empedrado y grandes ladrillos incrustados en el camino, como si este hubiera sido reforzado en un distante pasado, tal vez repetidamente. Rastrojos secos crecían espaciados entre las rocas, siseando al incesante y tornadizo viento. En ambos lados, el oleaje palpitaba y se alzaba contra las rocas de muy abajo.

—Esto es una locura —gritó Ralph con una voz aguda y vacilante—. ¿Qué hacemos si nos caemos por un lado? ¿Gritar: “Oh, director, he caído en picado por el lado derecho, un poco de ayuda no vendría mal”?

James pensó en como Merlín le habían encontrado la noche antes y en cómo había sabido exactamente qué estaba haciendo.

—Creo que tiene formas de saber que está pasando. No te preocupes, Ralph.

Rose, directamente detrás de James, dijo:

—Eso es fabulosamente tranquilizador.

Finalmente, el camino empezó a ampliarse. Los acantilados se oscurecieron mientras caminaban a través de una especie de portón formado por un amasijo de rocas desgastadas y desmoronadas. James se permitió al fin mirar alrededor cuando entraban en el claro, sobre el monstruoso monolito. Estaba sin duda cubierto de larga hierba y pasto, pero no era completamente llano. En su lugar, tenía vagamente una forma de sifón, hundiéndose hasta una depresión oculta en el medio. Merlín estaba de pie en un estrecho camino que conducía hasta el centro.

—Excitante —gritó con entusiasmo. Parecía desagradablemente feliz, su capa batía libremente contra sus piernas y su barba flotaba al viento.

—En realidad —respondió James—, ¡sí que lo fue!

Rose y Ralph los alcanzaron y se reunieron detrás del mago.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Ralph, apartándose con los dedos el cabello de los ojos.

Merlín se giró y miró al centro de la meseta, que se hundía desapareciendo de la vista.

—Hemos llegado. Vigilad vuestros pasos a partir de este punto. Se vuelve un poco traicionero.

—Oh, bien —masculló Ralph impotente.

—Anímate, Ralph —dijo Rose, recogiéndose el cabello con un pequeño trozo de cinta—. Esta es la mejor aventura que nunca podrás contar a nadie.

—No sé por qué todo el mundo parece creer que me gustan las aventuras. Ni siquiera he *leído* nunca historias de aventuras.

—Permaneced cerca —dijo de nuevo Merlín mientras empezaba a descender por el camino.

A medida que los cuatro se abrían paso hacia el centro del embudo de la meseta, la hierba seca comenzó a ceder terreno. James se detuvo un momento cuando la auténtica naturaleza del monolito se hizo patente. El centro se volvía más y más pronunciado, cayendo profundamente en un pozo natural de quince metros de diámetro. El camino dio paso a enormes escalones de piedra, y después a una estrecha escalera excavada en el interior del pozo. Las escaleras eran obviamente antiguas, redondeadas y resbaladizas por el moho. El corazón del pozo estaba lleno de agua del océano, girando, y entrando y saliendo por cientos de fisuras desgastadas a través de la piedra. El retumbar de las olas era casi ensordecedor.

Finalmente, justo sobre el nivel del oleaje, las escaleras se encontraban con una gran cueva. Merlín los condujo a los tres a la penumbra. Se detuvo y golpeó con su báculo el suelo rocoso, iluminándolo. Una luz purpúrea llenó el espacio, produciendo duras sombras en cada peñasco y grieta.

—Bonito escondrijo —dijo James, silbando.

—Seguro sí que es —estuvo de acuerdo Rose—, considerando que está bajo el agua la mitad del día. Ahora mismo la marea está a medias.

—¿Es ahí donde esconde sus cosas? —preguntó Ralph, señalando hacia un gran agujero con forma de portal en la pared trasera de la cueva—. Hay algo escrito sobre la puerta, pero no puedo leerlo.

Rose miró fijamente, acercándose más.

—Es galés, ¿no?

—Es una vieja forma de lo que vosotros llamaríais galés, supongo —dijo Merlín, aproximándose a la abertura—. Traducido por encima, se lee “Este es el almacén oculto de Merlinus Ambrosius; no entrar bajo pena de muerte”.

Ralph entrecerró los ojos hacia las letras apenas legibles.

—A la porra los acertijos y las contraseñas mágicas.

—Yo no creo en jugar con las vidas de los buscadores de tesoros —replicó Merlín—. La mención de mi nombre era suficiente repelente para los que llegaban tan lejos. Los que se aventuran más allá merecen una justa advertencia.

—¿No hay algún tipo de llave o algo? —preguntó Rose.

—No, señorita Weasley. La cuestión no es *entrar*. De hecho, es todo lo contrario. Por eso usted y el señor Deedle esperarán aquí.

Ralph se animó.

—Esa es la primera buena noticia que he tenido desde que empecé este viaje. ¿Pero por qué?

—Su varita es un fragmento de mi báculo. —Merlín sonrió de forma algo desagradable—. Además es el único otro instrumento mágico en la faz de la tierra que puede revertir la entrada.

Ralph asintió, ondeando la mano.

—Suficiente para mí. Solo dígame qué hacer cuando llegue el momento. Feliz

expedición subterránea.

Rose preguntó:

—¿Y qué hay de mí?

Merlín sacó algo de las profundidades de su túnica y se lo ofreció. Era un pequeño espejo con un marco dorado ornamentado.

—¿Sabe cómo hacer un Rayo Occido?

James vio a Rose luchar por no poner los ojos en blanco.

—Sé como reflejar la luz del sol con un espejo, sí.

Merlín asintió y miró a James.

—Sígame, señor Potter, y permanezca cerca.

Con eso, se giró y atravesó el umbral. Su báculo iluminaba el interior de la caverna con su luz púrpura. James miró a Ralph y Rose, se encogió de hombros, y siguió a Merlín al interior de la cueva.

Inmediatamente, sus pisadas crujieron desagradablemente.

—¡Ugh! —exclamó—. ¡Huesos!

El suelo estaba pesadamente cubierto de diminutos esqueletos. Los restos de pájaros, peces y roedores se apilaban con varios centímetros de profundidad. Merlín no les prestó ninguna atención.

—Un desafortunado coste —dijo, adentrándose más profundamente en la caverna—. La piedra de un “solo sentido” es bastante inclemente. Mis antiguas advertencias son menos efectivas ahora de lo que eran hace unos pocos siglos.

—¿Puso advertencias para los pájaros y las ratas? —preguntó James.

Merlín volvió la mirada hacia él.

—Por supuesto, señor Potter. Las criaturas no entran para robar, sino simplemente en busca de refugio y comida. Incrusté un *maleficio de miedo* en la piedra de este lugar. Les decía a las mentes pequeñas que no había nada bueno que encontrar aquí, y que se mantuvieran alejadas. Sin embargo, subestimé la longevidad de esos maleficios. No me alegra ser responsable de la pérdida de estas criaturas. Compensaré a la tierra por su sacrificio.

—¿Qué quiere decir con piedra de un solo sentido? —preguntó James, pero cuando se volvió a girar hacia el umbral, lo vio por sí mismo. La entrada había desaparecido, reemplazada por áspera y lisa roca. A todas luces, James y Merlín estaban atrapados dentro de una cueva sellada. Se estremeció y abrazó a sí mismo, mirando alrededor del oscuro y escarpado espacio. Algo captó su atención.

—Hmm —dijo, intentando mantener la voz tranquila—, eso no es un pájaro ni una rata, ¿no?

Merlín siguió la mirada de James y vio un esqueleto humano apoyado contra un nicho oscuro. El esqueleto estaba envuelto en una áspera armadura. Una espada oxidada yacía cerca de su mano.

—Yo no me acercaría demasiado, señor Potter —advirtió Merlín suavemente cuando

James dio un paso hacia el esqueleto, morbosamente fascinado.

—Guau —jadeó James—, todavía hay anillos en los dedos. Y cabello en el cráneo.
¡Oh, hay restos de un mostacho! ¿Quién cree que...?

De repente el esqueleto se inclinó hacia adelante, alzando los brazos y ondeando los restos de la decrepita espada. James retrocedió de un salto, tropezando con Merlín.

—¡Vade retro! —chilló el esqueleto, ondeando los brazos y girando la cabeza—.
¡Revelaos u os atravesaré por diversión!

—No pasa nada, James —dijo Merlín secamente, ayudando a James a ponerse en pie—. Solo mantente alejado de él —y dirigiéndose al esqueleto dijo—: No puedes vernos porque no tienes ojos, Farrigan.

—¡Merlinus! —chilló el esqueleto—. ¿Dónde estás, hijo del demonio? ¿Cómo te atreves a retenerme?

—¿Cómo te atreviste tú a traspasar mi demarcación e intentar robar mi almacén, viejo amigo?

—¡Amigo, ja! —exclamó el esqueleto. Su quijada chirriaba al hablar—. Abandonaste el mundo. ¡Muerto! ¿De qué iba a servirte todo esto a ti?

—Esperabas que estuviera muerto, pero sabías que no era así. Mi almacén estaba destinado solo a mí, de cualquier modo. Austramaddux te informó bien de ello.

—Austramaddux es un perro miserable —gruñó el esqueleto de Farrigan—. Pondré su cabeza en mi pared por esta estratagema. ¿Y qué quieres decir con que no tengo ojos? Simplemente está oscuro. Ilumina tu báculo si eres Merlinus, maldito.

Merlín miró a James, con ojos duros.

—Será liberado de su vínculo con este mundo cuando nos marchemos. Es parte de la maldición que cae sobre cualquiera que se atreva a irrumpir en este lugar, que permanecerá aquí hasta mi retorno. Ahora que ha llegado el momento, la maldición terminará. ¿Puedes soportar esperar con él? Es bastante inofensivo mientras mantengas las distancias.

James miró al esqueleto. Recostado contra la pared, luchando por unir los huesos de su pierna y hacerlos trabajar. Mascullaba chillonamente para sí mismo. James tragó saliva.

—Sí, supongo. ¿Cuánto tardará?

—Minutos —replicó Merlín, después alzó la voz—. ¿Señorita Weasley, puede oírme?
La voz de Rose llegó claramente a través de la entrada invisible.

—Estoy aquí mismo. Estoy viéndole a través de la puerta. ¿Qué está pasando ahí?

—Nada importante. ¿Puede producir el Rayo Occido ahora? La luz decreciente debería encontrar su camino a través de la gran grieta a la izquierda de la boca de la cueva.

James oyó los pasos de Rose mientras se alejaba. Un momento después, un estrecho rayo de luz solar atravesaba el aire polvoriento de la caverna, penetrando por el umbral de la piedra de un sentido.

—Muy bien, señorita Weasley —dijo Merlín—. Un poco más arriba, por favor.

El rayo de sol penetró las profundidades de la cueva. Osciló y vagó mientras Merlín dirigía a Rose, alineando cuidadosamente el haz.

Finalmente, relampagueó sobre un brillante símbolo dorado en una pared lejana. Llameó brillantemente y de repente, de forma asombrosa, un largo cordón amarillo se desprendió del rayo de sol.

—Gracias, señorita Weasley —dijo Merlín, extendiendo el brazo para coger el extremo del cordón—. Lo ha hecho excepcionalmente bien. Hagan lo que hagan usted y el señor Deedle a partir de este punto, bajo ninguna circunstancia deben entrar en la caverna, a pesar de lo que oigan.

James sintió un escalofrío cuando Merlín se giró hacia él.

—Su tarea es muy simple, señor Potter, pero absolutamente esencial. Debe sostener el extremo de este cordón.

James tomó el cordón en sus manos cuando Merlín se lo ofreció. Era delgado, finamente tejido de brillantes hebras doradas.

—¿Todo lo que tengo que hacer es sostenerlo?

Merlín asintió con la cabeza, sosteniendo la mirada de James.

—Pero que quede claro, James Potter, mientras sostengas este cordón, sostienes mi vida en tus manos. No puedes soltarlo bajo ninguna circunstancia hasta que vuelva. ¿Entiendes?

James frunció el ceño, asombrado. Asintió con la cabeza. Sin otra palabra, Merlín se dio la vuelta y se adentró en las profundidades de la cueva, sujetando su báculo ante él. La cueva era aparentemente más profunda de lo que James había creído inicialmente. Cuando el mago se alejó lentamente, su báculo iluminó una caverna mucho más grande conectada con aquella en la que estaba James. El suelo era muy oscuro, casi negro. Extrañamente, Merlín estaba caminando sobre el cordón dorado, colocando cada pie cuidadosamente a lo largo de él. El cordón se estiraba hasta las profundidades de la caverna, desapareciendo en la oscuridad. Con un sobresalto, James vio que el suelo de la caverna mayor no era simplemente oscuro, como había pensado inicialmente. No existía en absoluto. Merlín estaba caminando solo sobre el cordón, suspendido sobre un abismo aparentemente sin fondo.

Se oyó un cloqueo seco y James miró hacia el esqueleto. Parecía estar riendo.

—Se ha marchado por su tesoro ¿eh? —dijo—. Te deja tirado, según creo. Compláceme con tu nombre, oh, demonio.

—No soy un demonio —dijo James—. Mi nombre es James.

—Ah, un magnífico nombre, sí. Dime, maese James, si no eres un sirviente demonio, ¿por qué sostienes el cordón del hijo del diablo?

James sacudió la cabeza. Sabía que no debía hablar con el patético Farrigan. Este rió entre dientes de nuevo, cansado, y dejó caer su espada. La hoja oxidada se rompió por la empuñadura y el esqueleto dejó escapar un gran suspiro, que hizo crujir sus costillas.

—He adivinado ya mi estado—dijo Farrigan—. Austramaddux tenía razón sobre la trampa. He estado aquí durante décadas, ¿no? Hace mucho que morí, estoy unido a esta tierra solo por la maldición de esa abominación. ¿Y por qué? No vine a robar, sino a destruir. ¿Puedes entender eso, oh, James, que sostienes el cordón de ese mismo hombre? Vine a terminar con esto de una vez por todas. Pero he fallado, y ahora está empezando. Menos mal que estoy muerto después de todo, y no lo veré, ¿verdad? —rió entre dientes.

La curiosidad de James ganó.

—¿El qué? ¿Qué empieza?

—No me digas que eres tan tonto como para estar ciego a las estratagemas de Merlín —replicó el esqueleto, girando la cabeza hacia el sonido de la voz de James—. Tú, que incluso ahora le ayudas a lograr sus objetivos. No me digas que no has oído hablar de la *maldición*, mi joven amigo.

—No sé de qué está hablando —respondió James—. Merlín no es quien usted cree que es. No sé lo que era en sus tiempos, pero ahora es diferente. Es bueno.

El esqueleto se lanzó hacia adelante, cacareando y palmeándose los muslos de hueso con las manos. Las articulaciones de los dedos se rompieron y estos se esparcieron entre los huesos de animales.

—Si crees eso, tal vez tu mundo merezca lo que va a pasarle.

—¿El qué? —preguntó James, sintiéndose simultáneamente temeroso y molesto.

El esqueleto de Farrigan dejó de cacarear. Retorció su cabeza hacia James de nuevo, con los ojos vacíos penetrantes.

—¿Cómo puedes no saber que la *puerta* se está abriendo? Merlinus ha desgarrado la cortina. Su retorno al mundo de los hombres es una fisura que conecta los reinos. Ciertas cosas han pasado a través, y ahora mismo andan sueltas entre los hombres.

—Los borleys —dijo James para sí mismo, considerándolo.

El esqueleto asintió.

—Pero eso no es todo. Ya llega. El Guardián. ¡El Centinela de los Mundos! Merlinus es su Embajador. ¡Estúpido! ¡Incluso ahora, sostienes el cordón en tus manos! ¡Suéltalo! ¡Tal vez la “puerta” todavía pueda ser cerrada! ¡Suelta el cordón y libra al mundo de la maldición, antes de que se complete! ¡No creas en mentiras! ¡Suéltalo y envíale a su merecida condena!

—No —dijo James, aferrando el cordón firmemente, como si sus dedos pudieran traicionarle. Miró a lo largo de la extensa longitud del cordón, pero ya no podía ver a Merlinus. No podía sentir ningún peso sobre el cordón. Sabía que no debía prestar atención al desquiciado esqueleto. Obviamente, Farrigan era un antiguo enemigo de Merlinus. Probablemente, había irrumpido en la caverna para saquear el almacén, como alegaba Merlín, y había quedado atrapado por la piedra de un sentido. El esqueleto estaba mintiendo. No había ninguna maldición. Y aún así...

¿Y si el esqueleto decía la verdad? James había sido el responsable de traer a Merlín

de vuelta al mundo, embaucado por la horrible Madame Delacroix y sus cómplices. Él, James, había sido consultado sobre si Merlín debía o no convertirse en el nuevo director de Hogwarts. Si había algo de verdad en lo que decía el esqueleto, sería por completo responsabilidad suya. Tal vez era el destino, entonces, el que había colocado el cordón en sus manos, el cordón que acabaría de nuevo con Merlín, deshaciendo todo lo que James había hecho sin querer. Tal vez esta era su única oportunidad de volver a arreglar las cosas.

—Siento tu lucha, muchacho —dijo el esqueleto quedamente—. Sabes cuál es tu deber, ¿verdad? Hazlo. No puede ser tan difícil. No requerirá ningún esfuerzo en absoluto. Simplemente suelta. Tus amigos esperan fuera, listos para sacarte de este lugar. Ellos no tienen que saber lo que ha sido del mago. Cuéntales simplemente que cayó y nada más. Sólo tú sabrás que has salvado al mundo. Hazlo ya. Mientras todavía puedas.

James miró de nuevo. Podía ver a Merlín ahora. Estaba volviendo a lo largo del cordón, con una pequeña caja en la mano, y su báculo alzado en la otra. El cordón estaba perfectamente inmóvil mientras el hombre grande pisaba en él. James aún no podía sentir la más ligera tensión en el cordón. Lo apretó entre las manos, pensando con fuerza. ¿Podía hacerlo? ¿Debía? ¿Alguna vez se le volvería a presentar semejante oportunidad?

—¡Hazlo, chico! —susurró de nuevo ásperamente el esqueleto de Farrigan, inclinándose hacia adelante—. ¡Cierra los ojos, no mires y suelta!

El cordón estaba resbaladizo en la mano sudada de James. Casi lo hizo. Sus dedos se sacudieron. Y entonces recordó algo que Merlín había dicho el año anterior, poco después de volver al mundo. *Tienes cierto talento para ver más allá de lo evidente, James Potter*, le había dicho. Había sido un cumplido, asumió James, y quería decir que no se le engañaba fácilmente. Por supuesto, Madame Delacroix le había engañado, pero eso había requerido la utilización cuidadosa de un muñeco vudú maldito. Merlín había insinuado que las palabras simplemente no bastaban para embauchar a James.

Pensando en eso, James se giró hacia el esqueleto una última vez.

—¿Cómo sé que me está diciendo la verdad?

El esqueleto pareció petardear.

—¡Lo sabes por la evidencia de tu propia alma! ¡Sientes la verdad de mis alegaciones! ¡Ahora deja caer el cordón! ¡Termina con ello!

James entrecerró los ojos.

—Sabe, no creo que lo haga. No sé cómo eran las cosas en sus tiempos, pero en mi mundo, no matamos a la gente solo porque alguien diga que son problemáticos.

—Entonces tu mundo merece su propia condena —replicó el esqueleto, volviendo a enroscarse contra la pared de la caverna—. Me lavo las manos contigo. El Aniquilador está en camino.

James decidió que era mejor no discutir con el esqueleto. Ahora que había tomado

una decisión, sabía que no serviría de nada. Miró a lo largo del cordón y vio que Merlín casi estaba de vuelta. Su cara todavía se mostraba sombría, pero había una chispa en sus ojos oscuros.

—Nuestra tarea ha sido completada, señor Potter —dijo mientras pisaba la piedra del suelo de la caverna—. Puede soltar el cordón. Ya no lo necesitaremos.

James dejó caer el cordón al suelo. Éste se alejó reptando y cayó silenciosamente al oscuro abismo. Suspirando, James miró al esqueleto, pero éste no se movió.

—Espero no oír nada más de él —dijo Merlín quedamente—. Ha hecho lo que le quedaba por hacer.

—¿Qué quiere decir? —dijo James, girándose hacia el mago—. ¿Por qué tenía que sujetar yo ese cordón?

—Confianza, señor Potter —replicó Merlín, sonriendo un poco pesarosamente—. Ese es un activo escaso entre aquellos cuyo corazón se inclina hacia el mal. Por eso la confianza es la prueba final antes de llegar a mi almacén.

—¿Usted sabía que él estaría aquí? —James señaló con la cabeza hacia el esqueleto.

—Él, o alguien como él. Su tarea es desafiar su confianza. Después de todo, no hay auténtica confianza si no hay duda.

James miró a la cara de Merlín.

—Casi lo solté —dijo quedamente—. Todo lo que tenía que hacer era sujetar el cordón, y casi dejé de hacerlo.

Merlín asintió gravemente.

—Hacer lo correcto casi siempre es simple, señor Potter. Pero nunca fácil.

No parecía haber nada más que decir. James y Merlín volvieron hasta la piedra áspera que enmascaraba la puerta oculta.

—Señor Deedle —llamó Merlín—, con perdón, querriámos salir.

James oyó la voz de Ralph claramente a través de la aparentemente impenetrable piedra, como si estuviera a solo unos pasos de distancia.

—Hmm, de acuerdo entonces. ¿Qué hago?

—Apunte su varita a la entrada y diga “*Braut Tir*”.

Hubo una pausa. James oyó a Ralph susurrar.

—¿Qué fue eso? ¡Me perdí el acento!

—Hazlo sin más, Ralph —jadeó Rose impacientemente—, están de pie aquí mismo. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Ralph pronunció el encantamiento. Hubo un ligero chasquido y la entrada de piedra apareció. La luz de la puesta de sol entró en la cueva. James parpadeó hacia Ralph y Rose mientras Merlín apagaba su báculo.

—¿Qué he hecho? —exclamó Ralph, dando un paso tambaleante hacia atrás—. ¡Los he sellado dentro! ¡La entrada ha desaparecido! —Hasta los ojos de Rose estaban bien abiertos de miedo.

—¿Qué os pasa a los dos? —preguntó James, atravesando el umbral con Merlín justo

detrás de él.

Los ojos de Ralph se abrieron aún más.

—Guau —dijo, con reverencia—. Es como si hubierais atravesado directamente una pared de piedra. ¿No estás, hum, muerto, verdad?

—Están bien, estúpido —sonrió Rose, golpeando juguetonamente a Ralph en el hombro.

—La piedra de un solo sentido. —James se encogió de hombros, volviendo la mirada a la ahora sólida pared de la cueva. La puerta era completamente invisible—. ¿Se ha cerrado para siempre?

Merlín asintió.

—Ya no la necesito. Volvamos. La luz del día desaparecerá pronto y la marea sube mientras hablamos.

James miró y vio que las olas salpicaban el borde de la boca de la caverna. Cada ola empujaba más agua sobre el áspero suelo. Merlín todavía llevaba la cajita bajo el brazo cuando volvió a conducirlos hacia arriba por la estrecha y curvada escalera.

—¿Eso es todo? —gritó Ralph desde la retaguardia—. ¿Todas sus cosas están en esa cajita?

—¿Le sorprende, señor Deedle? —replicó Merlín—. ¿Preferiría cargar con una pila de baúles?

Ralph rió sin humor.

—Tendría que arreglárselas por su cuenta, si ese fuera el caso. Apenas puedo arreglármelas para arrastrarme a mí mismo fuera de aquí.

El viaje de vuelta a través del puente de la península fue más fácil de lo que había sido en el primer cruce. Los acantilados de la costa resultaban una visión acogedora y el viento era menor de lo que había sido hacía una hora. Merlín fue el último en cruzar. Cuando se unió a James, Rose y Ralph en lo alto del promontorio que coronaba la península, volvió la mirada atrás. Casi casualmente, hizo un ademán con su báculo sobre el puente.

—*Discordium* —dijo tranquilamente. No hubo destello, luz, ni explosión mágica obvia de poder, y aún así el centro del puente se sacudió visiblemente. Como en cámara lenta, la columna vertebral de roca se desintegró y desmoronó macizamente sobre el océano de abajo, provocando enormes géiseres al chocar contra el agua.

—Bueno, eso es todo, ¿no? —dijo Rose, impresionada.

Merlín le sonrió. Finalmente, justo cuando el sol tocaba su reflejo dorado en el horizonte del océano, comenzaron el retorno.

Mientras volvían sobre sus pasos, siguiendo el sendero encantado de Merlín, Rose se acercó a James de nuevo.

—Ralph y yo te oímos hablar allá atrás —dijo quedamente—. Pero no sonaba como si estuvieras hablando con Merlín. ¿Había alguien allí que no podíamos ver desde el umbral?

James no respondió directamente. Por alguna razón, sentía reticencia a contar a Rose y Ralph lo del esqueleto de Farrigan. Miró fijamente a Rose.

—Era yo —dijo, encogiéndose de hombros—. Estaba solo... hablando conmigo mismo. Daba escalofríos estar allí mientras Merlín iba por la caja.

Rose apretó los labios y lo miró atentamente mientras caminaba. James supo que ella sabía que estaba mintiendo. Apartó la mirada y se acercó trotando a Merlín.

—Director —dijo después de un rato—, ¿qué son los borleys?

Merlín estaba caminando directamente delante de James, su larga zancada cortando a través del Bosque como un cuchillo. Los últimos restos del crepúsculo sobre su túnica le daban un cierto aire vago y fantasmal.

—Como ya le expliqué en el tren, señor Potter, los borleys son criaturas de sombra.

—Sí, lo recuerdo, ¿pero de donde vienen?

La voz normalmente profunda de Merlín bajó un poco más.

—Su compañero en la cueva se mostró hablador, ¿no?

James seguía a Merlín de cerca. Deseó poder ver la cara del mago. Se movía velozmente a través de los bosques oscurecidos, haciendo muy poco ruido. El viento cambiaba caprichosamente entre los árboles, haciéndolos susurrar, casi como para cubrir la voz de Merlín.

James siguió.

—Dijo que los borleys habían venido con usted de entre los mundos cuando había retorna.

La voz de Merlín todavía era baja y retumbante.

—Hay un grano de verdad en todas las ficciones, señor Potter. ¿Quizás sabe usted lo que son los percebes? Criaturas asquerosas que se acumulan en los cascos de los barcos cuando han pasado ya bastante tiempo en el mar. Cargan el barco con su peso y finalmente deben ser eliminados y destruidos. Puede pensar en los borleys como su equivalente mágico.

—¿Así que vinieron con usted?

—Así es. He estado esforzándome por cazarlos desde mi retorno. La mayoría permanecen cerca de mí y son fáciles de capturar. Dos siguieron al señor Deedle y al señor Walker. A esos fui capaz de rastrearlos y capturarlos antes de que cualquiera de los muchachos reparara en ellos. El suyo, señor Potter, era bastante más voluntarioso. Creo que es el último que queda.

James había sentido curiosidad por algo desde aquel día en el tren.

—¿Cómo los capture si no puede utilizar magia con ellos?

—Viejos elementos, James Potter —replicó Merlín, y su voz tenía esa extraña cualidad hipnótica que James había oído por última vez mientras el mago sacaba una confesión a Denniston Dolohov, el padre de Ralph, la primavera pasada. El Bosque se había quedado bastante oscuro, y James deseó otra vez poder ver la cara de Merlín. Tenía la escalofriante sensación de que Merlín estaba hablando con él sin utilizar una voz

audible. Merlín siguió—. Viejos elementos que pocos en mi época conocían siquiera, y muchos menos entendían. Tengo una bolsa muy curiosa, una *bolsa oscura*, que no tiene nada en su interior. Cuando digo que no contiene nada, señor Potter, no quiero decir que esté simplemente vacía. La bolsa está llena, rebosante incluso, con la última reliquia que queda de pura oscuridad, surgida del amanecer de los tiempos. Es dentro de ésta bolsa adonde van los borleys, porque hay una única cosa que una criatura de sombra necesita para existir, y eso es luz.

—¿Les mata? —preguntó James en voz baja.

—Nada mata a una sombra, señor Potter. Solo pueden ser contenidas. Permanecen encerrados en la bolsa oscura, hambrientos de magia, desesperados por escapar, pero completamente disminuidos sin ninguna luz que los defina. El Ministerio de Magia utiliza un método similar aunque más crudo para contener a los dementores desde que se mostraron tan poco fiables como guardianes de Azkaban. Están sellados en los sótanos de su viejo feudo, el propio Azkaban, cautivos en cámaras privadas mágicamente de luz. Bueno, allí sus poderes están gravemente disminuidos, aunque no mermados. Aúllan, señor Potter. Me han informado de que es un sonido atroz, y me lo creo.

James se estremeció. Después de un minuto, preguntó.

—¿Y qué pasa si la bolsa oscura se rompe?

Por primera vez, Merlín se giró. James vio que un ojo del mago miraba sobre su hombro. Aún así, no interrumpió su zancada.

—Los borleys escaparían como un enjambre, por supuesto, señor Potter. Hambrientos de magia, atacarían a la primera fuente de magia que encontraran y la devorarían.

—¿De... devorarían? —dijo James—. Pero usted dijo que eran inofensivos. Como percebes.

—Dije que ese borley, en su condición inicial, era *principalmente* inofensivo. Muchos borleys, algunos en estado avanzado, y desesperados tras su encarcelamiento, serían cualquier cosa excepto inofensivos. En ese caso, los percebes se convertirían en pirañas. Pero eso es imposible, señor Potter. Yo soy el custodio de la *bolsa oscura*, y eso significa que está completamente a salvo.

James suspiró.

—¿Es esa la famosa “bravuconería” de Merlín de la que me habló el año pasado?

Merlín se detuvo finalmente. Se giró y agachó, hasta que sus ojos quedaron al nivel de los de James. Sonrió y sus ojos titilaron a la naciente luz de la luna.

—No, señor Potter —dijo con su voz normal—. Ese es el famoso juramento de Merlín que no ha conocido usted aún. Puede contar con él.

—Al fin —dijo Ralph cuando él y Rose les alcanzaron—. Un respiro. Rose, ¿todavía tienes esas galletas? ¿Qué hay de un tentempié?

Cuando finalmente alcanzaron el castillo, Merlín les condujo directamente a través de los pasillos y por las escaleras de caracol hasta su oficina. Aparte del enorme escritorio y

las docenas de retratos que colgaban de las paredes de la oficina del director, la habitación estaba antinaturalmente vacía. James miró alrededor y vio los retratos de Severus Snape y Albus Dumbledore, los dos tocayos de su hermano. Ambos marcos estaban, por el momento, desocupados.

—Quería agradecerles a los tres su ayuda esta tarde —dijo Merlin, y sonaba casi entusiasmado ahora que habían vuelto—. Además, creo que podrían querer ver mi almacén abierto.

Rose abrió los ojos con interés.

—¿Va a mostrarnos lo que hay en él?

—No exactamente, señorita Weasley, aunque indudablemente verán su contenido en su momento. No, quería decir que quizás les gustaría ver como se abre. Es, si perdonan que lo diga yo mismo, algo digno de ver.

James sonrió enigmáticamente.

—Bueno, claro. Si lo pone así. Echemos un vistazo.

Merlin parecía complacido. Se inclinó cuidadosamente y colocó la pequeña caja de madera en el suelo. Tenía un broche en el frente, sujetando la tapa. Merlin alzó el cierre y retrocedió.

Lentamente, la tapa comenzó a elevarse. Pareció alzarse como un cajón saliendo de la caja, deslizándose hacia arriba mucho más de lo que la profundidad de la caja debería haber permitido. Había otro cajón incrustado en la parte delantera del primer cajón. James rodeó la caja y vio que había, de hecho, cajones en los cuatro costados del cajón principal. El cajón vertical alcanzó la estatura de un hombre y se detuvo con un estremecimiento. Con un suave chasquido, los cajones de los cuatro costados empezaron a rodar hacia afuera. Los costados de cada nuevo cajón enmascaraban más cajones aún. Lentamente, se desplegaron, cada superficie revelando más y más compartimentos. Era hermoso de observar, y aún así aturdía la mente. Los ojos de James parecían resistirse a lo que estaban viendo. Lagrimeaban un poco mientras la caja se expandía, llenando el centro de la habitación. Finalmente, después de alrededor de un minuto, los cajones se detuvieron. James, Rose y Ralph rodearon la masa de cajones, puertas y complicadas cerraduras y cerrojos.

—Eso ha sido definitivamente genial —dijo James, impresionado.

—Mucho mejor que una pila de baúles —estuvo de acuerdo Rose.

—Maravilloso —suspiró Ralph—. Misterios y enigmas en abundancia. —Miró suplicante a James—. ¿Podemos ir a comer ahora?

James sonrió. Los tres estudiantes se dirigieron hacia la puerta que conducía fuera de la oficina del director. James fue el último en traspasarla, pero justo estaba saliendo, cuando Merlin pronunció su nombre. James se detuvo y giró mientras Ralph y Rose empezaban a bajar la escalera de caracol.

—He devuelto los diez puntos sustraídos, señor Potter, y añadido diez más también —dijo Merlin—. Lo hizo muy bien en la caverna. Recordará, por supuesto, que el secreto

es esencial.

—Claro —replicó James—. Ni una palabra a nadie.

Merlín asintió con la cabeza, acompañando a James a la puerta.

—Por supuesto —dijo, bajando la voz—. No sé exactamente lo que le dijo Farrigan mientras yo recuperaba la caja, pero espero que sus palabras tampoco sean repetidas a nadie dentro de estas paredes. Eso incluye al señor Deedle y la señorita Weasley. Como ya sabe, los muertos pueden ser muy... persuasivos. Odiaría ver como enraíza cualquier conspiración.

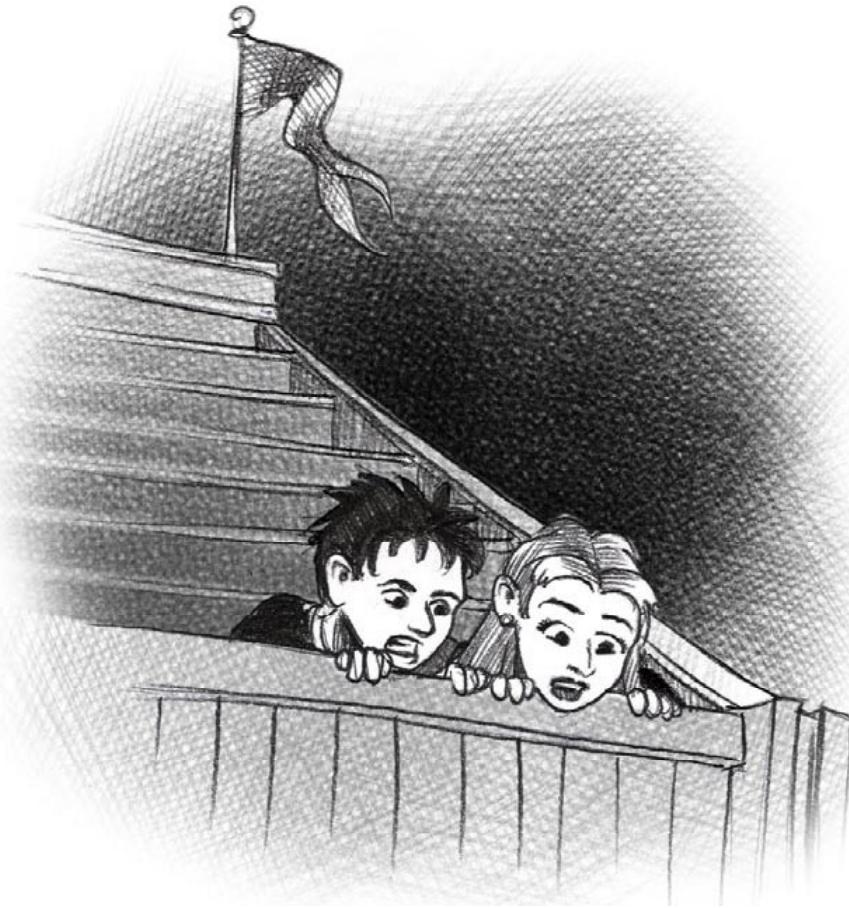
James levantó la mirada hacia el director. El hombre parecía un gigante junto a él. James asintió lentamente. Merlín pareció satisfecho.

—Gracias, señor Potter —dijo—. Disfrute de su cena. Se la ha ganado.

Después de un momento, James se encontró de pie junto a la puerta cerrada de la oficina del director. La miró pensativamente, con la frente ligeramente fruncida.

—¡Vamos, James! —gritó Rose—. ¡La gárgola dice que hay cerezas al vino como postre! ¡Nunca consigo dulces como esos en casa!

James sacudió la cabeza ligeramente. Si Merlín no quería que James les contara a Rose y Ralph lo que había dicho el esqueleto, entonces seguro que había una buena razón. Pero solo había dicho que no debía contárselo a nadie dentro de las paredes de Hogwarts. Por tanto, técnicamente no había ninguna razón para que James no pudiera contárselo a sus padres, y *ellos* podrían contárselo a quien quisieran, ¿no? Satisfecho con eso, James se giró y bajó las escaleras de caracol para unirse con sus amigos.



Capítulo 5

Albus y la escoba

James se encontró con Ralph en la base de las escaleras el lunes por la mañana. Los pasillos estaban ya llenos del clamor y barullo del comienzo de las clases, y aunque James sabía que probablemente echaría de menos las libertades del verano a finales de la primera semana, por el momento todavía esperaba con ilusión las clases.

—Ya tengo mi horario listo —proclamó Ralph alegramente cuando entraban al Gran Comedor para el desayuno—. Tengo Defensa Contra las Artes Oscuras con Debellows a primera hora de esta mañana.

—Mira esto —dijo James—. Yo también. Qué raro que no pida un libro. Debe saber tanto sobre el tema que no necesita uno. Esto debería ser excelente.

—Reglas de Debellows —dijo Graham mientras James y Ralph se sentaban a la mesa—. Sabréis que una vez se ocupó de dos vampiros a la vez con solo un bate de golpeador y un lápiz muggle.

—¿Un lápiz? —Ralph arrugó la frente.

—Para atravesarlos, por supuesto. Era lo más parecido que tenía a una estaca de madera.

Ralph frunció la cara, pensando.

—Debe haber sido un lápiz endiabladamente afilado.

Rose ya había terminado su desayuno, al haber llegado antes.

—Escuché que va a ser una clase muy práctica de Defensa Contra las Artes Oscuras, incluso para los de primero. Aparentemente, Debellows prefiere una aproximación activa.

—Bueno, solo hay que *ver* al tipo —dijo Noah, girando la vista hacia el hombre que todavía estaba terminando su desayuno en la mesa de los profesores—. Parece listo para saltar incluso cuando todavía está inmóvil.

Sabrina se inclinó sobre la mesa y dijo con un susurro teatral.

—Creo que Noah está un poco enamorado de él.

—Oh, cállate —replicó Noah—. Tú no creciste colecciónando las cartas de acción *Debellows Harrier*. No me puedo creer que vaya a enseñarnos como luchar contra las Artes Oscuras. Espero que nos muestre como hacer la maniobra llave-Perseus.

—Yo tenía una figura de acción que hacía eso —asintió Graham con la cabeza—. Intenté utilizarla contra mi madre, una vez. No me dejaba ver el final de Barney.

—Yo tengo que esperar hasta el miércoles para mi primera clase con él —se quejó Rose—. Contadme esta noche como ha ido, ¿vale?

James asintió, con la boca llena de tostada. Al otro lado de la habitación, podía ver a Albus sentado en medio de la mesa Slytherin, sonriendo y riendo con sus nuevos amigos. Extrañamente, sin embargo, la mayoría de los que le rodeaban eran estudiantes mayores. Tabitha Corsica y Philia Coyle sonreían y asentían mientras Albus hablaba.

—Vamos —dijo Ralph, tirando del cuello de la camisa de James—. Quiero llegar a clase un poco antes. Quiero ver de qué va todo esto de Debellows.

—Espera —dijo James, recogiendo su mochila. Se levantó del banco y rodeó el borde del pasillo, dirigiéndose hacia la mesa Slytherin.

—Oye, Al —llamó.

Albus levantó la mirada, siguiendo el sonido de la voz de James.

—¡Hola, James! No te he visto en todo el fin de semana. ¿Qué tal?

—Puedes dedicar un minuto a hablar con tu hermano de camino a la primera clase? Quiero oír tus aventuras en tu nueva casa.

—Que dulce —dijo Tabitha cálidamente—. Adelante, Albus. Charlaremos de nuevo en el almuerzo y haré los arreglos para el miércoles.

—¡Excelente! —Albus asintió alegremente—. De acuerdo, vamos, hermano mayor. Tengo Herbología con Neville a primera hora.

Cuando se alejaban de la mesa Slytherin, Albus estaba positivamente explotando de excitación.

—Ya tengo mi llave anillo, ¿ves? He pasado todo el fin de semana en un gran tour con Garra y Colmillo. ¿Sabes que las habitaciones de los Slytherin tienen su propia aula de práctica? Podemos practicar casi cualquier hechizo y maldición que queramos sobre esos monigotes encantados. Si haces bien una maldición, el muñeco cae al suelo y hace una hilarante imitación del efecto. No es que yo sea muy bueno con la varita aún, pero Tabby dice que no debería apresurarme.

James casi se ahogó.

—¿Tabby?

—Sí —asintió Albus—. Tabitha Corsica. Es la jefa extraoficial de Garra y Colmillo. Es decir, nadie tiene realmente un cargo oficial de algo en el club. Es una especie de broma entre los Slytherins.

James se volvió a mirar a Ralph, con las cejas arqueadas.

—Tabitha intentó introducirme el año pasado, antes del debate. Creo que es una sociedad secreta, aunque no es que sea muy secreta si eres un Slytherin.

—Tabby dice que está bien que te hable de ello, James —aseguró Albus—. Pero yo que tú lo mantendría en secreto. Quiero decir, no queremos que *todo* el mundo sepa de ella. ¿Qué gracia tendría?

—¿Eso es lo que pasa con Tabitha el miércoles? —preguntó James.

—¿Qué?

—Este miércoles —dijo James, deteniéndose cuando alcanzaron el arco que conducía al exterior hacia los invernaderos—. Tabitha dijo que haría los arreglos para algo.

—Oh, eso —dijo Albus, mirando hacia las edificaciones que brillaban a la luz de la mañana—. Eso era por las pruebas de quidditch. Dice que le encantaría verme entrar en el equipo.

James sonrió incómodamente.

—Pero no tienes escoba ni nada. Confía en mí, esas escobas de las casas son inútiles. Yo ni siquiera pude volar en línea recta hasta que conseguí mi Centella.

—Eso no va a ser problema —dijo Albus, colgándose la mochila al hombro y sonriendo ampliamente—. Tabby dice que me dejará utilizar su escoba para la prueba.

La boca de James se abrió de par en par, pero Albus se alejó antes de que pudiera decir nada.

—Hasta luego, hermano mayor —gritó sobre el hombro—. ¡No puedo llegar tarde a la primera clase! —Trotó a la luz del sol, uniéndose a sus compañeros Slytherins de primer año que habían estado rondando cerca. James se giró hacia Ralph, con la boca todavía abierta.

—Primera noticia que tengo —dijo Ralph, alzando las manos con las palmas hacia arriba—. No soy parte de la panda de Tabby, ya sabes.

—Pero esa escoba —chisporroteó James—, es... ¡es maléfica!

—Vamos —dijo Ralph—. Dejémoslo por ahora. La clase empieza en cinco minutos.

Cuando James se volvía a regañadientes para seguir a Ralph, pasó junto a Scorpius

que iba de camino a los invernaderos. Scorpius sonrió burlonamente hacia James y le empujó con el hombro. James casi dijo algo, pero un Slytherin que andaba cerca se le adelantó.

—¡En verdad, me has roto el corazón, Malfoy! —gritó el chico, aferrándose el pecho. Hubo un coro de risas. Scorpius les ignoró.

—¿Por qué Debellows no da la clase en el aula de Defensa Contra las Artes Oscuras? —preguntó Ralph, estudiando su horario mientras se colaban a través de los atestados pasillos—. Esto nos está llevando al otro lado del castillo.

James se encogió de hombros, distraído.

—No tengo ni idea.

Alcanzaron la habitación designada y llena del resto de los alumnos de segundo. El aula era enorme, con un techo muy alto y ventanas altas a lo largo de toda una pared. No había sillas ni pupitres. En vez de eso había colchonetas sobre el suelo, anticuadas pesas colocadas en un largo estante, y una especie de maniquíes accionados por poleas y complicados aparatos cubiertos de acolchados y potros.

Morgan Patonia, la Hufflepuff, entró y se detuvo, observando el lugar.

—Hmph. Bienvenidos al gimnasio de Hogwarts —dijo con voz desconcertada—. Ni siquiera sabía que teníamos uno de estos.

La clase se deslizó nerviosamente a través del lugar, sin estar muy seguros de qué hacer consigo mismos. Kevin Murdock, el Slytherin con quien James había tenido Tecnomancia el año anterior, agarró un par de pesas y las levantó, fanfarroneando ante un par de chicas Ravenclaw que pusieron los ojos en blanco.

—¡Saludos, clase! —resonó una voz entusiasta. James se giró para ver al profesor Debellows entrando a zancadas en la habitación por la puerta de atrás. Estaba vestido con una túnica corta y sandalias y tenía una toalla colgada alrededor del cuello—. Como sabéis, soy vuestro nuevo profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras, Kendrick Debellows. Odio que me llamen profesor, así que sentíos libres de llamarme por mi nombre de pila. No nos molestaremos con protocolos en esta clase. Quiero que todos penséis en mí como en vuestro amigo y compañero. Tomad asiento, todos.

James vio a Ralph mirar alrededor como si esperara que una fila de sillas hubiera aparecido de repente. El resto de la clase estaba haciendo lo mismo, con las caras vagamente confusas.

—¡En las colchonetas! —rió Debellows—. Os lo juro, esto va a ser una experiencia educativa nueva para todos vosotros, por lo que veo. Sobre las colchonetas, estudiantes. Donde gustéis. Ese es el espíritu.

James se dejó caer con la espalda contra uno de los muñecos. Cuando se apoyó en él, este emitió un suave chasquito y un zumbido. El brazo del muñeco saltó hacia arriba junto con la mano terminada en un enorme y acolchado puño. James lo miró con aprensión, y después a Ralph. Ralph parecía definitivamente preocupando mientras se sentaba incómodamente sobre la colchoneta.

—No sé a qué tipo de clases habréis estado acostumbrados en el pasado, estudiantes —dijo Debellows, cogiéndose las manos tras la espalda y meciéndose sobre los talones— . De hecho, no he preguntado específicamente por los métodos de anteriores profesores de Defensa. Tengo mi propia forma de hacer las cosas, una forma que probó ser muy exitosa durante mis años como líder de los Harriers, y tengo intención de implementar los mismos métodos aquí. Muchos de vosotros estaréis familiarizados con mis misiones, pero dejadme tranquilizaros: esta no será una clase teórica. No discutiremos mis aventuras detalladamente, por mucho que estas pudieran de tanto en tanto resultar instructivas e ilustrativas. No, esta va a ser una clase donde *haremos* cosas. ¡Aprender es practicar! Y practicar es lo que haremos. Probablemente la mayoría de vosotros terminaréis magullados y exhaustos. Puede que volváis de nuestras clases con moretones, sudados y manchados de barro. ¡Pero os haréis fuertes! Haré lo que esté en mi mano para enseñaros todo lo que he aprendido en mis años de confrontación con las Artes Oscuras. Ahora, solicitaré un voluntario.

Los ojos penetrantes de Debellows vagaron ansiosamente sobre la multitud de estudiantes de segundo año. Un Ravenclaw llamado Joseph Torrance alzó la mano tentativamente.

—Excelente, eso es, nada de timidez. —gritó Debellows energéticamente— . Ven aquí, jovencito. No sé tu nombre, pero le llamaré Ignatious.

—Mi nombre es Joseph —dijo el chico, trotando hacia Debellows en la parte delantera de la habitación.

—Joe entonces. Bien, bien. Lo que quiero que hagas, Joe, es fingir que eres un hombre-lobo. Quiero que me ataques.

—¿Atacarle, señor? —dijo Joseph, un poco inseguro.

—Sí, sí, como un hombre-lobo. Simplemente lánzate sobre mí, ve a la yugular. No temas hacerme daño.

Joseph tragó saliva, mirando al resto de la habitación, después se volvió hacia Debellows. Animosamente, se encorvó, alzó las manos con los dedos como garras, y cargó, haciendo una imitación bastante buena de un aullido rabioso. Justo cuando saltó, Debellows se giró. En un borrón de movimiento, enganchó una pierna sobre el chico, haciéndole girar hacia arriba en el aire, sacó de la nada su varita, y gritó una orden ininteligible. Joseph se quedó congelado en medio del aire antes de estrellarse contra la colchoneta. Su cara todavía se contorsionaba en una comedia de gruñido.

La clase a penas había tenido tiempo de jadear antes de que se hubiera acabado. Hubo un momento de respetuoso silencio, y después estalló un aplauso. Graham codeó a Morgan, asintiendo excitadamente y señalando.

—Está perfectamente bien —gritó Debellows, sacudiéndose las mangas de la túnica— . Ni siquiera está paralizado, solo suspendido. ¿No es así, Ignatious? —palmeó al chico en el pie alzado.

—Es Joseph, señor —replicó el chico, sacudiéndose y mirando nerviosamente al

suelo.

—Joe, si, desde luego. La cuestión, por supuesto, no es hacer daño a la pobre criatura, sino simplemente alzarla del suelo. Si no puede tocar el suelo, no puede atacar. Si no puede atacar... bueno, el apoyo es elemental, como podéis ver. Prepárate, Joe.

Joseph apenas tuvo tiempo de poner las manos ante él antes de que Debellows ondeara su varita. El chico cayó sobre la colchoneta.

Debellows miró alegremente a los estudiantes.

—¿Alguna pregunta?

Graham disparó la mano al aire.

—¿Qué encantamiento fue ese, señor?

—Tsk, tsk, tsk, —regañó Debellows, ondeando el dedo hacia Graham—. No nos adelantemos, señor..., ah, jovencito. “Preparación física antes que los hechizos”, es mi lema. ¿Habéis notado la maniobra que he utilizado para lanzar al hombre-lobo al aire en primer lugar? Esa es la clave de todo el asunto. Los hechizos son solamente la guinda del pastel. No, en esta clase, nos aplicaremos en la disciplina física preparándonos a nosotros mismos para los desafíos a los que podemos enfrentarnos como defensores del bien. ¿Sabéis, clase, que un mago lo suficientemente en forma puede sobreponerse incluso a la maldición *Imperius* si tiene la suficiente fuerza física y mental? Es cierto. Durante mucho tiempo, el enfoque para civiles de la Defensa Contra las Artes Oscuras ha sido hechizos rápidos y sucios, encantamientos protectores, y maldiciones tramposas. Aquí, no os haré simplemente diestros en teoría. ¡Aquí, os convertiré en guerreros!

Sonrió ampliamente hacia la habitación, su mirada oscura enérgicamente cortante. Después de un momento, Kevin Murdock empezó a aplaudir. El resto de la clase se le unió sin mucho entusiasmo.

—Sé que probablemente no os entusiasme mucho mi aproximación —dijo Debellows, alzando una mano—. Hay algunos que no utilizan los mismos métodos que yo. Algunos que no respetan la importancia de la pericia física, que creen que ese hechizo *expelliarmus* y el encantamiento *patronus* son más que suficientes para luchar contra la mayoría de los enemigos. En los Harriers, llamamos a esa gente “aurores”. —Sonrió, y hubo una ligera oleada de risas. Kevin Murdock sonrió burlonamente a James, mientras codeaba a un compañero Slytherin. Debellows siguió—. Pero yo creo que encontraréis mi aproximación bastante efectiva a la larga. Y os lo prometo: no os pediré a ninguno que hagáis nada que no esté dispuesto a hacer yo mismo a vuestro lado. ¡Y ahora! —Batió las palmas impacientemente—. Veamos de donde partimos. ¿Cuántos habéis oido hablar alguna vez de la carrera del guantelete?

James recorrió la habitación con la mirada. Nadie alzó la mano esta vez. Debellows parecía impertérrito.

—La carrera del guantelete, también conocida como el Corredor de la Muerte, es una antigua herramienta utilizada por aquellos que se entrenan para la batalla. Es una especie de prueba de obstáculos accionada por poleas. Concedido, siendo magos,

tenemos a nuestra disposición ciertas, hmm, capacidades especiales. La carrera del guantelete no tiene más finalidad que la de sobrepasarlo. Seguramente, todos habréis oído la frase "hacer la carrera del guantelete". Estoy a punto de ilustraros sobre lo que significa realmente esa frase.

Debellows paseó energicamente a través de la habitación y se detuvo al final de la línea de aparatos. Se puso las manos en los codos y torció la cintura unas pocas veces, saltando de un pie a otro una docena de veces, después finalmente se agazapó. Extendió un brazo, apuntando la varita hacia la línea de aparatos.

—¡Defendeum! —ladró.

Inmediatamente, los aparatos se pusieron en marcha, zumbaron y volvieron a la vida. Debellows se lanzó hacia adelante, amagando y rodando bajo el primer dispositivo, cuando éste arreó una poltrona acolchada en su camino. Con un gruñido, el hombre saltó a la fase siguiente. Se movía en una especie de ballet muscular, abalanzándose, encorvándose y saltando a través del barullo mecánico. Capeaba ruedas de puños acolchados, se agachaba bajo hechizos aturdidores disparados por un banco de varitas automáticas, saltaba sobre potros y mandíbulas acolchadas, y finalmente se zambulló, brincó y aterrizó pulcramente sobre los pies al final del guantelete.

No hubo aplauso esta vez. James miró, horrorizado, hacia la monstruosidad de poleas que golpeaba salvajemente.

—¡Así! —gritó Debellows sobre el ruido del circuito del guantelete, colocándose los puños en las caderas—. ¿Quién será el primero entonces?



—¡Es un auténtico chiflado! —exclamó Graham mientras cojeaba de camino a Historia de la Magia—. ¡Debe haber recibido demasiados *aturridores* en el cerebro cuando era Harrier o algo!

—Nada de hechizos hasta el cuarto año —dijo Ralph, sacudiendo la cabeza—. ¿Y qué era todo eso al final? ¿Quién es *Artis Decerto*?

—No es un quién, sino un qué —dijo Rose, colocándose junto a Ralph—. Es una especie de versión mágica del karate.

James se frotaba el codo donde el guantelete se lo había golpeado.

—¿A dónde vas, Rose?

—Historia de la Magia —replicó remilgadamente.

Ralph la miró fijamente.

—¿*Nuestra* Historia de la Magia?

—No sé qué quieres decir con eso —dijo Rose, alzándose en toda su estatura, que llegaba aproximadamente a la nuez de Adán de Ralph—. Mi horario indica Historia de la Magia, segunda clase, Profesor Binns. No puedo evitar que mi consejero sugiriera que saltara de nivel en algunas asignaturas ¿Entonces las cosas no fueron bien con el profesor Debellows?

—No se le puede llamar profesor —dijo Graham agriamente—. Quiere ser nuestro colega, ¿no lo sabías?

—La clase de colega que te obliga a hacer cincuenta flexiones si no puedes arreglártelas para evitar ser aplastado por un puño acolchado gigante —dijo Ralph tristemente.

—Odio decirlo, pero probablemente os haga algún bien —dijo Rose, evaluando a los chicos de reojo.

—Espera a tener *tu* primera clase con él —gruñó James—. Veremos lo animada que te mostrarás después.

Cuando entraron en fila al aula de Historia de la Magia, el fantasmal profesor Binns parecía estar en medio de una lección. Su espalda estaba vuelta mientras escribía en la pizarra con un trozo de tiza fantasmal. Extrañamente, parecía estar escribiendo notas sobre viejas notas, creando una masa sin sentido. Daba la clara impresión de que la pizarra contenía años de la fantasmal escritura del profesor, capa sobre capa desvaneciéndose en la penumbra. Como James sabía, Binns tenía solo el más ligero de los asideros en la realidad temporal. El año pasado, Ted había contado a James que la escuela había intentado trasladar el aula de Historia de la Magia a otra ala para hacer espacio a los visitantes de Alma Aleron. Desafortunadamente, el profesor Binns continuaba apareciendo de improviso en la vieja aula cada día para dar sus clases a pesar del hecho de que ésta había sido temporalmente convertida en el dormitorio de las chicas de Alma Aleron. Ningún tipo de persuasión logró convencer al fantasma de recolocar sus clases, y la habitación fue pronto vuelta a convertir en un aula.

Torpidamente, los estudiantes encontraron sus asientos y empezaron a sacar pergaminos y plumas. Después de un minuto, Rose se aclaró la garganta bastante ruidosamente y llamó al profesor por su nombre. Binns dejó de escribir en la pizarra y se giró, mirando con vaga atención a Rose a través de los anteojos.

—Sí, señorita Granger?

Hubo una oleada de risa y Rose se sonrojó.

—No soy la señorita Granger, señor. Soy Rose Weasley, su hija. Yo, hmm, creo que nos hemos perdido la primera parte de su lección.

—Otra generación ya —masculló Binns para sí mismo—. Muy bien entonces.

El fantasma extendió la mano en busca de un borrador fantasmal y empezó a pasarlo por la pizarra, sin producir ningún efecto en absoluto.

—No tiene sentido tomar apuntes. Solo tienes que escuchar la lección —susurró

Graham confidencialmente—. Es un desafío, pero las buenas noticias son que ha estado haciendo los mismos exámenes durante cuarenta años. Las respuestas están grabadas en lo alto de los pupitres. ¿Ves?

James había tenido al profesor Binns el año anterior, pero no había oído esta leyenda en particular. Bajó la mirada a los desgastados grafitis grabados en el tablero del pupitre. Desde luego, enterrado en el centro, había una lista de temas numerados y frases. Arriba, como encabezado, estaba la frase “CUANDO TENGAS DUDAS, SIMPLEMENTE DI ‘REBELIÓN DUENDE’”.

—Eso es hacer trampa —dijo Rose sin mucha convicción—. Hmm, técnicamente.

—Recordarán —dijo Binns, quitándose las gafas y limpiándolas ausentemente en su anticuada y fantasmal solapa—, que el año pasado, completamos nuestros estudios con el fin de la Edad Oscura mágica, en la cual hombres y magos finalmente separaron sus caminos después de siglos de conflictos. El mundo mágico permitió que los reinos muggles creyeran que había desaparecido y finalmente se había extinguido. Al contrario, por supuesto, el mundo mágico se desarrolló en secreto, y así ha sido desde entonces, exceptuando las típicas fricciones inherentes en la interacción de lo mágico y lo no-mágico. Esto nos trae a los mismos principios de la edad moderna de la historia mágica, en la cual nacieron instituciones estrictamente mágicas. Este año estudiaremos la historia de estas instituciones, desde gobiernos a economía y educación. Inicialmente, casi todos esos detalles se decidían dentro de estas paredes, y por la misma gente. Puede que sean conscientes de que este mismo castillo fue el centro del mundo mágico durante bastante tiempo antes de ser exclusivamente clasificado como lugar de aprendizaje.

Rose emborronaba notas aplicadamente sobre su pergamo. Ralph la observaba con curiosa fascinación, ya fuera a causa de su persistencia al tomar notas o porque su escritura era meticulosamente precisa. James deseó que Zane estuviera allí para hacer algún dibujo divertido del profesor Binns. Ocioicamente, garabateó en su pergamo.

—Fotografía mágica —continuaba Binns—, bastante más antigua que su equivalente muggle, estaba todavía en sus principios durante la fundación de Hogwarts. Aquí, en lo que era, en esos tiempos, todavía un medio experimental, vemos la única representación fotográfica que queda de los fundadores originales de Hogwarts.

James levantó la mirada para ver al profesor señalando con su varita fantasmal a una pequeña imagen enmarcada en la pared. James entrecerró los ojos pero no pudo sacar nada en limpio. No sabía que hubiera fotos de los fundadores y sentía bastante curiosidad por ver qué aspecto tenían. Miró alrededor de la habitación, pero nadie más parecía estar teniendo ninguna dificultad en ver la antigua foto. James apretó los labios. Tenía que ocurrir tarde o temprano. Tan silenciosamente como pudo, buscó en su mochila y encontró el pequeño estuche que contenía sus nuevas gafas. Las sacó y, tan subrepticiamente como fue posible, se las puso. Inmediatamente, la foto antigua se enfocó.

—Técnicamente, no es una fotografía como las que conocemos hoy en día, sino una

especie de retrato instantáneo creado con pinturas especialmente encantadas. En cualquier caso, el resultado es una imagen fiel, aunque cruda y tosca. Aquí vemos a los cuatro fundadores originales de pie delante de sus estatuas en la rotonda original. Esta fue tomada cuando sus carreras estaban bastante avanzadas, en ocasión del nombramiento y dedicación de Hogwarts como escuela de magia y hechicería hace más de diez siglos.

James estudió la antigua imagen. Era ciertamente muy granulada y solo en blanco y negro. Aún así, podían distinguirse bien las cuatro figuras, dos brujas y dos magos. La cara larga de Godric Gryffindor lucía su famoso mostacho y su perilla picuda. Los rasgos de Salazar Slytherin eran fríos, con pómulos y barbilla afilados. Era absolutamente calvo. Helga Hufflepuff era alta y de aspecto severo, con una larga trenza. Rowena Ravenclaw llevaba el cabello grisáceo suelto, enmarcando una hermosa cara risueña y unos ojos oscuros. Tras ellos podían verse sus estatuas, pero solo de cintura para abajo. Las estatuas habían sido indudablemente muy altas.

—Mirad —susurró Graham, señalando la foto—, ¡hay un fantasma en el pedestal! Puedes verlo en el costado, junto a la estatua más a la derecha, justo como en el libro de Rita Skeeter!

Ralph pareció asombrado.

—¿El fantasma en el pedestal?

Rose hizo una mueca dolorida.

—Es solo un mito, Ralph —susurró—. Estaba en un libro de hace unos pocos años: *El Código de los Fundadores*. Decía que había secretos ocultos en un montón de antiguas pinturas y fotos y cosas. Supuestamente, hay una cara fantasmal oculta en las sombras del pedestal de la estatua en la foto de los fundadores.

—Está ahí mismo —resolló Graham—. Skeeter dice que fue introducido en la foto por un maleficio del propio Salazar Slytherin como adelanto de su maldición final. Se supone que será la cara del heredero de Slytherin. Por supuesto, ahora eso ya es historia. La *Cámara de los Secretos* es bien conocida. Estaba en el tour de Hogwarts hasta hace unos años, cuando la cerraron por resultar insegura.

Una Hufflepuff llamada Ashley Doone, en la fila de atrás de James, añadió, susurrando:

—Yo también puedo verlo, parece... ¡parece que lleva gafas! Vaya, James —dijo conspiradoramente—, ¡creo que el fantasma en el pedestal eres tú!

James se giró para fulminarla con la mirada. Ella sonrió y se cubrió la boca. Cuando James se volvió a dar la vuelta, Rose y Ralph también estaban mirándole.

—¿Desde cuándo llevas gafas? —preguntó Ralph.

—¡No las llevo! —se quejó James—. Solo las necesito para ver... cosas. De lejos. A veces. ¡Casi nunca!

—Son bastante monas, James —sonrió Rose—. De un cierto modo intelectual.

James se arrancó las gafas y las volvió a meter de golpe en su mochila. Rose volvió a

mirar la foto antigua mientras el profesor Binns barbotaba distraídamente.

—Y Ashley tiene razón —susurró Rose, sonriendo juguetonamente—. El fantasma del pedestal se parece un poquito a ti. No me había fijado al principio.

—Anda y piérdete —refunfuñó James, volviendo a sus garabateos.



Esa noche, después de la cena, James y Rose se sentaron entre una pila de libros y pergaminos en una esquina de la sala común Gryffindor.

—Es apenas nuestro primer día de clase —se quejó James—. No puedo creer que ya esté hasta las cejas de deberes.

Rose mojó su pluma.

—Si dejaras de quejarte y lo hicieras sin más, no parecería tanto trabajo.

—Gracias por los ánimos —gruñó James, pasando al azar las hojas de un enorme libro polvoriento—. ¿Cuántas clases voy a compartir contigo este año, por cierto? Quiero decir, aparte de Historia de la Magia y Transformaciones. Es un poco embarazoso, ¿sabes?

—No puedo imaginarme por qué —dijo Rose sin levantar la mirada de su pergamino—, a ti no te afecta para nada que haya heredado la facilidad de mi madre con los principios básicos de la magia. Tú, por otra parte, has heredado la tendencia de tu padre a postergar tus estudios hasta el último minuto. Simple genética.

James se sentó erguido.

—¿Ya has hecho los deberes de Transformaciones entonces? Tal vez podrías echarme una mano con los míos ya que eres tan lista. Después de todo, somos familia.

—Obviamente me has confundido con alguna otra —dijo Rose, metiendo sus libros en la mochila y cerrando la cremallera—. Puede que eso funcione con mi madre en los viejos tiempos, pero solo porque ella tenía una sentido de la responsabilidad superdesarrollado. Mi herencia Weasley contrarresta eso perfectamente. Por cierto, ¿no deberías ponerte las gafas para hacer los deberes?

James le lanzó una mirada apagada.

—Solo las necesito para ver de lejos, muchas gracias. Apreciaría que mantuvieras todo el asunto de las gafas en privado.

—No es para tanto. Mucha gente lleva gafas.

—Muchos perfectos nerdos —gimoteó James, apesadumbrado.

—Damien las lleva —señaló Rose—. Y la profesora McGonagall. Fiera Hutchins las

lleva y le quedan muy bonitas, aunque sea una Slytherin. Y Clarence Templeton, y Scorpius...

James casi tiró sus libros de la mesa.

—*¿Scorpius lleva gafas? ¿Cómo lo sabes?*

Rose pestañeó hacia James.

—Se las vi en Herbología. Las necesita para leer, supongo. Al contrario que tú, parece perfectamente cómodo llevándolas en clase. Lucen muy deportivos, de hecho. Sin montura, con patillas de carey...

—Vale, vale —dijo James, ondeando la mano despectivamente—. Eso no lo hace mejor.

—A pesar de lo que puedas pensar —dijo Rose, inclinándose y bajando la voz—, *no* es estúpido. Puede que no sea el chico más agradable de la escuela, pero sabe lo que hace.

—Sabe como lanzar unos pocos hechizos, que bien —dijo James, cruzándose de brazos—. Sus padres probablemente contrataron a uno de esos tutores duendes para asegurarse de que pudiera lucirse ante el resto de nosotros.

Rose se encogió de hombros y miró mordazmente al otro lado de la habitación.

—Parece que él ya ha hecho *sus* deberes, en cualquier caso.

James siguió la mirada de su prima. Scorpius estaba recostado en una silla de respaldo alto junto al hogar. Sacudía ociosamente su varita, haciendo flotar un pedazo de papel plegado para que pareciera un murciélagos. Oscilaba y bajaba fácilmente.

—Bonito alarde —gruñó James por lo bajo.

Cameron Creevey vio a James mirando. Se levantó y se aproximó a la mesa tentativamente.

—¡Oye, James! ¿Qué tal fue tu primer día!

—Pésimo —se quejó James—. ¿Te fue bien en Transformaciones, Cameron?

Cameron sacudió la cabeza.

—Ni siquiera he tenido mi primera clase, lo siento. Solo quería preguntarte: ¿es cierto lo del año pasado? Lo de la alineación de los planetas y como estabas allí cuando volvió Merlín y todo ese asunto de como burlasteis a ese reportero muggle?

—Bueno —empezó James, y después se encogió de hombros cansado—, sí, claro, supongo. Probablemente todo sea cierto, pero no fue como suena. Yo estaba intentando *detener* el retorno de Merlín, ya sabes. Así que en realidad, fue un rotundo fracaso.

Cameron sonrió abiertamente, mostrando un montón de chicle rosa.

—¡Eso es absolutamente brutal! —exclamó—. Mi padre es Dennis Creevey, fue a la escuela con tu padre, Harry Potter, ¿no?

—Claro, si tú lo dices —estuvo de acuerdo James, sonriendo. El entusiasmo del chico era bastante contagioso—. Pero no me parezco a él, Cameron, de verdad. Soy solo un crío. ¿Ves? Ninguna cicatriz en forma de relámpago. Además, tuve un montón de ayuda.

—Sí, lo sé —asintió Cameron—. Ralph Deedle, ¡cuyo padre es en realidad un

Dolohov! Nadie vio venir *esa*, ¿no? Aún así tiene sentido en retrospectiva. Al menos eso es lo que dice mi padre.

Rose sonreía burlonamente y fingía leer uno de los libros de James. James sacudió la cabeza con perplejidad.

—¿De dónde has sacado todo eso, Cameron?

—Oh, todos los de primero han estado hablando de ello. ¡No podemos esperar a ver con qué sales este año!

James frunció el ceño.

—¿Este año?

—¡Claro! —se entusiasmó Cameron—. Quiero decir, ¡es justo como en los días de tu padre! Cada año, él tenía una gran aventura, ¿no? Tenemos todos los viejos artículos de *El Profeta* en casa al igual que las novelizaciones. Sé que son un poco exagerados, pero mi padre estuvo allí algunas veces y dice que los libros ni siquiera hacen justicia a las auténticas historias. ¡Mi favorita es la del Torneo de los Tres Magos, especialmente la parte del dragón!

James alzó las manos, deteniendo a Cameron.

—Mira, esos libros hablan mi padre. No de mí. Las cosas son diferentes ahora, ¿no? Ya no hay ningún Voldemort, nada de grandes sociedades maléficas y espeluznantes dispuestas para dominar el mundo. Lo del año pasado fue una casualidad, ¿verdad? Además, no fui un héroe como mi padre. Si no hubiera sido por Ralph y Zane...

—¿Zane? —interrumpió Cameron—. ¿El americano?

—Sí —rió James, exasperado—. Él...

James saltó cuando algo golpeó la ventana junto a él. Se giró, con los ojos muy abiertos. La ventana estaba perfectamente oscura y vacía. Miraba hacia su reflejo en el viejo cristal.

—¿Qué diab...?

El golpeteo llegó de nuevo, más alto, sacudiendo la ventana en su panel. Algún pequeño objeto se había lanzado contra ella desde el exterior. Parecía una gran polilla, pero con brillantes alas verdes. James enfocó la mirada, frunciendo el entrecejo.

—¿Qué es eso? —preguntó Rose, rodeando la mesa para unirse a James.

James señaló con la cabeza. La polilla volvió a lanzarse contra la ventana, golpeando el cristal con sus alas. Era notablemente fuerte considerando su tamaño.

—Es una alevilla —dijo Rose, reconociendo la forma voladora—. Déjala entrar antes de que se haga daño. Son inofensivas.

James desatrancó la ventana y la abrió justo cuando la alevilla se lanzaba de nuevo hacia ella. Atravesó disparada la ventana abierta y pasó junto a James. Cameron se agachó mientras la centelleante polilla recorría la habitación. Se zambulló frenéticamente, esquivando a los estudiantes esparcidos por la habitación, dejando un rastro de débil brillo tras ella. Scorpius se sentó erguido y observó a la polilla entrecerrando los ojos, mientras esta viraba y se arqueaba, dibujando verdosas líneas

polvorrientas en el aire. Finalmente, como si estuviera exhausta, la polilla se agitó hasta aterrizar en la mesa, sobre la pila de libros de James. Plegó las alas y sacudió las antenas hacia James.

—¡Guau! —dijo Cameron excitado. James alzó los ojos.

Las líneas de brillante polvo se habían condensado hasta tomar forma. Ésta flotaba en medio del aire, vagando muy lentamente hasta el suelo. James reconoció la figura. Sonrió abiertamente.

—Cameron, te presento a Zane —dijo James, gesticulando hacia la cara familiar formada por el polvo brillante—. Zane, justo estábamos hablando de ti. ¿Cómo lo has sabido?

La polvorienta representación de la cara de Zane sonrió.

—¡Funciona! ¡Hola, James! Espera un segundo. Raphael, Anna, decid al profesor Franklyn que funciona. ¡He llegado! ¡Pueden verme! De acuerdo, como sea. Hola a todo el mundo. ¡Hola, Rose! ¿Dónde está Ralphinator?

—Él y Albus están abajo con los Slytherins —replicó James—. ¿Qué es esto, Zane?

La cara trémula de Zane hizo una mueca como diciendo “es una larga historia”.

—¿Habéis oído hablar del Efecto Mariposa? Una de esas bate las alas en París y causa un huracán en Los Ángeles? Bueno, esta es esa mariposa. Es una polilla, en realidad, pero la cuestión es que no *causa* huracanes, solo sabe cuándo van a ocurrir. Franklyn dice que es una especie de conexión psíquica con el cosmos. Sea como sea, puede sintonizar con cosas a miles de millas de distancia. El truco fue coger la frecuencia justa en el momento adecuado. Por el momento, está sintonizando con mi cara aquí en Alma Aleron. ¿Qué aspecto tengo?

James se inclinó hacia adelante, estudiando el extraño y brillante fenómeno.

—Como un fantasma mareado.

—Eso es lo más que consigue, por ahora —asintió Zane—. Aún así, es un gran salto para el Departamento de Comunicaciones Mágicas Experimentales. Raphael dice que probablemente consigamos una subvención por esto. De todas formas, solo tengo un minuto antes de que el polvo se asiente. ¿Cómo os va todo?

—Bien —replicó James—. Dile aquí a Cameron que no vamos a tener ninguna excitante aventura este año.

—Será mejor que no —estuvo de acuerdo Zane—. James me juró que se habían acabado el año pasado, Cam. Esa es la única razón por la que dejé que mis padres me arrastraran de vuelta a América. Vaya, estoy desapareciendo, puedo sentirlo. Estaré en contacto, chicos. Tenemos algunas otras técnicas que probar. ¡Será divertido!

—Muy bien, Zane —dijo James mientras la cara brillante empezaba a desintegrarse—. ¡Nos vemos!

—¡Espera! —chilló la voz de Zane mientras se hacía más débil—. ¡Te he oído decir que tu hermano estaba con los Slyth...? —Su voz se apagó cuando el brillante polvo de la polilla se desvaneció en el aire. Sobre la mesa delante de James, la polilla flexionó las

alas. Las desplegó otra vez y voló silenciosamente a través de la ventana abierta. James la cerró.

—¡Eso fue totalmente brillante! —exclamó de repente Cameron. James sonrió, sacudió la cabeza, y ahuyentó al chico con un ademán. El resto de los Gryffindors de la sala común volvió a sus asuntos.

—Eso es una completa estupidez —dijo Rose, volviendo a su asiento—. No existe nada parecido al Efecto Mariposa. Es solo una metáfora.

James sonrió petulantemente a Rose.

—¡Si que estás *loca* por él!

Rose le frunció el ceño.

—¿Ahora por qué demonios dirías algo así?

—Porque —dijo James simplemente—, esperaste hasta que se fuera para decir eso.

Rose se ruborizó y apartó la mirada, echando humo.

—¿Ves? —dijo James, codeándola—. No soy un imbécil en *todo*, ¿verdad?

Rose se aclaró la garganta y recogió su mochila.

—Disfruta de tus deberes de Transformaciones —dijo, poniéndose en pie—. Y por cierto, vi las respuestas de tus deberes de Historia de la Magia. Tres están mal, y *no* voy a decirte cuales son. —Batió las pestañas y sonrió dulcemente—. ¡Buenas noches!

James se derrumbó en su silla, observándola subir las escaleras del dormitorio de las chicas. Al otro lado de la habitación, Cameron le sonrió.

Nada de aventuras este año, pensó James. Eso era bueno, ¿no? Por supuesto que lo era. Además, el trío se había roto. Zane ya no estaba, estaba al otro lado del océano en una franja horaria completamente diferente. *Eso* no le había ocurrido nunca a Harry Potter. Siempre habían sido Harry, Ron y Hermione, el trío mágico, inseparables incluso hoy en día. No era así para James, y eso, se dijo a sí mismo, estaba bien. Dejemos que Albus tenga una aventura si no es una muy mala. Después de todo, era él el que según todo el mundo se parecía a su padre cuando era joven.

Le picaba la frente. Sin pensarlo, se la rascó, levantándose el pelo rebelde. Justo como le había dicho a Cameron, no había ningún relámpago allí. James no era su padre.

Cuando bajó la mano, vio a Scorpius Malfoy mirándole fijamente a través de la habitación. Su cara era inescrutable. Después de un momento, Scorpius apartó la mirada, como aburrido. Si había alguna prueba de que la era de las aventuras al estilo Harry Potter se había acabado, estaba sentada justo allí: Scorpius Malfoy con un emblema Gryffindor bordado en la túnica.

James suspiró, abrió su libro de Transformaciones, y empezó sus deberes.



Los primeros días de colegio pasaron en un borrón. James asistió a sus clases e hizo un esfuerzo concentrado por tomar notas y acometer sus deberes. Su diligencia surgía parcialmente de su propia determinación a no quedarse atrás desde principio de curso, pero también debido a la presencia de Rose en muchas de sus clases. Ella servía como una constante y desagradable fuente de competición ya que James estaba decidido a no permitir que su prima de primero le superara a pesar de su inteligencia natural.

Una clase que Rose no compartía con James era Cuidado de Criaturas Mágicas, que todavía era impartida por Hagrid. Hagrid avergonzó a James saludándole con un enorme abrazo de oso que le aplastó los huesos al principio de la clase.

—No tuve oportunidad de decírtelo en el funeral, James —dijo Hagrid en lo que él pensaba era un tono confidencial—, pero lamento mucho lo de tu abuelo Weasley. Arthur era un gran hombre, sí señor.

James asintió con la cabeza, un poco molesto porque se le recordara la muerte de su abuelo. Habían pasado algunos días desde la última vez que pensara en ello. Hagrid invitó a la clase a sentarse sobre la multitud de calabazas que maduraban en su jardín. Pasó la hora explicando de qué trataba la clase y describiendo a los animales que presentaría a los estudiantes durante el año. James no escuchaba particularmente atento, miraba en vez de eso al lago, sus pensamientos vagando melancólicos.

Durante su hora libre del miércoles, James se sentó con Ralph y Rose en una mesa en la biblioteca. Aprovechó la oportunidad para escribir una breve carta a sus padres. Cuando terminó, también se le ocurrió escribir una nota a su prima Lucy, como había prometido. Mojó su pluma y escribió lo primero que le vino a la cabeza.

Querida Lucy,

¡Hola! Espero que tío P. y tía A. no te estén arrastrando demasiado de un lugar a otro, pero si lo hacen, ojalá te estés divirtiendo mucho y viendo algunas cosas estupendas. El curso ha empezado bien. El nuevo profesor de Defensa es Kendrick Debellows, el famoso Harrier. Pregunta a tu padre si no sabes quién es. Un tipo bastante duro, y no tiene nada bueno que decir de los aurores, así que esa clase va a ser un ladrillo. Al te saludaría si supiera que te estoy escribiendo. ¡Terminó en Slytherin después de todo! Prometí que dejaría que fuera él quien se lo contara a mamá y papá, pero no dije que no pudiera contártelo a ti. Rose está sentada aquí mismo y te dice hola y que saques una foto de cualquier cosa genial que veas si estás en algún lugar interesante, incluso si estás ya harta

de ver cosas así. Dile a Mol que todos le enviamos recuerdos. Envía una carta y alguna foto en respuesta con Nobby, ¿vale?

Sinceramente,

James

James dejó que Rose firmara la carta a Lucy también. Cuando lo hubo hecho, recuperó la carta y la releyó. Después, pensativamente, añadió:

P.D.: Si te aburres, ¿podrías hacerme un favor? Busca lo que puedas encontrar sobre algo llamado el Guardián o el Centinela de los Mundos. Podría ser un poco difícil de encontrar, pero sé que te las arreglaras, y sería de gran ayuda. Pero no hables a nadie más de esto. Prometí mantenerlo en secreto. Gracias.

James terminó de escribir y después rápidamente selló ambas cartas y las metió en su cartera. Esa tarde, después de su última clase, Rose y Ralph acompañaron a James a la lechucería. Allí, James ató las cartas a la pata de Nobby mientras Rose y Ralph se quedaban cerca de la puerta.

—Me alegro de haber traído un gato —dijo Rose, arrugando la nariz—. Este lugar huele a rancio.

—Los gatos no entregan cartas —replicó James.

—Bueno, una lechuza no puede acurrucarse en tu regazo junto al fuego.

Ralph asintió.

—O vomitar una bola de pelo en tu zapato.

Rose le dio un codazo. James terminó de atar las cartas a Nobby y retrocedió.

—Lleva la carta a mamá y papá primero, Nobby. Lucy podría enviar algo en respuesta.

Nobby ululó en acuerdo. Extendió las alas, se balanceó sobre la perchera un momento, y después remontó el vuelo. James inclinó hacia atrás la cabeza mientras Nobby subía, pasando las filas de sus compañeras lechuzas, y desaparecía a través de la ventana en lo alto de la lechucería.

Mientras los tres estudiantes se abrían paso de vuelta a través del castillo para cenar, James preguntó a Rose con mordacidad.

—¿Qué tal tu primera clase de Defensa Contra las Artes Oscuras?

Rose apretó los labios y alzó su mochila.

—No me dejó hacer la carrera del guantelete.

Ralph la miró fijamente.

—Bueno, eso está bien, ¿no?

—No, Ralph, no lo está. Todos los chicos lo habían intentado. Deballows dice que las chicas son “demasiado delicadas” para ello. Nos hizo entrenar unas contra otras. Además, ninguna de las otras chicas se lo toma en serio. Fue una absoluta pérdida de

tiempo.

—En realidad no lo había notado —dijo James—, pero ahora que lo mencionas, tampoco hizo que ninguna chica hiciera la carrera del guantelete en nuestra clase.

—O se enfrentara al ogro de poleas —añadió Ralph—. Esa cosa puede estar acolchada, pero menudos porrazos da.

—Deberías alegrarte de ser una chica entonces, Rose —dijo James fervientemente—. Si eso te libra de pasar por esa fábrica de moretones.

Rose sacudió la cabeza, molesta.

—¡Los dos pasáis por alto la cuestión principal! Las chicas no son menos capaces que los chicos. Apuesto a que yo podría *machacaros* a la mayoría en la carrera del guantelete si tuviera oportunidad.

James la miró incrédulamente.

—¿Quieres atravesar esa cosa?

—Bueno —replicó ella, aplacándose un poco—, en realidad no. Quiero decir, parece muy brutal. Pero es el principio de la cuestión.

Ralph sacudió la cabeza.

—Esta es la primera vez en mi vida que desearía haber nacido chica.

—Voy a escribir a mamá y papá sobre esto —declaró Rose firmemente—. Cuando mamá oiga que...

La voz de Rose se apagó cuando una ráfaga de aire frío sacudió de repente su túnica. James y Ralph la sintieron también. Los tres se detuvieron en el pasillo, mirando alrededor.

James frunció el ceño.

—¿Qué fue eso?

Ninguno de los otros respondió. No parecía haber ninguna fuente obvia de brisa. No había ventanas en esta sección del castillo. Puertas cerradas se alineaban en las paredes, iluminadas por una serie de candiles que colgaban de cadenas. Mientras James miraba, el candil del final del pasillo se apagó. James dio un codazo a Ralph y señaló.

La voz de Ralph vaciló.

—¿Ese ya estaba apagado, o acaba de...?

El siguiente candil titiló y murió, como si alguien hubiera soplado la llama.

—Tal vez solo sea el viento —dijo Rose insegura—. Vamos, vayamos...

Dos candiles más se apagaron en rápida sucesión. James miró a Rose, después a Ralph, con los ojos muy abiertos. De repente, mucho más fuerte que antes, un viento frío cruzó el pasillo, pasando a través de sus túnicas y alborotándoles el cabello. Apagó el resto de los candiles, dejando el pasillo en medio de una lóbrega oscuridad.

—¡Mirad! —gritó Rose sin aliento, con la voz antinaturalmente alta. James y Ralph siguieron lo que su temblorosa mano señalaba. Había una figura moviéndose por el pasillo. Flotaba sobre el suelo, con la cabeza agachada, oscureciendo su cara. Vagaba hacia ellos veloz y silenciosamente. James agarró las mangas de Ralph y Rose, tirando

de ellos en un intento de retroceder, pero sentía las piernas congeladas. La figura se movía demasiado rápido. Casi estaba sobre ellos. De repente, justo cuando se abalanzada directamente frente a ellos, alzó la cabeza.

Ralph jadeó. Rose soltó un gritito. James parpadeó.

—*¿Cedric?* —exclamó, con el corazón palpitante—. ¡*¿Qué estás haciendo?!*

El fantasma de Cedric Diggory se enderezó y les sonrió.

—He estado practicando —dijo con su voz distante y fantasmal.

—*¿Le co... conoces?* —tartamudeó Rose, recobrándose un poco.

—Sí, le conocemos —replicó Ralph—. Eso no ha estado bien, Ced. *¿De qué iba, por cierto?*

Cedric pareció tomado por sorpresa.

—Soy el “Espectro del Silencio”. He estado practicando todo el verano, intentando crear un poco de ambiente místico. *¿Qué? ¿Ha sido demasiado?*

James asintió con la cabeza.

—Sí, yo diría que te has pasado un poco. *¿Puedes, ya sabes, encender las luces?*

El fantasma miró a los candiles apagados.

—En realidad, es mucho más fácil apagarlas que encenderlas. Esperad.

Cedric cerró los ojos y frunció la cara. Después de un momento, dos candiles titilaron hasta volver a encenderse.

—Eso está un poco mejor —dijo Rose—. Pero aún así. No lo vuelvas a hacer, *¿vale?* Al menos a mí no.

Cedric sonrió.

—Tú debes ser la hija de Hermione. Tienes su cabello, aunque un poco más pelirrojo.

—Prefiero el término “castaño rojizo” —dijo Rose—. De todo modos, sí. Encantada de conocerte, hmm, Cedric. Recuerdo haber oído hablar de ti. *¿Quieres acompañarnos a cenar?*

Cedric pareció pensativo.

—No creo. No es bueno para la mística, dejarse ver flotando por el Gran Comedor con todo el mundo allí.

—Los demás fantasmas lo hacen —comentó Ralph—. El Barón Sanguinario baja a casi todas las comidas, ondeando su espada y enseñando palabrotas a los de primero.

—Sí... —estuvo de acuerdo Cedric vacilante—. Eso está bien para él. Lleva aquí desde siempre...

James entrecerró los ojos.

—*¿Cuánta gente te ha visto, Cedric?* Quiero decir, sin contarnos a nosotros.

El fantasma flotaba nerviosamente.

—*¿Aparte de vosotros? Hmm... ¿cuenta el retrato de Snape?*

James negó con la cabeza.

—*¿Y qué hay del intruso muggle?*

—No.

—Bueno —admitió Cedric—, eso ha sido todo entonces.

—Espera un minuto —dijo Rose, alzando la mano—. ¿Eres un fantasma tímido?

Cedric hizo una mueca.

—“Tímido” no. Nunca fui tímido. Solo he estado... ocupado.

—¿Ocupado aprendiendo a apagar candiles y practicando para ser el “Espectro del Silencio”? —aclaró James, inclinando la cabeza.

—Mira, es diferente, eso es todo —dijo el fantasma—. No he bajado a cenar al Gran Comedor desde la noche en que morí, hace unos veinte años.

Ralph habló.

—¿Y? No ha cambiado mucho, supongo. Tal y como parecen las cosas ahí abajo, han estado funcionando igual desde los tiempos de los propios fundadores. Vamos, será divertido, aunque no puedas comer exactamente.

Cedric sacudió la cabeza tristemente.

—No puedo. Aún no. —Soltó un suspiro fantasmal—. La última vez que estuve allí, me senté con mis amigos. Estaba de camino a lo que esperaba sería una victoria en el desafío final del Torneo de los Tres Magos. Todo el mundo brindó por mí con zumo de calabaza y me deseó buena suerte. Les prometí contarles todas mis aventuras al día siguiente en la cena, con o sin la copa de la victoria... —Los ojos fantasmalos de Cedric se habían tornado pensativos—. Cho Chang se encontró conmigo en la puerta de salida del vestíbulo. Quería desearme buena suerte en el laberinto. Yo quería besarla, pero no lo hice, no allí mismo en la entrada del Gran Comedor con todo el mundo mirando. Me prometí a mí mismo que la besaría después. En realidad, creo que me importaba más eso que ganar la copa. Besar a Cho iba a ser el auténtico premio... —Cedric paró, después parpadeó, sacudiéndose a sí mismo. Miró a James, Rose y Ralph, como si recordara ahora donde estaban—. Pero eso nunca ocurrió, por supuesto. Parece que fuera ayer. Parece como si de ir a cenar, Cho fuera a estar allí, aguardando por mí. Estarían Stebbins y Cadwallader, y Muriel, todos ansiosos porque les regalara con los detalles de mi viaje a través del laberinto. Así es como lo siento yo, pero no es real. No estarían allí abajo. De veras que no. Han crecido y seguido adelante. Yo solo soy un recuerdo lejano. En vez de eso, mi vieja mesa estará llena de gente a la que no conozco. Ni siquiera me reconocerían. —Sacudió la cabeza de nuevo—. Tal vez algún día seré capaz de bajar. Pero aún no. No puedo.

Rose alzó la mano para palmar el brazo de Cedric, pero su mano lo atravesó directamente.

—Lo siento mucho, Cedric —dijo—. Puedes venir con nosotros siempre que quieras. Tus viejos amigos no estarán allí, pero podría haber nuevos amigos esperando.

Cedric asintió y sonrió, pero James no pensó que el fantasma creyera las palabras de Rose.

—¿Nos vemos por ahí? —le preguntó James.

—Claro —estuvo de acuerdo Cedric—. Tal vez todo el asunto del Espectro del

Silencio sea demasiado. La próxima vez bajaré el tono.

Los tres estudiantes se volvieron y recorrieron el pasillo. Cuando giraban la esquina, James miró atrás. No había rastro del fantasma de Cedric, pero James tenía el presentimiento de que todavía estaba allí de todos modos. Saludó con la mano, después se apresuró para alcanzar a Ralph y Rose.

Cuando pasaron el gran umbral que daba al patio, James se detuvo. En la penumbra azul de la tarde, un pequeño grupo de estudiantes se habían reunido cerca de la verja. James notó que eran todos Slytherins, y Albus estaba de pie en el centro de ellos. Con un sobresalto, James comprendió que era miércoles por la noche, la noche en que Tabitha Corsica había apartado para "hacer los arreglos" con Albus.

—Esperad —dijo James quedamente, deteniendo a Ralph y Rose. Tan casualmente como pudo, se paseó hasta la puerta y se deslizó entre las sombras, observando al grupo de Slytherins.

—¿Qué está pasando ahí? —preguntó Rose, uniéndose a James. James la silenció.

Tabitha estaba conversando con Albus, sonriendo encantadoramente, asintiendo con la cabeza. Philia Goyle y Tom Squallus permanecían cerca junto con algunos otros Slytherin a los que James no conocía. No podía oír lo que estaban diciendo. Cuando la multitud se movió, James vio que Tabitha Corsica sostenía algo largo y fino, envuelto en una tela negra.

—Es la mayor parte del equipo de quidditch Slytherin —explicó Ralph en voz baja—. Ahí está Beetlebrick. Es el guardián. Fiera y Havelock son los golpeadores.

James entrecerró los ojos.

—Es de suponer lo que Corsica tiene en esa funda negra.

Repentinamente, los Slytherins se giraron y comenzaron a salir del patio. Albus iba a la cabeza, riendo, y gesticulando alegremente. James se deslizó a través del umbral, siguiéndolos.

—¿Adónde vas? —preguntó Ralph.

—¿A ti que te parece? Voy a seguirlos. Corsica está planeando subir a Al en esa cosa maldita suya.

Ralph gesticuló ridículamente.

—¿Y qué planeas hacer, detenerlos?

—Sé que no puedes ayudarme, Ralph —dijo James rápidamente—, ya que son tus compañeros de casa y todo eso. Pero yo voy a ver qué están planeando al menos.

—No es eso —replicó Ralph—. Es solo que creo que es elección de Albus. Tengo la impresión de que... no deberías involucrarte.

—Lo tendré en consideración —masculló James sombríamente. Saltó al patio que se oscurecía rápidamente. Un momento después, oyó pisadas de alguien que le seguía.

—No tienes que venir, Rose —dijo James, deteniéndose en la verja del patio.

—¿Pero qué dices? —susurró ella ásperamente—. Iba a ir a espiarlos lo hicieras tú o no.

James le sonrió. Juntos, se agacharon y avanzaron furtivamente alrededor del borde de la verja, observando la partida de los Slytherins. La penumbra de la noche que se aproximaba tornaba dificultosa la visión. Un momento después, Rose señaló. James siguió la dirección y vio a las figuras con túnica subiendo una colina a cien metros de distancia. Se dirigían al campo de quidditch, por supuesto. Manteniéndose tan agachados como podían, Rose y James los siguieron.

Cuando se acercaban al campo, James indicó a Rose que le siguiera. La condujo por un camino sinuoso que rodeaba el costado de la grada Gryffindor. Tan silenciosamente como pudieron, se arrastraron hacia arriba por la escalera de madera hasta el nivel más bajo. Allí, agachados bajo la barandilla se asomaron al oscuro campo.

El grupo de Slytherins estaban de pie en la línea central. James podía oír sus voces de manera confusa. Tabitha parecía ser la que hablaba. Había alguno en movimiento cuando las figuras se apartaron, y James se maldijo silenciosamente a sí mismo por haberse dejado las gafas en la mochila.

—¿Qué pasa? —susurró impotentemente—. Apenas puedo ver quién es quien.

—Tabitha acaba de quitarle la funda a una escoba —susurro Rose en respuesta—. Parece estar explicando a Albus como funciona. Él parece bastante ansioso por probarla. Apenas puede estarse quieto. Parece que tuviera que ir al lavabo.

James pudo ver lo que ocurría a continuación. Tabitha le ofreció la escoba a Albus. Él la cogió con ambas manos y la contempló, después volvió a mirarla a ella. James no podía verle la cara, pero sabía que Albus estaba sonriendo con esa contagiosa y temeraria sonrisa suya. Finalmente, los otros Slytherins se alejaron de él, dejándole en el centro de un círculo desigual. Albus levantó la escoba con una mano, como probando su peso y equilibrio en la palma. Después, hábilmente, la lanzó al aire. La escoba bajó y osciló junto a él a la altura de la cadera. James luchó contra la urgencia de gritar una advertencia a Albus. James había montado en esa escoba una vez, y había sido un terrible desastre. Había algo extremadamente inusual en su magia. Había luchado contra James y casi le había matado. Cuando Tabitha la montaba durante los partidos de quidditch, parecía ejercer una influencia muy sospechosa sobre las escobas que la rodeaban, e incluso, sospechaba James, sobre la propia snitch. Rose enganchó una mano en el cuello de James y tiró de él hacia abajo. James no había notado que había empezado a ponerse de pie, preparándose para gritar una advertencia a su hermano. Miró a Rose fijamente, con los ojos desorbitados.

—No —dibujó ella con la boca, sacudiendo la cabeza.

James volvió a mirar al campo. Albus había extendido la palma y envuelto la mano alrededor del mango de la escoba que flotaba. Rápidamente, como sin pensarlo deliberadamente, pasó una pierna sobre ella, montándola a horcajadas, y pateó. La escoba salió disparada hacia adelante, girando lentamente y llevando a Albus bien alto en la profundidad de la noche. Alcanzó el nivel superior de las gradas y se detuvo gentilmente. Albus era simplemente una sombra negra recortada contra el cielo oscuro.

Mientras James observaba, se agachó sobre la escoba. Esta salió disparada hacia adelante, perfectamente controlada. En la distancia, Albus se ufanaba felizmente, su voz resonaba sobre las colinas cercanas.

Rose se inclinó hacia James.

—Tuve clase de vuelo con Albus el martes —susurró—. Entonces no podía volar así.

James apretó los labios en una fina línea. Miró furiosamente hacia la asamblea de Slytherins en el campo, pero no pudo sacar nada en claro. Si alguno de ellos estaba influenciando directamente el vuelo de Albus con sus varitas, él no podía verlo.

En el silencio de la noche descendente, James pudo oír el silbido y aullar del vuelo inaugural de su hermano. Albus subía y bajaba sobre el campo y las colinas cercanas, gritando de alegría. Finalmente, después de unos minutos de volar al azar, bajó en una larga y curvada zambullida sobre las cuatro gradas de las casas, ganando velocidad. James y Rose se agacharon tanto como pudieron cuando Albus pasó sobre el pasadizo Gryffindor. Él giró la escoba fácilmente y tiró de ella, flotando sobre las cercanas banderas en la cima de la grada. James contuvo el aliento, esperando que la sombra de los asientos fuera suficiente para ocultarlos a él y a Rose. Albus tomó un profundo aliento, apuntó la escoba hacia el campo, y de repente se detuvo. Parecía estar mirando directamente a James, pero en la oscuridad, era difícil de decir. Probablemente estaba mirando más allá de James, a los Slytherins reunidos en el centro del campo. Finalmente, Albus se inclinó hacia adelante. La escoba emprendió una enérgica zambullida, pasando sobre las filas de asientos. James se agachó tanto como pudo, temiendo que Albus pudiera pillarle cuando pasara sobre la barandilla. Mientras James se escondía, una mano bajó fugazmente y le alborotó el cabello. La estela del paso de Albus se asentó, y James oyó a su hermano reír mientras se internaba en la oscuridad más absoluta.

—¡Pequeño imbécil! —se irritó James. Rose le silenció.

Albus descendió en un apretado círculo, finalmente llevando a la escoba a aterrizar tan suavemente como una semilla de diente de león. Los Slytherins aplaudieron y se apiñaron alrededor de Albus, felicitándole.

—Un talento natural —entonó la voz de Tabitha sobre la brisa—. Justo igual que su padre.

—¡Y una leche natural! —siseó James por lo bajo. Rose tiraba de su túnica, empujándole hacia las sombras de nuevo. Juntos, observaron al grupo de Slytherins volver a cruzar el campo, sus voces perdiéndose en el creciente viento. Mientras observaba, James vio a Albus levantar la mirada hacia él y sonreír.

Después de un minuto, James y Rose bajaron de las gradas y desanduvieron sus pasos de vuelta al castillo.

—Viste como manejó esa escoba —exclamó James, luchando por mantener la voz baja—. O para ser más precisos, ¡como ella le manejó a él!

Rose respondió pensativamente.

—Admito que parece un poco sospechoso. Pero tú mismo dijiste que apenas pudiste controlar una escoba hasta que conseguiste tu Centella. Tal vez Albus solo necesitaba conseguir el tipo correcto de escoba para destacar.

James sacudió la cabeza, exasperado.

—No lo entiendes. Yo intenté montar esa escoba una vez. ¡Casi me mató!

—Bueno, se suponía que no debías estar montándola, ¿no? Algunas escobas nuevas están equipadas de ese modo. Incluso la tuya tiene la opción “Realzamiento Extragestual”, ¿no? Una vez se imprime contigo, cualquier otro que intente montarla tendría serios problemas.

—Mira —dijo James, lanzando las manos al aire—, tendrás que confiar en mí en esto, Rose. Esa escoba está maldita, de algún modo. Y probablemente fue Tabitha quien la maldijo.

Rose le miró de reojo.

—¿Por qué dices eso?

James sacudió la cabeza.

—Es una larga historia. Pero te diré una cosa, hay algo especialmente malvado en ella. Probablemente no me creerías si te lo contara. Los demás difícilmente lo hacen.

—Bueno —replicó Rose, manteniendo la voz tan nivelada cómo fue posible—, tal vez haya una buena razón para ello.

—¿De qué lado estás, por cierto?

—Perdón —dijo Rose, enfadándose—. ¿Quieres decir si estoy del lado de James Potter o del de Albus Potter? Porque no sabía que tuviera que escoger.

James suspiró profundamente.

—Olvídalo. Lo siento, Rose.

Rose le miró durante un largo momento mientras se acercaban a la verja del patio.

—El volar está en la sangre de los Potter, James. No puedes saber si Albus no es bueno simplemente de forma natural. La razón por la que se permite hacer las pruebas de quidditch a los de primero es por lo bueno que fue tu padre en *su* primer año. Pero si hay algo raro en esa escoba, o en la propia Tabitha Corsica, yo seré la primera en ayudarte a convencer de ello a Albus. ¿Vale?

James sonrió pálidamente.

—¿Lo prometes?

Rose asintió con la cabeza. Juntos, entraron en el patio y subieron a la luz del vestíbulo principal. Ralph estaba sentado al pie de la escalera principal, esperándolos. James sonrió.

—Voló en ella, lo apuesto —dijo Ralph, levantándose para unirse a ellos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Rose.

—Albus y el resto pasaron junto a mí de camino a cenar —dijo Ralph—. Albus se acercó y me dijo que te diera un mensaje cuando llegaras, James. Dijo que puede que te robe la plaza en el próximo partido familiar.

James puso los ojos en blanco y miró a Rose.

—No te rías —dijo, señalándola con un dedo.

—Yo no he dicho nada —replicó ella, cubriendose la boca con la mano—. Vamos. Entremos a cenar antes de que nos cierren las puertas.



Capítulo 6

El Rey de los Gatos

El jueves por la mañana, la primera clase de James y Ralph era Literatura Mágica. El aula consistía en una galería semicircular adjunta a la parte trasera de la biblioteca. Las ventanas estaban alineadas en la pared curva, llenando la habitación con la luz solar de la mañana. La nueva profesora de Literatura Mágica, Juliet Revalvier, estaba sentada en su escritorio, hojeando un gran libro mientras los estudiantes encontraban sus asientos. Comparada con la mayoría del personal docente de Hogwarts, la profesora Revalvier *era una mujer* relativamente joven y menuda. Su cabello rubio oscuro le llegaba a la altura del hombro, enmarcando un rostro abierto y amigable. Con sus gafas de lectura puestas, James pensó que se parecía un poco a un duendecillo listo.

— Tú no otra vez —susurró Ralph cuando Rose se deslizó en el asiento junto a él.

— Pedí específicamente entrar en esta clase si podía —explicó Rose, sacando su libro de texto de Literatura Mágica de la mochila—. Tengo todos los libros que pide Revalvier

en los clásicos de la literatura mágica. Incluso escribió ella misma algunas novelas, hace un par de décadas, aunque en su mayoría se comercializaron entre los muggles bajo un seudónimo. Todo fue un poco controvertido.

—Sí, creo que oí hablar de ello —dijo James, recordando a Cameron Creevey y sus novelizaciones de las aventuras de Harry Potter—. Era ella, ¿no?

—Bueno, ella y algunas otras personas. Fue un proyecto de prueba, encabezado por una de las grandes compañías editoriales del mundo mágico. Creo que el problema fue, en todo caso, demasiado éxito. El Ministerio terminó involucrándose y hubo bastante alboroto. Al parecer, publicar versiones reales del mundo mágico como ficción en el mundo muggle es una violación a la Ley de Secretismo, aunque el Wizengamot nunca la condenó por nada. *Fue despojada* de la mayor parte de sus derechos de autor, lo cual explica por qué terminó aquí, enseñando.

En ese preciso instante, la profesora Revalvier cerró su libro y se levantó, metiendo las gafas de lectura en su túnica. Consultó el reloj de la pared trasera de la sala y se aclaró la garganta.

—He aquí, ¿de qué manera estos mundos —dijo, sonriendo un poco y dejando vagar su mirada cara a cara por toda la habitación—, evocan en las almas de los hombres tan fácilmente las más primordiales piedras angulares del corazón? ¿Cómo se forjaron estos reinos que ninguna mano puede tocar, aunque laceran los cimientos de todo lo que es más genuino? ¿Me atrevo a declarar el pedestal sobre el que surgen estos reinos y componen los ladrillos de sus paredes? Ni piedra ni madera ni joyas preciosas pueden soportar los juicios del tiempo, más allá de los reinos engendrados por palabras, pensamientos y rima.

La profesora tomó un profundo aliento, y luego, con una voz diferente, dijo:

—Era una cita de una de las más antiguas y veneradas baladas del mundo mágico, *El Heraldo*. No hay constancia del autor de ese trabajo, ni ninguna fecha fiable de cuando fue escrito. No sabemos nada de la época en que se escribió: quién era rey, en qué ciudad se originó, ni siquiera la lengua que se utilizaba. Y, sin embargo, la balada en sí persiste. Si existe algo que pruebe el tema de la balada... que no existe un reino más hermoso, eficaz y duradero que el reino de las palabras... entonces esa prueba es *El Heraldo* mismo, que ha perdurado mucho más tiempo que la civilización en la que se engendró.

Por el rabillo del ojo, James veía a Rose garabatear apuntes febrilmente. Este, sabía, era justo el tipo de cosas para las que Rose vivía. Miró hacia abajo, a su propio pergamo, que estaba todavía en blanco, y se preguntó si valía la pena el esfuerzo de intentar tomar sus propios apuntes, o si había alguna esperanza de que Rose le dejará copiar los suyos.

—El mundo mágico es muy antiguo, y, por tanto, tiene una muy rica historia literaria —siguió Revalvier, gesticulando hacia los estantes de libros del fondo de la sala—. No tenemos ninguna esperanza de explorar siquiera una décima parte de esa historia. Sin

embargo, elegiremos las principales obras representativas de cada época, y nos sumergiremos en ellas tan profundamente como podamos, para entender mejor los tiempos de donde provienen. Mucha gente encuentra la literatura aburrida. Estas personas desafortunadas simplemente nunca han tenido las historias bien abiertas a ellos. Haré todo lo posible para abrir estas historias para vosotros, estudiantes. Con algo de suerte, veremos a estas historias cobrar vida. Y no sólo a las de la sección *especial* de la biblioteca donde los libros deben ser encadenados a los estantes para evitar que se escapen.

Hubo una breve ola de risa cortés. Revalvier la aceptó con una sonrisa de disculpa.

—Comenzaremos nuestra exploración de la literatura del mundo mágico con un desafío. En lugar de un clásico famoso o de una venerada balada, comencemos con algo un poco más accesible. Pidamos algunos voluntarios. Alguien me dirá, por favor, ¿cuál era su cuento favorito mientras crecía?

James recorrió el aula con la mirada. Una chica Ravenclaw llamada Kendra Corner levantó la mano. Revalvier asintió hacia ella alentadoramente.

—¿La historia que sea? —preguntó Kendra—. ¿Incluso si es corta?

Revalvier sonrió.

—*Especialmente* si es corta, señorita Corner.

—Bueno —dijo Kendra, sus mejillas se sonrojaron un poco—, mi historia favorita cuando era pequeña era *Las Tres Tontas y Viejas Gruñonas*.

—Muy bien, señorita Corner —dijo Revalvier—. Me imagino que muchos de nosotros hemos oído la versión de las tres ancianas llevando sus productos al mercado. Una historia muy antigua, esa, y un excelente ejemplo. ¿A alguien más?

Graham fue el siguiente.

—La historia que más recuerdo es la del gigante y las habichuelas. Donde un niño muggle encuentra ciertas habichuelas mágicas, y luego trepa al árbol mágico que surge de ellas. Un gigante vive en la parte superior, y el chico muggle trata de coger las cosas del gigante, pero el gigante capture al niño y lo hace picadillo. La moraleja trata de cómo la magia negligente ocasiona problemas a todos.

—Otro ejemplo clásico, señor Warton —estuvo de acuerdo Revalvier—, aunque la suya ilustra cómo las historias tienden a evolucionar con el tiempo, basadas en los cambios culturales.

Varios otros describieron sus cuentos favoritos, terminando con Rose, cuyo cuento favorito, no fue una sorpresa, resultó ser uno de los cuentos de Beedle el Bardo.

—*Babbitty Rabbity y su cepa carcajeante*. Mi madre me lo leía de una antigua versión del libro que heredó de un director anterior, Albus Dumbledore —dijo con cierto orgullo.

—Ciertamente, la mayoría de nosotros estamos muy familiarizados con *Los Cuentos de Beedle el Bardo* —dijo la profesora Revalvier, apoyándose cómodamente en su escritorio—, aunque no todos nosotros hemos sido tan afortunados como para haberlos

leído de tan ilustre fuente. De hecho, estos son todos muy buenos ejemplos de la literatura mágica clásica. Todos ellos tienen algunas cosas muy importantes en común. Todos son muy antiguos. Todos han sido principalmente transmitidos de boca en boca. Y todos pretenden enseñar importantes lecciones de la vida. No tan obviamente, estas historias nos enseñan cosas sutiles sobre los tiempos en los que fueron creadas. Por ejemplo, los días en los que una frágil y vieja mujer empujaba carritos de mercancías al mercado quedaron en el pasado y, sin embargo, nos parece familiar porque todos crecimos con la historia de *Las Tres Tontas y Viejas Gruñonas*. La belleza de la gran literatura, incluso en forma de cuentos infantiles, es que nos enseña cosas sobre la vida, la historia, el mundo en que vivimos, e incluso sobre nosotros mismos, hasta sin que nosotros lo sepamos. La cuestión es, que las mejores lecciones de vida son aquellas de cuyo aprendizaje no somos conscientes. Esas son las lecciones que la literatura puede enseñarnos. Veamos otro ejemplo, uno que no se ha mencionado hasta el momento. Cuando yo era una niña, mi historia favorita a la hora de acostarme era un cuento llamado *El Rey de los Gatos*. ¿Alguno de ustedes conoce esta historia?

Tentativamente, Ralph levantó la mano.

—Creo que yo, pero mi versión podría ser un poco diferente. Yo crecí con muggles. O eso creía.

—Muchas historias con orígenes mágicos han encontrado su camino hasta el mito y la leyenda muggle, señor Deedle. ¿Se atrevería a contarnos la versión con la que está familiarizado?

Ralph se lamió el labio superior por un momento, pensando.

—Bueno, está bien —estuvo de acuerdo. Tomó un profundo aliento y comenzó—. Un hombre fue a dar un paseo por el campo un día, realmente muy lejos de donde vivía. No había nadie más por allí y no encontró casas durante días en cualquier dirección. De repente, vio un montón de ratones. Al principio creyó que debía espantarlos, pero luego se dio cuenta de que no estaban actuando como ratones comunes. Parecían estar caminando en una especie de procesión, y llevaban algo. El hombre se acurrucó detrás de algunos arbustos porque no quería asustar a los ratones, pero sentía curiosidad por lo que estaban llevando. Cuando pasaron por delante de él, vio que llevaban a otro ratón en una camilla diminuta. El hombre se dio cuenta de que el ratón de la camilla estaba muerto, y que eso era algo así como una procesión fúnebre ratonil. Tan silenciosamente como pudo, siguió a la procesión a lo profundo del bosque hasta que llegaron a un claro grande y ancho, en el que brillaba al sol. En el centro del claro había una pequeña escalera de piedra que conducía a la nada. Solo subía y se acababa. Había un gran gato sentado en la parte inferior de las escaleras, bloqueándolas. Era dorado y parecía muy serio y solemne. El gato observaba la procesión ratonil mientras ésta cruzaba el claro, acercándose más y más cada vez. El hombre casi llama a los ratones porque estaba seguro de que el gato se los iba a comer, funeral o no. Pero entonces los ratones finalmente llegaron hasta el gato y se detuvieron justo delante de sus patas. Soltaron la

pequeña camilla y retrocedieron. El gran gato dorado estuvo observando todo el tiempo con sus enormes ojos verdes. Por último, se inclinó y dijo algo al ratón muerto. El ratón se levantó de un salto, vivo y bailando. Se lanzó como una flecha entre las piernas doradas del gato y corrió hasta la pequeña escalera de piedra. El hombre miraba, aún escondido, mientras el ratón llegaba justo al final de las escaleras de piedra, todavía subiendo. El ratón subió hacia el cielo, como si hubiese escaleras invisibles, hasta que quedó completamente fuera de la vista. El hombre no podía creer lo que estaba viendo. Cuando miró de nuevo hacia abajo, el resto de los ratones se habían ido. Sólo el gran gato dorado seguía allí, y estaba mirándole directamente con sus grandes ojos verdes. El hombre tenía miedo del gato, así que giró sobre sus talones y corrió tan rápido como pudo saliendo del bosque. No dejó de correr hasta que estuvo de regreso en la senda, y corrió por la senda todo el camino de vuelta a su propio país y a su propia casa. Esa noche, el hombre se sentó a cenar con su familia. Les contó todo lo que había visto ese día, y lo último que dijo fue "*;Ese gato era sin duda el Rey de los Ratones!*" Justo entonces, el gran viejo gato familiar, que hasta ese momento había estado durmiendo frente al fuego, saltó sobre sus patas y dijo, claro como el día, "*;Entonces yo soy el Rey de los Gatos!*" Y se lanzó hacia arriba por la chimenea y nunca se le volvió a ver.

Ralph terminó la historia y el cuarto quedó extrañamente en silencio. La profesora Revalvier había cerrado los ojos, como embebida en la historia. La brillante luz del sol de la mañana hacía que el aula pareciera extrañamente somnolienta. Parecía zumbar con calidez, en trance, como si el tiempo se hubiese ralentizado mientras Ralph hablaba.

—Una maravillosa narración, señor Deedle —dijo la profesora Revalvier, abriendo los ojos lentamente—. Fue de hecho ligeramente diferente a la versión que recuerdo de mi juventud, pero muy interesante. ¿Alguno del resto de ustedes había oído esa historia antes?

No hubo manos alzadas en la habitación. Ralph echó un vistazo alrededor, al parecer bastante sorprendido.

—¿Qué tiene de curioso esa historia? —preguntó Revalvier a la clase—. ¿Puede alguien señalar una diferencia específica entre este cuento y los demás que ya hemos mencionado?

Murdock levantó la mano.

—Primero que todo, no tiene ningún sentido.

La profesora inclinó la cabeza ligeramente.

—¿Es eso cierto? ¿Alguien más está de acuerdo con la opinión del señor Murdock?

Hubo asentimientos por toda el aula.

—No es que no me haya gustado —añadió Morgan Patonia, levantando la mano—. Fue bonito. Pero también es un poco espeluznante.

Revalvier entrecerró los ojos.

—Y al contrario a lo que cabría esperar, lo terrorífico es algo atractivo, ¿no?

Más asentimientos, a pesar de que iban acompañados de miradas desconcertadas.

—¿Por qué suponen que sus padres podrían no haberles contado esta historia, aparte del señor Deedle, por supuesto?

Hubo una larga pausa. Finalmente, Rose levantó la mano.

—Todas las historias que me contaban de pequeña eran historias bonitas —dijo—. A veces había brujas y magos en ellas, pero ninguna tenía ratones muertos ni nada parecido. Y todas tenían un final feliz o, al menos tenían una moraleja que los hacían parecer felices, aunque los personajes principales fueran desafortunados o hicieran lo equivocado.

Revalvier parecía pensativa.

—¿Y esta historia no es feliz? ¿No tiene alguna moraleja?

James no sabía qué responder a una pregunta tan obvia como esa. Las respuestas obvias nunca eran las correctas. Revalvier pareció aprobar el silencio.

—La tarea de esta noche, estudiantes, es escribir la historia de *El Rey de los Gatos* —dijo, colocándose detrás de su escritorio—. Preferiría que no se consultaran entre sí sobre cómo era la historia. El objetivo de este ejercicio no es repetir perfectamente la historia tal como la contó el señor Deedle, sino escribirla como la recuerden. Si sus versiones son un tanto diferentes, mejor que mejor. Examinar como las historias mágicas cambian al volverlas a contar es una muy interesante forma de averiguar cosas sobre el narrador. En este caso, el narrador serán ustedes mismos. Veremos después que hayan terminado esta tarea si todavía creen que la historia no tiene moraleja.

Revalvier se sentó detrás de su escritorio y se puso de nuevo sus gafas de lectura.

—Usted está exento, por supuesto, señor Deedle. Una recompensa por su deliciosa narración de la historia. Y ahora, clase, por favor diríjanse a sus libros de texto en el capítulo uno.

El resto de la clase quedó en una conferencia sobre los antecedentes históricos de la era dorada de la literatura mágica, a partir de la cual surgieron algunos de los más conocidos (y menos leídos) clásicos mágicos. Revalvier aseguró a los estudiantes que haría “todo lo necesario” para hacer que conectaran con las historias, y James tenía cierta esperanza de que pudiera tener realmente éxito en ese empeño. Sentía bastante curiosidad por ver cómo pretendía hacerlo, y ansiaba averiguarlo.

Cuando salían de clase, James dijo a Ralph:

—Buen trabajo, narrándolo así. Te salvaste del ensayo.

Rose preguntó:

—¿De verdad tu padre te contó esa historia cuando eras niño?

—En realidad, no —admitió Ralph—. Lo hizo mi abuela, siempre que me quedaba con ella.

James echó un vistazo a Ralph.

—Yo también asumí que había sido tu padre. Después de todo, tenía antecedentes mágicos, en su infancia.

Rose comentó:

—Bueno, es justo lo que la profesora Revalvier dijo. Un montón de historias mágicas se filtran a la cultura muggle como leyendas y mitos. Obviamente, *El Rey de los Gatos* es una de ellas. Así fue como la abuela de Ralph la conoció.

Ralph asintió.

—Ella sabía muchas historias como esa. Todas eran un poco raras e inquietantes, pero me gustaban como eran. Tenían... bueno, eran de tipo mágico. Tenía sueños realmente disparatados cuando me contaba esas historias. No sueños malos exactamente, sino... — Sacudió la cabeza, incapaz de encontrar la palabra adecuada.

—Eso me pasaba a mí cada vez que comía el paprikas¹ especial de tío Dmitri — intervino Graham—. Lo hace cada Navidad. Dice que el ingrediente mágico es raíz de mandrágora en polvo, pero mamá dice que el ingrediente mágico es una pinta de ron de duende.



James esperaba que el ensayo de Literatura Mágica fuera bastante fácil, pero cuando se sentó en la biblioteca esa noche con pluma y pergamo, se encontró mirando a la luna por la ventana, dando golpecitos con su pluma ociosamente. Finalmente, sacudió la cabeza como para aclararla.

—Es muy extraño —comentó a Ralph, que estaba concentrado en sus problemas de Aritmancia—. Te puedo recordar contándonos la historia en clase. Probablemente podría sentarme aquí y contártela de nuevo en este momento. Pero cuando intento anotarla, todo se enturbia en mi cabeza.

Ralph se echó hacia atrás y se estiró.

—¿Qué quieres decir? Si la puedes contar, ¿por qué no la puedes escribir?

—Se me va. Quiero decir, sé que empieza con un tipo caminando por el bosque. Anoto todo eso, y de repente, no puedo recordar si era de día o de noche cuando caminaba. Empiezo a imaginar por donde podría estar caminando. ¿Por qué está tan lejos de su propia casa? ¿Y cómo es que nadie más vive por allí en kilómetros y kilómetros a la redonda? Son ratones lo que ve, ¿verdad? Justo cuando empiezo a escribir, sigo imaginando ardillas. O campañoles.

—¿Campañoles? —repitió Ralph, haciendo una mueca—. ¿Qué demonios es un

¹ Plato caliente originario de Hungría y directamente relacionado con el gulash

campañol²?

—No lo sé —dijo James, alzando las manos—. Algún tipo de animal pequeño, creo. Pero esa es la cuestión. Esta historia se me escurre cada vez que intento escribirla. Es como si quisiera convertirse en otra cosa totalmente distinta.

Ralph pensó en ello y, finalmente, sacudió la cabeza.

—Eso no tiene mucho sentido. ¿Quieres que te la cuente otra vez?

James suspiró.

—No. Revalvier dijo que se suponía que no debíamos hacerlo de esa manera. Lo dijo como si se supusiera que debíamos escribir lo que sea que recordáramos. Solo que no esperaba tener que esforzarme tanto. Quiero decir, es sólo un cuento.

Ralph se encogió de hombros.

—Bueno, es un cuento mágico.

—No tu versión —respondió James—. Tu abuela muggle te la contó. Me imaginé que tenía que ser la madre de tu madre porque por lo que sabías, tu padre era huérfano.

Ralph asintió, pero permaneció en silencio.

James estaba a punto de hacer otro intento en su versión de *El Rey de los Gatos* cuando Petra Morganstern rodeó lentamente el extremo de una estantería cercana.

—Hola, Petra—, dijo James, intentando mantener la voz lo suficientemente baja como para no ganarse una mirada severa de la bibliotecaria.

Petra escaneaba lúgicamente la estantería, su mochila colgaba suspendida de una mano. Parecía no haberlo oído.

—¡He dicho “hola, Petra”! —repitió James, enmarcando su boca con las manos.

Petra se giró y alzó la mirada. Vio a James y pestañeó, con sus grandes y distantes ojos azules.

—Oh —dijo—. Hola, James. Perdón. No te vi —Se volvió de nuevo hacia los estantes de libros—. No estoy muy segura de lo que estoy buscando...

James observó a Petra mientras ésta recorría el pasillo, arrastrando su mochila.

—¿Qué le pasa? —susurró a Ralph, cuando Petra estuvo lo bastante lejos como para no poder oírla.

Ralph sacudió la cabeza.

—No sé.

Rose plantó una pila de libros sobre la mesa y se sentó.

—No hace daño adelantarse en Literatura Mágica —proclamó alegramente—. Estos son los diez libros que el libro de texto dice que deben ser leídos por todo bruja y mago pensante. Ya había leído cuatro de ellos, pero nunca hace daño repasar un poco.

—Oye, Rose —interrumpió James, estirándose hacia delante—. ¿Qué pasa con Petra?

—¿Petra? —repitió Rose, distraída—. ¿Por qué debería pasar nada con ella?

—Acaba de pasar hace un minuto y parecía una lechuza muerta.

² Nota: roedor que a menudo recibe el nombre de "ratón de campo"

Rose pensó por un momento.

—No tengo ni idea. Parecía estar bien hoy durante el almuerzo, aunque se fue rápido cuando le llegó el paquete.

—¿Qué paquete? —preguntó Ralph.

—Oh, vosotros dos ya os habíais ido —explicó Rose, sacando el libro que estaba más alto en su pila y abriéndolo—. Una lechuza del Ministerio le trajo una caja. Al parecer, era de su padre. Se marchó después de eso. Supuse que querría abrirla en privado.

James inclinó la cabeza.

—¿Por qué iba a llegarle un paquete de su padre con una lechuza del Ministerio?

Rose arqueó las cejas.

—Supongo que su padre trabaja allí. Mucha gente envía correo personal utilizando el correo de la empresa. Papá lo hace a veces, aunque mamá dice que no debería. Cosas así la ponen un poco nerviosa.

—Tal vez eran malas noticias de casa —caviló Ralph.

—Parecía algo más que una simple carta —respondió Rose—. Supuse que serían dulces de su madre o un regalo de cumpleaños o algo así.

James frunció el ceño, mirando en la dirección en que Petra había deambulado.

—Si los dulces de su madre la dejan así, la madre de Petra debe ser una cocinera bastante pésima.

Rose se animó de repente. Se inclinó y susurró:

—Me topé con Fiona Fourcompass en la sección de referencias, ¡y dijo que sabía por qué esta semana las clases de Estudios Muggles se habían aplazado tanto!

Ralph dijo:

—Creía que era sólo porque la profesora Curry no había regresado de algún tipo de viaje de investigación. Para mí, mejor. Puede quedarse de investigación todo el año.

—Eso tiene algo de verdad —asintió Rose—. Pero la clave es lo que ha estado investigando. Regresó ayer, y mañana por la tarde habrá una gran asamblea de todas las clases de Estudios Muggles de todos los cursos. Va a hacer un anuncio sobre las clases este año, ¡y sea lo que sea nos afectará a todos!

James parecía escéptico.

—¿Fiona Fourcompass te dijo eso? ¿Cómo lo sabía?

—Vio a la profesora Curry hoy temprano, fuera de su oficina —explicó Rose con gran seriedad—. Estaba desempaqueando tras su viaje y habló a Fiona de la asamblea. Dijo que las clases de la tarde terminarían temprano para que todos puedan asistir.

—¿Le mencionó de qué iba la cosa? —preguntó Ralph.

Rose sacudió la cabeza.

—No se lo dijo, y Fiona no preguntó. Pero siento mucha curiosidad.

—Bueno —respondió James—, nos hizo jugar al fútbol el año pasado, y en realidad fue bastante divertido. Tal vez sea algo así. Pero, ¿por qué toda la escuela a la vez?

—Demasiado para un partido de fútbol —estuvo de acuerdo Ralph.

Un rato después, James, Ralph y Rose advirtieron que se hacía bastante tarde. La mayoría de los estudiantes se habían ido y la bibliotecaria apagaba las lámparas cerca de las mesas desiertas. Los tres guardaron sus libros, plumas y pergaminos en las mochilas y se colaron entre los estantes.

—Oye, Rose —preguntó James—, ¿has empezado tus deberes de Literatura Mágica?

—¿El ensayo de *El Rey de los Gatos*? Eso fue lo primero que terminé. ¿Por qué?

James la miró fijamente.

—Sólo curiosidad, eso es todo. ¿No fue... difícil?

Rose se colgó al hombro la mochila de libros.

—Un hombre camina por el bosque, ve un montón de ratones en una procesión fúnebre, los sigue, etcétera, etcétera. Fueron los deberes más fáciles de toda la noche.

James frunció el ceño pensativamente.

—Oh. Bueno, genial.

—Quedé un poco confundida cuando llegué a la parte de la mofeta —añadió Rose, dirigiéndose hacia las puertas de la biblioteca.

—¿La mofeta? —preguntó Ralph, parpadeando.

—Sí. No podía recordar si estaba delante de las escaleras o sentada sobre ellas. Había olvidado también el color de sus rayas. Eran verdes, ¿verdad?

Ralph la miró fijamente, y luego miró de nuevo a James. James se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

Cuando abandonaban la biblioteca, James vio que había otra persona que seguía allí. Sentada en una mesa en la sala del fondo, sola en un charco de luz de una lámpara, estaba Petra. Tenía la cabeza agachada, su largo cabello negro le colgaba a ambos lados de la cara como una cortina. Sobre la mesa, delante de ella, había un simple pedazo de pergamo. James esperó a ver si levantaba la mirada, pero ni siquiera se movió. Le dolía un poco ver a Petra tan súbitamente melancólica. Consideró llamarla, pero decidió no hacerlo. De todos modos, lo más probable es que la vierá más tarde en la sala común. Tal vez estuviese para entonces de mejor humor.

James le dio las buenas noches a Ralph cuando se separaron en las escaleras. Rose le acompañó a la sala común donde se sentaron junto a la chimenea y jugaron un escandaloso partido de Winkles y Augers durante un rato. Finalmente, se dirigieron hacia las escaleras de sus respectivos dormitorios. Scorpius ya estaba en la cama. Estaba sentado, leyendo un libro llamado *Historias Verídicas de Dragones y Cazadores de Dragones*. Tenía puestas sus gafas sin montura, y éstas, de hecho, se las arreglaban para hacerle parecer más elegante que torpe. Echó un vistazo por encima de ellas cuando James entró en la habitación.

—Bonita historia para dormir —masculló James.

—¿Preferirías *Las Tres Tontas y Viejas Gruñonas*? —dijo Scorpius lánguidamente, pasando una página—. ¿O quizás una de los viejos cuentos de Revalvier sobre tu padre?

James echó atrás las mantas de su nueva cama. Las palabras “ESTÚPIDO POTTER

LLORICA” todavía brillaban en la cabecera con un ligero color púrpura. Los esfuerzos de James por eliminarlas habían resultado totalmente infructuosos. Se puso su pijama y se metió bajo las mantas, lanzando una mirada descontenta a Scorpius.

—He oído que tu hermano está intentando entrar en el equipo de quidditch de Slytherin —comentó Scorpius, con los ojos todavía en su libro.

James se sentó de nuevo.

—¿Mantienes estrechos lazos con la casa de tu padre, Scorpius? ¿Planea él venir a los partidos? Me pregunto a quién apoyará. Es todo un compromiso, ¿no?

—Tengo entendido que Albus está montando la escoba de Corsica —dijo Scorpius, mirando finalmente a James a los ojos.

James sostuvo la mirada penetrante de Scorpius, sin saber qué decir. ¿Se burlaba Scorpius de él? ¿O era acaso una especie de advertencia?

—Sí, lo sé —admitió James finalmente—. Lo vi. ¿Algún problema?

—Estuve volando con el queridísimo Albus a principios de semana, junto con tu prima Rose. Ha mejorado desde entonces, ¿no?

James se dio la vuelta.

—¿A ti que te importa, de todos modos?

—Nada, en realidad —dijo Scorpius—. Sólo intentaba tener algo de conversación. Supongo que tienes pensado entrar en el equipo Gryffindor, ¿no?

—Tal vez lo haga —admitió James—. ¿Y tú?

Scorpius no respondió de inmediato. James miró por encima de su hombro. Scorpius levantó de nuevo la mirada de su libro.

—No, Potter —dijo, suspirando—. El deporte organizado es tan... provinciano. Digamos que utilizaré mis talentos de formas menos obvias.

James puso los ojos en blanco y rodó sobre el costado de nuevo. Scorpius sólo intentaba fastidiarlo. Ese era su único talento y, al parecer, James era su objetivo favorito.

No fue sino hasta justo antes de caer dormido que se le ocurrió que no había visto a Petra aparecer por la sala común después de todo.



James apenas estaba terminando su desayuno a la mañana siguiente cuando Nobby se abatió sobre él y dejó caer una carta en su plato. La agarró rápidamente y saludó a Nobby, que se inclinó y aleteó subiendo entre las vigas, desapareciendo a través de una

ventana junto con el resto de las lechuzas mañaneras.

La carta era de Lucy, y era sorprendente gruesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Rose, inclinándose hacia James.

—Una respuesta de Lucy —respondió James, metiendo rápidamente la carta en su mochila.

—Entonces léela ya —dijo Rose, cogiendo otro pedazo de tostada.

James se levantó del banco.

—No puedo. Tengo que ir a clase. Tengo que llegar a la Torre Norte. Adivinación esta mañana.

—Yo estoy en la misma clase, James. Tenemos tiempo suficiente.

—Yo, eh, me dejé los deberes en el dormitorio. Mejor voy a buscarlos.

Rose le miró con suspicacia, pero él se giró, trotó y se alejó antes de que ella pudiera discutir. Tomó una muy tortuosa ruta en dirección a la Torre Norte, y se detuvo en una escalera vacía. Se sentó en la parte inferior y rebuscó la carta de Lucy en su mochila. La rasgó para abrirla y vio que el pergamino estaba envuelto en un recorte de periódico doblado. Leyó la carta primero.

Querido James:

Gracias por escribir. Ahora mismo estamos en casa, lo cual me gusta mucho, pero no viene muy bien para conseguir fotos interesantes para Rose, lo siento. Tenía un presentimiento sobre Albus. En realidad, no creo que nadie se sorprendiera de que terminara en Slytherin. Me preguntaba si yo podría terminar allí también. ¿Sería tan horrible? Espero que no. Papi me lo contó todo sobre tu profesor Debellows. Parece muy impresionado por él, y está muy orgulloso de haberse encontrado con él varias veces.

Busqué información sobre el Guardián como me pediste. En realidad había bastante. Sólo tenía que saber dónde buscar. Afortunadamente, desde que estamos en casa tengo acceso a la biblioteca mágica de Notting Hill. Mamá me lleva allí una vez por semana, aunque se moriría si se entera de las secciones en las que hice esta investigación. El Guardián tiene un montón de nombres, y todos dan bastante miedo, lo cual tiene sentido una vez sabes qué es. De acuerdo con los mitos antiguos, el Guardián es el vigía entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Vive en algo llamado el Transitus Nihilo —el vacío entre los mundos— y es un ser puramente mágico. Básicamente, es solo una enorme entidad al acecho porque no tiene cuerpo ni fronteras ya que vive en la pura nada. Supuestamente, no conoce aún la Tierra o a los seres humanos porque es demasiado arrogante para asumir que pueda haber alguna cosa viva aparte de él mismo. Pero lo que da más miedo es algo llamado “La maldición del Guardián”. Salazar Slytherin hablaba mucho de ello. Dijo que sería el “Juicio Final” para aquellos que le habían traicionado. Básicamente, la maldición dice que algún día el Guardián será convocado por una persona llamada el Embajador, que es un mago lo suficientemente poderoso como para viajar en el vacío. El Guardián sigue al Embajador en su retorno, y su aparición será un augurio de muerte y destrucción total.

Una vez que esté aquí, el Guardián se alimentará de horror y dolor, succionándolo de las personas como un vampiro chupa la sangre. Las leyendas dicen que estudiará a los seres humanos, aprendiendo la mejor manera de aterrorizarlos, y en el mayor número posible. Aunque al parecer, tendrá que asociarse con un huésped humano que esté dispuesto, un huésped que estará dispuesto a matar para demostrar su coraje. Todas las profecías dicen que este huésped humano será un hijo de la tragedia... probablemente quiera decir un huérfano, alguien sin nada que perder. Cosa muy, muy horripilante.

Siento bastante curiosidad, James: ¿por qué preguntas por esto? Me sorprendería que estuvieras estudiando algo así en la escuela. ¿Por qué necesitas mantenerlo un secreto? Esto es una seria y antigua magia tenebrosa. El libro en el que lo leí casi me mordió el dedo pulgar. Dime algo, ¿vale?

Con amor,

Lucy

P.D.: Esto es un recorte de un periódico muggle que vi cuando iba de camino a casa desde la biblioteca. Probablemente no sea nada, pero no pude evitar reparar en él después de lo que acababa de leer. No está conectado, ¿verdad?

James dobló lentamente la carta, con los ojos bien abiertos. Un sudor frío había empapado su frente. Las palabras de Lucy eran inquietantemente similares a algunas de las cosas que Farrigan, el esqueleto de la cueva, había dicho. Pero, sin duda, Merlín no podía ser realmente el Embajador de esa horrible criatura, ¿no? Al menos no intencionadamente. Pero de cualquier modo, ¿y si su larga caminata por el Vacío había convocado a esa cosa llamada el Guardián? James sacudió la cabeza preocupado. El recorte de periódico resbaló de su regazo y cayó al suelo. James lo miró. Podía ver por los colores y el tipo de letra que era de un periódico sensacionalista muggle. A regañadientes, lo recogió y desplegó. Leyó el titular, hizo una mueca y, a continuación, se sumergió en el artículo.

FAMILIA ENTERA ATERRORIZADA POR "DEMONIO ALIENÍGENA FANTASMA"; DOS SE VUELVEN LOCOS.

El pintoresco pueblo costero de Kensington Flats se ha visto estremecido este verano por rumores de una criatura fantasmal a la que los residentes han venido a llamar "criatura de humo y ceniza". Reconocida por su fantástica aparición, la entidad se mostró en varias ocasiones a lo largo de la tercera semana de mayo. En una de estas instancias, no menos de una docenas de aldeanos reclamaron haber visto a la entidad en el Colt and Cokerel, un pequeño pub a las afueras del pueblo. Aunque nadie estuvo dispuesto a hablar directamente con Desde Dentro, informes previos reclaman que la entidad exudaba un "palpable aire de horror y pánico, dando como resultado la sensación de extender e incluso contagiar la

locura”.

Estas visitas culminaron la noche del 17 de mayo cuando el hogar de Herbert Bleeker fue aterrorizado durante tres largas horas por la entidad. Los vecinos reclaman haber oído sonidos sobrenaturales provenientes de la casa al igual que todo tipo de gritos y extrañas luces. El señor Bleeker, un tendero de ultramarinos, junto con su esposa y un hijo adulto, Charlie, estaban dentro de la casa en ese momento, aunque los vecinos estaban aparentemente demasiado asustados para ir a comprobarlo.

A la mañana siguiente, los tres Bleekers fueron encontrados en su césped delantero, con aspecto, como describió uno de los testigos, “de tener los cerebros hechos papilla”. Después de ser examinados en el manicomio vecino de Dunfield, los Bleekers fueron declarados insensibles y delirantes.

Veinticuatro horas después, Charlie Bleeker, empezó a responder a los médicos. Describió la visita de la entidad como una noche de terror absoluto. “Fue como si estuviera diseccionando nuestros cerebros desde dentro”, se oyó decir a Bleeker. “¡Era como si nosotros fuéramos radios, y estuviera sintonizándonos, intentando hacernos sentir los peores horrores imaginables! ¡Fue monstruoso! ¡Terrible! ¡Como si ni siquiera supiera lo que éramos pero no fuera a parar hasta averiguarlo!”.

El señor Bleeker volvió a deslizarse hasta la incoherencia después de este corto acceso, aunque parece estar respondiendo moderadamente bien a los tratamientos. Sus padres, sin embargo, permanecen virtualmente comatosos. El profesor Liam Kirkwood, del Departamento de Investigación Paranormal de la Universidad del Norte de Heatherdown dice que tales manifestaciones van en aumento. “Informes similares han surgido por todo el país, y más allá. Principalmente, parece ser una especie de alienígena, investigando a la humanidad por sus propias razones insondables. Solo podemos esperar que sea cual sea su meta, no sea tan aterradora como inicialmente parece”.

Desde Dentro seguirá estos sucesos, proporcionando actualizaciones cuando los acontecimientos las avalen.

Lentamente, James dobló el recorte. Metió eso y la carta de Lucy de nuevo en el sobre. No puede haber una conexión, se dijo a sí mismo. Es solo una historia. Muchas de ellas son bastante sensacionalistas, ¿no? Extraterrestres, monstruos y caras de santos en tostadas. Aun así, la idea de la “criatura de humo y cenizas” le hizo estremecer. ¿Y si era el Guardián? ¿Y si ya andaba suelto sobre la Tierra y Merlín ni siquiera lo sabía? O peor, ¿y si lo sabía y era el responsable de ello? Simplemente no podía ser. Era demasiado horrible. James decidió que, de una manera u otra, tendría que averiguarlo. No sabía cómo hacerlo, pero encontraría un modo. Habiendo decidido eso, se sintió un poquito mejor. Metió la carta de nuevo en su mochila, se la colgó al hombro, y corrió el resto del camino hasta la Torre Norte.



—¡Vamos, vamos, estudiantes! —gritaba Kendrick Debellows entusiasticamente, paseándose a lo largo del embarcadero que daba al lago—. ¡No es octubre aún! El agua todavía está tibia. Mejor si saltáis directamente. Hacedlo de sopetón y os acostumbraréis enseguida.

James estaba de pie entre Ralph y Graham, con los dedos de los pies encogidos sobre el borde del embarcadero. El agua de abajo parecía fría y lodosa. Su cara reflejada le devolvía la mirada, tensa y preocupada.

—No sé que es peor —masculló Graham a través de los dientes apretados—, la idea de saltar a esa agua, o que me vean vestido con este estúpido traje.

Ninguno de los estudiantes había traído bañador a la escuela, por supuesto. Debellows, siendo insufriblemente persistente en sus metas, había localizado de algún modo un armario con trajes de baño muy viejos utilizados cierta vez para un equipo de lucha libre acuática oficial de Hogwarts. El traje de una pieza se extendía de los codos a las rodillas y era a rayas descoloridas borgoña y gris. Tenía un escudo de Hogwarts bordado en el centro del pecho.

—¿Quién ha oído hablar alguna vez de lucha libre acuática, ya que estamos? —dijo Ralph.

—Oh, estuvo de moda un tiempo, allá en los viejos tiempos —replicó Graham—. Las sirenas tenían un equipo. Cualquiera pensaría que no serían muy fuertes, viéndolas, pero supongo que en realidad son enjutas pero fuertes.

—¿Los estudiantes se ponían esto para luchar contra las sirenas? —dijo James, bajando la mirada a su traje de baño dos tallas demasiado grande.

—Sí, pero las sirenas hacían trampa a veces —explicó Graham—. Todo el evento fue descartado cuando encontraron al capitán de las sirenas con un grindylow en el cinturón. Al parecer lo utilizaba para azuzarlo contra sus oponentes y librarse de ellos.

Sobre la hierba que bordeaba el lago, las chicas de segundo supuestamente estaban haciendo flexiones, ondeando lanzas de punta romana unas contra otras. La mayoría parecía haber abandonado la actividad, escogiendo en vez de eso agruparse y observar a los chicos, sonriendo burlonamente o aburridas. Debellows las ignoraba.

—Esto es muy simple, estudiantes —gritó Debellows—. Saltar, nadar hasta la boyá, rodearla, y volver nadando al embarcadero. Puede parecer lejos, pero os aseguro que podéis con ello. Yo mismo lo hice seis veces esta misma mañana. ¡Energizante, ya lo creo! Ahora, ¿hay alguien más que no sepa nadar?

Los chicos se miraron seriamente, nadie se atrevió a levantar la mano. Unos pocos minutos antes el amigo de Ralph, Trenton Bloch, había admitido que aún no había aprendido a nadar. Esta le había parecido a James una forma potencialmente inspirada de librarse de zambullirse en el sombrío lago. En vez de excusar a Trenton, sin embargo, Debellows había conjurado un par de manguitos de goma para los brazos. Para horror de Trenton, el propio Debellows había inflado los flotadores, y después los habían embutido en los brazos del chico. Trenton tenía un aspecto miserable al final del embarcadero, con los brazos en jarras. Un par de chicas de la orilla se burlaban de él.

—¡Esto es una prueba de voluntad, amigos míos! —ladró Debellows—. En los Harriers, no solo teníamos que aprender a nadar grandes distancias, sino que se nos entrenaba para combatir en el agua, enfrentándonos a todo tipo de bestias acuáticas, desde esnarracudas hasta anguilas gritonas. Vosotros no os enfrentaréis a ningún combate en este caso, pero puede que introduzcamos la *hierba pantanosa* maldita más adelante en primavera si el profesor Longbottom puede producir un híbrido lo suficientemente domesticado. Por ahora, consideradlo natación por placer. Y ahora, a la una... a las dos... —Debellows alzó su varita, apuntando al cielo. Sonrió alegramente—. ¡Tres! —gritó, disparando un ruidoso estampido de su varita.

Desorganadamente, los chicos reptaron y se descolgaron hasta el agua por medio de métodos de lo más variados. Sus salpicaduras iban acompañadas por coros de gemidos y quejas.

—¿Todavía hay sirenas aquí? —siseó Ralph entre dientes, bajándose al agua fría y negra.

James asintió con la cabeza.

—Pero mi padre dice que las sirenas son lo que menos debe preocuparte.

—Maravilloso —jadeó Ralph, descendiendo hasta la barbilla e intentando no salpicar. Animosamente, se entregó a una espasmódica brazada de pecho, dirigiéndose a la boyá naranja a unos cincuenta metros de distancia. James le siguió.

Ralph era un nadador sorprendentemente bueno. Para cuando James estaba rodeando la boyá, finalmente habiéndose acostumbrado más o menos al agua, Ralph ya estaba subiendo la escalera del embarcadero. Debellows le cogió la mano y tiró de él hacia arriba, asintiendo aprobadoramente con la cabeza.

James completó su vuelta y agarró la resbaladiza escalerilla cubierta de algas marinas. Tragó accidentalmente un sorbo de agua del lago y esta se revolvió nauseabundamente en su estómago mientras salía. Se tambaleó sobre el embarcadero y se unió a Ralph y Graham. Los tres se quedaron de pie temblando, chorreando agua de sus trajes demasiado grandes.

—¡Paso ligero, Bloch! —bramó Debellows, formando una bocina con las manos en la boca—. Finge que te persigue un *escóriaco globo*. ¡Además puede que sea cierto! He oído que se los ha visto en el otro extremo del lago. Y tengo entendido que atacan a las salpicaduras.

—Profesor Debellows —llamó una voz. James se giró, castañeteando los dientes. La profesora McGonagall estaba de pie en dirección al castillo al final del embarcadero. Miró rápidamente alrededor pero mantuvo la cara neutral—. Se espera a los estudiantes en el anfiteatro en quince minutos. Recuerde que hoy las clases terminan antes.

—Casi hemos terminado, madame —gritó Debellows, palmeando a Ralph en el hombro—. Me atrevería a decir que la adelantaremos de camino a la asamblea si no se da prisa. —Se giró, dirigiéndose a los chicos del embarcadero—. ¡Ya habéis oido a la profesora! Coged vuestros zapatos y formad en fila. Os secaré al pasar, después disfrutaréis de un agradable trote hasta el anfiteatro. Podéis cambiaros después.

Debellows sacó su varita y apuntó a James, que era el más cercano. Una ráfaga de aire caliente hizo erupción de la punta, empujando a James hacia atrás un paso. Un momento después, estaba casi seco. Tenía el cabello de punta en la cabeza, como si fuera una corona.

—¿Tenemos que ir con estos estúpidos trajes de baño a la asamblea? —preguntó James incrédulamente.

—Son perfectamente decentes, señor Potter —replicó Debellows despectivamente—. Incluso elegantes, en mi opinión. No tenemos un momento que perder, estudiantes. El anfiteatro se encuentra al otro lado de la muralla este. Mostrémonos ejemplares y precedamos al resto de las clases hasta allí, ¿de acuerdo? ¡Ahora, a correr, amigos míos! ¡Y señor Bloch, ¿terminará su vuelta este año, o tendré que enviar al señor Deedle a buscarle?!

Para cuando James llegó al exterior de la entrada del anfiteatro, estaba sudando y sin aliento. La mayoría de las otras clases estaban ya reunidas y sus voces resonaban en la acústica natural del espacio. James hizo una mueca, viendo las cientos de figuras vestidas con túnicas arremolinándose. Era casi imposible no notar los enormes trajes de baño a rayas. James y Ralph se acurrucaron en la parte de atrás, intentando sin éxito ocultarse uno detrás del otro. Scorpius fue el primero en reparar en ellos. Pasó caminando con un grupo de alumnos de primero de Gryffindor, sonriendo burlonamente. Cameron vio a James y le sonrió y saludó con la mano. Su sonrisa se volvió ligeramente asombrada cuando vio el atuendo de James.

—Veo que ninguna de las *chicas* de segundo lleva traje de baño —comentó Rose, deslizándose junto a James—. Defensa Contra las Artes Oscuras, asumo.

James asintió con la cabeza.

—Buena suposición. Debellows dice que en realidad son bastante elegantes. Vamos, busquemos un asiento.

La última vez que James había estado en el anfiteatro había sido el curso anterior, la noche del primer debate estudiantil. Había sido una ocasión bastante desagradable, en la cual Tabitha Corsica había proclamado desde el escenario que Harry Potter era un fraude y un mentiroso. Se había evitado por poco un disturbio masivo gracias a la oportuna interrupción de los absurdos fuegos artificiales de Ted Lupin y los Gremlins.

Ahora, de día, el anfiteatro resultaba bastante alegre. El enorme escenario estaba casi vacío; mientras James miraba, un par de chicos mayores Ravenclaw prepararon a él desde el foso de la orquesta. Hicieron una profunda reverencia en el borde del escenario, y empezaron a poner caras y soltar pedorretas a la multitud. Hubo algunos aplausos espaciados y aullidos hasta que la profesora McGonagall los ahuyentó de vuelta a sus asientos.

Cuando James, Ralph y Rose avanzaron hasta una fila de asientos, Noah Metzker los llamó desde cerca.

—Interesante elección de uniforme, vosotros dos. Las rayas dicen “Azkaban” pero el corte grita “patio de ejercicios”.

—Ja, ja —se quejó James—. Tú serás el siguiente, Metzker.

—En realidad, ya hemos hecho el recorrido del lago —replicó Noah seriamente—. Espera hasta sexto curso. Debellow dispara hechizos punzantes hacia ti desde la orilla. Se supone que eso te enseña “disciplina mental para sobreponerte al dolor”.

Damien asintió gravemente con la cabeza.

—A todo lo que pude sobreponerme *yo* fue al ardiente deseo de recortarle la parte superior de la oreja.

James notó que Petra no estaba sentada con el resto de los Gremlins. En vez de eso estaba al final del pasillo, varias filas más abajo. Clavaba la mirada inexpresivamente en el escenario.

Finalmente, la profesora Tina Curry subió los escalones hasta el escenario. Vestía una capa azul deportiva sobre la túnica. Su cabello crespo había sido domado en un moño suelto.

—Saludos, estudiantes —llamó, alzando la mano hacia su garganta. Su voz amplificada resonó por el anfiteatro. El balbuceo de voces se apaciguó.

—Gracias por asistir a esta bastante inusual primera clase —continuó Curry—. Ya que casi todos estáis dando Estudios Muggles este año, siguiendo el nuevo plan de estudios específico de este curso, pensé que sería bastante interesante para todos comenzar el curso juntos. Como la mayoría ya sabéis, soy Tina Curry, profesora de Estudios Muggles, y el objetivo de esta clase es enseñarnos a entender los métodos y costumbres del mundo muggle. Hacemos esto por una variedad de razones, pero primordialmente porque, siendo brujas y magos, tenemos el beneficio de conocer el mundo muggle, mientras ellos no saben nada de nosotros. Nos incumbe a nosotros, por tanto, estudiar el mundo muggle, entenderlo tan bien como sea posible, para poder, si fuera necesario, mezclarnos en ese mundo y trabajar cómodamente dentro de él. Además, debemos recordar que compartimos una humanidad, apreciando nuestras diferencias sin crear prejuicios acerca de ellas. Así, como ejercicio, esta clase nos anima a sumergirnos en el mundo muggle, utilizando algunas de las ingeniosas herramientas y métodos que han desarrollado para compensar su naturaleza no-mágica. El año pasado, muchos de vosotros recordaréis que jugamos a un deporte muggle llamado “fútbol”,

utilizando solo los pies y una simple pelota no-encantada. En este curso, intentaremos algo a una escala mucho mayor. Esta iniciativa requerirá la cooperación de todas las clases. Cada uno de nosotros tendrá una tarea específica y acometeremos estas tareas sin utilizar hechizos, poción o encantamientos. Este curso, estudiantes, llevaremos a cabo una representación teatral de la famosa obra mágica, *El Triunvirato*.

Una oleada de charla atravesó la asamblea. James no podía decir si la respuesta general era positiva o negativa.

—¿De qué trata? —preguntó Ralph.

Rose susurró:

—Es una historia sobre un triángulo amoroso entre una joven princesa bruja llamada Astra y dos magos, Treus y Donovan. Donovan es el más viejo y más rico, Treus es joven, un capitán del ejército del rey. La vi con mi madre una vez cuando era pequeña. Tiene un enorme elenco. Debería ser interesante.

Cerca de la parte delantera de la asamblea, Havelock Baumgarten, uno de los golpeadores de Slytherin, se levantó, alzando la mano perentoriamente.

—Profesora Curry, *El Triunvirato* es una producción clásicamente mágica —dijo con su voz culta y bastante zalamera—. A causa de su naturaleza, depende de elementos mágicos cruciales. La secuencia del sueño, por ejemplo, requiere que la heroína vuele, imaginando ejércitos fantasma, y que presencie la predicción del hundimiento del galeón de Treus en un huracán. ¿Cómo podemos esperar ser fieles a la historia si se insiste en métodos estrictamente muggles?

—Una preocupación legítima, señor Baumgarten —replicó Curry—. Sin embargo, acabo de volver de una gira por algunas de las mejores producciones teatrales muggles, y debo decir que la pura ingeniosidad e inventiva de estas representaciones me han asombrado. De hecho, puede que les interese saber que incluso los muggles se refieren a ello como la “magia” del teatro.

Desde la multitud, Victoire habló.

—¿Pero cómo puede volar Astra sin levitación?

—Le sorprendería lo que puede lograrse con cuerdas y poleas, señorita Weasley —dijo Curry, sonriendo—. De hecho, creo que todos quedarán bastante impresionados por la cantidad de “magia” mundana que puede hacerse simplemente con pintura, vestuario, soportes, luces y un aparentemente interminable número de personal tras el escenario. Por eso he pedido a toda la escuela que involucre a todas sus clases en esta producción bastante extensa. El gran número de equipos y habilidades requeridas asegura que todos nosotros tendremos un papel vital en la producción. Yo serviré de directora, por supuesto. La producción se representará una sola noche, en este mismo anfiteatro, la última semana del curso. Sus padres y familias serán todos invitados a asistir. Será, estoy bastante segura, una noche que nunca olvidaremos.

La asamblea irrumpió en un balbuceo apagado otra vez, mientras todo el mundo consideraba este plan bastante inusual. La profesora Curry se aclaró la garganta.

—Para terminar —dijo, alzando la voz sobre la charla de la multitud—, he pegado varias hojas de inscripción en el pasillo inmediatamente adyacente al anfiteatro. Todo el que lo deseé puede solicitar un papel. Las audiciones serán en horario de clase, y los papeles serán otorgados al final de la próxima semana. Aquellos que no deseen actuar sobre el escenario puede apuntarse para la orquesta, el departamento de tramoyistas, vestuario, el equipo de luces, el equipo de utileros, etcétera. Estoy segura de que todo el mundo encontrará un área en la que disfrutará trabajando. Y ahora, ¡permítidme ser la primera en daros a todos la bienvenida al mundo del teatro! La asamblea concluirá ahora, permitiendo que todos tengáis tiempo suficiente para considerar vuestras opciones y apuntaros en lo que deseéis. Gracias, estudiantes y buenas noches.

Mientras la asamblea se dispersaba y goteaba hacia el enorme arco abovedado que daba al castillo, Rose dijo:

—Deberías apuntarte para un papel, James. Eres alto para tu edad. Apuesto a que podrías hacer de Treus.

James hizo una mueca.

—Ni hablar.

—¿Por qué no? —insistió Rose—. No me digas que te da miedo subirte a un escenario delante de todo el mundo.

—No —dijo James, mientras su cara enrojecía un poco—. Simplemente es una tontería. Quiero decir, si hiciéramos *El Último Asalto a Keirkengard*, podría apuntarme. Al menos en esa historia hay luchas de espadas y explosiones. Estaba pensando en apuntarme en el equipo de utileros.

—Sí —estuvo de acuerdo Ralph—. Yo voy a apuntarme en ese o en el departamento de tramoyistas. Hasta podría ser divertido. Vi una obra en Londres cuando era niño. Fue genial. Siempre creí que estaría bien trabajar tras el escenario.

—Yo me apunto para Donovan —proclamó Noah—. Ya me veo con esa apariencia de granuja mayor y misterioso. Debería encajarme bien.

—Qué pena que no esté Ted este año —comentó Sabrina—. Esto le encantaría. Me pregunto cómo le va con su entrenamiento.

Damien dijo:

—Le veremos en Hogsmeade el fin de semana. Tenemos planeado encontrarnos con él en el Triple Palo.

—Mientras siga trabajando con los Weasleys —intervino Noah—. He oído que George le hace trabajar como a un perro. Aunque Ted no se queja. Le pagan a comisión, y está hecho un anuncio ambulante, ¿verdad?

La multitud de estudiantes se atascó cerca del arco mientras todo el mundo se arremolinaba alrededor de las hojas de inscripción. Rose se alejó, presionando hacia el final del pasillo.

—Voy a apuntarme para Astra —gritó—. Probablemente sea un tiro a la desesperada, pero siempre puedo acabar en vestuario si eso no me sale.

Ralph también se abrió paso a empujones entre la multitud, dirigiéndose hacia la hoja de inscripción de los tramoyistas. James observó marchar a su amigo, y después estudió las hojas cercanas. La multitud finalmente había disminuido un poco, ya que la mayoría de los estudiantes habían encontrado felizmente su camino hacia una cena temprana. James miró alrededor, todavía remoloneando junto a las hojas de inscripción. Convencido de que nadie estaba mirando, se deslizó rápidamente hacia las hojas de los actores. Las repasó, encontrando la que estaba buscando. Agarrando la pluma que colgaba de un trozo de cadena, puso su nombre en el pergamo titulado TREUS.

Era una completa estupidez, se tranquilizó a sí mismo. Nunca conseguiría el papel. Solo era un capricho, un desafío personal. Aun así, había algo excitante y frívolo en la idea de actuar como el elegante protagonista masculino. No se resignaba a admitirlo ante Rose o Ralph. Si por pura suerte conseguía el papel, probablemente reconocería que en el fondo deseaba actuar. De otro modo, nadie lo sabría nunca, y eso sería todo. Antes de alejarse, James leyó el resto de los nombres de la hoja de inscripción. Había estado casi seguro de que el nombre de Scorpius estaría en la lista. No estaba, y se sintió un poco tonto por buscarlo.

James se paseó tan casualmente como fue posible hasta el grupo todavía reunido alrededor de la hoja de utileros. Ralph estaba justo terminando de poner su nombre en ella.

—Estoy en utileros y tramoyistas —dijo Ralph—. Espero poder entrar en ambos. ¿Tú en qué te has apuntado, James?

James terminó de poner su nombre en la hoja de utileros. Se giró, y mantuvo la cara inexpresiva, y gesticuló con la pluma antes de dejarla caer de vuelta en su cadena.

Ralph asintió y sonrió.

—Tal vez trabajemos juntos. Trenton se ha apuntado en utileros también, y Beetlebrick. Él no es tan malo si esquivas el tema del quidditch. ¿Has visto en qué se ha apuntado Albus?

James sacudió la cabeza. De hecho, no había visto a su hermano en toda la asamblea.

—Podemos preguntarle en la cena —replicó James—, vamos.



No era la primera vez que James se sentaba en la mesa Slytherin. El año anterior, se había unido frecuentemente a Ralph y Zane para las comidas en la mesa bajo el estandarte verde y plata. Solo ahora, sin embargo, comprendió James lo reconfortante

que había sido tener a su travieso amigo americano, que había sido un Ravenclaw, junto a él en estos casos. No había asientos cerca de Albus, que insistía en ser un personaje bastante popular en su nueva casa. James se sentó a regañadientes con Ralph y Trenton Bloch cerca del final de la mesa.

James estuvo distraído durante la comida. Estaba molesto por tener que ir tan lejos para atraer la atención de su hermano pequeño. Se suponía que tenía que ser al contrario, ¿no? Albus estaba siendo simplemente ingenuo. Creía que los Slytherins se sentían atraídos por él por su ingenio y personalidad, pero James sabía que solo estaban utilizándole. Tener a un Potter entre los Slytherins era una especie de victoria moral para Tabitha Corsica y su estúpido club Garra y Colmillo. James quería advertir a Albus que las amistades Slytherins no eran sinceras, pero también estaba un poco enfadado con él por dejarse engañar tan fácilmente.

Finalmente Albus se levantó de la mesa junto con el grupo de Slytherins mayores que siempre parecían acompañarle. James apartó su plato y se levantó también, con intención de alcanzar a Albus cerca de la puerta. Quería advertirle sobre la escoba de Tabitha, pero no era eso todo lo que quería decirle. Albus estaba aceptando todo esto de la asignación a Slytherin demasiado fácilmente, y James no podía evitar sentir que eso suponía una traición a su familia. Apretó la mandíbula mientras se giraba para alcanzar a los Slytherins junto a la puerta.

—James —sonó una voz. James miró a su espalda y se detuvo. Tabitha Corsica se aproximaba a él desde atrás, sonriendo encantadoramente. Aparentemente se había separado del perseverante cortejo de Albus. James simplemente la miró.

—Me alegra ver que todavía te sientes cómodo cenando en la mesa Slytherin —dijo Tabitha, con una cálida sonrisa—. Sé que hubo algunos... desacuerdos el año pasado. Me alegra de ver que eso no ha supuesto tiranteces en las relaciones entre las casas.

James sacudió la cabeza, su furia se alzaba.

—Déjalo ya, Corsica. No hay “relaciones entre las casas”. Solo porque Ralph sea mi amigo eso no significa que vaya a mostrarme todo sonrisas contigo y tu panda. No he olvidado lo del debate.

—Ni yo te perdonó que intentaras robar mi escoba antes del partido del campeonato del año pasado —dijo Tabitha, batiendo las pestañas coquetamente—. Pero he decidido dejar lo pasado en el pasado. He creído que tú podrías sentirte igual, considerándolo todo.

—¿Considerando que Albus terminó yendo a Slytherin solo para fastidiar a Scorpius?

—Espetó James—. No sabe lo que está haciendo. Y tú te aprovechas de él.

Tabitha frunció ligeramente el ceño.

—Lamento que te sientas así, James. Ocurre que creemos que Albus encaja muy bien con nosotros. Me contó que presenciaste su notable práctica de vuelo la otra noche, y quería que supieras que me alegro mucho de que lo hicieras. No hubo trampa allí. Albus tiene talento. Será una valiosa adición al equipo de Quidditch de Slytherin. Y ya que

mencionas a Scorpius Malfoy, yo creía que su selección te probaría precisamente lo que he estado diciendo todo el tiempo.

James miró hacia la puerta. Albus se marchaba sin poco más que una mirada atrás.

—¿Qué tiene que ver Scorpius con todo esto? —preguntó.

—Bueno —replicó Tabitha, arqueando las cejas—. Scorpius ha roto también con la tradición de su padre, escogiendo el valor y la lealtad sobre la ambición, eso prueba su valía como Gryffindor. O los Slytherins han cambiado, ya no son la casa de la avaricia y la corrupción, como era el caso en los días del padre de Scorpius. De cualquier modo... —sonrió, esperando a que James le dedicara toda su atención—, eso prueba que el Sombrero Seleccionador sabe lo que hace. Tu hermano es un Slytherin porque, James, es allí a donde pertenece. De verdad espero que no sientas la continua necesidad de interferir en eso.

—Es mi hermano —replicó James—. Interferiré siempre que lo considere oportuno.

—No te estoy amenazando, James —dijo Tabitha, la sonrisa desapareció de su voz—. Te estoy haciendo el favor de advertirte. Tu hermano es especial. Bien podría ser que nosotros los Slytherins fuéramos la única casa que pueda reconocer eso. Albus tiene un destino. Te digo esto como amiga: si alguien intenta interponerse en el camino de ese destino, aunque seas tú, lo hará por su propio riesgo y cuidado.

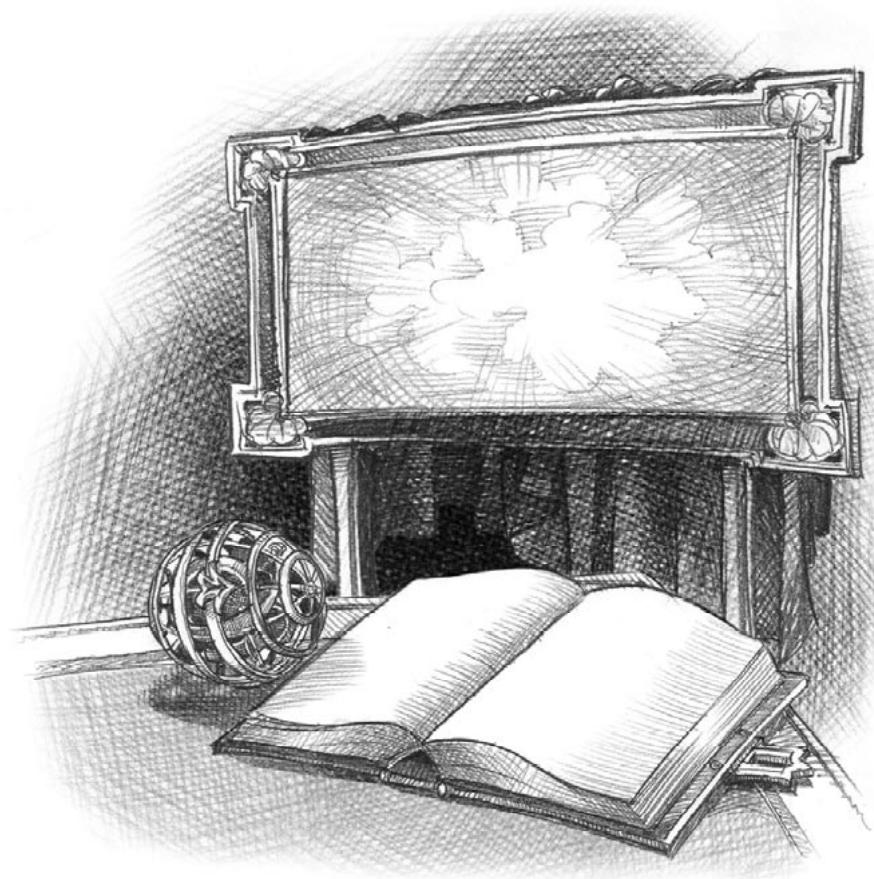
James estudió la cara de Tabitha. Parecía notablemente sincera, aunque era difícil confiar en nada de lo que ella dijera.

—¿Qué crees saber *tú* sobre el destino de Albus?

Tabitha le sonrió un poco de nuevo.

—Eso tendrá que contártelo él si quiere. Aunque sospecho que tampoco él lo ha comprendido aún. Mi consejo, James, es: observar y esperar. Y disfruta del éxito de tu hermano. Eso es lo que él haría por ti.

Con eso, Tabitha se giró, con su túnica balanceándose delicadamente, y abandonó el Gran Comedor.



Capítulo 7

Amsera Certh

Después de la cena, Ralph y Rose acompañaron a James a la sala común Gryffindor. De camino, James les habló de su conversación con Tabitha, pero ninguno de los dos pareció particularmente impresionado.

—Así es como habla siempre —dijo Ralph descartando la cuestión—. Incluso algunos de los Slytherins tienden a verla como una reina del drama.

—¿Quieres decir otros aparte de Trenton y tú? —preguntó James, arqueando una ceja.

—Parece que les gusta sinceramente Albus —comentó Rose, atravesando el agujero del retrato—. Tal vez sea cierto. Tal vez Albus *es* el chico del destino. Aparentemente, ese tipo de cosas se llevan en la sangre, como el cabello oscuro o la habilidad para el Quidditch.

—No tiene gracia —dijo James, pero no pudo evitar sonreír un poco.

—Deberías bajar conmigo a la sala común Slytherin alguna de estas noches —sugirió Ralph—. Ver por ti mismo como se desenvuelve Albus con todo el mundo. Honestamente, parece encajar bastante bien. No te preocupes más por eso.

Los tres se abrieron paso a través de la atestada sala común, uniéndose a Noah, Damien y Sabrina en un par de sofás en una esquina oscura.

—Precisamente hablábamos de ti, James —proclamó Noah, palmeando el acolchado del sofá a su lado. James se dejó caer en el sofá, feliz de estar entre amigos.

—Hemos tenido una idea —dijo Sabrina sabiamente, golpeándose ligeramente el costado de la nariz.

—¿Tiene algo que ver con la ventana Heracles otra vez? —preguntó Ralph, sonriendo—. Eso fue un gran éxito, hasta entre los Slytherins. Filch todavía no ha podido arreglarlo del todo. La cara de Heracles sigue revertiéndose a la de Malfoy de repente.

—Todo está en el juego de muñeca —dijo Damien orgullosamente, flexionando la mano.

—No, esto es incluso mejor —replicó Noah, inclinándose hacia adelante en el sofá y bajando la voz—. Es este desastre de Debells que tiene a todo el mundo echando espuma por la boca. Al parecer a la gente no le importa mucho un poco de entrenamiento físico; quiero decir, el tipo tiene razón en que luchar contra las Artes Oscuras a veces requiere un poco de auténtica lucha. Pero todo eso de sin-hechizos para los primeros cursos es demasiado. Y eso nos llevó a pensar...

—¡Esto ya ha ocurrido antes! —dijo Sabrina, golpeando a James en el hombro.

James miró a los Gremlins.

—Me estoy perdiendo algo —admitió.

—En los tiempos de tu padre —replicó Damien, poniendo los ojos en blanco—. El reinado de Umbridge la Terrible. No me digas que nosotros sabemos más de las aventuras de tu padre en la escuela que tú.

—No me sorprendería nada —dijo James, con una sonrisa ladeada—. Al parecer no he leído los libros adecuados.

Rose soltó un ruido molesto.

—Umbridge era la profesora de D.C.A.O. —explicó—. Se negaba a enseñarles ninguna técnica defensiva útil porque era un pelele del Ministerio, cuando el Ministerio estaba intentando aplastar cualquier rumor sobre el retorno de “El-que-no-debe-ser-nombrado”. —Pronunció el eufemismo con obvio sarcasmo.

—Lo recuerdo —dijo James finalmente, asintiendo con la cabeza—. Pero eso no es lo que pasa con Debells.

Sabrina interrumpió a James.

—En suma es lo mismo. Así que *tu* plan es resolverlo del mismo modo.

—Oh, no —dijo James, sacudiendo la cabeza—. De ningún modo. No voy a empezar otro Ejército de Dumbledore. Le dije a Cameron Creevey la otra noche que yo no soy mi

padre. No quiero que la gente crea que intento revivir todas sus viejas aventuras.

—No temas —dijo Noah, pasando el brazo alrededor de los hombros de James—. Nadie pensará eso. Por una razón, no podemos utilizar ese nombre.

—Estoy de acuerdo —replicó Damien—. Demasiado anticuado. ¿Tal vez “Ejército de Merlín”?

Sabrina sacudió la cabeza.

—Demasiado copia. ¿Qué tal “Auténtico D.C.A.O.”?

—Demasiado largo y demasiado comercial —replicó Damien.

—Mirad —interrumpió Noah—, el nombre no importa. La cuestión es que necesitas saber un montón de cosas. Si no las aprendes hasta que seas tan mayor y excelente como nosotros, será poco y demasiado tarde. Tienes que tomar la cuestión en tus propias manos.

—¡Pero yo no puedo enseñar nada! —exclamó James—. ¡A penas sé nada yo mismo!

—Entonces supongo que tienes que encontrar a alguien que te enseñe —respondió Noah, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué no vosotros tres? —disparó James en respuesta.

—Eso no puede ser —dijo Damien llanamente—. Por geniales e inspiradores que podamos parecer, no somos profesores. ¿Has oído hablar de la memoria muscular? Quiere decir que mis manos saben cómo lanzar un hechizo *expelliarmus*, pero mi cerebro ya no les sigue el rastro. Sería como intentar explicar cómo caminar. Es ya una segunda naturaleza. El caso es que necesitas a un profesor nato, alguien como tu padre con el Ejército de Dumbledore original.

James se volvió hacia Ralph y Rose.

—¿Vosotros dos no deberías estar hablando, diciéndome lo estúpida e irresponsable que es esta idea?

—La verdad —dijo Rose pensativamente—, creo que tiene bastante sentido. Quiero decir, es cierto que en realidad no estamos aprendiendo nada útil en las clases de Deballows. *Especialmente* las chicas.

—Y honestamente —añadió Ralph—, yo necesito toda la ayuda que pueda conseguir en magia defensiva. Esa es un área en la que nunca me he podido manejar muy bien.

—Yo puedo atestiguarlo —estuvo de acuerdo James a regañadientes—. Pero aún así, ¡esto podría meternos en un montón de problemas!

—No veo porque —razonó Rose—. Hay un montón de clases extracurriculares y clubs. No es como en los días de nuestros padres cuando Umbridge prohibía que cualquiera practicara hechizos defensivos. Podría ser un club escolar completamente legítimo. Todo lo que tenemos que hacer es conseguir el permiso del director. Podrías preguntárselo tú, James. Después de todo, Merlín te debe una.

James miró fijamente a Rose. Ella se encogió de hombros.

—Eso solo nos deja un problema —comentó Ralph—. ¿Quién nos enseñará?

—Necesitáis a alguien con buenos conocimientos básicos de las artes defensivas —

dijo Sabrina—. Alguien que sea un líder nato, con algo de experiencia en auténticas batallas.

A James se le ocurrió una idea. Se hundió lentamente en su asiento.

—¿Qué? —preguntó Rose, frunciendo el ceño.

—Creo que se me acaba de ocurrir quien sería el profesor perfecto —replicó James pesarosamente.

Ralph dijo:

—¿Entonces cuál es el problema?

—Que —dijo James con una sonrisa ladeada—, no creo que esté de acuerdo en hacerlo.

Rose entrecerró los ojos. Después de un momento, sonrió sabedoramente.

—¿Quién? —preguntó Noah.

—No puedo decirlo —respondió James—. Pero si podemos convencerle, os lo haré saber.

Los Gremlins parecieron un poco molestos por el secretismo de James pero satisfechos en general de que su idea hubiera sido adoptada. Después de un rato, el grupo se separó, dejando solo a James, Ralph y Rose en la esquina oscura.

—¿Crees que Cedric lo hará? —preguntó Rose ansiosamente, manteniendo la voz baja.

—¡Oh! —exclamó Ralph, golpeándose la frente—. Sabía que tendría que haber sabido de quién estabais hablando.

—Todo lo que podemos hacer es preguntarle —respondió James—. La gente dice que era un líder nato. Era lo bastante bueno para entrar en el Torneo de los Tres Magos, y superó todos los desafíos, así que tiene bastante experiencia.

—Y desde su perspectiva, lo tiene todo fresco —estuvo de acuerdo Rose.

Ralph preguntó:

—¿Pero dónde podemos encontrarle? El año pasado, simplemente aparecía cuando quería. En realidad no sabemos por donde anda.

James miró fijamente a Ralph, pensando.

—Puede que yo tenga una idea al respecto.

—Deberíamos preguntar al director primero —dijo Rose—. Así, no molestaremos a Cedric a menos que sea por algo seguro. Vayamos juntos; mañana, después del almuerzo. Eso nos dará la oportunidad de pensar en la mejor forma de presentar la idea.

James asintió.

—Suená bien, supongo.

—¿No crees que sea una buena idea? —preguntó Rose, inclinando la cabeza a un lado.

—No, supongo que es buena idea —admitió James—. Solo que odio la idea de que parezca que lo intento demasiado. Ya sabéis, hacer todo como lo hizo mi padre. Como dije a Cameron, yo no soy el del relámpago en la frente.

Rose estudió a James.

—¿Entonces por qué sigues frotándotela?

James dejó caer la mano, comprendiendo de repente que había estado tocándose la frente.

—¿Qué quieres decir?

—Llevas frotándote la frente desde hace unos días —replicó Rose—. Pareces un anuncio de Sombrero para el Dolor de Cabeza Haberdasher's.

—Es cierto —añadió Ralph, asintiendo con la cabeza—. Tal vez deberías ponerte más las gafas si el no llevarlas hace que te duela la cabeza.

James estaba algo molesto.

—No son mis malditas gafas. No sé qué es. Solo es que me pica, nada más.

—¿Tienes un picor constante en la frente? —Ralph parpadeó.

—No es “constante” —dijo James. Miró de Ralph a Rose—. ¿Lo es?

Rose parecía un poco preocupada.

—Tal vez deberías ir a ver a Madame Curio a la enfermería, James.

—Eso es lo último que necesito —dijo James, riendo ahogadamente—. No es nada, de verdad. Apenas lo noto. Sin embargo parece un poco raro.

—Has estado pensando demasiado en ello —dijo Rose razonablemente—. Nadie espera que seas tu padre. No te obsesiones.

James estaba de acuerdo, y esperaba que Rose tuviera razón. Cuando se despidió y subió las escaleras, se preguntó por el fantasmal picor de su frente. En realidad no había pensado siquiera en ello hasta ahora, pero era un tanto extraño, ¿no?, sentir un dolor persistente en el lugar donde su padre lucía la famosa cicatriz. De ningún modo iría a preguntar sobre ello a Madame Curio. Ya estaban bastante mal las cosas con Cameron Creevey esperando que disparara fuegos artificiales por el trasero por un lado, y Scorpius Malfoy acusándole de delirios de grandeza por otro. Lo último que necesitaba era que se extendiera el rumor de que a James Potter le estaba saliendo una cicatriz fantasmal con forma de relámpago. Especialmente teniendo en cuenta el hecho de que muy bien podría estar empezando un club semejante al Ejército de Dumbledore de su padre.

Cuando se estaba ya metiendo en la cama, se le ocurrió que, de no haber sido por la conversación que había tenido con Tabitha Corsica y por haber salido de ella preocupado y de mal humor, podría no haber accedido tan fácilmente a la creación del nuevo club de D.C.A.O. después de todo. Sus palabras le habían hecho sentir pequeño y ridículo, pero la idea de empezar un nuevo Club de Defensa le daba importancia de nuevo. ¿Era esa la razón por la que había accedido? Esperaba que fuera una buena idea, pero en realidad, estaba muy preocupado. Había dos pequeños obstáculos que debían superarse para lograr la creación del club. El primero era conseguir la aprobación de Merlín, el segundo era encontrar a Cedric y pedirle que les enseñara. Si alguno de los dos se negaba, el club nunca vería la luz. A James le parecía que había bastantes

probabilidades. Pensando en eso, cerró los ojos y se quedó dormido.



Una tarde gris y húmeda saludó a James, Rose y Ralph cuando terminaron su almuerzo del sábado y salieron a los terrenos de la escuela. Era uno de esos extraños días al comienzo del otoño, demasiado caluroso para llevar chaqueta pero con demasiada humedad y brisa para ir sin ella. Rose estaba acurrucada bajo un grueso jersey mientras James y Ralph tiraban piedras al lago, admirando las salpicaduras.

—Yo creo que deberíamos preguntarle directamente —dijo Ralph, alzando una piedra y estirando el brazo—. Como dijiste anoche, Rose, no hay ninguna razón para que diga que no.

—Eso es lo que creía entonces —replicó Rose—. Pero eso fue anoche.

James se giró a mirarla.

—Ha cambiado mucho desde entonces, ¿no?

—Anoche me quedé despierta hasta tarde leyendo —dijo Rose—. Quería leerme por adelantado alguno de los libros sugeridos en nuestro libro de texto de literatura, como os dije en la biblioteca.

—Está claro que no malgastas el tiempo —comentó Ralph.

—Ocurre que me gusta leer. Además, como era de esperar, nuestro director aparece ocasionalmente en algunos de esos libros y pensé que valdría la pena echar un vistazo a su historia antes de que habláramos con él.

Ralph bajó el brazo de lanzar y levantó la mirada al cielo, guiñando los ojos.

—Es tan raro. Estaba allí cuando ocurrió, pero sigo olvidando que nuestro director es el famoso Merlín de todas esas viejas leyendas y mitos. Es un poco duro acostumbrar tu mente a ello, ¿no?

—Te diré que mucha gente encuentra un poco inquietante que Merlinus Ambrosius sea director de Hogwarts —dijo Rose significativamente—. Y he averiguado por qué, un poco. Hay un montón de historias sobre él en los viejos libros de reyes. Es casi imposible comprobar qué es inventado y qué pudo ser real, pero incluso si la historia tuvo un diminuto rastro de verdad, es bastante preocupante.

—¿Como qué? —preguntó James, extrayendo una gran piedra de la orilla del lago.

—Como que los reyes solían alquilarle para maldecir ejércitos. No ejércitos *malos*, necesariamente; simplemente cualquier ejército que a cualquier rey con suficiente oro le disgustara. Más de una vez, cuando Merlín llegaba hasta el ejército al que le habían

pagado para maldecir, *ellos* enviaban gente para pagarle más a cambio y que maldijera al rey que originalmente le había contratado. ¡Y lo hacía!

—A mí eso me suena bastante práctico —dijo Ralph, sopesando una piedra con ambas manos. Esta salpicó cerca, mojando los zapatos de James y Ralph.

—Esto no tiene gracia, Ralph —amonestó Rose—. Era un mercenario mágico. ¡Un hombre así no tendría ninguna lealtad en absoluto! Algunos de esos ejércitos a los que maldijo... fueron completamente masacrados, a veces incluso antes de acudir a la batalla. Había inundaciones, ciclones, incluso terremotos en los que la tierra se abría directamente bajo el campamento del ejército, tragándoselos a todos.

—Eso no puede ser cierto —comentó James—. Quiero decir, Merlín es poderoso, pero nadie puede hacer eso.

—Olvidas de dónde Merlín saca su magia —replicó Rose como si hubiera estado preparada para tal argumento—. Según las leyendas, Merlín puede conectar con el poder de la naturaleza. Lo vimos hacerlo la noche en la que nos llevó a recuperar sus cosas. La naturaleza es enorme, y era enormísima por aquel entonces, con menos civilización. ¿Quién sabe lo que un mago así podría ser capaz de hacer?

Ralph se limpió las manos en los pantalones.

—No creo que “enormísima” sea una palabra.

—No empieces a corregirme —dijo Rose, mirando de James a Ralph—. ¿Por qué ninguno de los dos os tomáis esto en serio?

—Porque como dije, estuvimos allí, Rose —replicó Ralph—. Vimos al hombre aparecer desde la Edad Oscura. Trabajamos con él los días siguientes. Nos ayudó a librarnos de ese reportero muggle, que estaba a punto de destapar todo el mundo mágico. Estuvo absolutamente genial con eso. Puede que fuera una bala perdida en el pasado, pero ahora es diferente, ¿no? Está intentando ser bueno, y parece estar yéndole bastante bien.

—Bueno —dijo Rose—, no es solo que fuera una bala perdida.

James se dejó caer en la hierba junto a ella.

—¿Qué? ¿Ponía catchup a los huevos? ¿Dibujaba mostachos a los retratos?

Rose le miró, y después apartó la vista.

—Según algunas leyendas, se suponía que era el portador de la más horrible de las maldiciones. Su retorno sería el augurio del fin del mundo.

James sintió una punzada de preocupación ante eso, pero mantuvo la voz firme.

—Esta es la parte donde es difícil separar los hechos de la chiflada invención, ¿no?

—Ríete siquieres —dijo Rose—, pero la profecía aparece en un montón de lugares. Algunos le llaman el Mensajero de la Aniquilación. Otros solo le llaman su Embajador; ¿de qué?, nunca lo dicen. Es bastante espeluznante —admitió ella, estremeciéndose—. Especialmente cuando estás leyendo en medio de la noche.

—Por ahora, solo ha sido el Embajador de diez puntos extra para Gryffindor y Slytherin por haberle ayudado a recuperar una caja mágica —dijo Ralph, encogiéndose

de hombros—. Vamos, son casi las dos. Nos estará esperando.

—¿Vienes, James? —preguntó Rose, poniéndose en pie.

James levantó la mirada.

—¿Qué? Oh. Sí, claro.

Los tres anduvieron pesadamente a través de la nebulosa tarde, dirigiéndose hacia el patio. En la distancia, el trueno retumbó como una amenaza velada y el viento comenzó a rachear. James estaba pensando bastante nerviosamente en el esqueleto de la cueva, Farrigan, el largamente perdido colega de Merlín, y en la carta de la prima Lucy sobre el Guardián. A la luz de estas cosas, la historia de Rose sobre la legendaria maldición de Merlín sonaba incómodamente familiar. James no podía recordarlo exactamente, pero el esqueleto había dicho algo sobre una puerta, y sobre cosas que la habían atravesado, todo a causa del retorno de Merlín. Al menos los borleys habían pasado. Merlín lo había reconocido. Pero afirmaba haberlos capturado a todos excepto al último, el que había seguido a James desde esa noche en el Santuario. Merlín los tenía atrapados en su misteriosa bolsa oscura. Pero el esqueleto había advertido sobre algo más, algo peor. Como las leyendas, también él había llamado a Merlín el Embajador, pero Farrigan había identificado a la cosa a la que supuestamente Merlín precedía: *el Vigilante, el Centinela de Mundos, el Guardián*. La carta de Lucy había corroborado esas leyendas, y ahora las investigaciones de Rose las confirmaban también. James se estremeció mientras seguía a Rose y Ralph al interior del castillo.

Se dirigieron a través de los pasillos vacíos de fin de semana, pasando aulas y pasillos oscuros. Finalmente alcanzaron la gárgola que custodiaba la entrada a las escaleras en espiral.

—¿Recuerdas la contraseña, Rose? —preguntó Ralph—. Yo ni siquiera podría pronunciarla, y ya sabes como son sobre escribir cosas como esas.

Rose arrugó la frente, pensando. Finalmente, pronunció cuidadosamente.

—*In ois oisou*.

La gárgola se movió con el sonido de piedras rechinando. Se hizo a un lado, revelando el umbral.

—¿Qué significa eso? —preguntó James mientras saltaban a la escalera que subía.

Rose sacudió la cabeza.

—Más de ese galés antiguo, supongo. ¿Quién sabe lo que significará?

Llegaron al vestíbulo fuera de la oficina del director y James extendió la mano para hacer sonar el llamador.

—Espera —dijo Rose, agarrando el brazo de James—. ¿Recordáis esta mañana? Nos dijo que esperáramos fuera. Dijo que tenía otra cita antes que nosotros.

James lo recordó. Bajó cuidadosamente el llamador y los tres se colocaron en un banco largo situado de cara a la puerta del director.

En la pared más cercana a la puerta, entre un arreglo de viejas pinturas y retratos, había una cara que James reconoció.

—Mira —James codeó a Ralph, señalando—. Le recuerdo. El viejo Cara de Piedra le utilizó en Tecnomancia el año pasado para enseñarnos sobre retratos mágicos.

El retrato de Cornelius Yarrow, anterior secretario de finanzas de Hogwarts, estudió a James sobre sus gafas.

—Yo también te recuerdo, jovencito. Hiciste un número bastante impropio de preguntas referentes al tema. Espero que quedaras satisfecho.

—Sí —respondió James—. Me gustó especialmente la parte sobre cómo sólo el artista original puede destruir un retrato mágico. Fue realmente malvado cuando Cara de Piedra derritió su pintura de ese horrible payaso.

—Tu profesor Jackson se dejó un pequeño detalle —resopló Yarrow, irritado ante el recuerdo—. Hay otra persona que puede destruir un retrato, aunque nunca se ha sabido que ocurriera.

—Parece un detalle demasiado importante para que uno se lo olvide —James frunció el ceño dudosamente—. Francamente, con el debido respeto, en este tema confío bastante más en él que...

Dos cosas ocurrieron simultáneamente, interrumpiendo a James. La puerta de la oficina del director se desatrancó y abrió y una puñalada de dolor se disparó a través de la frente de James. Se llevó una mano a la cabeza y cerró los ojos con fuerza, siseando por la sorpresa.

—¿James? —preguntó Rose, preocupada.

Casi tan rápidamente como había venido, el dolor se desvaneció. James mantuvo la mano en la frente pero se arriesgó a abrir los ojos. Lo primero que vio fue el panorama a través de la puerta abierta del director. Merlín estaba de pie tras su escritorio, con la cara seria y los ojos penetrantes. Estaba mirando muy duramente a James a través del umbral, pero su cara no parecía preocupada o alarmada. Si acaso, parecía intensamente vigilante, quizás incluso cauto.

—¿Estás bien, James? —preguntó otra voz. James bajó la mano y miró alrededor. Petra Morganstern estaba de pie en el vestíbulo, justo habiendo salido de la oficina del director. Parecía ruborizada, y sus ojos estaban rojos como si hubiera estado llorando.

—Estoy bien —respondió James—. De... debería ponerme las gafas. —Miró fijamente a Rose y Ralph, advirtiéndoles que no dijeran nada.

—Oh —dijo Petra, apartando la mirada—. Bueno, te veo luego. Tengo... cosas que hacer.

James la observó alejarse, preguntándose una vez más por qué Petra parecía tan melancólica de repente. ¿Y qué demonios le había dicho Merlín para contrariarla aún más? James se levantó, volviendo a mirar una vez más a la oficina de Merlín. Merlín ya no le dirigía esa mirada dura y vigilante. Estaba girado de lado, estudiando un complicado dispositivo de latón que tenía en las manos.

—Adelante, amigos míos —llamó Merlín sin mirarles.

Cuando los tres estudiantes entraron en la oficina, James no pudo evitar mirar

alrededor con asombro. Salvo por los retratos de los antiguos directores y el escritorio, la habitación era virtualmente irreconocible comparada con el mismo espacio que McGonagall había ocupado el curso anterior. Un enorme cocodrilo disecado colgaba del techo, en lo que parecía la exhibición de un museo. Había estantes atestados del suelo al techo, llenos de enormes volúmenes de gruesas cubiertas de piel. Junto a estos había herramientas arcanas y utensilios, no más pequeños que un gabinete, y todos asombrosos. Junto a la pared, detrás del escritorio de Merlin, había una campana de cristal que alojaba un grueso saco oscuro, colgando de ganchos de plata. James lo reconoció como la misteriosa bolsa oscura. La pieza central de la habitación, sin embargo, era un enorme y largo espejo con un marco dorado rectangular. La superficie plateada del espejo solo reflejaba a medias la habitación. Más allá del reflejo, una arremolinada y plomiza niebla giraba y se movía. Era a la vez hermoso y vagamente repugnante. El espejo descansaba sobre un largo soporte de latón en el centro de la habitación, de cara al escritorio del director.

—Como prometí —dijo el director—, el contenido de mi almacén. No todo, por supuesto, pero lo suficiente para hacer mi trabajo más fácil.

Solo había una silla ante el escritorio del director. James, Ralph y Rose se apiñaron alrededor, aunque ninguno escogió sentarse en ella. Continuaron estudiando la habitación con asombro.

—Se ha fijado en mi espejo, señor Potter —dijo Merlin casualmente, todavía sin levantar la mirada del extraño artefacto que estaba sujetando—. Muy curioso, ¿verdad? Veo que desea preguntarme por él. Por favor, siéntase libre de hacerlo.

—¿Qué hace? —replicó James a secas.

—La auténtica pregunta, señor Potter, es qué no hace —dijo Merlin, dejando finalmente el artefacto sobre su escritorio y levantando la mirada—. Es el legendario *Amsera Certh*, la quintaesencia del espejo mágico desde tiempo inmemorial. Con la ayuda de su Libro de Concentración, puede mostrarte el pasado y el futuro. Puede mostrarte lugares en los que has estado y reproducir antiguos recuerdos. Puede decirte, si lo deseas, quién está en la tierra más lejana. No veo el propósito práctico de semejante información, pero el diseñador del espejo era un poco excéntrico.

Merlin se puso en pie y rodeó lentamente su escritorio, aproximándose al espejo.

—Se hicieron solo dos espejos semejantes. El hermano de este pertenecía a un colega mío, que, como todos mis colegas, murió hace mucho. Ese espejo, por tanto, también se perdió entre las nieblas del tiempo.

Rose miró fijamente a la arremolinada neblina plateada en el espejo.

—¿Por qué solo se hicieron dos?

Merlin extendió la mano hacia el espejo y tiró de un cordón. Una gruesa cortina negra cayó sobre la cara del espejo.

—Tales piezas son difíciles de crear, señorita Weasley. Y lo que es más importante, el mundo solo puede contener un cierto número de artefactos mágicos poderosos. Su peso

desequilibra el cosmos. Demasiados a la vez pueden causar... arrugas. Antes de mi retorno, yo vivía en un tiempo mucho más oscuro donde tales arrugas eran bastante comunes. Afortunadamente, la época que ahora ocupamos está mucho mejor ajustada. Aún así, quedan unas pocas reliquias de esa era de extraordinarios artilugios mágicos.

—Merlín miró alrededor con algo de orgullo—. La mayoría de ellos están en esta misma habitación.

Ralph tragó saliva y dijo:

—¿Es, ya sabe, seguro?

—Por supuesto que no lo es, señor Deedle —replicó Merlín sencillamente, volviendo a su escritorio—. Poco más que una varita mágica es seguro. Pero es controlable, y eso es lo más importante.

—¿Mostró algo a Petra en ese espejo? —preguntó James de repente, mirando a la cara del director.

Merlín no se sobresaltó.

—Yo *diría* que no es de su incumbencia, señor Potter, pero he vivido lo suficiente en esta era para saber que eso solo aumentaría su curiosidad. Sí, lo hice.

—¿Y por eso estaba tan disgustada cuando se marchó? ¿Por lo que le mostró?

—Le mostré lo que me pidió ver —respondió Merlín llanamente, sentándose él mismo—. Nada más y nada menos. Si desea saber más, tendrá que consultar con la señorita Morganstern directamente, aunque ella podría encontrar tal interrogatorio algo menos que bienvenido. Ahora, ¿qué puedo hacer por ustedes tres? —Mientras hablaba, extendió la mano sobre su escritorio y cerró cuidadosamente un gran libro cerca del borde; el Libro de Concentración del espejo, asumió James.

Rose maniobró para colocarse ligeramente delante de James.

—Nosotros, hmm, venimos a pedirle permiso para fundar un club, director.

—¿Qué tipo de club? —preguntó Merlín enérgicamente.

—Bueno, un, hmm, club de... práctica —tartamudeó Rose—. Quiero decir, un club para practicar. Hechizos. Técnicas defensivas y cosas así.

Ralph interrumpió.

—No es que no nos guste el profesor Debellows o algo así. Es genial. Solo queremos... practicar.

—Tengo entendido que el buen profesor prefiere no ser *llamado* profesor —dijo Merlín, permitiéndose una sonrisita.

—Er, cierto —estuvo de acuerdo Ralph, su cara enrojeció—. Kendrick entonces.

—¿Qué tipo de hechizos tienen intención de practicar? ¿Y quiénes esperan que estén involucrados?

—Todo el que quiera involucrarse —respondió James—. Y solo practicaremos técnicas defensivas básicas. Cosas que aprendimos en nuestras clases el año pasado. Solo practicaremos con muñecos y blancos, nunca unos contra otros. Cualquier profesor que quiera supervisar puede asistir, por supuesto. Aunque creemos que será un poco...

hmm, aburrido.

James se detuvo, presintiendo que esto último había sido demasiado. Contaba con el hecho de que ningún profesor deseara ofrecerse voluntario para horas de clases extra solo para vigilar a un atajo de estudiantes lanzando hechizos *expelliarmus* a muñecos de madera, pero Merlín era lo bastante rápido como para ver a través de semejante subterfugio. Conociéndole, podría asignar una rotación de profesores carabinas, y probablemente Debellows sería el primero de la lista.

Merlín abría la boca para responder cuando, de repente, el aparato de latón sobre su escritorio se movió. Todo el mundo en la habitación bajó la mirada hacia él. Era algo así como un globo hueco formado por aros de latón interconectados, marcando las latitudes y longitudes del globo. Dentro, una complicada red de engranajes y trinquetes operaban un puntero de plata. El puntero había comenzado a girar, haciendo que el globo rodara ligeramente sobre el escritorio. Después de un momento, el puntero dejó de girar, se movió hacia arriba unas pocas muescas, y se quedó en silencio. Merlín lo miró fijamente.

—¿Qué es...? —empezó Ralph, pero Merlín le interrumpió.

—Pueden proceder con su club, mis jóvenes amigos. Por favor, envíenme una notificación de dónde y cuándo planean reunirse al igual que una lista de los estudiantes que han decidido involucrarse. Después de todo, ¿qué clase de director sería si no me mantuviera al tanto de tales cosas? —Merlín había hecho aparecer un pergamo oficial con el emblema del Hogwarts en lo alto. Garabateó unas cuantas notas en él y lo firmó con una floritura—. Esto debería valer en términos de permiso oficial. Les deseo el mayor de los éxitos.

Ralph miró a James, abrió mucho los ojos y sonrió con alivio.

—Pero director... —comenzó Rose.

—Si me perdonan —dijo Merlín, levantándose—, tengo algunos asuntos inesperados que atender. Odiaría entretenerles, cuando deben tener preparativos que hacer. Por favor, encuentren ustedes mismos las escaleras y cierren la puerta al salir, gracias.

—Gracias, señor —dijo Ralph, dirigiendo a James y Rose hacia la puerta—. ¡No se arrepentirá!

—¡Ralph! —siseó Rose.

Los tres casi tropezaron unos con otros mientras se apiñaban para atravesar el umbral.

—¿“No se arrepentirá”? —susurró Rose a Ralph, rodeándole en el pasillo—. ¿Cómo se te ocurre decirle eso? ¿Quieres que sospeche?

Ralph hizo una mueca.

—¡Estaba nervioso! ¡Demándame! Vamos, salgamos de aquí antes de que cambie de opinión.

James estaba cerrando la puerta cuando se detuvo de repente, abriendo los ojos.

—¡El permiso! —exclamó, mirando de Ralph a Rose—. ¿Alguno de los dos lo cogió?

—Yo no —dijo Ralph—. Creí que lo cogía Rose. Ella estaba más cerca.

—Nos empujaste fuera antes de que pudiera cogerlo, ¡estúpido gigante!

—Yo lo cogeré —dijo James, dándosela la vuelta. La puerta aún no se había cerrado. La empujó ligeramente, asomándose dentro.

—¿Director? —llamó—. Olvidamos el pergamo que nos firmó. ¿Podemos...?

James frunció el ceño y empujó la puerta para abrirla más. El escritorio del director estaba vacío. La habitación parecía estar completamente desierta y casi antinaturalmente silenciosa. Tal vez Merlín había ido a alguna parte por medio de la Red Flu. El aparato de latón de su escritorio debía ser una alarma o recordatorio, avisando de una reunión a la que tenía que asistir de inmediato. James cruzó la oficina y agarró el pergamo del escritorio del director. Cuando se giraba hacia la puerta, le sobrevino un extraño presentimiento. Con un súbito escalofrío, recordó el extraño ramalazo de dolor que se había disparado a través de su frente cuando había estado esperando en el vestíbulo, justo antes de ver que Merlín le estaba mirando a través de la puerta. James podía ver ahora por qué la oficina había parecido antinaturalmente silenciosa un momento antes. En la pared más alejada de la habitación, del suelo al techo, había docenas de retratos de directores anteriores. Entre ellos, por supuesto, estaban los retratos de Severus Snape y Albus Dumbledore, aunque como solía pasar, el retrato de Dumbledore estaba vacío. Cada retrato estaba perfectamente inmóvil y silencioso.

Ralph y Rose habían entrado gradualmente en la habitación siguiendo a James. Rose estaba mirando los retratos, con los ojos abiertos y nerviosa.

—Esto sí que es raro —dijo en voz baja.

—Este es el único lugar en la tierra donde una pared llena de pinturas que no se mueven es *mala* señal —dijo Ralph—. Estoy totalmente de acuerdo contigo, Rose. ¿Qué está pasando aquí? ¿Dónde está Merlín?

James cruzó la habitación y se quedó de pie delante del retrato de Severus Snape. Había hablado con éste varias veces el curso anterior, y había sido insultado por él en más de una ocasión. Cautelosamente, extendió la mano y tocó la cara pintada. Pudo sentir la textura de la pintura seca, sentir la pincelada que había dado forma a la nariz aguileña del hombre. La cara no hizo mucho más que parpadear.

Rose jadeó.

—Mirad —dijo, su voz apenas era más que un susurro.

James se giró. La cortina negra una vez más había sido alzada del espejo mágico, pero la superficie del espejo ya no mostraba simplemente un remolino de humo plomizo. Mostraba una escena. La visión era nebulosa y lóbrega, como vista a través de una ventana muy sucia y muy imperfecta. James y Ralph se unieron a Rose junto al espejo y espiaron más allá de sus reflejos, intentando dar sentido a la escena nublada.

La vista parecía atravesar un grupo de árboles nudosos en medio de un bosque espeso. Era muy nebuloso, y los árboles eran lo bastante densos para bloquear la mayor parte de la tormentosa luz diurna. Había un pequeño claro más allá de los árboles más cercanos, y en el centro del claro una especie de monumento, cubierto de musgo y

enredaderas. Era alto, delgado y esbelto. Mientras la escena se movía dentro y fuera de la niebla, James pudo ver que el monumento era la estatua de un hombre. La figura de piedra era bastante apuesta, vestida con un traje anticuado. En la base de la estatua había líneas de letras grabadas, pero James no podía verlas bien.

De repente Rose su cubrió la boca, amortiguando un jadeo.

—¡Conozco ese lugar! —susurró—. ¿Pero por qué el espejo mostraría esto?

James tenía el terrible presentimiento de que conocía el lugar también. Había oido hablar de él pero nunca lo había visto. Muy poca gente que él conocía lo había hecho. En la base de la estatua, justo bajo las palabras ilegibles, estaban talladas tres grandes letras: T.S.R.

—T.S.R. —dijo Ralph interrogativamente, después jadeó—. ¡Tom Sorvolo Ryddle! ¿Es la auténtica tumba de Voldemort? ¿Quién enterró a un monstruo como él?

—Nadie lo sabe —dijo Rose rápidamente, todavía estudiando la escena fantasmal—. Hubo una donación anónima para los costes del entierro y el monumento, especificando que fuera enterrado como Tom Ryddle y no como Voldemort. Ningún cementerio mágico aceptó los restos, sin embargo. Finalmente fue enterrado en una localización secreta en un bosque intrazable. Casi nadie sabe dónde está.

En el espejo, se movió una figura. Los tres estudiantes jadearon al unísono. La figura no había entrado en la escena, no había aparecido. Era como si hubiera estado allí todo el rato, pero nadie lo hubiera notado. Solo cuando se movió ligeramente su presencia se dio a conocer. Vestía una larga capa negra que oscurecía su cara, pero había algo muy inquietante en la tela de la capa. Parecía más un agujero en el espacio, lleno de arremolinado y agitado humo oscuro. El borde harapiento de la capa no llegaba a alcanzar la tierra, y aún así no se veía ningún pie bajo ella. James se estremeció ante la visión de la horrenda figura, pensando en el recorte de periódico que Lucy le había enviado. Este hacía referencia a una “criatura de humo y ceniza”. ¿Podía ser esta entidad? ¿Podía ser este el Guardián? La figura alzó un brazo, rebelando una delgada mano blanca. La mano parecía estar haciendo señas. Un momento después, la estatua del joven Voldemort se estremeció. La expresión orgullosa abandonó su cara y sus brazos cayeron como los de una marioneta a la que se le hubieran cortado los hilos. Y entonces, como en la distancia, una voz habló. Llegó a través del espejo muy débilmente, apenas audible sobre el sonido del viento y el rechinar de los árboles.

—¿Eres tú quien me ha llamado? —preguntó la voz de la entidad encapuchada—. ¿Aquel cuyos motivos, más que los de cualquier otro en esta esfera, una vez fueron acordes con los míos? Revélate.

La estatua habló, y su voz fue muy aguda y brumosa, casi perdida.

—Soy Tom Sorvolo Ryddle, también conocido como Lord Voldemort, muerto en este mundo hace muchos años, reclamado por el polvo y que pasó al reino del tormento.

—Y aún así —dijo la entidad de la túnica—, tu impronta es lo bastante fuerte como para atraerme. Tus restos mortales no me son de ninguna utilidad; por consiguiente,

debes tener intención de decirme quien te superó, para que pueda buscarle a *él* para mis propósitos.

—El que me superó no es amigo tuyo —declaró la estatua llanamente, su voz casi perdida entre el viento que se alzaba en ese lugar lejano—. Era un muchacho entonces, pero incluso en aquel momento, demasiado fuerte para dejarse tentar por alguien como tú. No te ayudará. Pero hay otros...

La visión del cristal se hacía más débil. James extendió el brazo para tocar el espejo, inclinándose hacia su interior, pero Rose le detuvo.

—Incluso ahora, están esperando por ti —dijo la voz muerta de Tom Ryddle—. Es como dices: Soy un simple eco, un recuerdo, una onda mortecina de una vida pasada. Pero pueden traerte a otro... uno en cuyo corazón late mi propia esencia. Están preparados para ti... te esperan aquí, esta misma noche...

Con eso, otra figura atravesó las ramas, saliendo de entre las sombras de los árboles. James no podía ver la cara de la figura, pero pudo decir que era un hombre. Como la primera figura, estaba vestido con una túnica con capucha, pero a causa de su posición, James podía verle la cara. Estaba pálido y parecía suspicaz, pero sus ojos parecían resueltos. Los árboles habían empezado a inclinarse y gemir con el incremento del viento. Los sonidos del lugar comenzaron a ahogar las voces distantes. James apenas podía distinguir las palabras del hombre pálido.

—Estamos preparados para ti, oh, Amo del Vacío —dijo, extendiendo la mano—. Te hemos estado esperando, como ha hecho el mundo entero. Tu momento se acerca.

De repente, una tercera figura salió de los bosques, en dirección opuesta al hombre pálido. Esta figura estaba también vestida de negro pero era más alta que el hombre pálido. No salió con dificultad del bosque, como había hecho el hombre pálido, sino que se movía con una especie de gracia malevolente, entrando al claro para enfrentarse a la forma amortajada del Guardián. James se sintió totalmente desalentado. Algo en ese modo de andar orgulloso y sin esfuerzo de la figura más alta le hizo pensar en Merlín. El hombre pálido no pareció sorprenderse de ver a la tercera figura, aunque su cautela se incrementó. Sonrió débilmente. El hombre alto y el Guardián intercambiaron palabras, pero un trueno las ahogó. El viento creció hasta ser un firme aullido, cargado con la promesa de una tormenta. Gordas gotas de lluvia empezaron a caer, y la imagen empezó a emborronarse. De repente, el hombre pálido miró alrededor y después señaló hacia arriba y hacia afuera, y James se quedó sin aliento. Señalaba directamente a James, como si estuviera viéndole a través del espejo. El hombre pálido le miró directamente a los ojos. El más alto se giró también, pero si era Merlín, James no pudo verlo a causa de la sombra de la capucha. Peor aún, la cara de la estatua también se había girado. La representación de piedra de Tom Sorvolo Ryddle miró a través del espejo a James, mostrando una sonrisa vacía y cortante, mostrando todos sus dientes.

James se tambaleó hacia atrás, alejándose del espejo, y tropezó con el escritorio. Apenas oyó a Ralph y Rose llamándole, agarrándole, intentando tirar de él hacia la

puerta.

—¡Vamos! —gritó Rose frenéticamente—. ¡Tenemos que salir de aquí! ¡Nos han visto! ¡Y parece como si vinieran hacia aquí! ¡Ya vienen!

Los ojos de James se abrieron de par en par. De repente se giró, bajando la mirada al escritorio tras él. El Libro de Concentración estaba abierto. Solo había una anotación en la página, escrita por la propia mano de Merlín: "TUMBA DEL ANFITRIÓN BUSCADO". Sin pensar, James usó ambas manos para cerrar de golpe el libro. Instantáneamente, un trueno resonó justo fuera de la ventana de la oficina. El relámpago titiló y una bocanada de viento frío recorrió la habitación, alzando las cortinas.

—¡Potter! —tañó estridentemente una voz. James giró sobre sus talones. Los retratos volvían a estar todos vivos. La mayoría de ellos miraban alrededor parpadeando. Se arremolinaban pergaminos en el aire mientras el viento recorría salvajemente la habitación, silbando a través de las cortinas. El retrato de Snape fulminaba a James con la mirada, con los ojos muy abiertos y muy negros—. ¿Qué crees que estás haciendo? ¡Esto es magia antigua! ¡Magia como la que nunca has imaginado! Debes abandonar este lugar. ¡Ahora! ¡Rápido!

Ralph agarró a James y tiró, arrastrándole hacia la puerta, que se abrió de par en par por sí misma.

—¡Vamos! —llamó Rose, corriendo a través del umbral y mirando atrás. La puerta empezó a cerrarse de nuevo, separando a Rose de los otros dos. James se lanzó hacia delante, seguido de Ralph. La cara de Snape estaba tensa, temible, cuando James pasó corriendo ante él, deslizándose a través del umbral un momento antes de que la pesada puerta se cerrara con un crujido reverberante.

James y Ralph se precipitaron contra Rose, y los tres se derrumbaron sobre el banco del vestíbulo, con los corazones palpitantes y sin aliento. Como uno, se volvieron a poner en pie y corrieron hacia la escalera de caracol, bajando al pasillo de abajo. Siguieron corriendo hasta que alcanzaron un amplio balcón donde finalmente hicieron una parada torpe, respirando con fuerza y mirándose frenéticamente unos a otros.

—Espero —Ralph respiraba con dificultad, inclinándose con las manos en las rodillas—, que uno de nosotros... se haya acordado... del pergamo esta vez.



Después de una noche de tormenta y truenos, la mañana del domingo amaneció como una flor lozana, salpicando de un rosa reluciente la hierba empapada y los árboles.

Después del desayuno, James, Ralph y Rose anduvieron con mucho cuidado a través del césped húmedo hasta la cabaña de Hagrid, donde golpearon ruidosamente a la puerta. Cuando el semigigante no respondió, los tres estudiantes siguieron el camino de piedra hasta la parte de atrás. Allí, encontraron a Hagrid y su bullmastiff, Trife, moviéndose entre las rizadas enredaderas y amplias hojas del campo de calabazas. Hagrid canturreaba alegramente, empapado hasta las rodillas mientras giraba y humedecía sus calabazas.

—¡Buenos días, pandilla! ¡Qué raro veros a los tres fuera tan temprano en fin de semana!

—Buenos días, Hagrid —dijo Rose, limpiando las gotas de agua de una de las enormes calabazas. Satisfecha cuando estuvo casi seca, se sentó sobre ella—. Venimos a charlar contigo sobre algo.

—Recorchólis —replicó Hagrid— con vosotros aquí, joven Rose, me siento realmente como en los viejos tiempos. Vamos, entremos. Acababa de decirle a Trife que teníamos que preparar un té matutino. Podemos charlar todo lo que queramos junto a la estufa.

Se abrieron paso hasta dentro y Hagrid colgó una enorme tetera de un gancho sobre el fuego. James, Rose y Ralph prepararon a las enormes sillas alrededor de la mesa.

—Hagrid —empezó Ralph, mirando fijamente a Rose—, vimos algo cuando entramos en la oficina del director ayer. Rose cree que tal vez debamos hablar a alguien de ello porque podría suponer problemas.

James pateó la pata de la mesa ociosamente y miró por la ventana.

—No todo el mundo está de acuerdo con Rose, ya que estamos.

—¿Cómo puedes decir que lo que vimos no es causa de alarma, James? —exigió Rose—. Incluso Ralph está de acuerdo...

—No estoy diciendo que no sea causa de alarma —interrumpió James, mirando a Rose—. Solo que no creo que el director sea como tú sigues queriendo creer.

—No quiero creerlo. Pero existen cosas tales como la evidencia. Se ha visto en el espejo a un hombre que parece y se mueve sospechosamente como el director. ¡Tú mismo lo dijiste! Y estaba confraternizando con... con enemigos conocidos y gente categóricamente espeluznante. ¡Y al menos uno de ellos no creo que fuera ni siquiera humano! ¡Por no mencionar la estatua de Quien-tú-sabes!

—Basta, esperad un minuto los tres —dijo Hagrid, frunciendo el ceño y deslizándose en su viejo sillón—. No sé qué visteis, pero no saquemos a relucir a esa vieja bestezuela. Contadme qué ha pasado, ¿vale?

Rose empezó a explicar lo que había ocurrido el día anterior, empezando por su entrevista con el director. A medida que la historia progresaba, James y Ralph se le unieron, añadiendo sus propios puntos de vista y correcciones, así que para cuando estaban explicando cómo los retratos habían vuelto a la vida y la pintura de Snape les había advertido que huyeran, los tres estaban hablando a la vez. Finalmente, terminaron y se quedaron en silencio, girándose para ver la respuesta de Hagrid.

El semigigante se quedó sentado en su enorme y vieja silla junto al fuego, con una mirada distante y tensa en la cara. Miraba en dirección a los tres estudiantes pero no directamente a ninguno de ellos. James había confiado en que Hagrid simplemente desecharía la historia como una descabellada exageración. Que les diría que lo que habían visto en el espejo habían sido solo tonterías sin importancia, tramadas por hombres que se negaban a aceptar el hecho de que habían perdido la guerra hacía mucho. James sabía por su padre que aunque puede que a Hagrid no le hubieran gustado siempre los dirigentes de Hogwarts, era leal hasta la médula. Él defendería a Merlín, y les aseguraría que no había absolutamente nada de qué preocuparse. Por eso parcialmente había sugerido que fueran a la cabaña para hablar con el hombre. Ahora, mientras Hagrid se sentaba en silencio con esa extraña y tensa mirada en la cara, James se preguntó si había sido tan buena idea después de todo.

De repente, la tetera comenzó a pitá, provocando que todo el mundo en la habitación saltara. Hagrid se sacudió a sí mismo, y después extendió el brazo para sacarla del gancho. La llevó a la mesa y la colocó sobre un soporte de metal con un traqueteo.

—Hmm —dijo James, animándole—. ¿Tú qué piensas, Hagrid?

Hagrid le miró fijamente, limpiándose las manos en un enorme paño.

—Bueno, es un poco difícil, ¿no? ¿Quién soy yo para decirlo? Podría no ser nada, supongo. El director, tiene algunos aparatos terriblemente poderosos y todo eso. Probablemente el viejo profesor Snape tuviera razón al decir que os mantuviérais alejados.

—Pero Rose dice que cree que era Merlín el que apareció en la tumba de Voldemort —aclaró James, gesticulando hacia su prima—. ¡Dile que es una necia si cree eso! Quiero decir, ¡es el director, Hagrid!

La porcelana traqueteó mientras Hagrid reunía los platillos y tazas, volviendo a la mesa con los brazos llenos.

—A eso vamos, James. Es el director y todo lo que puedo decir es que si apareció en ese espejo, hablando con quienquiera que viera, debe tener una muy buena razón.

—¡Pero podría no haber sido él! —insistió James, mirando a Ralph en busca de apoyo—. Quiero decir, la cosa de la túnica revoloteante obviamente era algún tipo de mal, y ese tipo que apareció primero tenía que ser un viejo mortífago. Vamos, ¡era la maldita tumba de Voldemort!

—Apreciaría que no pronunciaras ese nombre en mi mesa, James —dijo Hagrid gentilmente, colocando una taza y un plato delante de él. Las manos le temblaban ligeramente—. Sé que la batalla acabó hace mucho, pero los viejos hábitos tardan en morir, ya me entiendes.

Rose se removió en su asiento.

—¿Hagrid, crees que podría haber sido Merlín al que vimos?

Hagrid sirvió agua hirviendo en las tazas antes de responder. Finalmente, se sentó en una de las sillas, produciendo un tenso crujido. Miró con dureza a Rose, y después

removió su té con sorprendente delicadeza.

—Dicen que el director es un buen jardinero —dijo Hagrid, como cambiando de tema—. No hace todo el trabajo él mismo, por supuesto, pero todo el mundo sabe que Merlín el Grande tiene buen ojo para la naturaleza, las plantas y esas cosas. Desde que era un muchachito he oído historias sobre como habla con los pájaros y los árboles. Así que cuando vino aquí como director este verano, pensé que íbamos a congeniar. Le invitó a bajar a la cabaña para poder mostrarle mi propio pequeño jardín. Al día siguiente, efectivamente, aceptó la oferta. Vagó por todo el jardín, sin decir ni la más ligera cosa. Solo caminó arriba y abajo, dentro y fuera, golpeando con su gran báculo mis calabazas, calabacines y coles. Finalmente, levantó la mirada, dirigiéndola hacia el Bosque. Yo miré también, porque había algo alzándose de entre los árboles.

Hagrid todavía tenía la cucharita en su enorme mano. Gentilmente, la colocó junto a su platillo. Miró a James, Ralph y Rose de uno en uno.

—Era un Djinn, como un cuervo, pero más grande; negro como la noche con brillantes ojos rojos que podía ver desde donde estaba. En realidad nunca antes había visto uno, pero los conocía. Son criaturas oscuras y misteriosas; portentos, según la leyenda. Muy elusivos. Siempre había creído que solo salían de noche, y que si los veías en tu camino, era una señal segura de que debes dar media vuelta y correr a casa, porque se supone que los Djinn advierten de horribles peligros para aquellos a los que amas. Bueno, cuando vi esa criatura negra alzándose de los árboles, estuve a punto de llamar al director. Pero sabía que él ya lo había visto, y no parecía demasiado preocupado al respecto. Así que simplemente observé. Ese pájaro negro voló directamente, girando una vez sobre el jardín y tomando tierra justo encima de una de mis calabazas, al lado del director. Y Merlín, solo observaba. Lo más extraño era la forma en que los dos se miraban el uno al otro. No producían ningún sonido, pero a mí me parecía claro como el día que estaban hablando el uno con el otro de algún modo. Después de un minuto, el Djinn me miró de esa forma curiosa que tienen los pájaros, con la cabeza inclinada a un lado de forma que uno ojo te apunta directamente. Ese brillante ojo rojo me miraba de arriba abajo, y tuve que contenerme para no tirarle una piedra como un crío asustado.

Hagrid miró suplicante a los tres estudiantes en su mesa.

—Adoro a las criaturas mágicas —declaró—. Desde los dragones a los escregutos. ¡Vosotros lo sabéis mejor que nadie! Enseño Cuidado de Criaturas Mágicas, por amor de Dios. Pero así es como ese horrible pájaro me hizo sentir. Ese ojo rojo brillante me miraba, y todo lo que yo quería era sacárselo, hacer que nunca volviera a mirar a nadie así. Me dio escalofríos. Todavía lo hace.

Hagrid se detuvo y finalmente tomó un sorbo de té. Se aclaró la garganta y siguió.

—Finalmente, la cosa alzó el vuelo otra vez, aleteando con sus grandes y grasiestas alas negras. Voló de vuelta al Bosque y desapareció. El director lo observó marchar y después se volvió hacia mí, todavía golpeando con el báculo en el suelo. Cuando llegó

junto a mí se giró de espaldas a las calabazas, mirando a la esquina oeste. "Tiene un hechizo mortal en esa esquina", me dijo. Bueno, eso es cierto, no voy a negarlo. En esa esquina no han crecido más que espinos y cardos desde hace cinco o seis años. "Así es", le dije yo. Me miró a los ojos y dijo. "Hay una zorra que murió con toda su camada en su madriguera bajo esa esquina de su jardín, señor Hagrid. El hechizo mortal se alza de sus huesos, clamando por un mañana que nunca llegará. Desentiérrelos, vuelva a enterrarlos en el Bosque, y espolvoree la tierra con *polvos de agonía*. La profesora Heretofore puede proporcionarle algunos, con mis bendiciones. Eso terminará con su problema".

La boca de Rose se había torcido en una mueca de disgusto.

—¿Lo hiciste, Hagrid?

Hagrid levantó la mirada hacia ella, alzando las cejas.

—¡Bueno, por supuesto que sí! ¡Encontré los huesos, sin duda! Justo como el director había dicho, y procedí con los *polvos de agonía*. Y podéis ver claro como el día que funcionó. Esa esquina tiene mi mejor cosecha de *calabacines endiablados*. Una fina variedad verde de rayas atigradas. Lo habréis visto, por supuesto. Pero la cuestión es...

Hagrid se detuvo de nuevo y manoseó nerviosamente su taza de té y su platillo. Tomó otro rápido sorbo, como para silenciarse a sí mismo.

—¿Qué, Hagrid? —preguntó Ralph, exasperado—. ¿Cuál es la cuestión?

Hagrid le miró, como luchando contra la idea de hablar. Finalmente, se inclinó ligeramente sobre la mesa y dijo en voz baja:

—¡La cuestión es que me parece que está claro como el día que el Djinn *habló* al director de la zorra muerta y su camada! La cuestión es, que no solo todas las viejas historias sobre como Merlín el Grande hablaba con los árboles y los pájaros son ciertas, ¡incluso habla con criaturas sobrenaturales de la noche! ¡Si ese gran pájaro negro hubiera aparecido posando sus ojos rojos ante mí en cualquier otro momento, habría girado sobre mis talones y huido! ¡Pero Merlín observó a esa cosa llegar volando casi como si la hubiera llamado, casi como si lo conociera por su maldito nombre de pila!

James escuchaba con la boca apretada en una fina línea. Finalmente, se enderezó en su silla y dijo tan claramente como se atrevía.

—Eso no significa que sea malvado.

Hagrid parpadeó hacia él.

—¡Bueno, por supuesto que no! ¿Quién dice que sea malvado?

James estaba perplejo.

—Pero acabas de decir...

—Un momento, James, y el resto. Quiero ser claro —dijo Hagrid seriamente—. Todo lo que digo es que el director viene de una época muy diferente, una época que probablemente a la mayoría de nosotros nos pondría los pelos de punta. Vivió en esa época y trabajó en ella. Eso es lo que conoce. Las cosas que nosotros llamaríamos malvadas y malas en este momento y época... digamos que las cosas no eran tan blancas

o negras en el tiempo de donde viene él. No es que diga que el director sea *malo*. Tengo muy buenas razones para confiar en él, ¡y confío en él! Solo que es un poco... bueno, salvaje. Si sabéis lo que quiero decir. Eso es todo.

—¡Pero Hagrid —exclamó Rose—, en el espejo! ¡Le vimos con... esa horrible cosa de la revoloteante capa negra!

—Si era el director —replicó Hagrid testarudamente—, entonces tendría una muy buena razón para estar allí. Tú misma lo dijiste, Rose, ninguno pudo oír lo que dijo ese hombre. Tal vez se estaba enfrentando a ellos. Tal vez estaba... bueno, no sé, pero la cuestión es que vosotros tampoco.

—Eso es lo que he estado diciendo yo todo el rato —dijo James petulante, fulminando con la mirada a Rose, al otro lado de la mesa.

—Lo cierto es —siguió Hagrid—, que ninguno de nosotros sabe en lo más mínimo lo que visteis. Dijisteis que Merlín había dicho que el espejo mostraba el pasado y el futuro al igual que lugares lejanos, ¿no? Quizás lo que visteis ni siquiera era el aquí y ahora. ¿No se os había ocurrido?

—En realidad —dijo Ralph pensativamente—, no, no se nos ocurrió.

—¡Pero la tumba —insistió Rose— no es muy antigua! Volde... er, ¡El-que-no-debe-ser-nombrado no lleva muerto mucho tiempo! Pero su tumba estaba cubierta de musgo y enredaderas, así que no puede haber sido el pasado...

—Vamos, Rose. —Ralph se encogió de hombros—. Puede que tengas razón, ¿pero qué podríamos hacer nosotros de todos modos? Todo lo que podemos hacer es esperar que Merlín sea tan bueno como su palabra, como dice Hagrid. Si lo es, no tenemos nada de qué preocuparnos. Si no... bueno, ¿qué vamos a hacer contra un tipo que puede conseguir que la tierra se abra y se trague a ejércitos enteros?

Rose echaba humo, pero no respondió.

Poco rato después, el trío terminó su té, y se despidieron de Hagrid. Cuando se marchaba, James se asomó a la esquina oeste del jardín. Desde luego, un enorme calabacín a rayas naranja y púrpura descansaba sobre su cama de hojas, todavía reluciendo por la lluvia de la noche anterior.

—No me importa lo que diga nadie —dijo Rose gravemente mientras esquivaban al Sauce Boxeador—, yo no confío en él. No es lo que dice ser.

—Por mucho que no esté de acuerdo con Rose —respondió Ralph—, todo este asunto hace que nuestro nuevo Club de Defensa parezca todavía más importante.

—¿Cómo? —preguntó James.

—Bueno, es obvio, ¿no? Si lo que vimos en el espejo es cierto y era el presente, entonces eso significa que se avecinan cosas realmente malas. Podríamos tener ya un enemigo contra el que luchar. Yo, por mi parte, quiero estar listo para ello.

—Ralph —dijo Rose con una voz diferente—, si no te encontrara generalmente tan espeso como un ladrillo, me sentiría impresionada por eso.

Ralph se ruborizó un poco.

—Gracias, supongo.

Cuando rodeaban un grupo de arbustos en el costado más alejado del Sauce Boxeador, se toparon con Noah, Damien y Gennifer Tellus, la Gremlin Ravenclaw. Los tres estaban agachados justo fuera del alcance de las ramas, estudiando el nudoso árbol. Las ramas del sauce se movían y retorcían, presintiendo su presencia pero sin poder alcanzarlos.

—¡Eh! —llamó Ralph mientras se aproximaban a los Gremlins acuclillados—, tenemos permiso para empezar el nuevo Club de Defensa...

—¡Chist! —siseó Noah, alzando una mano—. Espera un minuto.

James, Rose y Ralph se agacharon detrás de los tres Gremlins, que se hablaban unos a otros tensamente.

—Un poco más bajo —siseó Damien—. Es el grande que parece la nuez de Adán de un tipo realmente flaco.

Noah sacudió la cabeza.

—¡Intentamos con esa la última vez! ¡Te digo que es por el otro lado, de cara al castillo. Lo recuerdo del año pasado, con Ted.

Gennifer sostenía una vara larga. Se mordía la lengua con concentración, sosteniéndola en alto, estirando la punta de la vara hacia el tronco del árbol. El árbol se inclinó ligeramente y, casi perezosamente, estampó una rama hacia el palo. Gennifer exclamó de dolor cuando la rama le fue arrancada de la mano. Dio vueltas hasta los matorrales y el sauce se relajó otra vez, casi con aire satisfecho.

—¡Te *dije* que la sujetaras más baja! —exclamó Noah, alejándose del árbol y enderezándose.

—Mira, ¿quieres hacer la prueba? —replicó Gennifer, volviéndose para mirar sobre el hombro—. Por mí adelante. Pero tendrás que encontrar tú mismo *otra* vara.

—No puedo evitar que tengas los brazos más largos que yo —proclamó Noah—. No es culpa mía que tengas el radio de alcance de un gorila.

—Ya tengo otra vara —dijo Damien pacientemente—. Aquí, intenta otra vez, Gen. Tarde o temprano acertaremos.

James observó como Gennifer se extendía otra vez hacia el árbol cuidadosamente. El sauce balanceaba las ramas, presintiendo la vara pero sin alcanzarla del todo esta vez. James preguntó a Noah:

—¿De qué va esto?

—Pasadizo secreto, posiblemente —respondió Noah, limpiándose la humedad y trozos de hierba de las manos—. Venimos aquí a probar cada año desde que estaba en primero. Fue idea de Ted. Golpeas el nudo correcto del tronco y el árbol se queda lo bastante manso como para dejarte entrar.

Los ojos de Rose se iluminaron.

—¿Conduce a un pasadizo secreto? Pero yo creía que los viejos pasadizos habían sido sellados, ¿no?

—Bueno, hay sellados y sellados —replicó Noah—. La cuestión es, que siendo Hogwarts mágico, los pasadizos tienen formas de abrirse otra vez por sí mismos después de un tiempo. O eso o se descubre alguno nuevo cerca. Petra descubrió el pasadizo de Lokimagus más abajo en el mismo pasillo de la estatua de la Bruja Tuerta, y esa estatua se suponía que conducía a un pasadizo secreto en tiempos de vuestros padres.

—Recuerdo que mamá me habló de ese —estuvo de acuerdo Rose—. Dijo que conducía a Hogsmeade. Yo esperaba que funcionara aún. Quería ver Hogsmeade por mí misma este año aunque a los de primero no se les permita ir allí los fines de semana.

—Ahh, Hogsmeade —suspiró Noah—. Haciendo bribones de estudiantes modélicos desde que yo puedo recordar. Ted trabaja allí, en la tienda Weasley. Planeamos conseguir que nos invite a cerveza de mantequilla en el Triple Palo cuando vayamos. Todos excepto Petra, por supuesto.

—¿Qué pasa con Petra? —preguntó James de repente.

Noah miró fijamente a James.

—Oh, no gran cosa. Solo que no quiere ir porque ella y Ted solían estar muy unidos. Aparentemente, todo eso se terminó cuando Ted comenzó a salir con Victoire. Lo mantuvieron en secreto la mayor parte del verano, pero ahora todo el mundo lo sabe. Alguien lo chivó allá en King's Cross.

—¡No me chivé! —exclamó James antes de poder evitarlo—. ¡Ted me dijo que lo contara! ¡Quería que se enterara todo el mundo pero que no se armara mucho jaleo!

—¿Fuiste tú? —dijo Gennifer, mirando a James sobre el hombro.

James puso los ojos en blanco.

—¿Así que es por eso por lo que Petra está tan disgustada?

—No lo ha dicho —dijo Noah, suspirando—. ¿Quién sabe? Ella y Ted nunca fueron en serio, si quieras mi opinión. Sin embargo admito que esperaba que fuera ella quien terminara con él. Ted es un poco demasiado salvaje para una chica como Petra. Ella necesita otro tipo de hombre.

—Un hombre cuyas iniciales son N.M., ¿no? —intervino Damien, sonriendo ampliamente.

James sintió la cara enrojecer. Le molestaba haber podido provocar inadvertidamente la melancolía de Petra revelando la relación de Ted y Victoire, aunque Ted le hubiera pedido que lo hiciera. Por alguna razón, también le molestaba que Noah pudiera estar interesado en ocupar el lugar de Ted. Como quien no quiere la cosa, James preguntó a Noah:

—¿Qué tipo de hombre quiere una chica como Petra?

Noah se encogió de hombros.

—Bueno, Petra es lista. Más lista de lo que cree la mayoría de la gente. Va a llegar lejos. Necesita a un tipo que pueda mantenerse en la retaguardia y tomarse la vida seriamente con ella. Ted es genial y todos le queremos, pero no es del tipo tomarse-la-

vida-en-serio.

Rose intervino.

—He oído que Petra podría conseguir el papel de Astra en la obra. Es genial para el papel con su largo cabello castaño y sus ojos azules.

Noah asintió con la cabeza.

—Si consigue aprendérselo. Está entre ella y Josephina Bartlett, y Josephina *realmente* quiere ese papel.

—Lo único que necesita Petra es mantener la mente alejada de Ted Lupin —dijo Rose enfáticamente—. Ella es más guapa que Josephina cualquier día de la semana. La ayudaré a prepararse si puedo. Tiene una audición más, ¿no?

—Más adelante esta semana —estuvo de acuerdo Noah—. Espero que lo consiga. Yo todavía espero conseguir el de Donovan.

—Y Donovan y Astra tienen un baile —cantó Damien veladamente.

—Eso no es nada —replicó Noah—. Astra y Treus se *besan* al final de la obra, y el manuscrito lo describe como “el beso del auténtico y eterno amor”.

—No se besan *realmente* —dijo Rose, sacudiendo la cabeza—. En la obra, solo juntan las mejillas con las cabezas giradas. La audiencia solo cree que se están besando.

—Lo suficientemente cerca para mí —masculló Noah—. ¿Cómo vamos con ese nudo secreto, Tellus?

—No apresures a la maestra cuando está trabajando... —dijo Damien, todavía acuclillado junto a Gennifer. El sauce gruñía inquieto. Su tronco crujío amenazadoramente al inclinarse, intentando bajar aún más sus ramas para golpear contundentemente en la distancia. La vara de Gennifer ondeaba nerviosamente cerca del tronco inclinado.

Ralph observaba con aprensión al enorme y balanceante árbol.

—¿Así que ya habéis bajado por el pasadizo secreto bajo el Sauce Boxeador? ¿Adónde conduce?

—Hasta el año pasado, a ninguna parte —admitió Noah—. Quedaba totalmente bloqueado en una cueva después de un rato. Por eso nunca se nos ocurrió marcar el nudo secreto. Aún así, siempre parece una buena idea cuando volvemos al año siguiente.

—No podemos marcar el nudo —dijo Gennifer a través de los dientes apretados—. Si no, todo el mundo podría utilizarlo. ¡Solo... tenemos... que recordar que está... aquí!

Gennifer pinchó el tronco con la vara, golpeando un gran nudo cerca de una de las tres raíces retorcidas del árbol. El árbol se enderezó de repente y se quedó quieto.

—¡Vamos! —gritó Noah, brincando hacia el árbol—. ¡No tenemos mucho tiempo!

James lanzó una mirada a Rose, después a Ralph. Simultáneamente, los tres se giraron y corrieron hacia el árbol, siguiendo a los tres Gremlins. Gennifer fue la primera en alcanzar el tronco. Se agachó y se lanzó hacia adelante, desapareciendo en una profunda grieta entre dos enormes raíces. Damien y Noah la siguieron. James esperaba

que allí dentro hubiera espacio para los seis, ya que era el último. Mientras Ralph se arrastraba al interior del estrecho lugar, James levantó la mirada. Nunca antes había estado tan cerca del Sauce Boxeador y parecía enorme y mortífero cuando se erguía sobre él. Mientras observaba, sus ramas empezaron a moverse de nuevo. El tronco gimió amenazadoramente como reanimado, furioso y buscando algo a lo que aporrear. James se agachó y se lanzó a la grieta entre las ramas justo cuando una rama pasaba a su lado, golpeando a su paso.

—Guau —dijo Gennifer, levantándose a gatas— ¡seis personas de una sola vez! Yo diría que es un nuevo record. ¡Todo el mundo bien?

—Estaré bien cuando James se baje de mi espalda —se quejó Rose, gruñendo.

—Lo siento, Rose. No tuve tiempo de mirar donde aterrizaba.

Noah iluminó su varita y la sostuvo en alto. El espacio era bajo, techado con las enormes raíces del Sauce Boxeador. Un pasillo con paredes de piedra conducía hacia abajo en la oscuridad. Los Gremlins empezaron a descender por él, seguidos de cerca por James, Rose y Ralph. Después de unos treinta pasos, el grupo hizo una parada. A la cabeza, Noah sostuvo su varita más alto, silbando entre dientes.

—Eureka —dijo Damien excitadamente.

—¿Qué? —exclamó Rose, poniéndose de puntillas para ver sobre el hombro de James—. ¡No puedo ver! ¿Qué es?

—Hogwarts encuentra un camino —replicó Gennifer—. Parece que hubo una inundación aquí la primavera pasada. Se llevó con ella un montón de tierra y grava. Mirad, hay espacio para pasar apretado si no te importa ensuciarte.

—¡Excelente! —proclamó Noah, su voz resonó llegando de más adelante. Se oyó una salpicadura distante—. ¡El pasadizo de abajo está completamente intacto! Hay un poco de agua estancada, y está seriamente atestado de arañas, pero la luz de la varita las espanta. Supongo que está despejado a partir de aquí.

—¿Vamos a ir ahora? —preguntó Ralph—. En realidad no he venido preparado para ningún, hmm, viaje.

—No te pongas nervioso, Ralphinator —respondió Noah, alejándose del derrumbe—. Exploraremos el resto más tarde. Simplemente es bueno saber que el pasadizo vuelve a estar abierto.

—Y que somos los primeros en encontrarlo —añadió Gennifer.

—Así que no se lo *contéis* a nadie —terminó Damien, señalando con un dedo al aire y mirando severamente a James, Rose y Ralph—. Especialmente tú, señor Slytherin.

—Tranquilo, Damascus —dijo Noah—. Ralph es leal a la causa Gremlin. Vamos, salgamos de aquí.

—¿Entonces adónde conduce el pasadizo? —preguntó Rose mientras volvían sobre sus pasos.

—Nuestra mejor suposición es que lleva a Hogsmeade —respondió Gennifer—. Así que puede que consigas cumplir tu deseo de disfrutar de una visita este año.

—¿El pasadizo conduce a Hogsmeade? —replicó Ralph, un poco picado por la falta de confianza de Damien—. ¿Dónde sale a la superficie? ¿No podría alguien seguirlo de vuelta hasta Hogwarts?

—¿Preocupado porque a tu papaíto se le haya pasado un punto débil en el “perímetro de seguridad” de la escuela? —preguntó Damien, sonriendo socarronamente—. No te preocupes. El perímetro defensivo de Papi Dolohov está a salvo. Nadie entrará desde el otro lado. Excepto nosotros, con suerte.

—El pasadizo no conduce a Hogsmeade directamente, Ralph —dijo Noah.

Alcanzaron la cueva bajo el Sauce Boxeador. Cuidadosamente, Gennifer extendió la mano y encontró el nudo secreto. El árbol se quedó inmóvil y ella se arrastró fuera.

—¿Entonces adónde conduce? —preguntó James mientras el grupo trepaba rápidamente saliendo por la abertura secreta.

—Nuestra mejor suposición es que va a un lugar delicioso llamado “La Casa de los Gritos” —dijo Damien, deteniéndose fuera del perímetro del árbol—. Nadie va allí.

—Puedo imaginar porque —asintió Ralph—. ¿Hay, ya sabes, gritos?

—No, es solo un nombre, Ralph —dijo Gennifer, palmeando al chico en el hombro—. No ha habido gritos en décadas. Aunque aparentemente solía haber mucha bulla, ¿no? Supuestamente, todo el lugar se sacudía con los gritos. Nadie averiguó nunca qué los causaba, o si lo hicieron, no vivieron para contarla.

Ralph se giró a mirar a James y Rose.

—¿Se están burlando de mí?

—Sí, Ralph —asintió James—. Pero cariñosamente. No te preocupes.

Ralph lo aceptó y los tres empezaron a seguir a los Gremlins de vuelta a la hierba húmeda. Cuando alcanzaron el castillo, preguntó:

—¿Así que la Casa de los Gritos no se utiliza realmente para gritar?

James sacudió la cabeza.

—Yo no diría eso, Ralph... Solo digamos que se estaban divirtiendo un poco a tu costa. Mejor no preguntes más por ello.

Rose estuvo de acuerdo.

—De veras, Ralph. Confía en nosotros.

Ralph abrió la boca, considerándolo, y después la cerró de nuevo. Suspiró y los tres subieron los escalones hasta el castillo, siguiendo los aromas del almuerzo.



Capítulo 8

La audición

La clase del día siguiente de Defensa Contra las Artes Oscuras fue más soportable que las anteriores, solo porque tenían como invitado a un profesor ayudante. Él era posiblemente más famoso que el propio Debellows ya que no sólo era el nuevo líder del escuadrón de fuerzas especiales Harriers, sino también un antiguo jugador de quidditch de la Copa Mundial Búlgara. Viktor Krum entró a zancadas decididas en el gimnasio mientras Debellows lo presentaba, y la asamblea de estudiantes aplaudió sin rodeos. James conocía a Krum muy vagamente, lo había visto una o dos veces en años anteriores. Viktor Krum había competido, por supuesto, en el Torneo de los Tres Magos junto con el padre de James y la tía Fleur. En esos tiempos, también había tenido una corta y romántica relación con tía Hermione, razón por la cual en las pocas ocasiones en las que Viktor había estado en la misma habitación con la familia Weasley, tía Hermione mantenía a menudo la mirada apartada y tío Ron sacaba pecho y adoptaba una actitud

de ruidosa amenaza.

Viktor habló a la clase con su incontenible acento, contándoles como se había entrenado junto con Kendrick Debellows en sus primeros años como Harrier, y asegurando a todo el mundo que no estaría donde estaba hoy si no fuera por el liderazgo y el ejemplo de ese hombre. James se aburrió casi inmediatamente. Le gustaba mucho Viktor, pero le desagradaba lo suficiente Debellows como para que la simple vista del hombre absorbiendo las alabanzas de su protegido le enfermara un poco. Lo bueno fue que no hubo carrera a través del guantelete ese día, aunque Debellows desafió a Krum a una “apuesta viril” para ver cuál de los dos lo atravesaba antes. Viktor había declinado el desafío, y a James le gustaba creer que había sido porque el hombre más joven simplemente no había querido avergonzar a su mentor.

Mientras transcurría la clase, James vio a Ralph, que solo era ligeramente más artístico que James, garabateando un borrador de la hoja de inscripción para el nuevo Club de Defensa.

Cuando salían en fila del gimnasio y se abrían paso hacia Historia de la Magia, James dijo a Ralph:

—¿Sabes?, no deberíamos poner eso hasta saber que tenemos un profesor.

—Eso es tarea tuya —se encogió de hombros Ralph—. Yo tengo que hacer mi parte. Además, le convencerás. Eres bueno en eso.

—Sí, bueno, no le he convencido *aún*.

—Pues mejor te pones a ello entonces —dijo Rose, encontrándose con ellos en una intersección—. La primera reunión es mañana por la noche.

James casi dejó caer sus libros.

—¿Mañana? ¿Desde cuándo?

—Desde que empecé a hacer correr la voz por el Gran Comedor en el desayuno —replicó Rose simplemente—. Solo pretendía decírselo a Henrietta Littleby y Fiona Fourcompass, pero ya sabes como es Fiona. Toda la mesa Ravenclaw estaba hablando de ello cuando me fui. Había mucha excitación al respecto. A nadie le gusta la forma en que Debellows está llevando D.C.A.O. aunque fue muy agradable ver a Viktor por los pasillos esta mañana.

—¡Ni siquiera sabemos dónde vamos a reunirnos! —exclamó James—. Creí que hablaríamos sobre cómo empezar a echar a rodar las cosas el próximo fin de semana.

—Eso fue antes de que habláramos con el director y viéramos lo que vimos. Ralph tiene razón. Las cosas parecen un poco más urgentes ahora. Además —resopló Rose, deteniéndose en la puerta de Historia de la Magia—, estuvimos de acuerdo en que yo estaba a cargo de la planificación.

—Sí, supongo, pero... ¿toda la mesa Ravenclaw?

Rose asintió con la cabeza.

—Y Louis está corriendo la voz entre los Hufflepuffs.

—¡Louis! —chilló James, alzando la voz de nuevo—. ¿Has metido a *Louis* en esto?

—Me oyó, así que pensé que podía ponerle a trabajar. ¿Qué importa? Creía que habías dicho que todo el que quería podría involucrarse.

—Sí, bueno... —dijo James, bajando la voz—, todo el mundo que *quisiéramos* que se enterara.

—No creo que las cosas funcionen así —replicó Ralph—. Además, ahora mismo se ha corrido la voz por toda la escuela ya.

James exhaló frustrado, pero era demasiado tarde para hacer nada al respecto. Tendría que encontrar a Cedric esta noche si podía. Pensando en eso, se giró y se abrió paso a empujones con el hombro hacia el interior de la atestada clase donde el profesor Binns ya estaba balbuceando de espaldas a los estudiantes, mientras tomaba notas fantasmales sobre la ilegible pizarra.

Finalmente se le presentó la oportunidad que esperaba esa noche después de cenar. Ralph se despidió en las escaleras y Rose estaba en la biblioteca haciendo algún trabajo. Una vez Ralph hubo descendido a los sótanos, James dio la espalda a las escaleras y avanzó a lo largo del vestíbulo principal hacia el pórtico. Presentía con mucha fuerza que tenía que hacer esto por sí mismo. Giró en el pasillo que desembocaba en la sala de trofeos, ralentizó el paso, mirando alrededor. No había nadie y los pasillos estaban bastante silenciosos ya que la mayoría de los estudiantes se habían retirado a sus salas comunes para pasar el resto de la tarde.

James caminó ligeramente a lo largo de las vitrinas, pasando junto a las fotos de antiguos equipos de quidditch y exhibiciones de pelotas, placas y trofeos. Se detuvo por un momento delante de un trofeo de quidditch grabado con una lista de nombres. Estaba bastante viejo y deslustrado, pero el nombre del fondo todavía era perfectamente legible “James Potter... Cazador”, se leía en una caligrafía fluida. Era el nombre del abuelo de James al que nunca había conocido. Se sintió de repente muy triste porque esto le recordó que ya no tenía ningún abuelo. La placa estaba bastante polvorienta, probablemente olvidada por casi todo el mundo que se movía a diario a través de estos salones. James sintió la fuerte urgencia de meter la mano en la vitrina y tocar la placa, para asegurarse de que era real. Era como un ancla que le conectaba a una persona y tiempo que nunca había conocido. James miró alrededor, asegurándose de que nadie estaba mirando, y entonces se acercó a la vitrina. La puerta de cristal chirrió ligeramente cuando la abrió. Extendió la mano y pasó un dedo sobre el nombre grabado cerca del fondo, dibujando una débil línea en el polvo. A penas podía sentir el relieve de las letras.

De repente, sin ninguna razón aparente, James pensó en las palabras que su padre le había dicho la noche del funeral del abuelo: *...el abuelo es en realidad el tercer padre que he perdido... eso me lleva otra vez al principio*. Este nombre en el trofeo era donde todo había empezado. *Este trofeo es de aquellos últimos años antes de que todo cambiara*, pensó James, *antes que la abuela y el abuelo fueran asesinados por Voldemort; antes de que el padrino de papá, Sirius, se perdiera en la Sala de los Misterios; antes de que el viejo Dumbledore fuera lanzado de*

uno de los tejados de este mismo castillo; esto fue antes de que nada de eso ocurriera, cuando todo el mundo era feliz y nadie había muerto aún. Si al menos... si al menos...

—Recuerdo ver a tu padre ahí de pie de delante de esa misma placa —dijo una voz quedamente.

James no se sorprendió. No se dio la vuelta mientras decía:

—He bajado aquí a buscarte. Tenía el presentimiento de que era aquí donde venías cuando no sabías a donde más acudir.

—Este es el primer lugar que recuerdo después de morir —dijo la voz fantasmal de Cedric Diggory—. Hubo un largo, largo tiempo de nada, aunque algunas veces se sentía solamente como minutos. Finalmente, allí estaba, mirando mi propia fotografía de la Copa de los Tres Magos. Pasaba mucho tiempo haciendo eso. Era... reconfortante en cierto modo. No podía verme en los espejos, ya sabes. Una de las peculiaridades de ser un fantasma.

James cerró la vitrina del trofeo y se giró hacia Cedric.

—¿Viste a mi padre aquí de pie, mirando el nombre del abuelo en la placa?

Cedric sonrió ante el recuerdo.

—No solo a él. Estaban los tres. Ron, Hermione y Harry. Fue en su primer año. No los conocía entonces, pero sabía quién era tu padre. Todo el mundo lo sabía.

James volvió a mirar de nuevo la placa. Ayudaba saber que su padre también miraba ese nombre y sentía en cierto modo lo mismo que estaba sintiendo él. Suspiró.

—El pasado es una trampa de acero —dijo Cedric—. Confía en mí en eso, James.

James levantó la mirada, sorprendido.

—¿Qué? —dijo Cedric—. Ha quedado muy profundo, ¿no?

James sacudió la cabeza.

—No. Quiero decir, sí, supongo, pero no era en eso en lo que estaba pensando. Es solo que estaba teniendo el más fuerte y raro de los presentimientos de que esto había ocurrido antes. Y de repente, pensé en la historia de Ralph.

Cedric pareció asombrado. James siguió, ondeando una mano.

—Una historia que aprendimos en Literatura Mágica. La profesora Revalvier dice que lo bueno de las historias mágicas es que tienen que ser transmitidas de boca en boca porque las palabras escritas las enjaulan y las domestican. Las historias mágicas tienen que estar vivas. Cambian cada vez que se cuentan porque recogen el espíritu del narrador. No sé por qué; estaba pensando en la última frase de la historia que Ralph nos contó en clase. Es la única frase que puedo recordar exactamente cuando intento escribirla.

—¿Cuál es? —preguntó Cedric.

James se mostraba pensativo.

—“Entonces yo soy el Rey de los Gatos” —dijo, como saboreando las palabras.

El fantasma de Cedric se quedó en silencio. Después de un momento preguntó:

—¿Qué significa?

—Esa es justo la cuestión —dijo James, sacudiendo la cabeza—. No parece significar nada a menos que no esté pensando en ello. Entonces, de repente, aparece en mi cabeza, como ahora mismo, y parece realmente importante. Solo que no puedo dar en el clavo. Parece como algo que ves por el rabillo del ojo, algo que se desvanece tan pronto como lo miras directamente.

—Bueno, supongo que si es realmente importante, vendrá a ti cuando lo necesites —dijo Cedric, encogiéndose de hombros—. ¿Dijiste que habías venido aquí en mi busca?

—Oh —replicó James, sacudiéndose a sí mismo—. Si. Hmm... —Suspiró, y después miró al fantasma directamente a sus semitransparentes ojos—. Necesitamos tu ayuda, Ced. No sé de qué otra forma decirlo. Hemos fundado este club, Ralph, Rose y yo. En realidad, fue idea de Noah, Sabrina y Damien, pero fuimos nosotros los que acudimos a Merlín y conseguimos el permiso y todo eso. Honestamente, ni siquiera somos los primeros en hacerlo. Mi padre tenía un club como este en sus tiempos, aunque eso fue después de que tú, ya sabes, hmm... sea como sea, necesitamos aprender hechizos defensivos y técnicas y nuestro nuevo profesor de este año se niega a enseñarnos nada excepto como hacer estiramientos. Tenemos permiso para empezar oficialmente el club, y por ahora, parece que toda la escuela lo sabe ya. Nuestra primera reunión es mañana, pero ni siquiera tenemos un profesor. Por eso venía a buscarte. Cuando hablamos por primera vez de ello, tú fuiste la primera persona en la que Ralph, Rose y yo pensamos para enseñarnos magia defensiva.

—No puedes hablar en serio —dijo Cedric, sonriendo un poco socarronamente—. Soy un fantasma, por si no lo has notado. No solo no tengo ya una varita que funcione, técnicamente, ni siquiera tengo dedos. No podría aturdir a un conejito. Pasó un mal rato apagando las linternas en mi rutina del “Espectro del Silencio”. ¿Y tú crees que puedo enseñar técnicas de magia defensiva?

—¡Bueno, sí! —dijo James, entusiasmándose con el tema—. Quiero decir, ¡tú eras un gran mago, incluso estando en la escuela! ¡Todo el mundo lo dice! Incluso Viktor Krum habla de cómo engañaste al dragón y superaste a las sirenas. ¡Tenías talento natural! Además, tienes auténtica experiencia en batalla, habiendo pasado todo el Torneo de los Tres Magos. Y aprendiste con Dumbledore, en la que todo el mundo dice fue la época dorada de Hogwarts. ¡Vamos, Cedric! ¡Es perfecto!

—Yo no lo creo así, James —dijo Cedric, su sonrisa palideció—. Es genial que hayas pensado en pedírmelo a mí y todo eso, pero...

—Mira, Cedric, esto no es solo por nosotros —dijo James, acercándose más al fantasma—. Dijiste que no creías que hubiera ya un lugar aquí para ti. Todos tus viejos amigos y compañeros de clase se han ido. Pero hay un montón de nosotros que realmente te *necesitamos*, aquí y ahora. Mi padre dice que eras absolutamente excelente con los hechizos y técnicas, y todo el mundo sabe que fuiste un líder nato. Sé que todavía lo recuerdas todo porque los fantasmas no experimentan el tiempo como los vivos. Vamos, ¿qué dices?

El fantasma de Cedric retrocedía rápidamente, con la cara abatida mientras sacudía la cabeza.

—No puedo, James. Parte de mí realmente querría hacerlo, pero no puedo. No lo entenderías.

—Mira, Ced, solo intétalo una semana o dos. ¡Será genial! Todo el mundo te adorará y yo sé que serás capaz de enseñarnos un montón de cosas. Además...

James vaciló, inseguro de si continuar. Cedric se había detenido y le devolvía la mirada. James tomó un profundo aliento y continuó.

—¿Recuerdas al final del curso pasado, esa noche cuando hablamos en la sala común Gryffindor? Me dijiste que todavía sentías un rastro de Voldemort en estos pasillos, aunque estaba muerto. Bueno, Rose, Ralph y yo vimos algo. Y... he estado sintiendo cosas. Algo se cuece, y tiene que ver con los viejos mortífagos, la tumba de Voldemort y una criatura realmente escalofriante con una capa que parece estar hecha de humo y cenizas. Rose cree que el director está involucrado, aunque yo no estoy de acuerdo. Lo que intento decir es que podría avecinarse una batalla. Debemos no nos está enseñando nada que resulte auténticamente útil en una lucha mágica. Solo queremos estar preparados. Queremos estar listos. Tú provienes de un tiempo en el que Voldemort aún estaba vivo. Sabes cómo luchar contra esa gente. Eres perfecto, te necesitamos.

Cedric miró a James durante un largo y tenso momento. Parecía estar luchando consigo mismo. Finalmente, bajó la frente y apartó la mirada.

—Tienes razón en una cosa, James. Tengo experiencia en batalla. Me mataron en la primera que viví. Duré un total de diez segundos.

James se quedó con la boca abierta.

—Ced, no puedes hablar en serio. Esa noche en el cementerio... eso no fue una batalla. He oído a papá hablar de ello. Él estaba allí, ¿recuerdas? Pettigrew te atacó sin advertencia. No puedes pensar en serio que...

—De verdad, James —dijo Cedric, alzando la mirada. Los ojos del fantasma lucían muy graves—. No me lo pidas de nuevo. Tengo mis razones. No puedo, ¿vale?

James sostuvo la mirada del fantasma. Después de un momento, suspiró profundamente.

—Muy bien, Cedric. Olvídalos. Lamento haberte molestado. Ya nos veremos.

James se dio la vuelta y comenzó a alejarse con paso pesado. Llevaba recorrido medio pasillo cuando la voz de Cedric dijo:

—¿Duele?

James se detuvo en el acto y entrecerró los ojos. Miró sobre su hombro.

—¿Qué cosa?

Cedric no se había movido. Revoloteaba junto a la vitrina de trofeos, mirando solemnemente a James.

—La marca de tu frente.

El corazón de James se saltó un latido. Sin pensar, se tocó el lugar en el que sentía el

picor y había sentido el dardo de dolor fuera de la oficina del director.

—¿Puedes verla? —susurró ásperamente.

Cedric asintió lentamente con la cabeza.

—¿Que... —empezó James, pero la voz le falló. Se aclaró la garganta—. ¿Qué aspecto tiene?

La expresión de Cedric no cambió. Sabía que James lo sabía.

—Parece un relámpago, James. Justo como la de tu padre. Excepto que es verde. Brilla un poco.

Los ojos de James se abrieron de par en par y su corazón palpitó. El punto en su frente se sentía cálido. Cosquilleaba un poco ahora que pensaba en ello. Miró impotentemente a Cedric de nuevo.

—No te preocupes —dijo Cedric, presintiendo la pregunta de James—. No creo que nadie más pueda verla. Aparte de los demás fantasmas, quizás. Solo lleva ahí una semana o así. Al principio, era muy débil, pero ahora... Por eso te pregunté si dolía.

Los pensamientos de James eran un torbellino. ¿Qué podía significar esto? ¿Por qué estaba ocurriendo?

—Duele a veces —admitió James—. Pero solo un poco. Más que nada solo pica. Excepto una vez, justo fuera de la oficina del director. Merlín me miró y... dolío. Pero solo un segundo.

Cedric asintió una vez, solemnemente.

—Préstale atención, James. Debe estar ahí por una razón. Pero ten cuidado. Podría no ser de fiar.

James asintió, sin escuchar apenas. Miró alrededor rápidamente, para asegurarse de que nadie se había aproximado y pudiese oír la conversación. El pasillo seguía vacío. Cuando miró de nuevo a Cedric, el fantasma se había desvanecido.

—¿Cedric? —susurró. No hubo respuesta. James no podía estar seguro de si el fantasma se había marchado de verdad, o solo se había vuelto invisible—. Cedric, si todavía estás ahí y cambias de opinión... bueno, ya sabes donde encontrarme, ¿vale?

El pasillo estaba completamente silencioso y tranquilo. James se tocó de nuevo la frente, preguntándose y preocupándose. Finalmente, suspiró, se dio la vuelta, y empezó a volver con paso pesado hacia las escaleras y la sala común Gryffindor.



Tan pronto como James alcanzó la sala común, habló a Rose de su conversación con

Cedric. Ella se mostró sorprendentemente comprensiva ante la negativa del fantasma a enseñar, recordando la conversación que habían sostenido en el pasillo una semana antes.

—Probablemente aparecerá tarde o temprano —dijo, asintiendo con la cabeza—. Solo necesitamos a algún otro entretanto. Está bien, de verdad. Ninguno de los estudiantes con los que hablé hoy sabían nada de Cedric de todos modos.

—¿Pero quién va a enseñarnos entretanto? —se apuró James—. ¡La gente vendrá mañana con algunas expectativas, Rose! ¡No podemos decirles sin más que abran sus libros de texto de Defensa y empiecen con los hechizos que les apetezcan! ¡Será un completo desastre!

Rose parecía pensativa.

—Podríamos preguntar a Viktor, quizás. Va a estar aquí hasta el próximo fin de semana. Indudablemente sabe del tema.

—Está demasiado unido a Debells —dijo James—. Se lo contaría desde el principio y eso será el final de todo.

Rose estaba explorando la habitación ociosamente. De repente, sus ojos se abrieron. Miró a James, con una sonrisa ladeada curvando sus labios.

—*Hay* una persona que ya está entre nosotros y que parece saber bastante de magia defensiva.

—Los mayores no quieren hacerlo —suspiró James—. Ya lo hemos intentado, Rose.

—En realidad —dijo Rose, mirando de reojo otra vez—, la persona en la que estaba pensando es un año *menor* que tú.

James siguió la mirada de su prima. Scorpius Malfoy estaba sentado a una mesa al otro lado de la habitación, pasando las páginas de un libro de texto distraídamente. Levantó la mirada, consciente de la mirada de James, y resopló ligeramente.

—Ni en un millón de años, Rose —dijo James rotundamente, dándose la vuelta y cruzando los brazos—. Ni en un *trillón* de años.

—Solo hablaba por hablar —dijo Rose inocentemente—, dijiste que intentó utilizar hechizos aturdidores con Albus en el tren. Y los demás de segundo han estado hablando de lo que hizo con el cabecero de tu cama, lo cual fue, tienes que admitirlo, bastante impresionante. Ya sabe levitación, y...

—¡No, Rose! —siseó James, interrumpiéndola—. ¡Prefiero todo un curso con Debells y la carrera del guantelete antes de pedirle a *él* que me enseñe nada!

—¿Estás dispuesto a hablar por el resto de los miembros del club también?

—¡No es un profesor! ¡Es un imbécil creído! ¡Probablemente no lo haga aunque se lo pidamos! La gente como él no es precisamente del tipo de los que le gusta compartir.

Rose se alisó la túnica remilgadamente.

—Bueno, no puedes saberlo a menos que lo intentes. De verdad, James. ¿Queremos aprender o no?

James sacudió la cabeza.

—Queremos un profesor, no un pequeño estúpido engreído que nos enseñe unos pocos trucos. Si quieres que enseñe, pídeselo *tú*.

—Puede que lo haga —replicó Rose alegremente. Recogió su mochila y se marchó. James la observó, pero ella simplemente subió las escaleras hacia el dormitorio de las chicas. Si pretendía pedir a Scorpius que enseñara en el nuevo Club de Defensa, al parecer no planeaba hacerlo esa noche. Después de un rato, James subió las escaleras del lado opuesto de la habitación.

Cuando se preparaba para ir a la cama, pensó cuidadosamente en la conversación que había tenido con el fantasma de Cedric. Debería haber sabido que Cedric se negaría a liderar el club, y aun así había parecido que parte de Cedric realmente quería hacerlo. ¿Y qué podía significar que Cedric viera un relámpago verde en su frente? Cuando terminó de cepillarse los dientes en el baño, se inclinó hacia delante, examinándose en el espejo. Por lo que podía ver, su frente estaba completamente lisa. Y aún así, incluso ahora, podía sentir ese diminuto y revelador hormigueo. Con frecuencia, James había visto a gente señalando a su padre, reconociéndole por la famosa cicatriz, y había creído que sería genial tener una marca así. Por aquel entonces, James no entendía el precio que su padre había tenido que pagar por esa cicatriz. Incluso ahora, no podía entenderlo completamente, pero entendía lo suficiente, especialmente ahora que había perdido al abuelo Weasley. Sabía lo bastante como para no desear algo así para sí mismo. En el transcurso del año pasado, James había luchado con las expectativas de seguir los pasos de su famoso padre. Ahora, sabía que esos pasos eran demasiado grandes para él. Y lo que era más importante, James tenía su propio camino que recorrer, y ese era únicamente para él. No era sólo una repetición de lo que su padre había hecho. Había aprendido la lección, ¿no? ¿Entonces qué pasaba con la cicatriz fantasmal? ¿Qué estaba intentando decirle? ¿Podía confiar en ella?

No tenía sentido preocuparse por ello. Y aún así era difícil dejarlo correr. Finalmente, cuando se subía a la cama, James se distrajo intentando pensar en algún otro que pudiera servir como profesor para el Club de Defensa. No se le ocurría nadie, y estaba claro que no iba a pedírselo a Scorpius, pero eso apartó de su mente el misterioso picor de su frente. Finalmente, se quedó dormido.



Había voces, resonando confusamente, o tal vez era solo una voz, pero el eco hacía que parecieran más. James no podía entender ninguna de las palabras reales, pero el

sonido de la voz era a la vez consolador y enloquecedor, como rascarse un sarpullido de hiedra venenosa. Estaba oscuro, pero había destellos de algo, como fogonazos de luz sobre el filo de una hoja cortando el aire. Bajo la voz había un estruendo y retumbar de maquinaria antigua y un goteo de agua, todo haciendo eco hasta desorientar. Se oyó ruido de pasos sobre piedra y la voz se acercó más. James pudo oír las palabras, pero estas estaban desconectadas y resultaban extrañas. La luz floreció, titilando como a través de agua. Era verde, y había caras en ella. Un hombre y una mujer, haciendo señas, sonriendo tristemente, esperanzadoramente.

—James, estás soñando, imbécil. ¡Despierta!

Una bolsa de colada golpeó la cabeza de James y éste se sentó de golpe, parpadeando.

—Ya era hora —masculló Graham adormilado—. Llevo un minuto entero intentando despertarte. ¿Siempre hablas en sueños?

James miró adormilado a Graham.

—¿Cómo voy a saberlo —masculló gruñónicamente—, si lo hago cuando estoy dormido? —El sueño rondaba su cabeza como un enjambre de mosquitos, pero no podía recordar mucho de él. La luz del amanecer entró lentamente en la habitación mientras Graham salía de la cama.

—Bueno, ya que estamos podemos levantarnos —dijo Graham—. Puedo oler el bacon desde aquí. Vamos por un plato antes de que Hugo se nos adelante y acabe con todo.

El sol iluminaba un maravillosamente cálido día de otoño. Las clases de la mañana pasaron y James apenas lo notó, distraído dando vuelta a los restos del extraño sueño de la noche anterior, intranquilo por como liderar la primera reunión del Club de Defensa de esa tarde, y por las preocupantes palabras de Cedric sobre la cicatriz fantasmal de su frente. En ese punto, James conectaba el sueño con la cicatriz, recordando que la cicatriz de su padre había sido una vez una especie de portal a los pensamientos de Voldemort. Pero Voldemort llevaba muerto mucho tiempo. La cicatriz de su padre no le había dolido en dos décadas. Fuera lo que fuera lo que significaba la señal fantasmal en la frente de James, no podía estar conectada con ningún resurgir del Señor Tenebroso, porque su padre seguramente lo sentiría antes que nadie.

A menos, pensó James con un sobresalto, que estuviera relacionado con el linaje, el sucesor secreto de Voldemort sobre el que ese espíritu del árbol le había hablado el año pasado. James se estremeció arrodillado en la hierba durante la clase de Cuidado de Criaturas Mágicas de Hagrid. ¿Cómo podía estar él conectado con el linaje? Su padre, Harry Potter, era el de la cicatriz, no James. ¿Por qué él?

La batalla de tu padre ha terminado, había dicho el espíritu del árbol. *La tuya comienza*.

—James —dijo Hagrid, mirándole por encima de los demás estudiantes—, ¿pasa algo malo con la madriguera de la anguila?

James bajó la mirada al resbaladizo lodo amarillo ante sus rodillas. Hundió una mano en él, tanteando en busca de la *anguila mucosa* que acababa de plantar.

—No, no, está genial, Hagrid. Resbaladiza como debe estar. De verdad, está genial.

—Esto es absolutamente repulsivo —dijo Ralph, metiendo la mano en su propia excavación. Salpicó y succionó asquerosamente. De repente, se abalanzó hacia delante y tiró, sacando la cola de su anguila mucosa del barro.

—¡Muy bien! —gritó Hagrid alegremente—. Ralph consiguió poner la suya en posición vertical. Tan pronto como la anguila está bocabajo en su guarida, se vuelve torpe. Sólo frótale la barriga agradable y lentamente. Eso la hará hibernar. Entonces podremos cosechar el limo de anguila. Algo muy útil, el limo de anguila mucosa.

Graham hizo una mueca y se sacudió hebras de limo de los dedos.

—¿Esta cosa es planta o animal, Hagrid?

—Bueno, ¿de qué trata esta clase, señor Warton? —preguntó Hagrid en respuesta.

—Cuidado de Criaturas Mágicas —respondió Graham con monotonía.

—Entonces, ya que no es la clase de Herbología del profesor Longbottom —dijo Hagrid, sonriendo—, supongo que podemos asumir que la anguila viscosa es una criatura mágica con ciertas tendencias vegetales inusuales, ¿no?

—¡Profesor Hagrid! —llamó de repente Morgan Patonia, luchando por mantener la voz firme—. ¡Creo que he tirado demasiado fuerte de mi anguila!

Todo el mundo miró. Morgan se había puesto en pie de un salto y estaba sujetando su anguila mucosa a un brazo de distancia, encogida de miedo a la contoneante criatura de un metro de largo. Colgajos de limo verdoso caían de la anguila, salpicando la túnica de Morgan y el suelo bajo ella.

—¡No la sueltes! —gritó Hagrid, lanzando las manos—. ¡Vuelve a bajarla a su madriguera, pero no la sueltes! ¡Se arrastrará hasta el lago y nunca volveremos a verla, y estas anguilas son realmente valiosas! Bájala con cuidado, la cabeza primero en la madriguera, así, señorita Patonia.

Ralph observó a Morgan hundir la anguila contoneante de vuelta al amasijo de resbaladizo lodo. Su cara era una máscara de asco absoluto. La cabeza con forma de flecha de la anguila tocó el barro, el cuerpo se lanzó hacia adelante, intentando enterrarse en su madriguera.

—Ahí está —suspiró Hagrid, relajándose—. Ningún daño. Una buena lección para todos nosotros, de hecho. Mantener la cabeza en la madriguera. Mejor prevenir que lamentar, ¿eh, señorita Patonia?

Morgan sonrió animosamente, con aspecto, de hecho, de lamentarlo bastante. El limo brillaba en salpicaduras largas por su túnica.

—Antes de averiguar que era mago —dijo Ralph melancólicamente, mirando a la túnica de Morgan—, planeaba asistir a la Escuela Byron Bruggman para Chicos. Apuesto a que allí no tienen nada parecido a las anguilas mucosas.

—Piensa en lo que te habrías perdido —dijo Graham, sonriendo compasivamente. Salpicó limo con los dedos hacia Ralph.

Más tarde ese día, James se abría paso a través de los atestados pasillos, mirando

sobrepticiamente alrededor, preocupado porque le estuvieran siguiendo. La hora libre de la tarde había sido elegida por la profesora Curry para las audiciones, y James iba de camino a la clase de Estudios Muggles. A medio pasillo, se encontró con Rose y Ralph, que charlaban animadamente.

—¿Qué estáis *haciendo* vosotros dos? —preguntó James, mirándolos por turnos.

—Bueno, yo *iba* a presenciar la audición de Petra para el papel de Astra —replicó Rose—, si te parece bien, primo.

—Y yo solo me apunté porque la alternativa era ir a empezar mis deberes de Encantamientos —replicó Ralph—. Rose dice que me ayudará con ellos si espero hasta esta noche. Una elección fácil. ¿Qué hay de ti?

—¿Yo? —dijo James, su voz chillando culpablemente—. Nada. En realidad. Solo... la misma razón. Vamos, entremos.

Cuando entraron en la clase de Estudios Muggles, la cara de James estaba de color rojo remolacha. Caminó rápidamente hasta la parte delantera de la clase, esperando que Ralph y Rose no le siguieran. Entró de lado en la fila delantera, y le molestó ver que los dos se colocaban tras él.

—¿Qué pasa contigo, James? —preguntó Rose, sentándose y frunciéndole el ceño con curiosidad.

—¿Encontraste un lugar para la reunión del Club de Defensa? —replicó James, cambiando de tema.

—Síiii —dijo Rose lentamente, todavía estudiando la cara de James—. El gimnasio no se utiliza por las tardes, así que conseguimos permiso para reunirnos allí. Todo está arreglado.

—¿El gimnasio? —gimió Ralph—. Odio ese lugar. Ahí es donde Deballows da *su* clase. ¿Eso fue todo lo que pudiste encontrar?

—Es el lugar de reunión perfecto —replicó Rose rígidamente—. No hay mesas ni sillas que apartar y hay ya bastantes blancos para practicar hechizos. Y tarde o temprano, si empezamos a realizar duelos de práctica, el suelo acolchado será muy útil.

—¿Estás segura de que los duelos son buena idea? —preguntó Ralph—. Quiero decir, James dijo al director que no practicaríamos unos con otros.

—Los duelos son esenciales para la técnica defensiva apropiada, Ralph —dijo Rose, poniendo los ojos en blanco—. No puedes obtener buenos hechizos sobre blancos inmóviles. Además, yo preferiría que el director no estuviera al corriente de la extensión de nuestro entrenamiento. Podría cerrarnos el club.

James frunció el ceño.

—Rose, eso es ridículo. Probablemente Merlín se alegraría de que estuviéramos aprendiendo auténticas técnicas de batalla.

—¿Oh? ¿Entonces por qué contrató a Deballows en primer lugar? —preguntó Rose, alzando las cejas.

—Merlín no está al cargo de ese tipo de decisiones —replicó James, pero no estaba

seguro de eso.

—Mi madre y tu padre trabajan en el Ministerio, James. Ambos sabemos que el director tiene la última palabra en cuanto al profesorado. Además, Merlín no es el tipo de hombre que deja que otros tomen decisiones por él. Debellows está aquí porque Merlín le *quiere* aquí.

Ralph dijo:

—Eso no significa que esté intentando impedirnos aprender nada útil.

—No —estuvo de acuerdo Rose fácilmente—. Pero si lo estuviera haciendo, Debellows sería una forma genial de asegurarse de ello. Y después de lo que vimos en el espejo, no voy a arriesgarme.

James abrió la boca para discutir con Rose, pero en ese momento, la profesora Curry se levantó y se aclaró la garganta.

—Gracias a todos por venir —pronunció con una vibración—. Estas audiciones no son en horario de clase obligatorio, así que me tomaré como señal de sano interés en nuestra producción el que tantos hayáis venido a observar. Por supuesto, no es así exactamente como se conducen las audiciones en el teatro muggle, pero en interés de la educación, hemos escogido un formato de elección más público. Hoy, completaremos las audiciones para los papeles de Astra, Treus, Rey Julian y la Vieja Marsh. Las decisiones finales serán tomadas por mí y los representantes electos de los mayores departamentos teatrales. Mostremos algo de reconocimiento por el jefe del departamento de atrezo, el señor Jason Smith, la directora de vestuario, señorita Gennifer Tellus, el jefe de tramoyistas, señor Hugo Paulson, y finalmente, mi ayudante de producción oficial y directora asociada, la señorita Tabitha Corsica.

Los cuatro representantes estaban sentados a una larga mesa en una esquina delantera, colocada en ángulo a fin de que estuvieran de frente a la clase y a la zona designada como escenario para las audiciones a la vez. Los cuatro estudiantes aceptaron la ronda de aplausos poco entusiasmados, asintiendo con la cabeza y sonriendo. Hugo se levantó y abrió los brazos de par en par, como si estuviera aceptando un premio. Hizo una profunda reverencia y Gennifer Tellus tiró de él de vuelta a su asiento, poniendo los ojos en blanco. En el extremo de la mesa, Tabitha sonreía inescrutablemente. Brevemente, hizo contacto ocultar con James y le guiñó un ojo. James le frunció el ceño.

—Primero —dijo la profesora Curry, consultando un manojo de pergamo que tenía en la mano—, terminaremos de ver a las dos candidatas finales para el papel de Astra. La señorita Josephina Bartlett, de séptimo curso, Ravenclaw, leerá primero. Por favor, como siempre, se apreciaría silencio en la galería. Eso significa nada de aplausos, gracias. Señorita Bartlett, cuando esté lista.

Josephina Barlett saltó virtualmente al frente de la habitación, con la túnica rebotando a su alrededor y su largo cabello rubio captando la luz del sol de las ventanas.

—Gracias a todos, y particularmente, a los miembros del comité —dijo Josephina, sonriendo triunfalmente—. Escojan a quien escojan, esta ha sido una maravillosa

oportunidad para mí y todos los demás candidatos.

—Solo lee, Josephina —dijo Gennifer, arqueando una ceja.

Josephina apretó su sonrisa una muesca más, fulminó a Gennifer con la mirada, y de repente dejó caer los brazos y la cabeza como si hubiera sido apagada. Tomó un profundo aliento, aparentemente mirando al suelo entre sus pies. Entonces, lentamente, alzó la cabeza. Sus ojos brillaban. Miraba más allá de la asamblea de estudiantes, con una expresión de beatífica angustia grabada en la cara.

—¡Heme aquí! —exclamó, alzando los brazos tan rápido que su manga revoloteó. Señaló directamente adelante. Sentado a la mesa del comité, Hugo realmente miró para ver qué estaba señalando Josephina. Gennifer le dio un codazo. Josephina tomó un enorme y estremecido aliento—. ¿Será eso que ilumina el sol poniente la vela de mi amor que retorna, o mis ojos se dejan engañar por el deseo de mi corazón? Si yace ahora en la tumba del más profundo de los océanos, entonces no permitáis que mi alma despierte, que los fervientes sueños no pasen; ¡mejor yacer en una cripta de sueño que caminar por una muerte en vida, el mundo, mi infierno, sin mi querido Treus! ¡Escucha, corazón mío, a punto de romperse, debes hacerlo! Oh, Treus, ¿es cierto? ¡Declara tu llegada ahora, o déjame unirme a ti y dormir en la lúgubre muerte! ¡Pero no te atrevas a mantener mi alma en esta angustiosa espera! Treus, hazme saber tu respuesta o permite a mi alma partir... ¡partir!... para escapar al sueño eterno... de la muerte.

Josephina se quedó en silencio, una sola lágrima bajaba por su mejilla. Su labio se estremecía temblorosamente. Entonces, súbitamente, su cara se despejó. Se limpió la lágrima con la manga y sonrió a la galería. Hubo un jadeo colectivo. Incluso James había estado conteniendo el aliento. Rose le miró fijamente, molesta. James se encogió de hombros y Rose puso los ojos en blanco.

—Muy bien, señorita Bartlett —dijo Curry desde su asiento en la mesa—. Tal vez un poco, hmm, melodramático pero indudablemente bastante evocativo. ¿Algún comentario de la mesa?

La cara de Hugo estaba arrugada de concentración.

—¿Qué significa “fervientes”?

Gennifer suspiró, y después se giró hacia Josephina.

—Obviamente has practicado, Jo, y eso se ve. Buena preparación.

—Dime —dijo Tabitha, bajando los ojos al tablero de la mesa y frunciendo la frente—, ¿intentabas representar a Astra tan triste y desamparada, o tenemos que creer que simplemente ha experimentado una lobotomía frontal completa?

La sonrisa de Josephina se volvió quebradiza.

—Tómate lo que quieras, Tabitha. No creo que nadie más comparta tu, ah, interpretación *profesional*.

—No estoy segura de que eso sea así exactamente —dijo Tabitha dulcemente, sosteniendo la mirada de Josephina.

—Si querías el papel —dijo Josephina, abandonando su sonrisa—, deberías haber

hecho la audición. De otro modo, deja que los pocos que sabemos actuar hagamos nuestro trabajo.

—Observación anotada, señorita Bartlett —dijo Curry rápidamente—. Por favor síntase libre de volver a su asiento. Ahora, también leyendo el papel de Astra, tenemos a Petra Morganstern, séptimo curso, Gryffindor. Señorita Morganstern, ¿preparada para su lectura?

Petra se levantó de su asiento en la parte de atrás de la habitación. James se giró para observarla aproximarse al área del escenario. Llevaba el libreto con ella, y cuando se giró de cara a la galería, lo consultó. Sus labios se movieron mientras leía las primeras líneas.

—Intenté practicar con ella —susurró Rose a James—, pero dijo que quería improvisar, sin practicar. Te lo juro, apenas leyó el libreto entero ayer.

Petra bajó el libreto otra vez y tosió en su puño. Finalmente, miró sobre la multitud de estudiantes, con la cara casi en blanco excepto por un ligero ceño en la frente. Hubo casi diez segundos de silencio, y a James le preocupó que Petra pudiera haberse olvidado de las frases. Finalmente, casi en un susurro, Petra dijo las primeras palabras del discurso: “Heme aquí”.

La habitación entera pareció inclinarse hacia delante mientras Petra recitaba las líneas tranquila y pensativamente, como para sí misma. Su voz solo alcanzó el volumen normal de conversación cuando alcanzaba el final.

—Oh, Treus, ¿es cierto? —dijo, y su voz estaba llena de duda, como si supiera que la esperanza de Astra eran tan frágil como el papel—. Declara tu llegada ahora o déjame unirme a ti y dormir en la lúgubre muerte... —Hizo una pausa, y su voz cayó de nuevo, justo por encima de un susurro—. Treus, hazme saber tu respuesta, o permite a mi alma partir... escapar al sueño eterno... de la muerte.

Petra se detuvo, su cara todavía mostraba la misma expresión que al empezar. Parecía estar mirando a través de la pared trasera hacia algo muy lejano, como un espejismo. Entonces, sin una mirada a la mesa del comité, se metió el libreto bajo el brazo y volvió a recorrer el pasillo central. James la observó hasta que volvió a su asiento.

—Muy bien, señorita Morganstern —dijo la profesora Curry—. Un poco suave para el escenario, pero podemos trabajar en el histriónismo cuando llegue el momento.

—Se comió el segundo “partir” —masculló Josephina desde su asiento.

No parecía haber ningún otro comentario de la mesa. Curry se levantó, sacando su manojo de pergaminos de nuevo y ajustándose las gafas.

—A continuación, las lecturas para el papel de Treus. Hemos reducido los candidatos a algunos de los de primeros años ya que Treus debe ser el más joven de los dos pretendientes de Astra.

La cara de James ardió. No había contado a Ralph y Rose que se había apuntado para el papel de Treus. Su primera lectura había ido bastante bien, aunque habían estado presente solo la profesora Curry y unos pocos de primero en esa audición inicial. Ni siquiera sabía quien más era candidato al papel. Miró a Rose y Ralph.

—Tengo que deciros algo —susurró urgentemente.

—¡Chist! —siseó Rose.

—Solo quedan dos candidatos para el papel de Treus —estaba diciendo Curry—. Uno de Slytherin y otro de Gryffindor, pero irónicamente, ambos de la misma familia. Primero, el primero por orden alfabético de nombre *propio* ya que ambos tienen el mismo apellido. —Curry sonrió indulgentemente y se quitó las gafas—. Primer curso, Slytherin, Albus Potter.

Simultáneamente, las bocas de James, Ralph y Rose se abrieron de par en par. Rose y Ralph se volvieron hacia James, pero James se giró en su asiento, buscando a su hermano. Albus se levantó de un salto y trotó hasta la parte delantera de la habitación, lanzando una sonrisa y un encogimiento de hombros en dirección a James. James no podía creérselo. ¿Albus, en una obra? Por supuesto, no era más sorprendente que ver al propio James intentando actuar, pero aún así. Así que eso era lo que significaba el guiño astuto de Tabitha desde la mesa del comité. Probablemente ella le había metido a Albus la idea en la cabeza, solo para provocar desavenencias entre los dos hermanos. Y Albus le estaba permitiendo tener éxito en el intento. James humeó furiosamente en su asiento.

—¡Pequeño imbécil! —jadeó Rose, codeando a James—. ¿Por qué no nos lo dijiste?

—Lo intenté! —replicó James, todavía observando a su hermano saltar al escenario—. Hmm, hace diez segundos.

Al parecer Albus había memorizado sus líneas. Se aclaró la garganta, y después miró de reojo a la mesa del comité.

—¿Se supone que tengo que decir algo? —preguntó alegremente—. Esta es solo mi segunda vez intentando actuar en una obra. ¿Se supone que debo dar las gracias a la academia o algo primero?

—Eso viene bastante después, señor Potter —dijo Curry, sonriendo indulgentemente—. Solo lea las frases, por favor. Cuando quiera.

Albus asintió con la cabeza. A los ojos de James, su hermano no parecía nervioso en lo más mínimo. Saltó sobre las puntas de los pies un poco, y después extendió las manos, como abarcando el cuarto.

—¡Maldito Donovan! —gritó, su cara oscurecida—. ¡Traidor descontento! Si hubiera habido espacio entre mis pensamientos para algo más que los hechizos de Eros y la vanidad, podría haber visto el malvado complot que se avecinaba. Mi orgullo siniestro y estúpido me hizo dejarme embauchar por esa lengua empalagosa, y mis sueños de fama aceptar su ruinosa empresa; y ahora es demasiado tarde para frustrar su vil y viciosa victoria. Oh, Astra, esposa de mi corazón, revierte mis velas y envía viento del norte; ¡todavía podemos derrotar a la tormenta de este villano! A las armas, en pie, oh, hombres, para defender la causa de la justa verdad: ¡la lanza para perforar su corazón mentiroso! ¡Pero mirad, sus nubes han bloqueado el sol, y se convierten en enemigos! Magos y hombres, empuñad las varitas y armas para luchar contra los mares violentos esta noche, con la mañana llegará nuestra victoria, o yaceremos en camas de arena

oceánica; ¡la morada de nuestra malograda gloria!

Albus terminó su commovedor discurso con un grito triunfante, sacudiendo una varita invisible hacia el cielo. Hubo unas pocas risas y unos pocos aullidos de ánimo. Este discurso era, después de todo, un clásico grito de batalla en el mundo mágico. Unos pocos observadores valientes habían recitado la última frase junto con Albus, sonriendo y sacudiendo sus propias varitas invisibles.

—Gracias, señor Potter —gritó Curry ruidosamente, ahogando los estallidos—. Muy animoso pero no exactamente tan grave como podría esperarse. Los soldados no se están embarcando en un partido de quidditch; se enfrentan a la probabilidad de su propia destrucción. Uno podría esperar que su líder fuera un poco menos frívolo. Aún así, una actuación muy entusiasta. Por favor, vuelva a su asiento.

Curry no necesitó consultar sus pergaminos. Cuando Albus se retiró a su asiento, sonriendo y chocando los cinco con algunos de sus amigos, Curry miró directamente a James.

—Y ahora, también leyendo el papel de Treus, el mayor de los Potter, James. Segundo curso, Gryffindor. Cuando quiera, señor Potter, el escenario es todo suyo.

James se sentía pegado a su asiento. Se obligó a sí mismo a levantarse, y después pasó rápidamente junto a Rose y Ralph. Para cuando alcanzó el escenario, su mente estaba completamente en blanco. Había memorizado las frases de la audición, pero ahora, distraído por la sorprendente actuación de Albus, ni siquiera podía pensar en la primera palabra. Miró a la mesa del comité y sonrió tímidamente. La profesora Curry asintió animosamente. Tabitha sonreía presuntuosa, obviamente disfrutando de la incomodidad de James. Una chispa de furia se encendió en James cuando vio esa sonrisa, y con esa furia, recordó las dos primeras palabras del papel.

—Maldito Donovan —dijo James, intentando mirar a la galería. Sus ojos se encontraron con los de Albus y su furia se incrementó. Quemaba a fuego lento en sus palabras mientras las pronunciaba entre los dientes parcialmente apretados—. ¡Traidor descontento! Si hubiera habido espacio entre mis pensamientos para algo más que los hechizos de Eros y la vanidad, podría haber visto el malvado complot que se avecinaba... —A medida que las palabras llegaban, James permitió que su propio resentimiento las alimentara. Alzó la voz, e incluso se permitió mirar de reojo a Tabitha. Quedó sombríamente complacido al ver que ya no sonreía—. Magos y hombres, empuñad varitas y armas para luchar contra los mares violentos esta noche, con la mañana llegará nuestra victoria, o yaceremos en camas de arena oceánica; ¡la morada de nuestra malograda gloria!

Rose estalló en un aplauso. Ralph y algunos otros se le unieron, pero fueron rápidamente acallados por una mirada de advertencia de la profesora Curry.

—Muy apasionado, debo admitirlo, señor Potter —dijo Curry apreciativamente—. No estoy segura de donde ha encontrado su motivación, pero me atrevo a decir que fue bastante efectiva. Ejem. Puede tomar asiento. A continuación, tenemos a la señorita

Ashley Doone, segundo año, Gryffindor, leyendo el papel de la Vieja Marsh. Señorita Doone, el escenario es suyo.

Ashley se aproximó al escenario en su papel, encorvada y tambaleándose. Alcanzó el escenario, se detuvo, y después se volvió, chillando roncamente y doblando los dedos como garras. James, se sentó bastante triunfante en la fila delantera, tuvo que suprimir una sonrisa.

—Eso estuvo espectacular —susurró Rose a su oído—. ¡No lo habría creído de ti!

—Fuiste tú la que me dijo que intentara conseguir el papel —susurró James en respuesta.

—Sí, bueno, solo estaba siendo amable —admitió Rose—. Pero me alegro de haberlo hecho. Estuviste realmente asombroso. Tengo la carne de gallina.

Veinte minutos después, la asamblea salía en fila de la clase de Estudios Muggles. James siguió a Rose y Ralph al pasillo y se detuvo, con los ojos muy abiertos.

—No parezas tan sorprendido —dijo Rose, palmeándole el hombro—. Estuviste brillante. Te mereces el papel.

—Pero yo no soy actor —dijo James, mirándola frenéticamente.

—Un poco tarde para preocuparse por *ese* detallito —sonrió Ralph.

Albus se abrió paso entre la multitud y se aproximó a su hermano.

—Sí, bueno, en realidad no quería estar sobre el escenario —dijo, extendiendo los brazos—. Lo divertido era hacerle ojitos a Josephina.

—No me lo recuerdes —dijo Rose enfáticamente—. No puedo creer que la escogieran en vez de a Petra.

—Yo creo que lo hizo muy bien —comentó Ralph, mirando al techo.

—Tú crees que se *veía* muy bien, eso es todo —replicó Rose, sacudiendo la cabeza—.

Puedo ver directamente a través de ti, Ralph Deedle.

—Eso no es cierto —dijo Ralph a la defensiva—. Bueno, quiero decir, *es* cierto, pero no solo por eso creo que merezca el papel.

Tabitha salió de la clase y miró de reojo a Albus. Sonrió y se acercó al grupo.

—Felicitaciones, James. Inspirada actuación. Es bueno ver que tú y Albus no sois demasiado competitivos en cosas así.

—Esfúmate, Corsica —dijo James, dándole la espalda—. No intentes que parezca como si te alegrara que no nos estemos tirando uno a la garganta del otro.

Tabitha miró tristemente a James, pero la cara de Albus se oscureció.

—¿Qué demonios pasa contigo, James? Actúas como si Tabitha tuviera algo contra nosotros. ¡Apuesto a que ni siquiera sabes que votó para que *tú* consiguiertas el papel! ¡Y estoy de acuerdo con ella! Así que por qué no te contienes un poco, ¿eh?

James se giraba hacia su hermano, pero otra voz habló antes de que pudiera responder.

—Tabitha no votó por *mí*, pero aún así tengo el papel —dijo Josephina. Sonrió a Tabitha desde donde estaba de pie, rodeada por una pandilla de chicas Ravenclaw—.

“Lobotomía frontal completa” uno, “interpretación profesional de Tabitha” cero.

Las chicas rieron y Josephina batió las pestañas, y después se alejó. Tabitha parecía tan serena como siempre, pero también se había olvidado de James. Se deslizó entre la multitud sin mirar atrás, aparentemente siguiendo a Josephina y su cortejo. Albus lanzó una mirada irritada a James y se alejó a su vez.

—Voy a buscar a Petra —dijo Rose, sacudiendo la cabeza con pesar—. Seguro que estará disgustada por no conseguir el papel. Os veré en el gimnasio después de la cena. No lo olvidéis.

—No lo haremos —replicó Ralph, molesto.

—Durante la última media hora, he olvidado por completo esa condenada reunión —se quejó James, girando para seguir al resto de los estudiantes hacia la cena en el Gran Comedor.

—No te preocupes por eso —dijo Ralph alegremente—. ¿Qué es un pequeño Club de Defensa para el gran Treus, conquistador del Mar Caspio?



Capítulo 9

La dama del lago

James se sentó con Graham y Hugo en la cena, dejando que la mayor parte de la conversación le resbalara mientras se concentraba en la mejor forma de dirigir la reunión del Club de Defensa. Rose había comido rápidamente e ido por delante para asegurar que el gimnasio estuviese listo para ellos, y Ralph estaba ocupado recogiendo los nombres de todos los que habían expresado interés en verse implicados. La lista había crecido bastante, y la agitación de James respecto a la clase había aumentado con ella. Aunque compartía la responsabilidad con Ralph y Rose, no podía evitar sentir que los miembros del club le verían como el líder simbólico de la tropa. Finalmente, habiendo apenas comido, James se levantó de la mesa. No le haría daño llegar al gimnasio un poco antes también, y de todos modos, probablemente sería reconfortante estar alrededor de Rose. Ella parecía positivamente desocupada acerca de todo el asunto. James sospechaba que su herencia Weasley disfrutaba de la frívola incertidumbre y el desastre potencial.

Cuando abandonaba el Gran Comedor, sintió una preocupación fastidiosa y anónima. Era como si estuviese olvidando algo importante, pero le resultaba imposible identificar lo que podía ser. Incluso mientras se movía a través de los vestíbulos y los pasillos, había una sensación de ansiosa expectación en el aire. Los estudiantes se movían en grupos, obviamente absortos en animadas conversaciones, esperando los

acontecimientos de la tarde. James suspiró nerviosamente y dobló la esquina hacia el gimnasio.

—Ahí estás —dijo Rose, como si llevara horas esperado a James—. El gimnasio está casi listo. Ya hay personas esperando fuera en el pasillo. Sólo tenemos que enrollar los suelos acolchados y traer una de las pizarras.

—¿Para qué necesitamos una pizarra? —preguntó James.

Rose le dirigió una mirada impaciente.

—Así podremos poner por escrito los hechizos y maleficios que practiquemos. Será bastante más fácil para la gente concentrarse si no tienen que aprender de memoria los conjuros en el acto. Hay una pizarra con ruedas en el aula de Encantamientos, en el siguiente pasillo. Ve y tráela aquí y estaremos listos para comenzar.

Molesto porque le dieran órdenes pero contento por la distracción, James se dio la vuelta y abandonó el gimnasio. Efectivamente, los estudiantes estaban reuniéndose en el exterior del vestíbulo. Se apoyaban contra la pared y estaban sentados sobre el suelo en grupos sueltos, todos ellos levantando la mirada cuando James salió.

—Eh, empezaremos en solo unos minutos —dijo James, intentando poner algo de autoridad en su voz. Cerca, Cameron Creevey sonrió abiertamente y le saludó con la mano. Una manada de primer año estaba con él, con ojos bien abiertos y excitados. James parpadeó hacia el grupo de estudiantes. Había un buen número de ellos, aunque no tantos como había esperado. Debería haberse sentido aliviado, pero no lo estaba. Esa preocupación fastidiosa se cernió sigilosamente sobre él otra vez. ¿Qué estaba olvidando?

James se abrió camino hacia el siguiente pasillo, el cual estaba más oscuro y completamente deserto. Se acercó al aula de Encantamientos y la encontró abierta. La pizarra estaba montada sobre un marco de madera en la esquina. Tenía diminutas ruedas de metal en la parte de abajo. James agarró un extremo del marco y comenzó a empujar, pero las ruedas estaban oxidadas. Chirriaron y avanzaron lentamente por el suelo.

Desde la puerta una voz preguntó:

—¿Necesita algo de ayuda, señor Potter?

James se dio la vuelta como si hubiese sido atrapado haciendo algo ilegal. Merlín estaba en la puerta, casi bloqueándola completamente. Su figura resultaba muy oscura en la lóbrega habitación.

—Yo... —comenzó James, sorprendido de sentirse tan nervioso. Después de todo, estaban autorizados a realizar la reunión del club, ¿no? Y aún así sentía una fuerte reticencia a decir al director lo que estaba haciendo—. Solo estoy intentando mover la pizarra. Nosotros, eh, queríamos cogerla prestada. Para tomar algunas notas.

Merlín asintió con la cabeza inescrutablemente.

—¿Cómo van las preparaciones para vuestro club de técnicas defensivas, James?

El corazón de James se aceleró.

—Ah...bueno. Bien. Hemos estado bastante ocupados, ya sabe. Pero... bien.

—¿Querría algo de ayuda con eso? —preguntó Merlin con su baja y cavernosa voz—. Estaría encantado de ayudarle a reacomodarla dondequiera que desee. Si alguien se preguntara qué estaba tramando, puedo dar fe del “préstamo”.

—No, gracias —dijo James rápidamente, soltando la pizarra—. En realidad, probablemente no lo necesitamos realmente. Era solo una idea, pero no vale la pena. De verdad.

Merlin no se movió durante un largo rato. Finalmente, pareció relajarse y sonrió.

—Como guste, James.

El gran hombre se giró para irse, y James sintió una enorme, extraña sensación de alivio cuando la mirada fija de Merlin le abandonó. El club tendría que prescindir de la pizarra, decidió James. Cruzó la oscurecida aula y estaba casi en la puerta cuando Merlin se giró, sus ojos brillaban intensamente en el oscuro pasillo.

—Honestamente, no esperaba verle en el interior del castillo esta noche, James —dijo el gran mago curiosamente.

James no sabía exactamente cómo responder.

—Eh, ¿no? ¿Dónde esperaba que estuviese?

—Esta noche es una noche bastante importante para muchos estudiantes. Tengo entendido que incluso a aquellos que no tienen intención de participar les gusta observar los procedimientos. Les gusta tener una impresión de cómo podría progresar la temporada.

Una repentina sensación de hundimiento llenó a James. Sus mejillas se quedaron frías.

—Oh no... —dijo, abriendo mucho los ojos— ¡Es esta noche! ¡Por eso había menos personas de las que esperaba en el pasillo! ¡Ya ha comenzado!

—¿Es posible que lo olvidara? —dijo Merlin, una extraña sonrisa recorrió silosamente su cara—. Asumí que era bastante fanático del quidditch. Si se apresura, espero que todavía pueda ver el final de las pruebas.

James apenas le oyó. Giró sobre sus talones y corrió a lo largo del pasillo, maldiciendo su mala memoria. Si no hubiese estado tan obsesionado preocupándose por el estúpido Club de Defensa, habría sabido que la primera reunión coincidía con las pruebas de quidditch. Ni Rose ni Ralph optaban por entrar en los equipos, así que ni siquiera habrían considerado la coincidencia. James había estado practicando todo el verano para tener la oportunidad de estar en el equipo de la casa Gryffindor. Quería compensar desesperadamente su catastrófica actuación en las pruebas del año pasado. Además, Albus estaría allí ahora mismo, optando al equipo Slytherin en la maldita escoba de Tabitha Corsica. James sentía un impulso obsesivo de estar allí cuando eso ocurriera, pero en realidad no sabía si era porque quería proteger a Albus o sabotearle.

James subió a toda prisa las escaleras, gritando la contraseña para entrar en la sala común. La Dama Gorda le regañó duramente por difundir la contraseña al pasillo

entero, pero James apenas la oyó, deslizándose a través del hueco del retrato en el momento en que la pintura empezaba a balancearse para abrirse. Agarró su escoba de debajo de la cama, bajó las escaleras de dos en dos hasta la sala común, y sintió otra punzada de pánico mientras cruzaba la sala vacía. Todo el mundo estaba ya abajo en el campo, vitoreando, observando las pruebas, apoyando al equipo. Se suponía que James debía estar allí.

La Dama Gorda todavía le regañaba cuando James se abrió paso por el hueco del retrato y se precipitó escalera abajo. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Si creyese que era posible, casi pensaría que Tabitha Corsica en cierta forma lo había planeado para que estuviese ausente, simplemente para que no pudiese interferir con la prueba de Albus. Al mismo tiempo, a una parte distante de él le preocupaba perderse la primera reunión del Club de Defensa. Probablemente Rose se daría cuenta de a dónde había ido tan pronto como reparase en su ausencia, pero aún así, sería una decepción y un contratiempo. ¿Había aparecido Merlin en ese momento exacto justo para sabotear la primera reunión del Club de Defensa? Después de todo, estaba claro que el director tenía extrañas formas de saber qué ocurría en el colegio. Merlin sabía lo importante que era el quidditch para James. ¿Era posible que hubiese hechizado a James para que olvidara las pruebas, sólo para recordárselo estratégicamente en el último momento, manteniéndole así alejado de la reunión del club?

Frustrado y molesto, salió precipitadamente por la puerta principal del castillo y cruzó velozmente el patio. Cuando giraba hacia el campo de quidditch, oyó el sonido enloquecedor de vítores y silbidos. Había casi anochecido, pero James podía distinguir las figuras de los jugadores de quidditch cerniéndose sobre el campo, sus capas ondeando alegremente al viento. Era muy tarde, pero James no podía resignarse a volver. Maldijo su suerte otra vez. ¿Cómo podía haber olvidado las pruebas de quidditch? No habría creído que fuera posible. ¿Qué les diría a su madre y a su padre? ¿Cómo podría convivir con sus compañeros de casa? Desde luego, Scorpius Malfoy lo aprovecharía bien. *Ya veo, Potter, diría, olvidaste las pruebas, ¿verdad? Extraño. Y estábamos todos esperando con expectación que nos asombraras e impresionaras con tu actuación. Quizás te acordarás el año que viene.*

La multitud ya se iba cuando James llegaba al campo. Se encontró a sí mismo pasando trabajosamente a través de ella, sin saber realmente qué estaba buscando pero negándose a abandonar. Consideró el subirse a su escoba y simplemente salir volando sobre el campo, pero se resistía a atraer demasiada atención sobre sí. Finalmente llegó a la hierba del campo y entrevió al Capitán de quidditch de Gryffindor, Devindar Das, recogiendo las escobas de la casa.

—¡Dev! —llamó James, jadeando—, ¡dime que no es demasiado tarde!

Devindar se detuvo y volvió la mirada atrás.

—¿Dónde estabas, James? Se acabó. Estaba deseando ver lo que podías hacer este año.

—Lo olvidé completamente... de algún modo... —admitió James desesperadamente— ¡Déjame hacerlo de todos modos! ¡Estoy listo!

Devindar negó con la cabeza.

—No puedo, James. Todas las posiciones están tomadas. Honestamente, tenemos una alineación bastante fuerte. Te necesitaremos más el próximo año, una vez Hugo y Tara se gradúen.

James se quedó sin habla. Se detuvo en el acto, respirando fatigado tras su espirn hacia el campo. Miró alrededor impotentemente, a los estudiantes y jugadores que se iban. Louis Weasley se estaba acercando desde la tribuna de Hufflepuff.

—¿Qué te ha pasado, James? —le dijo Louis—. Albus te estaba buscando.

James se pasó una mano por el cabello, frustrado.

—No quiero ni hablar de ello. ¿Qué tal lo hizo Albus?

—Oh, estuvo absolutamente brillante —contestó Louis con entusiasmo—. Victoire dice que fue la mejor prueba de primer año que ha visto nunca. ¡Apuesto que fue el mejor desde tu padre incluso! Será el buscador de Slytherin. Es perfecto, en cierto modo, ¿no te parece? Quiero decir, tu padre fue buscador para Gryffindor su primer...

—Sí, sí, lo capto, Louis —interrumpió James agriamente—. ¿Se ha ido ya?

—Sí, todo el equipo volvió junto. Albus dijo que te dijera que bajes con Ralph si puedes. Está bastante excitado por todo esto. Iba a escribir a tus padres antes que nada. Apuesto a que estarán absolutamente orgullosos.

—Sí —murmuró James, arrastrando su escoba y dirigiéndose a la parte de atrás del campo—. Es genial. Hasta la vista, Louis.



—Lo siento de verdad, James —dijo Rose mientras subían las escaleras hacia la sala común—. Nunca se me ocurrió comprobarlo. Y Ralph no es precisamente muy fanático del quidditch, así que ni se hubiese dado cuenta. Me lo figuré de inmediato y asumí que habías ido corriendo al campo. Entonces, ¿no hubo suerte?

—Fue un absoluto fracaso —se quejó James—. Me lo perdí todo. Y encima todo, porque esta noche eran también las pruebas de Slytherin y, parece como si Al hubiera dado mil vueltas a todo el mundo. Va a ser el buscador de Slytherin.

—Oh —contestó Rose alegremente—, bueno, eso es realmente estupendo, ¿no? Se verá muy elegante con sus protecciones y la capa verde. Apuesto a que tu madre y tu padre estarán muy contentos.

—Realmente desearía que la gente dejara de decir eso —dijo James sombríamente.

—No te culpo de estar enfadado por haberte perdido las pruebas, James, pero que estés celoso de Albus...

—¡No estoy *celoso*, Rose! —exclamó James— ¡Todo es un truco! ¡Tiene que serlo! ¡Los Slytherins simplemente están tendiéndole una trampa!

—¿Y por qué harían eso? —preguntó Rose simplemente—. ¿Si fuesen tan malévolos como dices, no estarían intentando enterrarle en vez de apoyarle?

—Ya no trabajan de ese modo. Ahora todos son unos mentirosos y tienen dos caras. El club Garra y Colmillo de Tabitha es sólo la versión de este año del Elemento Progresivo. Fueron los que apoyaron el debate donde ella dijo que mi padre era un mentiroso y un fraude. De veras creen que Voldemort fue un gran tipo y que la gente como nuestros padres ha mentido acerca de él todos estos años.

—Nadie cree realmente esa necesidad —contestó Rose—. Simplemente queda bien mecer la barca. De cualquier forma, Albus puede cuidar de sí mismo. No es tonto.

James frunció el ceño.

—Él no conoce a Tabitha como yo.

—Bueno —dijo Rose, cambiando deliberadamente de tema—, el Club de Defensa fue bien. Tuvimos veintiséis personas, lo cual está realmente bien considerando que las pruebas de quidditch eran esta noche. En su mayor parte, sólo hablamos de los objetivos del club y fijamos las reglas. Te pondré al tanto más tarde. Luego repasamos algunos hechizos Desarmadores fundamentales, solo para que todos empezáramos al mismo nivel.

—¿Quién dirigió la clase? ¿Tú? —preguntó James mientras se acercaban al retrato de la Dama Gorda—. No puedo imaginarme que Ralph te dejara convencerlo de mostrar a nadie cómo realizar el hechizo *expelliarmus*. No confía mucho en su propia varita con ese tipo de cosas, aunque es mejor de lo que solía ser.

—No —respondió Rose lentamente—. Ralph no lo hizo. Y yo tampoco. Sin embargo, fue muy bien.

Rose dijo la contraseña y el retrato se abrió. La Dama Gorda fulminó a James con la mirada, recordando su conducta de antes. El sonido de risas estridentes y música se derramó a través del hueco del retrato.

—¿Entonces quién? —preguntó James, repentinamente desconfiado. Siguió a Rose a la abarrotada sala. Scorpius Malfoy holgazaneaba en el sofá cerca de la chimenea. Levantó la mirada y sonrió socarronamente cuando James y Rose entraron.

—Qué bien que aparezcas, Potter —dijo arrastrando las palabras—. Tengo entendido que encontraste la forma de faltar a dos citas al mismo tiempo esta noche. No es que te echáramos de menos, exactamente.

—Calla, Scorpius —dijo Rose, sentándose al otro extremo del sofá—. En realidad deberíamos discutir planes para la siguiente reunión del club. Apreciaría que los dos pudierais encontrar la forma de ser considerados el uno con el otro.

—¿Realmente le pediste que diese la clase? —dijo James, señalando a Malfoy—. ¡Tienes que estar de broma!

Malfoy sacó sus gafas de un bolsillo y se las puso.

—Ésta no es realmente tu noche, ¿eh, Potter? Ánimo. Deberías considerarte afortunado de que no esté interesado en estar en el equipo de quidditch; de otra manera, no habría estado disponible.

—Mirad los dos —exclamó Rose antes de que James pudiese contestar—, tenemos asuntos más importantes que discutir que ver cuánto os podéis molestar el uno al otro. Por si no lo habéis notado, el Club de Defensa sirve para un propósito más importante que simplemente darnos algo que hacer una noche a la semana.

—¿Cuánto le has contado? —exigió James—. ¡Por si no lo has notado, en su familia son todos mortífagos! Podrías querer pensártelo dos veces antes de confiar en él.

—Técnicamente, mi padre nunca fue reclutado, de hecho. Creí que lo sabías —dijo Scorpius, sosteniendo la mirada de James—. Pero si te refieres a si me habló de sus sospechas acerca del director, no, no lo hizo. Ya era bien consciente de ellas. Por muy duro que pueda resultar para ti creerlo, estoy del mismo lado que tú, Potter.

—¡Ja! —escupió James—. ¡Ahí es donde te equivocas! No estoy de acuerdo con lo que *los dos* pensáis de Merlín. Incluso si hay algún malévolos complot en marcha, sospecharía que *tu* familia estaba involucrada antes de señalar a Merlín. ¡Él salvó esta escuela el año pasado!

—Ya hemos discutido todo esto, James —dijo Rose, haciendo un gesto a James para que mantuviese la voz baja—. Scorpius no aprueba algunas de las cosas que su familia ha hecho en el pasado. Esa es parte de la razón por la que está aquí en Gryffindor. Y ya sabes lo que vimos en el espejo. No hay duda de que tenemos que ser precavidos en cuanto al director. Por ahora, todo prueba que está aliado con...

—Todo prueba que has sospechado de él desde el principio —exclamó James—. Pero estás equivocada. Ambos estáis equivocados, y voy a probarlo.

Scorpius entrecerró los ojos mirando a James.

—Bueno, espero que lo hagas. Sospecho que muchos de nosotros encontraríamos cierto consuelo en esa prueba. Hasta entonces, sin embargo... —Scorpius apuntó su varita perezosamente hacia la silla al lado del sofá—... quizás sería buena idea hacer lo que dice Rose. Tenemos un Club de Defensa que preparar. Y parece muy empeñada en que tú y Ralph Deedle seáis parte de él. De todos modos, si sentarte en la misma sala con un Malfoy es demasiado para ti, por mí puedes marcharte a cualquier otro sitio. Hay una cama arriba con tu nombre en ella.

James rechinó los dientes. Nada había ido bien en toda la noche. Y ahora no podía ver ninguna otra opción que sentarse y planear lo que Scorpius Malfoy iba a enseñar en la siguiente reunión del Club de Defensa. Era singularmente humillante. Casi no podía resignarse a hacerlo. Todavía tenía su escoba con él, recordándole su segundo fracaso en formar parte del equipo de quidditch. Todo lo que quería hacer era regresar arriba,

meterla de vuelta bajo la cama, e intentar olvidar todo este desastre. Pero Rose le estaba mirando suplicante, obviamente esperando que James pudiera superar su aversión innata al chico pálido lo suficiente como para darles una oportunidad de poner en marcha el Club de Defensa.

Suspirando resignado, James apoyó la escoba junto a la chimenea y se lanzó a la silla.

—Bien —dijo—, ¿qué hay que hacer a continuación?

Rose aplaudió con emoción.

—¡Gracias, James! Sabía que podía confiar en ti. Scorpius es en realidad un maestro bastante bueno, pero es difícil para algunos Gryffindors escucharle. Todavía hay muchos prejuicios contra el que haya un Malfoy en Gryffindor, y tenerle dirigiendo la clase sólo empeora las cosas. De todos modos, si tú estás allí, eso realmente ayudará a dar a Scorpius la credibilidad que necesita.

—Eh, chicos, ¿estáis esperando a alguien? —dijo Graham cuando entró en la sala—. Encontré a este tipo rondando fuera del hueco del retrato. Dice que tú le invitaste, Rose.

Ralph sonrió tímidamente cuando Rose se levantó de un salto.

—Lo siento, Ralph. No había contado a James lo de Scorpius, y luego... bueno, de cualquier manera, estamos todos aquí, ¡así que comencemos!

Scorpius pareció molesto cuando Ralph se apretujó en el sofá entre él y Rose. El chico grande se quitó las zapatillas y colocó los pies en el reposapiés super acolchado.

—Buena reunión esta noche. Puede que aquí Scorpius sea un tipo flacucho, pero sabe algunos trucos. Puede que algunos de vosotros, los Gryffindors, tengáis un pequeño problema de actitud con él, pero yo *necesito* toda la ayuda que pueda obtener —dijo Ralph jovialmente—. Oh, ¿James?

James levantó la mirada hacia Ralph, arqueando una ceja.

Ralph sonrió tímidamente.

—Albus quiere que te diga que serás mejor como Treus que él como buscador de Slytherin. Esperaba verte esta noche. Incluso Tabitha preguntó si ibas a bajar.

James no supo qué decir. Después de un momento, Scorpius rompió la tensión.

—Todo esto es muy conmovedor —dijo secamente—, pero reconozco la melosa conversación Slytherin cuando la oigo. Soy bastante experto en el tema, como James ya ha señalado. ¿Podemos hablar del Club de Defensa ya?

Los cuatro hablaron durante la siguiente hora. A regañadientes, James quedó convencido de que Scorpius podía ciertamente ser capaz de enseñarles algunos hechizos defensivos decentes. Resultó que, de hecho, había sido entrenado desde temprana edad por su abuelo, Lucius Malfoy, que estaba recluido y no se hablaba con la familia. Scorpius admitió que no había visto a su abuelo desde hacía más de un año, desde que él y su padre habían tenido una pelea bastante seria.

El fuego se había reducido a carbones encendidos y los cuatro estudiantes estaban comenzando a guardar todo para la noche cuando Deirdre Finnigan, una de las amigas de primero de Cameron Creevey, entró como una bala de cañón en la sala común,

jadeando y con el rostro encendido. Miró frenéticamente alrededor de la sala, y luego empujó a través de la multitud, dirigiéndose directamente hacia una esquina trasera.

—¿Qué le pasa? —masculló Scorpius.

Rose dijo:

—Se dirige a la mesa de Petra.

Toda la sala se silenció cuando el contenido del anuncio de Deirdre se supo.

—¡Es cierto! —decía—. ¡Los vi conduciéndola a la enfermería! ¡Apenas podía tenerse en pie!

Petra simplemente miró a Deirdre, con la boca ligeramente abierta.

—¿Quién? —gritó Hugo desde el otro lado de la sala—. ¿Qué ha pasado?

—¡Josephina Bartlett! —gritó Deirdre sin aliento, volviéndose hacia la sala—. ¡Comió un caramelo de menta maldito que la dejó con un miedo terrible a las alturas! La encontraron acurrucada en el suelo del balcón en el exterior de la sala común Ravenclaw. ¡No podía ni ponerse de pie! Sus amigos dijeron que el caramelo de menta había venido en una caja de chocolates de un admirador secreto, pero en lugar de eso, era obviamente de algún enemigo. ¡Madame Curio dice que estará un poco mejor por la mañana, pero los efectos no pasarán hasta dentro de unos meses!

—¿Un caramelo de menta de miedo a las alturas? —dijo Graham, arrugando la cara—

. ¿Los Weasleys no hacen de esos?

—Creo que no —dijo Sabrina—. Parece una maldición a medida.

Damien entrecerró los ojos.

—Puede suponerse quién es el “admirador secreto” de Josephina. Todos oímos como se pusieron ella y Corsica durante la audición.

—Os estáis olvidando de lo más importante —dijo Deirdre, casi botando—. ¡Josephina ha sido maldecida con miedo a las *alturas*! ¡Apenas podrá escalar un *bordillo* durante *meses*!

Los ojos de Sabrina se ensancharon.

—¡No puede subir al escenario en el anfiteatro! Si no puede subirse al escenario...

—No puede hacer el papel de Astra —terminó Damien, sonriendo abiertamente—.

¡Por mucho que odie ver a alguien sacar provecho de la desgracia de otro, dejadme ser el primero en felicitar a nuestra buena amiga Petra... la nueva y mejorada Astra de Beaugois!

Petra miró alrededor, con una expresión de sorpresa e incredulidad en la cara.

—Bueno, no habría querido obtener el papel de esta forma —dijo—. Pero supongo que tampoco lo rechazaré.

Sabrina aulló de alegría. Un alborozo surgió de entre los estudiantes congregados y James vio a Petra sonreír por primera vez en semanas. De repente, recordó que él hacía el papel de Treus, el enamorado más joven de Astra. Su cara enrojeció considerablemente cuando miró a través de la sala a Petra. Se fijó en que Rose le sonreía sabedoramente.

—¿Qué? —dijo, palmeándose las mejillas—. Tengo calor. Estoy sentado justo al lado de la chimenea.

—Mmmm —sonrió abiertamente Rose, asintiendo con la cabeza—. Oh, esto va a ser *muy* divertido, primo. Supongo que será mejor que empieces a practicar. Petra va a tener expectativas bastante altas para ese “beso de amor verdadero y eterno”.



A lo largo de la semana siguiente, al fin el otoño descendió por completo, dotando al aire de un enérgico frescor y pintando los árboles de vibrantes naranjas, rojos y amarillos. Hagrid dio su clase de Cuidado de Criaturas Mágicas en el aula de invierno: un enorme y antiguo granero con paredes de piedra y gruesas vigas cubiertas de telarañas. Allí, había amontonado un impresionante conjunto de criaturas fantásticas, todas organizadas por tamaños. A lo largo de la pared de la entrada había una serie de jaulas y corrales, de los que emanaban amigables resoplidos, gruñidos, chirridos y ladridos. En el suelo de tierra había una línea de establos, cada uno más grande que el anterior. El más cercano contenía a un hipogrifo cuyo nombre, según el cartel pintado en la puerta, era Flintflank. La criatura chasqueaba el pico hacia las jaulas cercanas, aparentemente hambrienta por lo que había allí. El establo más alejado tenía grandes y gruesos portones, impidiendo cualquier vistazo a sus ocupantes. Las dos últimas puertas estaban chapadas con hierro y enormes travesaños las bloqueaban. Medían fácilmente seis metros de altura. De vez en cuando, resonaba un gruñido inquietante o una explosión de bramidos y rugidos agitaba el granero.

James se quitó la capa de los hombros mientras atravesaba la gran puerta principal, sorprendido por la calidez del espacio, a pesar de lo frío y vigorizante del día.

—¿Cómo calienta Hagrid un lugar así? —preguntó Ralph, inclinando el cuello hacia atrás para examinar el alto techo de madera—. Se está bien calientito aquí.

Los estudiantes se alinearon en el granero, examinando curiosamente las jaulas o acercándose vagamente al establo del hipogrifo. La gran bestia dio una patada con su pata delantera y lanzó un picotazo.

—Manteneos bien atrás —llamó Hagrid—. Le conoceremos un poco más adelante este curso. Hasta entonces, mejor que os vea desde el otro lado de la habitación, en lugar de frente a él. Comencemos la estación aprendiendo algo sobre algunas de las más pequeñas bestias de las jaulas.

Hagrid condujo a la clase hasta las jaulas más pequeñas alineadas en la pared.

Toqueteó uno de los cierres mientras hablaba.

—Hemos sido muy afortunados estos años al hacernos con tantos ejemplares de las más inusuales criaturas del mundo mágico. Una ex alumna mía se ha convertido en algo así como en una experta siguiendo la pista a bestias y animales, y me trae cualquier criatura que considere que ha resultado herida o está enferma. Yo hago lo que puedo por atenderlas para que se recuperen, pero pocas vuelven a ser capaces de sobrevivir en libertad de nuevo. Por supuesto, les doy el mejor hogar que puedo. El resultado final ha sido que ahora somos reconocidos en todo el mundo mágico por nuestra colección de animales salvajes. —Hagrid se giró, acunando un pequeño bulto de pelaje marrón que respiraba en su brazo—. Vaya, vienen expertos de todo el mundo a conocer y estudiar nuestra pequeña familia. ¿Estás bien, Punkin?

Ralph se inclinó hacia James y le susurró:

—Hablé con Rose esta mañana. Cree que ha descubierto algo importante sobre Merlín.

James le susurró a él.

—Sea lo que sea, no quiero oírlo. Siempre está escarbando nueva basura de alguna vieja leyenda o de un polvoriento libro de historia. Sabemos que la mayoría de esas cosas no son ciertas.

—No sé si son *ciertas* —murmuró Ralph—. Sólo sé que él ya no *parece* ser así. De todas formas, dijo que querías oírlo. Explica un poco de dónde provienen las historias sobre por qué no amaba al mundo muggle. Dijo que “lo pondrá todo en contexto”, sea lo que sea lo que signifique eso.

James apretó los labios dubitativamente. Les había dicho a Rose y Scorpius que tenía intención de demostrar que Merlín no estaba involucrado en la conspiración que habían presenciado en el espejo, pero aún no lo había hecho. De hecho, la idea de hacerlo le asustaba bastante. No era que no tuviera un plan. Lo tenía, y era bastante simple. Se requeriría algo de valentía y la ayuda del fantasma de Cedric, y podría meterse en muchos problemas si lo pillaban, pero ninguna de esas cosas era lo que le preocupaba. Sentía una extraña y opresiva relucencia a seguir adelante con ello, sobre todo porque secretamente temía lo que podría descubrir. Si tenía razón, entonces Merlín no estaba involucrado, y James podría demostrárselo a Rose y a todos los demás. Pero, ¿y si estaba equivocado? A pesar de su negativa, James estaba preocupado. ¿Y si seguía adelante con su plan y descubría que el director estaba, de hecho, aliado con antiguos mortífagos y esa horrible entidad? Peor aún, ¿y si la entidad era esa cosa de la que el esqueleto de la cueva, Farrigan, había hablado: el Guardián, de cuya venida al mundo supuestamente Merlín era responsable? El director *había* estado actuando de forma secreta y sospechosa. Había prohibido a James contar a nadie lo que el esqueleto de Farrigan había dicho, y eso en sí mismo ya era preocupante. Si lo que el esqueleto había dicho no era cierto, ¿por qué iba a importarle que James lo contara?

Sacudió la cabeza. Sin duda alguna, Merlín tendría sus razones. Merlín tenía que ser

bueno. Había regresado para ayudar cuando la escuela se había visto amenazada por el reportero muggle, ¿no? Y todo porque James se lo había pedido.

Y esa, comprendió James con una vacía frialdad, era la razón por la que no podía enfrentarse a la idea de que Merlín podría no ser quien alegaba ser. Porque James había sido el responsable, en dos oportunidades, de haber traído al gran mago aquí: primero, al dejarse manipular por Madame Delacroix para facilitar el retorno de Merlín a nuestros días; y segundo, al enviar un mensaje de ayuda a Merlín a través de los espíritus de los árboles, con quienes él estaba en comunión. Incluso había sido el consejo de James el que había conducido a su padre y su tío a la campaña para que Merlín se convirtiera en el nuevo director de la escuela. Si Merlín estaba involucrado en algo malo, entonces James sería el culpable. Sería el responsable en última instancia de todo lo que sucediera. Reconociendo eso, James sabía que *tenía* que descubrir cuáles eran las verdaderas intenciones de Merlín, pasara lo que pasara. Y si, por alguna horrible casualidad, Merlín estaba aliado con el mal, entonces James tendría que frustrar sus planes, costara lo que costara.

—Ahora bien, —estaba diciendo Hagrid, irradiando alegría hacia los estudiantes—. ¿Quién quiere acercarse y echarme una mano alimentando a Punkin, el *gargretráctil*?

Trenton Bloch levantó la mano y Hagrid le hizo señas para que se adelantara.

—Vamos, señor Bloch. Sólo sostenga este pedacito de lempweed en el aire, pero no demasiado cerca. Manténgalo arriba y déjeme acercarle a Punkin.

Trenton parecía molesto por las precauciones que Hagrid estaba tomando con la pequeña bola de pelo jadeante. Se parecía bastante a un gatito, pero sin una cabeza, cola o extremidades aparentes.

—¿Qué va a hacer, Hagrid? —preguntó Trenton, sosteniendo en alto el pedazo de planta correosa—. ¿Ronronearme hasta morir?

La última palabra de Trenton se convirtió en un pequeño grito de sorpresa cuando algo enorme y peludo surgió de la bola entre los brazos de Hagrid. Era una enorme y babeante boca sin dientes y se cerró sobre la mano entera de Trenton. Con un fuerte sonido de succión, sorbió el pedazo de lempweed de la mano de Trenton y se retiró, desapareciendo en el interior de la pequeña y jadeante bola de pelo en brazos de Hagrid. Trenton retiró la mano, sacudiéndola y estremeciéndose visiblemente.

—Muy bien hecho, señor Bloch —exclamó Hagrid, riendo—. ¡Le gusta a Punkin! O bien piensa que es una rana con un poco más de lempweed en el trasero. Normalmente, los *gargretráctiles* viven en el pantano donde succionan a las pequeñas criaturas anfibias y luego las vuelven a escupir, alimentándose de las plantas adheridas a ellas. No muy agradable para las ranas, pero si totalmente inofensivo.

Trenton observó fijamente su mano, que estaba recubierta de una baba verde viscosa. Miró indefenso a Hagrid.

—Puede que quiera lavarse eso, señor Bloch. La piel de rana es inmune a los jugos digestivos del *gargretráctil*, pero podría darle comezón si se la deja allí. Hay una bomba

y un cuenco junto a los establos grandes. Buen chico.

Hagrid colocó al Punkin de vuelta en su jaula y la cerró. Ya estaba explicando el ciclo de vida del gargoatráctil cuando un gran rugido sacudió los cimientos de la construcción. James miró hacia el rugido, con los ojos muy abiertos y el corazón de repente palpitante. Trenton se alejaba rápidamente de la enorme puerta de hierro, sus manos todavía goteaban agua del cuenco.

—Oh, ¡captó su olor, señor Bloch! Qué tonto, lo olvidé, le encanta un buen aperitivo de gargoatráctil. Hágase a un lado ahora, así está bien. ¡Está a punto de estornudar!

De repente, un ruido enorme llenó el granero. Para James, sonó un poco como un tren de mercancías mezclado con un ciclón. El granero se calentó considerablemente y el centro de la puerta de hierro comenzó a brillar de un pálido rojo.

—Perdóneme, señor Bloch —dijo Hagrid—. La vieja Norberta no consigue muchos gargoatráctiles últimamente, pero puede oler cuando hay uno cerca. Debería haberle advertido.

—Entonces es así como mantiene el granero caliente —dijo Ralph nerviosamente, con los ojos bien abiertos—. ¡Guarda un dragón! ¡Uno de verdad, un dragón vivo!

—Ese no es cualquier dragón —dijo James, sonriendo—, es una vieja amiga de la familia. El tío Charlie la estuvo cuidando durante años. Se hirió un ala hace unos años y ahora no puede volar. El no ser capaz de volar es una sentencia de muerte en el mundo de los dragones. Se comen entre ellos, ya sabes.

—En realidad es una chica muy dulce —dijo Hagrid cariñosamente—. La conozco desde que era una cría. Aún así, no hay que quedarse muy cerca de sus puertas cuando está de un humor flameante. La conoceremos este invierno, le proporcionaremos un poco de ejercicio. Le gusta un buen retozo en la nieve, dulce viejecita.

—¡Excelente! —dijo Ashley Doone detrás de James—. ¡Tal vez Trenton se ofrezca para alimentarla también! Se supone que los Slytherins y los dragones están muy bien relacionados.

—Ni hablar —dijo Trenton mientras se unía al resto de los estudiantes, su cara se mostraba enrojecida y airada—. Me pregunto si mis padres saben que este gran zoquete guarda un dragón en los terrenos de la escuela. Ha sido un maníaco durante años, pero esto ya es una absoluta locura.

—Cállate, Trenton —dijo James amigablemente—, Norberta es inofensiva. Más inofensiva que tú con un gargoatráctil al menos.

—Ya veremos —masculló Trenton malhumoradamente.

James pasó la mayor parte de Estudios Muggles soportando el proceso bastante incómodo de que le tomaran medidas para el traje de Treus. La propia Gennifer Tellus, encargada del departamento de vestuario, llevó a cabo la tarea, con una pluma detrás de la oreja y un par de alfileres apretados entre los labios.

—Está quieto —dijo por entre los alfileres—. No me estás dejando medir la parte interna de la pernera como debe ser. ¿Quieres que tus calzas queden holgadas?

—¡Hace cosquillas! —respondió James, y luego preguntó con suspicacia—. ¿Qué son unas calzas?

—No me pidas que te lo explique. Mejor no pensar en ello. Confórmate con saber que tienes suerte comparado con lo que Petra tiene que ponerse.

James quería preguntar, pero decidió no hacerlo. No había hablado con Petra desde el incidente del caramelo de Josephina. Estaba un poco aturrido y entusiasmado por la idea de representar a Treus con Petra haciendo de Astra, pero intentaba muy duramente no dejarlo entrever.

Gennifer puso la cinta métrica alrededor de la cintura de James.

—¿Ya has leído todo el libreto? —preguntó.

—No —admitió James—. Aunque conozco un poco la historia. Un chico se enamora de una chica. Un tipo más viejo se enamora de la misma chica. El tipo viejo envía al chico a una misión suicida para deshacerse de él. El chico regresa y se batirán a duelo. Y todos fueron felices y comieron perdices. Fin.

Gennifer miró a James sarcásticamente.

—Creo que más te vale leer el guión —dijo entre sus alfileres.

—Lo haré —dijo James, molesto—. Tengo que aprenderme mis frases, ¿no?

—Sí, pero también deberías saber que no “fueron felices y comieron perdices”. *El Triunvirato* es una tragedia, estúpido.

James se miró a sí mismo en un espejo cercano.

—¿Y eso qué significa?

—Bueno —murmuró Gennifer—, generalmente, significa que todo el mundo acaba muerto.

Cuando James salía de Estudios Muggles, Rose le alcanzó.

—¿Te contó Ralph lo que averigüé ayer por la noche? —preguntó en voz baja.

—Me dijo que descubriste por qué algunas personas creían que Merlín odiaba a los muggles —respondió James—, pero no me dio ningún otro detalle.

—Te interesará esto —dijo Rose ansiosamente—. ¿Alguna vez oíste hablar de la Dama del Lago?

James pensó por un momento. Le sonaba vagamente familiar, pero no podía ubicarlo. Se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Bien, según todas las leyendas, se suponía que ella había estado implicada en la caída de Merlín. La mayoría de las historias la retratan como una ninfa, una dríada o un hada, pero casi todas son sólo fantasías y probablemente no más que exageraciones de la verdad. La profesora Revalvier habló de ello en la última clase de Literatura Mágica, ¿recuerdas? Dijo que si las leyendas hubieran sido ciertas, evidentemente Merlín no estaría aquí como director.

—Sí —dijo James, recordando esa clase—. Dijo que las historias de la Dama del Lago daban a entender que era una especie de criatura mágica que pretendía ser muy inocente y demás. Hace que Merlín se enamore de ella, y luego, cuando él le enseña todo

lo que sabe, lo atrapa con su propia magia. Obviamente, son sólo historias. Probablemente, fue solo una forma de explicar la desaparición de Merlín. Sin embargo nosotros sabemos la verdad, como ella dijo.

—Sabemos un poco *más* de la verdad ahora —dijo Rose enigmáticamente—. La Dama del Lago no fue una invención, pero no era lo que las leyendas decían que era. Era una muggle, y casi fue la esposa de Merlín.

—¿Qué? —dijo James, deteniéndose en el pasillo—. ¿De dónde sacaste eso?

—Del libro de Austramaddux —dijo Rose, alzando las cejas—. El mismo libro en el que Zane encontró la explicación de la *desaparición* de Merlín el año pasado. Morgan Patonia me dejó tomarlo prestado de la biblioteca Ravenclaw. Austramaddux conocía mejor que nadie a Merlín, aunque me parece que a Merlín él no le gustaba mucho.

—Desde luego Merlín no malgastó tiempo con él cuando *reapareció* —dijo James, asintiendo—. Era el fantasma de Austramaddux el que se suponía que buscaría el momento apropiado para el retorno de Merlín. Estaba atado a esa tarea para siempre. Me dio la impresión de que Merlín creyó que Austramaddux había apresurado su retorno solo para terminar con sus obligaciones. Las cosas no le fueron muy bien después de eso.

—¿Qué hizo Merlín? —preguntó Rose ansiosamente—. ¿Cómo castigas a un fantasma?

James sacudió la cabeza.

—Qué sé yo, pero Austramaddux estaba aterrorizado de lo que fuera. Gritó como una banshee, pero Merlín simplemente le... le hizo explotar.

—Bastante espeluznante —dijo Rose, pensando.

—Sí, lo que sea. Eso ya es historia. ¿Qué pasa con la Dama del Lago?

—Bueno, según Austramaddux, era una campesina muggle llamada Judith. Vivía en una pequeña granja con un pequeño lago primaveral en ella. De ahí es donde viene su nombre. La granja era administrada por Judith y su madre hasta que ésta murió. El señor del feudo era un tipo llamado Hadyn. Él tenía planeado desterrar a Judith de la granja porque no podía administrarla por sí sola, pero Merlín la protegió por alguna razón. Alejó a los matones que venían a echarla. Al parecer, les puso orejas de burro y les dijo que si regresaban, terminaría el trabajo.

—¿Lo ves? —dijo James—. Esos no parecen los actos de un mago que odia a los muggles. La estaba ayudando, ¿no es así?

—Sí, pero sólo porque la amaba. El libro dice que Judith era realmente hermosa, y Merlín estaba locamente enamorado de ella. La verdad es que Austramaddux dice que Merlín estaba “bajo su hechizo”. Palabras muy fuertes para que las utilice un mago describiendo a una mujer muggle.

—Entonces, ¿qué pasó? —preguntó James—. Sabemos que no acabaron juntos por alguna razón. Tal vez ella lo traicionó. De ahí es de donde salen las leyendas sobre ella atrapándolo de algún modo.

Rose sacudió su cabeza, sus ojos centelleaban.

—¡No! ¡Astromaddux creía que ella lo amaba también! Eso fue suficiente para poner fin al trato de Merlin con los reinos muggles. Dejó de ser mercenario mágico y abandonó su trono como Mediador entre los reinos muggle y mágico. Mucha gente se enfadó por ello, y otros estaban deseosos de ocupar el lugar de Merlin. Mientras tanto, Merlin protegía la granja en la que vivía Judith. Hizo crecer auténticos espinos y espesas zarzas por todo el perímetro, manteniendo alejados a los matones de Hadyn. Merlin incluso pagó por la propiedad, diez veces más de lo que la granja habría costado. Y luego, sólo para asegurarse, comenzó a enseñar a Judith algo de magia.

—No puedes enseñar magia a un muggle así sin más, Rose —interrumpió James—. O naces con ella o no.

Rose sacudió la cabeza.

—La magia de Merlin es diferente, ¿no? La consigue tanto de la naturaleza como de su linaje mágico. No podía enseñarle cómo hallar la magia en su interior porque allí no había nada. Judith no era bruja de sangre. Pero *podía* enseñarle cómo usar la magia de la naturaleza. Al menos un poco. Lo único que necesitaba era saber lo suficiente como para poder protegerse a sí misma, así que Merlin le enseñó cómo alterar su apariencia. De esta forma, podía acudir inadvertidamente al mercado. Tenía que hacerlo así, ya que Hadyn había puesto precio a su cabeza. Las cosas parecían ir bastante bien, y al parecer Merlin se iba a casar con ella. Pero entonces... bueno, en realidad, fue realmente horrible.

—¿Qué? —insistió James, cautivado por la historia.

—Bueno, la cogieron, por supuesto —dijo Rose sin aliento—. Se descuidó. El disfraz mágico era perfecto. Nadie sabía que estaba en el mercado del feudo. Pero alguien la vio utilizar un poco de la magia de Merlin. Arregló la rueda rota del carrito de un niño, sólo sujetando unidas las piezas y pronunciando un conjuro que Merlin le había enseñado. La madera se soldó de nuevo, arreglando la rueda, pero alguien la vio hacerlo. Se lo contaron a los matones, que se encontraban en el mercado ese día. Capturaron a Judith y la llevaron ante Hadyn en su castillo.

—Apuesto a que Merlin quería matarlos a todos —dijo James taxativamente—. Quiero decir, ella sólo estaba tratando de ayudar. ¿Y él qué hizo?

—Al principio no sabía dónde estaba, pero la localizó. Aparentemente era muy bueno en eso, siendo capaz de hablar con los pájaros, los animales y los árboles. Hadyn sabía que Merlin aparecería. Y les dijo a los guardias que le dejaran pasar, justo hasta el salón del señor. Aunque Merlin ni siquiera perdió el tiempo con los guardias. Los puso a todos a dormir y se dirigió directamente hasta Hadyn, exigiendo la liberación de Judith. Hadyn era muy escurridizo y astuto. Le dijo a Merlin que tenía intención de devolvérsela, pero sólo si estaba de acuerdo en devolver la granja, eliminar el muro de espino, y como muestra de respeto, doblar las tierras del feudo.

James arrugó la frente.

—¿Doblar sus tierras?

—Todo se trataba de tierras por aquel entonces. Cuanto mayor fuera el feudo del señor, más acaudalado era él. El plan de Hadyn era utilizar a Merlín para robar la tierra de los feudos vecinos. También hizo a Merlín prometer que abandonaría el feudo para siempre y otorgaría su protección al castillo, ¡lo que incluía protección contra el mismísimo Merlín! Hadyn era realmente malvado y tenía astucia. Él sabía que tan pronto como Merlín se hiciera con Judith, probablemente destruiría el castillo y a todo el que estuviera en él. Pero con el hechizo de protección suyo, no sólo el castillo nunca podría ser conquistado, sino que tampoco el mismo Merlín podría tocar un solo ladrillo ni dañar un sólo pelo de ninguna persona que hubiera dentro.

—No lo hizo, ¿verdad? —preguntó James.

Rose asintió.

—Lo hizo. Estaba locamente enamorado de Judith. Se marchó y acudió a los feudos vecinos. No hay ningún registro de cómo lo hizo, pero cuando regresó, se presentó ante Hadyn con las escrituras de suficientes tierras para duplicar su feudo. Me da escalofrío de pensar en cómo Merlín consiguió todas esas tierras, pero tuvo que haber sido escalofriante. Los lores no entregarían sus tierras sin luchar.

James frunció el ceño pensativamente.

—¿Pero Hadyn liberó a Judith?

—Bueno, ahí es donde la historia se pierde —dijo Rose incómodamente—. Austramaddux escribe como si sus lectores ya conocieran el resto de la historia. Me imagino que todo lo que ocurrió era leyenda en esa parte del mundo desde hacía tiempo. Lamentablemente, la leyenda se perdió entre todos esos mitos y exageraciones durante el transcurso de los siglos. De cualquier manera, parece que terminó mal. Quiero decir que, como la profesora Revalvier dijo, Merlín está aquí con nosotros ahora, pero no la Dama del Lago. Lo importante es que esto podría explicar por qué la gente siempre creyó que Merlín podría estar resentido contra el mundo muggle. Fue engañado por ese lord muggle, Hadyn, humillado por él, y ni siquiera pudo vengarse. Para un mago como Merlín, eso tiene que ser suficiente para ahogarse de odio.

—Sí, no podría culpársele por estar tan enojado —estuvo de acuerdo James—, pero eso no quiere decir que odiara a todo el mundo muggle. Solo porque conoció a un muggle imbécil, esa no es razón para ir a la guerra contra todos ellos.

—Bueno, eso es lo que creyeron algunos —dijo Rose, encogiéndose de hombros—. Pero el propio Merlín nunca lo dijo. A decir verdad, nunca volvió a decir nada. Nunca volvió a ser visto en público, y fue justo después de eso que Austramaddux habló de Merlinus “abandonando la sociedad de los hombres hasta que los tiempos estuvieran maduros para él”. Y por eso no es de extrañar que la gente haya desconfiado durante todos estos siglos.

—Y todavía hoy en día —dijo James con mordacidad.

—Esto no significa que esté de acuerdo con todo lo que la gente ha dicho de él —

respondió Rose tranquilamente—. Pero sin duda le hace a uno entender cómo Merlín podría haber desarrollado algo de su gran rencor. El amor hace que la gente cometa locuras.

James suspiró.

—Tengo un plan, Rose —admitió en voz baja—. No estaba seguro de si lo iba a hacer, pero ahora lo estoy. Necesito limpiar el nombre de Merlín, si puedo. Voy a averiguar la verdad sobre si está involucrado o no con la gente que vimos, y esa horrible, hmm, cosa de la capa llena de humo.

Rose entrecerró los ojos hacia James.

—*Sabes* algo de esa cosa, ¿no? —preguntó—. Estás ocultando algo. ¿Tiene que ver con ese extraño dolor que tienes en la frente a veces?

—¿Qué? —dijo James, sobresaltado—. ¡No! Yo... hmm, ya no lo siento.

—Claro —asintió Rose—. Te tocaste la frente y gritaste de dolor ese día, fuera de la oficina del director porque de repente recordaste la respuesta a la pregunta de puntos extra de tu examen de Aritmancia.

James se desinfló.

—Mira, sí, todavía lo siento a veces. No sé de dónde proviene. Pero no tiene nada que ver con Merlín, ¿vale?

—Scorpius dice que tienes pesadillas —dijo Rose, examinando atentamente a James.

—¡Maldita sea, Rose! ¿Qué está haciendo, acaso se queda levantado todas las noches tomando notas?

—Dijo que has estado hablando en sueños y que los despiertas a todos. No puede oír lo que dices, pero siempre parece ser lo mismo. Y te pasa un par de veces por semana.

James fulminó a Rose con la mirada, y luego miró a otra parte.

—Sí, ¿y qué? Casi nunca puedo recordar esos sueños. Y aún cuando lo hago, no tienen ningún sentido. Siempre hay una voz hablando, espadas centelleando, y el sonido de alguna maquinaria vieja. Alguien camina y yo lo sigo, pero nunca puedo ver de quién se trata. Y luego hay agua y muchas caras extrañas. ¿Qué hay de malo en eso? Es solo un sueño. No significa nada.

Rose puso los ojos en blanco.

—Te conozco lo suficientemente bien como para saber que no lo crees así.

James sacudió la cabeza.

—Mira, no sé de qué va todo esto. Quizás tenga algo que ver con el extraño dolor que tengo en la frente a veces. Cedric... Cedric dice que puede ver una cicatriz allí. Dice que brilla de color verde.

—¡No! —exclamó Rose, como si pensara que eso era lo más genial que había oído nunca. Se inclinó hacia delante, estudiando la frente de James—. ¿La puedes ver cuando te miras en el espejo? ¿Brilla cuando apagas las luces?

—¡No tiene gracia, Rose! —dijo James, echándose hacia atrás—. Pero, al menos, significa que no estoy desquiciado. Si Cedric la ve, entonces no está solo en mi cabeza.

—Sí —estuvo de acuerdo Rose—. Técnicamente está *en* tu cabeza.

James hizo una mueca a su prima.

—Pero la cuestión es que no tiene nada que ver con mi intención de averiguar la verdad sobre Merlín.

—¿Cómo, James? —preguntó Rose seriamente—. Quiero decir, Ralph tiene razón en una cosa: si Merlín *está* involucrado en ese malvado complot, es un personaje aterrador con el que enfrentarse. No dudaría en quitarte de su camino. Al menos, deja que Ralph y yo te ayudemos...

James sacudió la cabeza.

—No necesito ayuda, Rose. Lo siento. Solo os metería a los dos también en problemas si nos llegaran a pillar.

Rose siempre había sido muy práctica. Asintió solemnemente.

—¿Cuándo lo vas a hacer?

La cara de James mostró resolución.

—Esta noche, si puedo. Si todo va bien, sabremos la verdad mañana por la mañana. Deséame suerte.

—Necesitarás algo más que suerte, tonto —dijo Rose—. Desde luego espero que sepas lo que estás haciendo.

James pensó en la forma en que Merlín le había encontrado en los pasillos, tanto cuando había permanecido de guardia para los Gremlins, como cuando había ido a buscar la pizarra. Merlín sabía todo lo que sucedía en la escuela, y sabría lo que James estaba tramando si no era muy cuidadoso.

—También yo, Rose —estuvo de acuerdo mientras él y su prima bajaban por el pasillo hacia el Gran Comedor—, también yo.



James tenía un plan simple. Había pedido ayuda al fantasma de Cedric, a pesar de que había sido muy sucinto. A Cedric no le gustaba entrar en la oficina del director, ahora que Merlín la ocupaba, y había algún tipo de límite que impedía que los fantasmas entraran al despacho personal del director. Aún así, Cedric podía cernirse fuera de las ventanas y ver cuándo se apagaban las luces. Presumiblemente, Merlín dormía en algún momento. Cuando las luces de sus aposentos llevaran apagadas una hora, Cedric acudiría a despertar a James.

James se había ido a la cama esa noche con la certeza de que no pegaría ojo. Estaba

nervioso por su plan, en parte porque pensaba que podría ser capturado sin importar lo astuto que fuera y en parte porque tenía miedo de lo que podía descubrir si el plan tenía éxito. Cada vez que empezaba a conciliar el sueño, se imaginaba estar oyendo a Cedric que venía a despertarle. Era ridículo, porque el fantasma no hacía el menor de los ruidos a no ser que quisiera hacerlo, así que James nunca oiría si se acercaba. Sin embargo, cada movimiento y crujido captaba la atención de James hasta que, finalmente, había conciliado un sueño intermitente.

Tuvo el sueño de nuevo, pero esta vez fue diferente. Como siempre, comenzaba con el crujido y la luz trémula de hojas de metal, terriblemente cercanas, y el estruendo de una antigua maquinaria. Había una voz, sedosa y alta, un poco exasperante. Había tanto eco que James no podía entender, excepto por alguna frase ocasional. "Aún no ha llegado la hora...", decía la voz, y "La tarea colocada ante nosotros..." y "...portador de redención..." En el sueño, James se estremeció.

Había una figura caminando con él, pero todo lo que James podía ver en la oscuridad era una silueta sin rostro. James parecía flotar con la figura, como si esta lo transportara de alguna manera. Sentía la cicatriz en su cabeza como un peso. Y entonces, por primera vez, floreció una luz en ese extraño espacio. Emanaba del estanque, verde y parpadeante, lanzando ondas danzantes sobre toda la superficie. Las paredes eran de piedra, viejas y repletas de musgo. James tenía el presentimiento de estar bajo tierra, lejos de la luz del día. La voz continuó hablando mientras se movían figuras en el agua radiante y trémula, como si fueran reflejos de otro mundo. La voz provenía de una figura en el oscuro rincón, vestida de negro. Mientras hablaba, las dos caras se formaron en el agua una vez más, las dos tenían expresiones tristes, esperanzadas y suplicantes. Eran más claras esta vez, ondulando justo debajo de la superficie del agua: un hombre y una mujer, más jóvenes que los padres de James. El compañero de James soltó un grito ahogado y se dejó caer de rodillas, arrastrándose hacia la orilla del agua, estirando la mano para tocar la ondulante superficie.

—Alto —ordenó la voz—. La hora aún no ha llegado. Te unirías a ellos en ese mundo, no volverías a éste. Su sangre servirá de pago. Sólo entonces podrán cruzar. Pero tú puedes efectuar ese pago. Eres aquél que trae la redención, no sólo para ellos, sino para todos los que han resistido la voluntad de los opresores. Eres la mano del equilibrio. Tu deber es duro y tu carga pesada, pero no quedará sin recompensa. Se te retribuirá. Vivirás para ver el día del cambio. Si lo deseas.

—Lo deseo —susurró la voz del compañero de James, y James susurró también, incapaz de no hacerlo. Su voz no produjo ningún sonido en absoluto.

Despertó, sobresaltado por algún ruido. El sueño se mantenía vívido en su memoria de tal manera que sentía casi como si estuviera todavía soñando. Se sentó en la cama y pudo ver, por la luz de la luna, que era muy entrada la noche. Cerca de allí, Graham dormía con un brazo colgando de la cama. La habitación estaba llena del silencio del sueño profundo.

—¿Cedric? —susurró James muy quedamente, teniendo cuidado de no despertar a nadie.

Se quitó las mantas de encima y se deslizó fuera de la cama. No había ni rastro del fantasma. Tal vez estaba abajo en la sala común. James sacó la varita y las gafas de su cartera y se abrió paso hacia las escaleras. Se detuvo cerca de la entrada, notando algo extraño. La cama de Scorpius estaba arrugada pero vacía. James entrecerró los ojos. ¿Dónde estaba esa pequeña víbora? Pensó en Scorpius contándole a Rose que había oído hablar a James en sueños. ¿Por qué estaba Scorpius despierto a esas horas? Sin duda estaba levantado por algo. A regañadientes, James decidió que pensaría en ello después. Tenía cosas más importantes que hacer ahora. Se giró y bajó las escaleras sigilosamente hasta la sala común.

La sala estaba completamente vacía y oscura, excepto por el pálido brillo rojo de la chimenea. Todavía no había ninguna señal del fantasma de Cedric. James susurró su nombre de nuevo, un poco más alto esta vez, pero no hubo respuesta. Suspiró y se acercó a la chimenea. Cuando se dejaba caer en la silla de respaldo alto, una voz habló alegremente fuerte, dándole un susto.

—¡Eh, James! —dijo la voz—. ¿Dónde están todos?

James resopló, mirando alrededor.

—¿Qué? ¿!Quién... Zane!?

Zane estaba de pie junto a la chimenea, aparentemente apoyado en la repisa, aunque parecía que no la estaba tocando del todo. Sonreía maliciosamente.

—¿Quién más iba a ser? Tienes mi pato, por lo que veo.

—Tu... —comenzó James, todavía recuperándose del susto—. No. ¿Qué? ¿Tu pato? ¿Qué haces aquí?

—Te envié un mensaje por el pato hace unos minutos —dijo Zane, refiriéndose a los patos proteicos de goma que solían usar para enviarse mensajes unos a otros. James había olvidado por completo el suyo—. Asumí que habías recibido el mensaje. Os dije a ti y a Ralph que nos veíamos en la chimenea en cinco minutos. ¿Así que dónde están los demás? Este lugar está tan muerto como un cementerio.

James puso sus ojos en blanco.

—¡Así que *eso* fue lo que me despertó! Zane, estamos en mitad de la noche —exclamó, conteniendo una sonrisa. El descaro total de Zane siempre le asombraba—. Ralph está durmiendo en los dormitorios Slytherin. ¡Olvidaste la diferencia horaria otra vez!

—Oh, sí —dijo Zane, haciendo una mueca—. Apenas son las ocho aquí. Quiero decir, allá. Donde realmente estoy. Entonces, ¿qué te parece? Mucho mejor que el polvo de polilla ¿Me veo bien?

James entrecerró los ojos.

—Bueno, hace un minuto. Estás empezando a desteñirte un poco por los bordes. ¿Cómo lo haces?

—Está bastante bien, ¿eh? —respondió Zane—. Otro disparate del profesor Franklyn.

La belleza de esto es su simplicidad. ¿Alguna vez has oído hablar de un *doppelgänger*?

James frunció el ceño.

—Eh, en realidad, sí. Es un mítico doble de ti mismo. Parece advertirte de tu propia muerte inminente, ¿no es así?

Zane asintió alegremente.

—Sí, exactamente. Franklyn se figuró que si fingíamos las circunstancias de una muerte prematura, el *doppelgänger* podría aparecer. Entonces, cuando lo hiciera, podríamos aprovecharlo y enviarlo a transmitir mensajes personales, como éste.

—¿Así que estás en peligro mortal por allá? —preguntó James, arrugando la frente.

—Sí y no. El *doppelgänger* tiene que pensar eso, pero el profesor Franklyn lo tiene todo calculado. Hay un montón de sistemas de seguridad. Sólo estoy *técnicamente* en peligro mortal. Cuando terminemos de hablar, estaré fuera de peligro de nuevo. Todo es un poco complicado, pero el Departamento ha resuelto la mayoría de los problemas. ¿Traes tu varita contigo?

—Hmm, sí —respondió James.

—Dispárame con ella, ¿quieres? No importa cómo. Una maldición punzante o algo así. Estoy empezando a desvanecerme.

—¿Qué? Quiero decir, ¿estás seguro?

—Totalmente. Hazlo rápido. Verás, el problema con este método de comunicación es mantener la magia a largas distancias. Necesitamos un impulso en tu extremo para continuar, de lo contrario, me desvaneceré.

James sacó su varita y, de mala gana, apuntó a la figura que se desvanecía de Zane.

—*Acervespa* —pronunció. Un delgado destello afilado salió disparado de su varita. La figura de Zane pareció absorber el rayo lanzado. Se tornó repentinamente sólida de nuevo.

—Justo en el blanco —dijo Zane—. ¿Entonces, cómo van las cosas al otro lado del charco?

—¡Uf! —dijo James, derrumbándose en la silla—. Complicado. Albus es un Slytherin, yo estoy recibiendo emisiones fantasmales a través de alguna especie de cicatriz fantasma, el hijo del enemigo mortal de papá me robó mi cama, y todo el mundo está preocupado de que Merlín se haya vuelto malvado.

Zane hizo una mueca.

—¡Guau! Eso es demasiado. Una cosa a la vez. Tú no crees que el gran tipo se haya vuelto malvado, ¿no?

James sacudió la cabeza con fatiga.

—No, pero algunas personas sí. La misma Rose lo cree. Especialmente después de la otra noche.

James contó a Zane la escena en el espejo Amsera Certh. Zane escuchaba críticamente, con una esquina de su boca tensada hacia arriba en su característica expresión pensativa.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Zane una vez James hubo terminado.

—¿Qué quieres decir? Eso fue todo. ¿No es suficiente?

—Quiero decir, ¿cómo regresó Merlin si le cerraste el Libro de Concentración?

—No lo sé —meditó James. Sinceramente no había pensado en eso—. Pero sí que regresó. Supongo que tiene otros medios para viajar. Si era realmente él.

—Era él —dijo Zane, asintiendo con la cabeza—. Solo que no quieras admitirlo.

James frunció el ceño, pero antes de poder objetar, Zane siguió.

—Pero la buena noticia es que debe haber estado allí por la razón correcta. De lo contrario, estarías frito, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —preguntó James cautelosamente.

—Quiero decir que te *vio*, ¿no? Dijiste que ese tipo pálido del espejo señaló directamente hacia ti, y todos se giraron a ver. Eso significa que Merlin te vio. Si estuviera relacionado con esos tipos, tendría que haber ido por vosotros tres en el instante en que regresó. Estarías completamente desterrado en el Mundo de las Tinieblas, o lo que sea que un tipo como Merlin haga a sus enemigos.

James arrugó la frente.

—No lo había pensado de esa manera.

—Por supuesto que no —Zane se encogió de hombros—. Yo siempre fui el cerebro del equipo.

James hizo una mueca.

—Bueno, de cualquier forma, sabré más después de esta noche. De hecho, creí que eras mi despertador. Tengo que escabullirme por ahí un poco y estoy algo nervioso por ello. Ni siquiera tengo la Capa Invisible esta vez. Bueno, pues... ¿Qué hay de ti? ¿Cómo van las cosas en Alma Aleron?

—No lo creerías —dijo Zane, sacudiendo la cabeza—. Las aulas son verdaderamente enormes, y la comunidad mágica aquí es muy diferente. Hay auténticos sasquatches en algunas de mis clases. ¡Pie grandes! Y déjame que te diga que son mucho más inteligentes de lo que aparentan, incluso aunque solo hablen en gruñidos. Por otra parte, el Elemento Progresivo está por todos lados aquí, sólo que no se llaman así. Simplemente hablan mucho acerca de cómo la antigua élite gobernante siempre ha interrumpido el cambio y reprimido el progreso, cosa que suena genial hasta que recuerdas que el cambio y el progreso es lo mismo que hace que la leche se agrie. De todas formas, muchos de ellos me miran con desprecio porque creen que saben lo que pasó ahí el año pasado. Madame Delacroix está en la cárcel, sabes. Muchísimas personas hablan de ella como si fuera una heroína, en una especie de exilio político. Para mí es completamente quantum.

—¿La reina vudú en la cárcel? —preguntó James, sus ojos se abrieron de par en par—. ¿Tenéis prisiones mágicas?

—Bueno, es más bien un hospital psiquiátrico, pero está totalmente encerrada. En realidad nunca volvió a ser la misma después de esa noche en el Santuario Oculto. Se le aflojaron un poco los tornillos, si sabes a qué me refiero. Técnicamente, está sólo en

observación. De hecho, está aquí mismo en el campus, en el edificio médico. Eh, Cedric. ¿Cómo te va, chico fantasmal?

James levantó la mirada y vio a Cedric desplazándose a través de la sala, sonriendo sin mucho entusiasmo.

—Es la hora —dijo el fantasma, dirigiéndose a James.

—Qué bien —dijo Zane—, tu gran plan es espiar al director. Mira, ¿estás seguro que eso es buena idea? Ese tipo debe tener trampas anti-espía por todo el lugar. No puedes colarte sin más en su oficina, incluso si *tuvieras* la Capa Invisible.

—Tengo un plan —dijo James, tensando la mandíbula.

—Oh —respondió Zane, poniendo los ojos en blanco—. Bueno, si es tan sólido como los planes que se nos ocurrieron el año pasado, entonces me siento *mucho* mejor.

—Te estás desvaneciendo de nuevo, colega —dijo James, saltando de la silla y uniéndose a Cedric—. Aparécete por aquí cuando quieras.

—Puedes contar con ello. Buena suerte. Y, ¿James?

James se detuvo y se giró. Zane casi había desaparecido por completo. Parecía incluso más fantasmal que Cedric.

—Mantenme al tanto de todo, ¿vale? Yo estaba allí cuando Merlín apareció. Si se ha pasado al lado oscuro, quiero saberlo. Quizás pueda ayudar.

—No está del lado oscuro —dijo James—. No te preocupes por eso.

Zane forzó una risa.

—No he dicho que estuviera *preocupado*.

Un momento después, la figura de Zane se evaporó como una nube de humo.

Mientras se deslizaban a través del agujero de retrato, Cedric preguntó:

—¿De qué iba todo eso?

James sacudió la cabeza.

—Simplemente era Zane siendo Zane. Vamos, acabemos con esto.

—Entonces, ¿qué necesitas que haga?

James tomó un profundo aliento y miró hacia el inmensamente silencioso y oscuro pasillo.

—Sólo llévame a la oficina del director —susurró—. Después de eso, como diría Zane, será puro quantum.



James tenía la esperanza de que la contraseña a la escalera del director no hubiera

cambiado desde que él, Ralph, y Rose habían ido a pedir permiso para iniciar el Club de Defensa. Para cuando llegó a la gárgola que custodiaba la entrada, casi había olvidado la antigua frase en galés, pero cuando la recordó y la pronunció en voz alta, la gárgola se hizo a un lado cansinamente.

—Nada bueno trae una vista tan tardía como esta —musitó la gárgola mientras James y Cedric pasaban—. Pero una vez más, ¿qué voy a saber yo? Mi cabeza está hecha de mármol.

En la parte superior de la escalera, Cedric atravesó silenciosamente la puerta de la oficina. Poco rato después, el cerrojo giró desde el interior y la puerta chirrió abriéndose lentamente.

—Están todos dormidos —susurró Cedric, señalando a los retratos de los directores—. Incluso Dumbledore y Snape.

James asintió y entró sigilosamente en la habitación. La oficina estaba muy oscura y amenazante a pesar del sonido de la mezcla de ronquidos de los retratos. Un único rayo de luz de luna tendía una raya por el suelo hasta la parte delantera del macizo y enorme escritorio, y sobre el Libro de Concentración de Merlín. James se arrastró lentamente hasta el escritorio, no deseando mirar al Amsera Certh pero incapaz de evitarlo. La superficie del cristal estaba densa con un humo plateado y ondulante, proyectando su propia luz pálida a los muebles cercanos.

—Ne... necesito sólo unos mi... minutos —susurró James castañeteando los dientes. La oficina del director estaba inusualmente fría. James podía ver su aliento formando una nube mientras hablaba—. Sólo te necesito pa... para cerrar la puerta después de que...

No hubo respuesta. Cedric ya había salido al pasillo a esperar. Le había dicho a James que odiaba estar en la oficina de Merlín. “Demasiadas trampas”, había explicado simplemente, “incluso para un fantasma”.

Algo blanco y ondulante se extendió perezosamente hacia James. James saltó, y el corazón le subió a la garganta, palpitando salvajemente. Sólo eran las cortinas de lino que colgaban de la ventana, susurrando y ondeando con una repentina brisa. No era de extrañar que la oficina estuviera tan fría. Merlín había dejado la ventana abierta, permitiendo que el frío viento nocturno jugara con las cortinas. A través de la ventana, James sólo podía ver el arco de la luna. Colgaba en el cielo como una guadaña de color hueso. Se estremeció y obligó a su corazón a dejar de palpitarse. Temblando, se giró hacia el escritorio.

El Libro de Concentración parecía brillar en el haz de luz de luna. La cubierta cerrada era muy gruesa, encuadrada con madera pulida y bisagras de bronce. Había un cerrojo, pero no tenía pestillo. James tocó el libro, y luego lo abrió rápidamente, deseando acabar con su misión tan pronto como fuera posible. Las páginas eran pesadas, hechas de un rico y cremoso papel que se deslizaba fácilmente bajo las yemas de los dedos de James. Cada página estaba casi totalmente en blanco, excepto por una

sola línea escrita a mano con tinta: eran un lugar y una fecha. James hojeó tan rápida y cuidadosamente como le fue posible, leyendo cada una de las líneas. Después de unos minutos, se le ocurrió de golpe una idea. Hojeó el final del libro y encontró páginas en blanco. Rápidamente, retrocedió, pasando las pesadas páginas en blanco hasta que llegó a la última escrita. Se detuvo, apuntó con el dedo y leyó: "LA TUMBA DEL AMO BUSCADO, OCTUBRE".

Eso era. Esperaba que funcionara y aún así, incluso ahora, parte de él también esperaba que no. Se alejó del libro con los ojos bien abiertos y el corazón todavía martilleando. Podía ver por el cambio en la iluminación de la habitación que el espejo se había enfocado. Oía el sonido del viento susurrando en los árboles y alborotando las hojas. Despacio, James sacó las gafas del bolsillo de su pijama y se las puso. No quería perderse nada esta vez. Finalmente, se dio la vuelta.

La escena estaba exactamente como recordaba. Allí estaba la tumba de Tom Ryddle, cubierta de hiedra y coronada por la sonriente y apuesta estatua. La luz del día se filtraba gris y brumosa a través de los árboles. Ahora que James sabía lo que buscaba, pudo ver a la criatura de humo y ceniza de pie delante de la tumba. Como antes, el borde harapiento de la capa volaba al viento sin pies saliendo de ella. Algo en la figura desafiaba al ojo, lo repelía, pero James se obligó a mirar. ¿Era este el Guardián del que Farrigan había hablado? James sentía la vaga certeza de que lo era. Al igual que antes, parecía cada vez menos una figura encubierta por una capa y más un agujero cortado en el espacio, mostrando alguna terrible infinidad de hormigueante negrura y un enjambre de cenizas.

James aguardaba y observaba, temblando por el frío de la oficina del director. Afuera, el viento parecía estar aumentando. Empujaba a través de la ventana inquietantemente, ondulando las cortinas. Finalmente, mientras James observaba, el Guardián alzó el brazo, dejando que la manga se replegara. Su mano era delgada y pálida, como lo había sido la primera vez que James la había visto, y James pensó que se podría decir que no era realmente una mano humana, sino simplemente algo destinado a parecer una. Esta vez, la mano no hizo señas. Se mantuvo levantada en lo alto durante un largo rato. Y entonces la figura giró la cabeza. La caperuza de la capa estaba vacía, pero evidentemente, miraba a James a través del espejo. James jadeó y se echó hacia atrás.

Varias cosas sucedieron a la vez: una ráfaga de viento rugió a través de la ventana, haciendo ondear las cortinas y sacudiendo las páginas del Libro de Concentración, la puerta de la oficina del director se abrió de par en par, golpeando contra la pared interior, y una luz inundó la habitación desde el pasillo, revelando una gran silueta al acecho. James se dejó caer hacia adelante bruscamente, intentando ocultarse a la sombra del espejo mágico.

Ante la cara de James, la superficie del espejo cambiaba a medida que las páginas del Libro de Concentración revoloteaban. Las escenas se sucedían en un abrir y cerrar de ojos, alzándose y desvaneciéndose en el humo plateado. En algún otro lugar de la

oficina, los retratos de los anteriores directores estaban ahora despiertos, aunque ninguno hablaba. La silueta escudriñaba la habitación, buscando. James había sido descubierto. Quienquiera que fuera le vería en cualquier momento. James se acurrucó, jadeante y aterrado, presionando las manos contra el cristal. Deseó poder estar en cualquier otro lugar en ese momento.

Y entonces, repentinamente, lo estaba.

Hubo una horrible y desorientadora sensación de *giro*, como si todo su cuerpo hubiese sido puesto del revés. Estaba allí casi antes de saber lo que estaba sucediendo. De repente, la escena del espejo ya no era humo plateado, era la oficina del director, pero alejada, de algún modo. James podía ver claramente la sombra de un gran hombre moviéndose sobre el suelo al otro lado del espejo y entonces, el hombre quedó a la vista, muy de cerca. Era Merlin, con sus ojos muy abiertos y penetrantes.

Sin pensarlo, James se agachó bajo el espejo. Desesperadamente, se asomó, estirando el cuello para ver si había sido descubierto. Desde esta nueva perspectiva, la escena del espejo parecía distinta. De hecho, el espejo en sí era diferente. Era bastante más pequeño, con marco plateado, y colgaba en una pared de piedra en vez de sobre un marco de madera. James frunció el ceño, confundido y asustado. Ahora que miraba a su alrededor, pudo ver que estaba en un lugar totalmente diferente. De alguna manera, había *atravesado* el espejo. Cuando había deseado estar en otro lugar, había estado tocando el Amsera Certh, y el espejo aparentemente había convertido su deseo en realidad. ¿Cómo podía haber sido tan descuidado? Las páginas del Libro de Concentración habían estado revoloteando con el viento, así que no había manera de saber a qué página del libro había sido enviado.

James intentó tomar nota de los alrededores. Todavía estaba acurrucado por debajo del nuevo espejo, agachado en un estrecho espacio entre la pared y una especie de enorme bloque de piedra. Había voces cerca. Con mucho cuidado, James alzó la cabeza. El bloque era de alrededor de un metro de alto con una enorme y complicada forma que surgía de él. Con un sobresalto, James comprendió que era una estatua. Parecía vagamente familiar, aunque era difícil saberlo desde esa perspectiva. Se asomó alrededor del monstruoso pie tallado, intentando con todas sus fuerzas no respirar. Las voces estaban muy cerca, y cuando miró detenidamente, al fin vio a sus propietarios. Había cuatro personas, todas vestidas con túnicas y capas de varios colores. Daban la espalda a James, formando una línea desigual. De repente, se produjo un destello cegador y una ráfaga de humo acre.

—Una para la posteridad, creo yo —gritó una voz animada—. Es una pena que no será en color.

—El color llegará pronto, Godric —trinó felizmente la voz de una mujer—. Y tal vez incluso movimiento, como pequeñas pinturas vivas.

—Ya *tenemos* pinturas en movimiento —dijo una segunda voz de hombre con un deje despectivo—. No se me ocurre cómo este proceso pueda ser de alguna manera superior.

—Siempre tan escéptico, Salazar —comentó una voz diferente de mujer—. La inventiva de Rowena debería ser alabada, no criticada. Deja que los aprendices que trabajan en ello perfeccionen su técnica.

Los ojos de James casi se salían de sus órbitas. Ahora que la fotografía había sido tomada, los cuatro individuos gravitaban hacia la rotonda de entrada. Cerca de allí, un pequeño y canoso duende estaba apagando el mecanismo del flash mientras otro desmontaba una gigantesca y antigua cámara. Mientras las dos mujeres y los dos hombres salían al pasillo iluminado por el sol, James miró hacia el alto corredor abovedado. Allí, en la parte alta del arco, cuidadosamente talladas en piedra, con letras tan definidas como el cincel con el que habían sido talladas, se leían las palabras:

« SCHOLA HOGVARTENSIS ARTIUM MAGICARUM ET FASCINATIONUS »

James se derrumbó contra la pared mientras las voces se desvanecían. No cabía duda. De alguna forma, increíblemente, había sido lanzado de vuelta a los tiempos de la fundación de Hogwarts. Estaba en la antigua rotonda, escondido bajo la estatua intacta de los fundadores, mientras los mismísimos fundadores salían a la luz de una puesta de sol de mil años atrás. Pero lo que asombró a James fue que lo más absurdo de todo era que Ashley Doone había tenido razón aquel día en Historia de la Magia.

James *era* el fantasma del pedestal.



Capítulo 10

La Piedra Faro

James esperó hasta que los duendes terminaron de desmontar el equipo de cámaras casero, cargaron las piezas en un desvencijado carro y lo echaron a rodar, se alejaron hablando todo el tiempo en un extraño lenguaje duende. Cuando se hubieron ido y la rotonda quedó vacía, James se subió, y forzó la mirada para ver en el espejo de marco plateado, preguntándose por qué alguien colgaría un espejo detrás de una estatua. El espejo le mostró solo las sombreadas partes traseras de las estatuas y la propia cara de James, que tenía los ojos bastante desorbitados. Y las gafas ladeadas. Se las quitó de un tirón y las metió en el bolsillo del pijama. Por un momento, le asaltó un pánico horrible. ¡El portal en el espejo se había cerrado! ¿Cómo iba a volver? Pero entonces, cuando puso sus manos en la superficie del espejo, el reflejo cambió. La oficina de Merlín apareció a la vista, como si hubiera sido convocada por el toque de James. Las velas habían sido encendidas y Merlín permanecía en su escritorio de espaldas al espejo. Estaba volviendo las páginas del Libro de Concentración. Pareció presentir la mirada de James y giró la

cabeza buscando con mirada penetrante en el espejo. James se retiró a un lado, hasta el muro de piedra contiguo al espejo. Sin embargo, en el momento en que sus dedos abandonaron la superficie, el reflejo volvió a la normalidad, el despacho del director parpadeó y fue reemplazado por el reflejo de la enorme estatua y la rotunda.

James exhaló un enorme suspiro de alivio. Todo lo que tenía hacer era esperar hasta que Merlín abandonara su oficina otra vez. Entonces, podría simplemente tocar el espejo en este lado y desear volver a su propio tiempo. Con suerte, sería devuelto al Amsera Certh de Merlín. Una vez regresara, debería escapar del despacho del director sin ser detectado, pero se ocuparía de eso cuando llegara el momento. Silenciosamente, James se agachó tras el pedestal de la estatua, apoyándose contra el muro.

Ahora que se había calmado un poco, empezó a notar los ruidos y olores de esta antigua versión de Hogwarts. La rotunda estaba vacía, pero el resto del castillo parecía una colmena de actividad. Las voces resonaban solapadas y ajetreadas. Había sonidos de pasos e incluso el estrépito de cascós en la piedra. Sonidos metálicos y silbidos indicaban que la cocina estaba cerca. Los olores se mezclaban en un popurrí de guiso, tierra recién arada, aserrín y estiércol. James encontró esto curioso. Si tenía que esperar de todos modos, ¿había alguna razón por la que no debiera explorar un poco en el Hogwarts original? Probablemente Rose le daría un puñetazo si no aprovechaba la oportunidad. James escaló y miró entre los enormes pies de la estatua de Helga Hufflepuff. La rotunda permanecía completamente silenciosa y vacía. Salió sigilosamente de detrás de la estatua y atravesó la estancia. Era como la antigua rotunda en el Hogwarts que él conocía, excepto que no era tan vieja; cada bloque en la pared era recto y afilado, encajaba perfectamente en su lugar. En la arcada, James se volvió y miró a las estatuas. Se había preguntado a menudo cómo habían sido antes de romperse. Las figuras de piedra de los fundadores tenían más de seis metros de alto, y sonreían amigablemente, excepto la estatua de Salazar Slytherin, quien parecía hacerlo malignamente, entrecerrando los ojos. En el muro de atrás, por encima del espejo de marco plateado, había un gigantesco emblema tallado en madera de Hogwarts, brillantemente pintado. La vista en general era imponente.

—¡Chico! —gritó alguien cerca. James saltó, girando tan rápido que casi se cayó al suelo.

Un hombre vestido con una larga capa de piel estaba de pie en la puerta de entrada de la rotunda. Sus cejas pobladas estaban fruncidas sobre unos ojos brillantes y profundos. Llevaba las riendas de un regio caballo blanco.

—Lleva el caballo de carga al establo y envía mensaje a tu señor de que sus invitados han llegado. Nosotros mismos encontraremos nuestro alojamiento si nadie se molesta en saludarnos.

James estaba completamente desorientado. No sabiendo qué más hacer, corrió tras el hombre y extendió la mano tentativamente hacia las riendas. El hombre le miró de

arriba abajo receloso, y James recordó que iba vestido con un pijama a rayas azules y blancas.

—No éste corcel, chico —gruñó el hombre— nadie más que yo monta esta bestia. Encárgate del caballo de carga. —Le señaló los escalones del pórtico mostrándole un enorme caballo cargado de fardos de lona, enganchado a un carro de anchas ruedas de madera. El hombre se inclinó hacia James amenazador—. ¿Eres un mozo de cuadras o un bufón? ¿Qué clase de recibimiento es este?

—Err, lo siento señor, no hay problema —tartamudeó James—. Puedo manejar a su caballo, ah, majestad, amo, err, su alteza.

En la cara del hombre se extendió de repente una sonrisa dentuda, como si pensara que James estaba burlándose y planeara con gusto darle su merecido.

—Gracioso, chico. Seguramente tu señor disfruta de las bromas tanto como lo hago yo. Cuida de que nuestro bagaje sea llevado a nuestros aposentos, y personalmente fustigaré al mozo que no muestre cuidado. Haz correr la voz.

Con esto, el hombre ató las riendas de su corcel en un poste cercano y se introdujo a zancadas en la oscuridad del castillo, con su capa de piel bamboleándose. Dejó una extraña y picante esencia tras él. James le dio la espalda al enorme caballo y al carro. Consideró simplemente escapar ahora que nadie estaba mirando, pero después se lo pensó mejor. Seguramente podría guiar al menos al caballo a los establos. Todo lo que tenía que hacer era seguir su olfato. Por otro lado, la tarea podía permitirle echar un vistazo al castillo original sin llamar la atención. Primero, pensó, necesitaba otro tipo de ropa. Miró rápidamente alrededor. En vez de la yerma cima de la colina de la época de James, la vista exterior desde la entrada de la rotonda mostraba un patio cuidadosamente cultivado, rodeado por un muro bajo de piedra. Corriendo a través del centro del patio había un rumoroso riachuelo, alimentado a través de portillas de piedra a cada lado. Allí, apoyadas sobre una gran roca junto al riachuelo, había tres cestas de ropa. James corrió con la esperanza de que quienquiera que estuviera haciendo la colada se mantuviera alejado un poquito más.

El contenido de las cestas eran ropas basta, más grandes que las que James podría vestir cómodamente. Luchó por ajustarse una, intentando enrollarse las enormes mangas. El dobladillo de la túnica se acumulaba a sus pies cómicamente. Era mejor que su pijama a rayas, pero apenas. Quizás encontrara algo mejor más tarde. Se volvió y corrió de vuelta al caballo de carga, sujetando la tela hacia arriba para evitar tropezarse con ella.

Cogió las riendas del caballo, que era dos veces más alto que él. El caballo continuó pastando en la hierba del patio, masticando metódicamente, pero siguió a James afablemente cuando éste tiró de las riendas. Las ruedas del carro crujieron cuando el caballo tiró de él. James no sabía a dónde iba, pero asumió que si paseaba alrededor del castillo finalmente encontraría los establos. Así tendría oportunidad de echar un vistazo.

El castillo Hogwarts era más pequeño que el que conocía en su tiempo, apiñándose en la entrada de la rotonda, que estaba adornada con una gran puerta levadiza de hierro, en ese momento izada. Las torretas brillaban al sol del atardecer, sus tejados cónicos parecían lo suficientemente puntiagudos para pinchar el dedo de James. Más alta que las torretas estaba la torre Sylvven, que James conocía bien. Parecía exactamente igual que como la recordaba, aunque en esta época dominaba la silueta del castillo entero. Mientras circundaba el castillo, guiando al caballo a través de un tosco portal de piedra, se dio cuenta de que la tierra de los alrededores estaba salpicada de granjas y casitas de campo. Eso le sorprendió un poco. En su época, el castillo Hogwarts estaba aislado, en medio de una gran extensión de bosques, apartado y escondido. Aquí, sin embargo, el castillo dominaba una animada comunidad. La gente se movía por todas partes, obviamente consumidos por la ocupada vida campesina. Mientras James dirigía el caballo y el carro intentando mirar como si supiera lo que estaba haciendo, se cruzó con gente que llevaba cestas y cacharros, arreaba corderos y vacas, o que empujaban pequeñas carretillas de madera cargadas con vegetales. Muchas personas le lanzaron miradas suspicaces y al menos una mujer se rió de él, pero al final nadie se acercó para pedirle explicaciones de lo que estaba haciendo.

Finalmente, le llegó el olor a estiércol fresco con la brisa cambiante. Miró y vio un enorme granero de piedra. Sonrió al reconocerlo. Era el mismo granero en el que Hagrid, en la época de James, enseñaba normalmente Cuidados de Criaturas Mágicas. El tejado era diferente, y tenía algo parecido a un cobertizo de herrero adosado a un lado, pero por lo demás estaba igual. Tan pronto como James se aproximó, oyó los cascós y relinchos de los caballos y el repiqueo y silbido del herrero.

—¿Qué es todo esto? —le gritó un hombre fornido con los brazos descubiertos, saliendo por la puerta principal del granero y mirando a James.

—Err, este caballo de carga necesita un establo —replicó James, alzando las riendas—. El propietario me ha enviado aquí, y yo no soy realmente un mozo de cuadras.

—Eso ya lo creo —dijo el hombre con brusquedad y el ceño fruncido—, viendo como me has traído el caballo sin desatarlo siquiera del carro. ¿Quizás esperas que me lo lleve al establo también?

—¡No! —contestó James—. Se supone que se debe descargar y llevar todo a los aposentos de su propietario. Él dijo que... err, *fustigaría* a quienquiera que no tenga cuidado con sus pertenencias.

—No me digas como se debe hacer el trabajo de mozo, chico —dijo el hombre, poniendo los ojos en blanco cansinamente—. Te azotaría yo mismo si tuviera tiempo. ¡Thomas! Manda a buscar al paje. Este carro tiene que ser descargado antes de que Lord Maarten se ponga nervioso.

El hombre bajó de nuevo la mirada hacia James, suspirando.

—O eres un ladrón o el clérigo más joven que he visto jamás. Tu ama te azotará de lo más lindo cuando vea lo que has hecho con esa túnica. ¿Cómo te llamas?

El corazón de James saltó, pero no pudo pensar en una mentira lo suficientemente rápido.

—Hmm, James, señor. James Potter.

—El hijo de Potter, ¿eh? Pues bien, entonces mejor será que corras de vuelta al mercado, y dile a tu padre que el mortero que intercambiamos tiene una grieta en el borde. Se lo mandaré con la mujer mañana.

El hombre pareció despedir a James con esto, se volvió y caminó de vuelta al interior de las sombras del granero, llamando otra vez a Thomas. James suspiró de alivio. Obviamente, el hombre había creído que era el hijo del fabricante de cacharros del pueblo. Se volvió y miró al camino por el que había venido. El paisaje entre el castillo y el granero era completamente diferente en esta época. James solo podía ver la cima llana de la torre Sylvven asomándose por encima de los resistentes abedules. Empezó a desandar el camino, esquivando los carros y los animales de granja.

Una especie de mercado parecía haberse erigido en la parte trasera del castillo. Puestos de madera, bancos y carros estaban dispuestos descuidadamente, repletos de toda clase de mercancías. Una muchedumbre se apiñaba entre los puestos, gritando y agitándose, haciendo trueques y discutiendo. El ganado se mezclaba con los campesinos, añadiendo sus propias voces y olores a la escena. James se lanzó a través de las reyertas, intentando mantenerse fuera del camino de la gente y evitando pisar el estiércol de los animales. Retazos de conversaciones se amontonaban por encima de él mientras se movía, y James empezó a tener el presentimiento de que la mayoría eran muggles, aunque parecían conscientes de la naturaleza mágica del castillo y sus habitantes.

—Esto de aquí es un auténtico tenedor encantado —le decía un hombre a una campesina escéptica—. Hace que cualquier comida sepa como si hubiera sido cocinada para un rey. Mi Lars lo encontró en la hierba después de que las gentes mágicas hicieran un picnic. Sólo dos pollos y será suya.

La mujer resopló y se dio la vuelta. El hombre no pareció inmutarse, vio a James mirándole.

—¿Qué te parece, chiquillo? ¿Te apetece un poquito de auténtica magia? Di a tu madre que se deje caer por aquí, ¿quieres?

James se encogió de hombros y se giró para irse.

Cuando entró a la sombra del castillo, espió por una puerta ancha. Sonidos metálicos y silbidos emanaban del espacio de más allá y supuso por los olores que allí estaba la cocina. Recordó haber oído la cocina desde la rotonda y decidió que esta entrada era probablemente la mejor opción para su regreso a la estatua y al espejo. Anduvo sin prisas hacia la puerta, intentando parecer discreto. Se le ocurrió que parecería más apropiado que estuviera llevando alguna cosa. Cerca de la puerta, una pila de cacerolas de cobre reposaban cerca de un inmenso caldero hirviente encima de un fuego. James miró alrededor, asegurándose que nadie le estaba mirando, y entonces agarró la olla de

arriba. Cuando se giró, acunando la olla en sus brazos, oyó un repiqueteo estruendoso. Miró hacia atrás. El resto de las ollas se habían desmoronado, la de más arriba derramó agua sobre el fuego, el cual chisporroteó y silbó.

—¿Qué es esto? —gritó estridente la voz de una mujer—. ¿Robando las mercancías, no? ¡Este es el lote del calderero! ¡Ladrón!

James dejó caer la olla y salió corriendo. Oyó jaleo tras él cuando la mujer chilló y comenzó a perseguirlo, pero no se giró para mirar. Se precipitó a la oscuridad de la cocina, pasó zigzagueando a un hombre con chaleco de cuero y esquivó a una mujer que llevaba una bandeja. La cocina estaba muy oscura, excepto por el ardiente horno de ladrillos. James apuntó hacia él y vio otra puerta.

—¡Ladrón! —clamó otra voz, uniéndose al coro del exterior— ¡Detenedle!

Un hombre corpulento sin camiseta y con un mandil manchado colgando de su cintura brincó enfrente de James, sonriendo perversamente bajo un enorme y negro mostacho. Sujetaba un cuchillo de carnicero en la mano, blandiéndolo como si fuera un sable.

James intentó parar, pero se movía muy deprisa y el suelo de piedra estaba mojado. Resbaló, cayó de espaldas y se deslizó entre las piernas abiertas del hombre, que le miró mientras James pasaba por debajo.

—¡Estáte quieto! —gritó el hombre, girándose. James golpeó el muro en el lado opuesto del corredor y se levantó. Manteniéndose tan agachado como pudo, escapó pasillo abajo. El hombre rugió levantando el cuchillo, pero alguien agarró su muñeca por detrás.

—¡Cálmate, Larkin! Es sólo un muchacho. Incluso tiró la olla allá afuera —le reprendió una voz—. ¿Planeas abrirle el cráneo por hacerte quedar como un tonto? Si eso fue una ofensa mortal, tendrías que ejecutar a todos los de la cocina.

James presintió que la persecución había terminado, pero no podía parar de correr. Llegó a una intersección y estaba atravesándola cuando una mano enganchó su muñeca como si fuera un grillete. Giró, momentáneamente atrapado por la inercia, y se derrumbó sobre el suelo, levantando la mirada hacia la figura que le había parado.

—No aprobamos que se corra por los corredores —dijo Salazar Slytherin, mirando fijamente a James por encima de la nariz. Sus dedos todavía sujetaban la muñeca de James. Estaban muy fríos—. ¿Qué clase de rebelión es esta? ¿Un chico solo?

—No formo parte de ninguna rebelión —dijo James jadeando—. Únicamente... hmm.

—Ciertamente te estás *rebelando* —dijo Slytherin entrecerrando los ojos—, pero únicamente por tu sucia sangre. ¿Cómo te has atrevido a cruzar estos salones, *muggle*?

James sintió una agria réplica subiéndole a la boca, pero a base de fuerza de voluntad la acalló.

—Perdón, señor. Me he... perdido.

Slytherin se inclinó hacia James, usando el apretón sobre su muñeca para acercarle.

—¿Te atreves a mirarme a los ojos como si fuieras mi igual? —bufó Slytherin—. Los débiles corazones de mis compañeros han alimentado con insolencia a los de tu calaña, pero yo no lo toleraré. Te dirigirás a *mí* como “amo”, y apartarás tus ojos, o me *haré* con ellos para mi *colección*. ¿Está *claro*, hijo de la suciedad?

James usó el agarre de Slytherin como si fuera una palanca para levantarse. Cuando estuvo de pie, tiró tan fuerte como pudo, retorciendo la muñeca para liberarse del brujo.

—¡Caray! —dijo James furiosamente—, los libros de historia dicen la verdad sobre *usted*.

Los ojos de Slytherin ardieron y su expresión se volvió desconfiada. Sacó su varita mágica con un suave y rápido movimiento. James se embarulló para pescar la suya, pero ésta estaba sepultada bajo aquella ridícula ropa.

—Salazar —llamó una voz de repente.

Slytherin se quedó congelado. James se dio la vuelta, agradeciendo la interrupción. Una mujer, a la que James reconoció como Rowena Ravenclaw, llegaba por una esquina del pasillo. Sus ojos se mostraron suspicaces al mirar a Slytherin por encima de la cabeza de James—. Os estamos esperando. La audiencia con lord Maarten ha empezado. ¿Cuánto tiempo más tenéis vos la intención de proseguir perorando con este, hmm, joven clérigo?

Rowena dejó caer la mirada hacia James y le guiñó un ojo, sin sonreír.

James le volvió la espalda a Slytherin, que le miraba furioso. Entonces, de repente su rostro cambió. Sonrió indulgentemente y dio una palmadita en la cabeza a James.

—Ve, muchacho —dijo con voz cantarina—. Estoy seguro de que podremos continuar con nuestra “perorata” muy pronto.

James contempló a Slytherin, pensando que el mago le lanzaría un hechizo tan pronto como se girara para marcharse. La expresión de Slytherin no cambió, pero sus ojos se endurecieron. Los ojos parecían decir, *vete ahora o afronta las consecuencias*. James se arriesgó, se volvió y caminó tan rápido como pudo, atravesando el corredor en ángulo recto opuesto a dónde estaban Slytherin y Rowena Ravenclaw. Giró a la derecha y voló hacia las escaleras. Cuando llegó a ellas miró atrás. Slytherin ya no estaba a la vista. Suspirando con alivio otra vez, subió las escaleras de dos en dos.

Mientras navegaba por los pasillos, todavía podía oír el traqueteo de las cocinas. Debía estar muy cerca de la rotonda. Con todo, nada le parecía familiar. Las antorchas parpadeaban y siseaban en grandes oquedades de acero en el muro, haciendo que bailaran sombras en las paredes, desorientando a James. Se cruzó con más gente, algunos no mucho mayores que él, y asumió que se estaba topando con algunos de los estudiantes originales de Hogwarts. Se giraban a su paso con ojos curiosos o abiertamente suspicaces. El pánico lo invadió. Finalmente, cuando se cruzó con un par de chicos mayores con túnicas verdes, se giró, enfrentando sus miradas.

—Disculpad, soy nuevo aquí —se aventuró, intentando mantener la voz regular—. ¿Sabéis dónde está la rotonda?

—¿Qué podríais necesitar vos de la rotonda, muchacho? —respondió el más alto, mostrando sus dientes en una parodia de sonrisa encantadora—. *Deberíais* saber que es la hora de la clase de Alquimia.

—Posiblemente no lo *sabe* —dijo el segundo chico, bajando las cejas—. Su atuendo me dice que es un forastero muggle. ¿Te has perdido?

—O quizás no —sugirió el más moreno acercándose a James—. ¿Quizás sea algo un poco más vil? A fe mía que el jefe de la casa lo juzgará.

—No, no —gritó James, levantando las manos—, ¡creo que ya lo he visto antes! Él, hmm... dijo “¡hola!”.

James giró sobre sus talones, tropezando con sus ropas extragrandes. Los dos chicos avanzaron hacia él. Uno de ellos le cogió por la capucha de la túnica, pero James finalmente recuperó el equilibrio, embistió y se libró de su agarre.

—¡Capturadlo! —ordenó el chico moreno persiguiéndole.

James saltó pasillo abajo con el corazón palpitante. Giró por los pasillos al azar, saltando cortos tramos de escalones y agachándose por debajo de algunos arcos. Después de un giro, se encontró en un nicho en el que había una estatua. Para asombro de James, era la estatua de Lokimagus el Perpetuamente Productivo. Sin pensarlo, James entró en el nicho y se escondió tras la encorvada estatua.

Los pasos de sus perseguidores se acercaban resonando. Repiquetearon hasta detenerse directamente delante de la estatua.

—No puede haber ido muy lejos —ladró el chico moreno—. Seguid adelante. Yo iré hacia atrás para asegurarme de que no le hemos pasado por alto. Este muggle arrapiezo *pagará* por haberse cruzado en el camino de la casa Slytherin.

James aguantó la respiración hasta que estuvo seguro de que se habían ido. Finalmente, salió tambaleándose de detrás de la estatua. Chequeó ambas direcciones, y después se lanzó otra vez por el pasillo. Esperaba desesperadamente no encontrarse con más estudiantes. Si le pillaban ahora, nunca podría volver a través del espejo mágico y se quedaría atrapado en el antiguo Hogwarts para siempre.

Se acercó sigilosamente hasta una gran arcada, luchando por respirar. Allí, al otro lado del amplio suelo de mármol, estaban las gigantescas estatuas de los fundadores. ¡Estaba de vuelta en la rotonda! Podía ver el destello del marco plateado del espejo tras las estatuas. James trotó a través del suelo tan suavemente como pudo, decidido a volver a través del espejo ahora, incluso si Merlín estaba todavía en su despacho. Tendría que arriesgarse con un director enfadado, pero esperaba tener la oportunidad de explicarse. Este mundo antiguo era demasiado peligroso para perder el tiempo en él.

Mientras pensaba en esto, sin embargo, algo empezó a moverse detrás de las estatuas. Alguien había estado aguardando allí y ahora salía como para encontrarse con él. James intentó parar, escabullirse a otro escondite, pero no había adonde ir. Ya era demasiado tarde. Salazar Slytherin sonreía perversamente a James, triunfante. Tenía su varita en la

mano derecha y llevaba bajo el brazo izquierdo algo que estaba cubierto con una gruesa tela negra.

—Imaginé que te encontraría aquí, mi joven amigo —dijo Slytherin calmadamente—. Sabes, estoy empezando a pensar que no eres un muggle. Empiezo a pensar que eres un espía. Cuan astuto de tu parte, viajando a través del espejo. Yo había cometido el error de creer que eso era imposible.

James sacudió la cabeza.

—¡No es lo que cree!, sólo necesito...

La voz de Slytherin se volvió álgida. Mantenía la varita alzada pero no apuntada hacia James.

—Puedo prometerte una cosa, mi joven amigo —dijo, girándose—, no cometeré el mismo error dos veces.

Un rayo de luz blanca salió disparado de la varita de Slytherin, golpeando el espejo de marco plateado que explotó en pedazos centelleantes. Los trozos volaron entre las piernas de piedra de las estatuas y repiquetearon en el suelo.

—¡No! —gritó James, cayendo de rodillas. Extendió la mano hacia uno de los fragmentos pero ya no servía de nada. El pequeño fragmento no mostraba nada significativo. El portal estaba destruido.

—Dicen que son siete años de mala suerte por romper un espejo —comentó con ligereza Slytherin. Sus pasos crujían sobre los trozos de cristal roto mientras caminaba hacia James. Sonrió maliciosamente—. Supongo que eso únicamente demuestra aquello que saben, ¿no es así?

James gateó, alejándose de Slytherin, forcejeando para liberar la varita de su enorme túnica. Slytherin caminó casualmente tras James, agitando con regocijo la cabeza. Cuando James encontró por fin su varita y le apuntó, el mago calvo movió rápidamente la suya. Se produjo un agudo estallido y la varita de James salió volando de su mano, aterrizando varios pasos más allá.

—Creía que yo era uno de los dos únicos hombres de la tierra que saben para qué sirven los espejos —dijo Slytherin, todavía avanzando hacia James. Con una hábil floritura, apartó la tela del objeto que había estado sujetando bajo su brazo. Era otro espejo, pequeño, oval, su marco dorado representaba la forma de una serpiente enroscada—. Éste es particularmente interesante, especialmente para alguien en una tesitura como la tuya. No, siento decirte que no es un portal. Es un poco más... un solo sentido.

Slytherin sujetó el espejo para que James se viera a sí mismo en él. El reflejo le mostró a un chico con una túnica patéticamente grande, y los ojos salvajes y atemorizados.

—¿Has oído hablar alguna vez de la superstición muggle de que si miras fijamente a tu reflejo durante mucho tiempo, te conviertes en tu propio reflejo? —preguntó Slytherin suavemente, todavía sujetando el espejo hacia James—. Temen que si en ese caso se alejan del reflejo, pues simplemente van a... desaparecer.

James se había estado acercando centímetro a centímetro a su varita, la cual estaba tirada en el suelo unos pocos pasos más allá. Ahora endureció sus nervios y se extendió hacia ella. Un instante después, el dolor rugía por su brazo, debilitándole. Cayó al suelo, gritando. Desesperadamente, buscó lo que había causado ese dolor, y entonces jadeó con sorpresa. Su brazo derecho, desde el hombro, se había esfumado. Contempló el lugar dónde debería estar, incapaz de resistirse a intentar agarrarlo con la mano izquierda. Slytherin sonreía felizmente. Se aproximó otra vez a James, y mientras lo hacía, el brazo de James volvió poco a poco a la existencia. El dolor menguó.

—No hay nada más instructivo que un ejemplo práctico, ¿no te parece, mi joven amigo? —dijo Slytherin, sujetando el espejo para que James pudiera verse en él una vez más—. Como te acabo de ilustrar, si eliges quedarte dentro del reflejo, estarás perfectamente a salvo. Si, por el contrario, intentaras alejarte... bueno, ¿de verdad necesito decir más?

Slytherin sacudió la varita otra vez. La varita de James saltó al aire, girando. El mago calvo la cogió con agilidad y la sujetó en alto.

—Curioso. Que una varita tan bellamente fabricada esté en manos de un muchacho que apenas sabe cómo utilizarla. No eres estudiante de este establecimiento, pero pareces conocernos. Tengo muchas preguntas para ti, ¿y quieres saber qué, amigo mío?

—Slytherin se metió en el bolsillo la varita de James y sus ojos se entornaron fríamente—. Tengo la seguridad de que las responderás todas.



Algunos minutos después, James se encontraba en una oscura habitación en los aposentos personales de Slytherin. El cuarto era bastante pequeño, paredes de piedra cubiertas de tapices que describían desagradables escenas de esqueletos danzantes y montañas en llamas. Las mesas a ambos lados de la habitación dieron a James la impresión de que éste era el laboratorio mágico personal de Slytherin. La mesa de la derecha estaba cargada de gigantescos libros, pergaminos, plumas y pinturas. La de la izquierda estaba repleta de una alucinante colección de viales, jarras y potes, todos bien ordenados en voluminosas estanterías que rodeaban un gran caldero. Únicamente una vela ardía en la habitación, de color rojo sangre e incrustada sobre una calavera humana. James tuvo la clara e inquietante impresión de que muy pocas personas habían visto alguna vez esta habitación. Estaba sentado contra el muro más alejado en una silla muy recta y de respaldo alto tableado. Era bastante incómoda, pero era la única silla desde

donde podía verse a sí mismo en el espejo oval. Slytherin había puesto el espejo en un caballete delante de las puertas dobles, asegurándose de que James no podría aproximarse a las puertas sin dejar de ver su reflejo.

—Tan pronto como pueda, disfrutaré entrevistándote inmediatamente —había explicado Slytherin—. Soy un mago muy ocupado y me has pillado en un mal momento. Déjame asegurarte, sin embargo, que tan pronto como complete mi cita de la tarde, gozarás de mi *total* y *completa* atención.

Con esto, Slytherin había empujado las puertas hasta casi cerrarlas, pero no del todo. A través de la abertura, James podía ver una pequeña porción del despacho principal. Como esperaba, pudo oír al mago calvo moviendo y barajando pergaminos y murmurando oscuramente. Finalmente, se produjo un único golpe fuerte en la puerta de la oficina.

—Qué encantador que finjáis que vos no estabais ya en la habitación, amigo mío —dijo la voz de Slytherin—. Sentí vuestra llegada hace unos minutos, pero asumí que sería de mala educación mencionarlo. Por favor, acomódate.

A través de la rendija en las puertas dobles, James vio una sombra moverse. Una figura pasó frente a la rendija. Hubo un crujido producido por una fuerte zancada, y después un intenso suspiro.

—Desprecio las mismas piedras de este lugar —dijo una voz profunda y retumbante—. Los adoquines de sus suelos son como cuchillos para mis pies. Llamaría a los fuegos del centro de la tierra para que lo consumieran si pudiera, a vuestro maldito y miserable colegio.

En la oscuridad del laboratorio James luchaba por respirar. Reconoció la voz del visitante de Slytherin. Era increíble, y pronto todo pareció encajar perfectamente. ¿Cómo podía no haber visto antes la conexión? Su corazón latió y agudizó los oídos para escuchar.

—Símpatizo con vos, Merlinus —dijo Slytherin—. Debe ser inquietante para vos la vuelta a casa. Aun así, vos no pensaríais que íbamos a permitir que este castillo quedara desocupado. Como imaginareis, ni un solo lord muggle deseaba reclamarlo después del desafortunado... *accidente* de Hadyn. Irónicamente, creen que el castillo está maldito en vez de mágicamente fortificado. Me uno a vos, sin embargo, en despreciar aquello en lo que este lugar se ha convertido. Mis colegas fundadores están incrementando su doble mentalidad. Son indulgentes con los sin magia y los mestizos. Conspiran contra mí mientras hablamos. Me temo que mi tiempo aquí se esté acabando.

—Que penosa vergüenza —dijo Merlín, su voz rezumaba desdén—. Y vos que creísteis una vez que este colegioería el amanecer de vuestra utopía sangre limpia. Vos habéis de estar sin lugar a dudas descorazonado.

—Mi “utopía sangre limpia”, como la has llamado, será una realidad con mi ayuda o sin ella, amigo mío —dijo Slytherin—. Es la naturaleza de las cosas. Los gobernantes de este mundo solo vivirán entre el ganado hasta que estos se sublevén. Mi papel en el

proceso es insignificante, aunque he de admitir que deseo vivir para ver aquel día llegar. Y no pretendas repugnarte con mis palabras, Merlinus. Vos sois la mejor prueba de mis reclamaciones incluso si te empeñáis en ignorarlas.

—Vos creéis que detesto a los sin magia como lo hacéis, pero yo no soy tan simple de mente —dijo Merlín descartando la idea—. Un lobo rabioso no justifica matar a la manada. La dominación es tu único objetivo, no la justicia.

—¿Está mal dominar a aquellos que son indignos de igualdad? —replicó Slytherin como si Merlín y él hubieran tenido esa discusión muchas veces con anterioridad—. Se podría reclamar que es una forma amable de gobernar a aquellos que no son capaces de gobernarse a sí mismos. Por otro lado... —aquí la voz de Slytherin se volvió más sedosa—, hay más de un lobo rabioso, ¿no es cierto?

Hubo un largo silencio, y después Merlín dijo:

—No hablaré de tales cosas con vos.

—Oh, pero no hay necesidad de hacerlo —replicó Slytherin—. Todo el mundo *sabe* ahora la verdad de lo que ocurrió, ¿verdad? Después de todo, ocurrió aquí mismo, cuatro lunas atrás. Sí, hay cotilleos incluso entre los campesinos muggle, sobre cómo el gran Merlinus fue humillado por Lord Hadyn y sus cómplices. Cómo te debe hervir la sangre al saber que tu nombre se ha convertido en una alegoría del amor insensato.

—No voy a *hablar* de tales cosas con vos —repitió Merlín lentamente, con voz baja y peligrosa.

—Seré tu buen amigo, lo suficiente como para no recordarte que fuisteis avisado de que no te liarais con la mujer muggle —continuó Slytherin ignorando las palabras de Merlín—. Judith, creo que era su nombre, ¿no? ¿Conocida jocosamente entre los campesinos como *la Dama del Lago*? Incluso te imploré que no sucumbieras a sus afectos. El amor ofusca a cualquier hombre que se permita ser indulgente con él, cuanto mejor sea el hombre, mayor es el ridículo que hace. Vos *erais* un hombre muy *grande*, Merlinus, e incluso así no fuisteis inmune. El amor te cegó el ingenio cuando éste debería haber estado más afilado. Quizás, si no hubierais estado vos tan enamorado, hubierais divisado la verdad.

—Hadyn me entregó su *cadáver* —gruñó Merlín amenazador—. Prometió devolvérme la. Ese fue el trato que acordamos si doblaba sus tierras y fortificaba este mismo castillo. ¿Pero cómo podía sospechar yo que el hombre se atrevería a engañarme gravemente mientras mantenía al pie de la letra su trato?

—Te dio *un cadáver* —dijo Slytherin con pena—, pero vos deberíais haber sabido que no era el de ella. El cuerpo estaba irreconocible, pero vos sois el gran Merlín. Vos podríais haber adivinado la verdad si lo hubierais intentado, pero vos elegisteis no hacerlo.

—Ella iba a ser mi *esposa* —dijo Merlín, y su voz era como un trueno distante. Retumbaba en el suelo por debajo de los pies de James—. No pude soportarlo. Ni siquiera podía soportar *mirar* ese cuerpo diezmado.

—Y Hadyn sabía que así sería. De otra forma, ¿cómo podría haberse atrevido a intentar tan obvia argucia? Sabía que vos estaríais demasiado afectado para verificar que el cuerpo fuera verdaderamente el de vuestra Judith. Y finalmente, cuando planeasteis tu venganza, cuando perseguiosteis su carroaje a través de los bosques, podríais haber adivinado la verdad entonces. Vos podríais haber utilizado a los pájaros y a los árboles para mirar dentro del carroaje, para asegurarte de quién estaba dentro, pero no lo hicisteis. Tu rabia, alimentada por el amor a la *pobre* mujer muggle, te cegó, ¿no es así? Si hubierais mirado, habrías sabido la verdad. Vos podríais haberla salvado. Pero, como todo el mundo sabe ahora, Lord Hadyn amaba a Judith también. La reclamó para sí, y ella se lo permitió. Te entregó el cuerpo de una sirviente muerta y se quedó a Judith para sí mismo. Ella te traicionó.

—¡No tuvo elección! —gritó Merlín, su voz rasgándose.

—Siempre hay elección —insistió Slytherin—. Podría haber muerto por tu amor, ¿no es así? Pero no, eligió en vez de eso quedarse con él. Eligió estar con él precisamente ese día, en su carroaje.

—¡Era tan solo una humana! ¡Creyó que yo iría a por ella!

—Era tan *solo* una humana —estuvo de acuerdo Slytherin—. Una imperfecta y débil humana sin magia, a pesar de tus patéticos intentos de enseñarle las artes. Y entonces, en nombre de tu venganza ciega por amor, se convirtió en una humana *muerta*. Perdida, junto a su reciente esposo, Hadyn, en un trágico y *misterioso* accidente de carroaje. Ahogados, ¿no es así? Dicen que la tormenta llegó con la fuerza de Júpiter, arrancando el carroaje limpiamente del puente. Fue arrastrado de algún modo, dicen, y quedó convertido en astillas. Junto con cada una... de las personas... que estaban dentro.

—¡NO hablaré de tales COSAS CON VOS! —bramó Merlín súbitamente, estremeciendo los muros. Hubo un relámpago repentino de furia mientras cada vela y cada llama del hogar de repente explotaban en una antorcha azul. La llama de la vela roja del laboratorio entró en erupción alzándose hacia arriba, iluminando brillantemente la habitación durante un momento aterrador. Entonces, tan pronto como había empezado, el momento pasó. La habitación volvió a sumergirse en la oscuridad.

En el silencio que siguió, la voz de Slytherin se tornó tranquila y sedante.

—Perdóname, amigo mío. He decidido que es mi deber recordarte lo te pasó y quien te lo hizo. Te aconsejé que no creáis a los muggles. Son bestias incapaces de ser nobles. Su único papel es la servidumbre. Nosotros somos sus amos. No sólo es nuestro derecho el gobernarlos, es nuestro deber. Por ellos tanto como por nosotros.

—Sois una serpiente mentirosa, Salazar Slytherin —dijo Merlín colérico.

—Serpiente, puede ser —rió Slytherin entre dientes—, pero un mentiroso no soy. Vos estáis aquí porque estáis de acuerdo conmigo, aunque tu estúpido escrupuloso intenta no admitirlo.

Merlín dijo:

—De hecho, estoy aquí únicamente porque tenéis algo que necesito.

Slytherin suspiró.

—Sí, lo sé. He estado hablando con tu aprendiz, Austramaddux y por una vez estoy de acuerdo con él. Vuestro plan es lo mejor. Este mundo ya no te pertenece, Merlinus. Los reinos avanzan con sus civilizaciones. Escrutan las tierras y las aran, talan los bosques y los convierten en chozas. Están amansando la tierra, asolándola para vos. Únicamente yo sé lo que eso hace a tus poderes, pero vos sois diferente de los otros magos, amigo mío. No sois en realidad un mago, vos sois un hechicero, quizás el mejor y último de los de tu especie. Me alegro de que hayas aceptado mi sugerencia de salir de este plano de existencia. Volverás a un tiempo mejor, Austramaddux se ocupará de ello.

—Puede que nunca vuelva a existir semejante tiempo —dijo Merlín gravemente—, pero eso no importa. Vos tenéis razón en una cosa: este mundo ya no es para mí, y yo no soy para él. Los días se han oscurecido ante mis propios ojos, y por medio de mis propias manos ensangrentadas. He elegido eliminar a mí mismo del reino de los hombres, pero por mis propias razones, Slytherin. Vos no las entenderíais. Tu corazón es oscuro como la brea.

—Y aún así es de algo oscuro de lo que habéis venido a hablar, amigo mío —replicó Slytherin sin perder un instante—, lo he adivinado. La piedra sabe cuando se la busca.

—No te burléis de mi, Slytherin. Sé que vos deseáis que rompa las fronteras de los mundos *sin* la piedra, pues así tendríais entonces el control de lo que retorne conmigo.

—¿Estáis hablando vos de la leyenda de la maldición del Guardián? Vos no deberíais tomar en serio este tipo de cosas. Cuántos sueños y elucubraciones vagas pueden imaginar los hombres, ¿no creéis vos?

—Vos no podéis engañarme con tus falacias. Tenéis la piedra, y la bolsa oscura; pues sois un amante de tales bagatelas oscuras. Si voy a hacer lo que ningún otro hombre de este mundo es capaz de hacer, lo haré con las herramientas que ningún otro hombre en este mundo pueda necesitar.

—Dime, Merlinus —dijo Slytherin coloquialmente—, ¿qué sabéis vos de esas “bagatelas”?

—Como si los cuentos acerca de ello no fueran suficientemente claros para un niño —suspiró Merlín—. La bolsa oscura contiene el último vestigio de pura nada que queda del amanecer de los tiempos. Sus usos son mirada y también únicos. La piedra, sin embargo, es la única reliquia del pre-tiempo. Es un simple ónix negro, cuyo origen es el Vacío entre los mundos. Es inmune al tiempo, por consiguiente es el faro del Guardián. Al poseedor de la piedra se le garantiza la visión de aquellos que han pasado al reino de los muertos. Pero principalmente, quien posee la piedra sería el Embajador del Guardián, si esa criatura alguna vez cruzara hasta el reino de los hombres.

—Desde luego no creeréis vos en tales cosas —importunó Slytherin, y sin embargo James podía ver que el propio Slytherin creía en ellas a pies juntillas.

—Creo que nadie se ha atrevido nunca a comprobar las leyendas —declaró Merlín rotundamente—, pero eso es únicamente porque nadie nunca ha sido capaz de ello. Es

pura especulación que quien rompa la frontera entre los mundos durante cualquier período de tiempo, atraerá al Guardián del Vacío, posiblemente trayéndole consigo de vuelta. *Si lo hago, y si vuelvo, deseo ser yo* quien esté al cargo de cualquier cosa que vuelva conmigo.

—*¿Pero, por qué?* —se exasperó Slytherin de repente, con voz ansiosa y goteando odio—. ¡Permité que el Destructor ronde suelto por la tierra! ¡Si el hombre es el azote de este mundo, reduciendo tu poder poco a poco, consumiéndolo como langostas, entonces deja que el Guardián descienda sobre ellos! ¡Es lo que merecen! Si mis predicciones son fiables, para entonces el reino de los magos habrá superado al de los muggles ese día. El reino mágico será capaz de defenderse por sí mismo del Guardián, ¡y quizás incluso se alíe con él! ¡Sólo los insectos muggles y los impuros serán destruidos por su mano, y espero no volverlos a ver nunca! ¡La leyenda dice que la maldición del Guardián será el amanecer de una *nueva era*! ¡Una era de pureza, de perfección cristalina! ¡Deja que suceda, Merlinus! ¡Sé el heraldo de la maldición! ¿Qué forma más apropiada de reclamar el título de *rey de todos los magos*?

—Si voy a ser el heraldo de la maldición, ansío controlarla —replicó Merlín mansamente.

—No habrá otra manera —respondió Slytherin—. Sin la Piedra Faro no podréis vos siquiera llamar la atención del Guardián. Aunque...

Merlín esperó en silencio, pero James, todavía sentado en la oscuridad del laboratorio, podía sentir la ira del gran mago bullir a través de su piel como vapor.

Slytherin prosiguió.

—La piedra es muy poderosa para ser eliminada completamente de la faz de la Tierra. Sabiendo que este día llegaría, sin embargo, he dispuesto que sea partida en dos trozos iguales. Las mitades se han engastado en dos anillos, un anillo irá con vos y el otro se quedará a mi merced.

—Vos no podéis engañarme, Slytherin —retumbó Merlín—. Deseáis mantener el control del Guardián con la esperanza de que se produzca su descenso. Deseáis utilizarlo para vengarte de tus enemigos. Para entonces ellos, al igual que vos, llevaréis muertos mucho tiempo.

Slytherin sonrió ligeramente.

—Eso no tendrá ninguna consecuencia para vos, amigo mío. Mi mitad de la piedra permanecerá, sin tener en cuenta mi propio y breve tiempo en esta tierra. Será traspasada. Cuando y si volvéis, señalando el descenso de la *maldición*, la piedra encontrará su propio camino a las manos de mis descendientes. Simplemente deseo que estén preparados. Es justo, ¿no estáis vos de acuerdo? Por otro lado —continuó Slytherin, su voz decayendo—, si vos decidís abandonar tu derrotero y *frustrar* al Guardián, bien, ¿no sois vos Merlinus el Terrible, el último de la línea de Myrddred? ¿No sois el mayor hechicero de todos los tiempos? Sin duda una criatura como vos no necesita utilizar una mera bagatela oscura.

Merlín se quedó en silencio otra vez, y James le sintió a punto de explotar. Finalmente dijo:

—Como vos deseéis, Slytherin. Proporcioname mi mitad de la piedra y te dejaré en paz.

Llegó el sonido de un cajón que se abría y después el sonido metálico de una cajita. Le siguió un gran silencio.

—Podría simplemente coger las dos mitades de la piedra, amigo mío —dijo Merlín tranquilamente—. Después de todo, ¿no soy Merlinus el Terrible?

—Vos olvidáis las condiciones de tu lamentable trato con Hadyn —replicó Slytherin. Se oyó el sonido de la cajita al cerrarse—. Vos no podéis tocar un cabello de nadie que resida en este castillo. Tus amenazas son formidables, pero afortunadamente no tienen efecto aquí. Aunque, sin embargo, aprecio tus intenciones. Vos habéis de considerar que son recíprocas.

El suelo crujío cuando Merlín se levantó. James vio el cambio en las sombras de la habitación cuando Merlín se preparó para partir. De repente una figura bloqueó la vista a través de la puerta doble. Era Slytherin. Abrió las puertas un poco y buscó con la mirada a James. Una mirada pensativa cruzó su cara, entrecerrando los ojos.

—Y a propósito, Merlinus —dijo sin retirar sus ojos de James—, si volvéis vos en tiempos futuros cuídate de enemigos. Tu desaparición será sin duda una leyenda. Algunos te buscarán, y no todos llevaran buenas intenciones.

—Estoy acostumbrado a tratar con mis enemigos —replicó la voz de Merlín, resonando en las profundidades de la habitación contigua.

—No obstante, si te encontráis con cierto jovencito... de ojos castaños, con cabello corto, negro y despeinado y una mirada de constante insolencia, cuídate de él. Es tu enemigo. Lo he previsto. Vos debéis deshacerte de él.

—No me deshago de nadie sin una causa justa —gruñó Merlín—, a pesar de todas tus adivinaciones, incluso de aquellos que *merecen* tal eliminación ocasionalmente escapan de mis manos.

—Mientras alguien que *no* lo merece cae bajo su juicio —declaró fríamente Slytherin, como retorciendo un cuchillo—. Haz lo que vos queráis, Merlinus. Vigila al chico. O ignóralo por tu cuenta y riesgo. No me importa lo que elijáis vos.

Un momento después, llegó una ráfaga de aire caliente y un olor a suciedad y naturaleza. Merlín se había ido. Slytherin desnudó sus dientes hacia James.

—Dijiste que la *historia* decía la verdad sobre mí —dijo, sonriendo ferozmente—. De alguna manera no creo que la historia llegue nunca a conocer tu *nombre*, mi joven amigo.



Capítulo 11

El Círculo de Nueve

Con una hábil floritura, Slytherin volvió a cubrir con la tela negra el espejo oval sobre el atril. James se encogió de miedo, temiendo desvanecerse en el momento en que su reflejo se ocultara. Slytherin le dirigió una mirada desdeñosa.

—Obviamente, el espejo sería inútil como prisión si el residente no pudiera ser liberado del confinamiento, estúpido —dijo—. Si lo hubieras intentado por ti mismo, tus miedos se habrían convertido en realidad, pero si el espejo lo cubre algún otro, estás a salvo. ¿Ves? Incluso ahora, yo soy el consumado profesor, y tú el pupilo renuente. Ven a mí, amigo mío.

James sacudió la cabeza, apretando los labios testarudamente.

Slytherin suspiró pesadamente.

—No voy a hacerte daño, chico. Solo requiero que estés de pie junto a mí para que podamos aparecernos juntos.

—No puede aparecerse dentro de Hogwarts —replicó James—. Todo el mundo lo sabe.

—No sé quién es ese “todo el mundo” del que hablas, pero empiezo a sospechar que el Hogwarts que crees conocer no es el Hogwarts que actualmente ocupas. Ahora ven aquí.

James tensó su apretón sobre los brazos de la silla de respaldo tableado.

—No voy a ir a ninguna parte con usted.

—Deseas llegar al fondo de este malentendido, ¿no? —preguntó Slytherin—. Ambos queremos lo mismo, mi joven amigo. Ahora, *vamos*.

Cuando Slytherin pronunció la última palabra, ondeó su varita. La silla saltó del suelo, llevando a James con ella. Voló hasta Slytherin, y después soltó a James en el suelo a sus pies. James se levantó, mirando furiosamente al mago calvo.

—¿Por qué no me puso simplemente bajo la maldición *Imperio*, abusón? —escupió James.

—*Esa* es una maldición imperdonable —dijo Slytherin, inclinando la cabeza en un ademán burlón—. Soy un profesor de este distinguido establecimiento. Como tal, obedezco la ley de estas tierras. Puede que no siempre esté de acuerdo con esas leyes, pero no obstante...

Slytherin tendió la mano.

James la miró, frunciendo el ceño con furia. Sabía que si no obedecía a Slytherin, el hombre simplemente le obligaría a hacer lo que fuera. Algo dentro de James estaba decidido a caminar hasta lo que sea que le esperara en vez de ser arrastrado a ello. Con eso, levantó la mirada a los fríos ojos del mago, y después tomó la mano ofrecida.

Se produjo una súbita y vertiginosa sensación de velocidad y oscuridad. El suelo pareció alejarse de los pies de James. Una fracción de segundo después, otra superficie se materializó bajo él. James se tambaleó, y Slytherin le soltó con un empujón, haciéndole caer de rodillas.

—Nada de *desaparición* —dijo Slytherin desdeñosamente, alejándose—. Ni *hechizos útiles*, ni muestra de *astucia* o *inventiva*. No sé de dónde provienes o quién eres, mi joven amigo, pero quienquiera que te enviara debe estar verdaderamente desesperado.

James se recompuso y se levantó, luchando con una especie de mareo residual. Dondequiera que Slytherin le hubiera llevado, había oscuridad y frío. El viento soplabanquietamente, empujando a través de un cúmulo de nubes en lo alto. La luna parecía inusualmente cercana. Un brillo escarchado iluminaba el suelo redondeado y cuesta abajo de ese extraño lugar. James miró alrededor. El espacio era circular con terrazas de piedra conduciendo hacia abajo hasta un suelo de madera. A ambos lados de éste, dos tronos de mármol se miraban el uno al otro. El corazón de James se hundió. Ya había estado aquí antes, en su propia época.

—Pareces saber mucho de nosotros —dijo Slytherin, alzando la voz sobre el gemido del viento—. Por consiguiente debes conocer el propósito de la torre Sylvven. Su altura, dicen, la coloca fuera del reino de las leyes de los hombres. Aquí, no existe nada

parecido a una maldición imperdonable. Aquí, mi joven amigo, puede ocurrir cualquier cosa.

Como para enfatizarlo, hubo un súbito siseo y un remolino de humo negro. Parecía fluir sobre la torre, fusionándose en un punto a la derecha de Slytherin. Tomó la forma de un hombre con una capa negra. No llevaba puesta la capucha, sus rasgos eran afilados y sus ojos crueles. Slytherin sonrió, sin apartar los ojos de James. Más remolinos aparecieron, siseando hasta tomar forma, formando figuras alrededor de la circunferencia de la terraza superior de la torre. Cada figura vestía capa negra, las cabezas estaban descubiertas. Cada recién llegado se volvió para mirar a James, con la cara fría y calculadora.

—¡Te presento a mi Círculo de Nueve! —gritó Slytherin, abriendo los brazos de par en par—. Compañeros magos que, como yo mismo, reconocen el inevitable futuro del mundo mágico, y se han unido a mí para fomentarlo. Considerate honrado de presenciar esto, muchacho, pocos vivos saben de nosotros, o podrían adivinar los consejos que llevamos a cabo. ¡Y ahora, que comience la cumbre! Os he convocado esta noche porque tenemos cuestiones muy importantes que atender...

Slytherin se movió repentinamente a través de la cima de la torre, volando, sus pies no tocaban el suelo y su túnica flameaba como alas de cuero. Se detuvo delante de James, irguiéndose sobre él, sus ojos feroces y resueltos.

—Tú eres esa cuestión —dijo alegremente, con voz ronca. Estudió triunfalmente la cara de James, casi con cariño. Entonces, de repente, se dio la vuelta. Sus pies tocaron tierra y caminó casualmente sobre el suelo de madera del centro de la torre. James vio que la trampilla central estaba cerrada y aparentemente bloqueada. No había escapatoria.

—Hace un momento, abajo en mis aposentos, yo era el profesor y tú el pupilo, chico —dijo Slytherin, mirando sobre el parapeto bajo que rodeaba la torre—. Revirtamos ahora esos papeles. Mis amigos y yo deseamos aprender mucho de ti esta noche. Tienes la honorable tarea de educarnos. Empecemos con algo simple. ¿Cuál es tu nombre?

James sintió la fuerte urgencia de no responder. Si respondía aún a la pregunta más básica, temía acabar respondiendo a todas ellas. Alguna idea latente de bravura y nobleza insistía en que permaneciera en silencio sin importar lo que Slytherin y sus colegas le hicieran.

—Crees que lo valeroso es permanecer en silencio, muchacho —dijo Slytherin astutamente, volviendo a mirar a James sobre su hombro—. Estás pensando en que no te mataremos sin más ni utilizaremos nuestras artes para sacar lo que queramos de la carne de tu cerebro muerto. Estás pensando que tales cosas no les ocurren a jovencitos valientes. Y eso me prueba, mi joven amigo, que no estás familiarizado con esta época. No sé lo que ocurre en los tiempos de los que provienes, pero aquí, les pasan cosas terribles a los jovencitos todos los días. Más aún cuando eres un desconocido aquí. Eres un extraño. Nadie sabe quién eres, o siquiera que existes. Si desapareces, nadie te

buscará. Nadie notará tu ausencia. Sabiendo eso, ¿realmente deseas arriesgar tu vida con la esperanza de que yo, Salazar Slytherin, podría ser demasiado compasivo como para ejecutarte esta misma noche?

James miró a Slytherin a los ojos. Brillaban a la luz de la luna como monedas. No había ningún alma en ellos. En ellos, James podía ver muy bien su propia muerte.

Tragó saliva, y después se irguió en toda su estatura.

—Mi nombre es James —declaró, intentando con todas sus fuerzas no traicionar su miedo.

—¿Ves lo fácil que ha sido, James? —preguntó Slytherin, gesticulando grandiosamente. James vio que el mago tenía la varita en la mano. La ondeó casi con indiferencia, y un rayo de contundente y atroz dolor le recorrió la espina dorsal. Arqueó la espalda y se tambaleó hacia atrás, aterrizando sobre la terraza de piedra. La agonía era monumental. En medio de ella, James olvidó donde estaba. Su visión se volvió blanca y nebulosa. Todo lo que importaba era que el dolor parara. Pareció durar horas o días. Entonces, súbitamente, se acabó, y James supo que habían sido solo segundos. Sus ojos se aclararon y vio a Slytherin de pie sobre él, sonriendo con interés.

—No lo he hecho solo porque respondieras a la pregunta parcialmente —dijo Slytherin—. Sino porque dudaste. Confío en que no vuelva a ocurrir.

Slytherin se dio la vuelta, como dirigiéndose a todos los presentes.

—Y ahora, lo bastante alto para que todos lo oigamos, ¿cuál es tu nombre *completo*?

James luchó por levantarse, gruñendo. Sentía las rodillas acuosas y muy débiles, pero las forzó a soportarle.

—James Sirius Potter —respondió, odiándose a sí mismo por hacerlo. La idea de ese dolor atravesándole de nuevo era horrible. Habría hecho casi cualquier cosa por evitarlo. Y además, pensó, ¿qué importaba? ¿Qué podía hacer Slytherin con cualquier información que él pudiera darle? Estaban a mil años en el pasado, ¿no?

Pero el futuro se construye sobre los cimientos del pasado, pareció susurrar una voz al oído de James. Creyó reconocer la voz de su padre. *Ten cuidado, James. Sé sagaz.*

—James Sirius Potter —dijo Slytherin—. Un nombre que suena tan inocente. ¿De dónde vienes, maese Potter? ¿Cuál es tu tiempo? ¿Qué puedes contarnos de él? Cuidado, no te dejes nada.

—Soy del futuro —dijo James sobriamente, poniéndose en pie de nuevo—. Mil años a partir de ahora. Soy estudiante de esta escuela en esa época.

—Asombroso —dijo Slytherin, con voz ansiosa—. Y aún así obviamente una mentira. Alabo tu atrevimiento, pero no te servirá muy bien. Respóndeme verazmente en este momento o enfrenta de nuevo la maldición *Cruciatus*. ¿Qué tienes que decir a eso?

—Es la verdad —replicó James, alzando la voz—. Si quiere que invente algo que encaje con lo que quiere oír, dígamello. Me encantará contarle la historia que desee.

—No nos tientes, James Sirius Potter. Si, de hecho, el Colegio Hogwarts existe dentro de mil años, entonces existe en un tiempo donde el reino mágico finalmente ha

subyugado a la plebe muggle. No habría lugar en tal colegio para un estudiante como tú, un chico de habilidades obviamente pobres y mentalidad débil. En tal colegio tú estarías en el lugar al que perteneces: con el ganado muggle y los perros sangre sucia. Dinos la verdad ahora, o muere con tus mentiras.

—¡No estoy mintiendo! —dijo James, envalentonándose—. ¡Sus predicciones no se harán realidad! En mi tiempo, los muggles coexisten con el mundo mágico. ¡Ni siquiera saben que existimos! El mundo mágico ha vivido en secreto entre ellos durante siglos. Hay leyes que aseguran que ninguna bruja o mago hable a ningún muggle sobre nosotros. No solo soy estudiante en Hogwarts, algunos de mis compañeros son hijos de *muggles*. En mi época, cualquier bruja o mago puede asistir a Hogwarts, sin importar quienes sean sus padres. ¡Sus estúpidos planes van a quedar en nada! ¡De hecho, en mis tiempos, se le conoce por haber sido echado a patadas de la escuela por ser un lunático ávido de poder!

—¡Mientes! —rugió Slytherin, saltando hacia James y alzando la varita—. Has venido aquí a sembrar engaño y duda, pero ¡has sido descubierto! No tienes ni la más mínima prueba de que esa época de la que hablas sea cierta, y la evidencia de tu misma existencia prueba tu falsedad. El reino mágico nunca podría hundirse entre las sombras del mundo muggle. Sería una blasfemia y un escarnio. ¡Si esa época que describes existiera en realidad, se colapsaría bajo el peso de su propia absurdidad!

Slytherin se giró de nuevo, su túnica flameando al viento mientras alzaba los brazos.

—¡Amigos míos! Nos enfrentamos a un misterio. Si el mundo que este James Sirius Potter describe es, en alguna versión de las cambiantes nieblas del futuro... y contra toda lógica..., una realidad, entonces debe ser evitado a toda costa. Y si, como sospecho firmemente, este chico es un fraude y un mentiroso, escupiéndonos a la cara nuestro intento de tratarle como a caballeros, entonces es nuestro mortal enemigo. En cualquier caso, nuestro curso de acción está claro... —Aquí, Slytherin se giró de nuevo y miró fijamente a James—. El chico debe morir —dijo, sonriendo cruelmente. Alzó la varita.

Sin pensar, James se agachó y saltó mientras Slytherin pronunciaba las palabras de la maldición asesina. El rayo verde pasó sobre su cabeza. Gateó hasta la terraza más baja y se ocultó detrás de uno de los dos asientos de piedra.

—Precaución —gritó Slytherin, imperturbable—. Puedo arreglármelas con el chico. Ninguno de vosotros debe tomarse molestias.

James deseó desesperadamente tener aún su varita. Se le ocurrió una idea y gritó.

—¡Eh! ¿Cómo puede llamarse a sí mismo caballero? No es muy noble maldecir a un crío, ¿no? ¡Al menos devuélvame mi varita!

Slytherin rió con deleite.

—Finalmente, el chico demuestra algo de espíritu —gritó—. Como deseas, maese Potter. Un duelo. Da un paso adelante y recoge tu varita.

James se asomó cautelosamente por un costado del trono. Slytherin le vio y sonrió ampliamente. Sacó la varita de James de su túnica y se la ofreció. James se fortaleció a sí

mismo y se volvió a poner de pie. Empezó a cruzar el suelo de madera hacia Slytherin, cuidadosa y rápidamente, con el corazón palpitante.

De repente, sorprendentemente, hubo un sonoro golpe directamente bajo sus pies. Saltó, sobresaltado, y bajó la mirada. Estaba de pie sobre la trampilla.

—Ya vienen, Salazar —dijo uno de los magos con capa—. Han presentido nuestra cumbre. Debemos partir. Ocúpate del chico en otra parte.

—No —dijo Slytherin, todavía sonriendo—. No pueden alcanzarnos. La torre no puede ser asaltada desde fuera hasta que termine la reunión. Es la ley mágica de la torre Sylvven. Terminemos nuestro trabajo primero, y después trataremos con mis colegas fundadores. Ya es hora de que comprendan el error que han cometido conspirando contra mí.

Se elevaron voces desde abajo y se produjo otro golpe sobre la gruesa madera de la trampilla. El cierre de hierro traqueteó pero se mantenía firme.

—Toma tu varita, James Potter —dijo Slytherin—. Terminemos esto como magos.

James reafirmó su resolución y salió de la trampilla. Había oído las historias de como su padre se había enfrentado contra Voldemort de un modo muy similar. Pero como James había pensado tantas veces antes, él no era su padre. No tenía la más mínima oportunidad contra el puro poder malevolente de Salazar Slytherin. Peor aún, no había lugar adonde huir o donde esconderse. La torre era demasiado alta para escapar de ella. Ni siquiera sabía cómo aparecerse. Temblorosamente, extendió la mano hacia su varita. Slytherin la soltó, todavía sonriendo.

James se aclaró la garganta mientras retrocedía, sujetando su varita ante él.

—¿Nos inclinamos primero? —preguntó.

—Yo me inclino ante mis iguales —dijo Slytherin desnudando los dientes—. Tú puedes inclinarte cuando estés muerto. —Lanzó el brazo hacia adelante—. ¡Avada Kedavra!

James saltó de nuevo y el hechizo golpeó el trono con una explosión de chispas verdes. Una pequeña parte separada de la mente de James comprendió que estaba haciendo muy buen uso de las técnicas físicas que había aprendido en las clases de Defensa Contra las Artes Oscuras de Debells. Casi gimió en voz alta.

—¡Utiliza *magia*, no *acrobacias*, muchacho! —se burló Slytherin, sacudiéndose la manga hacia atrás—. Dejemos que tu cadáver sea lo primero que vean mis compañeros fundadores cuando se unan a nosotros! ¡Enfréntate a mí y muere con algo de honor!

James estaba aterrado. Rodó por el suelo de madera y se puso en pie, ondeando la varita frenéticamente. Apuntó, intentando con desesperación recordar el encantamiento. Era el primero que había aprendido, pero su mente estaba completamente en blanco.

—¡Eso está mejor! —dijo Slytherin con voz ronca, avanzando a zancadas, yendo al encuentro de James. Sostenía la varita casualmente ante él, burlándose de James con ella—. ¡Haz tu mejor intento, chico! ¡Muéstranos qué te enseñan en esa fantástica época tuya! ¡Házlo ya!

James farfulló el hechizo en el momento en que este llegó a su cabeza. Slytherin pronunció su maldición exactamente en el mismo momento. Ambos rayos explotaron sobre el suelo de madera, iluminándolo. El rayo verde de Slytherin atravesó la túnica demasiado grande de James, pasando a través de ella y bajo el brazo extendido, fallando por poco. El rayo amarillo de James golpeó el cerrojo de la trampilla. Este explotó con un estallido de luz y la puerta se abrió, liberando un haz de luz y el sonido de voces.

—¡Está abierta! —gritó alguien— ¡Cuidado con una posible trampa! ¡*Protego!*!

Slytherin rugió de furia. Apuntó su propia varita hacia la puerta, pero era demasiado tarde. Unas figuras emergían de las escaleras de abajo, con las varitas listas. Explotaron hechizos en todas direcciones, iluminando la cima de la torre como fuegos artificiales. James aprovechó la oportunidad para lanzarse tras el trono de mármol de nuevo. El aire estaba súbitamente lleno de los siseos y remolinos del círculo de nueve de Slytherin Desapareciéndose desde lo alto de la torre. Uno de ellos se quedó lo suficiente para aproximarse a James, agitando su varita. Tenía una perilla negra, que se encrespó cuando el hombre sonrió.

—Buen truco, chico —gruñó—, pero detestamos los asuntos inacabados.

Los reflejos de James habían quedado agudizados por su duelo con Slytherin. Incluso mientras el hombre terminaba de hablar, James sacó su varita y gritó:

—¡*Expelliarmus!*!

Hubo un crujido y la varita del hombre salió disparada de su mano, girando en la oscuridad más allá del parapeto de la torre. La fuerza del hechizo empujó al hombre hacia atrás. Tropezó y cayó sobre una de las terrazas. Con un rugido de furia, se giró para ver donde había caído su varita. Comprendiendo que la había perdido, se volvió a girar, con las manos como garras y la cara contorsionada de rabia.

—¡*Desmapius!*! —gritó James, arrastrándose hacia atrás, pero su puntería falló. El hechizo golpeó el suelo de piedra a la derecha del hombre.

—¡Morirás por esto, chico! —rugió el hombre, saltando al ataque como una bestia. Se produjo en resplandor de luz púrpura y el hombre gritó en mitad del ataque. Aterrizó con fuerza ante los pies de James, golpeándose la cara lo bastante fuerte como para romperse la nariz. James oyó el crujido e hizo una mueca. Se levantó trabajosamente, con los ojos desorbitados, ondeando su varita alocadamente.

—¡Detente, muchacho! —ordenó una voz. De repente una mano agarró la muñeca de James, tirando de ella hacia arriba. James luchó contra ella un momento, y después miró a ver de quién era la mano. Los rasgos severos y estrechos de Godric Gryffindor le miraban.

—La batalla ha acabado, amigo —dijo, soltando la muñeca de James—. Seas quien seas, eres un joven mago extremadamente afortunado.

—No es sólo un mago —dijo una voz de mujer, y había un dejo de diversión en ella. James miró y vio a Rowena Ravenclaw echándose hacia atrás la capucha de su capa azul—. Es el clérigo más joven del reino. Y ya se había enfrentado con Salazar antes.

—¿Adónde ha ido? —preguntó James de repente, buscando por la cima de la torre.

—Desvanecido —respondió Ravenclaw gravemente—. Escapado. Asumió su auténtica forma y se escurrió.

—¿Cuál es su auténtica forma? —preguntó James, estremeciéndose mientras la adrenalina se esfumaba.

—Rowena está bromeando —replicó Helga Hufflepuff, aproximándose al parapeto de la torre y asomándose a la oscuridad de abajo—. Slytherin es un animago. Se refería a que su forma animal es su verdadera forma ya que ella no cree que merezca la etiqueta de humano.

—¿Es una serpiente? —preguntó James, uniéndose a Hufflepuff junto a la pared y asomándose hacia abajo.

—Curiosamente, no —respondió Gryffindor—. La auténtica forma de Salazar es quizás incluso más apropiada, ya que ha probado ser similarmente ciego, nocturno y sanguinario. El animago de Salazar es, de hecho, un murciélago.

Un gemido recordó a la asamblea al hombre caído de la perilla. Éste rodó sobre su espalda y luchó por sentarse erguido, con una mano sobre la nariz.

—Este hombre no representa ningún peligro sin su varita —dijo Gryffindor—, gracias al pensamiento rápido de nuestro amigo de aquí. —Al hombre, le dijo—: Si yo fuera usted, no intentaría aparecerme, lord Morcant. Fue más que un hechizo *hueso-atado* lo que le lancé. También era un encantamiento contenedor. No llegará más lejos de un tiro de piedra antes de ser arrastrado hacia atrás y ya le digo que eso puede ser bastante doloroso.

—¡Me habéis roto la nariz! —gritó Morcant, mostrándoles la palma de la mano. Estaba cubierta de sangre—. ¡Os mataré a todos por esto! ¡Devolvedme mi varita al instante!

—Creo que no, milord —replicó Ravenclaw—. Sospecho que no sostendrá una varita en bastante tiempo. Tenemos muchas preguntas para usted, y será mejor que las responda.

—Me torturaréis, ¿no? —escupió Morcant, poniéndose en pie—. ¡No me da miedo lo que me hagáis! Nunca hablaré. ¡Haced lo que queráis!

—No necesitamos torturarle —dijo Hufflepuff razonablemente—. Si prefiere no responder a nuestras preguntas, simplemente le dejaremos marchar.

Morcant entrecerró los ojos.

—¿Te atreves a burlarte de mí? ¡Conozco a los de vuestra calaña! ¡Vuestras mentiras no me engañan!

—Nosotros conocemos a los de *su* calaña, Morcant —dijo Ravenclaw—, y asumen que todo el mundo es como ellos. Le soltaremos si se niega a responder, y no le tocaremos un solo pelo de esa atractiva barba suya. Deberá tener cuidado, sin embargo, porque su liberación podría hacer que algunas personas obtuvieran la impresión equivocada.

Algunos observadores podrían interpretar su liberación sin daño alguno como signo de que nos ha contado absolutamente todo lo que sabe.

Gryffindor arqueó una ceja significativamente.

—Su socio, Salazar Slytherin, no apreciaría eso, ¿verdad? Tiene fama de tratar bastante duramente a aquellos que le traicionan.

—Él no creería tales mentiras —se mofó Morcant—. Sabe que soy de confianza. Además, no le tengo miedo.

Gryffindor se aproximó a Morcant y se inclinó hacia él. En un tono conspirador, dijo:

—He oído rumores de que Salazar ha estado desarrollando una maldición que vuelve del revés las entrañas de sus enemigos. Técnicamente, yo diría que es imposible, pero Salazar es bastante ingenioso cuando se trata de tales cosas. Conociéndole, simplemente continuará practicándola hasta que le salga bien. Probablemente tiene la *esperanza* de que le traicione usted, solo para tener una excusa para utilizarle como sujeto de pruebas.

—¡Él confía en mí! —insistió de nuevo Morcant—. ¡Sabe que nunca le traicionaría!

Ravenclaw se encogió de hombros.

—Salazar nunca me pareció del tipo confiado —dijo—, pero seguramente usted le conoce mejor que nosotros.

—Por otro lado —dijo pensativamente Hufflepuff—, si *decidiera* ayudarnos, nosotros le protegeríamos de cualquier represalia potencial.

Morcant se mofó, y James oyó la desesperación en la voz del hombre.

—¿Vosotros? ¡Slytherin tiene dos veces el poder del resto de vosotros combinados!

Gryffindor sonrió.

—Estoy seguro de que él mismo se ha convencido de ello. Pero, ¿por qué entonces se transformó en roedor volador en el momento en que vio que nos aproximábamos? ¿Por qué huyó en vez de enfrentarse a nosotros varita a varita? Slytherin no se hace a sí mismo tales preguntas, pero le conviene, lord Morcant, pensar muy cuidadosamente en ellas.

Morcant frunció furiosamente el ceño. Finalmente, a través de los dientes apretados, dijo:

—Tiene intención de librarse de todos vosotros. Quiere controlar la escuela entera, y utilizarla como semilla de un imperio mágico. Sabe que habéis estado maquinando contra él. Su intención es golpear primero.

—Muy instructivo —dijo Gryffindor desagradablemente—. Cree que *nosotros* hemos estado maquinando contra él. Pero continuemos con esto en alguna otra parte. Rowena, Helga, ¿tal vez podríais escoltar a nuestro misterioso amigo de vuelta a la planta principal del castillo? Yo acompañaré a lord Morcant a un lugar seguro. Podremos charlar allí a nuestro antojo.

Hufflepuff y Ravenclaw estuvieron de acuerdo. Un momento después, se produjo un sonoro crujido cuando Gryffindor se apareció desde la torre con lord Morcant a remolque.

—Retirémonos al Gran Comedor —dijo Ravenclaw, girándose hacia James y Hufflepuff—. Debería estar desierto a esta hora de la noche. ¿Tal vez a nuestro joven amigo le gustaría comer algo mientras hablamos?

Hufflepuff asintió con la cabeza.

—Desde luego. Debemos determinar quién eres, jovencito. Y cómo devolverte al lugar del que provienes.

—No puedo imaginarme como haremos eso —replicó James, recordando el espejo roto—. Mi único camino a casa fue hecho pedazos por Slytherin. Estoy atrapado aquí.

—Seguramente no será ese el caso —dijo Ravenclaw alegremente—. Puede no ser inmediatamente aparente, pero la solución se presentará por sí misma.

Hufflepuff sonrió a James.

—La respuesta es casi siempre simple, jovencito, pero raramente es fácil.

James había empezado a caminar hacia la trampilla abierta, pero cuando Hufflepuff dijo eso, se detuvo. ¿Dónde había oído eso antes? Un momento después, lo recordó. Merlin había dicho algo así en la cueva cuando habían ido por sus cosas. *Hacer lo correcto casi siempre es simple, había dicho Merlin, pero nunca fácil.* Y entonces, relacionándolo, James recordó algo que el gran mago había dicho después, cuando habían estado en la oficina del director, observando como desempaquetaba sus aparatos y cachivaches.

James se dio media vuelta, con los ojos bien abiertos, preguntándose. No podía ser tan simple, ¿no? Tenía que averiguarlo, y rápidamente.

—No —dijo James excitadamente—, al Gran Comedor no. ¡Tenemos que volver a los aposentos de Slytherin! ¡Ahora mismo, antes de que vuelva!

Ravenclaw arrugó la frente.

—¿Por qué demonios deberíamos ir allí?

—¿Y qué te hace pensar que volverá? —añadió Hufflepuff, estudiando la cara de James.

—Porque nunca dejaría todas sus cosas —respondió James rápidamente—. Sus “bagatelas oscuras”. Son demasiado importantes para él. Volverá por ellas, probablemente ahora mismo, antes de que alguien las traslade. Tenemos que llegar allí primero. Si tengo razón, tiene algo realmente importante. ¡Podría ser mi única oportunidad de volver a mi propia época!

Ravenclaw simplemente estudió a James, con ojos serios y pensativos. Helga Hufflepuff, sin embargo, asintió cortésmente con la cabeza. Se adelantó, y extendió la mano.

—En ese caso, querido, pasaremos de las escaleras. Rowena, varita lista. Si tenemos intención de apresurarnos, apresurémonos como brujas, y esperemos que Salazar no haya sido más listo que nosotros esta noche. A la de tres. Uno... Dos...



—¡Tres!

James sintió otra vez la sacudida desorientadora de la aparición cuando Hufflepuff le sacó de la torre Sylvven. Un momento después, apareció un pasillo oscuro a su alrededor y sus pies golpearon el suelo de piedra. Casi instantáneamente, hubo un segundo crujido y Rowena Ravenclaw apareció junto a James y Hufflepuff. Ambas mujeres tenían las varitas listas. Examinaron el pasillo en ambas direcciones. Sin una palabra, Hufflepuff señaló. James miró. Reconoció este pasillo como el que conducía a los aposentos de Slytherin. Ahora, con un estremecimiento, vio que la puerta de la oficina del mago estaba abierta. La luz se derramaba a través de ella, y se produjo un esbozo de movimiento silencioso.

—¿Cuál es tu nombre, jovencito? —susurró Hufflepuff, sin apartar los ojos de la puerta.

—James Potter —replicó James tan quedamente como pudo.

Hufflepuff susurró.

—Tenías razón, James. Salazar está aquí, ha vuelto a por sus cosas, tan audaz como pagado de sí mismo. Sabe que su tiempo aquí se ha acabado. Rowena y yo le enfrentaremos e intentaremos razonar con él. Si prevalecemos, te ayudaremos a encontrar lo que necesitas. Si somos superadas, entonces me alegrará morir sabiendo el nombre de nuestro misterioso benefactor.

—Vos podéis razonar si lo deseáis, Helga —dijo Ravenclaw quedamente, obviamente ansiosa por luchar—. Pero yo negociaré solo con mi varita. ¡Ha tenido la osadía de volver esta noche, bajo nuestras mismas narices!

—Yo quiero ir —susurró James, alzando la varita—. Esta es mi lucha también. ¡Intentó matarme!

Ravenclaw entrecerró los ojos hacia James, sonriendo levemente.

—Bien puede terminar lo que empezó si nos acompañas, James Potter. Pero es tu elección.

James había esperado algo más de resistencia. Sonrió un poco nerviosamente. Honestamente, pensó, ¿qué era lo peor que podía ocurrir? La historia probaba que los cuatro fundadores sobrevivían a esta noche. Por supuesto, como Slytherin había insinuado antes, la historia no decía nada de un chico de cabello oscuro que podría haber aparecido en medio.

—Yo iré delante —susurró Hufflepuff, señalando hacia la puerta de Slytherin—. Rowena, a mi izquierda. James, tú siguenos. Aturdiré a Salazar si es necesario, pero no más. Recordemos que todavía es uno de los fundadores de este colegio, y merecedor de respeto.

—Respeto que desaparecerá en el momento en que alce su varita —masculló Ravenclaw mientras recorrían poco a poco el pasillo.

—Desde luego él no utilizaba hechizos aturdidores en la torre —susurró James—. Solo hay que ver...

Un rayo verde chamuscó el suelo a los pies de Ravenclaw.

—*Desmaius!* —gritó Hufflepuff, apuntando su varita hacia la puerta abierta. Una sombra saltó a un lado mientras el hechizo golpeaba el dintel, explotando en chispas rojas—. ¡Es consciente de nosotras! ¡Debemos atacarle! ¡Somos demasiado vulnerables aquí!

James luchó por mantener el paso cuando Ravenclaw y Hufflepuff corrieron hacia el umbral de Slytherin, con las cabezas bajas y las varitas disparando. Rayos rojos bañaron el portal, obligando a Slytherin a retroceder.

—¡Termina con esto, Salazar! —gritó Hufflepuff—. ¡Aún no es demasiado tarde para abandonar este curso de acción!

James todavía no había visto ni rastro de su antiguo captor. Cuando se lanzó a través de la puerta de la oficina, agachándose tras unas sillas y un estante de libros, una sombra escapó por un umbral oscuro, siseando furiosamente.

—¡Cuidado con su forma! —gritó Ravenclaw, jadeando—. Puede ser pequeña y alada. ¡Puede ocultarse!

Hufflepuff se asomó alrededor de la librería, con la varita delante.

—No está a la vista. Ni en la recámara interior.

James siguió a las brujas mientras estas cruzaban la habitación. Estaba asombrado por como se movían. Eran gráciles y veloces, notablemente rápidas pero absolutamente controladas. Las manos de las varitas las precedían, firmes como piedras. El corazón de James le golpeaba en el pecho, haciendo que su propia varita se sacudiera en su mano. Miró de reojo hacia las puertas dobles del laboratorio. Estaban ligeramente abiertas, pero el espacio más allá estaba oscuro.

—Peinemos la habitación —dijo Ravenclaw mientras entraba en el santuario de Slytherin—. ¡Ravelio!

Un rayo de suave luz lavanda se extendió desde la punta de la varita de Ravenclaw, iluminando la pared. Lentamente, recorrió la habitación, dejando que la luz tocara cada superficie. Finalmente, bajó la varita, extinguriendo la luz lavanda.

—No está escondido aquí —dijo, obviamente decepcionada—. Ha huido una vez más, tal parece ser.

James finalmente se tomó un momento para mirar alrededor. Este era obviamente el dormitorio de Slytherin. Era sorprendentemente pequeño y estaba desordenado, con

pilares góticos y contrafuertes por todas partes. Una sola ventana estaba cerrada y asegurada.

—Aprovechemos el momento entonces —dijo Hufflepuff, girándose hacia James—. ¿Qué crees que Salazar podía tener en su posesión? ¿Qué herramienta podría ser útil?

James intentó explicar de donde provenía, y como había llegado a esta época accidentalmente deseando atravesar el espejo mágico en la oficina del director. Describió la aparición a través del espejo enmarcado en plata colgado tras la estatua de la rotonda y la subsiguiente destrucción del mismo por Slytherin.

—Di por supuesto que *ese* era un espejo mágico también —dijo James—. Pero ahora no lo creo. A Slytherin le encantan esas cosas. Nunca destruiría algo realmente mágico solo para retenerme aquí. Creo que el auténtico Amsera Certh puede ver a través de *cualquier* espejo, ¡tal vez incluso a través de cualquier cosa que refleje! Así que el espejo de detrás de la estatua era solo un espejo normal después de todo.

—Ese espejo era un resto de la ocupación de Hadyn —asintió Ravenclaw—. No había nada mágico en él.

—Pero Slytherin sabía todo sobre viajar a través de los espejos —siguió James—. Dijo que creía que era solo uno de los dos hombres sobre la tierra que sabían cómo hacerlo. Y entonces, justo cuando estábamos en la torre Sylvven recordé al director diciendo algo parecido. Dijo que su espejo mágico era uno de sólo dos que se habían hecho, y que el otro había pertenecido a alguien a quien conocía. ¡Pero ahora sé quién debía ser esa persona! ¡Slytherin tenía el otro espejo mágico! ¡El gemelo del que me trajo aquí!

Los ojos de Ravenclaw habían empezado a agudizarse y a mostrar cautela. Miró de reojo a Hufflepuff.

—Busquemos —dijo Hufflepuff quedamente—. Así lo sabremos seguro.

Ravenclaw alzó la varita y dijo el mismo encantamiento de antes. La luz lavanda apareció en el extremo de su varita. Se giró lentamente.

—En mi última pasada —masculló—. Solo buscaba signos de Salazar, como hombre o murciélago. Ahora...

Hufflepuff se paseaba por la habitación, observando la luz lavanda jugar sobre las paredes.

—Allí —anunció, señalando.

Ravenclaw hizo una pausa, descansando el haz sobre una pintura muy grande. Era un retrato enorme de un mago de cara estrecha y túnica borgoña, y era casi a tamaño real. El retrato deslizó la mirada sobre ellos y frunció el ceño. James vio que el haz de luz pasaba sobre la pintura, iluminado la débil silueta de un umbral oculto.

Ravenclaw se guardó la varita en el bolsillo y cruzó el suelo del cuarto. Agarró el marco de la pintura y tiró, pero estaba bien pegado a la pared. Hufflepuff se unió a ella, pero no pudieron mover la pintura ni cuando los tres tiraron de ella.

—Se acabaron los guantes de seda —dijo Ravenclaw furiosamente. Retrocedió, apartando a los otros del camino. Apuntó su varita hacia el retrato.

—Rowena Ravenclaw —se burló el retrato—, ¿sabéis vos lo que estáis haciendo...?

—¡*Convulsus!*! —gritó Rowena, interrumpiendo al retrato. Hubo un estallido de luz blanca cegadora y el retrato pareció evaporarse. Un momento después, una vez los ojos de James se hubieron ajustado a la relativa semioscuridad de la habitación, vio que el retrato, de hecho, no había sido completamente eliminado. El marco había quedado destruido, y la pintura había sido cortada directamente por la mirad dejando un agujero abierto. La madera de la parte de atrás de la pintura había sido enteramente arrancada, perdida en el espacio oscuro de más allá.

James, Hufflepuff, y Ravenclaw se aproximaron cuidadosamente al retrato destrozado. James, entre las dos mujeres, pudo ver un destello de luz reluciendo hacia él desde las profundidades más allá de la lona rota. En la semioscuridad de la cámara oculta, la propia cara de James le devolvía la mirada.

—Está ahí —jadeó James, a la vez exaltado y asustado—. Puedo ver mi reflejo. ¡Es el espejo mágico!

Hufflepuff iluminó su varia y la sostuvo en alto. Muy cuidadosamente, se arrastró a través de la pintura desgarrada hasta la oscuridad de la cámara que había tras ella. Su varita iluminó el espacio y se reflejó sobre el marco del espejo. Cuando James entró en la cámara y se asomó más allá de Hufflepuff, pudo ver que este espejo era un duplicado exacto del de la oficina de Merlín, excepto que éste estaba de pie en vez de sobre un costado. Además, había palabras grabadas en el marco dorado del espejo de Slytherin. La inscripción no tenía ningún sentido para James, pero la primera palabra, tallada en una hermosa y fluida caligrafía, era “Oesed”.

—El espejo —dijo Hufflepuff simplemente—. No fue destruido después de todo. Lo ha tenido él todo este tiempo.

La cara de Ravenclaw estaba roja de furia.

—Deberíamos haberlo sabido. Pero ¿y qué hay del Libro de Concentración? Sin éste, el poder del Espejo es incontrolable y caprichoso, se reduce solamente a sus más básicas e ilusorias funciones. Debemos buscar el libro.

—Podemos examinar estas cosas luego, una vez hayamos contado a Godric lo que hemos descubierto —dijo Hufflepuff—. Por ahora, James nos ha hecho un segundo gran servicio. Sospecho que preferirías marcharte ahora si puedes.

—Sí, si no les importa —estuvo de acuerdo James—. Ha sido realmente genial conocerlos a todos. Bueno, a la mayoría. Pero estoy realmente ansioso por ver si puedo volver.

—James Potter —dijo Hufflepuff, sonriendo—, tenemos una miríada de preguntas para ti, la menor de las cuales es en qué nos convertimos nosotros, y cómo es esta escuela en tu época. Pero sospecho que cuanto menos sepamos, mejor.

—Hay una pregunta que debemos hacer sin embargo, Helga —dijo Ravenclaw. Se giró hacia James, con la cara sombría y pensativa—. Si esta historia que nos cuentáis es cierta, y no tenemos razón para dudar de que así sea, entonces el director de esta

escuela, dentro de unos mil años, ha tenido tratos en esta época con Salazar Slytherin. James, respóndeme a esta pregunta tan fielmente como puedas. ¿Sabes el auténtico nombre de ese director tuyo?

—Claro —dijo James, frunciendo el ceño extrañado—. Creía haberlo mencionado ya. Es Merlin. Probablemente le conozcáis como Merlinus Ambrosius. Llegó a nuestro tiempo el año pasado, la noche del alineamiento de los planetas. Supongo que vosotros lo llamáis la Encrucijada de los Mayores. Le vi esta misma noche. Bueno, le oí, en realidad, cuando estaba atrapado en el laboratorio. Estaba ahí mismo, en la oficina de Slytherin.

La cara de Ravenclaw se había puesto pálida. Estudió a James, y después se volvió para mirar a Hufflepuff.

—Estuvo aquí esta misma noche —dijo quedamente—. Todo es cierto. Apenas lo creímos.

—Y este chico es la prueba de que ha tenido éxito. Esto es peor de lo que esperábamos. La leyenda...

—Guarda silencio, Helga —dijo Rowena gravemente—. James no necesita oír eso.

Las dos mujeres miraron a James. A la luz de la varita, sus caras parecían pálidas y mortalmente serias.

—Óyeme ahora, James Potter: cuídate de Merlinus —dijo Ravenclaw, hablando con gran énfasis—. El hechicero tiene un encanto que hechiza a los que desean confiar en él. Si ha alcanzado la posición de director, entonces ha engañado ya a muchos. Puede que incluso sea demasiado tarde para tu mundo. Pero tal vez hayas sido enviado aquí esta noche por un gran propósito. Quizás vuelvas para servir como advertencia. Lo que Merlinus atraerá sobre tu mundo es una maldad como nada que se haya conocido jamás sobre la Tierra. El Guardián del Vacío puede ahora mismo andar suelto, y Merlinus es su Embajador. No hay forma de luchar contra el Guardián, pero si encuentras un modo de destruir al Embajador, James Potter, debes *aprovecharlo*. No permitas que te engañe con su encanto. Si se presenta la oportunidad, no habrá tiempo para la vacilación, la duda o la palabrería. Será el momento de entrar en acción. ¿Lo entiendes?

James miró intensamente a la cara ansiosa y pálida de Ravenclaw. Incluso aquí, a mil años de distancia de los eventos que estaba describiendo, estaba claramente aterrada. Lentamente, James asintió.

—¿Cómo os *atrevéis*? —chilló de repente una voz furiosa, haciéndolos saltar a todos—. ¡Mis *recámaras*! ¡Mis *cosas*!

Hufflepuff y Ravenclaw se giraron en el espacio confinado de la cámara oculta. Apuntaron sus varitas a la oscura figura a través de la rasgadura del retrato. La voz chilló, y fue un chillido inhumano. De repente, James recordó la puerta ligeramente entornada del laboratorio, recordó pensar que debía haber advertido a Hufflepuff y Ravenclaw que comprobaran allí. Slytherin los había despistado con una sombra, y después se había ocultado allí, probablemente en su forma de murciélago. Y ahora,

rabioso porque hubieran descubierto el mayor de sus secretos, parecía atrapado en medio de sus dos formas, medio murciélagos medio hombre. Su voz zumbaba horriblemente. Grandes alas de cuero flameaban desde su espalda encorvada.

—¡Márchate James! —gritó Hufflepuff, apuntando su varita hacia la grotesca forma de Slytherin. En su rabia ciega, él batía sus enormes alas de murciélagos, que golpeaban contra la pared, impidiéndole entrar. Babeaba monstruosamente, abalanzándose y chasqueando los colmillos hacia las mujeres.

—¡No! —chilló James—. Quiero decir, ¡no sé cómo hacerlo! ¡No puedo pensar!

Un rayo rojo chamuscó el aire, golpeando el ala de Slytherin. Él chilló y el ala se agitó torpemente.

—¡Aléjate de ese espejo! —gritó Slytherin, las palabras sonaban extrañas en esa boca de murciélagos—. ¡Tócalo y morirás!

—¡Adelante! —urgió Ravenclaw—. ¡Como hiciste antes!

Slytherin se lanzó de nuevo hacia adelante, finalmente abriéndose paso a través del agujero abierto en el retrato. Hufflepuff y Ravenclaw le dispararon hechizos aturdidores, pero en su forma mutada, solo le debilitaban ligeramente. Chasqueaba los dientes y rugía hacia ellos.

James se dio la vuelta y se lanzó contra el espejo. En el momento en que lo tocó, el reflejo se fundió, revelando el familiar humo plateado. Se arremolinaba vertiginosamente ante la cara de James.

—¡Vamos, James! —gritó Hufflepuff. Se produjo un silbido y el horrible sonido de una cuchillada. Uno de las brujas gritó, pero James no pudo decir cuál.

—¡Desearía estar en cualquier otra parte! —dijo James en voz alta; atacado por el pánico, lo corrigió—. ¡Desearía estar en casa! ¡Desearía estar en mi propia época! ¡Ahora mismo!

Directamente tras él, Slytherin rugió, su voz a la vez humana y bestial. James sintió el aire de las alas de Slytherin y sintió la cuchillada cercana de las garras de murciélagos.

Y entonces todo desapareció. La cámara oculta se esfumó, succionada por un remolino de niebla plateada. James sintió la misma extraña sensación de vértigo, como si estuviera siendo puesto del revés a través del espejo. Hubo un rugido de viento y velocidad, y después una caída. Cayó hacia delante, sosteniéndose sobre manos y rodillas, y su varita aterrizó con un traqueteo en el suelo delante de él.

Levantó la mirada. Estaba en una pequeña habitación oscura. Parecía estar llena de baúles polvorrientos y cajas viejas. Se dio la vuelta gateando, volviéndose para mirar en la dirección de donde había caído.

Allí, con el mismo aspecto pero cubierto por una gruesa capa de polvo, estaba el espejo mágico de Slytherin. La primera palabra de la ahora antigua inscripción era todavía claramente visible: "Oesed".

—¿James? —preguntó una voz de chica, sobresaltándole—. ¿Eres tú? ¡Lo es! ¡Despertad los dos! ¡Ha ocurrido!

—¿Rose? —preguntó James, absolutamente perplejo. Ésta apareció de entre las sombras cerca de la puerta, desarreglada y cubierta de telarañas. James parpadeó hacia ella—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde estoy?

Ralph se ponía de pie adormilado.

—En medio de la maldita noche. ¿Dónde sino?

—¡Él lo sabía! —dijo Rose, casi saltando de excitación—. ¡Dijo que aparecerías aquí si teníamos el espejo listo, y lo has hecho! ¡Los tres hemos estado esperando aquí desde la cena! ¡Estábamos enfermos de preocupación! James, ¿qué ha pasado? ¿Dónde has estado?

—Espera un minuto —dijo James, poniéndose en pie con dificultad—. ¿Cómo sabía Ralph que aparecería aquí? Nadie podía saber eso.

—Yo no —dijo Ralph somnoliento, palmeando el hombro de James—, aunque me encantaría adjudicarme el crédito. No, esto fue idea *suya*.

Ralph lanzó el pulgar sobre el hombro. James miró y vio al chico que se ponía lentamente en pie, con una sonrisa cansada y socarrona en la cara.

—Justo a tiempo, Potter —dijo Scorpius arrastrando las palabras—. ¿Has tenido un viajecito agradable?



Capítulo 12

Cuestión de confianza

James decidió que, por mucha curiosidad que sintieran todos, estaba demasiado exhausto como para interminables explicaciones. Les contó simplemente que había viajado de vuelta a la época de los fundadores, y que había descubierto mucho más de lo que pretendía sobre Merlín. Prometió explicarlo todo con detalle a la mañana siguiente, que era sábado. A regañadientes, los demás estuvieron de acuerdo, y los

cuatro estudiantes salieron furtivamente del trastero. James permitió que Ralph y Scorpius les guiaran a través de los oscuros corredores, regresando al vestíbulo principal.

—¿De verdad *conociste* a los *fundadores*? —apremió Rose, negándose a esperar por los detalles.

James asintió con la cabeza cansadamente.

—Lo hice. Eran bastante más... auténticos... de lo que imaginaba.

Rose sacudió la cabeza asombrada.

—¿Cómo era Helga Hufflepuff? Ella es de quien menos sabemos.

—Era brusca —dijo James—, pero agradable. Quería discutir las cosas con Slytherin aún después de que él hubiera intentado matarnos a todos. Pero no era una persona a la que se derrotara fácilmente. Ninguno de ellos lo era. Eran duros. Te contaré más mañana. ¿Cómo sabíais todos que me había perdido?

—Bueno, ha pasado un día entero, ¿no? —dijo Ralph en un susurro—. Además, ayer Cedric me despertó en mitad de la noche. Me contó exactamente lo que ocurrió. Cree que Merlín había hechizado a la gárgola para que le alertara de alguna forma, si alguien utilizaba la contraseña para subir a la oficina del director. Merlín ha estado rondando por toda la escuela, obviamente erizado como un avispaón, pero no ha dicho nada. Rose cree que está buscando algo.

—¡Creo que anda buscando el espejo de Oesed! —exclamó Rose—. Apuesto a que presintió que estaba aquí, escondido en alguna parte, pero no puede encontrarlo. De algún modo está protegido. ¡Apuesto a que eso le tiene echando espuma por la boca!

—¿Cómo lo encontrasteis *vosotros*? —preguntó James cuando alcanzaban las escaleras.

Ralph miró a Scorpius, quien se encogió de hombros.

—Sabía dónde mirar —dijo el chico pálido—. Y cuándo. Más o menos.

Los cuatro se detuvieron al pie de las oscuras escaleras. En el rellano más cercano, la ventana Heracles había cambiado otra vez, la cara de Heracles volvía a ser la caricatura de Scorpius. Filch se pondría furioso.

James sacudió la cabeza.

—Simplemente no me lo explico, Scorpius. ¿Cómo es posible que lo supieras?

Scorpius soltó un profundo suspiro.

—Me lo contaron. Mi padre sabe mucho de ello. Ha estudiado los escritos de los fundadores durante años. Es una especie de pasatiempo para él. Quería saber más sobre Salazar Slytherin, principalmente, para ver cómo era en realidad, pero después se interesó por los diarios de Rowena Ravenclaw. Ella lo ponía absolutamente *todo* por escrito. Mi padre resolvió algunas de las pistas y códigos de los diarios de Ravenclaw. Aparentemente, ella *tenía intención* de que fueran descubiertos. Describe a un chico que la visitó a ella y a los demás fundadores, un niño supuestamente del futuro. Descubrió que si este debía tener éxito en regresar a través del espejo, alguien tendría que

prepararlo en este lado, en *este tiempo*. Decidió que era su deber asegurarse de que ocurriera, así que desarrolló el código y dejó pistas para que la persona indicada lo resolviera todo. Al parecer mi padre era esa persona. Las pistas proporcionaban una fecha e instrucciones.

La cabeza de James daba vueltas.

—¿Pero cómo pudo averiguarlo? ¿Cómo pudo ella saber una fecha exacta?

Scorpius se encogió de hombros.

—Esa es una pregunta para mi padre. No puedo imaginar porque es tan importante. El hecho es que lo averiguó.

—Es obvio —susurró Rose—. Tú has debido decirle la época de la que venías. Has debido darle pistas.

—¡No les dije nada parecido! —dijo James, pero entonces se le ocurrió algo—. Sin embargo, les hablé de la reaparición de Merlín. Les dije que había ocurrido hacía un año, la noche de la alineación de los planetas.

—Eso es casi todo lo que necesitaría —contestó Rose—. Ellos sabían cómo rastrear esa clase de acontecimientos. Probablemente calculó la fecha exacta de la alineación, luego añádele algunas otras pistas que habrás mencionado, como el día de la semana o el mes, el momento del curso escolar, incluso la fase de la luna. ¡Ella era mortalmente inteligente, ya sabes!

James asintió.

—Sin duda fue eso. Pero aún así, ¿cómo encontrasteis el espejo si ni siquiera Merlín pudo encontrarlo?

Rose interrumpió a Scorpius:

—¡Ravenclaw proporcionó una especie de mapa mágico! Incrustó una señal encantada en el espejo de Oesed, y dejó constancia del hechizo requerido para localizar la señal. Todo lo que tuvimos que hacer entonces fue seguirla. Cuando lo encontramos, simplemente tocamos el espejo y deseamos que lo perdido nos fuera devuelto. Eso es lo que hicimos, y luego simplemente esperamos. Finalmente, ¡pum! ¡Aquí estás otra vez!

—Bastante limpio, ¿eh? —susurró Ralph, sonriendo—. Y todo gracias a Scorpius aquí presente. O a su padre, en realidad.

Scorpius puso los ojos en blanco.

—Si ya hemos terminado de felicitarnos a nosotros mismos, tengo planes para mañana. Vosotros tres podéis quedarnos aquí y dejaros arrinconar por el viejo gato mágico de Filch si queréis, pero yo me voy a la cama. —Se dio la vuelta y comenzó a subir trabajosamente las escaleras.

James se despidió de Ralph, luego siguió a Scorpius escaleras arriba, con Rose a su lado.

Cuando los tres pasaban por el hueco del retrato hacia la sala común Gryffindor, Rose sonrió cansada a James.

—Me alegro de que lograras regresar, James. No sabíamos adónde habías ido en realidad, o si la información de Scorpius era correcta. Me asusté de verdad. Pensé que tal vez Merlín te había atrapado de algún modo.

James frunció el ceño, pensando en las palabras que Rowena Ravenclaw le había dicho, urgiendo a James a no dejarse encandilar por Merlín, advirtiéndole que podría tener que enfrentarse al hechicero si llegaba el momento adecuado. Trató de sonreír animosamente a Rose.

—Estoy bien—dijo—. Pero estuve cerca. Os lo contaré a todos mañana. Os lo contaré todo, si de verdad queréis saberlo. Por ahora, durmamos. Me caigo de sueño.

Se desearon buenas noches y subieron sus respectivas escaleras. Cuando James llegó al oscurecido dormitorio, Scorpius estaba ya en su cama, de espaldas a James.

La túnica robada de clérigo de James no había atravesado el espejo con él, así que todavía vestía su pijama a rayas. Cansadamente, devolvió sus gafas y su varita de nuevo a su mochila y trepó a la cama. Yació allí un momento, y luego se enderezó.

—Scorpius —susurró. El chico no se movió, pero James sabía que estaba escuchando—. No sé por qué me ayudaste, pero gracias.

James se recostó. Transcurrió un minuto y ya estaba casi dormido, pero entonces oyó a Scorpius moverse. En la oscuridad, el chico contestó en un susurro:

—No me lo agradezcas aún, Potter. Puede que llegue el momento en que desearás no haber *logrado* regresar. Puede llegar el momento en que me *maldecirás* por esto.



James durmió hasta muy tarde la mañana siguiente y despertó al resplandor brillante de la nieve en la ventana del dormitorio. Se lavó, se vistió, y corrió escaleras abajo, buscando a sus amigos. Finalmente, encontró a Rose y a Ralph en la biblioteca, discutiendo quedamente sobre una de las preguntas de los deberes de la profesora Revalvier.

—Vosotros dos sois patéticos —dijo James—. Haciendo los deberes en una mañana de sábado.

—Técnicamente, apenas es de mañana ya —contestó Rose—. Te hemos estado esperando. Nos morimos por saber lo que pasó ayer.

Ralph cerró su libro de un golpe.

—Además, está helando afuera. Incluso el lago se ha congelado. Todos los mayores están soñando con intentar imaginarse con quién ir al baile de Navidad. No hay nada más que hacer. A propósito, ¿recibiste el pato-mensaje de Zane?

James parpadeó.

—¿Cuándo? ¿La otra noche?

—No, esta mañana temprano. Hmm, anoche, para él. También quiere saber qué te pasó. Dijo que le avisáramos vía pato cuando estuvieras listo para hablar de ello y que le dijéramos donde nos encontraríamos.

James sacudió la cabeza y sonrió.

—¡Eso es una locura!

—Así es Zane —Ralph se encogió de hombros.

—¿Qué hay de Scorpius? —preguntó James a regañadientes—. ¿Deberíamos incluirle?

Rose parecía incómoda.

—Dice que ya sabe todo lo que necesita saber de esto.

—Sea lo que sea lo que signifique eso —añadió Ralph—. Oh sí, eso me recuerda algo. Recibiste algo llamado un “vociferador” ayer por la mañana.

—¿Qué? —dijo James, frunciendo el ceño—. ¿Un vociferador? ¿De quién?

—De tu madre —contestó Rose—. Fue entregado durante el desayuno, pero no estabas allí para abrirlo. Intentamos sacarlo del Gran Comedor, pero estalló antes de poder hacerlo. Me temo que todo el mundo lo oyó. En realidad podías habérnoslo dicho, James.

—¿De qué estás hablando? —exclamó James—. ¿Qué decía el vociferador?

Rose estudió la cara de James.

—¿De verdad no lo sabes?

—¡Por todos los diablos, Rose, me estás matando! ¿Qué decía?

—Era la voz de tu madre —dijo Ralph—. Estaba realmente enfurecida y ruidosa como una trompeta. Dijo que en realidad no podía culparte por cogerlos el año pasado porque eras el hijo de tu padre, pero que había esperado que hubieras aprendido la lección. Dijo que eran peligrosos, y lo que es más, que pertenecían a tu padre, y también él estaba muy decepcionado porque los hubieras cogido a escondidas de nuevo. Luego dijo que esperaba que todo el mundo la oyera, incluyendo a los profesores, así todos sabrían que deambulabas por ahí con la Capa Invisible y el mapa del merodeador, y que debían poner fin a ello.

James balbuceó, mudo.

—Pero... pero, ¡yo no los cogí! ¡Están todavía en casa, en el baúl de papá! ¡No los he tocado desde el año pasado!

—Bueno —dijo Rose, señalando lo obvio—, no *están* en casa, en el baúl de tu padre, aunque tú no los cogieras. Han desaparecido y tu madre parecía bastante segura de que eras tú el culpable.

James se sentía enfadado y herido por igual. ¿Cómo podía su madre acusarlo así? De acuerdo, había cogido prestados la capa y el mapa el año pasado, pero había tenido muy buenas razones para ello. Había aceptado su castigo, ¿no? No tenía ninguna intención de tomar prestada la capa y el mapa este año. Pero, ¿quién podía haberlos cogido, entonces? Y en aquel momento, con un sobresalto, James recordó la mañana en que salían hacia el tren, cuando Albus se había retrasado misteriosamente preparando su baúl.

—¡Ese pequeño *escreguto*! —resopló James, furioso.

—¿Qué? —preguntó Rose—. ¿Quién?

—¡Albus! ¡Pequeño diablillo Slytherin! ¡Él los robó! ¡Tuvo que ser él! La mañana que salimos hacia el tren, andaba rondando por ahí, con el equipaje a medias. Luego, de repente salió de la habitación unos minutos. Mamá y papá estaban abajo sacando el coche. Debió meterse a hurtadillas en su cuarto y robar la capa y el mapa del baúl de papá. ¡Él sabía que me culparían a mí!

—No puedes saber eso —amonestó Rose.

—No puedo —estuvo de acuerdo James, asintiendo con la cabeza—. Pero lo sé. Espera a que le ponga las manos encima. Le obligaré a enviar una lechuza a mamá y papá confesándolo todo. Verás si no.

—Mientras tanto —intervino Ralph—, todavía nos morimos por oír hablar de tu descabellada aventura de ayer. ¿Podemos dejar atrás este pequeño detalle por el momento?

James todavía estaba furioso, pero estuvo de acuerdo. Sólo tenía que ocuparse de encontrar a Albus más tarde. Tal vez convencería a Ralph para que le escoltara a la sala común Slytherin.

Ralph continuó:

—Hemos estado pensando en todo esto y se nos ha ocurrido un lugar genial para encontrarnos con Zane y oír tu historia. Ve a coger tu capa y reúnete con nosotros junto a la entrada de la rotonda. Y trae tu varita.

Algunos minutos más tarde, James se reunió otra vez con Ralph y Rose junto a los restos quebrados de las estatuas de los fundadores. Las puertas de la enorme rotonda estaban cerradas contra el día invernal, pero una pequeña hoja en la portilla izquierda permanecía abierta. Rose los condujo hacia allí.

Cuando James cruzaba el suelo de mármol, se sintió muy extraño. Recordó las estatuas como las había visto la última vez, intactas y nuevas. Miró hacia arriba mientras atravesaba el arco principal. El cincelado nombre de la escuela estaba gastado, casi perdido en los oscuros recovecos del techo abovedado. James se imaginó que si fuera a la base de la estatua, todavía podría encontrar pedacitos del espejo de plata quebrado en las grietas del suelo. Se estremeció.

Cuando pasaron a través del diminuto portal, los tres estudiantes entrecerraron los ojos contra la luz cegadora y la claridad nevada del día. El lago estaba ciertamente

medio congelado, con el borde del hielo blanco desvaneciéndose en el negro, cerca del centro donde las olas rompían contra la superficie quebradiza. El viento era afilado y áspero, llevando motas de nieve como si fuera arena. Ninguno de los tres habló mientras se abrían paso alrededor del castillo, encogidos contra el frío, y a James le divirtió ver que caminaban hacia el antiguo granero de piedra en el cual Hagrid alojaba su colección de animales salvajes.

—Hará calor allí dentro —exclamó Ralph, tirando de la puerta para abrirla—. Y podemos estar bastante seguros de que nadie más vendrá aquí hoy. ¡Demasiado frío!

Sin duda hacía calor en el granero, gracias a las llamaradas ocasionales de Norberta. Las linternas de la pared iluminaban el sucio suelo alegremente, contrastando con la luz fría y blanca que se colaba a través de las pequeñas ventanas del granero. Las bestias en sus jaulas resollaron y ladronaron cuando pasaron los estudiantes.

—Hay banquetas encima de las jaulas más grandes —señaló Rose—. Sentémonos. He traído un frasco de chocolate caliente y algunas cucarachitas de cereal.

—Caray, Rose —dijo Ralph apreciativamente—. ¡Piensas en todo!

Rose abrió su bolso, sacando el frasco y algunas tazas.

—Lo malo es Zane —comentó ella—. Él no puede probar nada, no está aquí realmente.

—Traje mi propia provisión —dijo Zane alegremente, apareciendo en el aire entre ellos. Los tres estudiantes dieron un respingo hacia atrás, y luego contemplaron la forma suspendida. Zane flotaba a dos pies del suelo, aparentemente sentado en la nada y masticando felizmente un trozo de salchicha en un tenedor—. Es apenas la hora del desayuno aquí, ya sabéis, y normalmente no soy una persona madrugadora. Pero no me perdería esto por nada del mundo. Me alegra ver que lograste regresar, James.

—Er, gracias —contestó James—. Pero esto resulta un poco extraño. Estás, er, *flotando* un poquito.

Zane echó un vistazo alrededor, masticando la salchicha.

—Ah, sí. Oye, Raphael, ¿qué hacemos cuando el *doppelgänger* insiste en levitar?

Hubo una pausa mientras Zane escuchaba. Asintió.

—Lo siento, chicos. Aparentemente es parte de la intuición básica del *doppelgänger*. Quiere aparecer flotando. Se supone que es más espeluznante así. Tal vez lo dejará pronto si se aburre.

—¿Has atrapado a un *doppelgänger* de ti mismo y lo estás utilizando para proyectar mensajes? —dijo Rose incrédula.

—¿No se lo explicaste? —preguntó Zane, mirando a James—. Sin embargo es bastante rápida, ¿no?

—¡Pero eso es patente y completamente imposible! —balbuceó Rose—. ¡Los *doppelgängers* son sólo leyendas! ¡Esto es peor que el asunto del Efecto Mariposa!

—Un poco tarde para afirmar que no funcionará, Rosie —dijo Ralph, masticando una cucarachita de cereal.

—Esto podemos mantenerlo tanto tiempo como necesitemos —dijo Zane, bajando su tenedor. Este pareció flotar a su lado, sin apoyo—. Aún más tiempo si me lanzáis un hechizo punzante o algo por el estilo, solo para fomentar un poco la magia. La verdad, Franklyn se alegra de la oportunidad de probarlo. Así que, vamos, James. Cuéntanos a todos tus aventuras en la Edad de Piedra.

James se zambulló en su narración, intentando recordarlo todo. Explicó su viaje a través del espejo, y dónde había terminado, convirtiéndose, contra toda probabilidad, en el misterioso “fantasma del pedestal”, como Ashley Doone había dicho en broma. Esto requirió un poco de más explicación porque Zane nunca había visto la foto de los fundadores ni había oído hablar de las conspiraciones acerca de la cara indefinida escondida en el fondo. James procedió luego a explicar su captura a manos de Salazar Slytherin, y la subsiguiente conversación oída a escondidas entre los Slytherin y Merlín de entonces. Describió el duelo en lo alto la torre Sylvven, y la aventura de encontrar el espejo de Slytherin, gemelo del de Merlín. Finalmente, repitió las palabras de Rowena Ravenclaw, advirtiéndole de lo que significaba el regreso de Merlín y cómo él era el Embajador del Guardián. Para cimentar sus palabras, James sacó el recorte de periódico que Lucy le había enviado, obviamente refiriéndose a los actos de la horrible entidad.

Para cuando James hubo terminado, el chocolate caliente y las cucarachitas de cereal se habían acabado hacia mucho, y los tres habían tenido que disparar hechizos punzantes contra Zane casi una docena de veces.

—Suena como si hubiera estado pasando algo con ese espejo allá por la época de los fundadores —comentó Zane—, por la forma en que Hufflepuff y Ravenclaw respondieron cuando lo encontraste.

—Así es —estuvo de acuerdo Rose—. Parece como si lo conocieran pero hubieran creído que había sido destruido de alguna forma. Obviamente, Slytherin lo escenificó así para poder quedarse el espejo para él. Finalmente, sin embargo, los demás fundadores lo recuperaron, pero sin el Libro de Concentración, al parecer, que Slytherin probablemente había escondido en alguna otra parte. ¡James, cambiaste la historia!

—No pudo hacerlo —dijo Ralph, frunciendo el ceño—. Está claro que habían recuperado el espejo de Oesed de manos de Slytherin aun antes de que James viajase en el tiempo. Parece muy importante en la historia de tu padre, ¿verdad, James?

James asintió.

—Sí, he oído hablar de ello montones de veces. Él vio a sus padres muertos en ese espejo. Realmente significó mucho para él. Casi *demasiado*, según Dumbledore.

—Por eso los giratiempos han sido declarados ilegales —resopló Rose—. El viaje en el tiempo es demasiado complicado y extraño. Si James regresó anoche, entonces ni qué decir tiene que él había existido con anterioridad todo el tiempo. Él *fue* la razón por la que el espejo fue recuperado de manos de Slytherin la noche que le expulsaron. Ese era el motivo por el cual su cara aparecía en las sombras de la fotografía de los fundadores aún antes de regresar.

Ralph arrugó la cara, concentrándose.

—Eso no tiene ningún sentido en absoluto.

—No, utilizar *doppelgängers* para transmitir mensajes personales sí que no tiene ningún sentido —replicó Rose, mirando de reojo a la figura flotante de Zane—. *Esto* es simplemente improbable y complicado.

—Pero averiguamos lo que necesitábamos saber sobre Merlín —dijo James tristemente—. No podemos confiar en él. Es el Embajador de esta criatura, el Guardián. Aún podríamos tener que enfrentarnos a él si esperamos enviarlo de vuelta.

—Yo no —dijo Ralph vigorosamente—. Mi varita es parte de su báculo. ¡Probablemente se volvería contra mí!

Rose sacudió la cabeza.

—Eso no funciona así, Ralph. Ahora es tuya. Obedece al mago que la gana.

—Puede que no se trate de enfrentarse a Merlín —dijo Zane, con expresión pensativa—. Parecía como si a Merlín no le entusiasmase realmente el descenso del Guardián, pero supiera que era posible. Tomó la Piedra Faro de Slytherin, para así poder controlarlo si lo seguía. Tal vez tenga intención de enviarlo de vuelta. Después de todo, como dije antes, el hecho de que vosotros tres todavía respiréis quiere decir que no puede ser del todo malo. Él *sabe* que lo sabéis. Especialmente ahora.

—Sólo tiene la *mitad* de la piedra —replicó Rose—. Slytherin tenía la otra mitad. Tenía intención de pasársela, para que así quienquiera que estuviera todavía vivo para que cuando la *maldición* descendiera pudiera controlarlo. El hecho es que ni Merlín ni esta otra persona pueden controlar al Guardián completamente. Alguien tendría que juntar ambos anillos para desterrar al Guardián de regreso al Vacío.

—O para liberarlo completamente sobre el mundo. —Ralph se estremeció—. ¿Esta cosa está ahí afuera ahora mismo? Eso fue lo que vimos aquel día en el espejo mágico, hablando con la estatua de la tumba de Voldemort, ¿no? ¡Ya está ocurriendo!

—Entonces tal vez Merlín esté intentando encontrar la otra mitad de la piedra —meditó Zane—. Simplemente no puedo aceptar que se haya pasado al lado oscuro.

—No necesitaría “pasarse” —dijo James repentinamente—. ¡Ravenclaw dijo que él era mortíferamente peligroso! Rose tenía razón. Era un mercenario mágico. Sólo dejó de matar y echar maleficios por dinero cuando se enamoró de la Dama del Lago. Entonces *eso* acabó horriblemente y Merlín perdió la razón por venganza. ¡Acabó matándola sin siquiera saberlo! ¡Después de eso, odiaba al mundo entero, mágico y muggle por igual, por eso cogió la Piedra Faro de Slytherin y consintió el descenso de la única criatura que podría acabar con todo! Nos engañamos a nosotros mismos si no lo creemos así.

Zane sacudió la cabeza, muy serio.

—Espero que estés equivocado, James, pero si no lo estás, será mejor que los tres tengáis mucho cuidado.

—El *mundo* entero tendrá que tener cuidado —contestó James, arisco—. No es que importe mucho. Hay una única cosa que podamos hacer para ayudar ahora.

—¿Qué? —preguntó Rose.

—Vigilar a Merlín —contestó James significativamente—. E intentar encontrar las dos mitades de la Piedra Faro.



Con las vacaciones de Navidad aproximándose rápidamente, James descubrió que el tiempo pasaba en un suspiro. Había decidido que le pediría a Ralph que lo llevarse a la sala común Slytherin para poder enfrentarse a Albus por lo de la Capa Invisible y el mapa del merodeador desaparecidos, pero cada tarde parecía llenarse mágicamente de deberes y estudio, preparativos para la reunión semanal del Club de Defensa, ensayos, y pruebas de vestuario.

En la tarde del último partido de quidditch del año, James todavía no había hablado con Albus. Decidió que lo haría esa noche después del partido. Tan pronto como un temprano atardecer de invierno descendió sobre la Tierra, nubes oscuras y amenazadoras se acercaron por el este. Para cuando James y Rose se deslizaron en sus asientos en la tribuna Gryffindor, gruesos copos de nieve habían comenzado a caer. La nieve formó una espesa y blanca cortina, transformando el campo en un fantasmal juego de sombras. Al otro lado del campo, la tribuna Slytherin no era sino un alto monolito gris.

Los jugadores salieron de los vestuarios, ahorrándose las exhibiciones tradicionales de acrobacias aéreas por miedo a chocar unos con otros en la ventisca aun antes de empezar el partido. Muy por debajo, apenas visible, el capitán de Gryffindor, Devindar Das, estrechó la mano de Tabitha Corsica, la capitana Slytherin. Poco tiempo después, los dos capitanes hicieron el saque inicial, uniéndose a sus equipos en el aire. Cabe Ridcully, el árbitro del partido, soltó las bludgers y la snitch y lanzó la quaffle hacia las formaciones de los equipos a la espera. Los equipos entraron en acción y el partido dio comienzo.

James lo encontró un partido muy difícil de observar, y no sólo por la espesa y cegadora nevada. Todavía le dolía su fracaso al formar parte del equipo por segundo año consecutivo, y especialmente porque simplemente había estado demasiado distraído para recordar cuándo eran las pruebas de admisión. Se maldijo a sí mismo repetidamente, pensando en que debería ser él quien estuviera allí afuera enfrentándose a Albus como buscador. No había nada más completamente humillante que ver a Albus alardeando sobre la escoba. Afortunadamente, siendo un Gryffindor, James podía

legítimamente vitorear al oponente de Albus y abuchear su equipo sin que pareciera envidia. Cuando Noah lanzó una bludger bien colocada hacia Albus, golpeándolo en la espalda y casi tirándolo de su escoba, James se puso en pie de un salto, ululando burlonamente. Un momento más tarde, le recordía ligeramente la conciencia. Luego recordó que, más que probablemente, Al había cogido la Capa Invisible y el mapa del merodeador y había dejado que James se llevara las culpas por ello. Abucheó algo más, pidiendo a voces a Noah que apuntara a la cabeza la próxima vez.

Al final, a pesar de ser un partido muy igualado, Gryffindor había ganado. Tara Umar, la buscadora de Gryffindor, dio una vuelta de victoria alrededor de las tribunas, con la snitch en alto, mientras el aire retumbaba de alegría y estentórea commoción.

James bajó las escaleras de dos en dos, con la intención de atrapar a Albus mientras todavía estuviera en el campo. Corrió sobre la hierba cubierta de nieve en polvo, buscando a izquierda y derecha a su hermano. Finalmente, lo vio con la escoba apoyada sobre el hombro y la cabeza inclinada, aparentemente en una profunda conversación con Tabitha Corsica y Philia Goyle. Sintiendo una mezcla de rencor triunfante y justa cólera, James cargó directamente hacia ellos.

—Tenemos que hablar, Albus —gritó sobre el ruido del gentío que se marchaba—. Mamá me envió un vociferador que debería haber estado dirigido a ti, lo sabes.

Albus no respondió, pero Tabitha y Philia levantaron la mirada. Philia miró con el ceño fruncido a James, pero los ojos de Tabitha estaban extrañamente brillantes e inexpresivos. Vio a James acercándose pero no dijo nada.

James se detuvo a algunos centímetros de distancia, con el rostro rojo de ira. Tenía la clara impresión de que interrumpía algo, y se sintió exasperadamente torpe. Se suponía que tenía que manejar mejor esta situación, ¿no? Se aclaró la garganta con fuerza.

—Un momento —declaró Albus sin darse la vuelta. Tabitha apartó la mirada, hacia la extrañamente silenciosa nevada. Después de un momento, cogió la escoba de Albus y caminó lentamente hacia el vestuario Slytherin. Philia la siguió, lanzando una mirada malévolas en dirección a James.

—Tu sentido de la oportunidad es bastante pésimo, James —dijo Albus, girándose pero sin levantar la mirada.

—Bueno, lo siento mucho. ¿Debo concertar una cita previa? Asumo que “Tabby” se encargará de eso, ¿no?

—Esto no va sobre mí, imbécil —dijo Albus, mirando por fin a James—. Tabitha está pasando una época muy dura. La derrota de esta noche ha sido el colmo. Significaba mucho para ella. Pero estoy seguro de que eso no te podría importar menos. A ti sólo te importa cuando los *Gryffindors* tienen problemas.

James entrecerró los ojos y extendió las manos.

—¿De qué estás hablando, Al? ¡Apenas te he visto el pelo desde que desapareciste en esa mazmorra Slytherin! ¿Exactamente a quién no le importa nada aparte de su casa, eh? ¡Y no es que a *ti* te importe mucho, pero tengo muy buenas razones para aborrecer a esa

víbora de dos caras! ¿Dónde estabas tú el año pasado cuando ella decía que nuestro padre era un mentiroso y un fraude?

Albus sacudió la cabeza, sin mirar a los ojos a James.

—Eso fue entonces. La cuestión es, James, que *tú eres un Gryffindor*. Simplemente no entiendes la forma en que ella creció y las cosas con las que tuvo que enfrentarse. Por supuesto que no estoy de acuerdo con todo lo que dicen allá abajo, pero tienes que entender como han sido educados. Tienen razones para estar enojados. Especialmente Tabitha.

James apenas podía creer lo que oía. Estampó un pie en el suelo y casi maldijo.

—¡Eso no importa! Albus, sólo *te están utilizando*. ¿Cómo no puedes verlo? ¡No tienen corazón! No se preocupan por ti. *Especialmente esa insolente de lengua plateada*. ¡Algún día lamentarás haberte dejado engañar por ellos! Y no digas que no te lo advertí.

Albus arrugó la frente y miró duramente a James.

—Prometo que nunca diré que no me lo advertiste, James. Pero ahora mismo te diré que Tabitha nunca me ha hablado del modo en que *tú* me estás hablando. Ni me ha hablado nunca de *ti* del modo en que tú hablas de *ella*. Es mi amiga. Y para serte sincero, ahora mismo ella *necesita amigos*... bastante más de lo que *yo necesito un hermano*.

James quiso resoplar de rabia. ¿Cómo podía Albus ser tan absolutamente obtuso? Albus lo miraba como si estuviera simplemente esperando a que James se fuera.

—Cogiste la Capa Invisible y el mapa del merodeador —dijo James finalmente, recurriendo al único tema en el que sabía sin duda que podía sentirse indignado.

La cara de Albus cambió. Pareció verdaderamente desconcertado y un poco cauteloso.

—¿De qué estás hablando, James?

—No te hagas el inocente conmigo, Al. Ya oíste el vociferador que mamá me envió. Rose dice que todo el mundo en el Gran Comedor lo oyó el otro día en el desayuno. Ella cree que yo los robé, sólo porque los tomé prestados el año pasado. Tienes que contar a mamá la verdad.

—¿Qué verdad, James? —dijo Albus, enojado y exasperado—. ¡Tú los tienes! ¡Tú! ¡Yo no los cogí!

—¡Por supuesto que lo hiciste! ¡No me mientas! ¡Siempre sé cuando lo haces!

—¡Bueno, entonces tal vez no me conoces tanto como crees! No me colgarás esto, James. No te dejaré convertirme en un despreciable sólo porque odies que sea un Slytherin.

James balbuceó.

—¿Qué? ¡Esto no tiene nada que ver con eso! Es sólo que no quiero que mamá piense...

—¡Tiene todo que ver con esto! —gritó Albus, y su voz sonó curiosamente plana en la espesa cortina de nieve. El campo estaba casi vacío ahora, excepto por los dos chicos—. Estabas tan preocupado por entrar en Gryffindor para poder ser como los queridos papá

y mamá. ¡Lo intentaste con tanta fuerza que no te permitiste a ti mismo ser *tú*! Pues bien, yo soy yo, y sólo yo. Albus Severus Potter, un *Slytherin*. ¡Puedes estar tan celoso como quieras, pero no intentes estropeármelo! Me advirtieron que lo intentarías. Pero créeme, lo lamentarás si lo haces.

Albus se dio la vuelta y se alejó a zancadas, desapareciendo rápidamente en la densa nieve.

—¡Al, espera! —llamó James, comenzando a seguir a su hermano. Se detuvo después de algunos pasos—. Mira, Al, esto ha salido absolutamente mal. No sé qué decir sobre todo eso, pero caray, no hay razón para que tengamos que pelear, ¿verdad? No podemos dejar que una estupidez como nuestras casas se interponga entre nosotros.

James podía ver que Albus se había detenido. Era apenas una forma gris en la silenciosa nevada.

—Tú eres el único que tiene el problema, James.

—Mira —dijo James torpemente—, olvídaloo, ¿vale? Pero honestamente... ¿de verdad no cogiste el mapa y la capa?

La forma gris de Albus se mantuvo en silencio, volviendo la mirada atrás hacia James. Le pareció que negaba con la cabeza, pero James no pudo estar seguro. Luego Albus dijo:

—¿Vas a ir a casa para las vacaciones?

James parpadeó.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Está claro que mamá cree que hablamos más de lo que lo hacemos —dijo Albus, como si eso fuera una explicación—. Me envió una carta el día que tú recibiste el vociferador. Han vendido la Madriguera. La familia la vaciará durante las vacaciones. Es el único momento en que todo el mundo está disponible para ayudar. Se avecinan unas vacaciones bastante horribles, por lo visto. Le dije a mamá que yo me quedo aquí. No quiero ver el mundo del abuelo deshacerse poco a poco.

James se sentía como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—¿Han vendido la Madriguera?

La silueta nebulosa de Albus pareció asentir esta vez.

—Una pareja de ancianos apellidados Templeton la ha comprado. Al menos no son muggles. Van a derribarla y construir una pequeña casa de campo de veraneo en la propiedad. Mamá dice que al menos mantendrán el huerto.

Se produjo un largo silencio entre los dos hermanos. Finalmente, James dijo:

—No lo sabía. Mamá no me dijo nada.

—Como te dije, ella creyó que yo te lo contaría. Y acabo de hacerlo. No iré a casa para eso. Feliz maldita Navidad, ¿eh?

James no pudo evitar reírse algo ahogadamente.

—Ve a hablar con Tabitha, Al. Resolveremos todo más tarde.

Sin una palabra, Albus se dio la vuelta y desapareció en la nieve. James miró a su alrededor. Las tribunas eran casi completamente invisibles. Le pareció estar en una isla de hierba cubierta de nieve, rodeada por copos que caían silenciosamente. En la oscuridad, la cortina de nieve se parecía más a ceniza. James se encogió de hombros, suspiró, y salió laboriosamente del campo.



Rose se mostró también molesta por la venta de la Madriguera, pero a regañadientes, parecía comprender lo necesaria que era. Juntos, ella y James determinaron que también se quedarían en Hogwarts durante las vacaciones. Ella incluso se las arregló para hacer que pareciera una divertida aventura. Inmediatamente escribió una breve carta a sus padres preguntándoles si no había problema en que se quedara. James añadió una nota a la carta de Rose, pidiéndole a su tía Hermione que dijera a sus padres que había decidido quedarse también, como Albus.

—Claro que nos dejarán —asintió Rose mientras sellaba la carta—. Saben que sería terrible ver ese lugar despedazado durante las vacaciones, especialmente cuando todos hemos pasado tantas navidades felices allí. Para ser honesta, probablemente será más fácil para ellos si no estamos por ahí.

Como distracción, James volvió su atención a la amenaza del Guardián y el misterio de la participación de Merlín en el asunto. Recordó a Ralph y a Rose que debían buscar las dos Piedras Faro. Sabía que podían ser muy difíciles de rastrear, pero al fin y al cabo, la primera mitad de la piedra había sido bastante fácil de localizar.

James, Ralph y Rose estaban tomando notas en la última clase de Literatura Mágica antes de las vacaciones de Navidad, cuando Merlín llamó perentoriamente a la puerta, interrumpiendo a la profesora Revalvier.

—Ah, director —dijo Revalvier, sonriendo—. En cierto sentido, estábamos hablando de usted. Tiende a surgir de tanto en tanto en los libros de los reyes; aunque, estoy segura, de forma muy exagerada.

Merlín se aproximó al escritorio de la profesora.

—En efecto. Y es precisamente ese detalle el que he venido a discutir, brevemente, si me lo permite.

El director bajó la voz de forma que sólo Revalvier pudiera oírla. La clase presintió una falta de atención, y de inmediato cayó en conversaciones silenciosas e intercambio de notas, preparándose para marchar hacia el almuerzo.

Rose codeó a James con fuerza. James la miró, irritado, y entonces vio sus ojos muy abiertos y su mirada furtiva. Siguió sus gestos. Merlín estaba de pie muy cerca de la profesora Revalvier, cuya sonrisa había desaparecido. La mano del director colgaba a su lado, muy grande y de aspecto poderoso. No traía su báculo consigo, pero eso no significaba nada. Parecía capaz de hacerlo aparecer si era necesario, como si lo guardara en un armario invisible que lo seguía a todas partes.

—¿Qué? —susurró James, sin ver lo que Rose le estaba señalando. Entonces, con un sobresalto, vio el anillo negro en la mano de Merlín. Emitía un brillo apagado, como si la luz se reflejara en él reluctantly. No debería haberle sorprendido. Él había estado allí esa noche de hacía mil años, cuando Salazar Slytherin le había regalado el anillo. Y sin embargo, viéndolo ahora, destellando macabramente en el dedo del hechicero, parecía demasiado real. Hasta ahora, había sido capaz de medio convencerse a sí mismo que había sido algún tipo de sueño.

Revalvier asentía cortésmente, obviamente nada contenta con lo que Merlín le estaba diciendo. Merlín se dio la vuelta y salió de la habitación sin malgastar una mirada con la clase.

—Parece que habrá un ligero cambio en la lectura obligatoria de vacaciones —dijo Revalvier, cerrando el libro sobre su escritorio—. El director considera que sería más beneficioso para nosotros saltarnos el último siglo de la Edad Oscura y proceder directamente al Renacimiento. Podría tener razón. El Renacimiento es, como su nombre indica, la edad de oro de la literatura mágica. Por tanto, pueden hacer caso omiso al resto del actual capítulo en sus libros de texto y omitir *Hrung Hrynddvane* de su lectura asignada para vacaciones. Tal vez elegirán para pasar ese tiempo adelantando el comienzo del *Libro de los Cuentos Sin Nombre* de Waddeljav. Si es así, pueden llevar un registro escrito de los nombres de la historia verdadera ya que seguramente cambiarán para cuando retomemos las clases.

A medida que la clase se abalanzaba hacia la puerta, Rose se coló entre James y Ralph.

—¿Visteis eso? —susurró.

—Sí —contestó Ralph—. Supongo que ya no hay duda sobre Merlín y ese Guardián, ¿verdad? ¿Por qué creéis que no quiere que leamos las crónicas de *Hrynddvane*?

—Es obvio —dijo James en voz baja—. Sabe que en ellas hay cosas sobre él. Está tratando de manipular la imagen que tienen todos sobre el tipo de mago que es. Revalvier puede decir todo lo que quiera sobre como esas historias han sido exageradas hasta convertirse en leyendas, pero si la gente continúa leyendo sobre cómo Merlín enterró este ejército e inundó ese campamento y todo lo demás, algunos comenzarán a cuestionarle. Como Ravenclaw dijo, tiene una forma de embelesar a aquellos que quieren confiar en él. Tiene que asegurarse de que todo el mundo siga queriendo pensar que es completamente noble y bueno.

Mientras los tres cruzaban la biblioteca, Ralph se desvió hacia un estrecho pasillo, girándose para enfrentar a James y a Rose.

—Por lo tanto, si Merlín tiene la piedra, ¿eso significa que ya está todo hecho?

—No exactamente —dijo Rose—. Recuerda, hay dos anillos, cada uno con la mitad de la Piedra Faro. Quien tenga el otro anillo también tiene cierta influencia sobre el Guardián. Mientras Merlín no tenga las dos mitades, no podrá desempeñar plenamente su papel de Embajador.

—Así que nuestra única esperanza es que la otra mitad de la piedra esté en las manos adecuadas —replicó James—. Mientras el custodio de la piedra esté intentando contener al Guardián, su poder será limitado.

Rose parecía preocupada.

—Durante un tiempo, sí. No había tenido la oportunidad de contártelo lo que averigüé desde la última vez que hablamos de esto. Según todas las leyendas, una vez que el Guardián encuentre un huésped humano... un huésped que ha matado voluntariamente para demostrar su valía... las piedras ya no tendrán ninguna influencia. La Piedra Faro es el ancla del Guardián en este mundo, pero sólo hasta que pase a ser uno con su huésped humano. Cuando eso ocurra, no necesitará las piedras. *Nada* será capaz de enviarlo de vuelta.

—¿Cuándo leíste eso? —preguntó Ralph, su cara estaba palideciendo.

—Ayer por la noche. He estado leyendo todo lo que he podido encontrar sobre la maldición del Guardián. Comparé notas con la prima Lucy vía lechuza, y ella tiene razón. Mucho de esto es bastante horrible y fantástico, pero todos los tratados concuerdan con los detalles principales: La Piedra Faro convocará al Guardián cuando su portador esté suspendido en el Vacío el tiempo suficiente; el Guardián seguirá al portador de la piedra hasta nuestro mundo, y el portador se convertirá en su Embajador; el Embajador podrá utilizar la Piedra Faro para devolver al Guardián al Vacío, pero sólo mientras el Guardián no haya entrado en su huésped humano. Una vez esto suceda, la Piedra Faro será inútil y la maldición del Guardián se desencadenará sobre la Tierra. Y cuando eso suceda, nada podrá detenerla.

James frunció el ceño, intentando analizar la leyenda desde diferentes puntos de vista.

—Así que, ya que la piedra ha sido partida en dos, ninguno de los dos portadores podría enviarlo de vuelta aunque quisiera.

—¿Pero qué es lo que quiere el Guardián? —preguntó Ralph a Rose—. ¿Por qué quiere destruirlo todo?

La cara de Rose también había palidecido.

—En realidad es muy sencillo. Nos odia porque existimos. Siempre ha creído que él era el único ser vivo. Ahora que ha descubierto el mundo de los seres humanos, se niega a compartir la existencia con nosotros. Además, y aún más devastador, se alimenta de la desesperación y la agonía como si fuera el mayor hambriento del mundo y el más

poderoso dementor. Pero donde los dementores sólo invocan los propios recuerdos de las peores cosas que te han ocurrido, el Guardián crea nuevos sentimientos. Puede manipular la mente de una persona al nivel más básico, creando pánico crudo, miedo y agonía atroces e irrazonables. Eso fue lo que leímos en el artículo que Lucy nos envió. Estaba intentando comprender a los humanos, intentando encontrar el mejor modo de producir lo que le alimenta. Por ahora solo puede afectar a unos pocos humanos a la vez. Pero una vez se conecte con su huésped humano y pase a formar parte de la comunidad humana, será capaz de afectar a miles y millones a la vez. Suctionará el terror de todo el mundo hasta que no les quede nada, luego los dejará como cáscaras vacías y seguirá su camino. Recorrerá la tierra hasta que no quede absolutamente nadie en ella.

—Nadie sino el anfitrión —chilló Ralph.

—Ni siquiera el anfitrión —susurró Rose— Al final, se volverá contra él también. Desea estar completamente solo. Al final, romperá su propia herramienta. Lo más aterrador es que puede que el huésped sea totalmente consciente del dolor y la tristeza y el odio y que no le importe. Puede que incluso lo deseé.

Algo había agujoneado la memoria de James. Rose lo vio en su rostro.

—¿Qué, James? Parece como si acabaras de tragarte un huevo de hipogrifo.

—Mi sueño —respondió James, tocándose la frente—. Lo que estás diciendo se parece mucho a las palabras de la voz en mi sueño. Hay una figura con una túnica oscura de pie en la esquina, hablando todo el tiempo, le dice a la persona de mi sueño que la justicia será servida y que el día del equilibrio está llegando, y siempre dice al protagonista de mi sueño, que él será la mano que traerá ese equilibrio si está realmente dispuesto, si está a la altura de la tarea requerida para demostrar su valor. Y la persona de mi sueño parece estar dispuesta. Parece estar muy triste y muy enfadada, todo al mismo tiempo. Es como si hubiera sentido una pérdida tan grande que ha dejado todo su mundo sin sentido. Peor aún, como si sintiera que el mundo entero debiera dejar de existir, porque es en el mundo donde le ha ocurrido esta tragedia. Es una sensación de venganza, odio y desesperación, pero sobre todo triste, tan triste que es como una pared negra que sigue y sigue para siempre sin puertas, ni esquinas o cimas que escalar.

—Tal vez la persona de tu sueño sea el huésped del Guardián —dijo Ralph con los ojos muy abiertos—. Casi parece Merlin, ¿no? Quiero decir, acabó matando a la mujer que más amaba en el mundo. Dijiste que abandonó su propia época porque ya no podía soportar vivir en ella, sabiendo lo que había hecho, ¿verdad? ¡Tal vez haber llegado a esta época no mejoró la situación para él! ¡Tal vez le encantaría dejar que el Guardián destruyera todo y a todos, incluso a él mismo!

Rose asintió lentamente.

—Sin duda alguna suena como lo que podría estar sintiendo. El huésped del Guardián no *tiene* que ser su Embajador, pero en ningún lado dice que no pueda serlo.

James estaba pensando intensamente, intentando recordar sus sueños. Sacudió la cabeza.

—Sin embargo, en mi sueño, no es Merlín. Nunca he visto la cara de esa persona, pero estoy seguro que no es él. Simplemente tengo la sensación de que no. Es alguien más joven. Y diferente. Definitivamente no es Merlín.

Rose soltó un grito ahogado y se cubrió la boca con ambas manos, su ojos desorbitados. Ralph saltó ante su repentino movimiento.

—¿Qué? —exclamó.

—¡El linaje! —dijo Rose con una voz muy alta—. Incluso lo mencionaron en esa escena del espejo, en la tumba de Tom Ryddle, ¿no lo recordáis? El Guardián iba en busca del mejor huésped que pudiera encontrar, y presintió el cuerpo de Voldemort. No sabe casi nada sobre los humanos, así que no se dio cuenta de que Voldemort estaba muerto hasta que llegó allí. Entonces hizo hablar a la estatua, y de alguna manera convocó al fantasma de Voldemort. La estatua le dijo al Guardián que había otro huésped para él, uno con la sangre de Voldemort en sus venas. ¿Recordáis? ¡Es evidente! ¡El huésped del Guardián tiene que ser el heredero de Voldemort!

—¿Pero quién? —preguntó Ralph—. No sabemos eso, así que estamos de vuelta donde empezamos.

—No lo sabemos *todavía* —dijo Rose, sonriendo algo nerviosamente—. Pero tenemos una forma de averiguarlo. —Miró a James.

James apretó los labios y suspiró.

—Mi cicatriz fantasma. Pero si ni siquiera sabemos de dónde proviene o si podemos confiar en ella.

Rose se encogió de hombros.

—Eso es todo lo que tenemos. Todo lo que podemos hacer es esperar que no sea un truco de alguna clase. Presta atención a tus sueños, James. Probablemente sean nuestra única pista. Tal vez finalmente conseguirás echar un buen vistazo a quienquiera que sea y nos enteraremos de quién es el heredero.

—Y también de quién es la voz misteriosa —añadió Ralph de forma significativa.

—Sí, eso también —estuvo de acuerdo Rose—. Bien dicho, Ralph. Quizás sea el propio Merlín, ¿no os parece?

Ralph soltó un gran suspiro.

—No lo sé. Espero que no. Pero la alternativa podría ser peor, ¿no? Quiero decir, un enemigo conocido es mejor que uno por conocer, ¿verdad?

Después del almuerzo, James se apresuró a atravesar el castillo hasta el anfiteatro donde Estudios Muggles se reuniría durante el resto del curso. Cuando llegó al arco principal que conducía a las filas de asientos, quedó bastante sorprendido al sentir el aire caliente a pesar de unos copos de nieve que caían como una cortina sobre los cerros lejanos.

Damien Damascus se unió a James cerca de la base del escenario.

—Por suerte —dijo, sonriendo—, Curry no está tan empeñada en hacer las cosas como los muggles como para no estar dispuesta a encantar un poco la atmósfera para que podamos trabajar. Agradable, ¿eh? Ahora sólo tengo que acostumbrarme a todo esto. —Sostenía un martillo y lo estudiaba al otro lado de su brazo—. Es un poco descabellado, ¿no te parece?

La atmósfera alrededor del escenario era extrañamente agradable. James se quitó la capa y la lanzó sobre un asiento de la primera fila. Levantó la mirada, sonriendo maravillado. El cielo estaba cargado de nubes grises a la deriva; nevaba, pero la nieve parecía desvanecerse en el aire al caer sobre el anfiteatro. La luz cerca del escenario incluso parecía más brillante, como si un rayo de sol errante simplemente hubiera eludido la cubierta de nubes y saltado directamente al cuenco del anfiteatro. James recordó sus clases de Tecnomancia del año pasado, y supo que en algún lugar, extrañamente, una pequeña y oscura nevada estaba cayendo en una cálida y soleada ladera.

—Ah, James —exclamó Curry, atravesando energicamente el escenario—. Mi pequeño Treus, estás aquí después de todo. Confío en que tengas tu guión. Únete a nosotros. Simplemente estamos ensayando escenas sueltas por ahora, pero ayuda tener que leer las frases para ir sincronizándonos.

Mientras James repasaba en voz alta sus líneas y caminaba, interpretando con uno de los otros actores, descubrió que realmente se estaba divirtiendo a pesar de sus anteriores preocupaciones sobre Merlín y el Guardián. Se sentía un poco extraño representando su papel en medio de los estrépitos y gritos del laborioso equipo de atrezo de Jason Smith. Mientras James repasaba el guión de una conversación con Noah Metzker que hacía de Donovan, Damien y otros tres miembros del equipo estaban levantando una gigantesca maqueta de madera que representaba la pared de un castillo completada con una muralla, un torreón y un balcón. Sus gritos y gruñidos de esfuerzo casi ahogaban las palabras en James y Noah.

Mientras se movían por el escenario, Curry les seguía con un rollo de gruesa cinta amarilla. Ocasionalmente, movía a James por los hombros, ubicándolo correctamente en el estrado.

—Esta es tu marca cuando leas esa frase —le instruía, inclinándose para poner una X en el suelo del escenario—. Fijaremos un foco en esta posición. Señor Metzker, vaya hacia adelante y asegúrese de no dar la espalda a la audiencia.

—Pero James está por allí —dijo Noah, gesticulando—. Se supone que estoy hablando con él, ¿no?

—Es usted actor, señor Metzker —trinó Curry—. Primero y ante todo se dirige a la audiencia.

Noah frunció el ceño y miró a los asientos principalmente vacíos.

—Pero no son ellos los que amenazan con escaparse con Astra, ¿no?

Curry suspiró.

—Lea las frases, señor Metzker. Resolveremos quién se escapa con quién después.

Mientras se preparaban para repasar la segunda escena, James se dio cuenta de que había estado sintiendo una amortiguada vibración en la frente. Se recordó a sí mismo no frotársela, pero definitivamente se ponía peor por momentos. Echó un vistazo por los asientos del anfiteatro, entrecerrando los ojos por la luz deslumbrante de los focos. Allí, sentado en la parte de atrás, casi perdido en las sombras, estaba Merlin. James no podía distinguirle la cara, pero podía ver con facilidad la gran forma del hombre. Merlin pareció darse cuenta que James estaba viéndole. Levantó una mano y se dio un golpecito en la frente lentamente, como si estuviera haciendo una señal. Los ojos de James se abrieron de par en par y luego, repentinamente, su frente ardió. Era como si le estuvieran presionando contra ella un atizador al rojo vivo. James apretó los ojos con fuerza, dándose la vuelta.

Tropezó con alguien, casi derribándolos.

—¿James? ¿Qué pasa? —lo llamó Curry—. Casi tiras a tu protagonista del escenario.

James levantó la mirada, el dolor de la frente volvía a remitir. Petra lo estaba mirando con expresión preocupada.

—¿Estás bien, James?

—Son sólo las luces —mintió James—. Están muy altas. Ya estoy bien. —Intentó sonreír y se encogió de hombros.

Curry se giró y comenzó a llamar al resto de los artistas para la segunda escena. Petra se acercó a James y le dijo en voz baja.

—Sé lo que quieras decir sobre las luces —dijo, sonriendo—. Estos focos eléctricos muggles son como rayos mortíferos, ¿verdad? Lastima no haber tenido uno el año pasado para usarlo con el Wocket.

James sonrió y se sonrojó.

—Sí —dijo, y después no supo qué más decir—. Hmm, ¿ya te sabes todas tus frases?

—Para nada —admitió Petra—. Francamente, me siento un poco mal por como conseguí el papel. La pobre Josephina se ha visto obligada a trabajar en vestuario. Tampoco puede coser gran cosa. Sólo la tienen rasgando costuras cuando los demás se equivocan. He oído que el maleficio de vértigo es todavía tan fuerte que ni siquiera puede subir las escaleras. Se ha trasladado a la enfermería hasta que averigüen cómo subirla a su dormitorio.

La voz de Petra parecía preocupada, pero James veía que estaba sonriendo un poco. James comprendía que era casi divertido. Josephina se había puesto bastante insopportable con lo de conseguir el papel de Astra, y James presentía que Petra lo haría mejor de todos modos. Decidió decírselo.

—Es una lástima por Josephina, supongo —dijo—, pero yo me alegro de veras de que hayas conseguido el papel. Haré mucho mejor de Treus contigo que con ella.

—¡Todos a sus puestos! —gritó Curry—. Señor Potter, señorita Morganstern, por aquí por favor.

Petra apartó la mirada cuando oyó la voz de Curry.

—Vamos, James —dijo, alejándose a zancadas—, nuestro público espera.

James se sintió ruborizar. Observó a Petra atravesar el escenario y luego corrió para alcanzarla.



—¿Estáis seguros que no queréis venir al apartamento de papá conmigo estas vacaciones? —preguntó Ralph a James y Rose, mientras los tres merodeaban por los pasillos el último sábado por la mañana—. Yo pasé contigo las navidades pasadas, así que sería un trato justo. Papá va a cocinar un ganso y todo eso. Por supuesto, no habrá cabezas de elfos cantarinas o Winkles y Augers ni nada parecido.

—No pasa nada, Ralph —respondió James—. Prefiero una navidad *sin* cabezas de elfos cantarinas, en realidad. Pero de verdad, creo que sería mejor para nosotros quedarnos aquí.

—Está muy bien no tener magia en navidades. No hay porque avergonzarse de que tu padre sea un squib —dijo Rose, poniendo la mano sobre el hombro Ralph que tenía más a su alcance—. Es un hombre bastante importante en el mundo mágico estos días. Jefe de Seguridad e Interferencia Preventiva de Hogwarts, del Callejón Diagon e incluso del Banco Gringotts, ¿no es así? Nadie más que él podría hacerlo, puesto que nadie más entiende la electrónica muggle y la magia como él lo hace.

—Sí, lo sé —dijo Ralph, sonriendo tímidamente—. Y es muy bueno en ello. Está ayudando al Ministerio a desarrollar un nuevo tipo de encantamiento desilusionador que sólo funciona con los dispositivos de posicionamiento global muggles. Quiero decir, el mayor defecto en el encantamiento desilusionador común es que un dispositivo GPS no tiene un cerebro al que engañar. Llama al nuevo hechizo “maleficio de estupidez artificial”. Solía trabajar con un software de inteligencia artificial, así que dice que este es el siguiente paso lógico. Una vez el maleficio está en posición, hace que cualquier dispositivo de posicionamiento muggle marque desvíos, barricadas, tráfico pesado, incluso ciclones e inundaciones, alrededor de cualquier lugar mágico. De esa forma, esos lugares mágicos serán invisibles tanto para los muggles *como* para su tecnología.

—Eso es fenomenal —dijo Rose—. Quiero decir, las antiguas generaciones de magos nunca podrían haber predicho el desarrollo de cosas como los satélites, los dispositivos GPS o los gamedecks con capacidad para chatear en línea. El mundo mágico realmente

necesita un hombre como tu padre para desarrollar protecciones mágicas contra cosas como esas. Realmente ha sido una bendición del cielo.

—Aún así —dijo Ralph, poniendo la cara un poco larga—, papá ha adoptado su antiguo nombre de nuevo. Dolohov. Dice que no va a dejar que el egoísmo de su padre le robe su herencia mágica, pero yo conozco algo de esa herencia y no es tan grandiosa.

—Tú padre tiene razón —dijo Rose con firmeza—. Tú no eres responsable de nada que hicieran tus parientes lejanos. Yo creo que es genial que tu padre esté cambiando la forma en que la gente ve el apellido Dolohov.

Ralph se encogió de hombros.

—No lo está cambiando para *todos*. Mucha gente todavía odia el apellido Dolohov. Algunos de ellos están aquí mismo en la escuela. Todos saben lo que pasó aquí. Quiero decir, mi tío mató al padre de Ted Lupin ahí mismo en las escaleras. Dolohov es un apellido de asesinos y traidores.

—Es terrible que algunos de tus familiares tengan un pasado tan malo —respondió Rose—, pero eso fue hace mucho tiempo. La gente no te debería culpar por eso.

Ralph suspiró.

—Supongo que no, pero lo hacen. Y, honestamente, no puedo culparles. Esa es la razón por la que todavía llevo el apellido Deedle. Odio a mis propios abuelos, a pesar que ya están muertos. Papá los recuerda, y quiere creer que no eran tan malos como parecían. Está en cierto modo atrapado entre amarlos y odiarlos. Pero, ¿qué tipo de padres abandonan a su hijo porque es diferente? ¿Qué tipo de persona haría jurar a ese niño que nunca trataría de encontrarlos, o ni siquiera hablar de ellos?

Rose no tenía respuesta para eso. Los tres vagaron por los pasillos sin rumbo fijo, pasando junto a altas ventanas, entrando y saliendo de charcos de fría luz solar invernal. Después de unos minutos, James habló a Ralph y a Rose de su conversación con Albus después del último partido de quidditch.

—¿Dice que no tomó la Capa Invisible ni el mapa del merodeador? —dijo Rose—. ¿Le crees?

James se encogió de hombros.

—No lo sé. Parecía honesto al respecto. Pero estaba realmente malhumorado. Al parecer, está muy unido a Tabitha y sus compinches del tal Garra y Colmillo, y han estado diciéndole que tengo celos de él, que voy a tratar de ponerle las cosas difíciles de alguna manera.

—¿Y tienes celos? —preguntó Ralph.

—¿Qué? —contestó James—. Oh, sí. Sigo olvidando que tú también eres un Slytherin. No, Ralph. No tengo celos de Al, y no voy a tratar de sabotearlo. Lo que no quiero es que caiga en ninguna de las mentiras de Tabitha. Ya lo tiene convencido que le necesita porque está atravesando una misteriosa tragedia personal.

Rose arqueó sus cejas.

—¿En serio? ¿Qué tragedia?

—No lo sé. Estaba muy afectada después del partido, y no fue porque perdieran.

—Últimamente *ha* estado bastante desagradable en la sala común —dijo Ralph—. No ha sido la cortés y fría reina de siempre en absoluto. Responde con brusquedad a la gente, y ronda por ahí, o se sienta sola en un rincón, rumiando sobre pergaminos y libros. Incluso la he visto espantar a Philia y Tom Squallus. Pero no lo hace con Albus. Parece un poco raro, la verdad. Quiero decir, que ella está en séptimo y es treinta centímetros más alta que él. No es una pareja igualada, en mi opinión.

—Curioso —dijo Rose, entrecerrando los ojos—. Me pregunto qué le sucederá.

—Pero ¿qué hay de la capa y el mapa? —preguntó Ralph—. Si de verdad Albus no los tiene, y *tú* no los tienes, James, ¿entonces quién?

James se desplomó.

—No lo sé. Para ser honesto, no me importa. Tal vez papá los extraviara de alguna manera. Tal vez Kreacher los escondió en su alacena. Solía hacer eso todo el tiempo, en Grimmauld Place, con todas las antiguas cosas de la señora Black.

—Deberías decirle a tu madre que compruebe allí —dijo Rose.

—No es mi problema, Rose —dijo James bruscamente.

—Es tu problema si ella sigue pensando que los robaste —respondió Rose llanamente—. Pero como quieras. Tal vez *prefieras* dejar que todos crean que eres un ladrón.

Se detuvieron junto a una ventana con vistas al patio. En la parte inferior de los escalones de la entrada, Hagrid estaba cargando troncos y bolsas en una carretilla, preparándose para transportar al grupo de estudiantes al expreso de Hogwarts que los llevaría a sus casas. James suspiró.

—Será mejor que vaya a hacer las maletas —dijo Ralph—. Papá me recogerá en la estación esta noche. Pasaremos la noche en Hogsmeade para que pueda reunirse con algunos propietarios de tiendas allí, y luego regresaremos a Londres por la mañana.

—Suena divertido, Ralphinator —dijo James, intentando animar un poco—. Que tengas unas buenas vacaciones. Mantente alejado de la Casa de los Gritos.

—Cuenta con ello —estuvo de acuerdo Ralph—. Evitaré cualquier cosa con la palabra “gritos”.



Capítulo 13

Navidades en Hogwarts

Al siguiente día, la escuela se había vaciado casi en su totalidad. Los pasillos parecían inquietantemente oscuros y silenciosos con la mayoría de las aulas cerradas y con llave. Mientras James iba a desayunar el domingo por la mañana, vio al fantasma de Cedric Diggory al final de un largo pasillo. Parecía estar conversando con la Dama Gris. Ambos estaban flotando lentamente por el pasillo alejándose de James. Decidió no interrumpirlos. ¿Era posible que a Cedric le resultara atractiva la Dama Gris? Era bastante guapa, en cierto modo fantasmal, y no parecía ser mucho mayor que Cedric en términos humanos. En otro sentido, sin embargo, era varios siglos mayor que Cedric, pero quizás eso no importaba en el reino de los fantasmas. De cualquier manera, se le hacía raro pensar en ello. Continuó su camino hacia el desayuno, agitando la cabeza.

En el Gran Comedor, Rose estaba sentada en la mesa Slytherin con Albus. Cuando James se unía a ellos, les oyó hablar sobre la venta de la Madriguera. Era una conversación bastante deprimente, y James se quedó fuera de ella. Después, sugirió que

los tres salieran al patio a hacer muñecos de nieve. Eso fue aceptado efusivamente, y los tres pasaron las horas del mediodía riendo alegremente y jugueteando sobre la nieve fresca. Tuvieron éxito en construir un muñeco de nieve ridículamente grande, utilizando sus varitas para levitar las enormes bolas de nieve hasta su posición, ya que eran demasiado pesadas para levantarlas. James y Rose intentaron levitar a Albus hasta la cabeza del muñeco de nieve para atarle su nariz de zanahoria, pero resultaron ser incapaces de mantenerlo derecho. Albus rodó hasta quedar boca abajo. Se le cayó el sombrero y este aterrizó en la nieve a tres metros de distancia.

—¡No me dejéis caer! —gritaba, batiendo los brazos como un ave torpe. En tierra, con varitas en mano, Rose y James se reían tanto que se les saltaban lágrimas de los ojos y rodaban por sus mejillas rojas.

—¡La zanahoria, Al! —gritó Rose sin aliento—. ¡Pónsela! ¿Qué te sucede? ¿No puedes volar?

—Dame una escoba y volaré —refunfuñó Albus, moviendo las piernas para intentar volver a darse la vuelta por sí mismo—. La próxima vez, tú serás la de la zanahoria, Rosie.

Finalmente los tres entraron cuando el sol se ponía en el horizonte, tiñéndolo todo de un brillo naranja y rosa. Dejaron sus capas de nieve, gorros y guantes en un sendero empapado, mientras se abrían paso hacia el Gran Comedor en busca de cacao y la merienda de la tarde. James se alegraba del descanso y el tiempo pasado en familia. Había evitado a propósito hablar de Merlín o de la Capa Invisible y El mapa del merodeador desaparecidos.

—Deberíamos hacer esto de nuevo el año que viene —dijo Rose, sonriendo sobre su cacao, tenía las mejillas rojas—. Es divertido tener el lugar para nosotros solos. El año que viene, podemos hacerlo con Hugo y Lucy y todos los demás que estén con nosotros.

—¿Y qué hay de Louis? —preguntó Albus, sonriendo burlonamente.

—Puede quedarse también, supongo, con tal de que no hable —dijo Rose magnánimamente.

—Probablemente no querría —comentó James—. Se fue a casa este año con Victoire, ya sabéis. Por supuesto, ella quiere ver a Ted. Louis fue sólo por el viaje.

—¿Todo el mundo está pasando el tiempo libre empacando en la Madriguera? —preguntó Rose.

Albus se encogió de hombros taciturnamente.

—Todo el equipaje está listo. La abuela Weasley lo hizo todo por sí misma. Quiero decir, ¿qué tan difícil puede ser empacar para una bruja como ella? El gran trabajo consiste en dividirlo todo. La abuela y el abuelo tenían un horroroso montón de cosas. Y luego está el ocuparse del ghoul.

—¿Quién se quedará con él? —preguntó Rose, frunciendo el ceño un poco desagradablemente—. Será mejor que no termine en el ático de mis padres.

—Apuesto a que sí —respondió James, revolviendo su cacao—. De hecho, apuesto a que tus padres lo pasan a tu habitación mientras estás en la escuela. Después de todo, todavía se parece un poco al tío Ron cuando tenía nuestra edad. Incluso puede que les guste más que tú.

Rose puso los ojos en blancos.

—Tendrás que esforzarte más que eso para conseguir irritarme, James Potter.

—Apuesto a que ahora mismo está en tu habitación —dijo Albus pensativamente—, utilizando tu maquillaje y poniéndose tus bragas.

Rose casi derramó su cacao al lanzarse sobre Albus. James y Albus aullaron de risa, ganándose una mirada severa de un elfo doméstico que limpiaba una ventana cercana.



El tiempo se arrastraba con sorprendente lentitud mientras se acercaba la Navidad. James, Rose y Albus invirtieron su tiempo jugando a Winkles y Augers en ambas salas comunes, explorando los terrenos cubiertos de nieve, y visitando a Hagrid en su cabaña. Tomaban sus comidas en compañía de los pocos estudiantes y profesores que quedaban, entre ellos Fiera Hutchins, Hugo Paulson, y, para sorpresa de James, Josephina Bartlett, cuyo vértigo estaba solo ligeramente mejor. Podía arreglárselas para sentarse en un banco de la mesa Ravenclaw, aunque si se le caía una corteza de pan o un tenedor, era completamente incapaz de agacharse para recuperarlos. James sintió un poco de pena por ella, pero entonces la vio gritar concisamente a uno de los elfos domésticos para que le trajera un nuevo tenedor y determinó que su arrogancia y insufrible generalidad no se habían visto muy afectadas por su difícil situación.

En la mañana de Navidad, James quedó bastante sorprendido al ser despertado por el olor fresco de los arenques ahumados y una profunda voz de rana.

—Feliz Navidad, amo James —dijo la voz—. Ahí tendido como una piedra, sí, como si su desayuno se fuera a mantener caliente por pura y simple magia, hasta que decida que está listo para comer, que lo hará, por supuesto, pero sólo porque Kreacher trabaja muy arduamente día y noche para afinar los mejores Encantamientos Calentadores para eso...

—¿Kreacher? —preguntó James aún medio dormido, frotándose los ojos y sentándose. Una bandeja de desayuno había sido inmaculadamente colocada sobre sus piernas. Una rosa negra y un bastón de caramelo sobresalían de un pequeño vaso de alabastro en una esquina de la bandeja—. ¿Qué haces aquí?

—Fui enviado por su querida madre, amo James —dijo Kreacher, haciendo una reverencia. Estaba de pie al final de la cama de James, llevaba puesto sólo su trapo de cocina, a pesar del frío de la habitación—. Ya están servidos los desayunos de Navidad del amo Albus y de la ama Rose. Sus regalos le aguardan.

—¡James! —gritó Albus desde las escaleras de la sala común—. ¡Vamos! ¡Kreacher no nos dejará desenvolver nada hasta que estemos todos juntos! Son órdenes de mamá, por supuesto. ¡Así que devora eso ya mismo!

James probó unos pocos bocados de su arenque y bebió su zumo de calabaza, dio las gracias a Kreacher, y luego se abalanzó fuera de la cama. Rose y Albus estaban sentados frente al fuego, bebiendo té y llevando sombreros con cascabeles en las puntas. Rose sonrió y sacudió la cabeza, haciendo sonar las borlas.

—Festivo, ¿eh? Los ha enviado mi madre. Sabía que no habríamos decorado ni nada. ¡Ponte el tuyo!

Rose le tiró uno de los sombreros. James sonrió y se lo encasquetó en la cabeza. Kreacher descendió lentamente las escaleras. También llevaba puesto uno de los sombreros, aunque lo vestía como si pesara cincuenta kilos. El sombrero le cubría los ojos. Lo empujó con el dedo pulgar, asomándose hacia James, Rose y Albus con un ojo.

—Todos presentes y dispuestos —se dijo a sí mismo— Feliz Navidad, amos y ama.

Chasqueó los dedos. Hubo un cambio en la luz de la habitación y James sintió que una especie de campo protector había sido eliminado de la pila de regalos. Albus gritó de alegría y saltó del sofá, agarrando el más grande de los que tenían su nombre. James sonrió felizmente y se le unió.

Kreacher se quedó con los tres hasta que todos los regalos fueron desenvueltos, luego, diligentemente, recogió todos los lazos y el papel de regalo desecharo. Enrolló todos los desechos, comprimiéndolos en una sorprendentemente densa y colorida pelota, y luego, curiosamente, la metió dentro del sombrero verde con borlas. Se puso de nuevo el sombrero en la cabeza, y Rose luchó por no reírse ante semejante tontería.

—A Kreacher se le ha pedido que les informe que sus padres hablarán con ustedes esta noche a través de la Red Flu —trinó el elfo—. Kreacher se marcha ahora, amos y ama. Que tengan unas agradables fiestas.

—Tú también, Kreacher —dijo Rose dándole un bocado a su bruja de jengibre.

—Sin duda —respondió Kreacher. Levantó su largo y flaco brazo y chaqueó los dedos. El elfo desapareció en medio de una ráfaga de humo verdoso.

—Siempre me ha gustado ese elfo —proclamó Albus—. Él sí que sabe ser eficiente. No se anda con rodeos.

Rose dijo:

—A mí me da algo de lástima. ¿Qué le regalan por navidad?

—Oh, Rose, eres tan mala como tu madre —respondió James—. Hace dos Navidades, mamá y papá intentaron dar a Kreacher un regalo de Navidad. Era sólo una pequeña canasta con una almohada para que durmiera en ella. La compraron en una tienda de

mascotas muggle, ya que ese bruto se niega a dormir en una cama normal. Aun así no quiso aceptarla, y cuando insistieron en que se la quedara, ni siquiera la utilizó como se suponía que debía hacer. ¡La ha estado utilizando desde entonces como cesta para llevar la colada!

—Honestamente, Rose —estuvo de acuerdo Albus—, Kreacher no está *hecho* para ser feliz. Lo intentamos. De veras que sí. Especialmente papá. Kreacher y él tienen una especie de historia

—Lo sé —dijo Rose—. Es sólo que parece tan miserable.

—¡Ah! —exclamó James— Esto es estar extasiado para los parámetros de Kreacher. He oído hablar de como era cuando papá lo heredó. Kreacher le envió una caja de gusanos como regalo de Navidad.

—¡No! —jadeó Rose, cubriendose la boca.

Albus sacó una bufanda casera verde y plateada de una de sus cajas desenvueltas. Se la puso alrededor del cuello.

—Confía en nosotros, Rosie. Ese era Kreacher feliz. De lo contrario, estaríamos comiendo sanguijuelas para el desayuno en lugar de arenques.

Esa tarde, Albus llevó a James y a Rose a los sótanos y les mostró la sala de práctica de Slytherin. Como Albus había descrito, la habitación era larga y baja con maniquíes instalados contra la pared más alejada. Albus mostró cómo funcionaba sacando su varita de repente y lanzando un hechizo punzante a uno los maniquíes. Éste levantó los brazos de madera y los sacudió en una parodia de dolor, como si estuviera siendo atacado con picaduras de abeja. Albus repitió el hechizo, riendo. James se rió también, pero un poco nerviosamente. Rose no se rió en absoluto. Miró a Albus disgustada y se cruzó de brazos.

La cena de Navidad en el Gran Comedor fue más esplendorosa que cualquier otra cena a la que James hubiera asistido nunca, a pesar del hecho de que la habitación estaba llena sólo una quinta parte. Los Profesores Knossus Shert y Lucia Heretofore, la nueva profesora de Pociones y jefa de la casa Slytherin, estaban sentados en la mesa del estrado. Hagrid estaba sentado entre ellos, hablando en voz alta y pareciendo lo que era: un semigigante entre dos personas bastante delgadas. Heretofore parecía obviamente disgustada con Hagrid, aunque lo enmascaraba tras una débil sonrisa. Para sorpresa de James, Petra Morganstern estaba sentada en el centro de la mesa Gryffindor, sonriendo ligeramente cuando Hagrid intentó dirigir a sus compañeros profesores en una ronda de villancicos.

—No sabía que estuvieras aquí en Navidad —dijo James, sentándose a la mesa al otro lado de Petra.

—Sí —estuvo de acuerdo Rose—, ¿dónde has estado metida?

—Fui a Hogsmeade durante algunos días —respondió Petra—. Hice algunas compras. De ninguna manera voy a estar deprimida aquí durante todas las vacaciones.

—¿Por qué no fuiste a casa por Navidad? —preguntó Rose.

Petra se encogió de hombros, todavía sonriendo hacia el estrado.

—¿Para qué? Ya conseguí mi regalo, ¿no?

James alzó las cejas.

—¿Hablas de la caja que trajo la lechuza del Ministerio el mes pasado? Todos estábamos preguntándonos por eso. ¿La envió tu padre?

Petra asintió y sorbió su cerveza de mantequilla.

—Madame Rosmerta ha enviado estas desde Las Tres Escobas para esta noche. ¿Lo sabíais? Hablé con ella ayer.

—¿Y qué te regalaron por Navidad? —preguntó Albus—. A mí una bufanda nueva, una caja de dulces y una Recordadora. A decir verdad, mamá debería haberle regalado la Recordadora a James, así podría acordarse de cuándo son las pruebas de quidditch. —Le lanzó una sonrisa a James.

Petra miró a Albus, todavía sonriendo.

—Solo algunas cosillas. No significan mucho para nadie que no fuera yo.

—Así que por eso corriste a abrirla tú sola —comentó Albus. Rose le pateó por debajo de la mesa.

Petra se encogió de hombros.

—Está bien tener algún tiempo para nosotros mismos, ¿no? Yo estoy aprovechando para aprender mis frases. ¿Te gustaría ensayar un poco, James? La profesora Curry, probablemente nos pondría firmes si volvemos de las vacaciones sin sabernos nuestro libreto.

—¡Por supuesto! —dijo James un poco demasiado entusiasmado. Moduló su tono y añadió—: Quiero decir, claro. Si quieres. No tengo previsto nada más.

—No tienes *nada* más previsto —sonrió Albus con satisfacción—. ¿Qué pasa, tienes una entrevista con el Ministro de Magia de la que no sabíamos nada? ¡Ay! Y Rose, ¡ya podrías dejar de darme patadas por debajo de la mesa!

Petra sonrió a Albus, luego a James.

—Te veré más tarde en la sala común. Trae tu guión y ensayaremos, ¿vale?

James asintió, no confiando en sí mismo para hablar. Petra se alejó, caminando lenta y pensativamente.

—James está enamorado de su protagonista —se burló Albus, haciendo ruidos de besos.

—No estoy enamorado de ella, imbécil. —James frunció el ceño, fingiendo que eso era lo más ridículo que había oído nunca.

—Oh, James, no engañas a nadie —dijo Rose, agitando la cabeza—. Es obvio. En realidad, es bastante bonito.

—¡Cállate! —dijo James, ruborizándose furiosamente—. ¡Solo porque tengo que fingir estar enamorado de ella durante la obra, eso no significa que sea real! ¡Tal vez sea sólo que soy un excelente actor!

Rose intentó enmascarar una sonrisa.

—Bueno, entonces, realmente estás metido en tu papel, ¿no? No tenía ni idea de que estabas tan dedicado al arte. Menos mal que en el guión no matas a nadie.

James puso los ojos en blanco dramáticamente.

—Los dos sois unos auténticos chiflados. Pensad lo que queráis.

Albus estudió a James durante un momento y después hizo más ruidos de besos.

—¡Oh! Petra, soy sólo un chico, ¡pero tú me haces sentir como un *hombre*!

James agarró un panecillo y se lo lanzó a Albus, que se deshizo en risas deleitadas.



Cuando James regresó a la sala común un poco más tarde, dejando a Rose y a Albus cantando villancicos con Hagrid en el Gran Comedor, se sintió contento y un poco nervioso al encontrar a Petra sentada en una silla cerca del fuego, con el guión en la mano. Corrió hasta su dormitorio, recuperó su propia copia del guión de su cartera y regresó descendiendo a trompicones por las escaleras, diciéndose a sí mismo todo el tiempo que no iba a hacer el tonto, que Rose y Albus no podían tener razón sobre su enamoramiento de Petra, y sobre todo, que, aunque *fuese* cierto, era absurdo pensar que ella pudiera corresponder esos sentimientos. Era casi cinco años mayor que James, tan lista e inteligente como podría serlo y absolutamente despampanante. A las chicas como Petra simplemente no les atraían los chicos desgarbados más jóvenes y que todavía no habían logrado coger el truquillo a un Encantamiento Anti-Espinillas. La cara de James estaba ruborizada para cuando se reunió con Petra, dejándose caer en un sofá cercano.

—Ay de mí, mi querido Treus —citó Petra, pasando una página de su guión—, vos hicisteis latir mi corazón. ¿Empezamos desde arriba?

James comenzó a responder, pero la voz le salió algo chillona. Carraspeó.

—Sí. Claro. Leeré a quienquiera con el que estés hablando y tú podrás hacer lo mismo por mí.

—Puedo hacer un Donovan muy bueno —estuvo de acuerdo Petra—. Incluso consideré solicitar ese papel.

—¿Y supongo que Noah podría haber hecho de Astra? —rió James.

Petra asintió.

—Hace un siglo, los hombres a menudo representaban papeles de mujeres en este tipo de obras de teatro. En algunos lugares ni siquiera permitían que las mujeres actuaran en absoluto. Ojo por ojo, diente por diente, diría yo. Además, a veces creo que

tiene que ser divertido actuar como el pícaro malvado con impresionantes poderes. Las mujeres siempre son los peones de estas historias.

James pensó que ella era posiblemente el peón más bonito que había visto nunca, pero decidió no decirlo. Se aclaró nuevamente la garganta y comenzó a leer en voz alta. Dos horas después, una vez hubieron terminado su ensayo, James se dio cuenta de que Albus y Rose habían entrado en la sala común. Se habían sentado en una mesa de un rincón con Hugo Paulson, que estaba enseñando a Albus algunas técnicas de Winkles y Augers. James pilló a Rose mirándole furtivamente con una sonrisita en los labios.

—¡Eh, James! —llamó Albus, metiéndose la varita en el bolsillo— Recuerda, se supone que tenemos que ver a mamá y papá por la Red Flu esta noche. ¿O tendré que decirles que tienes asuntos más urgentes que atender?

James fulminó con la mirada a Albus, quién simplemente le devolvió una sonrisa malvada.

—Está bien, James —suspiró Petra, cerrando su guión—. De todos modos, ya he tenido suficiente por esta noche. Voy a subir las escaleras y a escribir algunas cartas de Navidad. Gracias por la ayuda.

—Fue divertido —estuvo de acuerdo James—. Ya nos veremos por ahí, Petra.

Mientras James observaba a Petra cruzar la habitación hacia las escaleras de los dormitorios de las chicas, Rose se unió a él en el sofá.

—Realmente debes tener cuidado, James —dijo con voz queda.

James apenas la escuchaba.

—¿Qué quieras decir?

—Quiero decir, que Petra no está en posición de corresponderte del modo en que te gustaría.

—No sé de qué estás hablando —insistió James, finalmente dándose la vuelta y cerrando su guión—. Sólo estábamos ensayando.

—No es sólo la diferencia de edad, ¿sabes? Eso no es tan grave a largo plazo. Tienes que comprender que el corazón de Petra está obviamente en otra parte.

James arrugó la frente y miró a Rose.

—¿Qué significa eso?

—Bueno, está claro, James —dijo Rose, bajando la voz aún más—. Petra no fue a Hogsmeade para hacer algunas compras, no importa lo que haya dicho. Tenía la esperanza de ver a Ted antes de que se fuera a la Madriguera.

—¿Por qué haría eso? —preguntó James, parpadeando.

Rose puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—Todavía está enamorada de él, idiota. Tiene el corazón destrozado desde que la dejó por Victoire.

—Pero Noah dijo que en realidad ella nunca lo había amado —dijo James, frunciendo el ceño—. Dijo que ella había sabido todo el tiempo que él no era un buen partido.

—Puede que eso sea lo que *dice*, pero el corazón hace lo que quiere, ¿no? Ella ama a Ted. Está claro. No quiero que hagas o digas nada que pueda arruinar tu amistad con ella. No quiero verte herido.

James se recostó contra el sofá.

—¿Qué crees que soy, Rose? ¿Un completo idiota? Incluso si lo que dices fuera cierto, nunca diría nada de esto a Petra.

—Lo lamento, James. Amor no correspondido es como veneno para el alma, ¿no?

—Ja, ja —respondió James cayendo en la cuenta—. Esas frases son de Treus en el segundo acto. Eres muy divertida.

—Mirad —gritó Albus, saltando de la mesa de la esquina— ¡La chimenea! ¡Hola, papá! ¡Feliz Navidad!

—Feliz Navidad a ti, hijo —la cara de Harry Potter sonrió en los carbones de la chimenea.

—Hola, tío Harry —intervino Rose, bajando del sofá para arrodillarse delante de la chimenea—. ¿Cómo va todo en la Madriguera?

Harry pareció encogerse de hombros.

—Como era de esperar, supongo. No es la forma en que ninguno querría pasar las vacaciones, pero hoy estuvo todo bien. Lily se hospeda con Andromeda Tonks. Todos aquí os envían su cariño. Kreacher dice que os encontró a todos bastante bien. ¿Os gustaron vuestros regalos?

—Me encanta la bufanda —respondió Albus—. Y la Recordadora. Y los dulces estaban estupendos también.

—No me digas que ya te los comiste todos, hijo.

—Sí, pero no se lo digas a mamá. Estoy creciendo, papá. ¡Tengo que ganar músculo para el quidditch!

Albus y Harry pasaron unos minutos discutiendo la temporada de quidditch, Harry felicitó a Albus por haberse convertido en el buscador Slytherin, a pesar de que admitió que se alegraba de que Gryffindor les hubiese descalificado del torneo.

—Hay todo un montón de gente que quiere saludar —dijo Harry—. ¡Deja de empujar, Hermione!

La cara de Harry se hundió en el carbón y fue sustituida un momento después por los rasgos distintivos y el espeso cabello de Hermione.

—Feliz Navidad, Rosie —exclamó—, y a vosotros también, James y Albus. ¿Todos lo estáis pasando bien?

—Bastante bien —dijo James—. Ha sido un año loco hasta la fecha. Es largo de explicar.

Rose sonrió a su madre.

—James tiene razón. Tenemos muchísimo que contaros. En nuestra primera semana aquí, Merlín nos llevó a un centenar de millas de distancia a pie por el bosque para ir a recuperar esa caja mágica donde tenía todas sus cosas, y...

—Espera un momento, Rosie —dijo Hermione—. Ron, te pediré sólo un minuto. ¿Y realmente quieres comerte ese bizcocho de chocolate y nueces? ¿Cuántos van ya?

La cara de Hermione desapareció de la chimenea. Un segundo después, la sonrisa de Ron surgió.

—¡Eh, Rosie! ¿Estos dos te están cuidando bien? Porque si no...

—Hola, tío Ron —dijo Albus alegremente. Ron siempre había sido el favorito de Albus—. ¡Soy un Slytherin!

—Hola, papá —sonrió Rose—. ¿Cómo está Hugo?

—Todo el mundo está bien aquí, considerando como están las cosas —dijo Ron, su sonrisa se desvanecía—. Ted y Charlie se pelearon por algo que Victoire dijo, aunque nadie parece estar seguro de lo que fue. George bebió demasiado whisky de fuego, se tropezó con el ghoul y se rompió el menique izquierdo con algunas cajas. Y vuestra abuela se pasa el rato gritando a todo el mundo o estallando en lágrimas. Está siendo una gloriosa Navidad para todos. Ahora que lo pienso, chicos, ¿tenéis una cama de sobra por ahí? Creo que incluso estaría dispuesto a aceptar un catre contigo en los dormitorios Slytherin, Al.

—¡Sí! —estuvo de acuerdo Albus al instante—. ¡Vente por vía Flu! ¡Puedes usar la cama de Ralph!

Por detrás de Ron, la voz de tía Fleur dijo:

—Tú no vas a ningún lado, Ron Weasley.

—Solo era una broma, Fleur. ¡Maldita sea!

La cara de Ron se hundió en el carbón. Al parecer, hubo alguna commoción, entonces apareció Ginny.

—¡Hola, chicos! ¡Hola, Rose! ¡Feliz Navidad! —dijo, sonriendo.

—¿Qué pasa ahí, mamá? —preguntó Albus—. Parece haber jaleo.

Ginny suspiró.

—Tenéis suerte de no estar aquí. No es precisamente una forma muy agradable de pasar la Navidad. Afortunadamente, casi todas las cosas están empacadas y han sido trasladadas. Dejamos las camas para el final para poder pasar la noche, pero mañana por la mañana las quitaremos también. ¿Cómo os estáis portando los tres?

James, Rose y Albus dijeron a Ginny que se estaban portando bien.

Rose preguntó:

—Entonces, ¿cómo es aquello? No puedo soportar pensar en la Madriguera vacía. ¿Qué va a hacer la abuela?

—Bien, a decir verdad —dijo Ginny, pero no muy convincentemente—. Quiero decir, sí, es triste. La mayoría de nosotros ha vivido aquí toda la vida. Pero será para bien, de verdad. Todos lo sabemos. La abuela Weasley se quedará con nosotros por el momento. Tenemos mucho espacio, especialmente ahora que vosotros dos no estáis en casa —señaló a James y Albus con los ojos—. Pero aún así. Tu padre embaló todo el garaje del

abuelo Weasley él mismo. Yo no podía soportar ver todo eso. Sin embargo él se mostró muy fuerte al respecto. Yo... estoy muy orgullosa de él.

Ginny se detuvo abruptamente. Inhaló y bajó la mirada durante un momento. Luego, con una expresión diferente, miró arriba de nuevo.

—¿Cómo te trata Slytherin, Albus? ¿Te alimentan bien?

Albus rió.

—Mamá, comemos todos juntos en el Gran Comedor. Lo sabes. Los Slytherins no tenemos un comedor secreto o algo parecido.

—Bueno, nunca estuve en los dormitorios Slytherin, ya sabes. Tampoco sabía que tenían una sala de prácticas. ¿Pero te están tratando bien?

—Claro, mamá —dijo Albus sonriendo—. Aquello me gusta.

—¿Y qué hay de ti, James? —preguntó Ginny, dirigiéndose a su hijo mayor.

—Estoy bien —respondió James sosamente, sin mirar todavía a su madre—. Recibí tu vociferador. Algo así.

—Lo siento, James —dijo Ginny—. Estaba muy enfadada cuando lo envié. Fue más que simplemente la capa y el mapa desaparecidos. Ahora lo sé. Es un momento muy estresante para todos nosotros. Simplemente no fue un buen momento para salir otra vez con algo así.

—¡No los cogí, mamá! —dijo James de repente, deseando con desesperación que Ginny le creyera—. ¡Creí que debía haberlo hecho Albus, pero él dice que tampoco los cogió!

Ginny estudió la cara de James durante un buen rato.

—Bueno, si no fuisteis ninguno de los dos... ¿dónde están? —preguntó razonablemente.

—¿Cómo voy a saberlo? —respondió James, un poco apaciguado—. Tal vez Kreacher los ocultó en su alacena. Sabes que solía hacerlo con las viejas cosas de la señora Black cuando creía que necesitaban protección. ¿Has revisado en su armario?

Ginny exhaló cansinamente.

—No. Honestamente, no se me ocurrió. Espero que tengas razón, James. ¿Estás completamente seguro de que me estás diciendo la verdad, hijo?

—¡Sí, mamá! ¡Lo prometo! No los he tocado esta vez.

—¿Y tú, Albus? ¿No sabes nada al respecto?

Albus se encogió de hombros.

—La primera noticia que tuve fue cuando el vociferador de James estalló en el desayuno. Después James casi se me tiró encima al terminar el último partido de quidditch, acusándome de tenderle una trampa. Eso es todo lo que sé, mamá.

Ginny sacudió la cabeza con desdén.

—Entonces seguro que aparecerán. Preguntaré por ellos a Kreacher. Tal vez cogiera tu muñeco también, James. Puede que lo tenga todo junto allá abajo con su pequeña colección.

—¿Mi muñeco? —preguntó James.

—Sí —respondió Ginny, distraída por algo que sucedía en algún lugar de la Madriguera—. El pequeño muñeco que me diste el año pasado al final de las clases. Desapareció al mismo tiempo que la capa y el mapa, pero asumí que lo había extraviado. No estaba tan preocupada por eso. Quiero decir, ¿por qué ibas a llevarte a escondidas el muñeco a la escuela?

Rose se había girado para mirar a James, alzando las cejas con alarma.

—Oh, y James —dijo Ginny, interrumpiéndose a sí misma—, ¿has hablado con Zane? James parpadeó, sus pensamientos corrían.

—¿Qué? ¿Zane? No, últimamente no.

—Apareció hoy temprano en la Madriguera. Bueno, cuando digo “apareció” me refiero a que se, humm, *materializó*. Tuvimos que dispararle hechizos aturdidores para mantenerlo visible. Los estadounidenses tienen algunos métodos realmente curiosos de comunicación, ¿verdad? De todas formas, creyó que estarías aquí con Rose. Dijo que realmente necesitaba hablar contigo. Me pidió que te dijera que estuvieras pendiente.

James asintió.

—Claro, mamá. Está bien.

—Bueno, debería irme ya —dijo Ginny—. La abuela os desea Feliz Navidad, le encantaría charlar, pero ya empacamos la alfombra y arrodillarse sobre la piedra de la chimenea es demasiado duro para sus rodillas. Cuidaos unos a otros. Rose, asegúrate de que estos dos coman algo verde de vez en cuando. Y aseguraos de mantenerlos al día con vuestros estudios, ¡los dos!

—Sí, mamá —dijeron Albus y James al unísono.

Ginny sonrió llorosamente.

—Los quiero a los tres. Buenas noches y ¡Feliz Navidad!

Ron y Hermione hicieron cada uno una aparición más en la chimenea, despidiéndose. Finalmente, Harry apareció una vez más. Sonrió cansinamente.

—Cuidaos, los tres. No os estaréis metiendo en líos, ¿verdad?

—No más de lo que lo habrías hecho tú. —Albus sonrió con satisfacción.

—Papá —dijo James—, yo no cogí la capa y el mapa esta vez.

—Lo sé, James. Tu madre ya me lo dijo. Te creo.

—Pero, ¿entonces quién los tiene?

—Déjame eso a mí —sonrió Harry—. Soy el jefe de aurores, ¿recuerdas? ¿Qué tipo de auror sería si dejara que algo como la Capa Invisible se escapara de entre mis manos? Si no los tienes tú, probablemente estarán perdidos bajo la cama en casa, o en el fondo de la cesta de la ropa. Aparecerán.

—Pero papá —dijo James, bajando la voz—, ¿qué hay del muñeco vudú que recibí del profesor Jackson el año pasado? ¡Ese soy yo! ¡Mamá dice que también ha desaparecido!

Harry pareció entender la inquietud de James.

—Esas cosas no funcionan como se muestra en las películas muggle, hijo. Estarás bien. Aunque a tu madre le gustaba mucho. Le daba un abrazo todas las noches.

—Lo sé —dijo James, sonriendo ligeramente—. Sentía sus apretujones, un poco.

La sonrisa de Harry se amplió.

—No te preocupes por eso, James. Aparecerá también. Las cosas siempre aparecen, no importa cuan perdidas parezcan estar. Es ley de vida.

James asintió.

—Gracias, papá.

—Buenas noches, a todos —dijo Harry—. Feliz Navidad. Ahora id a descansar.

—Tú también —respondió Rose—. Da recuerdos a todos. Dale un gran abrazo a Lily de nuestra parte cuando la vuelvas a ver.

Harry asintió.

—Lo haré, Rose.

Echó un vistazo a James y a Albus, sonriendo con orgullo, y luego, desapareció. El carbón se volvió a esparcir en un amasijo sin sentido.

—Parece que escogimos bien al quedarnos aquí —comentó Albus, poniéndose en pie—. Me pregunto qué pasará con todas las cosas del abuelo. ¿Qué hay de su Ford volador?

James suspiró.

—¿Qué importa? El abuelo era el único que daba algún significado a todas esas cosas. Sin él, son simplemente... cachivaches.

Albus fulminó con la mirada a James pero no pareció saber qué decir.

Rose se puso de pie y se sacudió las rodillas.

—Estoy segura de que tu padre no tirará nada —le tranquilizó—. El abuelo pasó años recolectando esas cosas. Todo eso serán nuestros recuerdos de él. El tío Harry encontrará un lugar para todo.

—Nadie encontró un lugar para la *Madriguera* —dijo Albus en voz baja—. Ahora está vacía, y muy pronto, será derribada. —No hubo respuesta a eso. Un momento después, Albus continuó—. Me voy. Os veré a los dos mañana.

—Buenas noches, Albus —respondió Rose, asintiendo con la cabeza. Mientras Albus desaparecía a través del agujero del retrato, Rose se volvió hacia James con ojos mordaces.

—¡Tu muñeco vudú desapareció también! ¡Esto podría ser grave!

—Ya oíste a papá. Dijo que todo iría bien. Dijo que no funcionan como en las películas de los cines muggle. Nadie que lo encuentre puede utilizarlo para arrancarme los brazos u obligarme a hacer cosas que no quiero hacer.

—El vudú es un arte realmente secreto —dijo Rose, agitando la cabeza—. Y Madame Delacroix es una de los mejores brujas vudú que existen. No sabes lo que ese muñeco puede hacer, y tampoco lo sabe tu padre. En realidad no. Tienes que ser muy cuidadoso con cosas como esas.

—¿Qué crees que voy a hacer, Rose? No puedo encontrar como por arte de magia esa maldita cosa. Probablemente sólo se cayera detrás de la cabecera de la habitación de mamá y papá.

—Yo no estaría tan dispuesta a creer en esa posibilidad si fuera tú —dijo Rose con gravedad—. No hasta que sepas con certeza lo que ese muñeco es capaz de hacer.

—Lo dices como si estuviera vivo —dijo James, sonrió un poco nervioso. Rose simplemente se colocó las manos en las caderas y ladeó la cabeza como diciendo: *¿cómo sabes que no lo está?*

—Lo estudiaré —dijo una voz desde detrás de Rose, haciendo que esta saltara treinta centímetros en el aire.

—¡Zane Walker! —chilló, girando y apretándose una mano contra el corazón—. ¡Deja de hacer eso! ¡Casi me matas del susto!

—Lo siento —dijo Zane—, es difícil llamar a la puerta con manos *doppelgänger*. Simplemente atraviesan las cosas.

—Eh, Zane, Feliz Navidad —sonrió James, levantándose del sofá para enfrentarse a la forma semitransparente—. ¿Necesitas un disparo?

—Sí, si no te importa. Estoy efectuando esta comunicación yo solo. No quería que nadie más lo oyera.

James sacó su varita y disparó a la fantasmal figura de Zane con un hechizo punzante. El *doppelgänger* latió hasta asemejarse a algo parecido a una forma sólida.

—¿Y? La tía Ginny nos dijo que estuviste buscándonos en la Madriguera —dijo Rose contrariada, desplomándose de nuevo sobre el sofá—. ¿Qué es tan importante que tenías que interrumpirnos el día de Navidad?

—Estaba preocupado por vosotros —dijo Zane seriamente—. Quería advertiros, pero luego me enteré que os habíais quedado aquí en la escuela, y supe que todo iría bien. Al menos, por ahora.

James frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué no íbamos a estar a salvo? Quiero decir, relativamente hablando, teniendo en cuenta que el Guardián anda suelto por la Tierra y todo eso.

La cara de Zane estaba muy pálida y seria.

—¿Recuerdas cuando hablamos en el establo hace un par de semanas? Rose, me contaste como Merlín había sido engañado por ese tipo, Hadyn, hace mil años. Le dije a Merlín que le entregaría a su prometida si duplicaba sus tierras y fortificaba su castillo, haciendo que ni el propio Merlín pudiera atacar nunca a ninguno de sus ocupantes.

—Sí —dijo James, encogiéndose de hombros—. ¿Y?

—Que Merlín sabe que alguien irrumpió en su oficina hace unas semanas. Sabe que esa persona atravesó su espejo mágico y que probablemente descubrió algunas cosas no muy agradables sobre él. Y probablemente sabe que esa persona eres tú, James. Así que, ¿no te habías preguntado por qué no te ha amedrentado todavía?

—Bueno —respondió James lentamente—, como dijiste ese día en el establo, si Merlín fuese malo, habría venido por nosotros. Eso debe querer decir que no es tan malo como podría ser. Tal vez, de alguna manera, está del lado del bien, y sabe que nosotros también. Tal vez lo está dejando pasar porque sabe que estamos intentando ayudar en la lucha contra el Guardián. —Incluso mientras lo decía le sonaba falso. En su corazón, no lo creía, pero no se le ocurría ninguna otra razón por la que Merlín no hubiera venido por ellos.

Zane estaba sacudiendo su cabeza.

—Eso es lo que creía yo en ese momento. Pero luego pensé en la conversación entre Slytherin y Merlín, cuanto te tenían encerrado en su laboratorio. Dijiste que hablaron del trato que Hadyn había inducido a Merlín a aceptar, y dejaron bastante claro que Hogwarts era el castillo en el que vivía Hadyn cuando se hizo el trato. ¿No veis lo que eso significa?

Los ojos de Rose se desorbitaron.

—Eso significa que Hogwarts fue el castillo que Merlín fortificó. No puede ser violado desde afuera —dijo, asintiendo—. Eso explicaría como Voldemort y sus fuerzas fueron contenidas durante tanto tiempo durante la batalla. Los hechizos de protección de Merlín estaban funcionando aún, a pesar de que probablemente estaban un poco debilitados después de mil años.

—Explicaría también cómo las entradas secretas siguen apareciendo de nuevo con el tiempo —estuvo de acuerdo James, sobrecogido— ¡Como la que está bajo el Sauce Boxeador! ¡Es como si el castillo se curara a sí mismo tras haber sido dañado! ¡Las fortificaciones mágicas de Merlín todavía funcionan después de todos estos siglos! ¡Incluso las partes construidas *después* de que Merlín lanzara su hechizo sobre el castillo! ¡Los trozos nuevos han heredado su protección!

Zane seguía sacudiendo la cabeza sombríamente.

—Todavía pasáis por alto la parte más importante. Hemos estado asumiendo que Merlín no os ha atacado porque estaba de vuestro lado y os estaba permitiendo averiguar ciertas cosas por alguna razón. Asumimos que os dejaba en paz porque era esencialmente bueno. Pero olvidamos la parte más interesante del acuerdo entre Hadyn y Merlín.

Rose soltó de repente un grito ahogado y se cubrió la boca. Los ojos de James se abrieron, recordando. Lo había tenido delante todo el tiempo. Él mismo Slytherin lo había dicho, esa noche en su oficina hacía mil años: *vos no podéis tocar un cabello de nadie que resida en este castillo*, había dicho Slytherin, *tus amenazas son formidables, pero afortunadamente no tienen efecto aquí*.

—No puede hacer daño a nadie dentro de las paredes del castillo —susurró James—. Esa fue la última parte del acuerdo de Hadyn, porque sabía que Merlín intentaría vengarse de él. Por eso Merlín tuvo que esperar a que Hadyn estuviera de viaje en su carruaje. Sólo así podía atacarlo.

James miró a Rose. Esta tenía la mano todavía en la boca y su cara había perdido todo color.

—¿Podría ser tan descarado como para sugerir —dijo Zane, mirándolos a ambos de forma muy significativa— que no os vayáis de viaje por el momento?



La primera preocupación de James estaba siendo Ralph, que estaba de hecho viajando por vacaciones, alojado con su padre en su apartamento en Londres. Zane les aseguró que ya había ido a ver a Ralph, advirtiéndole que mantuviera su varita a mano e intentara no quedarse nunca solo.

—No está muy feliz al respecto —explicó Zane—, especialmente cuando su varita es un pedazo del báculo de Merlín. Cree que no será capaz de utilizarla contra él si todo se viene abajo. Además podría tener razón, pero eso no se lo dije.

—Pero es *sua* varita ahora —insistió Rose—, la ganó. Es suya para utilizarla como desee.

Zane no estaba tan seguro.

—Esto es magia *antigua*, Rose. No es como si Ralph hubiese luchado contra Merlín y ganado su varita. El báculo se rompió, y Ralph sólo consiguió una parte de él. El báculo todavía recuerda cuando estaba entero y sabe que Merlín es aún el amo del resto. Podrías tener razón, pero no podemos asumir que lo que es cierto para toda una varita lo sea también para parte de ella.

—Definitivamente no le digas eso a Ralph —dijo James—. Ya está bastante nervioso, y nunca sabrá la verdad a no ser que llegue el momento de luchar. Lo mejor será que sinceramente crea que la varita es totalmente suya. En realidad eso podría ayudar a que fuera verdad.

Zane asintió.

—Mientras tanto, comprobaré con Madame Delacroix lo de tu muñeco vudú. Intentaré conseguir que me cuente qué puede hacerse con él. Después de todo, ella fue quien lo hizo.

Rose preguntó:

—¿Puedes hablar con ella?

—Claro. Está aquí mismo en los terrenos, en la planta psiquiátrica de la Universidad Médica de Poe. La mantienen encerrada y bajo llave, pero se le permiten visitas. Quedó

bastante chiflada después de toda la experiencia del Santuario Oculto, pero apuesto a que me recuerda. Y a un gran leño también. —Zane sonrió abierta y perversamente.

—Yo dudaría en volver a sacar *ese* tema. —dijo Rose, poniendo los ojos en blanco—. Pero podría ayudar a soltarle la lengua. Después de todo, fue uno de vuestros presidentes el que dijo: *hablar suavemente y llevar un buen garrote*.

—Sí —estuvo de acuerdo Zane—, los buenos garrotes son mi especialidad.

Después de eso, Zane deseó a James y Rose buenas noches y Feliz Navidad. Aparentemente tenía que ir a su propia fiesta de Navidad, porque era bastante más temprano donde se encontraba. Rompió a cantar un grosero villancico y desapareció a mitad del estribillo.

James y Rose se desearon también buenas noches y se marcharon por caminos separados, subiendo las escaleras hacia sus respectivos dormitorios. A James se le ocurrió que tenía todo el dormitorio de segundo para él sólo durante las vacaciones, y eso le preocupó un poco. Se recordó a sí mismo que si lo que Zane había dicho era cierto, Merlín no podía hacerle daño dentro de las paredes de Hogwarts. Aún así, la idea de que él realmente podría *desear* no sólo hacer daño a James, sino a Rose y a Ralph también, era un poco aterradora. Una cosa era tener un enemigo genérico y nebuloso suelto por el mundo, y otra tener uno específico bajo tu mismo techo y saber que ese enemigo era uno de los magos más poderosos que hubieran existido jamás. Afortunadamente, después de las actividades del día en la nieve y el estrés de las conversaciones con Petra y sus padres, James estaba lo bastante agotado como para que no le importara demasiado. Además, tenía la vaga sensación de que Cedric cuidaba de él. Si Merlín venía por James, Cedric encontraría una forma de advertirle. Pensando eso, James cayó en un profundo sueño.

Tuvo el sueño de nuevo, y fue más claro que nunca. Hubo un destello, un susurro de cuchillas y el ruido de una vieja maquinaria. Allí estaba la charca parpadeante y aquellos rostros tristes de un hombre y una mujer jóvenes. Lo peor de todo era que había una voz penetrante, constantemente tentadora, prometedora e instructora. Una sensación de profunda tristeza invadió el sueño, pero bajo la tristeza, como cuchillas afiladas bajo una manta suave, había ira. Era una fría y pulsante rabia, tan grande como el cielo y tan profunda como el océano. Y finalmente, por primera vez, James vio a su compañero. La figura se reflejó en el estanque, una silueta y el indicio de una cara. Todavía no sabía dónde estaba el estanque o dónde estaba enterrado este lugar secreto y oculto, pero finalmente tuvo un presentimiento de quién era esta persona atormentada. Largo cabello negro y penetrantes ojos azules. Sus ojos eran como carbones: duros y fríos, disimulando el fuego que podría quemarlo todo y a todos.

—Has maldecido —dijo la voz alta y clara—. Has probado las aguas, sí. Pero debes llevar a cabo el rito final para hacerte realmente digna. Debes hacer un sacrificio tan grande que no habrá marcha atrás. Debes despojar a aquellos que te despojaron. Será una dura y dolorosa senda, que solo tú puedes recorrer, pero eso es el precio del

equilibrio. Debes estar dispuesta a atravesar la senda por todos aquellos que vendrán después de ti. Y por ese sacrificio, honrarán tu memoria. Te alabarán. Tu historia se convertirá en una leyenda. Y a través de esa leyenda, vivirás para siempre, no importa lo que le suceda a tu forma mortal. A través de tus juicios, se alcanzará la justicia. Lo que has perdido te será devuelto. Su sangre se pagará de la única forma en que puede hacerlo: con más sangre. Es tu deber y tu honor.

—Será un honor —respondió la figura de cabello negro con una voz fría y tranquila. Una lágrima goteó del mentón de la figura y cayó en el estanque, donde se evaporó.

James siguió durmiendo. Y por la mañana, apenas recordaba el sueño. Pero su cicatriz fantasmal latía preocupantemente, y James se preguntó por qué, sabiendo que significaba algo, pero incapaz de averiguar qué. Bajó a desayunar, y cuando entró en el Gran Comedor, el dolor de su frente había desaparecido por completo.

Albus y Rose estaban sentados a la mesa Gryffindor con Hugo y Petra, inmersos en una estridente conversación. James se unió a ellos, sonriendo alegramente.

Para cuando terminó su desayuno, había olvidado completamente el sueño.



Capítulo 14

Artis Decerto

Las vacaciones de navidad terminaron de forma extraña para James. Ya que Rose, Albus y él no habían ido a ninguna parte, no hubo triste viaje de retorno. En vez de eso, parecía como si la escuela hubiera vuelto a ellos. El domingo cuando la mayoría de los estudiantes volvían de sus viajes, James y Rose estaban sentados en un soleado asiento de la ventana que daba al patio. Silenciosamente, observaron grupos de compañeros descargando sus mochilas y baúles, tirando de ellos escaleras arriba hasta la entrada principal. El enorme muñeco de nieve que James, Rose y Albus habían erigido se había fundido un poco tras un deshielo repentino. Su nariz colgaba tristemente y una de las ramas que hacía de brazo se había caído. Nieve derretida goteaba sin cesar de los techos y balcones del castillo. James se sentía bastante satisfecho de que las vacaciones hubieran acabado y ansiaba retomar las clases y los ensayos de la obra.

Extrañamente, sin embargo, ninguno de ellos había visto a Merlín en todas las

vacaciones. James había pasado junto a la profesora McGonagall en el pasillo fuera de su oficina, y ella le había informado que, por lo que sabía, Merlín había pasado las vacaciones en el castillo.

—No es como si el director tuviera familia —había comentado—. Y uno solo puede suponer que sus tradiciones navideñas serán bastante diferentes a las nuestras, de todos modos. Además, el director Ambrosius es un hombre muy reservado, como habrás notado. Si hubiera tenido algún plan, dudo que nos lo hubiera contado a ninguno de nosotros.

Las clases empezaron de nuevo y James notó que la segunda mitad del curso tenía un tono bastante diferente a la primera. Especialmente entre los estudiantes mayores, había una actitud notablemente más seria en cuanto a los deberes y estudios. Todo ello hacía que James se alegrase de no ser lo bastante mayor como para participar en los exámenes T.I.M.O o E.X.T.A.S.I.S.

Cuando se retomaron las clases de Defensa Contra las Artes Oscuras, el profesor Debellows introdujo técnicas de una forma de artes marciales mágicas llamada *Artis Decerto*. La actitud de James ante tales cosas había cambiado bastante tras su encuentro con Salazar Slytherin en lo alto de la torre Sylvven, donde se había sorprendido a sí mismo encontrando gran utilidad a las técnicas defensivas físicas de Debellows. Prestó mucha atención a los nuevos movimientos, que se parecían mucho a una danza, pero eran en realidad un método para mantener el cuerpo ligero y flexible, permitiendo esquivar una imponente variedad de hechizos. Como ejemplo, Debellows invitó a la clase a formar una fila y preparar las varitas. Uno por uno, cada estudiante intentaría desarmar, aturdir o lacerar a Debellows.

—Cuando queráis —dijo el profesor, sonriendo y saltando ligeramente de un pie a otro.

—Finalmente esto se pone interesante —masculló Trenton Bloch, ondeando su varita. Cuando los primeros hechizos empezaron a ser disparados, Debellows los esquivó con asombrosa facilidad y casi sin esfuerzo. Apenas parecía estar observando a la fila de estudiantes. Simplemente miraba una vez cuando cada persona de la fila alzaba la varita, después se giraba, doblaba, agachaba o incluso hacía una pируeta, dejando que el hechizo pasara a su lado sin hacerle daño, normalmente fallando solo por centímetros. James tuvo que admitir que era un despliegue bastante asombroso, pero estaba decidido a que su hechizo diera en el blanco. Decidió que apuntaría a los pies de Debellows ya que estos, al menos, estaban normalmente pegados al suelo. Cuando llegó su turno, James alzó la varita, apuntó momentáneamente al pecho, y después tan rápidamente como pudo, apuntó hacia abajo y disparó. Incluso mientras el hechizo salía de su varita, Debellows ya estaba en el aire, girando ligeramente. El hechizo aturdidor de James se perdió en la sombra de Debellows. Un momento después, el hombre cayó sobre las manos y las puntas de los pies, como si estuviera haciendo una flexión. Con un suspiro y un gruñido, se lanzó otra vez hacia arriba, aterrizando fácilmente sobre sus pies.

Hábilmente, atrapó su propia varita, que había sido lanzada al aire durante su salto.

—¡Demonios! —gritó Graham Warton. Un aplauso asombrado ondeó sobre los estudiantes.

Kendra Corner levantó la mano.

—¿Cuánto tardaremos en poder hacer *eso*?

—Paciencia, estudiantes —gritó Debellows, riendo ahogadamente y secándose el sudor de la frente con una toalla—. El *Artis Decerto* es un estudio de por vida. Es mucho más que un arte físico, es una disciplina mental. Incorpora las habilidades de levitación, adivinación, e incluso aparición, permitiendo al mago saber cuándo y dónde va a golpear su oponente y asegurarse de no estar aún allí cuando ocurra. Solo los magos más torpes confían solamente en la fuerza de sus hechizos. El mago capaz sabe que si juega bien sus cartas, no necesitará utilizar hechizos en absoluto.

James decidió que, por poco que le gustara Debellows, el *Artis Decerto* era una técnica que valía la pena aprender. Se prometió a sí mismo practicar los entrenamientos y ejercicios mentales que Debellows estableciera incluso si parecían desesperadamente difíciles y abstractos.

—Conoce a tu oponente mejor de lo que él se conoce a sí mismo —ordenó Debellows—. Eso no requiere años de estudio; la mayoría de los magos se conocen muy poco a sí mismos. Evaluadlos en un instante. Tomadles la medida. Si tenéis éxito en eso, siempre tendréis la mano ganadora, y sabréis qué van a hacer antes que ellos mismos. Ya estaréis preparando vuestra defensa, y eventualmente, vuestro contraataque.

—¿Cuando llegaremos a esa parte? —dijo Trenton, bajando la varita con frustración—. Estoy harto de intentar leer la mente de otro tipo. Quiero hacer algo de magia.

—A su tiempo, señor, er, jovencito —replicó Debellows, ondeando una mano—. Primero, debéis entender la logística de la batalla. No debe tomarse ningún curso de acción a menos que ya hayáis previsto las consecuencias. ¡Planear y deliberar es la clave! La magia es una de las opciones disponibles para un mago astuto. Pero en el escenario de la batalla hay tres opciones que un guerrero puede escoger. La primera elección es maldecir a tu oponente.

Kevin Murdock apuntó su varita a su compañero de duelo y fingió una maldición asesina.

—¡Kapow! ¡Estás muerto! Eso es lo que hemos estado esperando —dijo alegremente.

—Una respuesta sistemática y torpe, amigo mío —dijo Debellows—. Tal vez quieras intentar esa técnica conmigo.

La cara de Murdock enrojeció al recordar la forma en que Debellows había esquivado la mirada de hechizos. Sacudió rápidamente la cabeza, bajando la varita.

Debellows asintió una vez.

—Buena elección, chico. Acabas de ilustrar la segunda opción que un mago puede escoger en batalla: esperar y observar hasta que su oponente haga el próximo movimiento. El guerrero astuto podrá explotar las acciones de su oponente y utilizarlas

contra él. Si alguno de vosotros ve alguna vez una batalla, probablemente os encontraréis enfrentados a un enemigo sin entrenamiento e indisciplinado: un enemigo que cree que la valentía, el poder, o el entusiasmo son suficientes para proporcionarle la victoria. Evaluad a este enemigo, esperad a que haga su primer movimiento, y reconoced el momento en que lo haga. Si tenéis éxito en eso, entonces la batalla ya está en vuestras manos.

Trenton Block puso los ojos en blanco, obviamente insatisfecho.

—¿Cuál es la tercera opción entonces?

—La tercera opción, amigos míos —dijo Debellows, alzando las cejas—, es darse la vuelta y alejarse.

—¿La tercera opción es la rendición? —preguntó Morgan Patonia, frunciendo el ceño.

Debellows sacudió la cabeza, sonriendo sombríamente.

—En absoluto. Un auténtico guerrero nunca se rinde. Pero un auténtico guerrero *sabe* cuando una batalla no vale la pena. Puede ser porque el enemigo sea demasiado fuerte, o porque sea demasiado débil. En cualquier caso, no hay valor en semejante batalla. La señal del auténtico valor, estudiantes, es saber cuando *no* luchar.

—Inspirador —masculló Trenton, sin dejarse impresionar. James le miró fijamente, y después a Debellows. Entendía el malestar de Trenton, aún así, después de enfrentarse con Salazar Slytherin en el pasado distante, James comprendía que no podía descartar tan rápidamente como había hecho antes los métodos de Debellows.

La primavera empezó a descender sobre los terrenos de la escuela, Neville Longbottom empezó a dar sus clases de Herbología en largos paseos por el campo, enseñándoles como identificar ciertas plantas y árboles mágicos en estado natural. La clase avanzaba tras él a regañadientes y con dificultad mientras los conducía a lo largo del perímetro del Bosque Prohibido y por las pantanosas orillas del lago.

—Muchas plantas mágicas se han adaptado al medioambiente muggle disfrazándose como algo bastante más inocuo —hablaba Neville alegremente, arrodillado junto al borde del lago—. Por ejemplo, esta variedad de spynacea se ha aclimatado a la vida en zonas muggle disfrazándose de ortiga irritante, así se asegura de que los muggles no intentan arrancarla o cosecharla. Puedes ver la diferencia por el ligero matiz púrpura en la raíz de la hoja. Una vez se arranca la planta, sin embargo —Neville agarró el tallo y tiró de él gentilmente, sacando la raíz de la tierra húmeda—, puedes ver la raíz primaria característica de la spynacea, útil para múltiples pociones y elixires.

—Yo no veo la raíz primaria —dijo Ashley Doone, examinando la parte alta de la raíz de la planta con sus propias manos—. Solo una raíz demasiado grande.

Neville levantó la mirada.

—Er, eso es porque esa planta en particular, señorita Doone, no es tanto una spynacea disfrazada de zumaque venenoso como un zumaque venenoso disfrazado de, er, sí mismo.

—¡Arg! —chilló Ashley, dejando caer la planta y frotándose las manos violentamente

contra la túnica.

—A la enfermería —anunció Neville, suspirando—. Madame Curio tiene un bálsamo que elimina los aceites del zumaque, pero debe darse prisa o le picará durante semanas.

Ralph y James observaron a Ashley correr hacia el castillo, con la túnica ondeando al aire.

Ralph dijo a James:

—¿Todos preparados para el Club de Defensa esta noche?

—Supongo —respondió James—. A penas he visto a Scorpius desde las vacaciones. Francamente, creo que se está quedando sin cosas que enseñarnos.

—¿Tú crees? Yo he aprendido un montón de hechizos útiles con él. Ese abuelo suyo debe ser bueno.

—Sí, bueno, ese abuelo suyo es una de las peores personas que ha conocido nunca mi padre —replicó James—. Lucius Malfoy era un mortífago. Es uno de los que nunca renegó de ello además, aunque el viejo Voldy lleva mucho tiempo muerto. Ahora está escondido, probablemente esperando todavía el ascenso de un imperio sangre limpia. Sabe bastante de magia oscura, incluyendo las tres maldiciones imperdonables.

Ralph se encogió de hombros.

—Bueno, aprendiera donde aprendiera Scorpius, yo me alegro de que lo hiciera. Considerando lo que está pasando con Merlín y ese Guardián, me alegro de aprender tantas maldiciones y maleficios como pueda.

—No sé —dijo James, bajando la voz—. Me estoy empezando a preguntar si no estaremos equivocados en cuanto a todo esto.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —dijo James, suspirando—, ¿y si Debellows tiene razón en cuanto a lo que hace grande a un luchador mágico? ¿Y si pasamos demasiado tiempo aprendiendo solo maldiciones, maleficios y hechizos desarmadores? Tal vez deberíamos empezar a practicar algo de esas técnicas *Artis Decerto* que nos ha estado mostrando.

Ralph sacudió la cabeza.

—Yo no puedo hacer esas cosas, James. Mírame. Zane tenía razón. Soy una pared de ladrillos.

—No eres más grande que Debellows, y ya viste lo que hizo; esquivó todos esos hechizos, moviéndose como si supiera exactamente adónde iba a ir dirigido cada disparo. ¡Lo hizo parecer realmente fácil!

—Sí, sé que esas cosas parecen fáciles. Pero resulta que no lo son. Dijo que el *Artis Decerto* es un estudio de por vida.

—¿Qué más tienes planeado hacer durante el resto de tu vida? —preguntó James, sonriendo—. ¿Quieres ser grandioso en algo o qué?

Ralph sonrió burlonamente.

—¿Crees que Scorpius nos enseñará alguna vez esas cosas?

—Solo hay una forma de averiguarlo —replicó James, arqueando una ceja.

Pero ni Ralph ni James vieron a Scorpius durante el resto del día. Mientras caminaban hacia el gimnasio para la reunión del Club de Defensa, Rose se entusiasmó bastante con la idea de practicar en el club técnicas de *Artis Decerto*.

—Ya sabéis que apenas enseña a las chicas —protestó—. Debelfows es un cretino de primera en lo que se refiere al papel de la mujer en combate. ¡Algunos de los mejores luchadores de la historia han sido brujas! ¿No ha oído hablar de Chloris la Severa? ¿O Ghia von Guggenheim? ¿O ya que estamos, Bellatrix Lestrange y la mujer que la derrotó, la abuela Weasley?

—Puede que *no* haya oido hablar de la abuela Weasley —respondió Ralph pensativamente—. Pero estás en lo cierto.

—Una mujer es indiscutiblemente más propensa a ser buena en *Artis Decerto* —prosiguió Rose—. Somos más gráciles por naturaleza. Y más intuitivas.

—Tal vez deberías enseñarlo tú entonces —dijo James con cara seria.

—Tal vez debiera —replicó Rose, fulminándole con la mirada.

Los tres entraron en el gimnasio, y se detuvieron. La mayoría de los miembros del club estaban ovacionando y gritando, reunidos en una multitud vociferante cerca de la línea de maniquíes. Destellos verdes iluminaban el grupo, pero James no podía ver de dónde salían.

James y Rose se adelantaron, empujando a través de la multitud. James, siendo más alto que Rose, vio primero lo que ocurría. La asamblea de estudiantes había formado un semicírculo alrededor de Tabitha Corsica, Philia Goyle y Albus. Los tres Slytherins sonreían alegremente mientras disparaban rayos verdes a uno de los maniquíes mecánicos. El muñeco saltaba y se retorcía, escupiendo pequeñas ruedas dentadas y resortes, soltándose de su armazón.

—¡Basta! —chilló Rose, con las mejillas rojas—. ¿Qué creéis que estáis haciendo? ¡Alto en este instante!

Tabitha susurró un encantamiento, disparando un hechizo más al muñeco, y después alzó su varita con facilidad. Se giró para mirar sobre el hombro hacia los recién llegados.

—Buenas tardes, Rose, James —dijo—. ¿Hay un pergamo en el que tengamos que firmar para asistir? Odiaríamos saltarnos cualquier formalidad necesaria.

—¿Qué clase de hechizos eran esos? —exigió Rose, plantando los puños en las caderas.

—Calma, Rose —dijo Albus, guardando su varita—. Solo nos divertíamos un poco. Es solo un muñeco, ya sabes.

—Estabas utilizando maldiciones asesinas —dijo Rose, girando hacia Albus—. ¿Cómo te atreves? ¡No puedes venir sin más a este club y empezar a utilizar maldiciones imperdonables, especialmente esa! ¡Conseguiréis que nos expulsen a todos!

—La ley es bastante vaga cuando se trata de practicar maldiciones imperdonables sobre objetos inanimados, Rose —dijo Tabitha, sonriendo indulgentemente—. Además, ¿de qué sirve un Club de Defensa si no vais a practicar técnicas defensivas útiles?

—¿Matar a alguien es tu idea de una técnica defensiva? —escupió James.

Tabitha pestañeó hacia él, adoptando una apariencia asombrada.

—¿Se te ocurre una más efectiva? —preguntó.

—Tiene razón —gritó Nolan Beetlebrick, uno de los compañeros Slytherins de Tabitha, entre la multitud de estudiantes—. Debellows es un incompetente. No nos enseña nada útil. Yo quiero aprender a cómo luchar de verdad.

Hubo un coro de acuerdo.

—No queremos usurpar el control de vuestro club —dijo Tabitha, guardándose la varita—. Estamos aquí para aprender, como el resto de vosotros.

—Pero si alguien no os enseña cómo hacer una maldición *Cruciatus* básica —intervino Philia—, ¿cómo esperáis tratar con aquellos que no se lo pensarían un segundo antes en utilizar una maldición asesina contra vosotros?

La multitud de estudiantes balbuceó excitadamente.

—Tiene razón —dijo alguien—. ¡Tienes que estar listo para combatir el fuego con el fuego!

—¿Todos los Slytherins estáis dementes? —declaró una voz. James miró y vio a Joseph Torrance empujando para llegar a la parte delantera del grupo—. Así habéis sido siempre, ¿no? Directamente a la magia oscura. Todos sois una panda de perritos con un solo truco.

Hubo otro balbuceo en respuesta de la multitud. Unos pocos se alejaron de Joseph como si creyeran que Tabitha pudiera maldecirle allí mismo.

—Si ese truco es suficientemente poderoso —dijo Tabitha, con su sonrisa más encantadora—, puede ser todo lo que el Perrito necesita.

—Suficiente —gritó James cuando la multitud comenzaba a agitarse. Alzó las manos, girándose hacia la asamblea de miembros del club—. Nosotros comenzamos este club, Ralph, Rose y yo, y se supone que es solo para gente de primero a cuarto —dijo volviendo a mirar a Tabitha y Philia—. Debellows está enseñando magia defensiva a los mayores, como vosotras dos. El club pretende ser un lugar donde podamos practicar las bases de la magia defensiva. Nunca se planeó para aprender ninguna maldición imperdonable.

—¿Por qué no? —interrumpió Beetlebrick, con expresión pétreas—. ¿Por qué todo el mundo está intentando asegurarse de que no sepamos cómo defendernos?

Un coro de acuerdo y argumentos irrumpió de la multitud. James llamó al orden, pero el ruido era demasiado alto. El grupo parecía a punto de disolverse en un completo caos.

Un sonoro crujido resonó a través de la habitación, sorprendiendo a todos los presentes. James levantó la mirada, intentando ver de dónde había venido el crujido. Un rastro de humo que se disolvía conducía hacia el pasillo donde Scorpius estaba de pie, con los ojos entrecerrados y una sonrisita curvando sus labios.

—Queréis practicar maldiciones imperdonables, ¿no? —dijo arrastrando las

palabras—. Por si acaso lo habéis olvidado, yo soy el profesor de este club. Los Slytherins sois nuevos, así que lo dejaré pasar, pero seguramente no querréis que nadie tenga la impresión de que estáis intentando tomar el control.

La sonrisa de Tabitha se convirtió en la sonrisa de tiburón mientras miraba a Scorpius.

—Así que es cierto, el alumno de primero, Scorpius Malfoy, va a enseñarnos todo lo que sabe. ¿Eso incluye como traicionar los valores y tradiciones de tu familia?

Scorpius suspiró y entró en la habitación.

—No hasta el curso que viene —respondió él jovialmente—. Aunque en lo que se refiere a trampas y apuñalamientos por la espalda, odiaría repetir nada que vosotros ya supierais. Tal vez podáis saltaros ese capítulo.

Scorpius se dirigió al centro del grupo, colocándose entre Tabitha y Albus, que miraba al chico pálido sin enmascarar su desdén.

—Perdón —dijo Scorpius, empujando a Albus con el hombro. Se giró de cara al grupo, sacando su varita de la capa con una floritura—. Deseáis aprender las maldiciones más poderosas, ¿no? Queréis saber cómo defenderos, e incluso más, acabar con el enemigo, ¿no? Bueno, al contrario de lo que podéis pensar, *yo* no os detendré. Aprenderemos esas cosas. Y yo seré el que os las enseñe. —Scorpius entrecerró los ojos de nuevo, mirando duramente a James, como desafiándole a discutir—. Puede que solo sea un alumno de primero, pero la tradición de mi familia, como “Tabby” ya ha mencionado, es rica en artes mortíferas. Os enseñaré como me enseñaron a mí mi padre y mi abuelo.

—Pequeña sabandija —escupió Philia—. ¡Nosotros llevamos años practicando magia defensiva! ¿Qué puede enseñarnos un asqueroso renegado Gryffindor como tú?

—Lo primero que puedo enseñarte es a *callarte* cuando el profesor está hablando —dijo Scorpius, girándose hacia Philia, con ademán resuelto—. Fuera de esta habitación, tú puedes ser una estudiante de quinto y yo un “asqueroso renegado Gryffindor”, pero en esta habitación, eres la estudiante y yo tu instructor. ¿O tal vez te hayas pensado mejor lo de pertenecer a este club?

La cara de Philia se había vuelto roja de rabia.

—Yo te enseñaré a hablar así...

—Basta, Philia —interrumpió Tabitha, divertida—. Scorpius tiene razón. Este es su club. Debemos acatar sus reglas. Mientras estemos en esta habitación. Veamos qué puede enseñarnos, ya que aparentemente ha sido tan bien educado.

Scorpius miró fijamente a Philia, desafiándola a oponerse a Tabitha. Después de un momento, la cara de Philia se endureció. Se guardó la varita y cruzó los brazos.

—Como pensaba —dijo Scorpius, girándose otra vez hacia los miembros del club—. Lo primero es lo primero. Debéis aprender a defender, esquivar y aturdir antes de que podáis aprender a dar buen uso a nada más poderoso. Saltaos lo básico y acabaréis siendo el blanco de cualquier imbécil con una varita. Afortunadamente, estamos

bastante avanzados en esas habilidades, y solo espero que nuestros nuevos amigos Slytherins estén a nuestra altura. Pero más tarde, una vez dominéis estas técnicas, estaréis listos... para aprender esto.

Scorpius giró sobre sus talones y ondeó el brazo, apuntando su varita al muñeco roto.

—*Avada Kedavra!* —rugió, desnudando los dientes. El rayo que salió disparado de su varita era tan brillante y tan verde que iluminó la habitación entera. Golpeó al muñeco en el pecho, y sus brazos y piernas se agitaron, temblando violentamente. Entonces, con un estruendo y un traqueteo, el muñeco se soltó de su sujeción. Cayó al suelo en una pila.

Scorpius lo miraba fijamente, con los ojos convertidos en una ranura y los dientes todavía desnudos.

Nolan Beetlebrick se separó del perímetro de la multitud y pateó el muñeco con el pie. Un engranaje salió de él y rodó por el suelo.

—Sí —dijo el chico, asintiendo con la cabeza—, definitivamente lo has matado.

Hubo una ronda de aplausos nerviosos y escasos. Rose miró a James, con los ojos bien abiertos y preocupada. Su expresión parecía preguntar: *¿qué hemos hecho?* James simplemente sacudió la cabeza lentamente.

—Esto podría ser mejor de lo que pensaba —dijo Albus, dando un codazo a James—. Buen trabajo, hermano mayor.

Cuando abandonaban el gimnasio un rato después, James alcanzó a Ralph.

—¿Qué te ha pasado? ¿Dónde estabas? —exigió.

Ralph miró a James a la defensiva.

—¿Qué? ¡Estuve ahí todo el tiempo!

—¡No dijiste una palabra cuando Tabitha y Goyle aparecieron y empezaron a matar muñecos!

—Bueno —replicó Ralph, encogiéndose de hombros y caminando rápidamente—, me pareció que Rose y tú lo teníais bajo control.

—¿Bajo control? ¿Llamas a perder completamente el club tenerlo “bajo control”? ¡Scorpius está planeando enseñar maldiciones imperdonables!

Ralph no dijo nada mientras caminaba. James le miró furiosamente, entrecerrando los ojos.

—Tú quieres aprenderlas también, ¿no? —exigió.

Ralph apretó los labios, negándose a contestar. James se colocó delante de él, deteniéndole en el pasillo, pero Ralph habló primero.

—No, James —dijo, bajando la mirada y sacudiendo la cabeza—. Mira, tú eres mi mejor amiguete en la escuela, pero venimos de dos mundos diferentes. Vosotros los Gryffindors podéis mostráros todo inocencia y valentía sobre cosas como las maldiciones imperdonables, pero francamente, sí, para mí tiene sentido aprenderlas. Lo siento.

La boca de James se abrió de par en par.

—Ralph, por algo las llaman “imperdonables”. ¡Ni siquiera podríamos usarlas para luchar contra el Guardián si llegamos a eso! ¡Esa cosa ni siquiera es humana! Así que no hay excusa para utilizarlas.

—¿No? —dijo Ralph. James sabía que Ralph odiaba los enfrentamientos, pero el chico más grande se obligó a mirar a James a los ojos—. ¿Me estás diciendo que no habrías utilizado una maldición imperdonable para evitar que Voldemort matara a tus abuelos?

James retrocedió un paso, sin palabras. Empezó a responder, pero Ralph siguió, cortándole.

—¿Y qué hay de cuando mi tío estaba listo para matar al padre de Ted Lupin? ¿Habrías utilizado una maldición imperdonable para evitar que lo hiciera? ¿O incluso contra mis propios abuelos cuando estaban llevando a mi padre al orfanato muggle, diciéndole que ya no le querían, que ningún squib era lo bastante bueno para ser su hijo? ¿Y si alguien les hubiera puesto bajo una maldición *Imperio*, y les hubiera obligado a llevarle de vuelta a casa, y hacer que le quisieran como se supone que quieren los padres a sus hijos? ¿Me estás diciendo que habrías decidido no hacerlo porque solo la gente “mala” utiliza maldiciones imperdonables?

James tartamudeó, commocionado por la callada ferocidad en los ojos de Ralph.

—Ralph, yo... no... quiero decir...

Ralph sacudió la cabeza y apartó la mirada.

—No puedo culparte por no entenderlo, James. Pero honestamente, si utilizando una maldición imperdonable pudieras recuperar a la gente a la que has perdido para siempre, ¿no lo harías? Si pudieras recuperar las cosas que te han quitado personas estúpidas y egoísticas... ¿no lo harías? —Ralph miró a James de nuevo, con los ojos brillantes—. Porque yo sí, James. De veras lo haría. Sin pensarlo un segundo.

Con eso, Ralph empujó a James y se adentró en la oscuridad del pasillo. James sabía que no serviría de nada seguirle, pero le asustaban las cosas que Ralph había dicho. Nunca había visto tanta pasión en el chico antes, pero al parecer, había estado allí todo el tiempo, solo que bajo la superficie.

Rose alcanzó a James, sacudiendo la cabeza preocupada.

—Tendremos que arrinconar a Scorpius en la sala común —dijo—. Todavía está ahí, rodeado de gente. Les está mostrando cómo hacer el maleficio *Levicorpus*. ¿Qué pasa?

James sacudió la cabeza, todavía mirando hacia Ralph.

—No sé, Rose. Nada está yendo como se suponía que debía ir. Y a decir verdad, no tengo ni idea de qué se supone que debo hacer al respecto.

—Yo te diré lo que tienes que hacer, James —dijo Rose seriamente.

James la miró fijamente, frunciendo el ceño.

—¿Y qué sería eso?

—Lo que hiciste el año pasado cuando te metiste en problemas —replicó Rose, arqueando las cejas—. Ir a pedir ayuda a alguien que si sepa qué hacer.



A principios de la semana siguiente, James todavía no había hablado con Scorpius sobre su discurso en la última reunión del Club de Defensa. No es que no hubiera tenido oportunidad; más bien simplemente no sabía qué decir. Conocía a Scorpius lo suficiente como para saber que si le exigía que no enseñara maldiciones imperdonables en el club, probablemente empezaría con ellas en la siguiente reunión. Consideró eliminar simplemente a Scorpius como profesor, pero el hecho era que era muy buen profesor, y parecía saber un montón.

La peor parte era que James era incapaz de discutir el problema con Ralph ya que éste al parecer quería aprender las maldiciones. James podía entender más o menos lo que había dicho Ralph, pero todas las razones que había dado para aprender las maldiciones estaban ya en el pasado. Aprender las maldiciones ahora no traería de vuelta a los abuelos de James ni al padre de Ted. Tal vez Ralph estuviera pensando en tragedias venideras y quisiera estar preparado para ellas. Fuera como fuera, resultaba preocupante. Ralph había estado de mal humor y callado desde la conversación en el pasillo, y James decidió que lo mejor era dejarle en paz por un tiempo.

Afortunadamente, se distrajo por completo de todo eso durante un rato en la clase de Cuidado de Criaturas Mágicas del martes. Hagrid condujo a los estudiantes a la parte de atrás del granero, haciendoles callar y manteniéndoles detrás de él con su mano enorme.

—Grawp lo está haciendo bastante bien —susurró Hagrid—, pero no queremos distraerle. Es un trabajo peliagudo, pasear a un dragón.

Mientras el grupo se arrastraba alrededor del granero, James se asomó más allá de Ralph, intentando ver. A poca distancia, justo en la linde del bosque, Grawp caminaba muy lentamente, volviéndose a mirar sobre el hombro. Parecía tener algo parecido a una puerta de hierro amarrada al antebrazo izquierdo a modo de escudo. Una cadena muy gruesa que partía de la mano derecha alzada de Grawp, terminaba en un collar sobre el largo cuello de Norberta. Asombrosamente, el dragón deambulaba dócilmente detrás de Grawp, olisqueando los árboles y enterrando ocasionalmente el hocico en la tierra, escarbando algo.

—A Norberta le gustan los topos bien gordos —susurró Hagrid—. Y puede olerlos a través de la tierra. Sería genial para el control de plagas si no prendiera fuego de vez en cuando a los árboles. Hoy se está portando bien, sin embargo, así pensé que sería seguro darle un paseíto.

—¿Qué pasa si quema a Grawp? —preguntó Morgan Patonia—. ¿Para eso es la

puerta de hierro?

Hagrid sacudió la cabeza.

—Quiere a Grawp incluso más que a mí. Nunca le quemaría. El escudo es solo una medida de seguridad extra. El año pasado la directora McGonagall insistió en que lo llevara siempre que la sacara. Ahora es sólo un hábito.

Grawp tiró de la cadena cuando Norberta se quedó atrás, olisqueando el tronco de un árbol. Ella se inclinó pesadamente en el árbol y se frotó contra él, como rascándose un picor. El árbol tembló y gimió, inclinándose notablemente.

—Me pregunto quién ganaría una pelea —susurró Graham, sonriendo—, ¿el Sauce Boxeador o Norberta?

—Eso es una estupidez —replicó Ashley, sacudiendo la cabeza.

—Yo pagaría por verlo —dijo Graham—. Batalla de Titanes Mágicos. Imagina.

Ashley puso los ojos en blanco.

—Me lo estoy imaginando, y es una estupidez.

—No la dejes derribar el árbol, Grawpy —gritó Hagrid tan quedamente como pudo, colocándose las manos en la boca a modo de bocina—. Es un olmo Grimlock. ¡No quedan muchos de esos!

Grawp tiró con más fuerza de la cadena, pero Norberta era testaruda. Molesta, golpeó la cola contra la colina, produciendo un temblor perceptible en la tierra. Parecía estar olisqueando algo justo dentro del perímetro de los árboles. Arañó el suelo, tirando de Grawp y separando los árboles con sus enormes hombros. Resopló una pequeña explosión de llamas amarillas.

—¿Qué estará olisqueando? —pregunto Hagrid preocupado—. Er, tal vez deberíais volver al granero. Solo por seguridad.

Ninguno de los estudiantes obedeció. En vez de eso, empujaron hacia delante, curiosos por ver qué estaba pasando, aunque nadie se aventuró a adelantarse al propio Hagrid.

—¡Calma, Grawpy! —gritó Hagrid con una vocecilla estrangulada—. ¡No muy fuerte! Dale solo un tironcito. No queremos que se enfade ahora. ¿Qué...?

Algo pequeño y amarillo había surgido de repente de entre los árboles, como asustado por los araños de Norberta. Revoloteó entre sus piernas y se arqueó hacia arriba, remontando el cielo gris.

—Oh, no —dijo Hagrid con voz preocupada—, me preguntaba dónde estaría.

Con un violento y sinuoso tirón, Norberta se dio la vuelta, su cuerpo entero coleando tras la cabeza y sus mandíbulas abiertas y feroces. Grawp fue totalmente alzado de sus pies, negándose a soltar la cadena. Aterrizó con un enorme y enlodado trompazo y se deslizó por la hierba mojada, empujado por el salvaje tirón de Norberta.

—¡Todo el mundo adentro! —chilló Hagrid, ondeando ambos brazos protectoramente—. ¡Es un *wargle* que conseguí de Viktor Krum, y Norberta se chifla por ellos. Se perdió hace unos días, pero me imaginé que estaría ya a medio camino de

Bulgaria. ¡Grawp! ¡Sujétala! ¡No la sueltes, no importa lo que pase!

La tierra se estremeció cuando Norberta se lanzó tras la criatura amarilla, arrastrando a Grawp junto con ella. Grandes vetas enlodadas quedaban en la ladera a su estela. Ninguno de los estudiantes se había movido. James observaba el espectáculo, con los ojos bien abiertos, inseguro sobre si debía sentirse divertido o asustado. El wargle tenía el tamaño de un gato pero era de color amarillo canario y con cuatro alas ondeantes. Una cola larga y trenzada le colgaba atrás, silbando en el aire. James pensó que la criatura parecía casi imposiblemente mona. Norberta se agitaba y saltaba, chasqueando las mandíbulas salvajemente, apenas fallando a la rápida y acrobática forma. Arrastrado detrás, Grawp tiraba heroicamente de la cadena hacia sí mismo, intentando alcanzar el cuello de Norberta.

—Eso es, Grawpy —animó Hagrid, empezando a trotar inseguro hacia la cima de la colina—. Yo le agarraré la cola si puedo. ¡Tú cógela por el cuello! ¡Oh!

De repente el wargle se lanzó hacia arriba, sobrevolando el cielo fuera del alcance de Norberta. Con una enorme floritura, el dragón desplegó las alas y las bajó en una sola y estruendosa estocada. Saltó del suelo, rugiendo y llevándose a Grawp con ella.

—¡Creía que no podía volar! —exclamó Graham. Los estudiantes comenzaron a echarse nerviosamente hacia atrás, moviéndose hacia el relativo refugio del granero.

Como presintiendo un escondite, el wargle se arqueó hacia abajo de nuevo, dirigiéndose hacia la multitud de estudiantes. Norberta ondeó las alas y se lanzó. Era asombroso lo rápida que resultaba para su tamaño a pesar del ala herida. Los estudiantes se esparcieron en todas direcciones cuando su sombra oscureció el cielo en lo alto. Hagrid corría de acá para allá, con los brazos extendidos, como si pretendiera atrapar al enorme dragón.

—¡Aguanta, Grawp! —gritaba a su medio-hermano, que se balanceaba peligrosamente del extremo de la cadena, dejando un rastro de gotas de barro—. ¡La tienes! ¡No la sueltes!

Norberta rugió de nuevo, luchando por permanecer en el aire. Su cola se agitó mientras aleteaba, golpeando la chimenea del granero y haciendo volar trozos de piedra. El wargle giraba en círculos habiendo sucumbido al pánico. Finalmente, la criatura amarilla pareció presentir que Norberta no podía volar con propiedad. Se lanzó hacia arriba, apuntando a las nubes distantes.

—¡Grawp! —gritó Hagrid de repente—. ¡Escudo! ¡Va a escupir fuego!

Norberta dio un último aleteo con sus enormes alas, extendió su largo cuello, y rugió. Esta vez, el rugido produjo un largo chorro de llamas blanco-azuladas. El calor chamuscó la cima de la colina. James lo sintió alborotarle el cabello. Y entonces, con un trompazo reverberante, el dragón aterrizó sobre las cuatro garras. Grawp llegó a continuación. Estaba cubierto de barro y grandes trozos de hierba, pero se levantó instantáneamente de un salto y lanzó los brazos alrededor del cuello del dragón, sujetándola. El dragón no parecía preparado para intentar volar de nuevo. Alzó la

cabeza en toda su longitud, con las mandíbulas abiertas. Un momento después, una pequeña forma negra cayó del cielo, dejando un rastro de humo. Aterrizó directamente en la garganta de Norberta y ella se la tragó audiblemente.

Hagrid sacudió la cabeza.

—Qué lástima —dijo—, los wargles son difíciles de encontrar. Se lo advertí, desde luego. Ah, bueno, ¿alguien está herido? ¿Grawpy, estás bien?

Grawp soltó tentativamente el cuello del dragón y retrocedió, todavía sujetando la cadena. Miró a Hagrid.

—Grawp con barro en nariz —dijo pesadamente.

—Lo siento, Grawpy. Vamos, volvamos a meter a esta vieja muchacha en su corral, ¿eh? —Se giró hacia los estudiantes, con la cara roja e implorante—. Probablemente será mejor que, er, mantengamos esto en privado, si no os importa.

James miró de reojo a Trenton, que antes había amenazado con escribir a sus padres sobre la bastante aterradora colección de animales de Hagrid.

—Eso —dijo Trenton, notando la mirada de James—, ha sido endemoniadamente asombroso.

Cuando James y Ralph volvían del granero, pasaron junto a los invernaderos donde la clase de primero de Herbología del profesor Longbottom acababa de terminar. James divisó a Scorpius.

—Te veo en el almuerzo, Ralph —gritó James mientras se alejaba trotando—. Tengo lugares a los que ir y gente a la que ver.

Ralph no replicó, y James supo por qué. El otro chico sabía qué estaba tramando. Scorpius oyó acercarse a James y se detuvo, girándose.

—Me preguntaba cuando ibas a aparecer, Potter —dijo, levantando la mirada a las nubes bajas.

—Sí, bueno, quería hablar contigo del Club de Defensa.

—Por supuesto —sonrió Scorpius débilmente—. Vienes a hacerme cambiar de opinión sobre lo de enseñar hechizos duros, ¿no?

—En realidad, no —replicó James—. He estado pensando en ello. No puedo evitar que enseñes a la gente lo que has aprendido de tu familia, y además, si no lo aprenden de ti, lo aprenderán de Corsica y Goyle. He venido porque...

James no podía obligarse a decirlo. Sabía que el consejo de Rose había sido acertado, solo que no había sabido cuándo y cómo se suponía que tenía que utilizarlo. Ahora lo sabía. Finalmente, tomó un profundo aliento y dijo entre dientes:

—He venido a pedirte ayuda.

—¿Ayuda? —replicó Scorpius suspicazmente—. ¿Para qué?

—Para mantener a Tabitha y el resto bajo control —respondió James—. Mira, lo sabes mejor que yo. *Ellos* no quieren aprender maleficios y maldiciones para luchar contra los tipos malos. Solo quieren utilizarlos para hacerse los matones y conseguir poder sobre la gente. Se suponía que el Club de Defensa era una forma de que la gente aprendiera

hechizos y técnicas defensivas básicas, pero creo que puede ser incluso más que eso. Creo que podemos utilizarlo para practicar las cosas que el profesor Debellows nos enseña sobre como ser auténticos luchadores. Podemos practicar las técnicas de *Artis Decerto* que nos ha mostrado y llegar a ser realmente buenos en ellas. Después podemos unir esas habilidades con los hechizos que ya hemos aprendido, y entonces, cuando todo el mundo esté listo para saber cómo usarlas... —James tragó—, puedes enseñar las maldiciones imperdonables si todavía quieres hacerlo.

—Veamos si lo he entendido —dijo Scorpius—. Empezaste el Club de Defensa porque no te gustaba la forma en que Debellows enseñaba magia defensiva. ¿Y ahora quieres convertir el club en un lugar para practicar las estupideces que él nos enseña?

James suspiró.

—Sí, cierto, haces que suene realmente estúpido. Pero hay mucha verdad en ello. De cualquier modo, si Corsica y Goyle o incluso Albus siguen viniendo al club y matando a los maniquíes, van a imponer las maldiciones imperdonables y pasaremos por alto todo lo demás. Tal vez algunos puedan manejar el saber las maldiciones imperdonables, pero no todo el mundo puede. Y definitivamente no sin aprender lo básico primero.

—Entonces échales. —Scorpius se encogió de hombros—. Tú llevas el club. Decide quién puede estar en él. No es mi problema.

—No puedo echarles sin más —dijo James, exasperado—. Todo el que quiera puede entrar en el club. ¡Pero tú sabes cómo hablar con ellos! Fue absolutamente genial como los manejaste en la última reunión. ¡Tu familia comprende la forma de pensar de los Slytherins! Necesito que me ayudes a evitar que tomen el control.

Scorpius entrecerró los ojos.

—Solo porque mi padre me convenciera para ayudarte a atravesar el espejo de Oesed, eso no significa que sea tu colega, Potter. Enseño en vuestro club porque quiero, no porque me lo hayáis pedido. ¿Quién eres tú para decidir quién puede conocer las maldiciones imperdonables y quién no?

James miró a Scorpius pensativamente.

—No creo que ni tú mismo te creas eso —dijo—. Solo estás intentando que me enfade contigo, y ni siquiera sé por qué. Si creyeras que todo el que lo deseé debe poder aprender la maldición asesina, la habrías enseñado en la última clase, o habrías dejado que Corsica y Goyle lo hicieran. En vez de eso, pasaste el rato distrajendo a todo el mundo con cosas como el maleficio Levicorpus. Lo admitas o no, estás de acuerdo conmigo, Scorpius.

—Te engañas a ti mismo, Potter —dijo Scorpius, girando sobre los talones—. ¿Por qué iba a estar de acuerdo contigo?

—Porque —gritó James, observando como el chico pálido se alejaba— tú también eres un Gryffindor. Y creo que el Sombrero Seleccionador sabía lo que hacía.

Scorpius no se detuvo. Simplemente continuó caminando, dirigiéndose hacia el castillo. James observó durante un momento, después suspiró y le siguió. Solo podía

esperar que a pesar de la actitud de Scorpius, al menos pensara en lo que le había pedido.



Finalmente, Albus le contó a James cómo había ocurrido.

Llegó la noche del jueves y Tabitha, Philia, y Albus iban de camino al gimnasio para el Club de Defensa. Cuando estaban todavía a varios pasillos de distancia, Scorpius se encontró con ellos viniendo de la otra dirección.

—Darov la vuelta y caminad conmigo —dijo en voz baja, intentando poner los brazos alrededor de Tabitha y Albus.

—Quita la mano o recógela de dónde quiera que caiga —dijo Tabitha, apuntando con su varita a la muñeca de Scorpius.

—Susceptible, susceptible —replicó Scorpius, apartando las manos— y yo aquí intentando ayudaros.

Albus resopló.

—Como si necesitásemos tu ayuda, sabandija.

—Aunque parezca mentira, realmente os estoy ahorrando un montón de molestias —gruñó Scorpius, mirando a Albus a los ojos—. El pequeño club de tu hermano está a punto de disolverse, y no creo que la cosa vaya bien para aquellos que estén presentes cuando eso ocurra.

La cara de Philia estaba marcada por la sospecha.

—¿Quéquieres decir?

—*Algún* individuo preocupado ha alertado al profesor Debells de que a los estudiantes se les están enseñado magia defensiva y maldiciones, todo en un intento de socavar su técnica educativa. Hasta se permitió el desliz de decir que algunos estudiantes incluso habían sido vistos practicando la maldición asesina.

Tabitha estudió la cara de Scorpius.

—Qué perfectamente retorcido. Pero dime, ¿por qué harías tal cosa?

—Dije que había sido yo? —preguntó Scorpius inocentemente.

—Está mintiendo —dijo Albus— no haría eso a sus compañeros de casa.

—Puede que quieras hacerte a un lado un momento —dijo Scorpius, lanzando una mirada hacia el pasillo. Unas voces se aproximaban rápidamente. Debells apareció por una esquina conduciendo a Rose por delante de él. A esta se la veía sumamente preocupada.

—Así que tú y James Potter sois los responsables de esto, ¿eh? —dijo Debellows bruscamente—. Es el hijo del jefe de aurores del Ministerio, ¿no? Debería haber sabido que sería un problema. Aunque tenía entendido que erais tres.

—Bueno —la voz de Rose temblaba—, sí, algo así. Supongo que no tiene sentido ocultarlo más. Lo verá por sí mismo bastante pronto.

Cuando Debellows y Rose pasaron junto a Scorpius, ella le lanzó una mirada marchita. Scorpius sonrió burlonamente.

Cuando pasaron de largo, Albus miró furioso a Scorpius.

—¿Por qué harías eso a mi hermano?

—¿Es así cómo me pagas por mi advertencia? Supongo que la sangre es en efecto más espesa que el agua, ¿verdad?

—¿Por qué, Scorpius? —preguntó Tabitha—, sólo estás poniéndote las cosas más difíciles con tus compañeros de casa.

—Mis *compañeros de casa* son un atajo de arrogantes afeminados —gruñó Scorpius—. No tienen lo que hay que tener para aprender auténtica magia. Se hizo evidente para mí la semana pasada, que vosotros sois los únicos con quienes necesito relacionarme. Sí, sí, —dijo, levantando la mano cuando Philia abrió la boca—, soy un Gryffindor. ¿Qué importan los nombres? Si los nombres lo fueran todo, el pequeño Albus tendría que enfrentarse en un duelo a muerte con vosotras dos. Los Slytherins y los Potter han sido siempre enemigos mortales, ¿no? Obviamente, hemos superado eso, y por una buena razón. No pido formar parte de vuestro estúpido club Garra y Colmillo. Estoy simplemente sugiriendo que quizás empecemos un club nuevo, y tal vez nos reunamos en la sala de práctica de Slytherin, donde podremos sentirnos libres de practicar cualquier cosa que deseemos, en secreto.

—¿Y te dignarías enseñarnos? —exigió Philia, sonriendo desagradablemente.

—Creo que no —contestó Scorpius—. El hecho es que no podría asistir regularmente. Además, lo imagino más como una sesión de práctica en grupo. Todos podemos aprender unos de los otros, y no habrá nadie allí para decírnos lo que no deberíamos aprender. Sin embargo, *necesitaría* acceso a los aposentos Slytherin. Parece un pequeño pago por el favor de hoy. Además, como insinuaste la semana pasada, Tabitha, mi familia tiene un historial Slytherin bastante impresionante.

—Pequeña rata —dijo Philia—. Todo esto sólo porque odias que te haya tocado Gryffindor.

—Tener un anillo no te convierte en un miembro de la casa Slytherin —dijo Tabitha, inclinando la cabeza y sonriendo—. A ningún Gryffindor se le puede permitir acceso libre a nuestros aposentos. Sin embargo, sospecho que podremos llegar a un agradable acuerdo.

—Eso es todo lo que pido —contestó Scorpius alegramente—. Y ahora debería irme corriendo. Parecerá bastante sospechoso que no esté allí cuando caiga el martillo sobre el pequeño club de James. Charlaremos pronto.

Tabitha, Philia, y Albus observaron a Scorpius girarse y trotar en la dirección en que Rose había sido conducida por Debellows.

Algunos minutos más tarde, Scorpius pasó la puerta cerrada del gimnasio. Podía ver a través de la ventana de cristal esmerilado que todo estaba oscuro en el interior. Se detuvo y escuchó. Un momento más tarde, oyó voces cerca, resonando. Las siguió, girando a la izquierda en el siguiente pasillo. Acabó en un alto vestíbulo con ventanas a un lado. James y Rose estaban con Debellows en el centro del suelo de mármol. Todos miraban fijamente hacia arriba, estirando el cuello. Debellows tenía su varita alzada, apuntándola cuidadosamente. En lo alto, Ralph colgaba del tobillo, suspendido a gran altura en medio del aire.

—Solo estábamos probando —aclaró James—. Se llama maleficio *Levicorpus*. No sabía que se requeriría a un contramaleficio para bajarle otra vez.

—¡Aguanta, Ralph! —gritó Rose, retorciéndose las manos en una parodia de preocupación.

Debellows sacudió la cabeza disgustado.

—Esta es exactamente la razón por la que no enseño magia defensiva a los primeros años —exclamó—. Ningún concepto de posibles consecuencias. Menos mal que accidentalmente no aprendiste el maleficio mocomurciélago. Era uno de los favoritos en mis tiempos *Liberacorpus!* —Debellows ondeó su varita e hizo girar a Ralph a posición vertical. Un momento más tarde, este vagó torpemente hasta el suelo.

—Guau —dijo Ralph temblorosamente—. Estoy mareado.

—Lo siento, profesor Debellows —dijo Scorpius desde la puerta—. Es culpa mía. Aprendí ese maleficio de mi abuelo. Debería haber tenido más sentido común y no mostrar a nadie como hacerlo. Por supuesto, he aprendido la lección.

—Eso espero —dijo Debellows bruscamente—. Si fuese un hombre menos gentil, quitaría puntos, da igual cuales sean vuestras casas, pero aceptaré vuestra palabra de que esto no volverá a ocurrir. —Guardó su varita y giró hacia Rose—. Interrumpisteis una pipa perfectamente buena. Pero no importa. ¿Algún otro contratiempo mágico que deba atender antes de regresar a mis aposentos?

Los cuatro estudiantes sacudieron las cabezas, entusiastas.

—Gracias, profesor —dijo Rose sin aliento— realmente es un placer ver a alguien de su talla en acción.

—Bueno —contestó Debellows, alisándose la túnica—, por supuesto, lo entiendo. Buenas noches, estudiantes. Y como dije, no me llaméis “profesor”. Mi nombre es Kendrick.

—Kendrick —dijo Rose, como cautivada con las mismas sílabas—. Gracias, señor. Buenas noches.

Cuando Debellows finalmente se fue, Scorpius se acercó a Rose, James y Ralph.

—Creo que voy a vomitar —dijo.

—Ya te digo —estuvo de acuerdo Ralph—. Se suponía que ibas a parecer agradecida,

no como si adoraras la tierra que pisa.

—No fue nada —replicó Rose como si hubiera sido elogiada—, dominé esa técnica años atrás con mi padre.

James sonrió abiertamente.

—Das un poco de miedo, Rose. ¡Vamos! Vayamos al gimnasio. Scorpius, ¿cómo ha ido con Tabitha, Philia y Albus?

—Según lo planeado —dijo Scorpius, encogiéndose de hombros—. Creyeron mi historia en cuanto vieron a Debellows pasar marchando. No volverán.

James fue el primero que alcanzó la puerta del gimnasio. Tiró de ella y dio un paso al interior, iluminando con su varita. En la oscuridad, los miembros del club estaban sentados en grupos, susurraban excitadamente. Levantaron la mirada cuando el cuarteto entró.

—Bien —dijo James, sujetando la varita sobre su cabeza—. Hola a todos. Como dije hace algunos minutos, tenemos un anuncio que dar hoy. Tras la semana pasada, se ha hablado mucho de aprender las tres maldiciones imperdonables. Scorpius es el profesor, así que lo que aprendemos es decisión de él. Pero antes de que lleguemos a cualquier cosa realmente espeluznante y poderosa, vamos a mejorar en lo que ya *sabemos*, y pasar algún tiempo practicando la técnica que el Profesor Debellows ha estado enseñando en D.C.A.O.

—¿Por qué demonios íbamos a hacer eso? —dijo Nolan Beetlebrick, poniéndose de pie—. Yo creía que el objetivo de este club era aprender las cosas que él *no* nos enseñaba.

Scorpius contestó.

—El objetivo de este club es aprender técnicas defensivas y ser tan buenos en ellas como podamos. ¿Alguno de vosotros sólo quiere aprender algunas maldiciones y conjuros rápidos? Supongo que sí. Pero si pensáis que seréis capaces de batirnos en duelo la mitad de bien que el resto de nosotros después de que hayamos dominado el tipo de habilidades que Debellows nos mostró el otro día, creo que terminaréis muy decepcionados.

Ralph asombró a James hablando en voz alta.

—Sé que no es muy excitante practicar todos los entrenamientos y ejercicios que Debellows nos ha mostrado. Por eso vamos a seguir dedicándonos a los hechizos y la magia también. Pero James tiene razón. Tenemos que aprenderlo todo junto. Es la única forma de que realmente seamos lo mejor que podamos ser. Pero tal vez alguno de vosotros no esté de acuerdo con eso. Si es así, recordad que esto es simplemente un club, no una clase. Podéis irnos cuando queráis.

Nolan Beetlebrick estaba todavía de pie. Vio que todo el mundo le estaba mirando. Arrastró un poco los pies.

—¿Y quién va a enseñándonos esa cosa del *Artis Decerto*? ¡Él! —exclamó, señalando a Scorpius—, dudo que su abuelo le enseñara algo de eso.

—No —dijo James, mirando a Scorpius—. Tenemos a otro maestro para eso. El

mismo no lo estudió, pero trabajará con alguien que lo conoce muy bien. Juntos, dirigirán esa parte del club de ahora en adelante.

—¿Sí? —dijo Beetlebrick, poniéndose las manos en las caderas—, ¿y quién es?

—Yo —contestó una voz. Beetlebrick saltó y dio un paso atrás cuando dos fantasmas atravesaron rápidamente la pared que estaba a su lado—. Y ella.

James sonrió cuando Cedric se desplazó al centro de la sala, emanando una fina luz en el oscuro lugar. A su lado, la Dama Gris flotaba suavemente.

Beetlebrick se sentó en el suelo otra vez, mirando fijamente y con temor a Cedric, y a la alta y pálida mujer.

Rose se aclaró la garganta.

—Tal vez sería de ayuda que explicaras un poco los antecedentes, Cedric.

Cedric volvió la mirada atrás hacia Rose e inclinó la cabeza.

—Por supuesto —dijo a los reunidos miembros del club—. Soy Cedric, y supongo que todos sabéis quién es ella. Ésta es la Dama Gris. Dice que preferiría que no os diga a ninguno su nombre real. Pero la cuestión es que ella conoce el *Artis Decerto*. Aparentemente, era común que las damas aprendieran las artes defensivas en su época, y... bueno, su madre pensó que podría serle muy útil estar *muy* bien entrenada.

La Dama Gris habló en una voz fina y distante.

—Aprendí de la mano del mejor maestro de magia marcial del mundo. Él me confió que yo era uno de sus alumnos más dotados.

La mayoría de los que estaban en la sala había visto a la Dama Gris flotando ariscamente por los pasillos, pero pocos habían oido su voz alguna vez. Graham Warton levantó la mano tentativamente.

—¿Quién le enseñó el *Artis Decerto*, señorita?

La Dama le miró e inclinó la cabeza ligeramente.

—Mi padre. Él inventó el arte.

—Mire —dijo Beetlebrick— No quiero faltarle al respeto, pero tengo que preguntar. ¿Si era tan genial esquivando hechizos y maldiciones como Debellows el otro día, entonces cómo la mataron tan joven?

La Dama Gris pareció impasible ante la pregunta de Beetlebrick. Se abrió el chal fantasmal, revelando la parte delantera de su vestido. La herida de un feo cuchillo manchaba el vestido, todavía tan roja como el día en el que fue infligida.

—Como puede ver —contestó—, no fue un hechizo lo que me mató.

James se inclinó hacia Rose.

—Tu deseo se ha cumplido, Rose —susurró—. Tenemos a una mujer enseñándonos *Artis Decerto* después de todo.



—De verdad disfruto de las cosas nuevas que estamos aprendiendo en el Club de Defensa, James —dijo Cameron Creevey mientras seguía a James escaleras abajo a última hora de la mañana del sábado—. ¡Quién habría pensado que la Dama Gris tenía un séptimo grado de dominio de magia marcial! Siempre había parecido tan apacible y enclenque, ¿verdad? Y con el fantasma de Cedric Diggory ayudándole en la enseñanza, quiero decir, uau! ¡Quién lo habría pensado!

—Sí, Cameron —dijo James, caminando tan rápido como podía—, me alegra de que te guste el club.

Pasaron a un grupo de estudiantes mayores junto a las puertas principales, todos los cuales iban vestidos con pantalones vaqueros y jerséis o chaquetas, balbuceando excitados. La profesora McGonagall estaba de pie a la cabeza de la fila, aceptando e inspeccionando los pequeños pergaminos que cada estudiante le ofrecía.

—Sí, sí, señor Metzker, no viene a cuenta hacer un espectáculo de ello —dijo cuando Noah hizo una floritura con su permiso—. Déjelo ya. Y si le atrapo con alguna más de esas horribles judías balísticas peruanas, le puedo asegurar que se ganará algo más que puntos descontados de su casa. ¿Quién es el siguiente?

—Una pena que no puedas venir, James —dijo Damien cuando James pasaba junto a la cola, saliendo del patio—. Los fines de semana en Hogsmeade son sólo para los del tercer año en adelante, ya sabes —meneó las cejas y sonrió abiertamente. Sabrina le dio un codazo en el estómago.

—Ojalá pudiese ir a Hogsmeade —dijo Cameron tristemente, quedándose con la mirada fija en los estudiantes que ya se iban—. De todas formas, estoy seguro de que hay una muy buena razón para que los de primero y segundo año no podamos ir.

—Sí —dijo James, deteniéndose en la entrada del patio y volviéndose hacia el chico más joven—. Bueno, de cualquier manera, Cameron, estoy seguro de que tienes otras cosas que hacer hoy. No permitas que yo te entretenga.

Cameron negó con la cabeza felizmente.

—No, en realidad no tengo nada que hacer. Esperaba que...

—¡James! —llamó Rose, jadeando mientras corría a través del patio para encontrarse con él—. Ralph viene de camino. Insistió en pedir prestado un chivatoscopio a Trenton Bloch, ese cretino. Está claro que esa advertencia de Zane le ha puesto en alerta, especialmente hoy, ya que... er. Hola, Cameron.

—Hola, Rose —sonrió Cameron alegremente—. ¿Qué pasa?

Rose miró a James, frunciendo un poco el ceño.

—Oh. ¿Qué? Nada. Ya sabes. Sábado, esto y lo otro. Lo habitual. Aburrido, en realidad.

—¿Para qué necesita tu amigo Ralph un chivatoscopio?

James rodeó con el brazo a Cameron, intentando conducirle de regreso hacia la entrada delantera.

—¿Sabes, Cameron?, hoy sería un gran día para practicar arriba algunos entrenamientos y ejercicios. El gimnasio está abierto todo el día. Apuesto a que incluso puedes encontrar a algunos otros miembros del club para que se unan a ti.

—Bueno, ¿por qué no os unís *vosotros* tres a mí? —dijo Cameron, agachándose bajo el brazo de James—. Dado que no tenéis planes para hoy.

Rose se aclaró la garganta.

—No es que no tengamos planes exactamente, Cameron. Son sólo, eh...

—Secretos —exclamó James, exactamente en el mismo momento que Rose dijo: —Aburridos.

—Planes secretos, eh, aburridos —siguió James, asintiendo con la cabeza—, cosas del club. Programar y contar miembros y... y...

—¡Y planeando excursiones! —añadió Rose, animada.

—¿Vamos a ir de excursión con el Club de Defensa? —preguntó Cameron, arrugando la frente.

—Claro —contestó James—. Es un secreto, así que guárdatelo para ti. Pero vamos a ir a, eh...

—Eh —replicó Rose—, el Bosque Prohibido, con Hagrid, para practicar el *Artis Decerto* contra algunos...

—¡Algunos centauros! —proporcionó James, asintiendo con la cabeza—. Sí, eso suena bien.

Cameron parecía vagamente desconcertado.

—¿Los centauros conocen el *Artis Decerto*?

—Claro —dijo Rose con seguridad—. Prácticamente lo inventaron. Quiero decir, en realidad no lo inventaron, obviamente, pero prácticamente... sea como sea, es un gran secreto, así que no hables de ello con nadie todavía, ¿vale?

—Hola a todos —dijo Ralph mientras se acercaba, llevando al hombro su cartera—, estamos todos listos para ir...

—A la cabaña de Hagrid —interrumpió James, inclinando la cabeza hacia Ralph vehementemente—. Para hablar de la excursión. Sí, supongo que nos estará esperando de un momento a otro. Entonces, hasta la vista, Cameron.

Cameron miró a James, Rose y Ralph uno tras otro, con los ojos ligeramente entrecerrados, luego sonrió alegramente.

—¡Sí! Claro. Guardaré el secreto. Nunca he visto a un centauro en persona. ¡Será estupendo!

—¿Centauros? —dijo Ralph, girándose hacia James—, nunca dijiste nada acerca de...

—¡Genial! —interrumpió James—. Sí, gracias, Cam. Muy secreto, ¿vale? Nos vemos más tarde.

Cameron inclinó la cabeza y retrocedió. Finalmente, se giró y volvió atrás, hacia la entrada del castillo.

—¿De qué demonios iba todo *eso*? —preguntó Ralph mientras los tres estudiantes pasaban corriendo la esquina de la entrada.

—El admirador secreto de James —dijo Rose—, tuvimos que sacarnos rápido algo de la manga o se habría pegado a nosotros todo el día.

—¿Crees que podrás recordar el nudo secreto? —preguntó James, cambiando de tema.

Rose contestó:

—Gennifer lo señaló con una marca de pintura verde. Parece musgo a menos que te acerques. Debería ser bastante fácil encontrarla si sabes qué buscar.

Cuando coronaron la colina y tuvieron a la vista el Sauce Boxeador, James encontró una larga vara debajo de un abedul. Sonrió, mostrándosela a Ralph y Rose. Rose inclinó la cabeza seriamente.

—Tú estás a cargo del nudo secreto entonces, James —dijo—. Sólo dale un buen empujón. Te seguiremos a la entrada entre las raíces una vez el Sauce se quede quieto.

James agarró la vara y se acercó al árbol. El Sauce pareció presentir sus intenciones. Se echó hacia atrás ligeramente, rechinando las raíces, y agitando las ramas más delgadas amenazadoramente.

—Mantente agachado —dijo Ralph—, necesitarás entrar justamente en la sombra del árbol para llegar al nudo. Las ramas grandes no te pueden alcanzar, pero esas ramitas verdes pueden, si estás demasiado alto.

James se agachó tanto como pudo hasta que avanzó a gatas. El árbol crujía y gemía sobre él. Una rama verde como un látigo le lanzó un golpe, intentando quitarle la vara de la mano. Falló, pero James sintió la brisa a su paso.

—Cuidado —gritó Rose con voz débil—. ¡Justo allí! ¡Despacio!

James llegó tan lejos como pudo, mirando a lo largo de la vara hacia su punta vacilante. Podía ver la pintura verde aplicada anteriormente durante el curso por Gennifer Tellus. De cerca, pudo ver que había pintado la forma de una diminuta cara sonriente. El Sauce Boxeador rechinó trabajosamente y James sintió su sombra cerniéndose sobre él. Se abalanzó hacia delante y clavó la vara, golpeando el nudo limpiamente.

—¡Eso es! —gritó Rose.

James oyó a ambos, Ralph y Rose, corriendo hacia adelante. Se levantó trabajosamente, resbalando sobre la hierba mojada. Torpemente, se arrojó a la oscura grieta entre las enormes raíces del Sauce. Aterrizó con un ruido sordo en el hueco mohoso bajo el árbol. Un momento más tarde, oyó y sintió la entrada de Ralph y Rose.

Aterrizaron a cada lado de él, apenas rozándolo en la húmeda oscuridad. James rió con alivio. Comenzaba a ponerse de pie cuando una cuarta figura se lanzó a través de la entrada, cayendo directamente sobre James. Una rodilla rebotó contra su pecho, dejándole sin aliento de golpe. Hubo un coro de gritos enfadados y sorprendidos.

—¿Qué demon...? —chilló Ralph, levantándose apresuradamente y lanzándose sobre el intruso. Atrapó a la figura por el cuello justo cuando Rose sacaba su varita.

—*Lumos!* —gritó ella, manteniéndola en alto.

La luz de la varita bañó la forma flaca de Cameron Creevey, suspendido por el agarre de Ralph. El chico tenía suciedad y trozos de corteza en la cara. Sonrió animosamente.

—Hola chicos —dijo, jadeando—. Una excursión, ¿eh?



Capítulo 15

La salida a Hogsmeade

—No pude evitarlo —decía Cameron mientras los cuatro recorrían el túnel—. ¡Sabía que os traíais algo excitante entre manos! Os vi dirigiros al Sauce Boxeador y recordé que había un pasadizo secreto allí, en los tiempos de nuestros padres. Dijeron que había sido sellado tras la batalla, pero aún así, sabía que vosotros tres podríais encontrar una forma de atravesarlo si queríais. Así que os seguí. ¡Estaba a punto de llamaros, pero entonces el árbol dejó de moverse y todos corristeis hacia él! Hice lo primero que se me pasó por la cabeza y corrí tras vosotros. ¡Por poco! ¡El Sauce volvió a la vida justo cuando me metí debajo de él! ¡Me atacó y falló por poco!

—Estúpido y perezoso árbol —masculló Ralph.

—Cameron, eso fue muy temerario por tu parte —dijo Rose con reprobación, todavía sujetando su varita en alto para iluminar el camino.

—Bueno, no podéis culparme, ¿verdad? —protestó Cameron de forma estridente—. ¡He leído todas las historias de Harry Potter al menos tres veces! ¡Cuando os vi escabulléndoos, supe que estabais metidos en alguna gran aventura secreta! Sólo quería verlo en persona. ¡Prometo que no estorbaré!

—Esas historias son todo basura, Cameron —masculló James, sin creerlo realmente—. Hasta mi padre dice que no podría leerlas enteras. Hacen que todo parezca un excitante paseo por el campo, pero en realidad daba miedo en su mayor parte y moría gente y tuvieron mucha suerte.

—Oh, lo sé —se entusiasmó Cameron—. Créeme, comprendo todo eso. Sé que los libros de Revalvier han sido un poco pulidos. Es decir, *fueron* escritos como historias para niños. Pero de todas formas, mi padre dice que entendieron bien las partes principales. Y tu padre *luchó* realmente contra Voldemort y lo derrotó, todo por la protección que su madre le dio cuando murió para salvarle. Esa parte no fue inventada, ¿verdad?

—Mira, Cam —empezó James un poco enfadado, pero Rose se aclaró la garganta y le dio un codazo.

—Nosotros no fuimos los *únicos* en perder parientes en la lucha contra Voldemort —dijo suavemente.

James lo recordó. El tío de Cameron, Colin, había muerto durante la batalla de Hogwarts. James suspiró.

—Está bien, Cameron, supongo que tienes tanto derecho a venir como cualquiera de nosotros. Pero confía en mí, no va a haber ninguna gran aventura.

—Será *mejor* que no —dijo Ralph misteriosamente.

—Te lo dije, Ralph —dijo Rose—, el túnel a Hogsmeade es técnicamente parte de Hogwarts. Está bajo la protección que Merlín proporcionó al castillo. Estamos a salvo aquí.

Ralph no pareció particularmente aliviado.

—Sí, bueno ¿y qué me decís de cuando *lleguemos* a Hogsmeade? ¿Vas a decirme que en cierto modo el pueblo entero es técnicamente parte de Hogwarts?

—Discutible, pero podría serlo —contestó ella—. Es probablemente el último vestigio del feudo que una vez rodeó al castillo. Pero de cualquier modo, habrá un montón de gente allí. Ni siquiera... er, alguien realmente poderoso nos atacaría con toda esa gente alrededor. Además, nadie ha visto al director del colegio en casi dos semanas, ¿no?

—Yo le vi ayer mismo —intervino Cameron—. Estaba en el pasillo fuera de la sala común, simplemente caminando a lo largo de él como si estuviese de paseo.

James miro por encima del hombro a Cameron.

—¿Viste a Merlín en el castillo? ¿Estás seguro de que era él? Yo creía que estaba ausente, viajando por alguna parte. Eso es lo que dijo el profesor Longbottom.

—Supongo que regresó, ¿no? —contestó Cameron—. ¿Qué? Pensaba que a todos vosotros os *gustaba* el director Merlín.

—Claro, Cam —dijo Rose—. Nos gusta bastante. Simplemente, er, no queremos que nos pillen saliendo de los terrenos.

Cameron sonrió abiertamente.

—Oh, no os cogerán. Esa no sería una buena historia, ¿verdad?

James se estaba empezando a enfadar con Cameron.

—Ésta no es una “historia”, ¿sabes? Merlín *sabe* cuándo están pasando cosas en el colegio. Si está aquí...

—No nos pongamos nerviosos —dijo Rose apaciguadoramente—. No estamos haciendo nada tan terrible. Sólo queremos echar un vistazo a Hogsmeade, eso es todo. No va a ocurrir nada malo. Probablemente Cameron esté en lo cierto. No sería una historia muy buena si nos pillaran a todos o fuéramos horriblemente despachados por algún enemigo a la espera en la Casa de los Gritos... —su voz se desvaneció con inquietud—. Eh ...¿no?

—Depende de la clase de historia que sea —dijo Ralph pesimista.

Caminaron en nervioso silencio durante un rato. Finalmente, el túnel comenzó a inclinarse hacia arriba. Terminaba en una confusión de cajas de madera rotas y trozos de mobiliario, todo cubierto de polvo y telarañas. Más allá había sólo una espesa oscuridad.

—Debemos estar en la casa —dijo Rose en un susurro—. James, ¿podemos pasar?

—A duras penas, si movemos a un lado algunos de estos trastos viejos —James comenzó a apilar cautelosamente algunas de las cajas de madera caídas. Se levantó polvo ante sus esfuerzos, nublando la luz de la varita de Rose. Las arañas correteaban por las paredes.

—¿Entonces estamos en la Casa de los Gritos? —preguntó Ralph con voz temblorosa—. Deberíamos esperar para, ya sabéis, ¿empezar a gritar?

Rose contestó:

—No funciona así, Ralph. Es una larga historia, pero no hay nada que temer aquí. Al menos, ya no.

Ralph tragó saliva.

—¿Entonces por qué susurras?

—Allí —dijo James, secándose la frente con la manga—. Puedo ver a través de eso. Está realmente oscuro, pero si os agacháis aquí mismo, podemos meternos en la siguiente habitación.

James fue en cabeza, trepando a través de la pequeña abertura sobre manos y rodillas. Podía ver que la entrada del túnel una vez había sido mayor, pero la Casa de los Gritos se había deteriorado bastante desde que el túnel había sido utilizado hacía años. Gran parte de la pared se había desmoronado alrededor de la abertura y el cielo raso en lo alto se había colapsado parcialmente.

—Guau —dijo Cameron con asombro cuando los cuatro estudiantes se sacudieron el polvo—. ¡Aquí es donde todo ocurrió! ¡Aquí es donde Harry Potter averiguó la verdad acerca de Sirius Black! ¡Apuesto a que fue por allí donde Black casi mata a la rata, Peter Pettigrew!

—Gracias por los detalles, Cam —masculló James—. Vamos, salgamos...

Cameron gritó, haciendo que todos saltaran.

—¡Debió ser aquí mismo donde Voldemort ordenó a su serpiente atacar al profesor Snape! —dijo Cameron jadeante—. ¡Probablemente murió donde estás ahora, Ralph!

—¿Podrías dejar de hablar de quién mató a quién en este mismo cuarto, Cameron? —exclamó Ralph—. No es como si el sitio necesitara *más* ambiente.

—Oh —dijo Cameron tímidamente—, sí. Er, lo siento.

Lentamente, los cuatro se abrieron paso hacia arriba, pasando cuidadosamente a través del amasijo de muebles rotos y paredes y techos derrumbados. El deterioro de la Casa de los Gritos era lo suficientemente agudo como para que a James le preocupara que el lugar pudiera hundirse sobre ellos. El viento silbaba y gemía a través de las grietas de las paredes, haciendo rechinar la casa entera. Cuando alcanzaron el primer piso, las ventanas rotas permitían que entrase bastante luz diurna de modo que Rose finalmente pudo apagar su varita.

—Allí está la puerta —dijo Cameron, señalando. La vieja puerta estaba todavía notablemente intacta y encajada tan bien en su marco torcido que los cuatro tuvieron que tirar del picaporte simultáneamente para abrirla.

—Desde luego me encanta estar aquí afuera —dijo Ralph, apeándose de un salto del porche inclinado—. Creo que lo único que mantiene en pie este lugar es la fuerza de la costumbre.

James volvió la mirada hacia la casa.

—Esperemos que aguante por al menos algunas horas más.

—Se me ocurre —dijo Ralph, mirando a James y a Rose— que esto es un camino bastante horrible que atravesar sólo para hacernos con unos cuantos chicles Drooble y decirle hola a Ted.

Rose negó con la cabeza y trotó a lo largo del camino que conducía al pueblo.

—Oh, vamos, Ralph. ¿Dónde está tu sentido de la aventura?

—Creo que lo gasté todo el año pasado.

James sonrió.

—La peor parte está tras nosotros, Ralphinator. ¡Vamos, será divertido!

—¡Apresuraos, chicos! —llamó Cameron, a medias entre Rose y los dos chicos—.

¡Tengo que usar el retrete!

Ralph puso los ojos en blanco, y después sonrió abiertamente a James.

—¡Vamos, te hecho una carrera!



James, Ralph, Rose y Cameron encontraron el camino a la Calle Mayor y deambularon por ella, felizmente prendados por las diversas tiendas y la multitud alborotada. James y Ralph debatían entre si visitar primero Honeydukes o Sortilegios Weasley cuando Rose exclamó con deleite, señalando.

—¿Scrivenshaft? —dijo James cuando Rose se apresuró hacia delante—. ¿Quieres ir primero a la tienda de plumas?

—Sé que no podré comprar mucho —contestó Rose, abriéndose paso a través de la puerta y haciendo tintinear la campana—, pero no puedo esperar a ver como son las *heddelbums* autoentintables de punta anticuada. ¡Oh, mirad! ¡Tienen la auténtica pluma de trabajo *Recuerda-Todo!*! ¡Memoriza todo lo que escribes con ella y lo puede duplicar perfectamente!

—Eso sí que sería útil —dijo James, con los ojos bien abiertos—. Una pluma que puede hacer los exámenes por ti. ¿Cuánto vale?

Rose recorrió a James con una mirada desdeñosa.

—Es realmente asombroso lo mucho que te esfuerzas por evitar los deberes más simples, James.

—Sí —contestó James—, el tío Ron estaría orgulloso.

Los cuatro recorrieron la calle, entrando en la mayor parte de las tiendas por el camino. Cameron compró una nueva funda para varitas en la *Marroquinería Hiram y Blattwott* e inmediatamente enfundó su varita en ella. Se la mostró a James y Ralph.

—¡Protege el acabado mientras simultáneamente realza las propiedades mágicas! —proclamó Cameron con altanería, leyendo directamente la etiqueta—. La parte interior está cubierta de cuero de venado y enriquecida con betún y realzador de encantamientos para varitas wymnot. ¡Limpia mi varita y le otorga poderes cada vez que la saco!

—Genial, Cam —asintió Ralph—. Eh, parece realmente elegante además.

—¡Gracias! —sonrió Cameron abiertamente—. Oye, ¿podemos parar en el puesto de periódicos? Quiero ver si la nueva publicación de *Historietas Estupendas* está disponible.

El puesto de periódicos estaba entre la esquina de la Calle Mayor y la avenida Guddymutter, y era el único puesto de periódicos de dos pisos que James había visto nunca. Una escalera de caracol adicional de madera conducía a un estrecho pasillo de hierro forjado que rodeaba el segundo nivel. El pasillo estaba repleto de magos y brujas ojeando cada tipo de periódico y revista imaginable. El mismo pico del puesto de

periódicos era una ruidosa lechucería en miniatura, trinando con aves de todos los tamaños. Parecían estar yendo y viniendo a cada instante, cada lechuza asistida por un hombre pequeño instalado en un escritorio redondo en el medio. Cuando llegaba una lechuza, el hombrecillo daba vueltas en su silla para recuperar su paquete. La mayor parte de estos parecían ser pequeñas tiras de pergamino enroscados como rollos de papel e insertados en tubos dorados en las patas de las lechuzas. Cuando el hombre quitaba el mensaje, se volvía hacia un tubo acústico y leía su contenido. El tubo acústico llevaba la voz del hombre a través de un complicado conjunto de tuberías y fuelles, que finalmente difundían cada palabra a la Calle Mayor.

—Boletín de noticias desde Turquía —leyó el hombre con una voz sorprendentemente profunda de barítono—, el Gran Visir del Califato Mágico, Rajah Hassajah, ha muerto inesperadamente, para ser reemplazado en el ínterin por su asistente, Ahmed Al-Mustaphus. La autoridad internacional del banco de magos ha congelado todas las transacciones con el Califato hasta que dicha crisis sea satisfactoriamente solucionada. Les mantendremos informados a medida que se reciban noticias.

—Oh, mirad quien viene en la portada de *El Quisquilloso* de este mes —dijo Rose, sacando una copia del estante más bajo. James se inclinó sobre el hombro de Rose, estudiando el tabloide en sus manos. SE CASA HIJA DEL FUNDADOR DE “EL QUISQUILLOSO”, se leía como titular al lado de la foto de una Luna aceptando feliz el anillo de su nuevo pretendiente, Rolf Scamander. La foto estaba obviamente escenificada, pero la sonrisa de Luna era lo bastante genuina, y la mirada de feliz afecto en la cara de bicho de Rolf resultaba inconfundible. En la imagen, Luna aceptaba el anillo, y después lo sujetaba para la cámara. Parecía hecho de ámbar con un insecto diminuto incrustado en él.

—Ya es un hecho —Ralph inspiró por la nariz.

—Bien, me alegra por ella —dijo Rose, volviendo a poner el periódico en el mueble—. Luna lleva mucho tiempo deseando casarse. Quiere una familia.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó James, arrugando la frente—. Conozco a Luna de toda la vida y nunca ha dicho nada de eso.

Rose parecía distante.

—Eso es porque tú no has escuchado las conversaciones correctas.

Por encima de sus cabezas, el anunciador de la lechucería habló a través del aparato amplificador.

—En una actualización de informes previos, los misteriosos avistamientos de enjambres de dementores en el centro de Londres sólo han aumentado, aunque ninguna investigación ha podido definir claramente el origen de la colmena, o predecir los lugares de futuras opresiones. Adicionalmente, el alcance de la plaga parece estar aumentando día a día, extendiéndose a vecindarios cercanos a una velocidad alarmante. El reportaje muggle de los incidentes está ganando fama, aunque las atribuciones de los

efectos son sumamente variadas. En un inesperado giro de acontecimientos, el Ministerio de Magia ha anunciado la creación de un subdepartamento de aurores para localizar, reducir y dominar la colmena. Entretanto, muchos ciudadanos inquietos del mundo mágico están abandonando la zona céntrica de Londres hasta que los inexplicables ataques estén bajo control. Les mantendremos informados del curso de los acontecimientos.

La cara de Ralph palideció.

—Oí algo de esto cuando fui a casa de vacaciones, pero no lo relacioné. Parece haber empeorado bastante. ¿Creéis que está relacionado con el descenso del Guardián?

—Tiene que estarlo —dijo James, recordando su anterior conversación con el director—. Merlín me dijo que los borleys eran básicamente bebés dementores. Tal vez el Guardián es algo así como un dementor *supremo*. ¡Tal vez el Guardián ha congregado a todos los dementores no capturados y los está usando para empezar su trabajo en la Tierra!

Rose se estremeció.

—¡Ese es un pensamiento horrible! Si es cierto, James, entonces nuestros padres podrían estar en peligro, ya que trabajan en el Ministerio. Especialmente tu padre. ¡Si él se encarga de ese subdepartamento de aurores, estará persiguiendo al Guardián y ni siquiera lo sabrá! ¡Tenemos que advertirles!

James sabía que Rose tenía razón. Asintió con la cabeza.

—Le enviaré a mi padre una lechuza tan pronto como regresemos esta noche. Le contaré todo lo que sabemos por ahora.

—¿Pero por qué utilizaría el Guardián dementores? —preguntó Ralph—, ¿yo creía que podía afectar a los humanos directamente?

Rose respondió:

—*Puede*, pero sólo a unos cuantos a la vez, por ahora. Se alimenta del miedo y del terror, así que utiliza a los dementores para obtener lo que necesita. Pero esto prueba que no ha encontrado aún a su anfitrión humano. Una vez que tenga al anfitrión, ya no necesitará a los dementores. Estará directamente conectado a la comunidad humana. Podrá afectar a un montón de personas a la vez, y nada podrá detenerlo.

—Necesitamos ambas mitades de la Piedra Faro antes de que eso ocurra —dijo James fervientemente—. Quienquiera que tenga *toda* la piedra todavía podrá mandar al Guardián de vuelta al Vacío, ¿no?

—No sabemos dónde está la mitad de la piedra de Slytherin —se lamentó Ralph—. Y la mitad que conocemos está en el dedo del mago más poderoso del mundo. Esto hace que robar el maletín de Jackson parezca un paseo por el parque.

James estaba impasible.

—Al menos sabemos dónde está el anillo de Merlín. Sólo tenemos que averiguar quién podría haber recibido en herencia el anillo de Slytherin.

—Bueno, ningún problema —dijo Ralph sarcásticamente—. Sólo tenemos que rastrear un anillo negro místico a través de tres generaciones de docenas de magos oscuros. ¡Debería ser pan comido!

—¿Qué anillo negro místico? —preguntó Cameron, regresando con un saco del puesto de periódicos.

Rose puso sus ojos en blanco.

—Nada, Cameron. Solo estamos intentando salvar al mundo aquí. Lo hacemos todos los días, ya sabes.

—Oh —dijo Cameron, frunciendo un poco el ceño—. Creí que tal vez hablabais del anillo de la familia Gaunt que el director Dumbledore le dio al padre de James.

Como si fuesen uno, James, Ralph y Rose miraron a Cameron. Él les miró parpadeando un poco nervioso.

—¿Qué anillo, Cameron? —preguntó Ralph.

Cameron mostró una sonrisa ladeada, como si le estuviesen tomando del pelo.

—Ya sabéis. El anillo que tenía la Piedra de la Resurrección en él. Era una de las Reliquias de la Muerte en el último libro. El director Dumbledore la encontró y se la dio a Harry Potter dentro de la snitch dorada. Recordáis eso, eh ... ¿no?

Rose, Ralph, y James intercambiaron miradas. Rose dijo:

—¿Podría ser realmente tan simple?

Los ojos de James se abrieron pensativamente.

—Cameron, te sabes esos libros de memoria, ¿verdad? Cuéntanos todo lo que recuerdes acerca de ese anillo.

Cameron miró a James, un poco desconcertado, y después se encogió de hombros.

—Bien, según la leyenda, el anillo perteneció una vez a la Muerte, permitía al portador ver y hablar con los muertos. Pasó a través de generaciones de parientes de Salazar Slytherin hasta que llegó a la familia Gaunt. Voldemort tomó el anillo y lo utilizó como un, eh, *Horrocrux* —Cameron susurró la última palabra como si fuese una especie de palabrota. Siguió con su voz normal—. Más tarde, Dumbledore se hizo con el anillo y agrietó la piedra con la espada de Gryffindor, dejándola inservible para Voldemort. Después de su muerte, Dumbledore legó la piedra a Harry Potter, escondiéndola dentro de su snitch. En el libro, Harry usa la Piedra de la Resurrección para hablar con sus padres muertos cuando va a enfrentarse a Voldemort en el Bosque. Después de eso, nadie sabe qué fue de la piedra. Sea como sea, cuando dijisteis algo acerca de un anillo negro misterioso, pensé que podríais estar hablando de eso. Lo siento.

—Cameron —dijo Rose seriamente—, podría besarte, estúpido cerebrito. ¡Esto es genial!

Cameron se sonrojó ferozmente y abrazó su saco, sonriendo abiertamente.

Ralph preguntó:

—¿Crees que la Piedra de la Resurrección y la Piedra Faro son la misma?

—Desde luego parece encajar —contestó James—. Era negra, estaba engastada en un anillo y se dejó en herencia desde Salazar Slytherin a través de un montón de generaciones.

Rose añadió:

—Y permitía al portador ver y comunicarse con los muertos porque provenía del Vacío a través del que pasan todas las almas al morir.

Ralph se estremeció.

—¿Entonces dónde acabó? ¿Qué le sucedió después de esa noche en el Bosque?

—Es justo como Cameron dijo —suspiró Rose—, nadie lo sabe. Si mal no recuerdo, fue dejado a propósito fuera de los libros a fin de que nadie se sintiese tentado de ir en busca de la piedra otra vez. Se supone que se perdió para siempre. Nadie sabe dónde está, o si todavía existe.

James entrecerró los ojos, pensando. Optó por no decir nada, pero sabía de al menos una persona que sabía lo que había pasado con la Piedra de la Resurrección. Y James era una de las pocas personas del mundo que podía preguntar a esa persona y posiblemente obtener una respuesta.

Finalmente, el cuarteto se puso en camino hacia Las Tres Escobas, cariñosamente llamada entre algunos de los estudiantes mayores como el “Triple Palo”. Pidieron cervezas de mantequilla y disfrutaron de una cena ligera. Los estudiantes de Hogwarts abarrotaban las mesas, hablando bulliciosamente y llamándose entre ellos. Sabrina, Damien, y Gennifer Tellus atravesaron la puerta cuando James terminaba su salchicha. Damien sonrió abiertamente mientras se abría paso a empujones a través de la multitud.

—Por lo que veo lo conseguisteis —declaró Damien—. Estoy un poco celoso, ya sabéis. Nosotros descubrimos ese túnel primero. Esperaba ser el primero en ver el interior de la Casa de los Gritos. ¿Cómo es?

—Apenas se mantiene en pie —contestó James—, tendrás suerte si está todavía entera cuando la atravieses.

—¿Dónde están Noah y Petra? —preguntó Rose.

Gennifer puso los ojos en blanco.

—Oh, están teniendo una pelea de enamorados en Madame Puddifoot. Les dije que no crearía sino problemas el que comenzaran a salir.

—En realidad no están saliendo —dijo Sabrina, acercando una silla y sentándose—. Simplemente están besuqueándose. No es exactamente lo mismo.

James levantó la mirada vivamente, sorprendido de que de algún modo se hubiera perdido este acontecimiento.

—¿Cuánto hace que están, eh, besuqueándose?

—Empezó más o menos una semana antes de Navidad —contestó Sabrina—. Probablemente tanto ensayar como amantes para la obra condujo a eso. Sólo puedes fingir un tiempo antes de que se filtre a la vida real.

—James sabe mucho de eso —dijo Ralph, llevándose a la boca lo que quedaba de su salchicha. James suspiró.

—¿Entonces por qué están discutiendo? —preguntó Rose.

Damien gesticuló dramáticamente.

Noah vio a Petra teniendo alguna seria conversación con Ted detrás de Sortilegios Weasley. Ella lloraba, y a Ted tampoco se le veía muy feliz. Noah es en realidad un tipo celoso, ya sabéis.

—Debería haber sabido en lo que se estaba metiendo, quedando con la ex novia de su mejor amigo —proclamó Gennifer pomposamente—. Eso apesta a problemas a kilómetros de distancia.

Sabrina dijo:

—De cualquier manera, simplemente no comprendo qué ve Ted en Victoire. Tenía la suerte de tener a Petra. Victoire es una pomposa creída lo mires como lo mires. Sin ofender.

Rose agitó una mano.

—Oh, no tienes que disculparte ante nosotros. Pensamos lo mismo, la mayor parte del tiempo.

James se sintió repentinamente ardiente y enfadado. Se quedó mirando fijamente por la ventana, confundido ante sus propios pensamientos y emociones. Algo en el hecho de que Noah y Petra estuvieran saliendo, de repente le pinchaba despiadadamente. Siempre le había caído bastante bien Noah, pero ahora, de improviso, quería ir al encuentro del chico mayor y derribarle de un puñetazo. La ironía era que *sabía* dónde encontrar a Noah: estaba sentado delante de Petra en este preciso momento, simplemente calle abajo en el ridículamente rosado y esponjoso Salón de Té de Madame Puddifoot. Peor aún, sabía con absoluta certeza que Noah no era el problema principal. Tal como había dicho Rose, estaba claro que Petra seguía enamorada de Ted Lupin a pesar de que él había seguido adelante con Victoire. Todo el asunto era irremediablemente complicado, y le frustraba darse cuenta de que no había absolutamente nada que él pudiera hacer al respecto.

Finalmente, la conversación tomó otro rumbo. James, Rose, Ralph y Cameron se despidieron de los Gremlins y se abrieron paso hacia la calle. La tarde se enfriaba a medida que el sol se escondía, trayendo un agitado viento que recorría el pueblo. Pedacitos de periódico y envoltorios de caramelo cruzaban la calle mientras los estudiantes comenzaban el viaje de regreso al distante castillo. El cuarteto se dirigió a la Casa de los Gritos, deteniéndose sólo una vez por el camino para entrar en Sortilegios Weasley, donde esperaban saludar a George y Ted.

—El viejo túnel está abierto, ¿jeh? —dijo George, sonriendo abiertamente desde el mostrador delantero—. Excelente. Fred y yo sólo probamos esa ruta una vez, desde entonces a todo el mundo le dio miedo a los fantasmas. No lo hicimos de un extremo a

otro, pero fuimos lo suficientemente lejos como para dejar algunos grafitis en las paredes, según recuerdo.

Rose asintió con la cabeza.

—Sí, creo que los vi. El dibujo del profesor Snape en particular tenía gracia.

—Oh, esos eran de Fred —dijo George, suspirando—. Era bueno con la caricatura rápida. Decía que todo estaba en la nariz aguileña.

James preguntó:

—¿Cómo va el negocio?

—Oh, realmente excelente. Desde que compramos la totalidad de las acciones de Zonko, todo va sobre ruedas. Tenían una clientela bastante leal, ya sabéis. Incluso he considerado hacer de ésta la tienda principal de los Weasley, en lugar de la del Callejón Diagon, pero Ron dice que no debería. Dice que la localización original sigue siendo la mejor.

Rose miró alrededor apreciativamente.

—Apuesto a que a Ted le encanta trabajar aquí. Este lugar está hecho a su medida.

—Sí —estuvo de acuerdo George—. Es bueno tenerle por aquí. Es un buen trabajador y tiene algunas buenas ideas para algunos productos nuevos. Algunos de esas nuevas grageas de todos los sabores fueron idea suya, aunque tracé la línea en un sabor llamado “guanomole”. Sin embargo no me ha servido de nada hoy. Estos fines de semana de Hogsmeade son como una vuelta al hogar para él. Ha estado entrando y saliendo todo el día haciendo vete a saber qué.

Hubo un fuerte chasquido. James y Rose se giraron para ver a Cameron agitando violentamente el dedo, intentando quitarse algo que al parecer tenía pegado al extremo.

—Si lo rompes, lo pagas, amigo —dijo George jovialmente mientras salía de detrás del mostrador—. En realidad, sólo estaba bromeando. Esos son los galeones chascaderos. Siempre muy graciosos. Simplemente dejas uno en el suelo y esperas a que algún ingenuo venga por él.

—Sí que parecen auténticos —admitió Cameron cuando George se lo quitó del dedo—, hasta el momento en que te muerde, quiero decir. Es, eh, estupendo. Gracias.

—Si te gustan esos, te encantará nuestra bomba calzones desaparecedores —dijo George, conduciendo a Cameron a otro estante—. ¡Ahora con un alcance expandido de efectividad de tres metros! Estupendo para fiestas.

Mientras echaba una ojeada alrededor, James se asomó por la cortina de la trastienda y vio a Ted sentado sobre una pila de cajas de madera. Últimamente, acostumbraba a usar sus habilidades de metamorfoma para cambiar una y otra vez el aspecto de su cabello, como cuando era un bebé. Hoy lo llevaba bastante largo. Colgaba en cortinas negras, oscureciendo parcialmente su cara. James pensó que se parecía un poco al ya largamente desaparecido Sirius Black.

—Eh, Ted —dijo James—. ¿Cómo va todo?

Ted levantó la mirada, aunque James todavía no podía ver su cara.

—Oh. Hola, James. Todo bien.

—¿Practicando para el equipo nacional de quidditch?

—¿Hmm? —dijo Ted—. Ah, sí. Todo bien, supongo. He estado realmente ocupado aquí en la tienda, pero aparte de eso, sí, va bien.

—Ted —dijo James, deslizándose a través de la cortina—, eh, ¿qué pasa?

La voz de Ted sonaba extrañamente plana.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir con Petra. Sé que no es de mi incumbencia, pero...

—¿Qué sabes tú de eso? —preguntó Ted, con voz un poco aguda—. Sé que Metzker está nervioso al respecto y que lo más probable es que el resto de los Gremlins hablen de ello, pero no creía que tú estuvieras al tanto también.

—¿Al tanto de qué? —preguntó James, deteniéndose justo dentro de la cortina de la trastienda—. Mira, yo...

—Sea lo que sea lo que diga la gente, es todo basura, James. Simplemente tenéis que dejar todos en paz a Petra, especialmente Metzker. Y puedes decirle que lo he dicho yo.

—Ted —comenzó James, pero en realidad no sabía qué más decir. Ted se movió, poniéndose en pie.

—Veo que tienes a Dolohov contigo. Todavía eres su amigo, ¿eh?

James miró duramente a Ted.

—¿Te refieres a Ralph? Eh, sí. Supongo. ¿Por qué?

—Oh, por nada en realidad. Después de todo, no fue su gente la que mató a tus padres.

James negó con la cabeza.

—Ted, tú... no puedes culpar a Ralph de eso. Ni siquiera había nacido entonces. Su padre era solo un niño cuando la batalla tuvo lugar.

Ted suspiró cansadamente.

—No me digas a quién puedo y no puedo culpar, James. Mira, siento haber sacado el tema. No estoy de muy buen humor esta tarde. Tal vez tú, Rose y tu amigo deberíais regresar al túnel. Está oscureciendo.

James asintió lentamente con la cabeza.

—Sí, supongo que tienes razón. —Se giró para irse, y entonces volvió la mirada atrás—. Hasta luego, Ted.

Ted agitó la mano.

—Hasta la vista, James. Ten cuidado.

Para cuando el cuarteto salió de Sortilegios Weasley, el sol se había zambullido bajo el horizonte, dejando un intenso cielo anaranjado y púrpura atrás. Rápidamente, se abrieron paso de regreso hacia la Casa de los Gritos. La valla de protección alrededor de la propiedad se había caído hacía mucho tiempo. James abrió el camino a través de la misma abertura en la valla que habían utilizado ese día más temprano. En lo alto de la colina, la casa desvencijada estaba a oscuras, irguiéndose siniestramente.

—Realmente *esperaba* llegar a esta parte antes de que oscureciese —dijo Ralph fervientemente—. Ni siquiera puedo ver la puerta principal.

—Está justo allí —dijo Rose, iluminando su varita y apuntando—. Tal y como la dejamos...

La voz de Rose se apagó cuando la luz de su varita jugó sobre la parte delantera de la casa. A pesar de sus palabras, la puerta, de hecho, no estaba como la habían dejado.

—Pensaba que habíamos cerrado la puerta —dijo Cameron curiosamente—. ¿No empujamos la...?

—Sí, Cam —interrumpió James—. Seguro que no la dejamos *así*.

La puerta principal había sido abierta de un empujón tal, que el gozne que quedaba se había quebrado. Se ladeaba torpemente dentro de su marco. Más allá de la entrada había una oscuridad impenetrable.

—¿Parece como si alguien hubiese *entrado* o hubiese *salido*? —preguntó Ralph, intentando mantener la voz firme.

—¿Qué importancia tiene eso? —preguntó James.

—Bueno, en primer lugar, nos diría si nos han seguido o si estamos yendo hacia una trampa —contestó Ralph razonablemente.

Cameron preguntó:

—¿Quién intentaría atraparnos?

—Nadie —contestó Rose firmemente—. Vamos. Probablemente sólo sea un animal o algo por el estilo. Acabemos con esto.

Subió al porche inclinado y alumbró con la luz de su varita el oscuro portal. James trepó junto a ella, el corazón le palpitaba con fuerza. Juntos pasaron a través de la puerta con Ralph y Cameron siguiéndolos de cerca. El interior de la casa obviamente había sido perturbado. Algunos viejos muebles habían sido apartados a un lado a empujones, dejando rayones en el polvoriento suelo. Peor aún, la escalera que conducía al sótano tenía mal aspecto. El umbral estaba astillado y arqueado, y las escaleras de más allá parecían extraordinariamente pronunciadas.

—Espera —dijo James, agarrando el brazo de Rose—. Esto no está bien. Mira ahí abajo.

Los cuatro estudiantes se agacharon y miraron con atención más allá de la escalera desvencijada. Al resplandor de la varita de Rose, pudieron ver claramente que el cuarto de abajo había virtualmente desaparecido. Trozos rotos de pared y secciones de techo derrumbado colapsaban la escalera, bloqueándola completamente.

—¿Cómo ha podido ocurrir esto justo hoy? —preguntó Ralph jadeando—. Quiero decir, ¿se mantuvo firme durante veinte años y entonces decidió caerse inmediatamente después de que la atravesaremos?

—Tal vez la desplazamos de algún modo —razonó Cameron.

James negó con la cabeza.

—No, esto lo ha hecho alguien. Alguien que sabe que estamos aquí y nos está forzando a volver por otra ruta.

Cameron miró a James, sonriendo enigmáticamente.

—¿Por qué iban a hacer eso?

—Porque quieren mantenernos fuera del túnel —contestó Ralph en voz baja—. Porque el túnel es parte de Hogwarts.

—Venga —dijo Rose rápidamente—. Si nos apresuramos, podemos alcanzar a algunos de los demás estudiantes que están volviendo.

Cameron pareció alarmarse.

—Pero nos atraparan cuando volvamos —exclamó—. ¡La profesora McGonagall nos verá regresando con los estudiantes mayores! ¡Nos meteremos en un lío!

—Esperemos *seriamente* que eso sea lo peor que nos pueda pasar, Cameron —dijo Ralph, siguiendo a Rose por la diezmada puerta delantera.



Tan rápido como pudieron, los cuatro volvieron sobre sus pasos a la Calle Mayor. Mientras caminaban, James podía ver de vez en cuando los chapiteles y torrecillas del castillo Hogwarts, que parecían mirar burlonamente al oscurecido cielo. Un cruce al final del pueblo parecía orientado en la dirección correcta. James guió a la tropa por esa calle, hacia una extensión de bosque.

—Esto no pinta bien, James —dijo Ralph preocupado—. ¿No hay un sendero que lleva directamente al castillo?

James contestó:

—Sí, tenemos que estar cerca de él. Mira entre las casas.

—Me pregunto dónde están todos los demás —comentó Cameron, volviéndose para mirar la calle estrecha y desierta. Un perro ladró cerca, y algo chilló en el viento fresco—. ¿No debería haber otros estudiantes volviendo por esta ruta?

—El fin de semana en Hogsmeade acaba oficialmente al atardecer —dijo Rose quedamente—. Ya estaban volviendo cuando nos detuvimos a ver a George.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Ralph, girando sobre sus talones para mirar a su espalda.

—¿Qué? —susurró James, con el vello erizado.

Los ojos de Ralph se precipitaron sobre la calle.

—Yo... creí haber oído algo detrás de nosotros.

Rose negó con la cabeza.

—Dominaos, los dos. Probablemente fuera un simple perro o algo por el estilo.

—Yo también lo he oído —dijo Cameron—. Venía de ese callejón.

—Vamos —dijo Rose firmemente, arrastrando a los chicos mayores por las mangas—.

Me estás asustando, y ya estaba bastante asustada. ¡Vamos!

Unos minutos más tarde, la calle lateral giraba en una esquina pronunciada en la dirección equivocada. James miró a hurtadillas entre las estrechas casas de campo, buscando alguna señal del castillo.

—Hay una pequeña senda —dijo—. Serpentea a través de algunos árboles.

—¿Es el camino a la escuela? —preguntó Ralph.

—No sé. Pero va en la dirección correcta. Vamos a darle una oportunidad.

James condujo al grupo entre las casas, pasando junto a un diminuto patio vallado, y a la oscuridad de un grupo de árboles. El rastro serpenteaba entre arbustos y hierba alta.

—Chico, esto va de mal en peor —dijo Ralph quedamente—. ¿Lo principal no era no quedarnos nunca solos?

—No estamos solos —dijo James mientras se arrastraba por el camino—. Tenemos a Cameron con nosotros.

—Y a quienquiera que nos esté siguiendo —agregó Cameron alegremente.

—¡Cameron! —dijo Rose advirtiéndole.

La preocupación de James se iba incrementando. El sendero serpenteaba internándose en un tramo de bosque que separaba Hogsmeade de los terrenos de Hogwarts. Los árboles bloqueaban la luz del cielo crepuscular, reduciendo el camino a un oscuro retal de sombras. Ocasionalmente, James creía oír el sonido de pasos a su espalda en el camino o más adelante, pero decidió no prestarle atención. Sacó su varita y la iluminó, sujetándola tan alto como podía. La luz de la varita iluminó completamente los árboles cercanos, pero sólo hizo que las profundidades pareciesen más oscuras en contraste. Nadie habló durante varios minutos mientras caminaban. Al final, agradecidamente, el camino dobló hacia una zona de árboles más escasos. A través de ellos, James pudo ver el cielo nocturno de color añil y el pálido rostro amarillo de la luna llena.

—¡Mirad —dijo Rose, apuntando—, justo más allá del borde de los árboles, creo que son las verjas! ¡Puedo ver la silueta de los dos cerdos!

James entrecerró los ojos. No llevaba las gafas, así que en realidad no podía distinguir las distantes formas en la oscuridad.

—Sí —dijo Ralph—, las veo. Guau, que visión ¡Vamos!

Mientras los cuatro estudiantes avanzaban trotando, los árboles se separaron en lo alto, revelando el cielo nocturno y una multitud de estrellas. La luna derramó su pálida luz amarilla por todas partes. Sin duda alguna, la antigua valla y las verjas abiertas estaban cerca, los famosos cerdos de piedra arqueaban los lomos hacia el cielo, dejando

al descubierto sus colmillos. James lanzó un gran suspiro de alivio. En pocos minutos, estarían otra vez ilesos dentro de los terrenos de Hogwarts.

—Ja, ja —rió Cameron nerviosamente— ¿Veis? ¡Os dije que habría una gran aventura! Esperad a que mi padre oiga hablar de...

La voz de Cameron se cortó cuando un ruido de rápidas pisadas se aproximó velozmente. El chico se giró para mirar atrás, su cara curiosa. Algo grande y pesado surgió amenazadoramente de la oscuridad, volando bajo sobre el suelo.

Rose gritó, abalanzándose hacia atrás e intentando alcanzar su varita. Ralph y James se agacharon cuando la figura se lanzó sobre ellos. Aterrizó en el camino entre James y la verja, patinando en la tierra y volviéndose para enfrentarse a ellos. Un gruñido bajo y feroz salió de ella y comenzó a avanzar.

—¡*Desmaius!* —grito Rose, apuntando con su varita, pero estaba demasiado oscuro para apuntar bien. El rayo rojo golpeó el suelo delante de la criatura, iluminándola por un instante. James vio dientes desnudos a lo largo de un hocico estrecho y ojos brillantes y terribles.

—¡Es un lobo! —gritó, gateando hacia atrás. El lobo respondió a su voz con un fuerte gruñido. Se encogió, agachándose cerca del suelo, y entonces saltó. James se cubrió la cara, protegiéndose de los dientes y las garras, pero en lugar de ser destrozado a golpes por la bestia, fue lanzado brutalmente a un lado. Después, directamente de detrás de él, llegó el ruido de una lucha violenta y un grito de dolor. Era Ralph. James se levantó de un salto, intentando alcanzar su varita. Con un grito sofocado, se percató de que la había dejado caer cuando la bestia había atacado.

—¡Atúrdelo, Rose! —gritó James.

—¡No puedo! —lloró Rose, apuntando su varita frenéticamente—. ¡No puedo diferenciar uno del otro! ¡Si dejo sin sentido a Ralph, le matará!

El lobo rodó con Ralph mientras forcejeaban. Parecía tener su muñeca atrapada entre las mandíbulas. Agitaba la cabeza violentamente, rasgando el brazo de Ralph. Ralph gritó otra vez, intentando quitarse de encima a patadas a la enorme bestia.

Sin pensarlo, James se lanzó sobre la criatura. Arrojó los brazos alrededor del pelaje enredado de su cuello, tirando tan fuerte como pudo. De repente, con gran intensidad, la cicatriz fantasmal de James ardió. Entrecerró los ojos contra ello, dispuesto a no soltar el cuello del lobo. La bestia peleó y se retorció, sin liberar el brazo de Ralph. James podía sentir los músculos palpitando debajo del pelaje del lobo, podía oler el malsano y húmedo hedor de su piel peluda. Repentinamente, éste colocó una pata en el pecho de James. Clavó sus garras y le dio un zarpazo, desgarrando a tiras la sudadera de James. Sintió algo caliente y pegajoso que empapó de inmediato su camisa, pero no hubo dolor. En lugar de eso, el latido de su frente zumbaba y palpitaba, distrayéndole. El lobo se agitó otra vez, golpeando a James sin mucha precisión. Éste se apartó gateando, pero el lobo era demasiado rápido. La pata golpeó, fallando a penas a la cara de James.

De repente, había otra voz gritando.

—¡No, Ted! ¡Alto! ¡Ésta no es la forma! ¡Suéltale!

James rodó y se puso de rodillas. Miró alrededor salvajemente, entrecerrando los ojos más allá del latido en su frente, y vio a una figura alzándose sobre el lobo. Estaba demasiado aturrido como para reconocer inmediatamente quién era. El recién llegado tiró de las orejas del lobo, forzándolo a soltar a Ralph. La bestia agitó violentamente la cabeza adelante y atrás, mordiendo.

—*Basta*, Ted! —lloraba la recién llegada, y James finalmente reconoció a Petra—. ¡No sabes lo que estás haciendo! ¡Ésta no es forma de arreglar las cosas! ¡Aquí no, ahora no!

El lobo se removió poderosamente, librándose de Petra, pero no volvió a renovar su ataque contra Ralph. La bestia le gruñó, y después se alejó de un salto, chasqueando y babeando con las mandíbulas ensangrentadas. Parecía confuso, casi como si estuviera luchando consigo mismo. Finalmente, echó hacia atrás la cabeza y aulló, largo y ruidoso. El sonido congeló la sangre de James porque podía sentir la humanidad en ese aullido, casi como si la voz de Ted estuviese sepultada bajo él, gritando de angustia y desesperación.

Petra se puso en pie de un salto y lentamente se acercó al gran lobo. Valientemente, se arrodilló junto a él y acarició su pelaje. Le habló tranquilamente, apaciguadoramente.

—¡Ralph! —jadeó Rose, dejándose caer junto al chico grande—. ¿Estás bien? ¿Qué tan mal estás?

Ralph gimió y se dio la vuelta, luchando por ponerse de rodillas. James gateó hasta él.

—Creo que mi brazo está roto —dijo Ralph con notable tranquilidad—. Lo siento todo blando y caliente.

James podía ver el amasijo de la muñeca de Ralph. La sangre empapaba su manga despedazada.

—¡Ralph! —exclamó James—, tienes un aspecto horrible!

—Tú también estás bastante horrible —dijo Ralph—. ¿Todavía tienes todas tus tripas dentro?

—Creo que sí, eh, eso espero —contestó James, bajando la mirada a su pecho ensangrentado.

—Déjame ver tu muñeca, Ralph —dijo Petra de repente, arrodillándose junto a él. Ralph la sostuvo en alto. Petra quitó con cautela el tejido roto de la manga, revelando el antebrazo.

—*Artemisae* —dijo, tocando con su varita los cortes y los pinchazos—. Eso detendrá la hemorragia hasta que podamos llevarte con madame Curio.

—¿Qué estás haciendo aquí, Petra? —preguntó James cuando ella se giró para examinarle el pecho.

—Caminaba de regreso por mi cuenta —contestó insípidamente—. Justo acababa de aparecer en el sendero cuando vi lo que estaba ocurriendo.

Rose temblaba visiblemente.

—Pero... ¿cómo supiste que el lobo era... era... ?

—Hay luna llena, Rose. Y Ted y yo... hablábamos bastante. Me contó lo de su... condición.

Petra realizó la misma técnica con los araños de James, que le aseguró que tenían bastante peor aspecto de lo que eran en realidad. Finalmente, Rose y Petra ayudaron a James y Ralph a ponerse en pie.

—¿A dónde habrá ido el lobo? —preguntó Ralph, agitándose—. ¿Se ha ido?

Petra asintió con la cabeza, volviendo la mirada hacia el bosque.

—Se ha ido.

Rose jadeó y se cubrió la boca con las manos.

—¿Qué hay de Cameron? —dijo a través de los dedos.

Tras una búsqueda rápida encontraron a Cameron tendido de cara en la hierba, la bolsa de periódicos le cubría la cabeza. Tenía la huella de una pata muy grande y lodosa sobre la espalda, pero estaba completamente ileso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó aturdido mientras lo arrastraban a posición vertical—. Creo que me desmayé. ¿Me desmayé de verdad? ¡Me lo perdí absolutamente todo!

James suspiró, finalmente sintiendo algún dolor en el pecho a medida que las heridas se tensaban.

—Te lo contaremos todo más tarde, Cam. Volvamos al castillo.

Cojeando y ensangrentado, el grupo de cinco atravesó la verja, encaminándose hacia el acogedor resplandor de las ventanas del castillo. Tras un minuto, James volvió atrás trotando, con una mano sobre el pecho. Miró alrededor por unos instantes, maldiciendo por lo bajo. Finalmente, encontró su varita en una mata de hierba. La guardó en el bolsillo de sus pantalones vaqueros y volvió corriendo, gritando para que el resto le esperara.

En la oscura distancia, entre la verja y el pueblo de Hogsmeade, un lobo aulló una nota larga y triste.



Capítulo 16

Confrontaciones inesperadas

Tal como Cameron había temido, la profesora McGonagall esperaba a los estudiantes que regresaban, sentada en una silla plegable con una taza de té y su mantón de tartán, y un largo pergamo en su regazo. Petra subió los escalones del pórtico primero. McGonagall alzó la vista cuando Petra emergió de entre las sombras.

—Llega bastante tarde, señorita Morganstern. El suyo es el último nombre en mi lista. Quizás usted... —la voz de la profesora se apagó cuando vio a los demás subir despacio las escaleras. Sus ojos se abrieron, fijándose inmediatamente en la ensangrentada camisa de James y la muñeca destrozada de Ralph. Se levantó de un salto, derramando el té.

—Señor Potter, señor Deedle, qué diablos significa esto... —comenzó, y luego se detuvo—. Señorita Morganstern, por favor vaya a buscar a Madame Curio al Gran Comedor y pídale que se reúna con nosotros inmediatamente en la enfermería.

—Fue un... —comenzó Ralph, sosteniendo su muñeca ante él.

—Algún tipo de animal salvaje —interrumpió Petra—. Salió del bosque cuando regresábamos. Es culpa mía, profesora. Probablemente olió el medio emparedado de carne curada que llevaba de la tienda de Madame Puddifoot. Debería haberlo pensado.

—Determinaremos quién debió pensar qué más tarde, señorita Morganstern —resopló McGonagall, exhortando a la tropa hacia la enfermería—. ¡De momento, apresúrese, por favor! ¡Madame Curio!

Madame Curio se reunió con ellos poco después de que llegaran. Chasqueó la lengua al echar un vistazo al pecho de James, luego se volvió hacia Ralph.

—Señorita Morganstern, hizo un trabajo muy satisfactorio al detener la hemorragia a los muchachos —proclamó con seriedad—. ¿Sería tan amable de ayudarme? Cuando lleguen mis enfermeras, probablemente habremos acabado. Páseme la botella de Arthroset y la caja de vendas Dermamend, por favor. Y quizás ¿sería tan amable de limpiar las heridas del señor Potter?

Petra se lavó las manos y llenó una palangana. James siseó cuando ella empezó a pasar la esponja cuidadosamente sobre sus rasguños.

—No debes contarle a nadie lo de Ted —susurró Petra mientras trabajaba—. El mundo no es un lugar muy misericordioso para los hombres lobo, incluso para los medio hombres lobo como Ted.

—Lo sé —contestó James quedamente—. Me habló de ello el año pasado. Pero no se transformaba entonces. Solo estaba realmente agitado y hambriento en las lunas llenas.

Petra asintió.

—Aún no se transforma mucho. Sólo tiene mitad de sangre hombre lobo. Si hubiera sido un hombre lobo *completo*, yo nunca habría sido capaz de hacerle desistir del ataque a Ralph. Sólo *parece* totalmente un licántropo porque también es un metamorfomago, como su madre.

—¿Crees que se transforma *deliberadamente* para parecerse a un lobo?

Petra sacudió la cabeza, pero más a causa de la confusión que en señal de negación.

—Es muy complicado. No creo que realmente tenga esa intención. Por lo general, puede controlarlo, pero cuando hay luna llena, una parte de Ted realmente *quiere* cambiar a lobo aun cuando la sangre de su padre no sea suficiente para forzar el cambio físico. Debido a la herencia de su madre, *puede* transformarse. Y cuanto más trastornado está, más difícil es para él mantenerlo bajo control.

James suspiró, y eso hizo que le doliera el pecho. Estuvo a punto de preguntar por qué Ted sólo había atacado a Ralph, pero ya conocía la respuesta. Ted lo había dejado muy claro cuando James se había dirigido a él antes ese mismo día. Ralph era un Dolohov, aunque no hubiera adoptado el nombre formalmente, y había sido un Dolohov quien había dejado a Ted sin padres. En cambio, preguntó:

—¿Crees que fue Ted quien destruyó la entrada del túnel en la Casa de los Gritos?

Petra se encogió de hombros ligeramente.

—Puede ser. Él... tenía motivos para estar alterado hoy. Me temo que yo le recordé su pérdida, aunque no fuera a propósito. Solo quería hablar con él.

James estudió la cara de Petra, pero estaba seguro de que no iba a decir más. Sinceramente, James no quería continuar hablando de ello. Su frente todavía palpitaba de forma preocupante, y lo que deseaba sobre todo era simplemente descansar.

Madame Curio insistió en que James y Ralph pasaran la noche en la enfermería, durmiendo en las camas maravillosamente encantadas. Ninguno de los muchachos objetó, ya que eso significaba tomar el desayuno en la cama a la mañana siguiente. También aplazaba el inevitable encuentro con el director, en el que tendrían que explicar su escapada no autorizada. El pecho de James había sido pesadamente vendado, pero podía sentir que las cuchilladas del hombre lobo ya se curaban con rapidez. Picaban al cerrarse. La vida en el mundo de los magos era algo notable, pensó. Sin embargo, a pesar de toda su magia y pociones, se recordó que el abuelo Weasley había muerto de un estúpido infarto. James habría pasado gustosamente por semanas de lenta y dolorosa recuperación si los alquimistas que habían inventado las vendas cierra-heridas Dermamend en cambio hubieran dedicado su tiempo al estudio de una cura mágica para los infartos.

—¿Qué le vamos a decir a Merlín? —susurró Ralph a James mientras tomaban el desayuno en la cama.

James sacudió la cabeza nerviosamente.

—La verdad, supongo. Excepto la parte de Ted. Como dijo Petra, en lo que se refiere a los demás, fuimos atacados por algún animal salvaje. Eso es todo.

Ralph se estremeció.

—Creí que iba a hacerme pedazos.

—Desde luego esa parecía su intención —admitió James—. Ralph, Ted no estaba en sus cabales. Era un lobo, en parte debido a la sangre de hombre lobo de su padre y en parte debido a la sangre de metamorfomago de su madre. Creo, como dijo Petra, que aún era Ted en su interior, pero sin ningún dominio sobre sí mismo. En realidad no intentaba matarte. Intentaba vengar a sus padres. Tú solo eres lo más cercano que tiene a un culpable.

—Lo sé —contestó Ralph con tristeza—. De verdad, no le culpo. Pero de todos modos, ¿significa que también yo voy a convertirme en hombre lobo?

—No —contestó James—. Ted no es lo bastante hombre lobo para transformarse totalmente sin utilizar sus capacidades de metamorfomago. Definitivamente no es lo bastante hombre lobo como para transformar a más hombres lobo. Tienes suerte.

Ralph meneó la cabeza pensativamente.

—De todos modos, creo que será embarazoso la próxima vez que lo vea. ¿Cómo te enfrentas a alguien después de que casi te arrancara el brazo con los dientes?

—Nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento, Ralph. Ya tenemos suficiente que manejar en este momento.

Aquella mañana más tarde, Madame Curio declaró a James y Ralph aptos para volver a sus dormitorios, aunque debían volver al día siguiente para retirar sus vendas. Apenas abandonaron la enfermería se encontraron con Rose.

—Hemos sido convocados a la oficina del director —dijo con la cara muy pálida—. Ahora mismo. Vamos.

Silenciosamente, los tres recorrieron su camino a través del castillo, acercándose finalmente a la gárgola que guardaba la escalera de caracol.

—La contraseña —dijo la gárgola, como si estuviera aburrida.

—Hmm, la cambiaron —dijo Rose a James y Ralph—. La profesora Heretofore me dio la nueva cuando me dijo que estábamos convocados. Dejadme pensar. Por supuesto... *Certh Hwynwerth*.

—Caray —dijo Ralph mientras los tres subían la empinada escalera—. Yo nunca recordaría eso.

Rose asintió con solemnidad.

—Supongo que esa es la cuestión.

—Tal vez Merlín ni siquiera esté —susurró James esperanzado—. Ha estado viajando mucho últimamente. La profesora McGonagall le ha estado sustituyendo.

Rose miró a James, un poco desanimada. Llamó a la enorme puerta de madera que conducía a la oficina del director.

—Adelante —contestó una voz profunda y resonante.

James y Ralph tragaron saliva simultáneamente. La puerta se abrió, crujiendo un poco. James se tensó, esperando que su cicatriz fantasmal quemase, pero no lo hizo, o al menos no mucho. Resistió el impulso de tocársela. Merlín estaba sentado tras su sólido escritorio. James se sorprendió al ver delante de él, sentando en la única silla, a Damien Damascus. Damien parecía escarmentado y dócil, pero James no podía estar seguro de si era sincero o una actuación.

—El señor Damascus y yo hemos estado hablando de la salida no programada de ayer —dijo Merlín, recostándose hacia atrás en la silla y entrelazando los dedos—. Ha sido tan amable de presentarse ante mí por iniciativa propia, reclamando cierto grado de responsabilidad por sus acciones. ¿Es posible que ustedes tres corroboren su historia?

—Hm... —comenzó James, mirando de Merlín a Damien—. ¿Hm... sí?

Merlín asintió despacio.

—Continúe, entonces. Cuénteme su versión de la historia, señor Potter.

Los ojos de Merlín le taladraban, y aún así James no podía reconocer ninguna maldad específica en aquella mirada fija. Se aclaró la garganta, echando un vistazo a Ralph y a Rose en busca de apoyo. Rose asintió, con los ojos muy abiertos. James dijo:

—Bien, nosotros solo queríamos ver Hogsmeade, señor. Sabíamos que no teníamos edad para ir los fines de semana a Hogsmeade, pero no creímos... quiero decir...

—No creyó que las reglas se aplicaran a usted —asintió Merlín—. Ese es el quid de la cuestión, ¿no es así, señor Potter?

James tragó saliva a través de un gran nudo en su garganta. Se sonrojó.

—Supongo... que sí, señor.

—Dígame —dijo Merlín, inclinándose hacia delante otra vez en la silla—, ¿cómo logró encontrar el camino oculto al pueblo?

James echó un vistazo a Damien de nuevo. Su cara seguía siendo una máscara de puro arrepentimiento. De repente, James recordó el papel de Damien en los Gremlins; habían hablado de ello al principio mismo del trimestre. Damien era el chivo expiatorio oficial. Hasta ahora, James no sabía exactamente lo que significaba eso.

—Hm... ¿Damien nos mostró el camino? —dijo James, todavía mirando a Damien y frunciendo el ceño nerviosamente—. Él encontró el pasadizo secreto... hmm, ¿verdad?

Merlín suspiró.

—Sí, eso es lo que el señor Damascus dice.

Damien asintió miserablemente.

—Les provoqué, señor. Les dije que no tenían agallas para ir a hurtadillas el fin de semana a Hogsmeade. Simplemente no pensé. Debí suponer que les cogerían. ¡Debería haber sabido que serían atacados por una bestia salvaje y feroz a la vuelta, todo por culpa de un inocente medio emparedado de carne curada! ¡Me siento enfermo por la culpa!

Damien se encogió, enterrando la cara entre las manos y sollozando con aflicción.

Merlín simplemente miró a Damien, con sus penetrantes ojos afables, y las cejas ligeramente elevadas. Al cabo de un buen rato, volvió la mirada hacia James.

—Independientemente de los pretendidos desafíos del señor Damascus, ustedes tres debieron habérselo pensado mejor. No me siento inclinado a ser indulgente. Este tipo de comportamiento descuidado no puede ser tolerado en una institución que se vanagloria por su orden.

Merlín miró al escritorio otra vez, marcando con la pluma algunas notas. James echó un vistazo a Ralph y a Rose. Seguramente conseguirían una deducción de puntos para sus casas, y aunque fuera bastante malo, no era el fin del mundo. Damien miró a James de reojo, todavía logrando parecer desolado por la culpa.

Sin levantar la vista, Merlín dijo:

—Su castigo será la disolución de su llamado Club de Defensa, con efectividad inmediata.

James se quedó helado, con la boca abierta. Rose habló primero.

—¡No puede hacer eso, señor! —exclamó—. ¡Castigaría a todos los miembros del club tanto como a nosotros!

—Si mal no recuerdo, convencieron a un miembro de primer año de ese club para que les acompañara en la fechoría de ayer —dijo Merlín, levantando la vista bruscamente.

—¿Cameron? —dijo Ralph—. ¡Nos siguió! ¡Intentamos deshacernos de él!

—En cualquier caso, eso no me inclina a confiar en sus dotes de liderazgo para tal club.

James frunció el ceño con ira.

—¡Pero no es justo para el resto del club!

—“Justo” es un concepto extraño que esta época parece apreciar por encima de todo —dijo Merlín, suspirando—. En mi época, “justa” era un lugar en el que se compraban y vendían animales de granja y siervos. Les conviene recordar lo que la palabra significa para *mí* antes de usarla de nuevo.

—Pero señor... —comenzó Rose. Merlín la silenció levantando la mano.

—Es mi última palabra —dijo rotundamente—. Pueden irse. Esto le incluye a usted, señor Damascus.

Rose se marchó, y Ralph la siguió. Damien se levantó. Pareció como si quisiera decir algo al director, pero acabó pensándose mejor. Cuando se dio la vuelta para marcharse, lanzó una mirada de advertencia a James. Merlín miró a James, con cara inescrutable. Finalmente, James también se volvió y se aproximó a la puerta.

—James —dijo una voz suave desde la fila de retratos de los antiguos directores. James levantó la mirada. El retrato de Severus Snape estaba vacío, pero el de Albus Dumbledore había levantado la cabeza. Dumbledore miraba a James a través de sus gafas de media luna, con una pequeña y extraña sonrisa—. Espera un momento, por favor. Creo que el director desea hablarte a solas.

La puerta de la oficina retumbó al cerrarse, haciendo saltar a James. Se volvió y Merlín estaba justo detrás de él, imponente.

—Llevo tiempo deseando tener una pequeña charla contigo, muchacho —dijo el hombre alto, con voz baja y temible—. Tus amigos pueden creer que saben qué está pasando, pero sospecho que estarás de acuerdo en que la cuestión principal queda entre tú... y yo.

James no sabía qué decir. Levantó la mirada a la cara impasible de Merlín, de repente su corazón latió desbocado. Merlín continuó.

—Como sin duda sospechas, ocurren pocas cosas entre estas paredes que yo no sepa. Has cruzado el espejo, y sólo puedo imaginar lo mucho que has averiguado sobre mí y lo que ocurrió en este castillo. Así pues, me tienes en desventaja, durante un tiempo he ido de un lado a otro en esta nueva época, aprendiendo mucho y apreciando poco, la única cosa de la que no *puedo* estar seguro es de vuestras convicciones e intenciones. Me preocupas, muchacho, y de eso no hay duda. No porque te tema, sino porque temo lo que podrías decidir creer. Hay una sola cosa que me impide pararte los pies de inmediato. ¿Te gustaría saber cuál es?

La pregunta era retórica. James no se molestó en contestar.

—Es esto —retumbó Merlín, levantando la mano y señalando directamente a la frente de James—. Sí —asintió—, puedo verla. No sé de dónde viene, ni por qué arte ha sido conjurada. Quizás signifique que eres mi aliado, por extraño que eso pueda parecer. Pero quizás de nuevo, te señala como mi enemigo. Esta es la cuestión y esta es la única pregunta que se interpone entre nosotros, James Potter. Esta pregunta, descansando

como una palanca sobre el punto de apoyo de una piedra muy pequeña. ¿Y sabes de qué piedra se trata?

James no lo sabía. Empezó a negar con la cabeza, pero entonces recordó algo. Quizás vino a él directamente desde la mirada del director, ya que era un recuerdo de otra ocasión en la que Merlín y él habían estado uno frente al otro, hablando en privado. Había sido en la cueva del escondrijo de Merlín, después de la prueba del cordón de oro.

—La confianza —dijo James, con voz muy seca. Sonaba correcto. Merlín asintió despacio, significativamente.

—Estaré *vigilando*, James Potter. Como sabes, tengo ojos en todas partes... —Señaló, indicando el retrato vacío de Severus Snape—. La confianza sólo dura hasta que se revela la evidencia final. Estaré vigilando en espera de... esa prueba.

Hubo un suave chasquido y la puerta del director se abrió con un crujido. James le echó un vistazo. Estaba siendo despedido, pero no podía obligarse a salir todavía. Alzó la vista hacia el director, armándose de valor.

—¿Es verdad que no puede usted dañar a nadie dentro de estas paredes?

Merlín le sonrió levemente. Se volvió hacia su escritorio, señalando al Amsera Certh, asentado en su marco y cubierto con el grueso paño negro

—Pregunta a Lord Hadyn —dijo, cruzando la habitación. Luego, en voz baja, añadió—: o a Lady Judith.

El paño negro de repente voló del espejo, revelando el humo mercurial arremolinándose. El humo empezó a despejarse mientras las páginas del Libro de Concentración se pasaban por iniciativa propia, sopladas como por un fuerte viento.

—Corre, James —susurró el retrato de Dumbledore severamente—. No deseas ver esto. ¡Corre!

James se giró tan rápidamente como pudo y cruzó la puerta. Esta se cerró de golpe tras él, haciendo temblar el pasillo. Se detuvo en lo alto de las escaleras de caracol, jadeante y asustado; completamente confundido por lo que Merlín había dicho. El director parecía pensar que James podía ser su enemigo, y ni siquiera él estaba seguro de eso. Era terrible saber que seguramente la única razón por la que Merlín no le había atacado aún era debido a la protección del castillo y a la misteriosa cicatriz fantasmal de su frente. De algún modo, Merlín podía verla, y no sabía de dónde provenía. Pero si Merlín no era la causa, entonces ¿quién era? ¿Y qué intentaba decirle la cicatriz sobre el director?

—¿James? —la voz de Rose llamó desde el fondo de la escalera de caracol—. ¿Qué haces? ¿Qué te entretiene tanto rato?

James echó un vistazo a la puerta cerrada del director. No sabía lo que significaba esto, pero tenía el terrible presentimiento de que todo iba a aclararse muy pronto. Solo eso ya lo asustaba más que cualquier otra cosa.

Pensando en ello, bajó las escaleras para unirse a sus amigos.



Esa noche, James se sentó en una mesa en la esquina de la sala común y sacó una hoja de pergamo. Mojó su pluma, pensó durante un momento, y luego comenzó a escribir.

Querido papá,

¿Cómo va todo en casa? Espero que la abuela se esté divirtiendo quedándose en mi habitación. Asegúrate de que no mire bajo la cama porque es donde Al y yo ocultamos todas las orugas soldado que encontramos, y no creo que consigamos nunca eliminarlas del todo. También dile que no mire en el estante superior del armario. De hecho, si no busca en el armario nada, probablemente estaremos todos mucho más contentos.

He oído las noticias de los ataques de dementores que continúan por todo Londres, y oí que el Ministerio pondrá en funcionamiento un nuevo departamento de aurores para ponerles fin. Verás, es demasiado largo de explicar en una carta, pero ese trabajo va a ser mucho más peligroso de lo que parece. Algo realmente malvado llamado el Guardián volvió con Merlín, y creemos que está utilizando a los dementores para alimentar el miedo de la gente. Si quieres saber más, pregunta a la prima Lucy. Ella nos lo buscó en la biblioteca mágica, así que sabe un montón sobre él. Debes tener cuidado con él porque es muy, muy poderoso, más poderoso que cualquiera de los viejos dementores normales... y busca a un anfitrión humano para obtener todo el poder que necesita para quedarse aquí y destruirlo todo.

A propósito... papá, ¿recuerdas el anillo que te dio Dumbledore? Podría no ser un anillo, sino una piedra. Creo que te he oído hablar de él, allá cuando tuviste que entrar en el Bosque para luchar con V. Alguien dice que leyó sobre él en los libros sobre tu vida, y dice que se llamaba la Piedra de la Resurrección. Sea como sea, tengo que preguntar... ¿qué pasó con aquella piedra? Rose, Ralph y yo creemos que podría ser realmente importante para deshacerse del Guardián. Prometo no contárselo a nadie. Excepto a Rose y Ralph. Y tal vez a Zane si creemos que puede ayudar. Y tal vez a Cameron Creevey, ya que fue él quien lo recordó de los libros. Pero a nadie más. ¿Vale?

Gracias, papá.

Te quiere, James.

P.D.: ¿Ya encontrasteis mamá y tú el Mapa M. y la Capa I. y mi muñeco vudú?

James selló la carta en un sobre y empezó a meterlo en su mochila. Se detuvo, preguntándose, de repente, si tendría tiempo para enviar la carta esa noche en vez de esperar a mañana. Comprobó el reloj y vio que eran sólo las nueve. Tenía tiempo para ir a la lechucería, e intuía que dormiría mejor sabiendo que la carta estaba ya en la pata de Nobby, volando hacia la casa de sus padres. Rose ya se había ido a dormir, y Ralph estaba abajo en las habitaciones Slytherin, así que decidió ir solo. Se metió la carta en el bolsillo y salió por el agujero del retrato.

Para cuando James ascendió las estrechas escaleras de la lechucería, la luna se había elevado a un orbe enorme y lleno. Su cara helada iluminaba el interior de la lechucería con una luz plateada, lo bastante brillante como para ver. James encontró a Nobby e hizo una pausa para acariciarla.

—¿Te alimentan bien aquí? —preguntó James.

Nobby chasqueó el pico y erizó sus plumas suntuosamente. James advirtió que las esquinas del suelo de la lechucería estaban llenas de huesos de roedores.

—Supongo que te sientes muy a gusto aquí, ¿verdad? —dijo James, con una sonrisa. El gran pájaro pareció estar de acuerdo. Agachó la cabeza bajo la mano acariciante de James, acicalándose. Al cabo de un momento, James sacó la carta de su bolsillo. La sujetó con cuidado a la pata de Nobby con un poco de cuerda.

—Esto es realmente importante, Nobby —explicó James—. Llévasela a papá cuanto antes, ¿de acuerdo? Y espera para ver si él envía respuesta. Si lo hace, tráela cuando vuelvas.

Nobby chasqueó el pico otra vez y anduvo arrastrando los pies sobre la perchta, obviamente ansiosa por marcharse. En cuanto James liberó su pata, Nobby extendió las alas. Se balanceó un momento, y luego se lanzó hacia arriba, agitándose hacia las enormes ventanas de la lechucería. Voló en círculo, inquietando a algunas de las demás lechuzas en sus perchas, y luego, con un movimiento rápido de la cola parecida a un timón, se fue.

James se sintió mucho mejor. Volvió sobre sus pasos y bajó la estrecha escalera. Cuando llegó al pasillo de abajo, se detuvo. Los pasillos se habían vaciado casi completamente durante su viaje a la lechucería, pero ahora alguien estaba de pie en el oscuro corredor, mirando por una de las altas ventanas. James pensó que era particularmente raro ya que la lechucería no estaba cerca de ninguna de las salas comunes. La figura era una silueta contra la luna llena de la ventana. James sólo podía decir que era una muchacha con el pelo largo. Tuvo la extraña y breve esperanza de que fuera Petra, pero no lo creyó. Continuó su camino a lo largo del pasillo y la muchacha no se movió cuando él se acercó. Casi la había pasado cuando ella habló sin darse la vuelta.

—Un poco tarde para enviar una carta —reflexionó—. Debe ser bastante importante, James.

A James se le heló la sangre. Era Tabitha Corsica.

—¿Y a ti qué te importa? —preguntó, sin detenerse. Quería alejarse de ella, pero sus

siguientes palabras le detuvieron.

—No detendrán al Guardián, ¿sabes? —dijo ella ociosamente, medio girándose para mirar a James por encima del hombro—. No importa a quién se lo cuentes. Es demasiado tarde para eso.

James se quedó atontado. Su mente corría de tal modo que no supo qué decir. ¿Cómo sabía Tabitha lo del Guardián? Ni Rose, ni Ralph, ni él se lo habían dicho a nadie. Pero mientras se lo preguntaba, comprendió que la respuesta era bastante obvia. Tabitha sabía lo del Guardián porque formaba parte del complot para controlarlo, para liberarlo sobre la Tierra. Simplemente no había ninguna otra explicación.

Tabitha se volvió hacia la luna. Se apoyó cómodamente en el alféizar de piedra.

—Crees que sabes lo qué pasa, ¿verdad? Te has convencido de que entiendes todas las implicaciones de la maldición del Guardián —se rió ligeramente—. Es lo que me gusta de ti, Potter. Ves el mundo en los términos más simples. De algún modo logras omitir los detalles esenciales y el cuadro completo. Nunca ha sido más obvio que ahora.

James empezó a hablar, pero su voz era ronca y asustada. Carraspeó y lo intentó otra vez.

—¿Estás aquí para detenerme?

—¿Detenerete? —contestó Tabitha, todavía sin volverse—. ¿Detener qué? ¿No me has oído? Es demasiado tarde para detener nada. El descenso del Guardián se ha cumplido. Ese día está a la vuelta de la esquina. Solo hay una tarea más que completar, y está muy cerca de concluir. Estoy aquí sólo para regodearme, James. Quería ver tu cara cuando comprendieses que tu mundo está a punto de terminarse.

Finalmente, Tabitha se dio la vuelta completamente. James dio un involuntario paso hacia atrás. Nunca había visto así a Tabitha. Su pelo estaba lacio y su cara parecía muy pálida, casi descarnada. Sus ojos estaban teñidos de rojo, ávidos y hambrientos.

—Sí —suspiró, inclinándose ligeramente hacia adelante—. Esa es la expresión que esperaba. Lo ves ahora, ¿verdad? La maldición del Guardián está finalmente al alcance de la mano, pero no es una maldición para *todos*. Acabarás con tu mundo, y el deteriorado mundo de los muggles, pero no será una maldición para los que han permanecido puros de corazón. Será una bendición para nosotros. Salazar Slytherin lo sabía en su tiempo, cuando orquestó este día. ¡El descenso del Guardián dará paso a una edad de perfección sangre limpia! No más restricciones de leyes de gobiernos débiles, no más vivir a la sombra de los zánganos muggles, ocultándonos como escarabajos bajo una roca. ¡Para nosotros, el Guardián es un presagio de supremacía!

James dio otro paso hacia atrás, desanimado por la ferocidad de aquella loca mirada.

—Tú... tú realmente no puedes creer eso —tartamudeó—. *Nadie* controla al Guardián. Traerá la muerte a todos y a todo. Incluso su anfitrión humano será asesinado al final.

Tabitha sonrió despacio.

—Qué curioso que creas que nadie puede controlar al Guardián. Y sin embargo sé *por qué* tienes que aferrarte a esa creencia. Insistes en confiar en Merlinus Ambrosius, cuya

presencia en esta época es obra tuya. Te convences de que, al final, no se pondrá de nuestro lado. Eso te ofrece una brizna de esperanza, ¿verdad?

James asintió. No lo había sabido hasta ese momento, pero Tabitha tenía razón. En lo más profundo del corazón de James, confiaba en Merlín. No sabía exactamente por qué, pero lo hacía. A pesar de sus dudas y su temor y a pesar de todas las pruebas en contra, James simplemente no creía que Merlín fuera a utilizar la Piedra Faro para el mal. Creía que Merlín la usaría, en cambio, para combatir al Guardián incluso si era una batalla perdida.

La sonrisa de Tabitha se volvió indulgente.

—Abriga esa esperanza mientras puedas, James —dijo, casi susurrando—. Y cuando el Guardián sea nuestro, cuando Merlín entregue la piedra y nos reúna, espero poder estar allí para ver como la luz de esa esperanza muere en tus ojos. Realmente lo espero.

James finalmente empezó a encolerizarse. Se irguió cuan alto era y dio un paso adelante.

—Mientes —dijo firmemente—. Solo intentas asustarme. Sabes que tus proyectos todavía *pueden* ser impedidos. No es *demasiado* tarde, no importa lo que digas. Puedes contarle a quienquiera que te enviara que me has entregado el mensaje, para lo que haya servido. Pero no voy a echarme atrás. Encontraremos la otra mitad de la Piedra Faro.

La sonrisa de Tabitha desapareció cuando James dijo esto. Lo miró con algo parecido a un franco aturdimiento. Y luego, despacio; la sonrisa emergió de nuevo, amaneciendo en su cara como una salida del sol.

—*La otra mitad* de la Piedra Faro? —dijo con voz divertida—. Aún no lo comprendes, ¿verdad? ¡No me asombra que hayas estado tan lleno de vitalidad y vigor! ¡Mi querido James, ya tenemos la *otra mitad* de la Piedra! ¡Ha estado en nuestro poder durante años! Usamos nuestras artes para encontrarla. No fue particularmente difícil, ¿sabes? Tu padre simplemente la dejó caer en el Bosque Prohibido. La dejó allí para que alguien la encontrara si tenía una idea de dónde mirar. ¡Yo estaba allí la misma noche en que fue sacada de la tierra! —Tabitha se rió otra vez, suavemente, y James oyó tintinear la locura en su risa. Ella se detuvo, tomando aire, y sacudió la cabeza—. Que terriblemente desafortunado para ti, James. ¡Pero, ah! Para eso la carta a tu padre, ¿verdad? ¡Le preguntas adónde fue a parar la piedra! Ah, realmente siento tanto que hayas perdido el tiempo. Pero ahora ves realmente lo precaria que es tu situación, ¿verdad? La cuestión se reduce solo a la lealtad más bien voluble de Merlinus. ¡Qué deliciosamente excitante debe ser para ti!

La cólera de James no había disminuido ante esta revelación. Si acaso, se había intensificado.

—No te creo, Corsica. Dirías cualquier cosa para impedirme trabajar en tu contra. ¡Eso no funcionará! Incluso si tu gente realmente *tiene* la mitad de la Piedra Faro, Merlín no se unirá a vosotros. ¡No le dejaré! Así que di a tus camaradas que recibí su mensaje, y que podéis metéroslo por donde os quepa.

Con esto, James se dio media vuelta y empezó a alejarse. Después de unos pasos, se detuvo y miró hacia atrás.

—Y te diré algo más, y esto es solo para ti, Corsica: Sé que crees tener a mi hermano comiendo de la palma de tu mano, pero si consigues implicarlo en esto de algún modo, vendré a por ti *personalmente*. No lo dudes.

—¿Albus? —dijo Tabitha, la sonrisa desapareció de su cara—. Creo que es lo bastante mayor como para tomar sus propias decisiones, ¿verdad?

James entrecerró los ojos y asintió despacio.

—Puedes apostarlo.

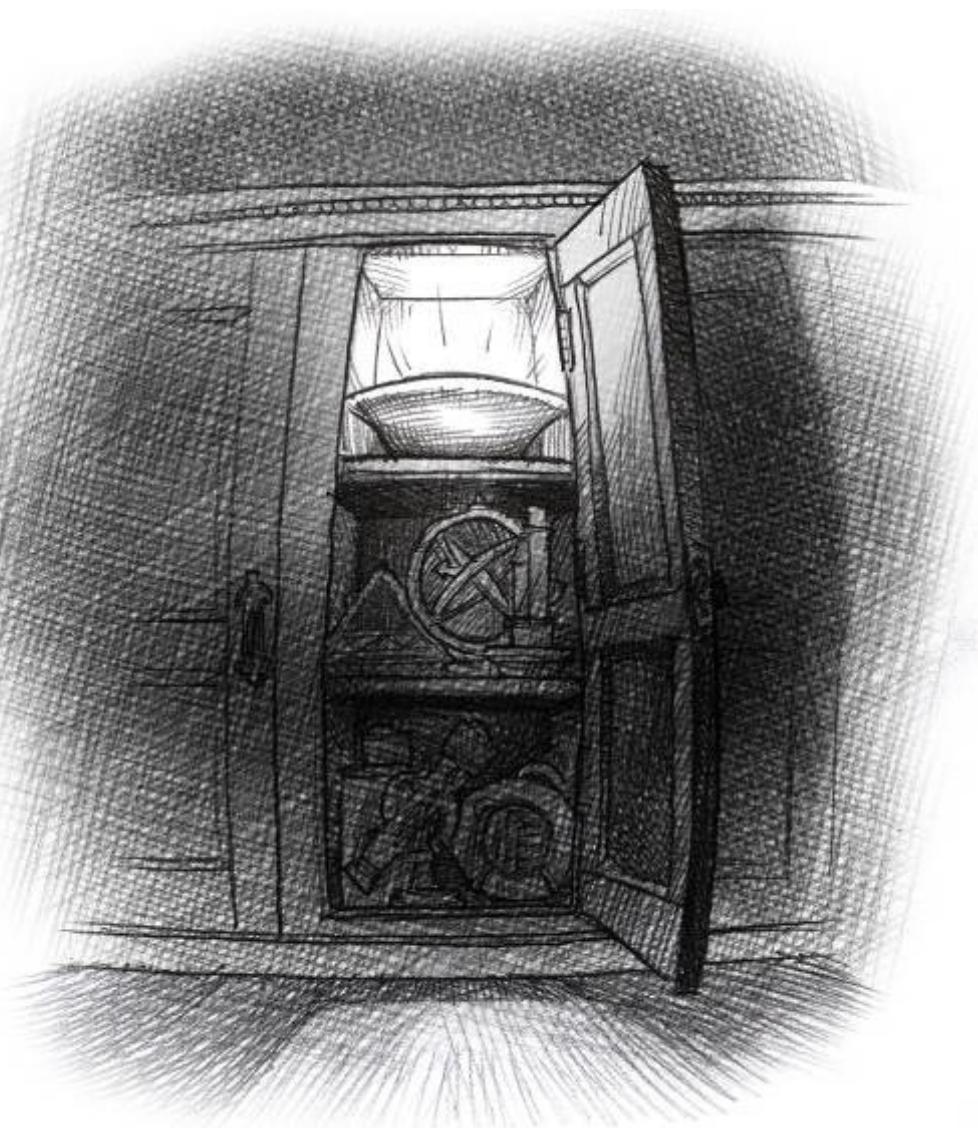
Cuando James se dio la vuelta otra vez y se alejó, Tabitha le gritó.

—Abriga esa esperanza, James... Abrígala mientras *puedas*...

James temblaba en el momento de pasar por el agujero del retrato. El encuentro con Tabitha lo había acobardado completamente a pesar de sus valientes palabras. Era todo demasiado apabullante. ¿Era cierto que el padre de James simplemente había dejado caer la Piedra de la Resurrección en el Bosque antes de su confrontación con Voldemort? Si Tabitha y sus cohortes secretas realmente tenían ya la mitad de la Piedra Faro, ¿qué esperanza quedaba? James comprendía ahora que, a pesar de todo, *confiaba* en que Merlín no se pondría del lado del mal. ¿Pero Merlín era de confianza, o James simplemente no podía afrontar la posibilidad de que el famoso hechicero pudiera traicionarlos? Con un estremecimiento, recordó que Judith, la Dama del Lago, también había confiado en Merlín, hasta el momento en que él la había matado. Extrañamente, frente a todo esto, todo lo que James quería hacer era acostarse y dormir.

Subió a su dormitorio, se quitó la ropa, y se tiró en la cama. La luna brillaba a través de la pequeña ventana cruzando el cuarto, aguijoneando sus ojos. James se dio la vuelta, tirándose la almohada sobre la cara. No fue hasta que estuvo casi dormido, cuando todos sus pensamientos a la carrera finalmente se calmaron, que una inquietante pregunta final estalló extrañamente en su cabeza. James se incorporó, mirando fijamente hacia la brillante y plateada luna en la ventana mientras la pregunta se repetía en su mente: *¿cómo sabía Tabitha Corsica que él estaba en la lechucería?*

James miró fijamente a la luna, pero ésta no le ofreció ninguna respuesta. Se dejó caer sobre la almohada. Finalmente, se quedó dormido.



Capítulo 17

El linaje

La semana siguiente pareció pasar como impulsada por la inercia de un tren de mercancías. A medida que el final de curso se acercaba amenazador, la biblioteca se llenaba más y más. Los estudiantes mayores se movían a través de una especie de niebla apresurada, estudiando y practicando unos con otros temas que James apenas podía entender. Incluso los Gremlins parecían tensos. Noah, Sabrina, Damien y Petra estaban sentados en el sofá frente al fuego, rodeados de pergaminos sueltos, libros y envoltorios de caramelos. James les saludó cuando pasaron a su lado, de camino a la biblioteca.

—Eh, Damien —dijo—, gracias por lo del otro día en la oficina del director.

—Solo hacía mi trabajo —masculló Damien, con la nariz enterrada en un enorme libro de gráficos de estrellas.

Mientras bajaba a la biblioteca, James repasó los acontecimientos de los días anteriores. Todo se movía tan rápido que se estaba haciendo difícil seguir el rastro. El lunes, James había informado a Scorpius que a él, Ralph y Rose se les había ordenado cerrar el Club de Defensa como castigo por escaparse a Hogsmeade. Scorpius se había mostrado extrañamente imperturbable.

—Una pena que no podáis seguir asistiendo —dijo despreocupadamente, mirando por encima de sus gafas desde el libro que había estado estudiando.

—No creo que lo entiendas —dijo James, sentándose—. El club ha sido desmantelado. Merlin lo ha ordenado.

Scorpius bajó la mirada a su libro de nuevo, pasando una página.

—Lo entiendo tan bien como deseó. Por lo que a mí concierne, a los tres os han prohibido liderar el club. Como co-profesor, no tengo ninguna intención de cerrarlo. Le cambiaremos el nombre si es necesario. Lo llamaremos, oh, el “Ejército de Scorpius”.

—Eso no tiene gracia —dijo James, sacudiendo la cabeza.

—¿No? —replicó Scorpius—. Vaya, y yo que estuve levantado toda la noche pensando en ello. Qué imbécil.

James lo pensó durante un momento, y después preguntó quedamente.

—¿De verdad vas a seguir enseñando en el club? ¿Aunque Merlin crea que ha sido cerrado?

—Desde luego no sé qué quieras decir —respondió Scorpius—. Si el director ha determinado que el Club de Defensa debe disolverse, entonces se disolverá. Es pura y simple coincidencia que yo, junto con el Espectro del Silencio y la Dama Gris, vaya a enseñar en un club completamente *nuevo* que se reúne en el mismo lugar y momento para estudiar los mismos temas. Seguro que el director reconocerá la diferencia.

James sacudió la cabeza, sonriendo torvamente.

—En realidad no caíste muy lejos del árbol Slytherin, ¿no? ¡Eres tan retorcido como un sacacorchos!

—Ser retorcido es simplemente tener capacidad para pensar rodeando los escollos —dijo Scorpius, volviendo a su libro—. Eso me lo enseñó mi padre.

James empezó a levantarse, luego se detuvo y volvió a mirar al chico pálido.

—¿De veras Cedric te hace llamarle el “Espectro del Silencio”?

Scorpius se ajustó las gafas.

—¿Quién soy yo para discutir la elección de nombre de un fantasma?

Al parecer, Scorpius tenía palabra. El martes por la noche James, Rose y Ralph rondaban por los pasillos cerca del gimnasio. Desde luego, cuando pasaron junto a las puertas de cristal esmerilado, pudieron oír los sonidos del club, practicando y ensayando bajo el paciente tutelaje de la Dama Gris.

Los preparativos para *El Triunvirato* también aceleraron el paso. Los utileros de Jason Smith estaban trabajando el doble del tiempo, teniendo que construir la mayoría de los escenarios y elementos de atrezo, incluyendo una enorme máquina de viento accionada a pedales. Gennifer Tellus comandaba fervorosamente su equipo de vestuario, haciendo todos los ajustes, alteraciones y detalles de último minuto. Josephine Bartlett se había recobrado de su maldición de vértigo lo suficiente como para subir al escenario, aunque no podía aproximarse al borde sin marearse. No obstante, un contingente de chicas Ravenclaw habían empezado una campaña bastante irritante para reinstaurar a Josephina en el papel de Astra. A este efecto, habían pintado un montón de carteles y colocado peticiones en varios tablones de anuncios. Las peticiones no habían acumulado muchas firmas, sin embargo, y con la excepción del cortejo de Josephina, incluso el resto de los Ravenclaws parecían apoyar en silencio a Petra para el papel. Por su propia parte, James quedó impresionado al comprender que se había aprendido casi todas sus frases. Hubo un tiempo en el que lo hubiera considerado casi imposible, pero los persistentes ensayos y lecturas nocturnas aparentemente habían funcionado. Noah y Petra parecían por turnos cariñosos y fríos durante los ensayos, obviamente reflejando el tumultuoso desarrollo de su relación. James todavía no había practicado su escena del beso con Petra, aunque habían leído las frases una docena de veces. La profesora Curry asumía que no habría necesidad de un beso real, sino que se inclinarían uno hacia el otro y se tocarían mejilla con mejilla. Estarían a contraluz para la audiencia, y las luces se apagarían en el momento del beso, terminando así el tercer acto. Para gran desilusión de James, sin embargo, se veía obligado a obedecer las directrices de Tabitha Corsica siempre que la profesora Curry no estaba alrededor. Ésta parecía sentir un perverso placer al obligar a James a recitar sus monólogos una y otra vez, criticándole constantemente y ninguneándole delante de los demás actores y equipo. Mientras James sudaba por el brillo de las luces del escenario, releyendo su discurso por novena vez, su aversión a la hermosa y arrogante cara de Tabitha se intensificaba hasta el punto de un brillante odio intenso.

La temporada de quidditch había terminado finalmente con una aplastante victoria de Hufflepuff contra Gryffindor, dando como resultado días de implacable burla por parte de los Hufflepuffs y hoscas respuestas de los Gryffindors. Para conmemorar la primera temporada de Albus como buscador Slytherin, Tabitha al parecer le había regalado la escoba con la que había volado toda la temporada, la misma escoba misteriosamente maldita que había causado tantos problemas a James, Ralph y Zane el curso pasado. James apenas podía creer que Tabitha hubiera renunciado a la escoba, pero también sabía que el propósito de todo el asunto era unir más a Albus con sus compinches Slytherins. Además, si Tabitha regalaba algo tan poderoso como esa escoba, sólo podía ser porque tenía en su poder algo aún más poderoso.

Y entonces, esa misma mañana, James recibió finalmente una respuesta por carta de su padre. La leyó en el desayuno con Ralph y Rose pegados y asomándose sobre su

hombro.

Querido James,

Lamento lo tardío de la respuesta, pero he estado terriblemente ocupado con este nuevo departamento de aurores. Hemos llamado a Kingsley para que nos eche una mano con él, y ha sido de gran ayuda organizando y preparando el equipo de campo con el que contará. Lo creas o no, incluso K. Debellows ha ofrecido su ayuda. Resulta que los Harriers se enfrentaron una vez a una colmena similar de dementores en Hungría. Viktor tiene a su escuadrón preparado, solo por si acaso, así que es un alivio.

Eso nos lleva al asunto de ese Guardián. Nuestros investigadores en el Ministerio ya han comenzado a reunir detalles. Tenemos al viejo Dung Fletcher en custodia preventiva, y él nos ha comunicado por escrito que la gente que orquestó la conspiración del año pasado perseguía algo grande como esto. Tenemos bastante confianza en que toda esta historia de "La maldición del Guardián" no sea más que un intento de asustar a la población. El E.P. todavía está trabajando para desestabilizar en secreto el mundo mágico, ¿y qué mejor forma de hacerlo que inventar una nueva y grave amenaza que el Ministerio no sea capaz de contener, eh? No te preocupes. Tenemos a los mejores en ello, incluyéndome a mí. Aún así, no vamos a arriesgarnos, ¿verdad? Si realmente hay algo detrás de esto aparte de un montón de dementores rebeldes, lo averiguaremos.

En lo referente a la Piedra de R., siempre puedes preguntarme todo lo que quieras, James. Di a tu amigo Cameron que recuerdo bien a su tío y que tiene razón sobre la piedra. Después de utilizarla en el Bosque aquella noche, la dejé caer. Ya no la necesitaba, y estaría mejor perdida para siempre para el mundo mágico. Supongo que todavía está ahí fuera en alguna parte, pero probablemente ni yo podría volver a encontrarla otra vez. Te recomiendo fervientemente que no la busques. Solo traería problemas. Deja que siga perdida, ¿vale?

Con amor,

Tu padre

P.D.: No, todavía no hay ni rastro de lo desaparecido, pero honestamente, no he tenido mucho tiempo para buscar eso. Mamá y la abuela envían saludos. La abuela se queda en la habitación de Albus, así que no tienes nada de qué preocuparte. ¡Te veré en unas semanas!

James llegó a la oscura biblioteca y vagó a través de los pasillos y estanterías hasta que encontró a Ralph y Rose, que estaban absortos en una profunda conversación. Dejó caer su cartera sobre la mesa y se sentó junto a Rose.

—Hemos hablado con Zane hace un rato —anunció Ralph—. Apareció aquí mismo en la biblioteca. Hizo que la profesora Heretofore enrojeciera diez tonos de rabia. Ella se negó a dejarnos lanzarle ningún hechizo para mantener su proyección, pero pudo pasarnos un rápido mensaje.

James se inclinó hacia adelante.

—¿Cuál era?

—Al parecer fue a ver a Madame Delacroix en persona —dijo Rose en voz baja—. Está bastante chiflada, pero le sacó alguna información útil sobre lo que podrían hacer las personas equivocadas con tu muñeco vudú.

—¿Qué? —preguntó James ansiosamente—. ¡Cuenta!

—Exactamente esto —replicó Ralph, curvando la mano hasta que tomó la forma de un cero.

—Más o menos —añadió Rose, mirando fijamente a Ralph—. Tu padre tenía razón, James, cuando dijo que el vudú no funciona como en las películas de los muggles. Al parecer, es principalmente psicológico. Pinchar un muñeco vudú en el corazón no mata al sujeto, pero puede hacer que se sienta triste o solitario.

—O que le dé pirosis —dijo Ralph bromeando.

Rose puso los ojos en blanco.

—La cuestión es que nadie puede hacerte daño físicamente con un muñeco vudú. Puede hacer que *creas* que sientes dolor, o ciertas emociones, pero eso es todo.

James exhaló un enorme suspiro.

—Bueno, eso es un gran alivio, supongo.

—Aún así —preguntó Ralph—, ¿quién crees que podría tenerlo?

—Probablemente nadie —respondió James—. No estaba con la capa o el mapa. Estaba simplemente en la mesilla de noche de mi madre. Probablemente solo se perdió en casa, como dijo mi padre.

—¡Tal vez lo tenga Tabitha! —susurró Rose conspiradoramente—. ¡Tal vez no sabe que no puede hacerte daño con él! ¡Probablemente se esté volviendo loca preguntándose por qué no funciona!

James sacudió la cabeza.

—Eso es una idiotez, Rose. Tabitha no hubiera tenido forma de conseguirlo ni siquiera si hubiera sabido que existía. Nunca hablé de él a nadie aparte de a vosotros y a Zane. Además, Tabitha no necesita un muñeco vudú para llegar a mí. Podría haber peleado conmigo esa noche en el pasillo. Obviamente no tiene intención de atacarnos con magia o algo así.

—Al menos aún no —masculló Ralph. De repente, un silbido bajo atravesó el aire. No era particularmente ruidoso, pero lo suficiente como para perturbar a los que estudiaban cerca. En la mesa de al lado, Ashley Doone levantó la mirada con curiosidad, buscando la fuente del silbido.

—¿Qué es eso? —jadeó Rose—. ¡Ralph, creo que viene de tu mochila!

Ralph se volvió en el asiento, recuperando su mochila. Tan pronto como la abrió, el ruido se hizo más alto.

—¡Es el chivatoscopio de Trenton! —dijo Ralph, sacando el instrumento de su mochila. El ruido se incrementaba en tono y volumen.

—¡Señor Deedle! —llamó estridentemente una voz. James se volvió y vio a la

profesora Heretofore aproximándose por el pasillo, con sus rasgos afilados pellizcados en un ceño—. ¿Cuántas veces va a insistir en desestabilizar esta biblioteca?

—Lo siento —dijo Ralph, todavía manoseando el chivatoscopio—. Debe estar estropeado. ¡No veo como apagarlo!

La profesora Heretofore sacudió la cabeza con desdén. Sacó su varita y la ondeó hábilmente. El chivatoscopio emitió un graznido repentino y se quedó en silencio.

—Ya está —dijo venenosamente—. Apagado. Ahora, por favor abandonen los tres la biblioteca. Si los vuelvo a ver aquí durante lo que queda de día, serán deducidos puntos a sus casas, incluso si *es* usted miembro de mi casa, señor Deedle. Ahora, largo de aquí.

—Estúpido pedazo de basura —masculló Ralph mientras se dirigían hacia la puerta. Embutió el chivatoscopio en su mochila y se la colgó al hombro.

—No estaba funcionando mal —dijo una voz. James levantó la mirada cuando Scorpius se colocaba junto a ellos, saliendo de la biblioteca—. Hacía exactamente lo que tenía que hacer.

—¿Conseguir que nos echaran de la biblioteca? —preguntó Ralph burlonamente.

Scorpius bajó la voz.

—No, Deedle. Alertarte de la presencia de gente que no es de confianza.

James frunció el ceño hacia Scorpius.

—¿Qué quieres decir?

—Aquí no —dijo Scorpius—. Seguidme. Os contaré lo que pueda por el camino.

Durante varios minutos, Scorpius condujo a James, Ralph y Rose a través de corredores silenciosos. Finalmente, llegaron a la parte vieja del castillo que raramente se utilizaba. Olía vagamente a moho. No se encontraron con nadie más en los pasillos.

—Tengo entendido que tuviste una conversación muy reveladora con “Tabby” —dijo finalmente Scorpius, mirando a James mientras caminaban.

—¿Cómo sabes eso?

—Oigo cosas —replicó Scorpius vagamente—. Tabitha de algún modo se ha convencido de que soy un Slytherin disfrazado. Cree que os detesto a todos y que por consiguiente estoy de su lado.

—También me tuviste engañado a mí durante un tiempo, ¿sabes? —admitió James—. Mi cama todavía tiene grabado “Estúpido Potter Llorica”.

—¿Adónde vamos, Scorpius? —preguntó Rose suspicaz—. Parece como si nos dirigiéramos al mismo lugar donde encontramos el espejo de Oesed.

Scorpius asintió con la cabeza.

—Ahí vamos, Weasley. No se te pasa ni una.

—Scorpius —dijo James, entrecerrando los ojos—, si no te conociera bien, diría que estás nervioso.

Scorpius se detuvo de repente en el pasillo. Se giró de cara a los otros tres.

—Lo que voy a hacer, va en contra de mi buen juicio —dijo con voz baja y seria—. Si mi abuelo supiera lo que estoy a punto de mostráros, probablemente me mataría, y *no* es

una exageración.

—¿Qué, Scorpius? —preguntó James, bajando su propia voz para igualar a la del chico pálido—. ¿Sabes algo?

Scorpius apartó la mirada.

—¿Recordáis cuando os dije que no había visto a mi abuelo en más de un año? ¿Que se escondía, incluso del resto de la familia?

James y Rose asintieron. James dijo.

—¿No es cierto? ¿No está escondido?

—Sí, está escondido. Pero no es cierto que no le haya visto. Le he visto bastante.

Scorpius suspiró y miró a James, Ralph y Rose.

—Empezó hace dos años. Yo odiaba la forma en que mi padre estaba volviendo la espalda a su educación. La razón de que empezara a estudiar a los fundadores fue para averiguar la verdad sobre Salazar Slytherin. Él había sido criado creyendo que Slytherin era un pensador revolucionario y un héroe, pero cuanto más estudiaba mi padre, más empezaba a creer que Slytherin había sido simplemente un loco vicioso y ávido de poder. Cuando yo era bastante joven, mi padre y el abuelo tuvieron una seria pelea al respecto. Terminaron varita frente a varita, aunque ninguno conjuró un hechizo en realidad. Me disgustó que mi padre renegara de su herencia familiar. Una vez el abuelo desheredó a mi padre y se mudó a una localización oculta, decidí unirme a él y probar mi lealtad. Mi madre me ayudó a localizar al abuelo Lucius. Él se alegró bastante de que le visitara en secreto. Me habló de sus planes. Sí, sé lo del Guardián y como llegó a descender sobre el mundo. Sé que mi abuelo cree que llevará a cabo la solución final de Salazar Slytherin, dando a luz finalmente a un mundo de perfección sangre limpia. Pero cuanto más escuchaba a mi abuelo, más comprendía que se había vuelto completamente loco. Él y su socio, Gregor Tyrannicus. Gregor fue una vez de la realeza mágica en Rumanía, pero perdió poder y le echaron a patadas de su propia familia. Él y mi abuelo Lucius harán lo que sea para recuperar ese poder, y más aún. Realmente pretenden controlar un nuevo reino de sangre limpia con el Guardián como su brazo fuerte.

—Así que realmente creen poder controlarlo —jadeó Rose—. ¡Están locos!

—Están locos, sí —respondió Scorpius—. ¿Pero quién dice que no puedan controlarlo? Si pueden hacerse con las dos mitades de la Piedra Faro, pueden de hecho ser capaces de protegerse a sí mismos y a su reino del Guardián, aunque éste les odiará más aún por ello, y les destruirá rápidamente si se descuidan.

—¿Entonces qué quieras mostrarnos? —preguntó James, reafirmando la mandíbula—. ¿Qué es lo que tu abuelo no quiere que sepamos?

Scorpius parecía estar luchando consigo mismo. Sus ojos estaban fijos en James, sus labios apretados. Finalmente, el chico asintió ligeramente con la cabeza.

—Vamos —dijo, y se dio la vuelta rápidamente.

Caminaron un poco más hasta que llegaron a una enorme y pesada puerta. Scorpius sacó una llave de latón deslustrada y la giró en la cerradura.

—Mi padre me dio esta llave para que pudiera ayudarte a volver a través del espejo, Potter —explicó Scorpius, empujando la pesada puerta—. No sé cómo llegó a estar en su posesión, pero sospecho que tuvo algo que ver con una de las menos conocidas tiendas de una oscura esquina del callejón Knockturn. Aún así, dudo que ni siquiera mi padre supiera a qué más me daría acceso esta llave.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Ralph mientras entraban de nuevo en el incómodo almacén. El espejo de Oesed mostraba sus reflejos en su polvorienta superficie. Alrededor había cajas de madera, baúles y armarios cerrados con llave.

—No miréis demasiado atentamente al espejo —dijo Scorpius, pasando junto a él y aproximándose a uno de los armarios—. Sin su Libro de Concentración, solo mostrará distracciones. La verdadera sorpresa está aquí.

—¿Qué *son* todas estas cosas? —preguntó Rose, mirando lentamente alrededor—. Creí que eran solo un montón de trastos viejos cuando estuvimos aquí por última vez, pero eso fue antes de saber lo poderoso que era el espejo y de donde provenía. Nadie habría tirado *eso* sin más entre un montón de cajas viejas al azar.

Scorpius retorció un cerrojo suelto de uno de los armarios y abrió la puerta.

—Todo esto —dijo, volviéndose para mirar a Rose—, es el contenido de la oficina de Albus Dumbledore mientras era director. Legó la mayor parte a su hermano, Aberforth, pero cuando éste murió, lo volvió a legar a la escuela. Ha estado almacenado aquí desde entonces, oculto incluso para los nuevos directores de acuerdo a las instrucciones de Aberforth. El viejo Aberforth no era el tipo más confiado que podías encontrar. Nunca lo habríamos encontrado si no hubiéramos utilizado la señal de Ravenclaw para localizar el espejo.

—Guau —suspiró James con respeto—. Apuesto a que a mi padre le encantaría saber de este lugar. Él y Dumbledore estaban bastante unidos. ¡Mirad! ¿Es la percha del fénix Fawkes? ¡Apuesto a que sí!

—Estas cosas deben ser realmente valiosas —dijo Rose, cogiendo un pesado libro de una mesa—. La mayoría de estos libros son únicos en su especie. Están impresos a mano e ilustrados...

—Todo eso está muy bien —dijo Scorpius, haciéndose a un lado y gesticulando hacia el armario abierto—. Pero es por *esto* por lo que os he traído aquí.

Ralph y James se asomaron al armario, confusos ante el despliegue de herramientas polvorrientas y antiguos artilugios. Un gran objeto con forma de cuenco en el estante de arriba emitía un brillo pálido. Rose dio un grito sofocado, con los ojos muy abiertos.

—¿Eso es el *pensadero*? —susurró—. ¿El pensadero de Dumbledore?

Scorpius asintió con la cabeza.

—Vine aquí una vez por mi cuenta, la noche antes del regreso de James. Me escabullí del dormitorio y utilicé la señal de Ravenclaw para encontrar esta habitación. Quería estar seguro de que realmente existía. Cuando la encontré, exploré un poco y encontré el pensadero. Contiene muchos de los recuerdos del director Dumbledore, y de Severus

Snape también, ya que aparentemente Snape lo guardaba en la oficina del director y lo utilizó después de la muerte de Dumbledore. Sabía que los recuerdos estarían bastante desvaídos y nebulosos ahora que Dumbledore y Snape han muerto, pero había un juego de recuerdos por los que yo sentía una particular curiosidad. El abuelo Lucius ya me había contado su lado de la historia, pero yo quería ver si las versiones de Dumbledore y Snape eran diferentes. Lo eran... un poco.

James bajó un poco la voz.

—¿Qué recuerdos, Scorpius?

Scorpius miró de nuevo a James a los ojos. No parpadeó mientras respondía.

—Sobre algo a lo que mi abuelo y Gregor llaman “el linaje”. Sobre quién es el linaje de Voldemort y como llegó a serlo.

Hubo un largo momento de perfecto silencio, y después, firmemente, James dijo:

—Quiero ver.

Scorpius asintió.

—Pensé que querrías. —Gesticuló hacia el cuenco que brillaba gentilmente.

—¿Cómo funciona? —preguntó Ralph, siguiendo relajadamente a James y a Rose hacia delante—. ¿Es como, una película o algo? ¿Cómo sabe cuál recuerdo queremos ver? ¿Duele?

—Cállate, Ralph —dijo James, no muy amablemente—. Coge mi mano. Tú también, Rose. Creo que solo tenemos que mirar. Eso es todo.

Lenta y cuidadosamente, James, Rose y Ralph se inclinaron sobre el cuenco de piedra. La superficie del líquido dentro del pensadero se parecía incómodamente al remolino de mercurio del espejo mágico de Merlín, excepto que este brillaba mucho más. Iluminaba las caras de los tres estudiantes. Y entonces algo comenzó a surgir de las profundidades del pensadero. Parecía llegar de mucho más profundo que la simple profundidad del cuenco. James contuvo el aliento mientras la luz se intensificaba. El remolino se incrementó, haciendo más grande mientras el líquido del cuenco se alzaba. Llenó la visión de James y entonces, veloz e indoloramente, pareció agarrarle. Al instante, James, Rose y Ralph cayeron en el pensadero como si éste hubiera crecido hasta alcanzar el tamaño de una piscina. Los tragó entonces completamente, y para bien o para mal, no hubo vuelta atrás. Eran parte de los recuerdos descoloridos de Albus Dumbledore y Severus Snape.



Cada uno lo experimentó de forma única y separada. Cuando James aterrizó en medio del primer recuerdo, ni Ralph ni Rose estaban a la vista. Como Scorpius había dicho, los recuerdos estaban descoloridos y nebulosos; James se sentía como si estuviera soñándolos en vez de viviéndolos. Mientras el mundo del recuerdo se materializaba a su alrededor, se encontró de pie en la oficina del director, pero no como la había conocido antes. Se ondeaba o movía, como una escena presenciada bajo el agua, pero entonces empezó a solidificarse. El fénix Fawkes se acicalaba sobre su perchero, probando a James que estaba viendo la habitación como había sido durante el período de Dumbledore como director.

— Debemos estar preparados para tal eventualidad, Severus — estaba diciendo Dumbledore, sin mirar a Snape, que estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia el cielo negro —. No se puede asumir que Voldemort sea demasiado orgulloso para recurrir a semejante táctica. Si llega a temer que sus planes... y por tanto su vida... están en peligro, debemos asumir que preparará a un sucesor de algún tipo.

— El Señor Tenebroso no hace preparaciones en caso de fracaso, director — dijo Snape —. Su vanidad no admitirá la posibilidad de la derrota. El propio número de Horrocruxes que ha preparado es prueba de su seguridad.

— Disiento — dijo Dumbledore, uniendo las yemas de los dedos mientras se sentaba ante su escritorio.

James vio que una de las manos del director parecía bastante horriblemente ennegrecida y enfermiza.

— Un Horrocrux sería suficiente para un villano confiado. La sustancial colección de Voldemort prueba todo lo contrario. Vive con el terror a su muerte, creyendo que nada excepto las medidas más extremas la prevendrán. Ese no es el comportamiento de un hombre confiado en su inmortalidad. Si, con el tiempo, temiera que incluso su colección le fallará, recurrirá a medidas incluso más desesperadas aun. Lo sabrás cuando llegue el momento, y si llega, tu deber estará claro.

Snape se alejó de la ventana y se aproximó al escritorio.

— Me duele admitirlo, pero esta tarea es casi demasiado para mí, director. Usted está mucho mejor preparado para ella que yo.

Dumbledore asintió lentamente y sonrió.

— No discutiré eso, Severus, pero ambos sabemos que es improbable que esté todavía vivo cuando llegue el momento. La tarea recae sobre ti por defecto. No obstante, confío bastante en tu habilidad para hacer lo que sea necesario. A pesar de lo que crees de ti mismo, tienes cualidades bastante útiles para este tipo de trabajo...

Mientras Dumbledore decía esto, el recuerdo se disolvió lentamente. La habitación cayó en la oscuridad y Snape y Dumbledore se desvanecieron. Pareció pasar una cantidad indeterminada de tiempo, y entonces James encontró que otro recuerdo se solidificaba a su alrededor. Estaba en la sala de estar de una gran casa, aunque al parecer la casa era bastante vieja y sus mejores días habían quedado atrás. Una gran araña de

luces yacía hecha trizas sobre el suelo como un cadáver. Trozos de cristal roto se esparcían por todas partes, chispeando a la luz del fuego.

—Potter —dijo una voz alta y sedosa. James se giró para ver a una horrible figura con capa de pie delante de la chimenea. Parecía un hombre, solo que no del todo. Bajo la capucha, la cara era tan pálida que casi resultaba translúcida. No había ninguna nariz, salvo por un par de grotescas aberturas llameantes, y los ojos rojos brillaban con finas pupilas verticales. Las rodillas de James se debilitaron de miedo mientras la figura parecía mirarle fríamente, pero entonces ésta apartó la mirada, mirando de reojo a una mujer acurrucada al final de un sofá cercano.

—Creí haber sido bastante claro —siguió la voz alta y fría, y James reconoció ahora a la figura por quién era. Éste era el propio Voldemort, en carne y hueso—. No debía ser molestado por nada *aparte* de Harry Potter. Bellatrix me asegura que fui, ciertamente, bastante específico sobre ese requerimiento. Y aún así, es ella misma la responsable de interrumpir mi trabajo sin que Harry Potter esté presente a mi llegada.

Bellatrix sollozó y rodó fuera del sofá, lanzándose al suelo a los pies de Voldemort.

—¡Estaba aquí, mi señor! Te lo aseguro: era mi prisionero cuando te convoqué; de otro modo, ¡nunca me habría atrevido! ¡Lucius y Narcissa pueden atestiguar el hecho! Pero fuimos traicionados en el último minuto... —Bellatrix lanzó un brazo hacia un hombre en el que James no había reparado aún. Estaba de pie entre las sombras, con la cara mortalmente pálida y en blanco. Su cabello era largo y blanco.

—¡Díselo, Lucius! —imploró Bellatrix—. ¡Di al Señor Tenebroso que teníamos a Potter en nuestras garras! —Como el hombre no respondió, la cara de Bellatrix se contorsionó con una rabia desesperada—. ¡Entonces quizás deberías contarle como fuiste *superado* por el chico Potter! ¡Cuéntale, Lucius, como fuiste aturdido *momentos* después de que se lanzaran sobre nosotros! ¡Cuéntale!

—Severus —dijo Voldemort, ignorando los desvaríos de la mujer, que protestaba sollozante—, esta desafortunada ocasión me ha presionado a considerar una opción que esperaba que no fuera necesaria.

James se giró y vio a Snape de pie delante de la puerta cerrada de la sala de estar. Sabía que ni Snape ni Voldemort podían verle; aún así, se sentía muy incómodo allí de pie entre ellos mientras hablaban. Se movió a la esquina opuesta a la figura de Lucius Malfoy. Snape simplemente se quedó de pie y esperó, mirando sin sobresaltarse a la horrible cara de serpiente.

—Os he convocado por la misma razón por la que he despedido a Narcissa, Greyback, y al hijo de Lucius. Nadie más necesita conocer la tarea que os encomiendo. El propio Lucius tendrá su papel en ella si escoge aceptarlo; tengo la esperanza de que esté ansioso por probar su valía tras los recientes acontecimientos. Pero tú, Severus, jugarás un papel muy importante en este acuerdo.

—Lo que deseas, mi señor —dijo Snape llanamente.

Voldemort siguió, alejándose de la chimenea.

—Como sabes, Severus, he preparado Horrocruxes, creando una cadena irrompible de inmortalidad durante mi ascendencia...

Mientras Voldemort cruzaba lentamente la habitación, la araña de luces se alzó silenciosamente del suelo, dejándole pasar bajo ella. Trozos rotos de cristal se alzaron con ella, girando y reluciendo en el aire como gotas de agua.

—Confío bastante en que esos Horrocruxes me servirán bien; sin embargo, en el extremadamente improbable caso de que alguno de ellos fuera destruido...

—¡Nunca, mi señor! —gritó Bellatrix, todavía servilmente agachada en el suelo—.
¡Eso es imposible!

—....he preparado un Horrocrux *final* —siguió Voldemort, ignorando completamente el estallido de Bellatrix—. Es bastante especial. De hecho, confío en que nunca antes se ha creado algo igual.

Cuando Voldemort alcanzó el centro de la habitación, se detuvo. Mientras la araña de luces rota flotaba sobre él, metió la mano lentamente en su capa y sacó una daga larga y estrecha. Era singularmente fea, hecha de plata y con un mango de incrustaciones de joyas. La hoja estaba manchada de un tono oscuro, como si hubiera sido frotada con hollín.

—Esta daga —siguió Voldemort, girándose lentamente hacia el fuego—, es bastante especial para mí. Ha viajado largo tiempo conmigo y me ha servido en muchas ocasiones. Puede que os interese saber que una vez perteneció a mi padre. La tomé como herencia de su mano muerta. Por tanto es bastante apropiado que esta daga, Severus, sea el último y tal vez más importante de mis Horrocruxes. Te la confío para que la guardes dentro de la protección de Hogwarts hasta que llegue el momento de utilizarla.

—La protegeré con mi vida, mi señor —dijo Snape, inclinando la cabeza—. Me siento honrado de que se me confíe una tarea que sólo prolongará su larga vida.

—Un momento, Severus —dijo Voldemort, apartando la daga, como reluciente a entregarla—. Este no es *ese* tipo de Horrocrux. Con esta reliquia, estoy pensando solo en las generaciones *futuras*. Que no se diga nunca que tu señor no es magnánimo, pues este Horrocrux no debe servirme a mí mismo. Como ya os he dicho, este Horrocrux es *especial*. La parte de mi alma que contiene ha quedado separada de mí para siempre. No puedo reclamarla. Además, si, en el notable e *inimaginable* caso de que todos mis Horrocruxes excepto éste fueran destruidos, esta daga no aseguraría mi supervivencia.

Bellatrix jadeó, pero sus ojos se mostraban enormes y ávidos mientras observaba a Voldemort. Su mirada nunca abandonó la daga mientras ésta se movía y centelleaba en la mano pálida.

—La parte de mi alma encerrada dentro de esta daga es un *regalo*, amigos míos. Tiene que ser *legada*. Lucius, mi leal servidor, te he pedido que te quedes porque conozco tu desesperado... y justificable... deseo de probarte ante mí. Será tu deber y tu honor otorgar el regalo de la daga si llegara el día en que fuera necesario.

Por primera vez, la cara de Lucius Malfoy volvió a la vida. Parpadeó hacia Voldemort, y después se tambaleó hacia delante, sin atreverse a tocar a su amo.

—¡Gracias, mi señor! ¡Es un honor! ¡No le fallaré!

—Sé que no lo harás, Lucius —dijo Voldemort llanamente, casi amablemente—. Porque si, por alguna razón, perdieras la daga, ella te encontraría. La he unido a ti, y a tu familia. En el caso de que algún acontecimiento desafortunado le sucediera al director Snape, tú debes recuperar la daga. Ella te estará esperando. Y si llegara el momento de utilizarla y no cumplieras cabalmente con tu papel, ella te buscará con intenciones propias. Llegará hasta ti y tu familia. Confío en que lo entiendas.

—Sí, mi señor —jadeó Lucius, asintiendo con la cabeza—. Llevaré a cabo cualquier tarea que me confíe. ¡Lo juro, amo!

Voldemort asintió lentamente.

—Entonces tu trabajo comienza este día, Lucius. Encuentra para mí un recipiente apropiado. Encuentra una familia cuya sangre sea pura pero sus lealtades nunca hayan sido cuestionables. Cuando llegue el momento, acude a la mujer de esa familia que esté embarazada. Ella debe tomar la daga por voluntad propia, y con su propia mano, utilizar la daga para trazar mi símbolo —la primera inicial de mi nombre— sobre la hinchazón y gravidez de su hijo nonato, dibujándolo con su propia sangre. Deja que su voluntad infunda la vida de la daga en la sangre de esa madre, llevándola al niño. Así, esta reliquia de mi alma pasará. El niño llevará mi esencia, renovada y lista para prestar servicio a otra generación. Este es tu deber y tu promesa ante mí, Lucius. Júralo.

—¡Lo juro, mi señor! —jadeó Lucius, cayendo sobre una rodilla.

—¡Mi señor! —gritó Bellatrix sin aliento, gateando sobre las rodillas e implorando con una mano—. ¡Elígeme! ¡Permíteme ser el recipiente de tu regalo para futuras generaciones! ¡Criaré al chico a tu imagen y semejanza! ¡Estoy dispuesta! ¡Estoy ansiosa!

—Sí, mi leal Bellatrix —dijo Voldemort suavemente, sin girarse hacia ella. Trozos de la araña de cristal flotante giraban en el aire entre ellos—. Pero tus lealtades son tu cualidad más irrecusable para esta tarea. Nadie debe sospechar en qué vientre renacerá mi alma. A pesar de tu gran deseo, esta tarea no puede recaer en ti.

Bellatrix sollozó.

—¿Entonces por qué me mantienes aquí, mi señor? —lloró desesperadamente—. ¿Por qué me retienes solo para ver como mi mayor deseo se escapa entre mis dedos?

Voldemort suspiró indulgentemente.

—Tu misma pregunta contiene la respuesta, querida Bellatrix. Pero intenta verlo por el lado bueno: había considerado matarte simplemente por permitir que Harry Potter escapara de tus garras esta noche. En vez de eso, simplemente mato tu mayor sueño.

—¡Noooo! —chilló Bellatrix, derrumbándose, y el pelo de James se erizó. Nunca había oído un grito más desesperado y desesperanzado.

Voldemort se adelantó a zancadas, sonriendo como si el aullido de agonía de Bellatrix fuera la más dulce de las músicas. Ofreció la daga a Snape. Cuando Snape tomó la daga,

la araña de luces suspendida cayó de nuevo. Se estrelló ruidosamente contra el suelo detrás de Voldemort, estallando como una bomba y ahogando el penoso aullido de Bellatrix Lestrange.

El recuerdo se rompió también.

Hubo un destello de humo arremolinado, y después una escena más se materializó, nadando fuera de las nieblas como un sueño enfebrecido. En este recuerdo, James vio a Severus Snape de nuevo. Se paseaba por la oficina del director, que era su propia oficina en esos momentos.

—Parece que no lo entiendes, Albus —decía Snape, hablando aparentemente con el retrato de Dumbledore en la pared de la oficina—. No será una petición. Slughorn es el hombre responsable de la habilidad del Señor Tenebroso con los Horrocruxes en primer lugar. Él los entiende mejor que yo. *Debe* al mundo una compensación por semejante fallo.

—Ojalá fuera posible, Severus —replicó el retrato de Dumbledore—, pero no lo es. Puedes destruir el Horrocrux, si, pero nadie puede simplemente incapacitarlo. Además, me parece recordar que mis instrucciones fueron simplemente envenenar el instrumento, asegurando que mate a la madre y al niño al que pretende infiltrar.

—No puedo destruir la daga mientras el Señor Tenebroso esté todavía vivo —replicó Snape—. La ha atado a Lucius Malfoy, él sabrá que está en peligro, y mis lealtades quedarán reveladas.

—Entonces haz lo que indiqué —insistió Dumbledore ardientemente—. Envenena la hoja. Está dentro de tus capacidades. Hay un gran número de venenos indetectables en esta misma habitación. Deja que el instrumento que carga con esa alma oscura también cargue con su perdición.

—Puede que tú, “por el bien de todos”, hubieras sido capaz de pasar por alto el asesinato de la mujer y su hijo, Albus, pero me temo que a mí esa habilidad se me escapa.

El retrato replicó tristemente.

—Entonces eres un tonto, Severus. El fruto de este Horrocrux pesará sobre *tu* cabeza, no sobre la de Horace Slughorn.

Snape exhaló lentamente, pensando. Finalmente, levantó la mirada.

—Tal vez no —dijo, como para sí mismo—. Tal vez haya otro modo.

—Estás equivocado, Severus —replicó Dumbledore—. Mi modo es el único método responsable. De otra manera, el chico nacerá con la amenaza del propio Voldemort latiendo en sus venas.

Snape sonrió lenta y fríamente.

—Tal vez no... —dijo de nuevo.

—Seguramente no dudas de que la daga transmitirá el remanente del alma de Voldemort.

—No —dijo Snape, entrecerrando los ojos—. Pero quizás no se transmitirá a un chico...

Dumbledore suspiró pacientemente.

—Este no es momento para conspiraciones, Severus.

—Sé indulgente conmigo —respondió Snape lentamente—. Simplemente estoy especulando. El Señor Tenebroso cree que su alma pasará a un niño. Él, en su corazón el más arrogante de los hombres, cree incuestionablemente en la superioridad de su propio género. ¿Pero y si el juicio de Lucius fuera engañado? ¿Y si la intuición fuese nublada? Y como resultado, ¿qué si el Horrocrux final se transmitiera a una niña?

—No hay prueba de que su alma no pueda dominar la personalidad de la niña. Todavía estaría influenciada por su esencia vital.

—Su quintaesencia *masculina* —masculló Snape, apenas escuchando al retrato—. ¿Pero cómo se equilibraría eso contra la inesperada polaridad de su propio corazón femenino? ¿Cómo...?

El retrato interrumpió amablemente.

—Esto es una tontería especulativa, amigo mío. Te lo vuelvo a decir: envenena la daga, o si no puedes, destrúyela cuando llegue el momento.

Snape levantó la mirada hacia el retrato, entrecerrando los ojos. Sacó la daga de su túnica y la sostuvo entre sus manos. Centelleaba oscuramente, tan fea como la última vez que James la había visto. Snape asintió con la cabeza.

—Sí —estuvo de acuerdo—. Tienes razón, por supuesto, Albus. Cuando llegue el momento. No puedo destruir el Horrocrux aún, hay demasiado en juego para poner en tela de juicio mis lealtades. Entretanto, sin embargo, quizás experimente. Lucius Malfoy está unido a la daga. Quizás pueda *utilizar* ese vínculo, pervertirlo, nublar su mente en el caso de que esta cosa sobreviva. Si Lucius tiene éxito en utilizar la daga, “accidentalmente” la utilizará sobre una niña nonata, frustrando así los deseos de su amo. Tal vez, solo tal vez, eso será suficiente para mantener el equilibrio. De otro modo, destruiré al Horrocrux yo mismo cuando llegue el momento adecuado.

—Perdóname, Severus —dijo Dumbledore, mirándole llanamente a los ojos—, ¿pero y si no vives tanto?

—Tengo más de una razón para permanecer vivo, Albus —respondió Snape, deslizando la daga otra vez en el interior de su túnica—. Y como bien sabes, destruir este misterioso objeto no es siquiera la más importante. Confía en mí, *seré* cuidadoso.

Con la última palabra de Snape, *cuidadoso*, el recuerdo ondeó y palideció. Un remolino de humo plateado llenó la visión de James y éste comprendió que estaba inclinado sobre algo duro. Era incómodo, así que se echó hacia atrás. Cuando lo hizo, alejó la cara del pensadero de Dumbledore, desorientado y mareado. Ralph y Rose se apartaron en el mismo momento. Se aferraron unos a otros, luchando por permanecer erguidos.

—¿Lo visteis? —preguntó Scorpius. James parpadeó, recobrando el equilibrio. Scorpius estaba sentado sobre un baúl en la esquina del almacén, apoyado lúgicamente contra la pared—. ¿Visteis la daga?

—Sí —dijo James—. ¿Y tú, Rose? ¿Ralph? No os vi a ninguno allí.

Rose sacudió la cabeza con desmayo.

—Lo vi todo. Vi al director Dumbledore y al profesor Snape hablando de la posibilidad de algún tipo de sucesor. Y entonces... le vi a él. El-que-no-debe-ser-nombrado. Era horrible.

—Yo no entendí mucho de lo que decía, pero creo que capté la esencia —dijo Ralph, con la cara pálida—. Esos Horrocruxes se supone que guardaban un trozo del alma de Voldemort, así que incluso si le mataban, no moría en realidad, ¿no?

—Pero el último Horrocrux, el incrustado en la daga de su padre, era diferente —asintió Rose—. No podía volver a reclamar esa parte. Tenía que ser pasada a un bebé, llevando ese trozo de su alma a una nueva vida.

James frunció el ceño.

—¿Por qué alguien tan obsesionado con la inmortalidad malgasta un Horrocrux con la vida de algún otro?

Ralph se encogió de hombros como si la respuesta fuera obvia.

—Todavía sería su vida, pero oculta. ¿Quién sospecharía? Mientras Voldemort estuviera dentro de Voldemort, todos los magos buenos del mundo le perseguirían. Sabía que al final unos pocos, como tu padre, James, nunca se detendrían hasta que el último Horrocrux fuera destruido y cada retazo de Voldemort estuviera muerto. Ocultar el último trocito de su alma en algún bebé anónimo fue algo genial. Quiero decir, ya viste el aspecto de Voldemort. No es como si pudiera pasar desapercibido entre una multitud, ¿no? Pero si era parte de un niño, ¿quién le buscaría allí? Es el disfraz perfecto.

—Incluso así, él no *sería* ese niño —dijo Rose, arrugando la cara con disgusto—. Ese pedazo de su alma tendría que competir con el alma *entera* de la persona en cuyo interior estuviera.

—O *trabajar* junto a ella —dijo Scorpius—. Si encontrara alguna debilidad en el alma del anfitrión, podría explotarla, doblegarla de algún modo a la voluntad de Voldemort. Incluso un árbol puede doblegarse si es manipulado desde que es un brote. Voldemort era muy paciente y astuto. Su esencia se tomaría su tiempo para someter y imponer su voluntad a la nueva alma.

—¿Y qué pasó con la daga? —preguntó Rose, sentándose sobre una caja—. Tenemos que asumir que el profesor Snape fue asesinado antes de tener oportunidad de destruir el Horrocrux. ¿Pero tuvo éxito maldiciendo la daga para engañar a tu abuelo?

—No según él —dijo Scorpius, sonriendo sombríamente—. Mi abuelo no sabe nada de los recuerdos que contiene el pensadero. Él cuenta la historia de un modo completamente distinto, por supuesto...

Scorpius se lanzó a relatar el resto de la historia como la conocía.



Empezaba, explicó, con la muerte de Severus Snape a manos de Voldemort, asesinado no porque el Señor Tenebroso sospechara de su lealtad dividida —el propio Scorpius no lo sabía siquiera hasta que lo descubrió en los recuerdos almacenados en el pensadero— sino por la noción equivocada de que Snape debía morir para que la Varita de Saúco, el instrumento mágico invencible, perteneciera completamente a Voldemort. Snape no había esperado esto, y por tanto no había destruido la daga Horrocrux. Sin embargo, había sido lo bastante astuto como para ocultar la daga extremadamente bien y no revelar su localización a nadie. Poco tiempo más tarde, después de que el propio Voldemort hubiera muerto y sus mortífagos se hubieran dispersado, Lucius Malfoy fue tras la daga, intentando frenéticamente cumplir con su deber para con su amo muerto. Se introdujo a escondidas en la escuela poco después de que la batalla hubiera acabado, mientras sus defensas todavía estaban muy debilitadas. Utilizó todas las artes de las disponía para buscar la daga, pero incluso aunque sentía su presencia, fue totalmente incapaz de encontrar su escondite. Se volvió loco de rabia y furia, por la creencia de que si fallaba, el Señor Tenebroso llevaría a cabo su venganza incluso desde más allá de la tumba.

Mientras todavía buscaba en la oficina del director Snape, la presencia de Lucius en el castillo fue detectada. Huyó, camuflado y maldiciendo a todo y a todos a su paso. Mientras escapaba a través del Bosque Prohibido, sin embargo, sus sentidos agudizados detectaron un objeto mágico poderoso perdido allí. No tenía tiempo de buscar el objeto, pero estaba decidido a volver tan pronto como pudiera, convencido de que por accidente había tropezado con el escondite de la daga.

Paso el tiempo, sin embargo, y Lucius fue incapaz de volver al Bosque. La mayoría de sus compañeros mortífagos estaban ocultos o ya habían sido capturados y apresados. Lucius cubrió su rastro excepcionalmente bien, pero vivía con el miedo abyecto de estar siendo vigilado, de que en cualquier momento, sería encontrado y apresado. Su esposa, Narcissa, le había abandonado poco después de la batalla, e incluso su hijo, Draco, parecía poco deseoso de saber de él, así que Lucius siguió escondido. Utilizó lo que quedaba de su dinero para comprar una casa solariega en Cannery Row, protegiéndola con los mejores métodos de secretismo que conocía. Allí, solo, comenzó a planear su retorno al castillo de Hogwarts para recuperar la daga.

Desafortunadamente, con el paso del tiempo, Hogwarts había sido reconstruida y fortificada. No había forma de que alguien como Lucius entrara en los terrenos sin ser detectado. Necesitaba socios y necesitaba dinero. Pronto, encontró ambas cosas en la persona de Gregor Tyrannicus, un refugiado suave pero lleno de odio, expulsado de su propia familia real mágica en Rumanía. Gregor llegaba con una pequeña fortuna en oro, proporcionada por su padre en un esfuerzo de asegurar que se marchaba en silencio y no volviera jamás. Gregor quedó instantáneamente embrujado por las historias de Lucius sobre sus tratos con el famoso Señor Tenebroso, y comprometió cada onza de su tesoro en la búsqueda de la misteriosa daga. A cambio, simplemente pedía su propia posición de poder una vez el previsto reino sangre limpia fuera instaurado. Lucius aceptó graciosamente el apoyo de Gregor, alimentando incluso la pasión obsesiva del hombre por colecciónar reliquias de la vida del Señor Tenebroso.

Juntos, congregaron a un pequeño equipo de ladrones y asesinos, entrenándolos para el asalto a muerte al castillo de Hogwarts. En realidad, Lucius no tenía intención de acompañarlos en el asedio. Planeaba utilizar la distracción creada por este para escabullirse solo hasta el Bosque Prohibido y buscar la daga oculta. A pesar del entrenamiento, de hecho, Lucius esperaba que el equipo de asalto fuera capturado y enviado a Azkaban. Francamente, mientras proporcionaran la pequeña distracción que necesitaba, no le importaba. Sería solo un pequeño sacrificio en el progresivo trabajo hacia el objetivo del caído Señor Tenebroso.

El asalto sin embargo nunca se realizó. Menos de una semana antes del planeado viaje al castillo de Hogwarts, Lucius estaba solo en la casa solariega de Cannery Row cuando uno de los ladrones que había contratado para el equipo, un joven llamado Malcolm Baddock, salió de entre las sombras, con un cuchillo centelleando en la mano. El hombre sonrió, ordenando a Lucius que entregara el oro que tenía oculto en algún lugar de la casa.

—Dámelo y quizás solo te corte la lengua, viejo —había dicho Baddock.

Lucius simplemente había suspirado. Cerró el libro que había estado leyendo y, casi perezosamente, sacó su varita. Le apuntó ociosamente, sin dirigirla realmente hacia Baddock.

—¿Y qué te hace pensar, jovencito, que no acabarás muerto ahí mismo donde estás de pie por obra de esta misma varita?

La sonrisa de Baddock se amplió ansiosamente.

—Porque este es mi cuchillo de la suerte, ves —dijo, mostrando la centelleante hoja oscurecida—. No me ha fallado aún. Te habrá matado tres veces antes de que golpees el suelo, viejo deschavetado. Ninguna varita ha podido nunca contra él, y la tuya no será distinta. ¡Ahora dame el oro!

Los ojos de Lucius se entrecerraron.

—Dime, amigo mío —dijo sedosamente—, ¿sabe tu cuchillo de la suerte cuándo un mago va a hacer *esto*?

Con un movimiento hábil, Lucius dio un golpecito en el aire. Una fina línea roja rasgó la garganta de Baddock y éste se sobresaltó. La sangre comenzó a manar del corte. Goteaba por su garganta y Baddock intentaba mirarla, frunciendo el ceño de forma bastante cómica. Su cara se contorsionó de rabia y retrocedió, alzando el cuchillo por su punta. Cuando abrió la boca para hablar, sin embargo, su cabeza cayó tranquilamente hacia atrás de sus hombros, separándose pulcramente a lo largo de la línea de sangre. Cayó al suelo como un leño.

Lucius ya estaba guardando su varita y preguntándose si contaría al resto del equipo lo que había ocurrido con Baddock cuando algo se le clavó en el estómago. Bajó la mirada con curiosidad y reparó en la empuñadura del cuchillo de Baddock sobresaliendo de su túnica. Un momento después, oyó el golpe del cuerpo sin cabeza del hombre al dar contra el suelo, muerto. Verdaderamente, era un cuchillo de la suerte si Baddock había conseguido terminar el lanzamiento que había comenzado mientras su cabeza todavía estaba marginalmente pegada.

Lucius extendió la mano hacia el cuchillo para extraerlo de su estómago. Dolía, pero no era fatal, no para un mago como él. Se detuvo, sin embargo, antes de que sus dedos tocaran la empuñadura. Sus ojos se abrieron lentamente mientras la miraba. El trozo de empuñadura que podía ver sobresaliendo de los lentamente oscurecidos pliegues de su túnica era bastante feo e incrustado de joyas. Lucius lo reconoció. Con lentitud, cerró los dedos alrededor de la empuñadura de plata y sacó la hoja de sus entrañas. Apenas lo sintió. Cayó de rodillas, sosteniendo en alto la daga, girándola, y observando la luz del fuego jugar sobre su oscura y ensangrentada hoja. Empezó a reír.

—Gracias, mi señor —gritó a través de sus risas—. ¡Incluso muerto, tus palabras sostienen un anillo de verdad! ¡Tu Horrocrux final me ha encontrado! ¡Gracias! ¡No te fallaré! ¡Tu tarea final será completada!

Lucius rió hasta quedarse ronco, solo recordando sanar la herida de su estómago cuando notó la sangre empapando el frontal de su túnica y goteando en el suelo.

Habían pasado dos años desde la batalla de Hogwarts, desde la inconcebible muerte del Señor Tenebroso, pero Lucius finalmente era capaz de completar su tarea. Habló a Gregor de la sorprendente aparición de la daga, y despidieron al resto del equipo de asalto con una pequeña paga en oro, advirtiéndoles que si contaban a alguien lo que sabían, experimentarían el mismo destino que había recaído sobre su colega, Baddock.

Lucius había decidido hacía tiempo qué familia serviría de anfitrión para el “regalo” del Señor Tenebroso. Eran sangre limpia, pero humildes y pobres. Lucius les había estado espiando y había descubierto que una joven de la familia acababa de quedar embarazada. Su nombre era Lianna Agnallis y su marido había sido recientemente apresado por el Ministerio, sospechoso de haber estado implicado a bajo nivel con los mortífagos en los últimos días del reinado de terror de Voldemort. Lucius conocía vagamente al hombre, cuyo nombre era Wilfred. Había sido de hecho una herramienta de los mortífagos, aunque él mismo apenas lo sabía. El joven había sido

extremadamente simple e ingenuo, y el propio Lucius le había utilizado como mensajero. Había sido Lucius quien anónimamente había informado al Ministerio de las conexiones de Wilfred, sabiendo muy bien que el patético hombrecillo nunca podría implicar a nadie por sus nombres; Lucius y sus cohortes habían sido muy cuidadosos en eso. Wilfred fue interrogado por el Wizengamot y finalmente apresado en Azkaban hasta el momento en que estuviera dispuesto a proporcionar los nombres de sus supuestos cómplices.

Después del encarcelamiento de Wilfred, Lucius visitó a la joven embarazada en su diminuto apartamento. Se congratuló con ella, reclamando ser un amigo preocupado y antiguo asociado de su marido encarcelado. Lianna le invitó a un té y se sentaron a su desvencijada mesa de cocina. Lucius explicó que tenía dinero e influencias para ocuparse de la excarcelación de su marido si ella estaba dispuesta a prestar un pequeño servicio en favor de los benefactores de su marido. Lianna estaba desesperada: se lanzó sobre Lucius, sollozando y prometiendo que haría lo que fuera por conseguir que Wilfred volviera a casa. Preguntó a Lucius qué precisaba de ella, y él se plantó, sugiriendo que se lo pensara dos veces antes de que se lo contara. Le pidió que se tomara un momento para considerarlo mientras volvía a servir más té.

Mientras ella volvía al fogón, sollozando y limpiándose los ojos, Lucius se asomó con atención a la taza vacía de la joven, examinando los trozos de hojas de té esparcidos en el fondo. Tenía que asegurarse de que el hijo del útero de la mujer era un niño; desde luego, Lucius era un mago lo bastante competente para asegurarse de algo tan simple como eso. Miró atentamente, entrecerrando la mirada, pero por alguna razón, las hojas de té se emborronaban ante sus ojos. Parpadeó, intentando enfocar y concentrarse. En su túnica, la daga Horrocrux parecía vibrar. La sentía extenderse hacia su mente, llamándole. Le estaba distraayendo. Últimamente, Lucius nunca iba a ninguna parte sin la daga, pero ahora de repente deseó haberla dejado en casa. Y entonces, justo cuando Lianna estaba volviendo, colocando la taza de Lucius sobre la mesa, el amasijo de hojas empapadas se aclaró. Lucius las miró fijamente, incluso extendiendo el brazo hacia la taza de la mujer e inclinándola hacia la luz. Sí, ahí estaba. No había duda: el bebé de la barriga de la mujer era un niño. Las hojas lo probaban. Lucius suspiró y sonrió con alivio. La daga en su túnica volvió a quedarse inmóvil.

—¿Qué? —dijo Lianna nerviosamente, volviendo a sentarse—. ¿Qué ve en las hojas? ¿Voy a recuperar a Wilfred?

Lucius la miró con gentileza brillando en sus ojos. Colocó su mano sobre la de ella, reconfortantemente.

—Estarán juntos muy pronto —prometió—, si hace lo que pedimos. Puede hacerlo hoy, esta misma tarde si quiere. Yo la ayudaré. Pero debe hacerlo sin vacilar y sin preguntas. Puede que le sorprenda, incluso que le duela, pero solo un poco, y se acabará en unos minutos. ¿Puede hacerlo, mi querida señora Agnallis?

Ella asintió, nerviosamente pero con gran resolución.

—Sabía que los jefes de Wilfred no eran gente muy agradable, y que las cosas que le hacían hacer eran algunas veces horribles. Se lo dije entonces como se lo estoy diciendo ahora, señor: no quiero saber nada de eso. Haré lo que quiera que haga, pero no me haga saber más al respecto de lo que tenga que saber. Solo quiero de vuelta a mi Wilfred, y después de eso, todos ustedes desaparecerán, si no le importa.

Lucius asintió comprensivamente, palmeándole la mano, pero Lianna no parecía tener nada más que decir. La firme línea de su boca probó a Lucius que era una mujer de mente simple que había decidido hacer casi cualquier cosa por recuperar a su marido. Parecía presentir que sería bastante horrible, pero tenía una mirada en la cara que Lucius conocía bien. Era la mirada que decía: *Haré lo que haga falta, y nunca volveré a hablar o pensar en esto. Nadie lo sabrá, y yo misma lo olvidaré. Ya lo estoy olvidando. Mi mente está en blanco. Por favor, acabemos con esto.*

Cuando Lucius estuvo bastante seguro de que la mirada de resolución se solidificaba del todo en el rostro de Lianna, buscó lentamente en su túnica, manteniendo su expresión de amable preocupación. Sacó una tela negra doblada y la tendió sobre la mesa.

—Desenvuélvala, señora Agnallis —dijo quedamente—. Es para usted.

Ella extendió la mano y tocó la tela. La abrió y miró en blanco a la fea daga de plata.

Lucius continuó sonriéndole.

—Solo dolerá un momento —dijo tranquilizador. Empezó a explicarle lo que debía hacer.



—Eso es absolutamente horrible —dijo Rose, su voz temblaba—. ¡Tu abuelo es un monstruo!

Scorpius no respondió. Apartó la mirada, mirando al polvoriento espejo de Oesed. Ralph frunció el ceño.

—¿Entonces cómo consiguió el tal Baddock la daga Horrocrux?

—Era un estudiante de séptimo en Hogwarts justo antes de la batalla —dijo Scorpius—. Mi abuelo cree que de algún modo la daga *permitió* que Baddock la encontrara, sabiendo que podría utilizarla para llegar a donde quería.

—Pobre estúpido —dijo Rose, suspirando.

—Pero si la daga estaba con Baddock —preguntó James—, ¿entonces cuál era el objeto mágico que tu abuelo presintió en el Bosque Prohibido? —se detuvo de repente cuando

la respuesta llegó a él. Los ojos de Rose se desorbitaron cuando también hizo la conexión.

—¡La Piedra de Resurrección! —jadeó—. ¡Así es como la encontraron! ¡Tuvo la suerte de acercarse a ella cuando sus sentidos estaban muy alerta! ¡Sintió la Piedra de Resurrección perdida y la confundió con la daga!

—Él también debe haberlo comprendido —asintió James gravemente—. Probablemente no sabía qué era, pero después de que Baddock intentara atacarle, supo que lo que había en el Bosque no podía haber sido la daga. Al final, se escabulló hasta el Bosque para buscarla. ¡Maldita sea! ¡Seguramente se meó encima cuando averiguó que era la mitad de la Piedra Faro de Slytherin!

Scorpius sacudió la cabeza.

—No sé nada de esa parte, pero sí, tendría sentido.

—¿Entonces —preguntó James—, ese es el fin de la historia? ¿Esa pobre Lianna se arañó la inicial de Voldemort en la barriga y dio a luz a un bebé con parte del alma de Voldemort en su interior?

Scorpius asintió, todavía evitando mirarle a los ojos.

—Estaba asqueada por lo que había hecho, y por supuesto, mi abuelo no hizo nada por ver que su marido fuera liberado de Azkaban. No es que en realidad hubiera podido hacerlo aunque hubiera querido. Todo habían sido mentiras. Finalmente, cuando Wilfred no fue liberado, Lianna se convenció de que había hecho algo terrible, y sin razón alguna. Se puso muy enferma y tuvieron que llevarla al hospital St. Mungo. Esa noche, murió dando a luz a su bebé.

Los labios de Ralph estaban presionados en una fina línea. Sacudió la cabeza y dijo:

—Es horrible. No necesito saber nada de esto.

Rose levantó la mirada, le brillaban los ojos.

—¿Qué pasó con el padre del bebé?

—Wilfred permaneció en Azkaban durante años. Sabía que su esposa había muerto dando a luz a su hijo, pero nunca vio al bebé. Exigió que le dejaran salir para poder criar a su hijo. Se volvió irracional y fue puesto en aislamiento penal. Poco después, se le encontró muerto en su celda. Mi abuelo cree que fue lanzado al pozo de los dementores por alguno de los guardias.

—¿El pozo de los dementores? —dijo Ralph, estremeciéndose.

Rose suspiró superficialmente.

—Los dementores solían ser los guardias de Azkaban. Cuando se mostraron indignos de confianza, la mayoría de ellos fueron rodeados y encarcelados allí mismo, en una habitación virtualmente privada de luz en el sótano. Como los borleys, los dementores son criaturas de sombra: sin luz que los contraste, están indefensos. El pozo oscuro de Azkaban los aprisiona y debilita hasta quedar locos de hambre. Si un humano fuera lanzado al pozo con ellos, esa sería una muerte extremadamente horrible.

Ralph preguntó:

—¿Pero por qué los guardias lanzarían al pobre tipo al pozo?

—Venganza —dijo Scorpius simplemente—. Creían que se mantenía firme, protegiendo a los peores mortífagos, los que aún no habían sido capturados. Habrían visto a cantidad de gente asesinada por los mortífagos y no tendrían piedad de alguien que creían que estaba protegiendo a los responsables. Sin embargo no pudo probarse nada.

—Así que el bebé quedó huérfano —dijo James quedamente—. Como mi padre.

Scorpius asintió.

—Para gran furia de mi abuelo, el bebé fue una niña. A estas fechas, no tiene ni idea de que la maldición de Severus Snape nubló su juicio, trabajando a través de la propia daga. Se niega a referirse a la niña como “ella”, y la llama en vez de eso “el linaje” o incluso “eso”. Simultáneamente la desprecia y está obsesionado con ella, sabiendo que porta el último vestigio de su amo muerto. La bebé fue criada por los padres de Lianna, que no eran particularmente amorosos. Mi abuelo los ha espiado con regularidad a través de los años. Los abuelos nunca han sido abiertamente crueles, pero el abuelo cree que en secreto ellos culpan a la niña de la muerte de su hija.

Rose sacudió la cabeza.

—Basta. No quiero oír nada más. Es demasiado horrible.

La cara de James se había ido endureciendo y mostrando cada vez más resuelta. Miró a Scorpius.

—No —dijo—. Tienes algo más que decirnos. Ahora dinos la parte más importante. Cuéntanos quién es el linaje.

—Creía que lo habrías supuesto ya —respondió Scorpius—. Es la única chica huérfana conocida actualmente en Hogwarts, aunque nunca habla de ello. Tiene el cabello oscuro de su madre y la altura de su padre, pero todo lo demás, le viene de la persistente influencia oscura de la daga Horrocrux, del último fragmento del alma de Voldemort. Estaba justo a vuestro lado esta tarde, oculta tras un estante en la biblioteca, escuchándoos a los tres. Fue su presencia la que disparó el chivatoscopio en la mochila de Ralph. Sabéis a quién me refiero. Dime su nombre porque yo no puedo obligarme a pronunciarlo en voz alta. Mi abuelo me mataría, y probablemente utilizaría esa estúpida daga para hacerlo.

James miró a Rose y Ralph, sopesando sus caras, y después miró a Scorpius.

—El linaje de Voldemort es Tabitha Violetus Corsica —dijo firmemente—. De algún modo, lo he sabido todo el tiempo.

—Entonces sabes algo más también —dijo Scorpius, suspirando y poniéndose en pie.

—¿Qué? —dijo Ralph, mirando uno por uno a todos los ocupantes de la habitación.

Rose respondió con calma.

—Sabemos quién es el linaje, así que también sabemos quién será el anfitrión del Guardián. Ambos son Tabitha.

James sacudió la cabeza lentamente.

—Lo único que *no* sabemos —dijo—, es cómo y cuándo va a ocurrir y qué podemos hacer para detenerla.



Capítulo 18

El Triunvirato

El año anterior, durante una aventura bastante espantosa en el Bosque Prohibido, James había tropezado con algo llamado "dríada", el espíritu viviente de un árbol. La dríada era bastante bonita, de una forma triste e hipnótica, y había avisado a James de que la sangre del mayor enemigo de su padre latía en un nuevo corazón, a menos de una milla de distancia. La dríada también había dicho que James debía tener cuidado: *la batalla de tu padre ha terminado*, le había dicho, *la tuya comienza*.

James no había sabido lo que quería decir la dríada con eso, pero había tenido la persistente sospecha de quién era el heredero de Voldemort. Siempre había sospechado de Tabitha Corsica, aunque los demás le dijeran que ella era simplemente una chica inteligente y más bien taimada, con unas desagradables ilusiones sobre la historia reciente. Ahora que James sabía que Tabitha era, de hecho, el linaje sobre el cual la dríada le había advertido, se sentía cada vez más impotente. No había nada que pudiera hacer para detener el plan de Tabitha, sobretodo porque no sabía lo que conllevaba el

plan. Scorpius había insistido en que su abuelo nunca le había contado los detalles sobre cómo el linaje se convertiría en el huésped del Guardián excepto que sería una prueba que demostraría la voluntad y el compromiso de Tabitha hacia el propósito del Guardián.

A James le hubiera gustado preguntar a Merlín sobre el asunto, pero su última entrevista con el director sólo había aumentado sus preocupaciones y miedos acerca del gran hechicero. Asimismo, James podría haber escrito una carta a su padre explicándole todo y pidiéndole ayuda, pero su padre ya estaba muy ocupado con la venta de la Madriguera, arreglando los detalles del nuevo alojamiento para la abuela Weasley y dirigiendo el nuevo sub-departamento para sofocar el misterioso levantamiento de dementores en Londres. Además, en su última carta, el padre de James había admitido que creía que todo el asunto del Guardián era un complicado truco ideado por los enemigos del Ministerio para sembrar miedo e inestabilidad. ¿Cómo podía James pedir ayuda a su padre para defenderse de algo que éste consideraba que eran solo imaginaciones? James se encontraba pensando cada vez más en las últimas palabras de la dríada: esta no era la batalla de Harry Potter; era la de James.

Scorpius había sugerido que lo mejor que podían hacer era observar simplemente a Tabitha tan de cerca como fuera posible, una tarea cada vez más difícil a medida que se acercaba el final de curso. James la veía con regularidad durante los ensayos de *El Triunvirato* ya que Tabitha era la asistente del director y cada vez asumía más la responsabilidad de los ensayos, mientras la profesora Curry se ocupaba de la planificación de la producción final. Las críticas malévolas de Tabitha a la actuación de James no habían amainado. Era aún más dura con él si cabía, siempre disculpándose por hacerlo repetir sus frases delante del resto del reparto, como si intentara asumir una cortés responsabilidad por su aparentemente lamentable actuación. *Después de todo, James había oído a Tabitha diciéndole en voz baja a la profesora Curry, permití que recibiera el papel junto con el resto del comité de reparto. Sin embargo, en retrospectiva la cosa se ve siempre más clara, como suelen decir...*

La tarea principal de vigilar a Tabitha recayó en Ralph ya que éste compartía casa con ella. Además del malhumor general, Ralph no pudo informar nada inusual sobre el comportamiento de Tabitha. Para James, ella parecía vagamente impaciente o aún más aduladoramente educada que nunca.

Las clases empezaron a pasar volando a medida que la función se avecinaba. Montones de padres y familiares viajaban para asistir al espectáculo, incluidas la madre y la hermana de James. Su padre, para su gran disgusto, era necesario en Londres para la primera demostración enérgica del grupo especial anti-dementor y por eso no podría acudir al espectáculo. Sin embargo, Ginny había prometido grabar la actuación de James con unos omniculares prestados, para que Harry pudiera verla más tarde. A la luz de la sospechada gran audiencia, la intención de la profesora Curry de llevar a cabo una producción enteramente no-mágica, del tipo muggle, se vio eclipsada por el ávido y

creciente deseo de producir un espectáculo sensacional. James había visto pruebas de mejoras mágicas secretas en casi todos los aspectos de la producción, desde la máquina de viento a pedales que funcionaba misteriosamente sin que nadie moviera los pedales, hasta focos que no estaban conectados a la electricidad y que continuaban brillando. De hecho, ya que el castillo de Hogwarts no tenía energía eléctrica, varios pequeños generadores muggle habían sido proporcionados a la escuela para proveer energía para las luces. Hasta la profesora Curry había fallado en comprender que los generadores necesitaban ser abastecidos continuamente de gasolina. En su afán por hacer lo más conveniente, Damien había hechizado clandestinamente los generadores para que emitieran un resoplido laborioso y, para mantener las apariencias, había enchufado todos los cables eléctricos. La profesora Curry había dejado sabiamente de hacer preguntas sobre los generadores y se había dedicado a cuestiones más urgentes.

Las clases de Petra parecían estar sistemáticamente en conflicto con las de James, de manera que rara vez tenía oportunidad de ensayar con ella en el escenario. Era mala suerte, admitió la profesora Curry, pero no un gran problema ya que Tabitha Corsica había buscado una suplente para Petra, cuando ésta no pudiera asistir a los ensayos con James. El vértigo de Josephina Bartlett había disminuido hasta un punto en que podía leer las frases en lugar de Petra, y habiéndole sido originalmente asignado el papel de Astra antes de su lamentable "accidente", era la elección lógica para ser su suplente. Lo hacía con una especie de fervor resignado, atrapada entre la vergüenza de tener que servir como suplente y su deseo de probar que habría sido una Astra mucho mejor. Merodeaba por el escenario, con los brazos cruzados y apenas reparando en los demás actores, hasta que llegaba el turno de las frases de Astra. En ese momento, se lanzaba a su lectura, cambiando de la apatía al melodrama absoluto en un simple pestaño, y luego volviendo a la apatía en el momento en que las frases de Astra terminaban. Apenas parecía notar a James en el escenario, aunque muchas de sus frases estuvieran destinadas a él. Por su parte, Tabitha parecía satisfecha con la frustración de Josephina, sonriendo engreídamente siempre que tocaban sus frases. James estaba especialmente molesto por tener que practicar la escena del beso culminante con Josephina, sobretodo porque no la había ensayado nunca con Petra.

—No te atrevas a besarme, pequeño advenedizo —masculló Josephina mientras se inclinaba, sonriendo vagamente.

—Ni sueñas con ello —gruñó James a través de su propia sonrisa cariñosa—. Sólo intenta no caerte sobre mí, ¿vale? Pareces un poco mareada.

Se aseguró de fallar los labios de Josephina por un amplio margen. Un momento después, las luces se apagaron y Tabitha pidió una pausa de diez minutos mientras el equipo del escenario rellenaba la máquina de lluvia.



Aquella noche, James soñó de nuevo, aunque esta vez, sintió que era un auténtico sueño y no una visión directa de la realidad de otra persona. Empezó como siempre, con un destello y entrechocar de hojas y vibraciones de madera vieja. La figura del sueño se aproximó a la ondulada charca y miró adentro. Como siempre, dos rostros surgían de las profundidades, un hombre y una mujer jóvenes. Sin embargo, esta vez, parecían diferentes. Los reconoció vagamente como a sus abuelos muertos hacía mucho tiempo, los padres de su padre. No parecían estar mirando a la chica de los largos cabellos negros. En vez de eso, parecían mirar directamente a James, que flotaba en la oscuridad cerca de ella. Sus rostros parecían graves y preocupados, y aunque no pudieran hablar, se comunicaban con los ojos: *Cuidado nieto; observa detenidamente y camina con precaución. Cuidado...*

La chica de cabello negro volvió la espalda a los rostros de la charca, y James miró hacia ella. Aún ahora que sabía que se trataba de Tabitha Corsica, su rostro permanecía perdido en la sombra. James intentó hablar, decirle que no se ocultara más, que no tenía sentido, pero sus labios parecían estar cosidos. Se movió a su lado a medida que ella pasaba la charca, y mientras se movía, el sueño cambió. Las negras paredes cubiertas de musgo se apagaron en la distancia y fueron sustituidas por un viento frío en una cumbre cubierta de hierba. Una enorme luna llena ardía en lo alto, amarilla e hinchada, como si quisiera caerle encima. La forma de Tabitha continuó andando, y James vio que estaban en un cementerio. Una cerca inclinada de hierro forjado desfilaba tambaleante a la derecha, abarcando una colección de gastadas lápidas y criptas.

— Nunca había estado aquí — dijo la voz de un joven. James miró y pudo percibir una silueta alta andando junto a la forma de Tabitha. La propia Tabitha también parecía más alta, y su voz era bastante diferente cuando habló.

— ¿Por qué deberías haberlo hecho?

— Mis abuelos están sepultados aquí — dijo sobriamente la voz del joven —. No tengo recuerdos de visitar sus tumbas.

— Qué pena — dijo la forma de Tabitha.

— Si tú lo dices.

Llegaron a un resplandor en una hondonada. Emanaba de una linterna enganchada a un poste. Cerca de ella, un hombre encorvado estaba sacando tierra de una tumba. Se enderezó mientras se acercaban, contemplándolos con una fría mirada evaluadora, como si los estuviera esperando.

—¿De quién es esta tumba? —preguntó la forma de Tabitha.

El chico suspiró, y súbitamente James lo reconoció.

—Mía —contestó Albus, volviéndose hacia la figura de Tabitha. Por fin James lo vio bien bajo el brillo de la linterna. Parecía tener diecisiete o dieciocho años, guapo pero cetrino, delgado, como si no se alimentara desde hacía días—. Sabías que este día llegaría —dijo, sacando su varita mágica de la túnica—. Todos los bandos han sido escogidos. Él presente que estás aquí; ya viene, volando como el viento. Pero hay algo que debes hacer antes.

Y Albus entregó a la forma de Tabitha su varita.

Aún sabiendo que era un sueño, James intentó gritar, advertir a Albus, pero sus labios no le obedecieron. No podía hacer nada más que observar. La forma de Tabitha alzó la varita de Albus, apuntándola al cielo. Ella inhaló y sus hombros temblaron, como si llorara. Entonces, sin previo aviso, se produjo un destello de luz verde y un silbido horroroso. El hombre encorvado de la pala miró primero, luego la forma de Tabitha. Albus no levantó la mirada. Por fin, James descubrió que podía mirar hacia arriba. Extendiéndose por el cielo había una forma brillante, titilante. Era un enorme cráneo verde, con la boca abierta. De la boca del cráneo salía una maliciosa serpiente, su mandíbula desencajada y amenazadora. El fantasmagórico brillo de la Marca Tenebrosa iluminaba todo el cementerio. En una de las lápidas más cercanas, James vio su nombre y el de su hermana. Su sangre se heló aunque sabía que eran los nombres de sus abuelos fallecidos.

Se oyó un fuerte chasquido, y otra figura apareció, con la varita lista y apuntando.

—¡Alto! —gritó la figura, y James pensó que la voz le sonaba extrañamente familiar—. ¡Vosotros dos! ¡Sé que creéis que tenéis que hacerlo, pero éste no es el camino! ¡Albus, no tiene porque terminar así!

—Hazlo —dijo Albus, pero James no sabía si estaba hablando con el recién llegado o con la figura de Tabitha.

—¡No! —gritó el recién llegado, y había un deje de desesperación en su voz—. ¡Hay más en camino y ellos no perderán el tiempo con palabras! ¡Sólo tenemos unos segundos! ¡Albus, no seas tonto!

—Lo siento —dijo Albus, aún mirando a la figura de Tabitha. Asintió lentamente con la cabeza hacia ella. Ella bajó la varita, apuntándola hacia él.

El recién llegado avanzó, gritando el nombre de la forma de Tabitha, rogándole.

—¡Por favor, no! ¡Tú no eres ésta en realidad!

—Tienes razón, James —dijo tranquilamente la forma de Tabitha, casi con tristeza—. A partir de esta noche seré conocida por un nombre completamente distinto.

Se produjo un grito ensordecedor y un destello de luz verdosa, que lo arrasó todo. James cayó en aquella luz, luchando por mantener el sueño, pero éste se quebró como un cristal, como una escena vislumbrada en un espejo hecho pedazos.

Despertó, jadeante y sudoroso. Se sentó en la cama, con el corazón latiéndole con

fuerza. La cicatriz fantasmal de su frente latía con tanta fuerza que pensó que se le partiría el cráneo. Se llevó la mano a la frente, siseando entre dientes. Después de un minuto, el dolor empezó a remitir, pero muy lentamente. Cuando pudo obligarse a sí mismo a hacerlo, James se giró para sentarse sobre un costado de la cama. Abrió su cartera en la oscuridad y escarbó en el interior, buscando su pluma y un pedazo de pergamino. Por fin, justo cuando el sudor en su cuerpo empezaba a enfriarse al aire de medianoche del dormitorio, se inclinó sobre la mesita y garabateó tres palabras. Se quedó mirando fijamente lo escrito a la luz de la luna. No tenía sentido. Probablemente era una tontería. Sólo había sido un sueño, y de ningún modo como los otros sueños inducidos por la cicatriz fantasmal. Pero estaba mal de una forma fundamental y muy preocupante. Por razones que no podía admitir, sentía que era importante recordarlo.

Finalmente, temblando, James se volvió a meter bajo las mantas. No tenía idea de qué hora era. Mañana sería la función oficial de *El Triunvirato*, y después de eso, la última semana de clases. En algún lugar ahí afuera, quizás no muy lejos, el Guardián estaba merodeando, esperando a su anfitrión humano. Y aquí, dentro de estas mismas paredes, estaba la anfitriona, preparándose para la tarea que la haría digna. Y de algún modo, James estaba destinado a impedir que tal cosa sucediera. *La batalla de tu padre ha terminado*, había dicho la dríada, *la tuya comienza*. No eran palabras reconfortantes, pero eran las palabras que resonaban una y otra vez en su cabeza, siguiéndolo mientras se adentraba, lentamente, en un descanso intermitente y sin ensueños.

Cerca, Scorpius Malfoy yacía despierto, observando, sin hablar ni moverse. Cuando estuvo seguro de que James se había vuelto a dormir, se deslizó fuera de su cama. Cruzó la habitación, de puntillas, pasando por delante de la ventana y lanzando su sombra sobre James. Scorpius se inclinó cuidadosamente, bizqueando. No llevaba las gafas, pero la luz de la luna era muy brillante y pudo ver las palabras escritas por James. Las miró por un buen momento con el ceño fruncido, inmóvil bajo la luz de la luna. Por fin, Scorpius, se encaminó de vuelta a su cama.

Al contrario que James, no durmió el resto de la noche.



—¡Hoy es el gran día! —proclamó Noah, dejándose caer en un asiento al lado de James en la mesa del desayuno—. Come “Treus”. No querrás desmayarte en el escenario, ¿verdad? Después de todo, tú no tienes suplente.

James gruñó. Las mesas parecían inusualmente llenas esta mañana ya que algunas de

las familias que planeaban acudir a la actuación habían llegado la noche anterior. El padre de Ralph, Denniston Dolohov, estaba sentado con él en la mesa Slytherin, sonriendo inciertamente al ruidoso gentío. Los propios padres de Noah se sentaban a la cabeza de la mesa Gryffindor con Steven, su hermano.

—¿No deberías estar sentado con tu familia? —preguntó James gruñón.

—Mala suerte, compañero —dijo Noah sensatamente, dándose golpecitos en la nariz—. Se supone que nadie de la familia debe verte antes de la actuación. Es la tradición, ¿no?

Sabrina sacudió la cabeza, haciendo rebotar la pluma que llevaba sujetada a su cabello pelirrojo.

—Estás pensando en las bodas, imbécil. Los novios y las novias no deben verse el uno al otro.

—Bueno, ¿de dónde crees que han sacado esa idea? —preguntó Noah masticando un bocado de tostada—. Después de todo, ¿qué es una boda sino un espectáculo de la vida real?

—No estás nervioso, ¿verdad, James? —preguntó Sabrina, ignorando a Noah.

—Puede ser, un poco —admitió James—. Quiero decir, nunca pensé que llenaríamos el anfiteatro. Ha venido mucha más gente de la que creía. Parece que todas las familias van a estar ahí, ¿no?

—Mi madre viene —dijo Sabrina, asintiendo—. Y mi tío Hastur. Él estudió en Hogwarts hace casi cien años y ésta será la primera vez que regresa.

Graham elevó la voz:

—Mis padres vienen, aunque yo sólo sea un paje. Sólo tengo una frase, pero ellos actúan como si fuera la estrella de todo el espectáculo.

—Ojalá fueras la estrella del espectáculo —dijo James, desplomándose sobre sus brazos cruzados.

—¿Alguien tiene un poco de miedo escénico? —preguntó Rose alegremente, sentándose en un asiento enfrente de James.

—Le ha dado fuerte —dijo Noah, dando un leve codazo a James—. A este paso, será inútil cuando abran el telón. ¡Puede que tenga que interpretar los dos papeles! Por suerte estoy a la altura.

—La lucha a espada de Treus y Donovan puede ser un desafío —sugirió Graham, bizqueando pensativamente.

En un esfuerzo por cambiar de tema, James preguntó:

—¿Dónde está Petra hoy? ¿Sus padres vienen?

—La he visto en la sala común esta mañana —contestó Noah—. Parecía como si aún estuviera trabajando en sus frases. Estaba estudiando algo bastante arduamente. No la interrumpí. Supongo que su familia viene, pero no ha hablado mucho de eso.

—Ayer le pregunté si sus padres venían —Sabrina asintió con la cabeza—. Dijo que los vería esta noche. Será genial conocer a las familias de todos, ¿no creéis? La única otra

ocasión en que los vemos es en el andén nueve y tres cuartos, y siempre muy apresuradamente.

—Sí —dijo Graham, poniendo los ojos en blanco—. No hay nada que me guste más que el que las abuelas de los *otros* me pellizquen las mejillas.

—Si al menos tus mejillas no fueran tan ricas y rubicundas —dijo Noah, inclinándose sobre la mesa. Graham lo apartó, frunciendo el ceño.

James tuvo dificultad para concentrarse en sus clases. De hecho, con tantos padres y familiares llegando a lo largo del día, de todos modos pocos profesores parecían esperar mucho de sus aulas. Sin embargo, James se alegraba de la distracción. Intentó concienzudamente tomar apuntes durante la clase de Adivinación a pesar del hecho de que la profesora Trelawney parecía fruncir el ceño a todo lo que no fueran demostraciones prácticas.

—La Adivinación es un *instinto*, no un *estudio*, señor Potter —trinó ella, deteniéndose junto a su mesa y golpeándola con una uña larga y púrpura—. Su trabajo es perfeccionar la habilidad latente dentro del brujo dotado, no solamente repetir técnicas y teorías. Liberaos de vuestros límites y permitíos *ver* verdaderamente. Mi pequeño, ¿qué destino adivina para sí mismo en las octocartas?

James parpadeó hacia Trelawney, luego miró a las cartas octogonales en la mesa delante de él.

—Oh, veo ésta, la que tiene una estrella —dijo, sacando una carta al azar—. Las estrellas representan dolor, y hum... Navidad. Significa que voy a ser atropellado por un camión las próximas navidades, pero que no moriré, sólo me quedaré muy, muy malherido —miró a Trelawney otra vez, evaluando su respuesta—. Probablemente moriré semanas después, en el hospital... hum... ¿cierto?

La cara de Trelawney pasó a mostrar una sonrisa perpleja y se alborotó el cabello indulgentemente.

—Te esfuerzas demasiado, querido. Sacaste una estrella porque eso es lo que serás esta noche. —Trelawney suspiró vagamente y se encaminó a la parte delantera del aula—. Pocos lo saben, pero yo fui una artista bastante dotada en mi juventud. Todavía hoy hay quienes hablan de mi actuación como cantante en una producción de Actores de Hogsmeade de *El Espectáculo de los Espectáculos de la Increíble Ahazrial*. Desgraciadamente, me sometí a la agobiante llamada de vidente y profesora, restringiendo así mi carrera en los escenarios. Sin embargo, estoy enteramente convencida, de que su actuación de esta noche, señor Potter, será un placer sublime e impresionante. Ya lo he previsto. —Sonrió a James, con sus ojos ridículamente magnificados por las enormes gafas.

James miró de reojo a Ralph, cuyo rostro estaba pálido y preocupado, tal como James se sentía. Teniendo en cuenta el historial de predicciones de la profesora Trelawney, su seguridad acerca del espectáculo de esa noche era todo menos reconfortante.

Durante el resto de la tarde, James no pudo evitar recitar sus frases una y otra vez en

su cabeza. Estaba muerto de miedo de tropezar en el escenario y olvidar completamente hasta la última palabra. No le ayudaba que todo el mundo pareciera pensar que debería estar disfrutando del alboroto. Mientras se movía por los pasillos, incluso los estudiantes mayores le sonreían y le daban golpecitos en el hombro, deseándole buena suerte y diciéndole "rompe una varita".

Vio a su madre y su hermana fugazmente después de la cena, en su camino al anfiteatro. Acababan de llegar al castillo, habían tomado el tren de Londres. Lily tenía los ojos muy abiertos, tan enamorada del castillo y del ajetreo de los estudiantes que apenas reparó en su hermano mayor. Por otra parte, su madre parecía casi imposiblemente orgullosa de James.

—Oh, te has convertido en un hombre —dijo, cepillándose los hombros y enderezándose la corbata—. Estarás simplemente maravilloso, James. No estás nervioso, ¿verdad?

—Entre los que me dicen que lo haré bien y los que me preguntan si estoy nervioso —dijo James suspirando—, me pregunto por qué me apunté para este papel.

Ginny chasqueó la lengua.

—Te apuntaste porque sabías que podrías hacerlo, y obviamente, todos están de acuerdo. Ahora sólo intenta relajarte. No te harás ningún favor preocupándote.

—Para ti es fácil decirlo —rezongó James.

—En efecto, lo es —estuvo de acuerdo Ginny, sonriendo a su hijo—. Porque al contrario del resto de personas de aquí, yo sé *exactamente* de lo que eres capaz, James. Relájate, recordarás esta noche el resto de tu vida. Intenta disfrutar del momento.

James asintió.

—¿Has traído los omniculares?

—Tu tío Ron los tiene —contestó Ginny, poniendo los ojos en blanco—. Ha insistido en grabar la actuación. Le he dicho que podía, si dejaba que Hermione lo ayudara. Se han detenido en Hogsmeade para encontrarse con George, Angelina y Ted. Deberían llegar dentro de aproximadamente media hora, y te traerán una pequeña sorpresa.

James se había olvidado de cuántos de sus familiares y amigos estarían entre el público. Sintió otra punzada de miedo nervioso, pero la acalló. Sinceramente, ahora que el momento ya casi había llegado, se sentía un poco mejor acerca de la actuación. De una manera u otra, se terminaría pronto. Después de la función, la profesora Curry había organizado algo llamado "fiesta de celebración" en el Gran Comedor, con montones de cerveza caliente, cócteles y pudín. Todo el reparto y el equipo estarían allí junto con sus familias. Era un alivio saber que en menos de tres horas, James también estaría allí, comiendo tarta y felicitando a Petra, Noah y al resto por el fin de la actuación. Pensando en eso, James dejó a su madre y hermana, diciéndoles que las vería después. Ginny sonrió y asintió, ahuyentándolo.

Los acomodadores fuera de la entrada principal del anfiteatro vieron a James acercándose. Hugo Paulson, resplandeciente en su chaqueta roja y su pastillero, le abrió

la puerta.

—Curry te estaba buscando —dijo mientras James pasaba—. Quieren ponerte la barba de inmediato. Gennifer insistió en que podía hechizarte para que te crezca una de verdad para esta noche, pero Curry no lo aceptó. Después de todo, parece que va a ser pegamento y pelo de cabra.

James asintió, apenas escuchando a Hugo. Se detuvo en la entrada del anfiteatro y miró al escenario. Era un ajetreo de actividad, mientras el equipo colocaba el fondo del castillo en su sitio y la profesora Curry marchaba alrededor comprobando los focos y pidiendo ajustes de último momento. En el escenario, Petra levantó la mirada y vio a James. Sonrió y lo saludó con la mano. James sonrió en respuesta, y por primera vez, sintió un estremecimiento de placer no contaminado por el miedo por ser parte de una producción tan elaborada. Recorrió a la carrera el pasillo principal, bajando las escaleras de dos en dos.

—Aquí está nuestro Treus —dijo Curry cuando James trepaba al escenario—. Su traje está en el camerino. Póngaselo y luego baje a maquillaje, señor Potter. Su barba le espera.

James miró alrededor. Pero no había ni rastro de Tabitha Corsica. Probablemente estaría entre bastidores supervisando el vestuario y el maquillaje. Esperaba no verla mientras se adentraba furtivamente detrás del castillo que servía como escenario, encaminándose hacia los improvisados camerinos.

El camerino de los chicos estaba atestado de animados personajes luchando con ajustadas chaquetas, leotardos, mallas y holgados pantalones. Cameron Creevey detuvo a James al pasar.

—¿El sombrero está bien puesto? —preguntó, girando el raro accesorio a un lado y otro—. Es un sombrero de cinco puntas, ¿no? ¿Pero cuál es la punta que va hacia adelante? ¿Eso importa?

—Tendrás que preguntárselo a Gennifer, Cam. No tengo la menor idea. A mí me parece bien tal como está.

—Gennifer está ocupada en el camerino de las chicas —se preocupó Cameron—. ¡No quiero parecer un idiota delante de todo el mundo!

Noah gritó desde el espejo de tres caras:

—Sinceramente, creo que lo tienes al revés, Cameron. Intenta darle la vuelta.

James detuvo a Cameron cuando el chico se disponía a dar la vuelta al sombrero.

—Se está burlando de ti, Cam. Déjalo así.

—Y tienes la faja del esmoquin mal colocada —añadió Noah—. Se supone que la tienes que llevar sobre el trasero como un pañal. ¿Ves como lleva Graham la suya?

James puso los ojos en blanco y aprovechó la confusión general para escaparse de Cameron. Efectivamente, encontró su traje colgado de un gancho junto a su armario particular. Su nombre estaba en un trozo de pergamino que habían sujetado a él con alfileres. La subida del telón estaba fijada para dentro de casi una hora, pero James no

podía dejar de sentir que debía apresurarse. Se estaba abotonando el último de los muchos botones de su traje cuando una voz habló directamente detrás de él, sobresaltándole.

—¡Qué tal, James! —gorjeó Zane—. ¿Puedes dedicarme un momento?

James se giró, exasperado y divertido.

—¡Zane! ¡Tienes que dejar de aparecer así! —Impacientemente, James lanzó un rápido hechizo punzante al chico rubio, que aulló de dolor y dejó caer el ramo de flores que sostenía.

—¡Auch! —gritó Zane, agarrándose el trasero—. ¡Eso ha tenido mucha gracia! ¿A qué ha venido?

—¿Zane? —dijo James, acercándose para tocar a su amigo—. ¿Eres *realmente* tú? ¡Pensé que eras otro alocado mensaje *doppelgänger*! ¿Qué haces aquí?

—Bueno, *estaba* intentado alcanzar aquel jarrón del estante, —dijo Zane, poniendo los ojos en blanco—. Pero ahora creo que voy a dejar este ramo de buena suerte aquí mismo en el suelo, ¿tú qué dices?

—¡Realmente eres tú! —dijo James, luchando por no reírse—. ¡Lo siento, compañero! Pensé que necesitabas un estímulo mágico como otras veces. De verdad que no quería picarte en el... pero ¿cómo has llegado hasta aquí?

Zane se encogió de hombros y sonrió.

—Salí de la escuela anteayer. Cuando hablé con tu madre sobre las vacaciones, me preguntó si me gustaría venir con ellos a ver tu gran actuación. ¿Cómo podía rechazarlo? Mis padres estuvieron de acuerdo y monté en la Red Flu hasta tu casa en Londres a primera hora de esta mañana. ¿Qué te parece?

—¡Fantástico! —exclamó James—. ¿Cuánto tiempo te quedas?

—El resto de la semana, si el viejo Merlín pantalonesmágicos está de acuerdo. ¿Todavía estáis peleados?

James abrió la boca para explicar, después sacudió la cabeza.

—No lo sé. Es complicado. Pregúntame después de la función, ¿de acuerdo?

—Claro —Zane asintió—. Será mejor que vuelva. Tu madre me está reservando un lugar, pero pronto estará lleno, y algunos de esos padres pueden ponerse muy violentos respecto a los asientos. Por cierto, probablemente sea mejor que no te acerques mucho a las flores rojas con puntas amarillas. Esas son de parte de George, y sonreía de forma bastante fea mientras las miraba.

James asintió con la cabeza seriamente, mirando el ramo de flores en el suelo.

—Comprendido, gracias.

Damien Damascus se apresuró hacia los chicos, con una oveja de utilería bajo el brazo.

—¡James, vamos! —llamó—. Gennifer va a tener hinkypunks gemelos si no tienes puesta la barba de chivo en cinco minutos. Oye, Zane, ¿necesitas un agujonazo?

—No, estoy servido por esta noche —dijo Zane, palmeándose el trasero—. ¡Nos vemos en la fiesta chicos!

James siguió a Damien, luchando con el último de sus botones y ya acalorado con las mallas y el chaleco. Después de un momento, se detuvo, volvió atrás corriendo y cogió la enorme espada de atrezo y la vaina. Haciéndolas traquetear, trotó hacia maquillaje, su miedo escénico casi olvidado con las prisas de prepararse y su alegría por volver a ver a su amigo.

Gennifer sujetaba en las manos la barba postiza de James cuando él llegó corriendo y se dejó caer en una silla plegable.

—Para ser honestos —dijo Gennifer, frotando la barba con un pegamento amarillento, de olor repugnante—, con la cantidad de problemas que los muggles tienen que enfrentar para organizar un espectáculo como éste, me sorprende que lo hagan.

—Quizá por eso vean tanto la tele —comentó Victoire desde una silla próxima—. Mi madre dice que los niños muggle se pasan más tiempo delante de la tele que durmiendo.

Damien aún estaba cerca. Resopló:

—Pero no tanto tiempo como Victoire pasa delante del espejo cada día, así que no está tan mal.

Victoire se burló, ignorando las risas que siguieron.



Cinco minutos después, James salió de entre los bastidores con Petra, que estaba preciosa, quizá un poco recargada con su enorme vestido rosa y los rizos. James se asomó por el costado del telón. El anfiteatro estaba casi lleno, con montones más de gente entrando, buscando asiento, y murmurando con entusiasmo. James escudriñó la multitud, divisando finalmente a su madre en la sección central, diez filas atrás. La tía Hermione y el tío Ron estaban sentados a su derecha, aparentemente discutiendo sobre quién iba a manejar los omniculares. Ted Lupin estaba sentado al lado de Ron. Se había cortado el cabello otra vez, aunque aún lo llevaba más largo que cuando había estado en la escuela el año pasado. Tenía mejor aspecto que la última vez que James lo había visto, aunque todavía ligeramente desaliñado. A la izquierda de Ginny, Lily estaba sentada muy derecha con su bonito vestido amarillo. Descubrió a James y sonrió, saludando con la mano excitadamente. James le sonrió en respuesta y saludó subrepticiamente, intentando no atraer la atención de nadie más. Se colocó un dedo sobre los labios en un gesto que pedía silencio, y ella asintió, fingiendo cerrar los labios. Mientras James observaba, Zane se deslizó silenciosamente por delante de un grupo de padres molestos

encaminándose al asiento vacío entre George y Lily. Satisfecho, James se giró hacia Petra y los actores reunidos. Cerca, Scorpius estaba vestido con un traje de soldado parecido al de James. No parecía estar disfrutando.

—¿Nervioso? —preguntó Petra en voz baja.

—Sí —asintió James—, pero también emocionado. ¿Y tú?

Petra se giró para mirar al oscuro escenario detrás del telón. Sacudió la cabeza despacio.

—Ya no. Todo terminará esta noche, pase lo que pase.

Jason Smith salió trotando de la oscuridad del escenario, con su varita iluminada.

—¿Alguien ha visto a Corsica? —susurró con severidad, examinando rostro por rostro.

James negó con la cabeza.

—¿No está delante? Se supone que debería estar dirigiendo a los acomodadores.

—¿Nadie? —preguntó Jason, descartando a James—. Maldita sea.

Mientras se alejaba otra vez, mascullando bajito, Henrietta Littleby se encogió de hombros.

—Yo la he visto hace una hora, pero eso fue antes de que ninguno de nosotros debiera estar aquí. Supongo que eso no cuenta, ¿no?

—¿Dónde estaba? —preguntó James, girándose hacia Henrietta.

—Estaba en el baño de las chicas del segundo piso —contestó Henrietta—. No me quedé cuando la vi. Esa chica me pone nerviosa.

James frunció el ceño, pensando.

Henrietta, cuya reputación de chismosa era bien conocida, continuó:

—Lo raro fue que no estaba realmente usando el baño. Por lo menos no de la manera en que se usa normalmente. Estaba allí mirándose a sí misma en uno de los espejos, hablando. Lo primero que pensé fue que estaría ensayando sus frases, pero entonces me acordé de que ella no tenía frases, ¿o sí? Es la asistente del director. —Henrietta rió tontamente.

—¿Estaba hablando sola? —preguntó James curiosamente—. ¿Qué estaba diciendo?

Henrietta pestañeó hacia él.

—¿Cómo puedo saberlo? No me quedé el tiempo suficiente para averiguarlo. Pero sonaba como a extranjero ahora que lo pienso. ¿Qué raro? Bastante raro, si me lo preguntas a mí.

—Sí —James asintió pensativamente—. Raro.

De pie cerca, Scorpius entrecerró los ojos.

—¡Todos a sus puestos! —reprendió Curry repentinamente, acercándose a la pandilla de estudiantes trajeados y haciendo gestos para ahuyentálos—. ¡Detrás del telón! ¡Vamos, es casi la hora!

James siguió a Petra mientras ella se situaba tras el telón, moviéndose hacia su marca de apertura. James encontró la pequeña "X" de cinta adhesiva en el suelo, que marcaba

su posición al inicio del primer acto. El corazón le latía aceleradamente, pero ya no estaba nervioso. De alguna manera había dejado su miedo escénico entre bastidores. Ahora que estaba delante, esperando la subida del telón, sentía solamente excitación. Latía en sus brazos y piernas como si fuese magia, y en aquel momento, pensó que comprendía por qué los muggles se tomaban tanto trabajo para organizar espectáculos como éste. Uno podía llegar a amar esta sensación si no tenía cuidado. Tragó saliva y miró a un lado. Petra lo vio y le dedicó una sonrisa ladeada, asintiendo una vez con la cabeza. Al otro lado del escenario, Noah y el resto de los actores se arrastraron nerviosamente hasta sus lugares, perdidos en la semioscuridad detrás del enorme y grueso telón. A través de él, James aún podía oír el rumor de centenares de voces. Entonces, por fin, llegó el taconeo de la profesora Curry cruzando el escenario del otro lado del telón. Un foco se encendió, enfocándola. James podía ver su sombra en la parte de atrás del telón, enjaulada en el centro de un perfecto círculo de luz. La multitud calló y una ronda de educados aplausos se elevó en el aire. Sonó realmente cerca. Curry levantó las manos y saludó con la cabeza.

—Gracias, damas y caballeros —dijo alto y claro, sin usar su varita mágica para amplificar la voz—, y gracias también por estar aquí esta noche. Sé que muchos de ustedes han venido de bastante lejos, y en nombre de los estudiantes que han trabajado tan duramente para preparar el espectáculo de esta noche, muchísimas gracias. Mi nombre es Tina Grenadine Curry, y como muchos de ustedes saben, soy la profesora de Estudios Muggles de Hogwarts. Creo que la representación de esta noche será particularmente interesante, no sólo porque éste es un cuento clásico del mundo mágico, sino también porque, como ejercicio a largo plazo para mi clase de Estudios Muggles, este espectáculo se representa de una forma completamente no mágica. Así pues, prepárense para asombrarse, divertirse y deleitarse, queridos amigos, por los métodos extremadamente creativos y poco convencionales que hemos implementado para representar esta querida historia. ¡Y ahora, damas y caballeros, sin más preámbulos!, les presento a sus hijos e hijas, hermanos y hermanas, amigos y familiares, mientras representan para ustedes esta interpretación de Estudios Muggles de Hogwarts de... ¡*El Triunvirato!*!

Sonaron más aplausos, esta vez ensordecedores, mientras Damien Damascus y Ralph empezaban a subir el telón. Sacudiéndose, el terciopelo rojo se elevó, y mientras lo hacía, los aplausos aumentaron. Los focos se encendieron, concentrados en los desvelados elementos del escenario. Uno de ellos brilló sobre James, cegándolo temporalmente y ocultando a la audiencia. Luchó por no bizquear, manteniéndose totalmente inmóvil hasta que el telón estuviera completamente levantado. Y entonces, finalmente, cuando los aplausos disminuyeron hasta que se hizo el silencio, la escena en el escenario se puso en movimiento. Todos se movieron al unísono, bullendo y pasándose unos a otros, formando una representación aceptable de una ajetreada plaza medieval. Y entonces, exactamente como estaba planeado, la voz de Noah sonó, articulando sus frases con

meticuloso cuidado y volumen.

—Es un magnífico día para evaluar las tropas, mi rey —tronó él, cruzando el escenario junto a Tom Squallus, quien tenía una almohada rellenando su traje, creando así una gran barriga sobre sus piernas huesudas.

—Efectivamente —rugió Squallus, girándose y poniéndose las manos en las caderas—. Y aún mejor para calmar el asombro de mi hija por la vida de los campesinos. ¡Pero mira, ahí viene mi Astra!

Y Petra entró a la vista, saliendo detrás de una muralla de madera pintada hacia la luz de un foco dorado. James no tuvo que actuar fingiendo asombro por lo guapa que estaba. Ella sonrió fugazmente al gordo rey, y luego se giró hacia James, permitiendo que su sonrisa se volviera más genuina. La multitud se rió disimuladamente y empezó a aplaudir nuevamente. Muchos de ellos conocían bien esta escena, y conocían su significado; era el momento en que la princesa veía por primera vez al capitán del ejército de quien en breve se enamoraría. James, en su entrada, salió de la línea de soldados e hizo una reverencia sobre una pierna extendida, quitándose el magnífico sombrero. Los aplausos eran de deleite y de divertimiento, y súbitamente, James decidió que actuar era mucho más fácil de lo que creía.

El primer acto continuó fácilmente, casi sin esfuerzo. James descubrió que sus frases le llegaban con facilidad a la lengua, y las pronunció con voz alta y cuidadosa, siempre siendo consciente de que debía encarar al público y mantener la barbilla alta. Durante el famoso discurso de Donovan a las tropas, James permitió que su mirada vagara sobre la multitud. Apenas podía ver a través del brillo de los focos, pero podía imaginar la sonrisa de alegría y la postura erguida de su madre, la severa concentración de Lily mientras intentaba seguir la historia, y el ceño medio burlón de Zane.

Durante el cambio de escenografía para el segundo acto, James fue apresuradamente desprovisto de su chaleco y le dieron un pañuelo de marinero. Mientras se movía por el escenario, preparándose para pronunciar su enardecedor —y muy conocido— discurso de ánimo, vio a Graham y Jason Smith moviendo los pedales de la máquina de viento. Se lanzó al discurso, intentando armarse de la misma ira y determinación que había sentido al hacer la audición para el papel a principios de curso.

—Magos y hombres, empuñad varitas y armas —gritó, desabrochando su vaina y dejándola caer al suelo, sacó la descomunal varita de utilería y la alzó—, para luchar contra los mares violentos esta noche, con la mañana llegará nuestra victoria, o yaceremos en camas de arena oceánica; ¡la morada de nuestra malograda gloria!

Fuera del escenario, Graham y Jason pedaleaban furiosamente mientras la multitud irrumpía en aplausos e incluso en algunas risotadas y silbidos. La vela de utilería ondeaba al creciente viento mecánico como si estuviera en medio de una inminente tempestad, y el enorme telón de fondo pintado rodaba lenta y ruidosamente, revelando un enfadado cielo nublado pintado con azules y morados.

El espectáculo avanzaba con su propia extraña inercia, pasando por encima de una

miríada de pequeños traspies, frases olvidadas, y entradas perdidas que la profesora Curry había prometido que ocurrirían —y que les había asegurado que el público apenas notaría. Graham apareció en el escenario para su escena, con el rostro rojo como un tomate y los ojos tan redondos como platos. Había estado tan preocupado de perder la entrada para su propia frase que interrumpió la frase anterior, contestando a una pregunta que todavía ni siquiera había sido formulada. Tom Squallus farfulló, intentando dar sentido a su propia respuesta en el guión, mientras Graham sonreía con alivio, mirando al público y conteniéndose para no saludar a sus padres. Poco después, Ashley Doone desempeñó una actuación tan entusiasta de la Vieja Marsh que James oyó niños llorando entre el público. Y entonces, durante la lucha mágica de espadas entre Treus y Donovan, que tenía lugar en el aire, suspendidos por un complicado sistema de cuerdas y poleas, la espada de James fue accidentalmente arrancada de su mano durante un rechazo particularmente entusiasta. Hizo un ruido al golpear el suelo y tanto James como Noah la miraron embobados durante un momento. Entonces James, en un ataque de inspiración, se desabrochó furiosamente la vaina y la agitó triunfante sobre su cabeza. Noah sonrió abiertamente y terminaron la estruendosa lucha espada contra vaina mientras la multitud reía y aclamaba.

Por fin, el punto culminante final del tercer acto llegó. El rey estaba muerto, Donovan derrotado y Treus, mortalmente herido pero aferrándose a la vida, había rescatado a Astra de la vengativa poción de sueño de la Vieja Marsh. El castillo había sido alcanzado por un rayo y se desmoronaba envuelto en llamas mientras una tempestad mágica se abatía sobre él, y James se sintió bastante seguro de saber porqué la gente se refería a esta historia como una tragedia. Cojeó a través del escenario, conduciendo a Petra hacia el enorme portón de utilería. El portón se sacudía adelante y atrás mientras Ralph y Sabrina estaban detrás de él, balanceándolo con todas sus fuerzas. Jason y Graham estaban una vez más tripulando la máquina de viento, hinchando los estandartes del castillo con una buena imitación de un vendaval mágico; balanceantes focos naranja imitaban el efecto de llamas furiosas y rayos. James tropezó dramáticamente mientras llevaba a su amada Astra hacia el portón.

—¡Adelante! Estamos casi libres —gritó Petra, cayendo sobre una rodilla cerca de James, como si le implorara—. ¡El castillo está condenado, pero la esperanza prevalece! ¡O, Treus no la maldigas!

James sudaba bajo su traje, y eso daba a su cara el adecuado brillo dramático bajo las luces intermitentes. Sonrió débilmente a Petra e intentó acunar su rostro.

—¡No maldigo la esperanza! —dijo, y luego tosió—. He desafiado la húmeda cólera de la tempestad y caído por el poder de esos hechiceros. Los he maldecido a todos ellos por mirar tu amado rostro, pero ¿la esperanza? Qué vida he dejado, vivo en barricadas de esperanza. Aunque el mismo Dios pueda sacudir este mundo para que caiga sobre mí mismo, mi amor y esperanza prevalecen. Parte, querida, y déjame ahora: ¡camino hacia la muerte en paz!

—¡No implores, amado mío! —lloró Petra, e incluso James se quedó impresionado por la mezcla de ira y desesperación que puso en esas palabras—. Durante meses y años sólo te he deseado a vos: ¡mis sueños, el hogar de tu amor desesperado! ¡No dejaré mi lugar junto a tu cuerpo, no fuera que sueños no correspondidos aplasten mi alma!

—Entonces dame una prueba de amor —dijo James firmemente, luchando por ponerse en pie y tirando de Petra con él—. ¡Un beso para curar los dolores de la muerte, uno para soportarlo todo!

Petra vaciló, sus ojos brillaban de emoción, y James quedó impresionado por su actuación. Durante un momento fugaz, se alegró de que no hubieran ensayado esa escena juntos, ya que estaba seguro de que la química espontánea de este momento sólo podía ocurrir una vez. Petra se inclinó hacia él, aún sosteniendo su mano derecha. Cerró los ojos mientras las luces empezaban a disminuir y la máquina de viento arrancaba a toda potencia, ondeando su largo cabello. Y entonces, mientras James cerraba los ojos, apenas acordándose de fallar los labios de Petra, un relámpago de dolor cegador perforó su frente. Quemó a través de su cicatriz fantasmal peor que todo lo que había sentido hasta entonces, y tropezó, arrancando su mano de la Petra para apretársela contra la frente. Las luces parpadearon y el escenario quedó sumergido en la más absoluta oscuridad.

Sin embargo la máquina de viento no se había detenido. De hecho, parecía ser mucho más fuerte de lo que James la había sentido antes. Lo empujó mientras él se tambaleaba, y cayó al suelo en la oscuridad, con la mano derecha aún apretada contra la frente. Hubo un largo estallido que no presagiaba nada bueno y luego un resonante estrépito. Débilmente, James comprendió que la máquina de viento había derribado el portón de utilería y que éste no le había fallado por poco.

—¡Petra! —gritó, luchando por levantarse. Había movimiento por todo el escenario, y aún ahora, la máquina de viento no había dejado de funcionar. Algo iba muy mal. Varitas mágicas se iluminaron sobre el escenario, y James tuvo la sensación de que había tramoyistas corriendo cerca, luchando por impedir que el resto del escenario saliera volando. Gateó de rodillas, intentando comprender lo que estaba ocurriendo.

—¡Desconéctala! —jadeó alguien desesperadamente.

—¡No puedo! ¡Está funcionando sola!

—¡Se está sacudiendo! ¡Cuidado!

De pronto, los focos iluminaron el escenario otra vez, cegando a James. En aquél preciso momento, la máquina de viento emitió un fuerte traqueteo chirriante. Una de las láminas del ventilador se soltó y giró por el aire, golpeando la torrecilla del telón de fondo. Desequilibrada, la maquina se sacudió violentamente y se volcó. Los tramoyistas se dispersaron cuando se inclinó lentamente y se estrelló contra el suelo del escenario, donde por fin se detuvo ruidosamente.

Sorprendentemente, nadie parecía estar herido. James se giró, buscando a Petra. Como había sospechado, el enorme portón de utilería había caído a sus pies. Por un

momento, James estuvo seguro de que Petra estaba debajo de él. Se dejó caer de rodillas pero no encontró ni rastro de ella. Debía de haber caído ilesa del otro lado.

Las luces de la sala volvieron mientras la profesora Curry entraba apresuradamente en el escenario. El público balbuceaba alarmado. Mucha gente se había puesto en pie, mirando ansiosamente al escenario y gritando los nombres de sus hijos y parientes.

—Por favor cálmense —gritó la profesora Curry, pero su voz se perdió en medio del caos—. ¡Nadie ha resultado herido! Vuelvan a sus asientos, todo está bajo control...

Un grito de mujer atravesó el anfiteatro, y James jadeó. La multitud se calló mientras todos buscaban la fuente del grito. James, desde su posición aventajada en el escenario, fue de los primeros en verla, y se le heló la sangre.

Ginny miraba al asiento vacío a su lado, con los ojos frenéticos y aturdidos.

—¡Ha desaparecido! —lloró desesperadamente, intentando no sucumbir al pánico—. ¡Lily ha desaparecido! ¿A dónde ha ido!? ¡Estaba aquí hace un momento! ¿Dónde está mi hija?

Zane miró al asiento vacío entre él y Ginny. Buscó a James, haciendo contacto visual, y luego se agachó. Reapareció un segundo después sosteniendo un par de pequeños zapatos amarillos. Sus ojos estaban mortalmente serios mientras los alzaba. Algo se había llevado a Lily del anfiteatro en aquel momento de oscuro caos. Ginny cogió los zapatos de la mano de Zane y miró alrededor, con ojos suplicantes.

—¡*Lillyyy!* —chilló súbitamente, su voz quebrándose. Como si fuera una señal, el público explotó en un movimiento frenético, empujándose hacia las salidas, precipitándose al escenario, gritando nombres y balbuceando estridentemente.

James salió como una flecha del escenario, quitándose la chaqueta del traje. En la confusa oscuridad de los bastidores, apenas pudo ver la puerta que daba al área de butacas. Tenía que llegar hasta su madre y descubrir qué había ocurrido. Fue hacia la puerta, pero algo salió de la oscuridad, bloqueándole el paso. James miró hacia arriba, luchando por detenerse, casi chocando con la gran y negra forma.

—Ven conmigo, muchacho —dijo una voz sorda, y una mano muy fuerte agarró el hombro de James. Instintivamente, James se apartó, pero la mano lo sujetó firmemente.

—¡Súélteme! —exclamó James, la ira y el pánico se mezclaron en su voz.

—Debes venir conmigo —respondió Merlín, con voz baja y tranquila—. El Guardián está en camino, James Potter, y te busca.

—¡No! —gritó James, y empujó con todas sus fuerzas. Se retorció hasta librarse de la garra de Merlín y luchó por sacar su varita. Merlín dio un paso hacia él, y James vio que llevaba con él su báculo. No había forma de luchar contra el director. Sin pensar, se agachó, y pasó bajo el brazo de Merlín.

—¡James! —le llamó Merlín a su espalda, pero James se negó a escuchar. Se lanzó a través del umbral y se sumergió entre la multitud, derribando a varias personas a su paso.

—¡Mamá! —gritó, subiéndose a un asiento y estudiando a la multitud—. ¡Mamá!

Una mano tiró de la manga de James y éste se inclinó, cayéndose del asiento y aterrizando sobre una gran figura que gruñó.

—¡Ay! ¡Pesas más de lo que parece! —ladró la figura, luchando por salir de debajo de él.

—¡Ralph! —gritó James, logrando quitarse de encima—. ¿Qué está pasando?

Zane apareció junto a Ralph, ayudándolos a ponerse en pie.

—Tenemos que salir de aquí —dijo sobre el ruido de la multitud—. Este lugar es una locura, y sabemos que Lily no está aquí. Rose está esperándonos justo en el interior del castillo. ¡Vamos!

—¿Dónde está mi madre? —gritó James mientras los tres atravesaban el gentío.

—Tu tío Ron y tu tía Hermione se la llevaron adentro también —respondió Zane—. George y Ted ya están planeando hacer una búsqueda por el castillo. Ya que es imposible aparecerse desde los terrenos de la escuela, Lily debe estar todavía aquí en alguna parte.

La cara de Ralph estaba tensa de furia.

—¿Quién ha sido? ¿Crees que es esto lo que Corsica estaba planeando? ¿Tiene algo que ver con el Guardián?

—Es lo único que tiene sentido —replicó James mientras los tres corrían a través del arco que conducía al interior del castillo. Rose estaba vigilando su llegada. Saltó hacia adelante para unirse a ellos, con la cara pálida y asustada. Jadeando, James se tomó un momento para hablarles de su encuentro con Merlín.

—¿Dijo que el Guardián estaba buscándote? —preguntó Rose—. ¿Qué significa eso? ¿Por qué?

James sacudió la cabeza.

—¿Quién sabe? La cuestión es que él sabe que algo grande va a pasar esta noche. ¡Me quería fuera de juego!

—Nadie ha visto a Tabitha en toda la noche —intervino Ralph—. No ha aparecido. Curry estaba muy enojada por eso. ¡Ella *debe* ser la que está detrás de la desaparición de Lily!

—Está involucrada, no hay duda —respondió una nueva voz. James se giró para ver a Scorpius aproximándose, con la cara tensa y ansiosa. Sacudió la cabeza—. Mirad, no es así como mi abuelo dijo que ocurriría... todo está mal. Vine a ayudar, si puedo.

Rose habló.

—¡Tú dijiste que tu abuelo nunca te *había hablado* de cómo se suponía que Tabitha se convertiría en el anfitrión del Guardián!

—Sí —dijo Scorpius rápidamente, mirando a Rose a los ojos—. Bueno, sé un poco más de lo que dejé entrever, ¿vale? Puedo explicarlo ahora o podemos empezar a buscar a la hermana de James. ¿Qué dices, Weasley?

—¿Qué más no nos has contado? —exigió James, avanzando hacia Scorpius.

Scorpius apartó la mirada impacientemente.

—Mira, todo lo que sé es que este no es el plan que me habían explicado. No conozco los detalles, pero sé que algo va mal. Cuanto más nos quedemos aquí discutiendo, en mayor peligro se encontrará tu hermana. ¿Entiendes?

James entrecerró los ojos.

—Tú debes ser Scorpius —intervino Zane, extendiendo la mano—. He oído hablar mucho de ti. Yo soy Zane. Puede que tenga que maldecirte luego, así que creí que sería mejor hacer las presentaciones y acabar de una vez con eso.

Ralph puso los ojos en blanco impacientemente.

—¡Vamos! ¡Vayamos al Gran Comedor! Allí es donde fue tu madre con todo el mundo. Podemos ayudar en el pelotón de rescate.

—No —dijo James, todavía mirando a Scorpius—. Sólo nos queda un lugar en el que mirar, ¿no? El baño de las chicas del segundo piso, donde Henrietta vio por última vez a Tabitha.

Rose frunció el ceño.

—¿Por qué iba a estar allí?

—Yo me pregunté lo mismo cuando Henrietta lo dijo —respondió James, ya dirigiéndose hacia allí pasillo abajo—. Pero entonces recordé: allí es donde vive Myrtle *la Llorona*.

—¿Myrtle *la Llorona*? —repitió Zane—. ¿Quién es?

—Oh, un fantasma residente —explicó Rose—. Vive en el baño porque allí fue donde la mataron hace décadas.

Zane arrugó la cara mientras caminaba.

—¿Murió en el retrete? Eso parece realmente improbable, ¿no?

—Es complicado —respondió Rose pesadamente—. No es sólo un baño. Es también un portal a... a... —Rose jadeó—. ¡James, eso es!

James se volvió a mirarla sobre el hombro, asintiendo con la cabeza.

—Henrietta dijo que Tabitha estaba allí hablando consigo misma en el espejo, utilizando algún tipo de lenguaje extranjero.

Los ojos de Rose se desorbitaron.

—¡Por supuesto! ¡El linaje hablaría pársel, igual que Voldemort! ¡Podría abrir la Cámara de los Secretos incluso aunque lleve cerrada y sellada tantos años! ¡Ahí debe ser donde ha llevado a Lily!

—He estado viendo ese lugar en mis sueños todo el tiempo —dijo James—. ¡Si al menos lo hubiera reconocido antes!

—¡Eh! —llamó de repente una voz, haciendo saltar a los cinco en el acto. James se giró, esperando ver a Merlín saliendo a zancadas de entre las sombras, con su báculo listo. En vez de eso, dos figuras surgieron corriendo de la oscuridad, una pequeña y flaca y otra alta y desarreglada.

—¡Albus! —chilló Rose—. ¡Ted! ¿Eres tú?

—Sí —jadeó Ted—. Me envía tu madre, James. Está enferma de preocupación por

todos vosotros.

—Y yo he venido más que nada porque me escabullí cuando mamá no estaba mirando —proclamó Albus—. No podía quedarme allí sentado sin hacer nada.

—Ted, ¿cómo nos has encontrado? —preguntó Zane, frunciendo el ceño.

Ted exhaló un profundo suspiro.

—Tengo habilidades... —se golpeó ligeramente la nariz—. Habilidades de hombre lobo, si debes saberlo. Entre el jabón de Rose y las pastillas de menta del bolsillo de Ralph, sois una panda tan fácil de olisquear como un grindylow muerto.

—Dile a mamá que vamos a buscar a Lily —dijo James, enderezándose—. Sabemos dónde está y quién la tiene.

—¿De veras? —replicó Ted seriamente—. Eso es bastante asombroso considerando que tu tía y tus tíos están ahora registrando el castillo entero buscándola. ¿De qué va esto?

—Es largo de explicar —dijo Rose—. Sólo pasad el mensaje. Vamos a traerla de vuelta.

—De eso nada —dijo Albus, sacudiendo la cabeza—. Es mi hermana también. Si sabéis donde está, yo también voy.

—¡Albus, es Corsica quien la tiene! —exclamó James.

—¿Tabitha Corsica ha cogido a Lily? —intervino Ted—. ¿Por qué iba a hacer eso? ¿Estáis seguros?

—Estamos seguros —respondió Ralph, asintiendo con la cabeza—. Y no tenemos mucho tiempo.

—¿A qué estamos esperando entonces? —dijo Albus sombríamente—. No me importa *quién* la tenga. Aclararemos los detalles después de recuperarla, ¿vale? ¡Vamos!

El grupo caminó enérgicamente a lo largo del pasillo, ahora corriendo a todo tren. Cuando se alinearon para subir las escaleras, James oyó a Ted a su espalda, hablando a través de una respiración entrecortada.

—Lo siento, Ralph... todo eso de intentar arrancarte el brazo...

—Está bien —jadeó Ralph—. No pasa nada...

—Estaba furioso... —siguió Ted—, ...Petra y yo... cuando hablamos ese día... simplemente todo volvió a surgir de nuevo... ya que ella está pasando por... algo muy parecido...

James interrumpió.

—¿Qué quieres decir, Ted? Creía que los dos estabais hablando de por qué rompiste con ella.

Alcanzaron la parte alta de las escaleras y Rose dobló una esquina, dirigiéndoles hacia el baño.

—¿Yo? —dijo Ted—. ¿Quién te ha dicho eso? *Ella* rompió *conmigo* hace meses. Creí que todos lo sabían.

—¡No! —dijo James—, todos pensamos que había ido a Hogsmeade ese día para

intentar que volvierais a estar juntos!

—¿Creíais que era de *eso* de lo que estábamos hablando? —Ted rió secamente—. Para nada. Hablábamos de sus padres. Yo creía que todos lo sabíais. Visteis el paquete que le enviaron del Ministerio, ¿no?

James estaba a punto de responder cuando Rose se giró, empujando la pesada puerta del baño de las chicas del segundo piso. Entró a la carrera, seguida de Ralph y Scorpius. Un destello rojo surgió de repente a través del umbral y hubo un grito. James tiró de Zane hacia abajo mientras se agachaba. Otro rayo atravesó el aire en lo alto. Ted se lanzó a través del umbral, rodó y aterrizó sobre una rodilla, con la varita extendida y apuntando.

—¡Alto! —gritó.

James todavía estaba agachado en la puerta abierta del baño. Alzó la cabeza y vio a Ralph tendido inconsciente en el suelo embaldosado. Tabitha Corsica estaba de pie sobre él en medio de la habitación, sonriendo sin humor. Su cabello estaba echado a un lado y sus ojos salvajes. Tenía un brazo alrededor del cuello de Rose, tirando de la chica más pequeña hasta casi levantarla del suelo. Con la otra mano, apuntaba su varita a la sien de Rose.

—¡Bueno! —exclamó Tabitha ácidamente—. Esto parece una fiesta. No esperaba a tantos de vosotros, ni tan pronto, pero no es como si no estuviera preparada, ¿no?

—¡Tabitha! —dijo Scorpius, adelantándose, con la varita extendida—. ¿Qué estás haciendo?

—Como si no lo supieras, Scorpius Malfoy —chilló, riendo un poco—. ¡Puede que yo deba preguntarte lo mismo! Cuando vi que acompañabas a este pequeño cortejo, admito que me cuestioné tus intenciones.

—Así no es como se supone que iba a suceder —dijo Scorpius, dando otro paso adelante—. Nunca accedí a un secuestro.

—¡Tu abuelo *sabía* que no tendrías estómago para hacer lo que esta noche realmente requería, Scorpius! —declaró Tabitha triunfante—. Pero tú nunca fuiste realmente necesario, de todas formas. Desde ese pequeño *servicio* que llevaste a cabo el verano pasado, has sido simplemente un *peón*. ¡Tu propio abuelo me lo dijo!

—¿*Qué servicio*? —exigió James, poniéndose en pie y sacando su propia varita—. ¿De qué estás hablando, Scorpius?

—¡James, *agáchate*! —exclamó Ted, sin apartar los ojos de Tabitha—. ¡Retroceded todos mientras podáis!

—James —murmuró Rose, intentando apartarse, retorciéndose de la varita de Tabitha—, ¡vete!

—¡Cuéntales, Scorpius! —ordenó Tabitha, reafirmando su apretón sobre el cuello de Rose—. ¡Cuéntales lo “amigo de confianza” que eres! ¡Diles cómo has estado jugando con todos como si fueran tontos!

La varita de Scorpius temblaba en su mano mientras la apuntaba. Miró de reojo a

James, con ojos brillantes y asustados.

Tabitha rió de nuevo.

—Podrías hacerte a ti mismo un favor, James Potter, preguntándote cómo sabía cuántos veníais y exactamente cuándo. Pregúntate cómo estaba tan bien preparada para vuestra llegada. ¿Puedes suponerlo? ¡Creo que incluso tú puedes!

Fue Albus quien respondió, hablando sobre el hombro de James.

—¡Tú tienes el mapa del merodeador! —dijo, a la vez sorprendido y decepcionado—. Pero Tabitha, ¿por qué?

—Oh, mi querido Albus, lo importante no es “por qué”, sino “cómo” —replicó Tabitha—. Verás, Lucius Malfoy tenía un ladrón bastante bueno a su servicio. ¿No, Scorpius?

Scorpius sacudió la cabeza furiosamente, interrumpiéndola.

—¡Muy bien! ¡Cállate, Corsica! Si insistes, *yo* lo contaré. ¡Fui *yo* quien cogió el mapa y la capa! ¿Contenta? —Bajó la varita y se giró hacia James, con la cara torturada—. Mira, mentí. Fui yo. Iba con mis padres el día del funeral de tu abuelo. Les dije que esperaría en el coche, pero... no fue exactamente eso lo que hice. Cuando se fueron, salí a escondidas del coche y me colé en la casa. Encontré la habitación de tus padres y busqué tan rápidamente como pude. Robé el mapa del merodeador y la Capa Invisible, todo por orden de mi abuelo. ¡Tienes que entenderlo, James, estaba confundido! ¡Quería impresionar a mi abuelo y probarme a mí mismo como un Malfoy y un Slytherin! Quería demostrarle que era mejor que mi renegado padre. ¡Pero no esperaba que condujera a esto! ¡Lo juro!

James estaba completamente atónito. Sin aliento, preguntó:

—¿Y el muñeco?

Scorpius ya no pudo seguir sosteniendo la mirada de James. Dejó caer los ojos y asintió.

—Eso no era parte del plan. El abuelo no sabía nada de él. Lo vi en la mesilla y pensé que podía ser útil. Creí que impresionaría a mi abuelo. Y lo *hizo*, oh, sí. Tenía *grandes* planes para el muñeco, aunque no funcionó exactamente como él quería.

—¡Sabía que eras una rata! —gritó Albus, empujando hacia adelante—. ¡Te olí a una milla de distancia!

James contuvo a su hermano y, asombrosamente, Albus se dejó contener.

—¿Pero por qué nos hablaste de Tabitha? —preguntó James—. ¿Por qué nos mostraste los recuerdos del pensadero?

—¡No respondas a eso, Scorpius! —dijo Tabitha—. Basta de charla. Es hora de que el auténtico trabajo de esta noche comience. ¡Todos atrás! O Weasley muere. Si creéis que estoy alardeando o mintiendo, ya lo pensaréis mejor cuando ella esté muerta en el suelo y yo haya descendido a la cámara. ¡Vamos!

—¡Tabitha, eres tan ilusa como mi abuelo! —gritó Scorpius furiosamente—. ¡Suéltala! ¿Qué crees que estás haciendo?

—¡*Hago el trabajo para el que fui creada!* —gritó Tabitha, pinchando con su varita la sien de Rose—. ¡Mil años de planes han conducido a esto! ¡Soy el filo de la hoja de la venganza! ¡Soy la mano del equilibrio! ¡Yo soy el linaje de lord Voldemort!

—¿Tú? —se mofó Scorpius, adelantándose atrevidamente, sin ni siquiera alzar la varita—. ¡Si crees eso, estás tan engañada como lo estaba yo! Ambos debimos saber que mi abuelo no contaría a nadie todo su plan. ¡Baja la varita y suéltala!

—¡Nooo! —aulló Tabitha, y pareció arrugarse. Sus ojos eran salvajes y punzantes—. ¡Yo soy el linaje! ¡Es mi deber descender a la cámara de mi antepasado! ¡Soy la anfitriona del Guardián!

—*No lo eres* —declaró Scorpius firmemente—. Si lo fueras, habrías podido abrir la cámara por ti misma. Pero no puedes, ¿verdad? No importa cuán duro lo intentaste. ¡Porque no hablas *pársel*! ¡No eres más que una distracción conveniente! Por eso mi abuelo quiso que les mostrara los recuerdos y les hiciera creer que el linaje eras tú: ¡para distraerlos del *auténtico* linaje!

—¡NOOOOO! —gritó Tabitha de nuevo, cerrando los ojos y arrugándose. Su varita vaciló y aflojó el agarre sobre Rose. De repente, impulsivamente, apuntó su varita hacia Scorpius.

—¡*Avada Kedavra!* —gritó, con la cara retorcida de rabia. Una luz verde hizo erupción de su varita.

Scorpius se abalanzó, girando instintivamente a un lado, como habían practicado en el Club de Defensa. El rayo de luz verde le falló por centímetros, golpeando la pared a su espalda y haciéndola explotar en pedazos. La maniobra de Scorpius le hizo perder el equilibrio, sin embargo, y se golpeó la cabeza con fuerza con el borde de un lavabo al caer. En ese momento, James vio la boca de Rose apretarse y cómo pateaba hacia atrás, conectando con la pantorrilla de Tabitha. El aullido de rabia de la chica más alta se convirtió en grito de dolor y se tambaleó. Rose se agachó bajo el brazo de Tabitha y Ted saltó hacia delante. Capturó a Tabitha cuando se caía, pero la lucha se había acabado completamente para ella. Tabitha soltó su varita y se dejó caer sentada en el suelo, deslizándose a través de los brazos de Ted.

—¿Está bien? —gritó Rose, acercándose de un salto a Scorpius.

—Si no está muerto —anunció Albus, entrando a zancadas en la habitación y apuntando su varita—, yo lo mataré.

James apartó gentilmente a su hermano del chico que sangraba sobre el suelo.

—Atrás, Al. Puedes ocuparte de él luego. Creo que se recuperará.

Hubo un gemido y Ralph se sentó, frotándose la frente.

—¿Qué ha pasado? —gimió—. ¿Estoy muerto?

—Tabitha te aturdió —respondió Zane, ayudando a Ralph a levantarse—. Alégrate de que eso fuera todo. Hace un rato no tuvo cordura y perdió la cabeza.

—Yo soy el linaje —sollozaba Tabitha—. ¡He sentido la mano guía del Señor Tenebroso! ¡Se me prometió! ¡Mis padres serán vengados! ¡Nadie más tiene lo que se

requiere! ¡Soy la única huérfana que queda dentro de estas paredes! ¡Debo ser yo!

Ted miró agudamente a Tabitha.

—¿Qué has dicho?

—¡Soy la única huérfana que queda, Ted Lupin! —gritó, alzando los ojos furiosamente hacia él—. Ahora que tú has abandonado este lugar, ¡tenía que ser yo! Las profecías dicen que un hijo de la tragedia será el anfitrión del Guardián. ¡Mis padres murieron hace muchos años! ¡Y Lucius Malfoy me lo confirmó! ¡Me habló de cómo el Ministerio mató a mi padre, y mi madre murió cuando yo nací!

Ted estaba sacudiendo la cabeza lentamente.

—Eso no es cierto —dijo. Miró fijamente a James, con la cara grave—. Entonces ninguno lo sabéis, ¿no? Asumí que os lo había contado, ya que me lo dijo a mí.

James sacudió la cabeza.

—¿Quién? ¿Decirnos qué?

—Ese día en Hogsmeade —respondió Ted—. Tenía que hablar conmigo porque acababa de averiguar lo de sus padres. Quería hablar con alguien que hubiera pasado por el mismo tipo de pérdida. No lo sabía hasta que llegó el paquete. Fue mucho para ella... averiguar tanto, tan rápido...

—¿Petra? —dijo James, adelantándose—. ¿Quieres decir el paquete de su padre?

Ted frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—James, no era *de* su padre. Lo enviaba el *Ministerio*. Eran las *pertenencias* de su padre. Se las legó a ella cuando murió en Azkaban hace años. Cuando cumplió diecisiete, el Ministerio se las entregó. Ella ni siquiera sabía que había estado encarcelado. Entre viejas camisas y zapatos, había una nota. Estaba dirigida a la hija que nunca conoció. Le decía que creía que los guardias pronto le matarían, pero que no podía hacer nada para evitarlo. Creían que estaba protegiendo a sus antiguos empleadores mortífagos, pero no era cierto. No conocía a ninguno de ellos; nunca le dijeron sus nombres ni les mostraron sus caras. Quería que Petra supiera que habría entregado a sus jefes si hubiera podido, y que... bueno, que la quería, y que lamentaba no haber estado nunca ahí para ella.

—¿Era Petra? —susurró James, apenas permitiéndose a sí mismo considerarlo—. ¡Eso no puede ser!

Ted asintió seriamente.

—Ella misma lo dudaba. Acudió a Merlin, y le mostró la carta. Él se ofreció a mostrarle la verdad en ese espejo mágico suyo, pero le advirtió que tal vez no deseara verdaderamente saberlo. Miró de todos modos, y lo vio todo, exactamente como había ocurrido. Lanzaron a su padre al pozo de los dementores. Fue... fue horrible. Estaba completamente devastada.

Rose miraba de James a Ted, con los ojos como platos.

—Pero nunca contó a nadie que era huérfana, ¿verdad? ¡Todos asumimos que tenía padre y madre como el resto de nosotros!

—Petra fue criada por sus abuelos, pero nunca nos habló de eso —replicó Ted—. Los Gremlins y yo, cuando los vimos en la estación, asumimos simplemente que eran sus padres y que la habían tenido muy mayores. Ella nunca hablaba de ellos, y siempre supusimos que no tenía una vida familiar muy feliz. Ellos sólo le habían dicho que su madre había muerto en el parto. Nunca le hablaron de su padre en absoluto, y Petra aprendió a no preguntar.

—Debería haberlo sabido —dijo James, tocándose la frente—. La veía en mis sueños una y otra vez. Creía que era Tabitha porque no podía verle la cara, pero ahora todo encaja. La voz... hablaba de restituir a la gente a la que había perdido. Le decía que se le permitiría vengarse, e incluso recuperarlos. ¡Incluso los vi... a sus padres, reflejados en una especie de charca verde brillante! ¡Petra cree que el Ministerio mató a su padre, y que su madre murió como resultado de ello, y ahora va a hacer lo que cree que tiene que hacer para traerlos de vuelta! La voz de mis sueños, decía que había sólo una forma de hacerlo... ¡sangre por sangre!

—¡Lily! —jadeó Rose, cubriendose la boca.

—¡No! —dijo Albus, sacudiendo la cabeza—. Petra nunca haría daño a Lily. ¿Verdad?

—¡¿Morganstern?! —medio sollozó Tabitha—. ¡Imposible!

—En realidad no —respondió tristemente una voz diferente—. Si piensas en ello, quiero decir.

Todo el mundo se giró hacia una figura fantasmal sentada en el antepecho de la ventana de la esquina.

—¡Myrtle! —gritó Rose—. ¿Cuánto rato llevas ahí?

—¿*Esa* es Myrtle *la Llorona*? —preguntó Zane, arqueando una ceja—. Yo esperaba algo un poco más... er...

—Es *grosero* hablar de la gente como si no estuviera aquí —regañó Myrtle tristemente—. Incluso si, técnicamente hablando... no están aquí. Pero no te preocupes, estoy... *acostumbrada*. —Suspiró dramáticamente.

James habló.

—Lo siento, Myrtle, pero es realmente importante. ¿Qué sabes de este asunto?

—Oh, *ahora* todo el mundo acude a Myrtle, ¿verdad? “¿Qué has visto, Myrtle?” “Cuéntanos lo que sabes, Myrtle”. Pero ya sé cómo va la cosa: en el momento en que te lo cuente, te olvidarás de la pobre y patética Myrtle *la Llorona*. Era igual con tu padre, James Potter. Y también tu hermano se parece mucho a él, aunque él no tiene esa estúpida cicatriz falsa en la frente.

—¿De qué está hablando, James? —preguntó Albus por la comisura de la boca.

James sacudió la cabeza.

—Lo siento, Myrtle, pero esto es realmente serio. Nuestra hermana tiene problemas. ¡Tienes que ayudarnos!

—Lo sé —arrulló Myrtle—. Pobre pequeña Lily. Quizás se quede a hacerme compañía aquí en el baño.

—¡Myrtle! —gritó James, exasperado, pero Rose le colocó una mano en el pecho, deteniéndole. Se giró hacia la figura fantasmal, con una mirada pensativa en la cara.

—¿Sabes, Myrtle?, si nos ayudas, apuesto a que el padre de Lily estaría realmente agradecido. Apuesto a que incluso vendría a visitarte, a decirte lo mucho que aprecia tu ayuda.

Myrtle miró petulantemente a Rose.

—¿Harry? No. ¿De verdad? Probablemente ni siquiera me recuerda.

—Estoy segura de que sí —dijo Rose en confidencia—. Le he oído hablar de ti. Probablemente esté muy complacido de, er... reunirse contigo.

Myrtle pareció animarse un poco.

—¿De verdad lo crees? Oh, ha pasado tanto tiempo, pero sabía que algún día volvería. Siempre he tenido un lugar especial para él.

—Sí —asintió Rose—. Pero primero, cuéntanos. ¿Qué has visto? ¿Qué sabes de Petra?

—Oh, sí —replicó Myrtle melancólicamente—. Pobrecita. Ni una vez me habló, ¿sabes?, en todo el tiempo que estuvo aquí. Probablemente creyó que no podía verla bajo esa Capa Invisible, pero esas sólo funcionan con los vivos.

Zane se adelantó.

—¡Petra tiene la capa! ¿Cuándo estuvo aquí, Myrtle? ¿Qué hizo?

Myrtle bajó volando junto a Zane y le colocó un brazo fantasmal alrededor de los hombros.

—Oh, con *frecuencia*. Pasó la mayor parte del tiempo allí abajo durante las vacaciones, cuando había poca gente en la escuela. Pero ha estado bajando al menos una vez por semana últimamente. No sé qué hace allí abajo, por supuesto. Yo, er... no la sigo. Pero entonces, hace veinte minutos, pasó por aquí con la pequeña Lily. Justo antes de que Tabitha apareciera de nuevo con ese estúpido mapa.

—¿Adónde llevó Petra a Lily, Myrtle? —preguntó Ted impaciente—. ¿Entraron en la Cámara de los Secretos?

—Bueno, por supuesto, chico estúpido —dijo Myrtle, inclinando la cabeza con coquetería—. ¿Adónde más iban a ir?

Albus sacudió la cabeza, exasperado.

—¿Por qué no se lo dijiste a alguien?

Myrtle le miró vagamente.

—Porque nadie me lo preguntó —respondió simplemente.

James se giró, volviéndose hacia el centro de la habitación.

—¿Cómo llegamos allí? —exigió—. ¿Dónde está la puerta?

—¡Ajá! —exclamó Tabitha, todavía acurrucada en el suelo bajo el ojo atento de Ted Lupin—. ¡Nunca la atravesaréis! ¡Si yo no pude abrirla, nadie podrá! ¡Sólo el auténtico linaje puede pronunciar el encantamiento para abrir la Cámara de los Secretos?

—¿Es eso cierto, Myrtle? —preguntó Rose, girándose hacia el fantasma otra vez.

—Oh, no —replicó Myrtle, sacudiendo la cabeza lentamente—. No, no, no. Un

montón de gente ha abierto la cámara. Ese horrible Ron Weasley la abrió hace años, sólo imitando los sonidos que había hecho Harry Potter. Si *él* pudo, puede *cualquiera*.

—Pequeña despreciable... —gritó Tabitha, enderezándose—. Todo ese tiempo me veías intentándolo... ¡Me dejaste hacer el tonto!

—Tú no necesitabas *mi* ayuda —resopló Myrtle.

—Myrtle —dijo James seriamente, acercándose cuidadosamente al fantasma—. No tenemos mucho tiempo. ¿Puedes decírnos el encantamiento?

—¡No te *atrevas*! —exclamó Tabitha, su voz astillándose.

—Ya hemos tenido bastante de ti, Corsica —advirtió Ted, alzando su varita—. Cállate o te aturdiré. Es lo menos que te mereces.

—Es un sonido *horrible* —dijo Myrtle, ignorando a Tabitha—. Me da escalofríos oírlo, y *estoy muerta*. Siempre saltaba al sifón de mi retrete cuando Petra pronunciaba el encantamiento.

—Por favor, Myrtle —suplicó Rose—. ¿Cómo es? *Tenemos* que bajar hasta allí.

Myrtle miró de reojo a Rose, alzando una ceja.

—¿Realmente crees que Harry vendrá a verme? ¿Lo prometes?

—Lo prometo —asintió Rose—. Cuéntanos.

Myrtle suspiró y flotó lentamente hasta el centro de la habitación. Cuidadosamente abrió la boca y produjo un horrible y siseante sonido. Fue gutural y casi gorgojeante. Hizo que el pelo de James se erizara.

Cuando hubo terminado, Zane miró alrededor y preguntó.

—¿Entonces quién lo hace? Sé que yo no puedo producir un sonido como ese.

Ralph tomó un profundo aliento.

—Yo lo intentaré —anunció, suspiró con resignación—. Después de todo, soy un Slytherin.

Nadie discutió. Ralph abrió la boca e imitó el sonido tan bien como pudo. James pensó que había hecho un trabajo notablemente bueno ya que los sonidos que salieron de la boca de Ralph le produjeron escalofríos en la espina dorsal. Tan pronto como acabó, un estruendo rechinante sacudió el baño. El lavabo que estaba directamente detrás de Ralph comenzó a bajar, introduciéndose en el suelo. Tabitha jadeó y se hizo a un lado, su cara pálida era una máscara de temor reverencial y celos.

—Vamos —dijo Ted sombríamente—. Tenemos que apresurarnos.

—Tú no puedes ir, Ted —dijo Rose, tocando el brazo de Ted—. A menos que tengas pensado llevar a Tabitha también. Ella está en séptimo. Puede que yo pudiera vigilarla, pero me sentiría mucho mejor si te ocuparas tú.

Ted hizo una mueca de frustración, apartando la mirada y manoseando su varita. Finalmente, se volvió a girar.

—Id —dijo a regañadientes—. Yo me ocuparé de Corsica, pero no nos marcharemos hasta que hayáis vuelto, ¿de acuerdo? Además, es sólo Petra la que está allá abajo, ¿no? Podréis hacerle recuperar el sentido común. Ella nunca haría daño a nadie.

James asintió, pero no estaba tan seguro de ello como Ted. Ted no había tenido esos sueños.

—Bien. Vamos —Tomó un profundo aliento y se volvió hacia la antigua escalera.

—¡Y James —llamó Ted—, dile a Petra lo mismo que ella me dijo a mí! ¡Dile que esta no es la forma! Dile que yo lo he dicho, ¿vale?

James asintió con la cabeza, y después bajó los escalones de piedra, con sus amigos a la zaga.



Capítulo 19

El sacrificio

James iluminó su varita mientras bajaba trotando la antigua escalera de piedra. Rose y Albus le seguían, con los ojos muy abiertos, con Zane y Ralph a su estela. La cicatriz fantasma de James le había estado doliendo desde ese horrible estallido de dolor cuando se había movido para besar a Petra; ahora, mientras entraba en aquella cámara oscura, el ardor se incrementó hasta convertirse en un pulso palpitante.

—Yo ya he estado antes en la Cámara de los Secretos —llamó Rose, su voz hacía eco en el oscuro y cavernoso espacio—. Hace años, cuando estaba en la visita guiada por Hogwarts. Mis padres se negaron a bajar conmigo porque, claro, ya la habían visto antes, y no querían revivir nada de eso, así que fui con el tío George. En realidad, no había mucho para ver, ya que habían sacado al basilisco muerto hacía años. Era apenas un espacio subterráneo abierto. Casi todo se había derrumbado.

James soltó un grito sofocado y tropezó hasta detenerse, haciendo señas con una mano para advertir al resto y sosteniendo su varita en lo alto con la otra.

—¿Era *esto* parte de la visita cuando estuviste aquí, Rose? —preguntó sin aliento.

Rose se detuvo tras él, con los ojos bien abiertos. Detrás de ella, Ralph y Zane también se detuvieron súbitamente.

El suelo terminaba a los pies de James como si se hubiera desprendido. Y más allá, un consistente espacio oscuro indicaba un abismo de profundidad inimaginable. Ominosos sonidos siseantes emanaban de la oscuridad, y cuando James levantó la varita, su luz centelleó en los filos de enormes cuchillas que se balanceaban en el aire.

—No —jadeó Rose—, *definitivamente* esto no era parte de la visita. ¿De dónde ha salido?

—Yo diría que es reciente —dijo Zane, señalando algo—. ¡Mirad!

James vio lo que Zane señalaba. Al otro lado un par de enormes puertas de piedra se abrían a ambos costados, con vistas al profundo abismo que había ante él.

—¿Cómo las abriría Petra? —preguntó Rose incrédulamente—. ¡Tienen que pesar toneladas!

—Estoy más interesado en saber cómo cruzó *eso* —dijo Ralph, gesticulando hacia el abismo y las enormes y balanceantes cuchillas—. ¡*Nunca* seremos capaces de seguirla!

James se agachó y alzó una roca de tamaño medio. La sopesó cuidadosamente en su mano y luego la lanzó hacia el abismo tan fuerte como pudo. Esta cayó en la oscuridad, girando lentamente y entonces se produjo un destello y una chispa cuando una de las cuchillas mágicas descendió en picado. La roca quedó pulverizada en el aire, y luego, fue succionada por la oscuridad.

James miró de reojo a Rose y Ralph, con los ojos muy abiertos. Ralph se encogió de hombros impotentemente.

Albus soltó un profundo suspiro.

—Creo que podría haber una manera de cruzar *eso* —dijo, como si temiera admitirlo.

—¿Qué, Al? —preguntó James, pero su hermano ya se había girado. Se alejó unos cuantos pasos hasta que se detuvo otra vez en la base de los escalones de piedra. Echó un vistazo atrás.

—Papá me enseñó esto —dijo—. Una vez le salvó la vida. Tal vez podamos utilizarlo para salvar a Lily. —Se dio la vuelta de nuevo hacia las escaleras, levantó su propia varita, y tan fuerte como pudo, gritó—: ¡*Accio escoba*!

Casi un minuto después, James estaba comenzando a dudar de que el hechizo hubiera funcionado cuando una exclamación de alarma resonó hacia abajo por los escalones de piedra.

—¡No! —chilló la voz Tabitha—. ¡Mi escoba no! ¡No puedes!

Ted gritó por encima de ella:

—¡Ahí va!

La escoba se zambulló hacia los escalones y se detuvo junto a Albus. James, que estaba de pie cerca, podía oír el tenue zumbido de la escoba. Recordaba muy bien su fallido intento de apoderarse de ella el año pasado.

—No puedes hablar en serio —dijo Zane, adelantándose y examinando el palo de escoba—. ¡Esta es la escoba de Tabitha! El falso báculo de Merlín del año pasado. No vas intentar montarla para atravesar el abismo, ¿no?

—Ahora es *mi* escoba —dijo Albus seriamente—. Tabitha me la dio, aunque puede que esté arrepintiéndose.

Rose declaró:

—¡Pero no puedes volar a través sin más! ¡Ya viste lo que le sucedió a la roca! ¡No sé cómo hizo Petra para cruzar con Lily, pero *debe* haber algún otro camino!

Albus se acercó a zancadas al borde del abismo y montó a horcajadas sobre la escoba.

—Esta no es una escoba común, Rose. No sé de dónde la sacó Tabitha, o cómo funciona, pero *sabe* dónde tiene que estar. En cierto modo, es todo lo contrario a la Centella de James. Sabe donde estar, y lo pone en la mente del jinete. La escoba no permitirá que nos hagan pedazos. Y además, no tenemos otra alternativa. Sube detrás de mí, James, y agárrate tan fuerte como puedas.

James tragó saliva y subió a la escoba, envolviendo los brazos con firmeza alrededor de la cintura de su hermano.

—¡Esperad! —exclamó Rose—. ¡Es una locura!

—Por eso no *podemos* esperar, Rose —dijo James, apretando los dientes—. Si esperamos, comprenderemos la absoluta locura que es esto. ¡Adelante, Al!

James sintió a Albus tensarse. Juntos, se contorsionaron, y mientras Rose se lanzaba hacia delante para agarrar a James, con la cara aterrorizada, Albus se inclinó hacia delante, llevando a James y a la escoba con él.

La escoba cayó en picado bajo el peso tanto de James como de Albus, y James cerró los ojos con fuerza, abrazando a su hermano mientras éste se inclinaba a lo largo del palo, luchando por mantenerlo derecho. La escoba se corregía rápidamente, inclinándose hacia arriba y acelerando. James todavía tenía encendida su varita en el puño. Aferraba a Albus con su brazo izquierdo y sostenía su varita en alto, luchando contra la fuerza de la velocidad. La luz de la varita se reflejó en una gran cuchilla acerada cuando esta pasó junto a ellos, cercenando el aire. Albus se tambaleó de lado cuando la escoba la esquivó, y James casi dejó caer la varita, luchando por permanecer agarrado. El aire silbaba por todos lados mientras las cuchillas enormes y curvas cortaban la oscuridad, cayendo como espadas y fallándoles por poco. Sorprendentemente, la escoba parecía determinar el curso por sí misma, esquivando con velocidad relampagueante a través de la centelleante y mortífera barrera. James luchó por agarrarse, intentando mantener su cuerpo lo más cerca posible de la escoba y de Albus. Se oyó un sonido alto y áspero cuando una de las cuchillas cortó una impecable

abertura en su túnica, y James sintió pasar el frío del metal por su piel. Aulló y se apartó, empujando a la escoba ligeramente fuera de su curso.

Albus dijo una palabrota, intentando corregirla, pero fue inútil. La escoba parecía haber perdido su orientación. Empujaba hacia arriba bajo ellos, y James tuvo la sensación de que se estaban acercando al otro lado del abismo. De repente, una áspera pared de piedra apareció a la vista, como si estuviera cayendo sobre ellos. Albus tiró hacia arriba, intentando ayudar a la escoba a alcanzar el saliente, pero estaba demasiado alto. La escoba forcejeó, volando casi verticalmente, todavía zigzagueando entre las cuchillas que pasaban. Y entonces, súbitamente, había luz y espacio, y James estaba resbalando de la escoba, balanceando los brazos en busca de algo a lo que agarrarse. Aterrizó duramente sobre piedra, rodó y se levantó tambaleándose, con la barbilla arañada y sangrando, pero por lo demás estaba ilesos.

Albus estaba tendido a cuatro metros de distancia, peligrosamente cerca del borde del abismo que acababan de atravesar. Gemía y se agarraba fuertemente la cabeza.

—¡Al! —llamó James, tambaleándose hasta él—. ¿Estás bien?

—Creo que nos estrellamos —respondió Albus, sacudiendo la cabeza como para aclarársela—. Ha sido una locura ¿no? ¡Ay!

James bajó la mirada

—¡Oh, no! ¡Creo que se ha roto!

—¿Mi pierna? —preguntó Albus, examinándose la espinilla críticamente—. ¡Ay! Estoy bastante seguro de que no se supone que deba doblarse de esa manera, pero no es nada que Madame Curio no sea capaz de solucionar, ¿verdad?

James parpadeó hacia la pierna torcida de Albus.

—Oh. Hmm. No, no fue eso lo que quise decir. Lo siento, Al. Me refería a *aquello* — Señaló al palo de escoba, que estaba fragmentado en dos partes.

—¡Oh, no! ¡Eso duele incluso más que la pierna! ¿Ahora cómo vamos regresar? — exclamó Albus, recogiendo uno de los trozos.

James sacudió la cabeza.

—Como dijiste, simplemente rescatemos a Lily, y ya nos encargaremos del resto más tarde.

Albus comenzó a arrastrar los pies y entonces siseó de dolor, cayendo hacia atrás.

—No estoy nada bien, James. A menos que planees llevarme a cuestas, estoy atascado aquí.

—¡Vamos, no podré hacerlo sólo! —dijo James, sintiendo uno súbito e impotente enojo.

—Bueno, si no nos hubieras hecho perder el control allá arriba, yo no estaría en estas condiciones, ¡estúpido imbécil!

—¿Yo? En primer lugar, ¿de quién fue la idea de montar en la “escoba del infierno” para atravesar el abismo?

—Bueno, está claro que a *ti* no se te ocurrió ninguna otra brillante idea, ¿no?

—¡Chist! —siseó James de repente, medio girándose.

—¡No me chistes, grandísimo zoquete! —gritó Albus—. Si mi pierna no estuviera ya rota, ¡te daría una patada con ella!

—¡CHIST! —insistió James, agitando una mano frenéticamente. Ladeó la cabeza, escuchando. Albus se detuvo y escuchó también, arrugando el entrecejo.

—Es una voz —susurró—. Algo así. Suena escalofriante.

—Viene de esa cueva de allá —señaló James. Cuando sus ojos se adaptaron a la penumbra, pudo ver una luz verdosa parpadeante que emergía de la boca de la cueva.

—Ve, James —susurró Albus con urgencia—. Trae a Lily de vuelta si todavía puedes. Y si no puedes, juro que te mataré.

James asintió.

—Está bien. Sólo espero que nadie se te adelante.

Tomó un profundo aliento, todavía mirando fijamente al verde resplandor de la boca de la cueva, y luego comenzó a caminar hacia él.

La cicatriz fantasmal de James empezó a cantar una larga y alta nota de dolor. Zumbaba en sus oídos, vibrando con fuerza y con el constante retumbar del latido de su corazón. En realidad Petra no haría daño a Lily, ¿verdad? De verdad quería creer que no, pero recordaba los sueños, recordaba las palabras persuasivas, consoladoras y provocadoras de la voz fantasmal. Ésta había prometido que Petra podía recuperar a sus padres sólo si estaba dispuesta a hacer la elección más difícil de todas para compensar sangre por sangre. Petra obviamente no estaba en su sano juicio. Estaba en alguna especie de trance, ¿no? Estaba bajo el control de aquella horrible voz, y de la última brizna del alma de lord Voldemort que latía en sus venas. Pero incluso mientras se acercaba a la entrada de la cueva, supo que eso no era completamente cierto. Petra estaba siendo influenciada, sí, pero no estaba siendo *forzada* a hacer nada. Ese trozo de Voldemort no era suficiente para controlarla totalmente, solo podía influenciarla, persuadirla e incitarla. La mayor influencia dentro de Petra era su propio corazón roto, su profunda y tácita rabia y la desesperada e inagotable ansia de justicia para aquellos que le arrebataron a sus padres. Siendo esclava de esas emociones, James sabía que Petra podría hacer casi cualquier cosa si estuviera convencida que eso satisfaría esas necesidades.

Pensando en ello, James se estremeció. Se adentró en la boca de la cueva y lo vio todo.

Había una charca verde resplandeciente, iluminada desde dentro, y allí estaba Petra, todavía vestida con su traje rosa. Los rizos habían comenzado a desprenderse de su peinado y su maquillaje se había corrido, formando franjas en sus mejillas. Sin embargo, sus ojos estaban secos ahora. Tenía levantada la varita, apuntando a Lily, que estaba de pie ante ella, inexpresiva y flácida como un títere. Una voz alta y horrible estaba balbuceando y James sólo ahora pudo distinguir las palabras.

—¡El joven James ha llegado! —dijo la voz, con deleite—. ¡Contémplalo, querida! ¡Llegó, tal y como se predijo!

James soltó un grito ahogado, oyendo su nombre pronunciado por esa horrible voz, pero entonces Petra se giró hacia él, y su grito se convirtió en un violento escalofrío mientras el dolor de su frente le atravesaba. Los ojos de Petra estaban extrañamente muertos. Con el resplandor de la charca verdosa, su cara parecía una máscara. Sostenía el muñeco vudú en su mano libre, y James pudo ver que alguien había dibujado un tosco relámpago verde en su frente.

—James —dijo inexpresivamente, todavía apuntando con su varita a Lily—, no deberías haber venido. Ya es demasiado tarde.

James se tambaleó hacia delante, adentrándose en la luz de la cueva.

—Petra, ¿qué... qué estás haciendo?

Petra se encogió de hombros ligeramente, y luego volvió su mirada fija hacia Lily.

—Aquello para lo que se me creó —respondió, sonando alarmantemente como Tabitha Corsica. Asintió con la cabeza hacia Lily y le dijo:

—Ya sabes qué hacer, querida.

Sin parpadear, Lily rodeó lentamente la charca incandescente, sus pies descalzos no hacían ruido sobre la piedra. Al otro lado de la charca, James vio que una serie de escalones bajaban hasta el agua. Muy despacio, Lily empezó a descender la escalinata. James comprendió con horror que su hermana estaba bajo la maldición Imperius.

—Lo lamento, James —dijo Petra—. Sé que no puedes comprender por qué tiene que pasar esto. Al principio también a mí me parecía horrible, pero ahora sé que es la única forma. De verdad es lo mejor para todos, incluso para Lily. Tienes que confiar en mí.

—...confiar en mí —hizo eco la horrible y penetrante voz. Parecía estar hablando constantemente, mascullando por debajo de las palabras de Petra, casi como si estuviera apuntándose las palabras.

—¡Lily! —llamó James, avanzando—. ¡Detente!

Los ojos de Lily no hacían mucho más que pestañear. Dio otro paso en el interior de la espeluznante charca verde. James buscó desesperadamente su varita, pero ésta no estaba en su bolsillo. Demasiado tarde comprendió que la debía haber dejado caer cuando él y Albus habían estrellado la escoba. Corrió hacia adelante, con intención de arrastrar a su hermana fuera de la charca, pero justo cuando ya la tenía a su alcance, algo le repelió. Fue lanzado hacia atrás por el aire, como si alguien hubiese tirado de una cuerda anudada a su cintura. Golpeó la mohosa pared de piedra y cayó, el golpe lo dejó sin respiración.

—Uno a la vez, James —dijo Petra tristemente, todavía apuntando la varita hacia Lily—. Lo lamento. Por favor, no lo intentes de nuevo. Sinceramente no quiero heriros a ninguno de los dos antes de que todo haya acabado.

James jadeaba entrecortadamente, y la cicatriz fantasmal de su frente ardía como un hierro al rojo vivo. La escalofriante voz hacía eco con cada palabra de Petra, y por primera vez, James se preguntó si Petra era siquiera consciente de esa voz. ¿Era posible que no se diera cuenta de cómo estaba siendo persuadida? Echó un vistazo alrededor,

buscando el origen de la voz. Como en sus sueños, esta parecía emanar de una figura misteriosa en un oscuro rincón. Estaba perfectamente inmóvil, aparentemente vestida con un viejo bombín y una capa polvorienta. Los brazos colgaban torpemente a los lados, mientras observaba.

James luchó por levantarse, pero se sentía débil y pesado, como si algo le estuviera presionando contra el suelo. Era el terrible peso de una nueva presencia, llenando la habitación de humo negro y oscureciéndola. Era el Guardián. Silencioso e inquietantemente invisible, descendía a la cámara, observando y preparándose para tomar posesión de Petra, una vez ella hubiera completado el necesario rito voluntario: asesinar a Lily.

Lily dio otro paso en el interior de la charca. Su vestido amarillo comenzó a flotar a su alrededor, hundiéndose en el agua turbia, y mientras descendía, algo más parecía estar ascendiendo desde el otro extremo de la charca. James reconoció la figura. Era la joven a la que había visto tantas veces en sus sueños: la madre de Petra. Mientras Lily se sumergía en el agua, Lianna surgía de su propio reflejo, sonriendo a su hija y alzando las manos. Los ojos de Petra brillaban mientras observaba a la figura ascendente.

—¡Petra! —llamó James, cogiendo aliento—. ¡Esa no puede ser realmente tu madre! ¡Es una trampa! ¡No es real!

—No le escuches —susurró la voz aguda, engatusándola—. Es el hijo de aquellos que la dejaron morir. Está lleno de mentiras y engaño. Pero su voz pronto se apagará para siempre, y con su muerte, ¡traerás de regreso a tu padre también! Entonces todo estará preparado; el equilibrio se restablecerá. La nueva era del juicio se acerca, y todo por tu sacrificio...

—Todo por mi sacrificio —dijo Petra tranquilamente, caían lágrimas por su rostro una vez más, corriendo su maquillaje.

El mentón de Lily tocaba la superficie de la charca. Una gota de agua le colgaba allí, y entonces se movió hacia delante nuevamente, y su boca se sumergió bajo la superficie. Su cabello se extendió a su alrededor, flotando en el agua como una aureola. La figura fantasmal de Lianna Agnelli puso un pie en la piedra seca. Ni siquiera estaba mojada.

—¡Esto no es real! —gritó James desesperadamente, luchando con sus pies—. ¡Todo viene de esa voz! ¿Qué es?

—No hay ninguna voz —cantó Petra ligeramente, balanceando la cabeza de un lado a otro—. No hay ninguna voz aparte de la de mi padre muerto. Como ves, he traído sus cosas aquí, donde esperan por él. Su sombrero, sus zapatos y su abrigo. Incluso su Capa Invisible, que he usado yo misma en tantas de estas visitas. Se alegrará de verlas de nuevo, ¿no te parece?

James sacudió la cabeza fervorosamente.

—¡Esa es la capa *mi* padre, Petra! ¡Estás siendo engañada!

Petra no parecía oírlo. Sus ojos miraban fijamente como en trance a la figura de su madre, pero apuntaba todavía a Lily con su varita mientras ésta descendía el último

escalón, deslizándose bajo la superficie del agua. La pesada y oscura sensación de la presencia del Guardián aumentaba. Todo estaba a punto de cumplirse; Lily pronto estaría muerta y el Guardián se uniría a Petra, su anfitrión. Así que no habría forma de enviarle de vuelta, no habría forma de evitar que devastara la tierra. James deseaba volver a abalanzarse hacia la charca, arriesgándolo todo por sacar a su hermana del agua, pero incluso en su desesperación sabía que Petra lo repelería fácilmente otra vez. No había ninguna esperanza, y aún así, James se daba cuenta que esta era su última posibilidad de actuar. Frenéticamente, miró de su hermana que se ahogaba, a la figura misteriosa del rincón. Podía ver ahora que no era una figura, sino simplemente un conjunto de ropa... las pertenencias del padre de Petra, colocadas como un espantapájaros. La voz provenía de dentro de ellas, oculta de alguna manera. Repentina y horriblemente, James supo lo que tenía que hacer.

—Esto no es tu padre —exclamó, gateando para cruzar la habitación, bordeando la charca y a su agonizante hermana—. ¡Petra, mira!

Antes de que Petra pudiera detenerle, James agarró el brazo vacío de la capa. Tiró tan fuerte como pudo, arrancando el abrigo. Éste se desprendió de la figura a la que había mantenido en pie, derribando el sombrero también y la horrible voz gritó de furia.

—¡Nooo! —bramó—. ¡Muchacho asqueroso! ¡Cómo te *atreves* a tocarme!

James se tambaleó hacia atrás, casi desmayándose ante la intensidad del dolor en su frente.

Petra jadeó y su varita vaciló.

—James... ¿Qué has...? —exclamó y entonces su voz cambió, pareciendo ahora ligeramente dubitativa—. ¿Padre?

El manto había camuflado un retrato en un marco. James pudo ver inmediatamente que el retrato había sido severamente dañado, casi totalmente destruido y después había sido cosido sistemáticamente de nuevo y repintado. Las partes repintadas no se movían muy bien, mostrando una cara retorcida y con una mirada mutilada, pero James podía ver claramente a quién representaba el retrato. Un ojo miraba fija e inexpresivamente mientras que el otro le seguía malévolamente, brillando de color rojo y con pupilas verticales como los de una serpiente.

La cara de Petra se crispó con un asco involuntario.

—Tú no eres mi padre... eres... *eres*...

—*Termina la tarea!* —siseó el retrato furiosamente—. ¡Mata a Lily Potter primero! ¡Y después a James Potter! ¡Corrige mi único error fatal! ¡No importa quién sea yo! ¡Todo lo que importa es lo que te han robado, y hacer pagar a los responsables! ¡Es la única forma de recuperar todo lo que has perdido!

—¿Corregir tu error? —dijo Petra, su expresión se disipaba lentamente ante la aterradora revelación—. Pero yo creía...

—*Mi único error!* —chilló el retrato de Voldemort con urgencia—. Matar a James Potter *primero*, ¡dejando al *más fuerte* para proteger al chico! Era magia antigua, pero

magia muy *poderosa*, ¡y lo olvidé! ¡Ella debería haber muerto primero, dejando al hombre y al niño languidecer ante mi varita! ¡Fue mi único y fatal error! Fui un estúpido, sí, ¡pero *ahora* el círculo se cerrará! Tú, la vasija final de mi alma, matarás a la niña, Lily Potter, y luego al chico, James Potter, y después... —la voz se redujo a un codicioso y enfurecido siseo—. Harry Potter vendrá, y finalmente... *finalmente*... ¡le mataremos!

—¿Harry Potter? —susurró Petra.

—El *muñeco* pretendía convocarlo —dijo el retrato rápidamente—. El plan parecía tan simple: añadir una cicatriz a su frente, haciéndosela al padre en lugar de al hijo. Y sin duda, una vez la cicatriz de Harry Potter volviera a despertar, vendría y entonces, ¡sería *nuestro*! Pero en lugar de ello, hemos atraído al chico, James, concediéndole a *él* la cicatriz fantasmal y la capacidad de conocer nuestros planes, y esto, querida mía, ¡es muchísimo mejor! ¡Tendría que haberlo previsto! ¡Mi único error será rectificado, el orden invertido! Lily Potter muere, *luego* James, y después, por último, ¡Harry Potter yacerá muerto a nuestros pies!

Conmocionada, Petra dijo:

—Pero mis padres... la promesa de equilibrio y perfección... me utilizaste... —su voz se elevó, tornándose enojada—. ¡Me has *utilizado*!

—¡Por eso en tu corazón tú y yo somos lo mismo! —dijo con voz áspera el horrible retrato—. Tu alma viva porta el último vestigio de la mía, ¡como la llama de un candil! Deseamos las mismas cosas, pero desde distintas perspectivas. Al final, llegaremos al mismísimo lugar: *¡la venganza!*

Petra sacudió la cabeza tristemente.

—¿Qué he hecho? Yo no quería venganza —dijo—. Todo lo que quería era justicia... —dio la espalda al retrato y miró hacia la mujer que estaba de pie al borde de la charca parpadeante y verdosa. La madre de Petra sonrió de nuevo apesadumbrada, y asintió. Petra sollozó.

—Justicia... y recuperar a mis padres —dijo, con voz resquebrajada. Levantó su varita—. ¡*Wingardium Leviosa!*

—¡Nooo! —gritó el retrato, tan fuerte que pareció hacer temblar las paredes.

Lily salió volando de la charca, flácida como un trapo y chorreando agua. La figura de Lianna Agnelli se desplomó sobre sí misma, volviendo al agua. Salpicó el suelo de piedra y desapareció en la charca.

—¡Mamá! —gritó Petra, incapaz de resistirse a extender la mano hacia la figura desaparecida y con lágrimas brillando en sus ojos—. ¡Lo siento, mamá! ¡Papá! ¡Lo siento tanto! ¡No podía hacerlo!

James corrió hacia la figura suspendida de su hermana. Llegó y tiró de ella, abrazándola. Estaba tan flácida y fría que parecía estar muerta. Con delicadeza, la tendió en el suelo, y colocó el oído en su pecho.

—¡Su corazón sigue latiendo! —gritó.

—¡Estúpida muchacha! —rugió el retrato con el rostro grotescamente distorsionado—. ¡Es la única forma! ¡La parte de mí en tu interior se rebela incluso ahora! ¡Tú misma corres riesgo al resistirte! ¡Mata a la chica! ¡Aún estás a tiempo!

Petra sacudió la cabeza lentamente, acercándose al retrato.

—No puedes destruirlo, Petra —gritó James, meciendo a Lily entre sus brazos—. ¡Míralo, otros lo han intentado! Los retratos solamente pueden ser destruidos por su pintor, ¿recuerdas?

Petra aún estaba sacudiendo la cabeza, con lágrimas cayendo por su rostro, pero su expresión era una máscara severa y decidida.

—Eso no es completamente cierto, James —dijo tranquilamente. Con ambas manos, agarró la pintura por el marco y lo alzó.

—¡Eres el anfitrión del Guardián! —proclamó la alta y fría voz de Voldemort con urgencia—. ¡Ahora mismo espera por ti! ¡Puedes sentir su presencia! ¡Has sido elegida desde los tiempos del mismísimo Salazar Slytherin! ¡Cientos de años de profecías conducen a ti! ¡No puedes dar la espalda al peso de ese destino! ¡Te aplastará! ¡Recapacita! ¡No todo está perdido aún! ¡No es demasiado tarde!

—Hay dos personas que pueden destruir un retrato, aunque la segunda persona rara vez está disponible para hacerlo —dijo Petra, hablando para James e ignorando la voz delirante. Sujetaba el cuadro con ambas manos, sosteniéndolo por encima de la ondeante superficie de la charca—. Un retrato sólo puede ser destruido por su pintor, o si el destino lo permite, un retrato puede ser destruido... por el sujeto.

—¡NOOO! —chilló el retrato, y James vio como el lienzo se abombaba ligeramente por la fuerza del grito. Petra soltó el retrato y éste cayó encima de su reflejo, salpicando pesadamente. La voz del Voldemort pintado continuó gritando furiosamente, burbujeando mientras flotaba durante unos instantes. Horriblemente, la cara pintada comenzó a correrse y deshacerse, como si el líquido de la charca fuese ácido en lugar de agua. La pintura sangraba sobre el lienzo que se hundía y se mezclaba con el agua resplandeciente, diluyéndose, desintegrándose, dibujando garabatos negros en la profundidad. La voz borbotearon y se desvaneció, se quedó sin aliento, jadeó desesperadamente y después murió, dejando apenas su eco en la Cámara de los Secretos. El marco del retrato se hundió, desapareciendo de la vista y se perdió para siempre en la profundidad de la charca.

—¿Respira? —preguntó Petra, dejándose caer de rodillas junto a Lily.

—¡No lo sé! —exclamó James, abrazando el húmedo y ligero cuerpo—. ¡Está muy fría!

Petra asintió y apuntó su varita a la garganta de Lily.

—*Expelliarmus* —dijo firmemente.

Algunos segundos pasaron, y James estaba seguro de que el hechizo no había funcionado, pero entonces, súbitamente, Lily se sacudió entre sus brazos. Tosió profundamente y vomitó cierta cantidad de agua. James la ayudó a sentarse y

reincorporarse, golpeándola suavemente en la espalda. Tosió más agua y jadeó, inhalando un enorme e irregular aliento. James estaba tan preocupado que apenas notó la sensación del Guardián desapareciendo de la cámara. Su anfitrión había fracasado en la prueba final. Petra no había matado por él. Debilitado y silencioso, el Guardián se disgregó.

—¿James? —graznó Lily, mirando indolentemente a su cara—. ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

James sacudió la cabeza y se rió con alivio, le brotaron lágrimas de los ojos.

—Estás conmigo, Lil. Eso es todo lo que importa.

—Hola, Petra —dijo Lily débilmente, mirando a un lado—. Estuviste genial. Lloré cuando bebiste la poción de sueño de la Vieja Marsh.

Petra sonrió con cansancio.

—Gracias, Lily.

James y Petra ayudaron a Lily a ponerse en pie y James la rodeó con un brazo, sacándola de la cueva. Petra recogió la Capa Invisible, pero dejó la espeluznante colección de ropa de su padre. Miró atrás sólo una vez más, sonrojada y triste.

—Eh, Petra —dijo Albus valientemente mientras se acercaban—. Ya te sientes un poco más tú misma, ¿no?

Petra asintió con la cabeza pero no respondió. En silencio, se arrodilló junto a Albus y examinó su pierna.

—Eres muy buena en esto —dijo James, observando a Petra arrancar una tira de su vestido. Cuidadosamente, ella usó la tira y un pedazo de la escoba rota para entabillar e inmovilizar la pierna de Albus. Cuando lo hubo hecho, tiró de Albus para ponerle en pie.

—Eh —dijo Albus, sorprendido—. La siento mucho mejor. ¿Cómo lo has hecho?

—Es una especie de talento —respondió Petra, apartando la mirada—. Además, sólo era una fractura. Estarás bien en un día más o menos, una vez Madame Curio te vea esa pierna.

James no dijo nada, pero tuvo la clara sensación de que Petra estaba mintiendo sobre la herida de Albus. Desde luego que había sido mucho más que una fractura. El mismo James había visto el feo ángulo bajo la rodilla de Albus. Ahora estaba de pie sobre ella con la ayuda de una simple tablilla. Era como si Petra intentara resarcirles por lo que había sucedido, pero en secreto, y usando un tipo de magia bastante extraordinaria.

Petra se puso de pie nuevamente, recogiendo el muñeco vudú y la Capa Invisible. Los miró en sus manos.

—Esto no es mío —dijo, y luego se los entregó a James—. Ni siquiera fui consciente del muñeco hasta que el retrato lo mencionó. Lo llevaba conmigo todo el tiempo, pero de alguna manera, apenas lo sabía. Lo siento mucho, James. No sé qué más decir.

James aceptó el muñeco y la capa.

—Estabas siendo engañada —respondió simplemente.

Petra asintió tristemente y echó un vistazo más allá del abismo.

—Sí —estuvo de acuerdo—. Pero por encima de todo, me estaba engañando a mí misma. Eso no puedo negarlo.

—Tenías tus razones para estar enfadada y dolida, Petra —dijo James tranquilamente—. Esa no era la forma de tratar con ello... Ted quería que te lo dijera... pero hay otras. Los sentimientos son reales. Sólo tienes que averiguar qué hacer con ellos, ¿no?

Petra asintió lentamente. En la oscuridad, James vio una lágrima más deslizarse por su mejilla.

—¿Todavía estás en una pieza, Lil? —preguntó Albus a su hermana, mirándola de arriba abajo—. ¿Por qué estás toda mojada?

Lily frunció el ceño y bajó la mirada a su vestido amarillo empapado.

—Sinceramente, no tengo ni idea.

—Las explicaciones luego —suspiró Albus efusivamente, cojeando sobre su pierna ilesa—. Primero, ¿cómo hacemos para regresar cruzando *eso*? —Gesticuló hacia el oscuro abismo.

—De la misma forma en que llegué yo aquí —respondió Petra suavemente—. Caminaremos.

Albus hizo una mueca.

—¿Caminando? ¿Qué eres? ¿Acaso un fantasma?

—No —respondió Petra casi para sí misma—. Aparentemente, soy el linaje de Voldemort.

Dio un paso hacia delante, caminando directamente más allá del borde del precipicio. James jadeó, horrorizado, pero incapaz de apartar la mirada. Sin embargo, Petra no cayó. Su pie estaba apoyado en una pequeña plataforma rocosa, casi como un peldaño de piedra que hubiese aparecido de la nada. Miró atrás, todavía con un pie en el borde del abismo.

—Manteneos cerca e intentad con todas vuestras fuerzas no pensar en lo que estáis haciendo —dijo, y James se estremeció. No sonaba totalmente convencida de que funcionaría, pero, ¿qué otra opción tenían? James vaciló, pero luego comprendió que, por primera vez en casi toda una hora, la cicatriz fantasmal de su frente no le dolía. Suspiró y siguió a Petra, azuzando a Lily y a Albus para que fueran por delante de él.

—Esto es completamente absurdo —comentó Albus.

—No miréis hacia abajo —respondió Petra. Sin pausa, comenzó a caminar. Albus, Lily y James empezaron a seguirla torpemente. Contra toda probabilidad, ninguno de ellos cayó mientras avanzaban por encima de las profundidades del abismo. Ni las balanceantes y silbantes cuchillas descendieron sobre ellos. Los pasos de James aterrizaron sobre ásperos escalones de piedra, cada uno del tamaño de un gran plato de mesa, y en el momento en que sus talones se separaban de cada escalón, éste se hundía rápidamente, cayendo en la oscuridad.

Tenuemente, James oía el traqueteo de una maquinaria, y lo reconoció. Era el mismo sonido que había escuchado en los sueños de este lugar, ahora ya sabía lo que era. De algún modo, las piedras se alzaban mecánicamente, operadas por la pura magia del paso de Petra. Quizás el mecanismo solamente podía ser convocado por el linaje, o quizás simplemente respondía a cualquiera que conociera el talismán adecuado, como evidentemente pasaba con Petra. De cualquier modo, definitivamente ayudaba no pensar en lo que uno estaba haciendo o mirar hacia abajo. Cuando James dio su último paso sobre el borde opuesto, fue acogido por los ansiosos brazos de Rose, Ralph y Zane, y no pudo resistirse a mirar atrás. El último peldaño de piedra cayó en la oscuridad, chocando contra un complicado aparejo de engranajes y espirales de hierro. Chirrió y traqueteó mientras se replegaba, y luego desapareció, como si nunca hubiera estado allí en absoluto.

—¡Petra! —exclamó Rose, con débil alivio—. ¡Lily! ¡Todos estáis bien!

Zane sonrió incrédulamente.

—Creía que estabais los dos seguramente desahuciados. ¿Qué pasó?

—James hizo que nos estrelláramos —intervino Albus, sacudiendo la cabeza—. De ahí mi pierna rota. Y menos mal que Petra es una fiera entablillando.

—Sí, es estupendo tenerla cerca en una emergencia médica —estuvo de acuerdo Ralph, mirando a Petra un poco preocupado.

—¡Lily, estás empapada! —exclamó Rose, riendo y limpiándose una lágrima del ojo—. Vamos, déjame ayudarte.

Rose sacó su varita y la ondeó hacia Lily en un gesto complicado. De repente surgió aire caliente de la punta, secando el vestido de Lily y haciéndole cosquillas.

—¿Y qué hay del Guardián? —Zane preguntó a James mientras el grupo se abría paso hacia las escaleras de piedra y a la luz de más allá.

—Se fue —respondió James—. Le sentí marcharse.

—¿Para siempre?

James se encogió de hombros.

—No consiguió que Petra fuera su anfitrión. No estaba dispuesta a matar por él, no al final. Ya no tiene más ningún apoyo aquí. Se acabó.

Zane asintió, frunciendo un poco el ceño.

—Si tú lo dices, camarada. Salgamos de aquí. Este lugar me da escalofríos todo el tiempo.

—Sí. Por algo lo llaman la Cámara de los Secretos —estuvo de acuerdo Albus.

James asintió, echando un último vistazo atrás. Dijo con fervor:

—Esperemos que este haya sido el *último* de sus secretos.



—Y esa es la historia tan bien como la puedo contar —dijo James, sentado en la silla frente a la del director. Era el día siguiente, y la luz brillante del sol y el canto de los pájaros de la mañana atravesaban gentilmente la ventana abierta—. Subimos hasta el baño de las chicas del segundo piso y Ted dejó a Tabitha directamente aquí, en su oficina. El resto de nosotros llevó a Lily al Gran Comedor a reunirse con mamá. Ella llamó a tía Hermione, tío George, y tío Ron para que abandonaran la búsqueda y todo el mundo decidió seguir adelante con la fiesta de celebración tras la función, aunque fue más bien una celebración del regreso de Lily llegado ese momento.

Merlín asintió despacio, uniendo las yemas de los dedos de ambas manos ante él. Compartió una mirada con Harry Potter, que se encontraba de pie a un lado, con los brazos cruzados y mirando al suelo.

—¿Y la señorita Morganstern asistió a la fiesta? —preguntó Merlín.

James negó con la cabeza.

—No, creo que pensó que sería mejor para ella no estar allí. Es decir, considerándolo todo.

Harry habló sin levantar la cabeza.

—No fue culpa suya. Estaba siendo engañada.

—No fue *enteramente* culpa suya —corrigió Merlín sombrío—. Estaba siendo engañada, sí, pero ella *permitió* que el engaño tuviera lugar. Ella misma lo admitió. El hecho de que al final fuera capaz de desechar el engaño es prueba de que *pudo* haberlo hecho en cualquier momento, si así lo hubiera elegido.

—Está maldita con el último rastro fantasma del alma de Voldemort en su misma sangre —dijo Harry, finalmente alzando los ojos—. Él era un astuto mentiroso y un maestro de la manipulación. Brujas y magos mucho más poderosos que Petra Morganstern sucumbieron a sus engaños.

Merlín asintió.

—Y también ellos fueron responsables de las decisiones que tomaron como resultado de ello.

James se echó hacia delante en su silla.

—¿Qué está diciendo? ¿Cree que Petra es malvada sólo porque tuvo la mala suerte de ser escogida por esa estúpida daga Horrocrux?

—No, James —dijo Merlín gentilmente—. Por eso, es verdaderamente desafortunada. Hasta qué grado Petra se permite ser influenciada por esa alma abominable, sin

embargo, ya que todavía puede escoger qué hacer, es lo que la haría, de hecho, malvada. Ha admitido que fue *ella* la que maldijo a Josephina Bartlett con la maldición de vértigo, sabiendo que todo el mundo culparía a la señorita Corsica, sólo para probarse a sí misma que podía hacerlo. Anoche estuvo muy cerca de escoger el mal definitivo y casi condenar a toda la humanidad en el proceso. Si tú no hubieras estado allí en el momento adecuado, revelando el misterioso retrato, bien podría todo haberse perdido.

—Eso no lo sabe —dijo James, pero inseguro.

—Oh, pero lo sé, James —dijo Merlin, mirando a James a los ojos—. Y por eso, te debo una disculpa.

—¿Una disculpa? ¿Por qué?

Merlin suspiró profundamente.

—Estaba muy equivocado contigo, James Potter —El gran hombre se detuvo, como si no deseara explayarse más. Miraba directamente adelante, y James comprendió que estaba mirando más allá de él, a algo en la pared trasera. James se giró y miró sobre el hombro. El retrato de Albus Dumbledore sostenía la mirada de Merlin. Sonrió ligeramente y asintió con la cabeza. Entonces, casi imperceptible, Dumbledore guiñó un ojo a James. James frunció el ceño y se volvió hacia Merlin.

—Se me ha *advertido* —dijo Merlin sardónicamente—, que debo evitar la tentación de guardar secretos o decir medias verdades. Vuestro Albus Dumbledore y yo hemos discutido el tema ampliamente, y admito que, hasta hace poco, no coincidía mucho con él. A pesar de ello, eventos recientes han demostrado la validez de su argumento. James Potter, en presencia de tu padre, te contaré *toda* la verdad. —Merlin suspiró nuevamente y se puso de pie. Salió de atrás de su escritorio, pasando por delante de Harry—. Es verdad —explicó—. Era bien consciente de la posibilidad de que el ente llamado el Guardián me siguiera en mi regreso del largo viaje fuera del tiempo. Salazar Slytherin me lo dejó muy claro. Él lo esperaba y lo tenía planeado, y mi corazón estaba en tal estado que no me importaba mucho. “Maldito el mundo”, pensaba. “Si el Aniquilador está por venir, entonces el destino salvará o no a la humanidad”. Me lavé las manos. El año pasado, cuando regresé al mundo del hombre, despreciaba esta época. Decidí que si el Guardián de hecho me había seguido, yo no utilizaría el más pequeño de los poderes a mi disposición para mantenerlo a raya —Merlin levantó la mano, enseñando el brillante anillo negro—. Y entonces descubrí la presencia de los borleys. Minucias, en realidad, el equivalente mágico de las cucarachas, y aún así eso me probó que algunas cosas me habían seguido de hecho desde el Vacío. Si los borleys estaban aquí, entonces seguramente el Guardián lo estaba también. Decidí capturar a los borleys utilizando la mejor herramienta para esa tarea: la bolsa oscura, la cual, como sabes, contiene el último vestigio terrenal de pura oscuridad del Vacío. Aprisioné a los borleys dentro de ella, aunque en ese momento no hubiera podido decir porque decidí hacerlo; parecía simplemente lo más correcto y responsable. La verdad es que estaba comenzando a conocer esta época, y aunque había muchas... y todavía las hay... cosas que encuentro

despreciables, descubrí que no la odiaba tanto como hubiera pensado. Aún más importante, había comenzado a preocuparme por algunas personas de esta época. Principalmente, por ti, señor Potter, y por tus bulliciosos, traviesos e irreverentes amigos.

»Cuando comprendí esto, supe que solo me quedaba una opción: debía hacer lo que pudiera para librar al mundo del Guardián, cuya presencia en esta esfera era mi responsabilidad. Habiendo decidido eso, descubrí que habían algunos en este mundo que conocían al Guardián, y deseaban *utilizarlo*. Estos eran los discípulos de Slytherin, quienes, como él, se engañaban a sí mismos al creer que el Guardián podía ser controlado y utilizado como una herramienta de venganza. Yo conocía la existencia de la otra mitad de la Piedra Faro, y presentí que estaba en poder de estos individuos corruptos. Seguí sus progresos mientras ellos localizaban al Guardián. Observé y esperé, utilizando este mismo espejo. —Tocó el *Amsera Certh*, que yacía cubierto, muy cerca—. Mis artefactos pueden presentir eventos de fuerzas mágicas oscuras, indicando su localización. Cuando eso ocurría, yo lo observaba en el espejo. Finalmente, llegué a involucrarme, viajando al lugar donde los agentes de Slytherin se encontraron con el Guardián. Sospecho que fuiste testigo de eso, señor Potter, junto con la señorita Weasley y el señor Deedle. Los encontré en un bosque intrazable, ante la tumba de Tom Ryddle. Ahí, el Guardián había revivido la memoria de Voldemort, forzándolo a hablar a través de la estatua de la tumba. El Guardián exigió ser conducido hasta el humano que le serviría de anfitrión. La estatua le habló del chico que había vencido a Voldemort, y el Guardián asumió que ese chico, Harry Potter, sería la opción más lógica como su anfitrión. Presentí que se dirigiría a ti, Harry, introduciéndose en tu interior... —Merlín miró hacia el padre de James—. Te localizó sin siquiera abandonar la tumba. Te sintió en la red de la humanidad, y determinó que no podría tenerte. Lo sentí evaluarte mientras lo sopesaba, sentí como te desechaba, no porque no valieras, sino porque eras inconquistable. Supo que nunca te sometería a sus propósitos.

Harry tembló visiblemente.

—Recuerdo eso —dijo con una voz baja y vacilante—. Estaba en las oficinas de los aurores en el Ministerio, hablando con Kirkham Wood. De repente, fue como si estuviera fuera de mí mismo, mirando hacia abajo a mi cuerpo, como si hubiera sido empujado a un lado mientras algo revoloteaba a través del contenido de mi cerebro. Sólo duró unos pocos segundos, y entonces de repente, se terminó. Kirkham no se dio cuenta de nada. Decidí que lo había imaginado, o que sólo había sido un poco de estrés. Pero debe haber sido esa... cosa... examinándome.

Merlín asintió.

—Se tiene que ser un mago poderoso para sentirlo. El Guardián entumece a su presa de forma que pocos recuerdan siquiera su paso. Seguramente ya sólo ese hecho fue en parte la razón por la que supo que nunca podría reclamarte, Harry. Así que buscó a otro. Aún mientras ese demente de Lucius Malfoy hablaba de ello, tratando de atraer su

atención para que se les uniera, diciéndole que habían preparado a un heredero para ser su anfitrión, yo lo sentí moverse, Harry, buscando más allá... buscándote a *ti*, James.

—¿A mí? —exclamó James, sorprendido—. ¿Por qué?

—Tiene mucho sentido si lo piensas desde la perspectiva del Guardián. Todas las profecías dicen que el anfitrión del Guardián sería el hijo de una gran perdida, o un huérfano. Buscó a Voldemort, el huérfano que mejor representa los propósitos del Guardián, y le encontró cadáver. Entonces, lógicamente buscó a quien había sido lo bastante poderoso como para haber vencido a Voldemort, y entonces encontró a otro huérfano, Harry Potter. Él, sin embargo, era demasiado fuerte, y por lo tanto tan inservible como el muerto Voldemort. Así que buscó un poco más allá, al primogénito de Harry Potter. Y encontró, curiosamente, al chico que recientemente había experimentado su propia tragedia, la repentina pérdida de su abuelo. Averiguó, que era el mismo chico que había estado presente la noche de su llegada a la tierra, y que el propio James Potter había ayudado a facilitar su llegada.

—¡Pero yo no pretendía hacerlo! —barbotó James—. ¡Estaba intentando detenerla! Merlín levantó una mano.

—Eso no significa nada para el Guardián. Lo sentí llegar a ti, aprender de ti, todo en ese momento en la tumba, incluso mientras Lucius Malfoy hablaba con él. Te sentí en sus pensamientos, James, y me adelanté para distraerlo. Lo llamé, identificándome como el portador de la Piedra Faro. Él me recordaba el tiempo en que estuve en el Vacío. La primera cosa que hizo fue preguntar por ti, James. Le dije tan firmemente como pude que no sabías nada de él, que nunca consentirías ser su anfitrión. Pero se rió. Me dijo que *ya* lo conocías, y que lo estabas viendo en ese preciso momento. Lucius miró y te vio, reflejado en la ventana de una cabaña abandonada cercana. Lucius te señaló, y el Guardián sonrió. Había notado que estabas observando desde el momento en que dirigió su atención a encontrarte, James. Me giré y yo mismo vi tu reflejo. Sabía que tenía que regresar, advertirte, pero cerraste el Libro de Concentración, dejándome fuera. Me llevó gran parte del día regresar al castillo por otros medios, y para entonces, desgraciadamente ya me había formado una opinión bastante diferente sobre ti.

—¿Había decidido creer que yo estaba de parte del Guardián? —preguntó James, perplejo.

—No conscientemente —respondió Merlín—. No más de lo que lo estaba Petra Morganstern. Decidí que estabas siendo manipulado por él, y por tus propios deseos. Lamento admitir esto, James, pero temí que tu deseo de ser como tu padre estuviera siendo explotado, utilizado por el Guardián y las fuerzas del caos. Cuando llegó el vociferador de tu madre, diciéndonos a todos que ella creía que habías robado la Capa Invisible y el mapa del merodeador, eso me terminó de convencer de que estabas, de hecho, trabajando a favor de los objetivos del Guardián. Decidí observar y esperar, con la esperanza de estar equivocado contigo. Y entonces, cuando tu propia hermana desapareció la noche de la obra, supe que este era el momento de la verdad. Casi no

podía creer que pudieras hacerle daño, pero algunos han hecho cosas peores que matar a su hermana envueltos en la telaraña de un engaño. Planeaba sacarte de la escuela, alejándote de cualquier plan que el Guardián tuviera para ti. Me esquivaste, por supuesto, por el simple hecho de ser joven y veloz. Aún así, pude haberte cogido si realmente lo hubiera deseado. En el fondo de mi corazón, sin embargo, había decidido confiar en ti... y en el destino. Fue mi propia prueba del cordón, muy parecida a la tuya, James, allá en la cueva de mi escondrijo. Decidiste sujetar el cordón de oro aún cuando soltarlo hubiera sido mucho más fácil. Así, también yo decidí aferrarme a una pequeña hebra de confianza en ti. Si lo que hacía era una tontería, entonces el mundo no perduraría lo suficiente como para culparme. Por el contrario, sin embargo, ese momento de confianza fue efectivamente sabio. De hecho, creo que nos salvó a todos.

James soltó un suspiro.

—Guau. Así que por *eso* estaba tan misterioso y espeluznante ese día en su oficina.

—El retrato me dijo que era un error —admitió Merlín, mirando a un lado—. Dumbledore no aprobaba mi actitud para contigo, y me lo dijo después de que te fueras.

De la pared detrás de James, la voz de Dumbledore habló.

—No fue sino desde el más estricto de los respetos, Merlinus. Pero sí, te advertí que dudar del chico era un error de tu parte.

Merlín asintió.

—Sí, me lo dejaste muy claro, si mal no recuerdo.

—Estoy maldito con la carga de ayudar a aquellos que me sucedan para que no cometan los mismos errores que yo —dijo Dumbledore, mirando a Merlín y después a Harry—. Yo mismo aprendí estas lecciones solo pocos días antes de mi muerte. Muy tarde para que supusiera una gran diferencia, aunque hice lo poco que podía hacer.

Harry asintió, serio.

—¿Qué se hará con Petra Morganstern entonces?

Merlín se encogió de hombros, regresando a su mesa.

—Es culpable de posesión de una propiedad robada en la forma de la Capa Invisible y del secuestro de Lily Potter. Como jefe de aurores, dueño de la capa, y padre de la niña, soy yo el que debería *preguntarte* eso precisamente.

Harry lo pensó seriamente durante un largo rato. Finalmente, miró a James.

—No presentaré ningún cargo —dijo—. James, ¿estás de acuerdo?

James asintió con la cabeza.

—Ella no sabía lo que estaba haciendo, papá. Y cuando le mostré como estaba siendo engañada, recapacitó realmente rápido. No quiere lastimar a nadie.

—Sed muy precavidos con lo que estáis haciendo, amigos míos —dijo Merlín cuidadosamente—. La señorita Morganstern es una joven muy complicada.

—Pero no es malvada —dijo James con énfasis.

—No más de lo que lo eres tú, James, o tu padre, o yo. Y aún así, al menos yo, he causado un gran mal, todo en nombre del amor. Todos somos capaces de hacer el mal,

dependiendo de las decisiones que tomamos y de las filosofías que abrazamos. Por grande que sea el potencial para el bien en cualquiera de nosotros, igualmente grande es el potencial para la maldad. La señorita Morganstern tiene, por decir poco, un gran... *gran* potencial. La única pregunta es como escogerá invertirlo.

—Pero hizo lo correcto —dijo Harry—. Con la experiencia que tengo, los que deciden hacer lo correcto normalmente se vuelven adictos a ello. El alma de Voldemort tiene un asidero en ella, sí, eso ella no puede evitarlo. Pero ha probado que no es suficiente para gobernarla.

—Es suficiente para *dividirla* —contestó Merlín—. Y nunca vencerá a esa pequeña parte de ella que le pertenece a él. Siempre estará ahí, persuadiendo, envenenando, tentando, mintiendo. Aún más, el poder de *él* es el poder de *ella*. Ha mostrado que utiliza ese poder que se le dio, para el bien, hasta el momento, por ejemplo, sanando la pierna de Albus... ¿Pero hasta cuándo será capaz de controlarlo? Ahora mismo, abandona estas paredes para regresar a una vida amarga y sin amor. Se ha negado a sí misma el regresar con sus propios padres para que Lily y tú, James, pudierais vivir. Mientras tanto, os ve regresar a una casa con padres amorosos y a una vida con la que ella sólo puede soñar. No creas que, a pesar de sus acciones, no yacerá despierta en noches frías y solitarias, anhelando sin esperanza a sus padres muertos, y preguntándose, preguntándose si, en aquella crucial noche en la Cámara de los Secretos, tomó la decisión *incorrecta*.

James sacudió la cabeza, sin querer creerlo.

—Ella nunca pensaría eso. Petra es buena.

—Quiere ser buena —aceptó Merlín—. Eso te lo reconozco, James. Esperemos que sea suficiente.

Harry se acercó a James y posó su mano en los hombros de su hijo.

—Scorpius ha aceptado ayudarnos a localizar a su abuelo Lucius. En realidad se muestra tan entusiasmado al respecto que me hace sentir cómodo, a decir verdad, pero las mentiras y manipulaciones de su abuelo han convertido al chico en un aliado valioso para nosotros. Aún así —dijo, volviendo su atención hacia Merlín—, ¿qué pasa con Tabitha Corsica? Aparte de aturdir a Ralph, técnicamente no ha hecho nada malo, a pesar de sus mejores esfuerzos. No tengo jurisdicción sobre ella en absoluto.

—Déjamela a mí —replicó Merlín, sentándose de nuevo ante su escritorio—. No ha llegado tan lejos como para que no pueda ser ayudada. Conocí una vez a alguien como ella.

—¡Está bromeando! —dijo James, levantándose mientras su padre se preparaba para irse—. ¿Cree que Petra se volverá toda “Señora Tenebrosa”, pero que todavía hay esperanza para *Corsica* sólo porque conocía a alguien como ella?

Merlín miró hacia James, con un ceño.

—Tal vez no me he explicado bien —dijo, con su voz retumbante—. Lo que pretendía decir es que una vez *fui* alguien como ella.

James miró fijamente al director, frunciendo la frente con consternación, pero Harry le condujo hacia la salida con la mano.

—Vamos, hijo —dijo, sonriendo un poco—. El director tiene mucho que hacer. Vi tu actuación en los omnioculares, por cierto. Estás hecho todo un actor. Me haces preguntarme por la vez que me dijiste que no habías tenido nada que ver con el reloj roto de la sala, ¿eh?

James cambió de tema tan rápido como pudo.

—¿Así que te vas directamente a casa?

—En realidad, no —respondió Harry, cerrando la puerta de Merlín—. Voy a echar un vistazo a Albus en los dormitorios Slytherin. Y después yo, er, debo visitar a alguien, al parecer.

James comenzó a bajar al trote la escalera de caracol.

—¿A quién?

—A Myrtle *la Llorona* —señaló su padre, sonriendo—. Rose insistió. Dice que lo prometió. Pero ven a buscarme si tardo ahí más de una hora, ¿de acuerdo?



Capítulo 20

El largo viaje a casa

La última semana de escuela pasó como un soprido de fuerte viento. Zane se quedó, pasando una noche con James y Ralph en sus respectivos dormitorios, durmiendo en camas plegables provistas por los elfos domésticos, y quedándose el resto del tiempo en su viejo dormitorio. Los Ravenclaws se alegraron de verlo, y Horace Birch lo proclamó orgullosamente miembro vitalicio Ravenclaw: —A pesar del hecho de que eres un yanqui grosero y un bebedor de café, pese a que todo el mundo sabe que los verdaderos Ravenclaws viven a base de té y cerveza de mantequilla.

Para gran deleite de James, apareció una crítica de *El Triunvirato* en *El Profeta*,

mencionando cuidadosamente el secuestro de Lily como un “desafortunado incidente relacionado con la pérdida temporal de una niña” ya que ésta había regresado esa misma noche aparentemente ilesa y perfectamente alegre. La crítica había calificado la obra como “un teatro académico sorprendentemente imaginativo y entretenido” a pesar de las controvertidas técnicas muggle de producción implementadas por la directora, la profesora de Estudios Muggles, Tina Grenadine Curry. Esto fue despreocupadamente perdonado cuando el reportero descubrió que los generadores muggle, que supuestamente operaban las luces del escenario, estaban trabajando bastante misteriosamente sin una gota de combustible en su interior, dejando por lo tanto las reclamaciones de una producción no-mágica como algo absolutamente rebatible.

—Allá vamos —dijo Rose, señalando al periódico en el desayuno del último día de escuela—. “James Sirius Potter, representando el papel del querido Treus, probó que ni la juventud ni la inexperiencia pueden evitar una deliciosa actuación para alguien tan bien entrenado y obviamente inspirado. El sorprendente talento tespiano del joven señor Potter lleva a este reportero a considerar que, en su caso, la manzana ciertamente no cayó muy lejos del árbol, aún cuando cayó en un rama vocacional enteramente diferente”.

—Esta es la quinta vez que lees eso —dijo James, sonriente y sonrojado.

—No es como si te importara mucho, ¿no? —dijo Zane, empujando a su amigo.

Ralph preguntó:

—¿Qué significa eso de James cayendo en una rama diferente?

—Significa que James tiene tanto talento como su padre —proclamó Rose, doblando el periódico—. Sólo que en formas diferentes. Nadie podría siquiera imaginar a Harry Potter actuando en una obra, ¿no crees?

—Supongo que no —aceptó James, todavía sonriendo tímidamente—. Pero creo que esto ya ha sido suficiente actuación para mí.

Zane sacudió la cabeza.

—Eso dices ahora, pero espera y verás. Muy pronto, empezarás a extrañar ser el foco de atención. Ya sabes, mi padre trabaja en la industria del cine muggle. Probablemente podría buscarte un papel en alguna película. Incluso hablan de hacer películas basadas en esa serie de libros sobre el mundo mágico. ¡Serías perfecto!

—De *ninguna* manera —insistió James, pero se vio ahogado por el coro entusiasta de acuerdo. Decidió no combatirlo, y al final, todo el mundo aceptó que, de hecho, probablemente Albus sería mejor para el papel del que hablaba Zane a pesar de que no podía actuar tan bien como James.

—Yo lo haría —dijo Albus seriamente—. ¡Hasta haría mis propios hechizos! ¿Crees que me lo permitirían?

Zane agitó la cabeza mientras todo el mundo reía.

Esa noche, James pidió la ayuda de Zane para eliminar la cicatriz del muñeco vudú. Zane utilizó su varita cuidadosamente para borrar mágicamente la marca de la pequeña

frente de tela. Extrañamente, James pudo sentir todo el proceso. Picaba, y el picor disminuía a medida que la cicatriz desaparecía. Finalmente, Zane le pasó a James el muñeco, asintiendo ante un trabajo bien hecho.

—Limpia como la nieve virgen —proclamó.

James lo examinó. Desde luego, no había el más mínimo rastro de que la cicatriz hubiera estado alguna vez ahí. Envolvió el muñeco en una tela y lo puso al fondo de su baúl. No estaba seguro de qué haría con él ahora que sabía como podía ser utilizado y que entrañaba un peligro; sospechaba que simplemente se lo devolvería a su madre. Ahora que ella sabía que había que tener cuidado con él, confiaba en que nadie podría cuidarlo mejor.

En la cena del último día de escuela, Gryffindor fue premiado con la Copa de las Casas, principalmente por unos puntos finales añadidos por Merlín por las actuaciones de James y Petra en la obra. James estaba muy contento por el premio, y mientras la mesa de Gryffindor explotaba en aplausos, felicitando a James y Petra, se sintió, quizás por primera vez, a la altura de la leyenda de su padre como miembro de su casa. Al final de la mesa Gryffindor, flotando inciertamente pero con una sonrisa nerviosa en su rostro, el fantasma de Cedric Diggory agitó la mano hacia él. La Dama Gris ondeaba junto a él, con su pálido rostro inescrutable pero aparentemente feliz.

Como entretenimiento de la noche, los Hufflepuffs montaron un magnífico show de marionetas interpretando *El Triunvirato*, haciendo afectuosa mofa de todos los involucrados. James rió hasta que le cayeron lágrimas de los ojos. Cuando miró para compartir el chiste con Petra, sin embargo, encontró su silla vacía. No la vio en absoluto durante el resto de la noche.

Finalmente, llegó la mañana siguiente, y el momento del viaje de regreso a casa. Zane llevaba su pequeña maleta, y silbaba ligeramente mientras James arrastraba su baúl hasta los escalones de entrada.

—Será genial volver a montar en el tren —dijo Zane, sonriendo alegramente—. Echo de menos a esa vieja dama del carrito. No estaba ahí cuando viajé a Hogsmeade con tu madre, ¿sabes? Al parecer, sólo trabaja en los viajes oficiales del expreso de Hogwarts. Un margen más amplio de ganancia, creo.

—Aja —dijo James, dejándose caer sobre su baúl—. No lo sabía.

—Apuesto a que estará ahí con más frecuencia, ahora que abren la nueva ruta. Vi el lugar donde están expandiendo el camino a través de las montañas. Conectará con un nuevo pueblo mágico al otro lado de algún desfiladero. No puedo recordar el nombre del desfiladero o del pueblo, pero tu madre dijo que una vez terminen el camino, ahorrará a muchos viajeros tanto tiempo, como polvos flu. Apuesto a que entonces la dama del carrito tendrá muchos más clientes.

—Estoy seguro de que se alegrará de que te preocunes tanto por su bienestar —dijo James, poniendo los ojos en blanco.

—No lo puedo evitar —aceptó Zane—. Simplemente soy un tipo que se preocupa por

la gente. Oh, sí, eso me recuerda, creo que descubrí el secreto de la escoba loca de Tabitha.

James se reanimó.

—¿Sí? ¿Qué era?

Zane buscó dentro del bolsillo de sus vaqueros y sacó un pequeño sobre.

—Albus me permitió echar un vistazo al pedazo de la escoba que había estado utilizando como tablilla. Lo abrí y Gennifer y Horace me ayudaron a hacerle algunas pruebas. Mira. —Le pasó el sobre a James.

James consiguió abrirlo y miró dentro. Contenía un pequeño pedazo de tela negra.

—Yo no lo tocaría —dijo Zane—. Yo lo hice accidentalmente, y todavía me siento bastante chungo.

—¿“Chungo”? —dijo James, devolviendo el sobre a Zane.

—Lo siento. Se me pegó el término técnico de Raphael, allá en casa. Raro. Espeluznado. Completamente fuera del espectrómetro.

—Me hago una idea —señaló James—. Pero, ¿qué es?

Zane se sentó en el baúl junto a James.

—¿Recuerdas el año pasado cuando me hablaste de las escobas trucadas?

James asintió.

—Claro. Cuando un jugador de quidditch hila algo mágico dentro de su escoba, convirtiéndola básicamente en una varita gigante.

—Sí, bien, pues no estábamos tan equivocados respecto a Corsica —replicó Zane—. Creíamos que estaba trucada porque era el báculo de Merlín, pero obviamente, eso era un despiste. Estaba trucada porque contenía una gran y larga tira de la capa de un dementor.

—¿Un dementor? —exclamó James, volviendo a mirar a Zane—. ¿Eso es posible?

Zane se encogió de hombros con facilidad.

—¡Vaya a saber!, pero no hay duda al respecto. Quizás la gente de Corsica está tan unida a esas cosas que pudieron hacerse con una de segunda mano. Después de todo, dijiste que los dementores eran leales a Voldy y sus compinches.

—No eran tanto leales a él como tan malvados como él, pero de todas formas... podrías estar en lo cierto.

—Concuerda —asintió Zane—. Si lo que Merlín te dijo es verdad, los dementores son lo mismo que los borleys. Vienen de fuera del tiempo, y pueden manipularlo un poco. Eso se parece bastante a lo que la escoba de Tabitha parecía hacer, ¿no? Conocía lo suficiente del futuro para saber donde tenía que estar. Afortunadamente para ti y Albus, se plegaba a los propósitos de su dueño.

—Guau —exhaló James, mirando hacia el sobre en la mano de Zane—. Sé que esa cosa salvó mi vida y la de Albus, pero aún así, tengo que decir que me alegra que fuera destruida. ¡Trucada con la capa de un dementor! Eso es superescalofriante.

—Chungo, incluso —aceptó Zane, guardando el sobre—. Albus dijo que podía

conservar esto. Se lo daré al rector Franklyn cuando llegue a casa para que pueda estudiarlo. ¡Apuesto que obtengo puntos y me dan una medalla de aquí al día del juicio final por esto!

James sacudió la cabeza, sonriendo ante la irreprimible temeridad de su amigo.

Poco después, Ralph, Rose y Albus empujaron también sus baúles hasta los escalones, para esperar a los carroajes de Hagrid que los llevaría hasta la estación. James sonrió a la luz del sol. Iba a ser un divertido viaje a casa.



—En realidad todavía no nos has contado lo que pasó al otro lado del abismo —dijo Ralph mientras el tren tomaba velocidad, abandonando la estación de Hogsmeade—. Quiero decir, ¿qué fue lo que realmente pasó con Petra? ¿Estaba bajo la maldición Imperius o algo?

James sacudió la cabeza.

—No, no, nada de eso. Estaba siendo engañada. Ella no tenía idea de que era el linaje de Voldemort. Lucius Malfoy lo arregló para que la Capa Invisible, mi muñeco vudú y el retrato de Voldemort se incluyeran en la caja de las cosas de su padre antes de que salieran de Azkaban. Ella estaba cegada por el retrato, engañada por esa pequeña parte de Voldermort en su sangre. Después, cuando oyó la voz del retrato en la cueva, pensó que era la voz de su padre muerto. Suena alocado, pero creo que ella se *sentía* un poco loca de todas formas después de descubrirlo todo acerca de su madre y su padre.

—Así que ninguna de las cosas que vimos en el pensadero se referían a Tabitha después de todo, ¿no? —dijo Ralph—. Todos esos recuerdos trataban de Petra. Scorpius nos dejó creer que Tabitha era el linaje, porque eso era lo que su abuelo le dijo que hiciera, sólo para distraernos de la verdad, ¿es eso?

—No me importa lo que digáis todos —dijo Albus decidido—, ese pequeño calamar escurridizo dará problemas. Será mejor que se mantenga alejado mi camino.

Rose cerró el libro en su regazo y levantó la mirada.

—Admito que empezó muy mal, con lo de robar la capa, el mapa, el muñeco, y después mintiéndonos acerca del linaje, pero todo eso fue por órdenes de su abuelo. No puedes culparlo realmente por querer estar a la altura del legado de su familia; no conocía nada mejor. Además, aún en el momento en que nos estaba enseñando los recuerdos del pensadero, estaba comenzando a tener dudas sobre el plan de su abuelo. Por eso no pronunció en realidad el nombre de Tabitha. Medio esperaba que

descubriéramos que después de todo era Petra.

—E *hizo* lo correcto al final —añadió James—. Nunca supo que hacer daño a Lily era parte del plan. Cuando Lily fue secuestrada, renunció totalmente a su abuelo y a Tabitha. Nunca hubiéramos sabido la verdad sobre Petra si Scorpius no hubiera estado con nosotros en el baño.

—Creo que *ambos* estás embobados con él —dijo Albus severamente—. Yo no me *trago* lo de “sólo soy un pobre chico desencaminado”. Algún día, él y yo vamos a terminar lo que empezamos en el tren de camino hacia acá.

—Yo que tú tendría cuidado, Albus —comentó Zane, alzando las cejas—. Vi a Scorpius en la última reunión del Club de Defensa y se ha vuelto bastante hábil con esa cosa del *Artis Decerto*. Está todo el rato con eso de “dar cera, pulir cera”, como todo un chico ninja.

Albus puso los ojos en blanco.

—Como sea.

Ralph se levantó y se asomó por la puerta del compartimiento.

—Eh, eso me recuerda: ¿en qué dirección están Louis y Victoire? —preguntó, buscando arriba y abajo por el pasillo del tren—. Louis tiene un libro sobre magia defensiva del Medio Oriente que me dijo que podía prestarme durante el verano.

—Victoire se quedó —respondió Rose—. Se hospeda con George y Ted en Hogsmeade hasta la boda de George y Angelina. Y normalmente intento con todas mis fuerzas evitar *saber* donde está Louis.

Ralph se estiró y dijo:

—Voy a ir a caminar un poco e intentar encontrarlo. ¿Quién se viene?

—Yo me apunto —respondió James, levantándose—. Me dormiré si me quedo aquí. Anoche no debimos quedarnos despiertos hasta tan tarde jugando a Winkles y Augers.

—Yo voy a preguntar a la dama del carrito por su horario de trabajo —exclamó Zane, abriendo la puerta del compartimiento.

—¿*Louis* tiene un libro de artes marciales mágicas? —preguntó Rose a Ralph mientras los cinco salían al pasillo.

—Realmente está muy metido en eso —asintió Ralph—. Tiene pósters por todo su dormitorio, de los Harriers y de famosos hechiceros especialistas en marciales y todo eso. Hasta le pidió a su madre que le comprara una de esas capuchas con las aberturas en los ojos para poder parecer todo misterioso.

—¿*Nuestro* Louis? —exclamó Albus, suprimiendo una sonrisa—. Debí saber que había un luchador reprimido sepultado bajo todas esas camisas almidonadas.

—Debellows dice que tiene algo de talento natural —dijo Ralph, encogiéndose de hombros—. Claro que dijo lo mismo de ti, James.

—Y yo saqué buenas calificaciones en mi ensayo de Literatura Mágica —dijo Rose agudamente, desviando la conversación del profesor Debellows, por quien todavía sentía poco respeto—. La profesora Revalvier dijo que mi visión sobre la edad de oro de

la literatura de la hechicería era...

De repente James se detuvo en el pasillo, obligando a todo el mundo a apiñarse tras él.

—¡Ay! Ralph, bájate de mi pie, maldito camión de mercancías! —se quejó Albus—. ¿Qué pasa?

—¿Lo veis? —susurró James urgentemente, señalando. Todo el mundo se detuvo e irguió la cabeza, mirando en la dirección que James estaba señalando.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Zane después de un momento.

Rose dijo:

—Yo no veo nad...

—¡Ahí! —interrumpió Albus, señalando sobre el hombro de Zane.

Algo se movió dentro de la red de sombras parpadeantes cerca del final del pasillo.

—Es como una sombra viviente —dijo Ralph.

—¡Es el último borley! —declaró Albus, empujando y pasando a James—. ¡Y es mío!

—¡Nada de magia! —advirtió James—. ¿Recuerdas? ¡Así fue como creció la última vez?

El borley brincó entre las sombras en movimiento mientras el tren atravesaba el bosque. Se burlaba y hacía piruetas, como suplicando que le maldijeran. De repente, la puerta al final del pasillo se abrió, permitiendo la entrada del ruido de las ráfagas de viento y el bullicio de las ruedas. Los cinco estudiantes gritaron alarmados, tambaleándose unos contra otros, pero el borley aprovechó la abertura y saltó a través de la puerta al tiempo que ésta se cerraba de nuevo.

—Qué curioso —dijo con voz profunda un recién llegado. James levantó la mirada y puso los ojos en blanco. Era Merlín, vestido con su capa de viaje, con su báculo al lado.

—¡Merli... er, director! —exclamó Rose, empujando hacia adelante—. ¡Acaba de irse en esa dirección!

—¡El borley! —añadió James apresuradamente—. ¡El último! Debe haber estado en el tren todo este tiempo!

El rostro de Merlín se oscureció ligeramente.

—No debemos arriesgarnos esta vez, amigos míos. Yo lo seguiré y lo acorralaré. Señor Potter, ya sabe el aspecto que tiene la bolsa oscura, ¿no? Está en mi compartimiento, a dos vagones de distancia, número seis. Le permitirá entrar. El baúl debajo del asiento se abrirá con esta llave. Venga a mi encuentro tan pronto como pueda. —El gran hombre sacó una llave dorada en una larga cadena y se la ofreció a James. James la tomó, sintiéndose bastante importante.

—Rápido, señor Potter —le animó Merlín—. No tenemos un momento que perder.

James giró sobre sus talones y corrió de vuelta por donde habían venido, luchando contra la desorientadora sensación de correr plenamente en un tren oscilante y en movimiento. Pasó a través de dos conexiones y llegó al compartimiento marcado con el número seis. Las ventanas estaban polarizadas, pero la puerta estaba desbloqueada.

James entró rápidamente y encontró el baúl del director buscando debajo del banco del lado izquierdo. Se dejó caer de rodillas y lo acercó a la luz. La pequeña llave dorada encajó perfectamente en la cerradura y la giró con un chasquido. Cuando abrió el baúl, le sorprendió ver que la bolsa oscura era la única cosa en su interior, perfectamente doblada en el suelo de madera del baúl. Por supuesto, comprendió, este era uno de esos baúles mágicos que se abrían a diferentes contenidos dependiendo de la llave con que lo abrieras. Considerando la gran importancia y el peligro potencial de la bolsa oscura, la cual retenía al resto de los hambrientos borleys dentro de su oscuridad sin fisuras, James se sintió particularmente honrado de que se le hubiera elegido para recuperarla. La tocó un poco temerosamente, recordando las advertencias de Merlín sobre ella, pero parecía perfectamente normal. Solo era una larga y pesada bolsa negra de paño, cerrada con un cordón dorado y con una larga correa de hombro en la parte superior. Habiéndose asegurado así mismo que la bolsa oscura era relativamente segura de cargar, James se la colocó alrededor del cuello y sobre su hombro, colgándosela como si fuera una cartera. Cerró de golpe el baúl, se colgó la llave alrededor del cuello por su fina cadena, y corrió de nuevo hacia la parte delantera del tren.

Para cuando se encontró de nuevo con todo el mundo, estaba sin aliento. Estaban reunidos a la cabeza del primer vagón, mirando duramente hacia la puerta. Merlín levantó la mirada cuando James entró. Su rostro era severo, pero James creyó poder percibir algo de diversión en la expresión del gran hombre; el director estaba disfrutando de la caza.

—Aquí estamos persigiéndolo —dijo Zane, sonriendo—. Se deslizó a través de una grieta en la puerta, pero el próximo vagón es el vagón de carbón. ¡El final de la línea!

—Señorita Weasley —dijo Merlín, girándose hacia ella—, usted abrirá la puerta cuando yo le diga. Señor Deedle, su varita tiene propiedades bastante únicas, como ya sabe. Si el borley logra pasarme, entonces usted, y sólo usted, tratará de aturdirlo. Su hechizo no lo detendrá pero lo distraerá y atraerá, dándome el tiempo que necesito. Colocaré al borley en trance. Entonces, señor Potter, necesitaré la bolsa oscura.

Ralph tragó audiblemente, sacando su gran varita.

—Lista —dijo Rose, un poco sin aliento. James asintió con la cabeza indicando comprensión.

Albus se adelantó.

—La última vez estaba de pie en el pedazo de metal que mantiene unidos los vagones —explicó—. Así que apunte abajo.

—Gracias —asintió Merlín, sonriendo ligeramente.

Rose aferró la manija de la puerta y todo el mundo tomó un profundo aliento. Merlín asintió hacia ella y la chica empujó, tirando de la puerta hasta abrirla completamente y permitiendo entrar una ráfaga de aire cálido y ruidoso. James entrecerró los ojos ante el viento rápido y el humo, y entonces jadeó; el estómago le dio un vuelco. Merlín dio lentamente un paso atrás, extendiendo los brazos para mantener a todo el mundo detrás

de él.

—Puede que no sepa de qué estoy hablando —dijo Zane débilmente, con los ojos saltones—, pero estoy bastante seguro de que esos no son borleys.

De hecho, el borley estaba exactamente donde habían esperado que estuviera. Bailaba sobre el enorme nudillo de hierro que conectaba el tren con el vagón del carbón, burlándose de ellos. Sobre él, sin embargo, oscureciendo el aire alrededor del vagón del carbón, moviéndose en enjambre como una maligna nube viviente, había decenas... quizás cientos... de dementores.

—¡Es la colmena entera! —gritó James sobre el sonido de las llantas traqueteantes y el viento—. ¡Tan lejos de Londres! ¿Por qué están aquí?

Merlín no apartaba los ojos del horrible enjambre.

—Creo —dijo lentamente—, que la respuesta a esa pregunta está muy clara.

Rose miró de Merlín a la puerta abierta y aullante.

—El Guardián está ahí delante —dijo, asintiendo en dirección a la locomotora, que era apenas visible tras el vagón del carbón y el enjambre de dementores.

De repente, el silbato del tren pitó, chillando una larga y ensordecedora nota. Rose se colocó las manos sobre las orejas e hizo una mueca. Simultáneamente, la máquina pareció lanzarse hacia adelante, ganando velocidad. James se tambaleó cuando el tren tomó una curva, atravesándola a una velocidad peligrosamente alta.

—¡Mirad! —exclamó Zane, agarrando la puerta abierta y señalando. James se asomó a un lado, mirando a través de la brecha entre los vagones. Los árboles al pasar eran un borrón, y entonces otras cosas pasaron titilando: letreros de madera y montones de grava y traviesas del ferrocarril.

—¡Es la nueva extensión! —gritó Zane, con la cara muy pálida.

—¿La nueva qué? —gritó Rose, agitando la cabeza.

—¿No leíste la señal? —dijo él, exasperado—. ¡Es la nueva extensión que atraviesa el desfiladero de Sparrowhawk! ¡Hemos abandonado la vía principal! ¡Nos han cambiado a la nueva extensión!

—No me lo digas —gritó Ralph, con desaliento—, la extensión aún no está terminada, ¿no?

—¡No! ¡El puente sobre el desfiladero todavía está apenas a medio construir! ¡No se supone que vaya a terminarse hasta el próximo año!

Albus asintió seriamente.

—Esto pinta mal. Muy mal.

Merlín dio un paso adelante, con rostro decidido y sujetando su báculo ante él. El viento azotaba su túnica y fluía a través de su cabello y barba. Instantáneamente, la nube de dementores se condensó, lanzándose hacia la puerta y bloqueándola. Los estudiantes retrocedieron tropezando, aterrorizados y cayendo unos sobre otros. Los dementores siseaban y rugían, y James sintió su sangre congelarse ante el sonido. Nunca había sabido que los dementores pudieran hablar.

El chico... sisearon al unísono, y sus voces eran horribles, zumbando como las alas de un avispon. James Sirius Potter... el chico debbe vennir...

Merlín no había retrocedido ante el enjambre enfurecido. Ahora, sin embargo, se giró ligeramente, mirando sobre su hombro a James. Su rostro estaba frío, sus ojos chispeaban como diamantes.

—Parecería que estás siendo convocado —dijo, su voz se oía fácilmente sobre el ruido y viento.

—¡No! —gritó James—. ¡No quiero tener nada que ver con eso!

—El Guardián cree otra cosa —replicó Merlín—. Y va a matar a todos los ocupantes de este tren si no acudes a su convocatoria.

James agitó la cabeza rotundamente.

—¡No puedo enfrentarme a esa cosa solo! —exclamó, aterrado.

—No estarás solo —respondió Merlín, sonriendo sin humor—. Yo te acompañaré.

James miró al rostro del hechicero. Lo que vio fue absoluta confianza y determinación. Puede que los dementores intentaran detener a Merlín, pero no tendrían éxito. James asintió lentamente y se puso de pie.

Mientras se acercaba cuidadosamente a la puerta abierta, la nube de dementores se alejó, dándole espacio. Se movían febrilmente en medio de un hervidero, y su visión hizo temblar a James.

—¡No lo hagas! —dijo Rose, agarrando la manga de James—. ¡Debe haber otra forma!

¡No tienes que hacerlo, James!

James sacudió la cabeza.

—Creo que si tengo que hacerlo, Rose. Todo irá bien.

—¡No! —lloró ella—. ¡Eres un tonto! ¡No puedes vencer a algo como eso!

James se encogió de hombros.

—Tengo que intentarlo al menos.

Zane posó la mano sobre el hombro de Rose y Albus se estiró para cogerla de la mano.

—¡No hagas nada estúpido, hermano mayor! —dijo Albus.

—¡Toma! —gritó Ralph de repente, empujando hacia adelante. Ofreció su varita a James, con la empuñadura por delante.

James sacudió la cabeza.

—¡No, Ralph, es tuya! ¡No podría!

—¡Cállate, James! —dijo Ralph, y a James le impresionó ver la ferocidad en los ojos del otro chico—. ¡Merlín tiene razón! ¡Mi varita tiene poderes únicos! ¡Podrías necesitar el impulso extra! ¡De todas formas no vas a quedártela! ¡Te la estoy prestando! ¿Entiendes?

James asintió solemnemente y aceptó la enorme varita de Ralph.

—Te la devolveré cuando regrese —se comprometió.



Ahoraaaaa...., sisearon los dementores con horrenda monotonía. *James Sirius Potter...*

—Mantened las capuchas puestas —masculló James nerviosamente, saliendo al viento y las cenizas cimbreantes. La parte de atrás del vagón de carbón tenía una escalera de hierro. James comenzó a subirla, luchando contra el aullido del aire y las emanaciones de humo de la locomotora. Bajo él, las vías pasaban en un borrón, y el traqueteo de las ruedas era lo bastante alto como para dañar sus oídos. Antes de que Merlín pudiera seguirle, sin embargo, James decidió intentar lo más valiente que se le pudo ocurrir. Sacó la varita de Ralph y apuntó al gran nudillo de hierro que conectaba el vagón del carbón con el resto del tren.

—*Convulsis!* —gritó, intentando el hechizo de destrucción que había visto utilizar a Rowena Ravenclaw con la pintura en los aposentos de Salazar Slytherin. El hechizo golpeó el nudillo y explotó cegadoramente. Cuando las chispas se aclararon, sin embargo, James pudo ver que no había surtido ningún efecto sobre la conexión.

—Buen intento —gritó Merlín, levantando la mirada hacia James—. Pero el Guardián ha previsto tales medidas.

James asintió, descorazonado, y continuó escalando por la escalerilla. Los dementores se arremolinaban a su alrededor pero mantenían la distancia. James gateó sobre el borde del vagón y cayó dentro, sobre la irregular pila de carbón.

Tras él, oyó la voz de Merlín gritar firmemente:

—*Chrea patronym!*

Hubo un estallido de luz plateada y el enjambre de dementores se desperdigó, repelido por la fuerza del resplandor. James miró atrás y vio a Merlín trepando sobre la pila de carbón tras él, con el báculo brillando verdosamente en su mano. Delante de Merlín, entre él y James, había un gran chacal fantasmal. La luz plateada pulsaba desde él, y mostraba sus brillantes dientes en un silencioso chasquido, obligando a los dementores a retroceder. James se sintió un poco mejor viendo la ferocidad del patronus, y no le sorprendió la forma que había tomado. Se dio la vuelta y empezó a abrirse paso a lo largo del vagón, luchando sobre los trozos irregulares de carbón negro. Los árboles pasaban deprisa, y James pudo ver que este tramo de vía no le resultaba familiar. No tenía ni idea de cuánto tiempo tenían antes de que el tren se encontrara con el puente a medio construir. El pánico intentó aferrarle, pero James luchó por contenerlo, concentrándose en la tarea que tenía entre manos.

Finalmente, se encontró al otro extremo del vagón y trepó a través de una portilla de

hierro abierta. Una pala se sacudía sobre la plataforma que había tras la locomotora, pero no había nadie a la vista. Merlín pasó a través de la puerta después de James, pero su patronus saltó sobre la parte delantera del vagón del carbón, aterrizando sobre la plataforma, erizado. El ruido de la locomotora era casi demasiado alto para hablar. Merlín señaló con la cabeza hacia la puerta cerrada en la parte de atrás de la locomotora. Estaba pintada de un rojo brillante, justo como el resto de la locomotora. En todo su ancho, en letras doradas, estaban las palabras "Solo mecánicos del expreso de Hogwarts".

James extendió la mano hacia la manija de la puerta y la abrió. Dentro, el compartimento de la maquina era un pozo oscuro. Tomó un profundo aliento, se stabilizó sobre la balanceante y rápida plataforma, y entró en la oscuridad que le esperaba.

El ruido y el viento se desvanecieron al instante. No había ninguna sensación de velocidad o movimiento en absoluto. Ni el espacio dentro de la máquina se sentía caliente o confinado, como James había esperado. Lo sentía enorme, silencioso y extrañamente frío.

—James —dijo una voz reconfortante—, que alegría que hayas venido.

James miró alrededor, pero no pudo ver a nadie. No había señal de Merlín, ni de nada más que importara. El espacio parecía completamente oscuro y faltó de rasgos sobresalientes excepto por una charca de luz tenue en la que James estaba de pie.

—¿Dónde estoy? —preguntó, reuniendo agallas—. ¿Dónde está Merlín?

—Cerca —dijo la voz crípticamente—. Un tipo interesante, este Merlinus, ¿no crees? Fue el primer humano al que conocí, ya sabes. Su miedo sabe particularmente picante. —La voz suspiró de forma autosatisfecha—. Y en cuanto a dónde estás, esa es una pregunta bastante más difícil de responder. No quería que estuvieras excesivamente preocupado por tus amigos, así que nos he trasladado... lejos. Fuera del tiempo. Fuera de... bueno, de todo, en realidad.

—¿Dónde estás? —exigió James, mirando alrededor.

—Oh, siempre lo olvido —dijo la voz, riendo ligeramente—. A vosotros los humanos no os gusta la sensación de "voz divina y ególatra salida de ninguna parte", ¿verdad? Estoy justo aquí.

Con la palabra *aquí*, la voz se localizó. James giró hacia el sonido y vio una figura de pie ante él. Era exactamente la misma figura que había visto en el espejo mágico de Merlín, desde la túnica andrajosa sin pies a la capucha oscura y sin rasgos. James retrocedió lejos de ella, jadeando.

—Me disculpo de nuevo —dijo la figura, alzando una mano—. Tal vez esto esté un poco mejor.

La figura del Guardián se tocó la capucha y después la echó hacia atrás. James tenía miedo de mirar pero no pudo contenerse. Hizo una mueca ante la forma revelada, y después frunció un poco la frente.

—¿Tú eres el Guardián? —preguntó, adelantándose un paso—. Te pareces un poco... a mi *padre*. Pero no exactamente.

—Este no es mi verdadero aspecto, por supuesto —dijo la figura como quien no quería la cosa—. Todavía estoy aprendiendo cosas sobre los humanos, lo admito, pero he llegado a entender el tipo de formas que encontráis aceptables. —El Guardián sonrió apaciguadoramente—. ¿Esperabas algo horrendo, presumo? ¿Mil ojos y una larga cola horquillada? ¿Ese tipo de cosas?

James asintió con la cabeza, y después negó.

—No sé lo que esperaba. No importa, en realidad. ¿Quéquieres?

—Directo al asunto —dijo el Guardián, asintiendo cortante, todavía sonriendo—. Eso es lo que respeto de ti, James Sirius Potter. Nada de sentimentalismos. Te diré lo que quiero. Quiero ayudarte.

James negó con la cabeza.

—No me lo trago. Eres un mentiroso. Quieres que sea tu anfitrión para poder quedarte aquí en la tierra y destruirlo todo. Lo sé todo sobre ti. Solo quieres utilizarme.

—Vaya —dijo el Guardián, frunciendo un poco el ceño—, puesto así, suena realmente mal, ¿no? En la superficie, quiero decir.

—Bueno... —dijo James, un poco inseguro—, sí, así es.

El Guardián asintió, apretando los labios.

—Supongo que eso decide el asunto, entonces. Me dices no, no consigo anfitrión humano. En poco tiempo, perderé mi asidero en este plano terrenal y me veré forzado a volver al Vacío. Tú ganas. —La figura se encogió de hombros, como suavemente decepcionada.

—Sí... —estuvo de acuerdo James tentativamente—, supongo que es algo así.

—En ese caso, ¿te importa si charlamos solo un momento, James? Eso no hará ningún daño, ¿no?

—Er, supongo que no.

—Te gusta la señorita Morganstern, ¿no? —dijo el Guardián, arqueando una ceja hacia James y guiñándole un ojo—. No te culpo. De veras que no. Una chica encantadora. Se suponía que ella y yo íbamos a estar... muy *unidos*. Tengo que admitir, sin embargo, que tenía mis dudas respecto a ella. Vuestro muerto Voldemort tiene seguidores bastante devotos y ellos *insistían* en que ella era la adecuada para mí, pero yo sospechaba otra cosa. Y, claro está, tenía razón. Siempre tengo razón, James. No es el orgullo hablando, ya sabes. La incertidumbre es la marca trascendente de una criatura atemporal. Yo veo la historia como un libro abierto, desde el principio al final. Sé cómo van a pasar las cosas porque, metafóricamente hablando, ya he saltado a las últimas páginas. —El Guardián suspiró indulgentemente—. Déjame preguntarte algo, James: ¿sabes quién soy realmente? —preguntó, inclinando la cabeza a un lado.

—Eres el Guardián —respondió James cuidadosamente—. Eres malvado.

—Sí, sí —dijo la figura, ondeando una mano impacientemente—. Pero *aparte* de todo

eso. Tengo un montón de otros nombres además de ese, ¿sabes? Hay uno con el que me siento particularmente encariñado. Creo que te divertirá.

James sacudió la cabeza, sintiéndose progresivamente suspicaz.

—No sé lo quequieres decir.

—Entonces permíteme iluminarte, James —dijo el Guardián, aproximándose de repente a James y cayendo sobre una rodilla. Le miró atentamente, sus ojos chispeando con malicia—. James, muchacho, ¿recuerdas la historia? ¿La que tu amigo Ralph os regaló en la clase de Literatura Mágica? Sí, ¿verdad?

James asintió con la cabeza, perplejo.

—Claro, pero no veo...

—¡No lo ves porque no *miras*! —interrumpió el Guardián. Bajó la voz y dijo en un susurro conspirador—: ¡Yo, James, soy el *Rey de los Gatos*!

James retrocedió mientras el miedo hormigueaba por su espalda.

—Piensa en ello —insistió el Guardián, levantándose de nuevo y siguiéndole—. Yo sentado en la base de los escalones, guardando el umbral entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Yo determino quién atraviesa el Vacío, quién alcanza la Eternidad. Y, podría añadir, también decido... ¡quién vuelve!

El Guardián chasqueó hábilmente los dedos. Una charca de luz apareció y James no pudo evitar mirar. Una figura se ponía de pie en la charca de luz, mirando alrededor con sorpresa y maravilla. James jadeó y su corazón dio un salto.

—Abuelo... —dijo, dando un paso adelante.

—¡James! —dijo Arthur Weasley riendo un poco—. ¿Qué estás haciendo en el Ministerio? ¿Y qué demonios estoy haciendo yo en el suelo? Debo haber tropezado, torpe de mí.

—¡Abuelo! —exclamó James, con intención de correr hacia él, pero el Guardián colocó una mano sobre el hombro de James, deteniéndole.

—No puedes tocarle, James —dijo el Guardián con lástima—. Aún no. Tal vez con el tiempo.

—¿Pero cómo...? —lloró James.

Arthur Weasley inclinó la cabeza y le sonrió burlonamente.

—¿Esto es parte del secreto de tu abuela? —preguntó—. Lo es, ¿verdad? Sé que ha estado planeando algún tipo de fiesta sorpresa. Nunca ha sido capaz de engañarme, aunque yo la dejo creer que sí, querida mía. ¿Dónde están todos los demás?

—Él no puede verme —dijo el Guardián, volviéndose a mirar a Arthur—. Los que pasan a través nunca lo hacen.

—¿Eres... eres real? —tartamudeó James, una frívola excitación fluía de su interior—. ¿Eres realmente tú, abuelo?

—¿Qué clase de pregunta es esa, James? —dijo Arthur, mirando alrededor—. ¿Dónde estamos, por cierto? Esto no es en absoluto el Ministerio. Tengo que admitirlo, estoy un poco perplejo. ¿Escogí la rejilla equivocada en la Red Flu?

—¡No, abuelo! —lloró James—. Estás... tuviste un...

—Chist —dijo el Guardián—. No se lo cuentes.

—¿Por qué haces esto? —exigió de repente James, mirando a la entidad que tenía ante él—. ¡Ese no puede ser realmente mi abuelo! ¡Él está muerto!

—La muerte es solo un umbral —replicó el Guardián, encogiéndose de hombros—. Sólo que nunca has sabido que era una puerta de dos direcciones. Amas a tu abuelo, ¿no?

—¿Qué sabes *tú* de eso? —exigió James, luchando contra las lágrimas de frustración y furia.

—Admito que el concepto me resulta extraño —respondió la entidad—, pero he aprendido lo suficiente de los humanos para saber el gran poder que tiene sobre vosotros. Traerías de vuelta a tu abuelo si pudieras, ¿no?

James se mordió el labio, sus emociones rabiaban. En la segunda charca de luz, Arthur se estaba palmeando los bolsillos distraídamente, como si buscara algo.

—Dirección equivocada —murmuraba, riendo un poco nerviosamente—. ¿Dónde he puesto mi paquete de emergencia de polvos flu? Molly siempre insiste en que lo lleve. Cacareará durante días sobre el hecho de que finalmente los necesité.

—¡Sí! —barbotó James, las lágrimas inundaban sus ojos—. Quiero a mi abuelo. ¡Pero él se ha ido! ¡No puedes engañarme! ¡No haré lo que me pides ni siquiera si eso significa recuperarle!

—Altruismo —dijo el Guardián con seriedad, asintiendo con la cabeza—. Un rasgo muy respetable. Lo admiro, de verdad. —Alzó una mano y chasqueó de nuevo los dedos.

Una tercera charca de luz apareció. James se giró para mirar, parpadeando a través de las lágrimas. Una figura pareció tambalearse hacia atrás entrando a la luz. Era alta y delgada, y llevaba túnica oscura; su largo cabello negro estaba enredado y húmedo por el sudor. Recuperó el equilibrio y giró en el punto, con la varita dispuesta. Sus ojos salvajes divisaron a James y el hombre se detuvo, respirando pesadamente, obviamente confuso.

—¿Harry? —llamó, frunciendo el ceño con consternación—. Tú no eres Harry. ¿Quién eres?

James no podía creer lo que veían sus ojos.

—¿Sirius? —jadeó—. ¡Eres Sirius Black!

—Diez puntos para ti —replicó Sirius—. ¿Dónde estoy? ¿Dónde están Remus, Harry y el resto? ¿Dónde está la maldita Bellatrix, ya que estamos? No he acabado con esa bruja.

—¡Sirius! —gritó James, conteniendo un sollozo, completamente perdido—. ¡Se... se acabó! Fuiste ase...

—Los muertos no desean saber tales cosas —interrumpió el Guardián, silenciando a James—. Pero seguramente puedes ver quién es. Sirius Black. Y lo que es más

importante, el padrino largamente perdido de tu padre.

James asintió, sin oír a penas.

El Guardián siguió.

—Niégate a ti mismo la posibilidad, James. Envía a tu abuelo al reino de la muerte. ¿Pero serás capaz de vivir contigo mismo sabiendo que desperdiste la oportunidad de devolver a tu padre al único hombre al que quiso hasta el punto de sufrir por ello cada día de su vida? ¿Podrás volver a mirar a tu padre a los ojos otra vez, sabiendo que le negaste su mayor deseo: recuperar a su padrino?

La mente de James se tambaleaba.

—¡Pero no son reales!

—¿Y qué significa eso, James? —exigió el Guardián—. ¡Míralos! ¡No conocen sus propios destinos! Para ellos, el tiempo no ha pasado en absoluto. ¡*Crean* que son reales! ¿Quién eres tú para decir otra cosa?

—¡No lo sé! —gritó James, aferrándose la cabeza.

—Es muy simple, James —consoló el Guardián, avanzando hacia James—. Yo soy el Rey de los Gatos. Puedes unirte a mí y ver regresar a todos aquellos a los que has perdido. Tu abuelo, el padrino de tu padre, incluso tus largamente desaparecidos abuelos. No hay inconvenientes, James, solo un pequeño precio. Un precio que ni siquiera te importará pagar, te lo aseguro. ¡Un precio que te *alegrará* de pagar!

—¿Cuál es? —preguntó James impotentemente, mirando una y otra vez entre Sirius Black y Arthur Weasley.

—Una cosilla, una baratija —dijo el Guardián, extendiendo la mano y colocándola sobre el hombro de James—. Un servicio al mundo, en realidad.

—No voy a matar a nadie —dijo James, sacudiendo la cabeza, las lágrimas corrían por su cara.

—Mira —susurró gentilmente el Guardián, dando la vuelta a James—. Mira antes de responder.

Tras James había otra charca de luz. Una última figura estaba de pie dentro de ella, bastante sorprendida de estar allí. Largo cabello blanco colgaba a ambos lados de una cara ojerosa, y los ojos estaban llenos de odio. James pudo ver inmediatamente el parecido familiar. Era Lucius Malfoy.

—¿Qué significa todo esto...? —jadeó Lucius. Buscó su varita, pero al parecer no estaba allí—. ¿Dónde está mi varita? —dijo más allá de James, al Guardián—. ¡Exijo saber donde me has traído, estúpida criatura!

—Este es el hombre —susurró el Guardián sobre el hombro de James—. Sus manos están manchadas con la sangre de docenas de personas. Su plan era que tu hermana y tú murierais en la Cámara de los Secretos. Es el responsable de la muerte de los padres de Petra Morganstern, y por su voluntad ella ha sido maldecida con el alma demente de Lord Voldemort. Incluso ahora, este miserable despiadado planea asesinatos y muerte. Su corazón es una caja negra de odio. Mátale, James. Libra al mundo de este loco. Está

claro que se lo merece. Mátale. Hazlo ya. —Mientras hablaba, el Guardián retrocedía, como dando espacio a James.

James pretendía negarse. En su lengua estaba el no, pero de repente, no podía obligarse a pronunciarlo. El Guardián tenía razón. Lucius Malfoy merecía morir. Era irredimible. James sintió la varita en la mano antes de comprender que la había sacado. Era la de Ralph. La sentía caliente y enorme en su palma. La sentía mortífera.

—¿Qué es esto? —ronroneó Lucius, entrecerrando los ojos—. ¿Envías a un niño a acabar conmigo? Conozco a éste. Es tan débil como estúpido era su padre. No lo hará. No tiene lo que hay que tener.

—Se burla de ti —dijo el Guardián sedosamente, ansioso, su voz llegando de nuevo del aire alrededor—. Demuéstrale lo equivocado que está. Mátale.

La mano de James temblaba cuando apuntó la varita. Parecía enorme en su puño. Ella quería matar a Lucius tanto como él. Y entonces, cuando estuviera hecho y Lucius yaciera muerto a los pies de James, recuperaría a su abuelo. Y Sirius Black podría volver a ser el padrino de papá, como siempre debió haber sido. James miró atrás, y vio a Sirius y Arthur observándole. Ambos fruncían el ceño ligeramente, como si no pudieran ver bien qué estaba ocurriendo.

—James —dijo Arthur, con voz preocupada—. Ten cuidado, hijo.

—¿James? —dijo Sirius para sí mismo, mirando a Arthur. Volvió a mirar a James, la comprensión emergiendo en su rostro—. Estamos muertos —dijo simplemente—. Y de algún modo, de alguna manera, eres el *hijo* de Harry, ¿no? ¿Quién está detrás de ti...? ¡Lucius Malfoy! ¡Cuidado, James Potter!

James se dio la vuelta, levantando la mirada a la cara presuntuosa de su adversario.

—Hazlo —siseó el Guardián—. ¡Mátale!

Lucius gruñó.

—¡No puedes! ¡Eres débil!

—¡No lo soy! —sollozó James. Apretó el puño sobre su varita y la apuntó directamente al corazón del hombre más alto. Y entonces, con repentina dicha, la tranquilidad le bañó. Él no era débil. Podía hacer exactamente lo que tenía que hacer. En su mente, oyó a la vez las voces de Helga Hufflepuff y Merlín: *hacer lo correcto siempre es simple, pero nunca fácil.*

—Soy un guerrero —susurró James para sí mismo, apretando los dientes—. Y la señal de un verdadero guerrero... es saber cuando no luchar.

Con esto, James bajó la varita. La dejó caer, y dio la espalda a Lucius Malfoy. Lentamente, comenzó a alejarse.

—¡James Sirius Potter! —gritó el Guardián—. ¡No puedes hacerte a un lado! ¡Mátale! ¡Se lo debes al mundo! ¡Te lo debes a ti mismo y a tu padre! ¡No puedes rechazar el poder que te estoy ofreciendo!

James miró con tristeza a su abuelo, con el corazón roto. Arthur sonrió orgullosamente y asintió hacia él.

—El muchacho es fuerte —dijo Sirius, con los ojos negros y brillantes—. Como su padre antes que él.

Lentamente, las charcas de luz se desvanecieron. Arthur y Sirius descendieron a la oscuridad.

James siguió caminando. Estaba casi en el borde de su propio círculo de luz cuando oyó la voz de Lucius Malfoy tras él.

—Si tú no matas para convertirte en el anfitrión del Guardián —dijo, su voz rezumando odio—. ¡Entonces lo haré yo!

James sabía que Lucius había recogido la varita de Ralph. La sintió apuntándole. Se detuvo en el acto, sin darse la vuelta.

—*¡Avada Kedavra!* —siseó Lucius, la saliva voló desde sus labios debido a la fuerza de su rabia. El rayo de luz verde crepitó a través del aire y golpeó a James directamente en la espalda. James sintió su fuerza, y ésta le empujó ligeramente hacia delante. Aún así, no se giró. Estaba de pie precisamente al borde de la luz y de la sombra.

Lucius miró fijamente al chico, con los ojos entrecerrados y una mueca de odio grabada en el rostro. El chico caería ahora; estaba muerto. Lucius esperó, sujetando la ruda varita de punta verde, todavía apuntando a la espalda del chico.

Se oyó un ligero sonido de desgarro. Una larga línea rasgó de repente la tela de la bolsa oscura sobre la espalda de James, extendiéndose desde el punto donde la maldición asesina la había golpeado. James sintió movimiento en el interior de la Bolsa. Algo había despertado dentro de ella. *Muchas* cosas, de hecho, y estaban hambrientas.

—¿Qué clase de truco es este? —dijo Lucius, nervioso, dando un paso atrás. Miraba fijamente el desgarro en la bolsa oscura mientras un ruido comenzaba a emanar de ella. James se endureció a sí mismo, cerrando las manos en puños. El ruido se incrementó, convirtiéndose en un ruidoso y agitado zumbido. Y entonces, violentamente, la bolsa oscura estalló. Los borleys manaron del agujero donde la maldición asesina la había roto. Habían saboreado la maldición, y querían más. Fluyeron a través del aire hacia Lucius como una nube de murciélagos.

Los ojos de Lucius se desorbitaron ante la visión de la avanzadilla de borleys. Instintivamente, ondeó la varita hacia ellos, disparando hechizos al azar. Los rayos de luz salían disparados de la varita, y los borleys entraron en un hambriento frenesí, rabiosos y fortalecidos por la magia. Cayeron sobre Lucius como una nube.

James se giró finalmente, dejando que los restos de la bolsa oscura se deslizaran de sus hombros. Cuando miró atrás, Lucius estaba completamente engullido por los borleys. Se cernían sobre él, devorándole vivo. Él gritaba mientras se lo comían, succionando la magia de él, como vampiros. Parecía estar encogiéndose. Cayó de rodillas, invisible a través de la hirviente y sombría masa. Era horrible, y aún así James no podía obligarse a apartar la mirada. Al fin, el cuerpo de Lucius pareció deshacerse completamente. Se disolvió en una especie de cenizas que se desmoronaron y colapsaron sobre el suelo, su último grito áspero resonando en la nada. Satisfechos, los

borleys estallaron en alaridos y se desvanecieron salvajemente en la oscuridad. En cuestión de segundos, desaparecieron, perdidos en el Vacío.

James se adelantó. Lo que quedaba de Lucius Malfoy sobresalía por las mangas y el cuello de su túnica como polvo de ceniza. James se arrodilló, con mucho cuidado, recogiendo dos cosas de las cenizas de la mano de Lucius. Cuando se levantó, se metió en el bolsillo una de ellas: la varita de Ralph. La otra, la sostuvo en su mano, sintiendo su pequeño y oscuro poder.

—Deja eso —ordenó el Guardián, y su voz había cambiado, volviéndose más profunda y menos humana—. No sabes lo que has hecho.

James sacudió la cabeza.

—Sé exactamente lo que he hecho —dijo.

—¡No puedes desafiarme! —rugió el Guardián, y se reveló a sí mismo por primera vez. Ya no parecía humano, sin embargo, sino un enorme remolino de humo y ceniza. Sus ojos zumbaban a través de la nube, furiosos y rojos—. ¡Nadie puede desafiar al Guardián! ¡Suelta la piedra! ¡Tú no puedes contener su poder!

—Eso es cierto —dijo James, que ya no temía al Guardián—, pero conozco a alguien que si puede.

Se giró, sabiendo de algún modo que Merlín estaría cerca. Tal vez el propio James había provocado que estuviera allí. Se acercó al gran mago y extendió la mano. En ella, el anillo centelleaba brillantemente. Dardos de luz lanzaban destellos desde las caras negras de la Piedra Faro.

Merlín sonrió lentamente y sin humor. Con ademán gentil, tomó el anillo y se lo colocó en el dedo, junto a su gemelo.

—¡Y ahora —dijo Merlín, alzando la mano—, como tu Embajador terrenal y portador de la Piedra Faro completa, te lo ordeno! ¡Este no es tu mundo, no deberás ocuparlo! ¡Fuera, Bestia de los Abismos, Guardián del Vacío! ¡Te destierro a la nada que debería ser siempre tu hogar! ¡Parte en este mismo momento, y no regreses nunca!

La nube de humo y ceniza rugió. Hizo ademán de caer sobre Merlín intentando consumirle, pero un enorme y súbito estallido de vívida luz apareció en la oscuridad, desgarrándola. El rugido del Guardián se convirtió en un chillido mientras era empujado hacia arriba, hacia la grieta. Él luchó contra la fuerza, girando y retorciéndose, y por un momento, James pensó que parecía un enorme ciclón invertido. Y entonces, con un destello cegador y un trueno, desapareció, desvaneciéndose de vuelta al Vacío del que había venido.

James parpadeó en el silencio. Tomó un profundo aliento y se dio la vuelta hacia Merlín, exhausto.

—¿Se ha marchado? —preguntó—. ¿Para siempre?

Merlín asintió lentamente.

—La puerta entre los mundos se ha cerrado.

Se había acabado. James volvió a mirar atrás, curioso por ver si quedaba algún rastro

de la grieta cegadora en la cual el Guardián se había desvanecido. No había nada excepto negrura y silencio. Y entonces....

Hubo un destello y James se tambaleó; luz y ruido explotaron a su alrededor. Entrecerró los ojos, jadeando en busca de aliento ante el súbito ruido y la ráfaga del aire; estaba de vuelta en la parte trasera de la locomotora del expreso de Hogwarts otra vez, como si nunca la hubiera abandonado. Los árboles pasaban a toda prisa, como antes, pero cuando James miró sobre el vagón del carbón que había tras él, el aire era brillante y claro.

—¡Los dementores se han ido! —gritó a Merlín.

—Enviados de vuelta al Vacío junto con su amo —estuvo de acuerdo Merlín, asintiendo con la cabeza.

James sonrió con alivio, y de repente recordó el peligroso destino del tren.

—¡Tenemos que parar el tren! —bramó, abriendo mucho los ojos—. ¡Va a caer por el puente inacabado! ¡Todo el que esté a bordo morirá!

Merlín asintió de nuevo, su cara se volvió sombría. Una vez más, James abrió la puerta del compartimento de la locomotora. En vez de oscuridad, sin embargo, esta vez encontró un estrecho espacio interior, sofocantemente caliente. En la parte delantera del compartimento había un banco de incomprensibles diales y aparatos de medición. Sobre estos, dos amplios ventanales miraban hacia las vías que se aproximaban.

—¿Cuál es el freno? —gritó James, estudiando los diales y palancas impotentemente.

—Esa palanca grande en el suelo —replicó Merlín, recogiéndose las mangas—. Agarra el mango y empuja tan fuerte como puedas, James. Pase lo que pase, no lo sueltes.

James envolvió las manos alrededor de la larga palanca, que era casi tan alta como él. Se preparó para tirar de ella pero entonces cometió el error de mirar por la ventana delantera. Los árboles se habían descongestionado adelante, revelando un amplio panorama montañoso. Las vías se extendían ante ellos, cruzando en un largo, vertiginoso y profundo desfiladero rocoso, pero solo parcialmente. A menos de la mitad del camino, el puente se detenía, inacabado. Las rodillas de James flaquearon.

—¡Tira de él, James! —ordenó Merlín, alzando los brazos, su cara tan dura como el granito—. ¡No lo sueltes bajo ninguna circunstancia!

James cogió aliento y tiró de la palanca tan fuerte como pudo con ambas manos. Los engranajes debajo del suelo de la locomotora chillaron y traquetearon cuando el mecanismo del freno se puso en funcionamiento. Con una explosión, salió humo de las calderas a ambos lados del motor, levantando una gran nube blanca. El tren dio bandazos y comenzó a frenar, pero James sabía que no había forma de detenerlo a tiempo.

Junto a él, Merlín alzó los brazos. Estaba mascullando rápidamente por lo bajo, con los ojos cerrados. James le observó mientras tiraba de la palanca del freno. El gran hechicero estaba temblando muy ligeramente, casi vibrando. Repentinamente, la luz del

sol se vertió a través de las ventanas de la locomotora, y James supo que habían pasado los árboles al borde del acantilado. El tren había comenzado su viaje sobre el desfiladero, aproximándose velozmente al final del puente. Detrás de James y Merlín, casi todos los estudiantes de Hogwarts y sus profesores se vieron lanzados hacia delante, jadeantes, posiblemente inconscientes de su destino. El tren continuaba frenando, sus ruedas resbalaban, chirriaban, soltaban chispas, pero no servía de nada. James irguió el cuello para mirar a través de la ventana y vio el final de la vía aproximándose alarmantemente rápido. Una X de madera había sido erigida a través de ella para evitar que los trabajadores cayeran accidentalmente por el borde. Parecía patéticamente frágil mientras la enorme locomotora escarlata se acercaba a ella a toda máquina. Y entonces, velozmente, James vio movimiento al final de la vía. Algo verde se movía justo debajo, tan rápido que apenas podía verlo. Mientras James observaba, sin embargo, el final de la vía desapareció bajo la línea de visión de las ventanas de la locomotora. Apretó los dientes, tirando de la palanca del freno con todo lo que tenía, y esperando la larga y enfermiza caída.

La locomotora se bamboleó ruidosamente como si hubiera caído a una cuneta, y James casi soltó el freno. Junto a él, Merlín se tambaleó pero permaneció erguido, con las manos todavía alzadas, todavía murmurando. Asombrosamente, el tren no cayó. Continuó moviéndose hacia adelante, empujado por la fuerza de los vagones tras él, frenando casi imperceptiblemente. Como Merlín, de repente la locomotora pareció estar vibrando. Como si gradualmente fuera perdiendo fuerza, la vibración se incrementó, convirtiéndose en un ruidoso e irritante estremecimiento que amenazaba con romper la locomotora por sus pernos. Una de las ventanas explotó, esparciendo cristales, y salpicando el interior del compartimiento con centelleantes fragmentos. James se turbó mientras trozos de cristales y el aire caliente otoñal lo vapuleaban. Un momento después, estiró el cuello para poder ver a través de la ventana rota, con los ojos muy abiertos e incrédulos, mientras el desfiladero se extendía bajo el pivotante tren. La locomotora frenaba, crepitando y resbalando hasta que finalmente, después de lo que pareció una eternidad, se detuvo con una sacudida. El cese súbito de la inercia le hizo perder el equilibrio y James trastabilló, cayendo sobre una rodilla, todavía aferrado a la palanca del freno.

El silencio descendió sobre la locomotora, sorprendente después del ruido y el caos. Resonaba en los oídos de James. Estremeciéndose, tomó un profundo aliento y luchó por levantarse, sacudiendo pequeños cristales de su cabello.

—Eso ha sido... —empezó, y entonces se levantó de un salto, colocando su hombro bajo el brazo de Merlín cuando el gran mago comenzó a derrumbarse—. ¡Ugh! Es usted... ¡unf...! ¡pesado! ¿Qué le pasa?

Merlín luchó por mantenerse erguido. Gimió y se colocó una mano en la cabeza como para mantenerla sobre sus hombros. Lentamente, se las arregló para sostenerse por sí mismo y se apoyó contra la pared del compartimento de la locomotora. James le miró,

frunciendo el ceño con curiosidad, y después observó más atentamente.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó sin respiración—. Parece... ¡viejo!

La cara de Merlín, que no había sido exactamente joven desde un principio, estaba llena de arrugas. Había grandes y oscuros círculos bajo sus ojos. Incluso su barba y su cabello parecían haber crecido y encanecido hasta un gris acerado. Levantó la mirada cansado, vio preocupación en los ojos de James, y sonrió apenado.

—Veinte años en treinta segundos —dijo, con voz seca y cascada—. Perder dos décadas tan rápido tiende a pasar factura a cualquiera.

James saltó hacia él, estupefacto.

—¿Dónde las perdió?

—Justo bajo este tren —dijo Merlín, levantándose y girándose—. Vamos. No puedo garantizar que aguante mucho más. Tenemos que sacar a todo el mundo de este tren, y rápido.

James siguió al gran hechicero, y mientras lo hacía, sintió la más extraña de las sensaciones; era como si la locomotora se balanceara ligeramente, como un árbol combándose ante una súbita brisa. Cuando trepaban sobre el vagón del carbón y al interior del primer compartimento de pasajeros, regresando a las alegres felicitaciones de Rose, Ralph, Zane y Albus, James no pudo evitar mirar hacia abajo. Las ruedas del tren parecían sofocadas por hojas verdes y enredaderas. Habían mariposas entre ellas que revoloteaban, con sus alas centelleando ante la luz del sol de la tarde.

Media hora después, James estaba de pie con el resto de los pasajeros del tren a un cuarto de kilómetro de distancia, a lo largo del borde del desfiladero. Estaban esperando un segundo tren, que había sido despachado para llevarlos durante el resto del camino a casa.

Zane pateó una piedra más allá del precipicio y la observó rebotar por los peñascos hasta los árboles de abajo.

—¿Cómo fue la cosa allí en la locomotora? —preguntó a James.

—Aterradora —dijo James con sentimiento—. Creí que estábamos muertos, sin lugar a dudas.

Rose preguntó:

—¿Le viste hacerlo?

—Le vi hacer *algo*. No sabía qué estaba tramando.

—Envejecer veinte años en treinta segundos —dijo Albus maravillado—. No lo creería si no lo hubiera visto.

—¡Lo que más me asombra a mí —comentó Ralph, mirando más allá del desfiladero—, es que consiguiera que el árbol creciera *con forma de vías*!

Una vez más, James miró sobre el desfiladero boscoso entre las montañas. Desde su perspectiva, podía verlo claramente. El puente del tren inacabado terminaba a menos de la mitad del camino. Brotando desde el extremo del puente, sin embargo, y extendiéndose el otro tercio del camino, había lo que parecía ser una gigantesca secuoya

perfectamente horizontal. El árbol tenía un follaje exuberante, que se ondulaba ligeramente con la brisa fresca. El expreso de Hogwarts estaba detenido en lo alto de él, todavía salía humo de sus calderas en una larga cinta blanca.

—Dio veinte años de su propia vida para hacer crecer ese árbol —dijo Rose, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Hablando de comunión con la naturaleza.

Zane asintió.

—Sí. Todavía está allá bajo ahora mismo, “platicando” con el espíritu del árbol de esa secuoya. Me alegro de que Merlín sea el que tenga que explicar a ese árbol como ha crecido tan rápido —dijo, sonriendo ampliamente—. Y por qué tiene un tren humeante posado sobre su tronco.



James, Rose y Albus estaban sentados entre la hierba alta en el patio, parpadeando desconsoladamente al sol de la mañana. Cerca, Harry, Ginny, Ron y Hermione, estaban de pie hablando quedamente. James levantó la mirada, observando a lo largo de la longitud del camino de tierra.

—¿Ves a alguien? —preguntó Albus, enterrando el talón en la hierba.

James sacudió la cabeza.

—Llegan tarde.

—¿Por qué iban a tener prisa? —se quejó Albus—. Ya han pagado por ella. Todo lo que tienen que hacer es firmar los papeles y coger la llave. No es como si fueran a utilizarla alguna vez.

—Desearía que todo esto se hubiera acabado —dijo Rose, suspirando tristemente—. Sé que fue idea mía venir y despedirnos de la Madriguera, pero ahora que estoy aquí, apenas puedo mirar el viejo lugar. Solo saber que los nuevos propietarios van a derribarla...

—La abuela y Lily están buscando un lugar para vivir en la ciudad —comentó James—. Eso puede ser agradable. Será más fácil para ella, y podremos ir a verla siempre que queramos.

Albus masculló:

—No será lo mismo. No sin la Madriguera.

James suspiró. La boda de George y Angelina había sido el día anterior, y como es lógico, había sido una ocasión muy animada. Todo el mundo había estado allí, incluyendo a Hagrid, Neville, e incluso la profesora McGonagall. La anterior directora

hasta había bailado un poco, lo cual había dejado a los estudiantes boquiabiertos de asombro. En contraste, estar sentados en el patio de la Madriguera por última vez, esperando a que los nuevos propietarios llegaran y tomaran posesión de ella, parecía particularmente descorazonador. *Los comienzos casi siempre implican un final*, había dicho el padre de James mientras se preparaban esa mañana, pero James no lo había encontrado particularmente reconfortante. No por primera vez, James se encontró pensando en el último sueño que había tenido cuando todavía tenía la cicatriz fantasmal; el sueño en el que un Albus más adulto había entregado su varita a una joven... ¿Petr...? en el cementerio, quien había procedido a lanzar la Marca Tenebrosa y después había vuelto la varita contra él. Obviamente, eso nunca había ocurrido, y aún así James no podía sacudirse la sensación de que era una especie de profecía o predicción. Tabitha había dicho a James que Albus era un chico con gran potencial, y eso, James estaba seguro, no había sido una fanfarronada. Tabitha lo creía. ¿Qué significaba? James miró fijamente a su hermano a la luz del sol... su hermano, que llevaba los nombres de un gran Gryffindor y un gran Slytherin, y que tanto se parecía a su padre, el niño que sobrevivió.

—Aquí vienen —dijo Rose, arisca.

James siguió la mirada de Rose y vio una nube de polvo aproximándose desde el extremo del camino.

Los tres se levantaron y sacudieron mientras el vehículo se aproximaba. Se acercaron lentamente hasta detenerse junto a sus padres. Harry entrecerró los ojos y se ajustó las gafas.

—Tienen un coche diferente al que trajeron al banco —comentó.

Ginny dijo.

—Solo tú *advertirías* eso, señor auror.

—Qué bonito —refunfuñó Ron—. Comprar una casa y un coche todo en la misma semana.

—Chist —dijo Hermione, pero sin mucho sentimiento.

Harry fruncía el ceño ligeramente.

—Eso no es exactamente un coche *nuevo*. De hecho... —de repente, su cara se rompió en una sonrisa maravillada—. Que me aspen...

—¿Qué? —preguntó Albus, poniéndose de puntillas y escudándose los ojos del sol.

James miró también. Mientras el vehículo se acercaba, pudo ver que desde luego no era un coche nuevo. Era, de hecho, muy viejo pero cuidadosamente restaurado. Saltaba y rebotaba sobre el camino accidentado, brillando al sol con sus cromados y enorme parabrisas.

—¡Es el Anglia! —gritó Rose, saltando arriba y abajo y aplaudiendo—. ¡El Anglia del abuelo! ¿Pero cómo?

Harry estaba sacudiendo la cabeza, sonriendo. Ron fruncía el ceño, asombrado, mientras el coche se detenía con un chillido justo delante de ellos. La puerta del

conductor se abrió y una enorme figura salió de ella. James no reconoció al hombre al principio, ya que no estaba acostumbrado a esa cara repentinamente envejecida.

—¡Merlinus! —dijo Hermione, adelantándose para encontrarse con él—. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Cómo consiguió el automóvil de Arthur?

—Me alegra decir —replicó Merlín—, que viene con la casa. Esta es la dirección correcta, ¿no? Asumo que no os encontraría a todos de pie delante de ninguna otra casa recientemente adquirida por otro.

Ron rió.

—Este es el lugar, supongo, ¿pero qué quiere decir? ¿Dónde están los Templeton?

—Negociando alegremente la compra de un condominio en Kensington Knob, creo —respondió Merlín, cerrando con cuidado la puerta del Anglia—. Después de la cantidad bastante impropia que les pagué por este encantador domicilio, sospecho que pudieron incrementar bastante su presupuesto para la compra de una casa.

—¿*Usted* ha comprado la Madriguera? —exclamó James, una sonrisa se extendía a través de su cara.

—¿Pero por qué, Merlín? —preguntó Harry, sacudiendo la cabeza maravillado.

Merlín pareció sorprendido.

—Yo creía que la respuesta a eso es bastante obvia. Todavía soy relativamente nuevo en esta época y necesito una casa propia. Las oficinas de la escuela son encantadoras, pero un mago de mi temperamento desea espacio para propagarse. Encuentro esta casita perfectamente adecuada para mis necesidades, quizás incluso *demasiado* grande. Por eso esperaba poder persuadir a la anterior propietaria para que se quedara, así me ofrecería compañía y se ocuparía del lugar durante el curso escolar.

—¿Quiere que la abuela Weasley venga a vivir aquí otra vez? —gritó Rose alegremente—. ¡Ole! ¡Eso es maravilloso!

Ron preguntó.

—¿Habla en serio? ¿Realmente quiere que mamá viva aquí?

Merlín asintió.

—Tal vez sea indulgente conmigo y me prepare una taza de té de vez en cuando. Yo, por otro lado, puedo ayudarla con el mantenimiento mágico del lugar. Parece un trato justo, ¿no?

Hermione sonrió felizmente.

—Tendrá que encerrar a Molly en el ático para evitar que le haga el té. En realidad, Merlinus, esto es más de lo que podríamos haber esperado. ¿Pero de dónde sacó el dinero?

Merlín entrecerró los ojos conspiradoramente.

—¿Sabíais que ese banco Gringotts tiene doce siglos de antigüedad? Es verdaderamente notable lo que una pequeña inversión puede revertir después de mil años. Digamos que no me faltarán ingresos durante algún tiempo.

—¿Hizo un depósito antes de saltar en el tiempo? —exclamó Ron, abriendo los ojos—

. ¡Eso fue una genialidad!

—¿De qué sirve ser un hechicero si no puedes manipular las brechas temporales en tu provecho? —estuvo de acuerdo Merlín, igualando la sonrisa de Ron.

—¡Vayamos a por la abuela y Lily! —dijo Albus excitado—. ¡Antes de que haga algo estúpido como alquilar un lugar en la ciudad! Podemos volver a mudarla aquí hoy, ¿verdad? ¿Verdad?

—No veo por qué no —rió Harry—. Si a Merlín le parece bien.

—No podría ser de otro modo —replicó el gran hombre—. De hecho, podemos utilizar el delicioso vehículo de vuestro abuelo. Creo que todos encajaremos dentro si no nos importa ir apretados.

—¿El Anglia? —preguntó James mientras todo el mundo empezaba a subir al viejo coche—. Tardaremos una eternidad en llegar a la ciudad en eso.

—Creo que te sorprenderá —respondió Merlín, subiendo al asiento del conductor y sonriendo enigmáticamente—. Que todo el mundo se sujeté a algo. Puede que haya algunos baches.

Cuidadosamente, Merlín apretó un botón grande en el salpicadero del coche. Con un tirón y un traqueteo, las enormes alas de lona irrumpieron de los costados del coche, brotando de un punto detrás de donde quedaba la cabeza de James al estar sentado en su asiento. Ruidosamente, las alas comenzaron a aletear arriba y abajo, asumiendo un ritmo firme y uniforme.

—¡Las alas funcionan! —rió Albus—. ¡Consiguió que funcionaran las alas! ¡Excelente!

Lentamente, acompañados por una creciente nube de polvo ventoso, el coche se alzó del camino. Ron aulló por la ventana del lado del pasajero mientras Merlín conducía el coche al aire, apuntando hacia el horizonte occidental. Ante el sonido de la risa deleitada y el chillido de alegre terror de Hermione, Merlín pisó el acelerador, empujándolo hacia el suelo. Las alas zumbaron, y el coche se inclinó hacia abajo, volando como un abejorro sobre el patio de la Madriguera y lanzando su sombra sobre el garaje al pasar.

En millas a la redonda, los niños muggles alzaron la mirada, preguntándose por el misterioso sonido de risas que pasaba velozmente en lo alto.

FIN



Apreciado Lector,

Éste es el segundo libro. ¡Muchas gracias por haberlo leído!

Al igual que James Potter y la Encrucijada de los Mayores siendo este libro, al menos en parte, un recuento de la evocadora e inquietante novela de C.S. Lewis, *Esa Horrible Fortaleza*, he descubierto que James Potter y la maldición del Guardián estuvo muy inspirada en la segunda obra de la misma señora Rowling, *Harry Potter y la cámara secreta*. Como siempre, me quito el sombrero con el mayor de los respetos ante la señora Rowling, cuya imaginación ha dado lugar a un mundo tan fértil e inspirador como para que alimentara la imaginación de muchos otros. Del mismo modo, estoy seguro de que no soy el primer autor en darse cuenta de que mi escritura tiende a reflejar la obra de quien quiera que se me ocurra al estar leyendo en ese mismo momento, por lo tanto debería extender adicionales agradecimientos a Orson Scott Card y Stephen King, cuyas ideas y temas son también salpicados a lo largo de esta obra. Si un fan fiction no es más que sobras recalentadas de la creación de algún otro escritor, por lo menos tengo la esperanza de que esta historia sea un puchero.

Debo ofrecer un agradecimiento especial a todos mis amigos del Foro "Grotto Keep", cuya inspiración y ánimo constantes fueron los principales responsables de la existencia de esta historia.

También me gustaría mencionar a la señora Julianna, quien editó esta obra en la misma forma en que yo la escribí: no por la compensación sino simplemente por el amor a la historia. Su arduo esfuerzo y amor por el mundo de Harry (y James) Potter fue inestimable durante todo el proceso de edición. Cada detalle correcto de esta historia se le puede acreditar; cada detalle incorrecto es, probablemente, la consecuencia de mi ignorancia a sus sugerencias.

También de gran ayuda ha sido el señor Derek Kelley, cuyos conocimientos de la lengua inglesa y su historia fueron un inmenso favor. Entre muchas otras cosas, es responsable de la "traducción" Shakesperiana de todos los pasajes del Triunvirato, dando así a mis torpes líneas el metro de la verdadera poesía.

Por último, por supuesto, muchas gracias a mi esposa, que soportaba mi lectura de cada nuevo capítulo por las noches al terminar de escribir, y cuyo entusiasmo y honesta reacción fueron el primer paso para ayudar a que esta historia ocurriera.

Con toda honestidad, no estaba realmente seguro de que habría una secuela para JPEM, y aunque, mientras estaba escribiendo ese primer libro sabía que era parte de una historia mucho más grande. Ahora que he terminado JPMG, puedo ver que todavía hay un montón de historia por contar. ¿Scorpius ganará la lucha contra la inercia de su herencia sangre limpia? ¿Cómo se las arreglará Ralph para enfrentar el actual problema de su propio nombre familiar? ¿Y Petra, cuya lucha entre su propia bondad y la última pizca del Señor Tenebroso, que tan obvio refleja la lucha que todos tenemos en nuestros corazones? ¿Será capaz James de enfrentar a Petra si permite que la oscuridad la

domine? Y lo más importante de todo, ¿cuál es el significado del último y misteriosos sueño de James, en el que Petra y Albus están al borde de una tumba recién excavada bajo el resplandor verde de la revivida Marca Tenebrosa?

Sentado aquí, a dos meses del lanzamiento oficial de JPMG, me pregunto cómo será recibida esta historia. ¿Se enojarán por lo que ocurrió con Arthur Weasley? ¿Odiarán la historia, ya que no es como JPEM de muchas maneras? O se estarán preguntando cuando terminen, ¿qué sucederá? ¿Habrá un tercer libro?

¿Y lo habrá? La respuesta a esa pregunta es: no lo sé. Tengo una idea sobre cómo toda esta historia está destinada a llevarse a cabo, por supuesto, pero es agotador escribir historias creciendo en la creación de alguien más. No porque las ideas no vienen, sino porque las semillas no son mías. Pertenecen a la señora Rowling. Por lo que sé, no puedo vender estas historias, y hay un montón de restricciones legales sobre lo que puede pasar incluso con una distribución gratuita. En resumen, hay poco beneficio práctico en escribir más historias de James Potter. Debería escribir algunas de mis propias historias, ¿no crees? Eso me asusta un poco, pero creo que puedo hacerlo. Creo que lo haré.

Pero, querido lector, ¿quieres saber un secreto? Tengo casi la plena certeza de que, con el tiempo, de alguna u otra forma, escribiré el resto de la historia de James Potter, aún cuando no lo comparta. ¿Por qué? ¡Porque yo mismo quiero saber lo que ocurrirá! Podrías reírtelo, pero es cierto. Conozco el esquema básico, pero no conozco los detalles del todo, y tengo mucha, mucha curiosidad por averiguarlo. ¿El amor creciente de James por Petra prevalecerá? ¿Albus cambiará a Slytherin, o Slytherin lo cambiará a él? Y, joh!, ¿realmente qué es lo que sucede en aquella escena en el cementerio bajo el espeluznante resplandor de la Marca Tenebrosa? Algún día, en algún lugar, creo que escribiré el resto de esta historia, porque quiero descubrirla por mí mismo. Y si lo hago, probablemente lo compartiré.

... probablemente.

*G. Norman Lippert
St. Louis, Missouri
27 - Junio - 2008*